



Madera y Hueso

FORO GWROL

Madera y Hueso



Madera Y Hueso



ÍTALO, HANZEL, FINAL Y VERINGRAD escrito por Bake
LI y MALO escrito por Fabián
ALDARA escrito por Me Veras Volver
DALIA y HEIR escrito por Zeh Roh
CREGH escrito por Croft

Ilustración de portada por J. M. W. Turner
Idea original concebida por Naxo
Revisado y reescrito por Zeh Roh
Corrección ortográfica por Bake

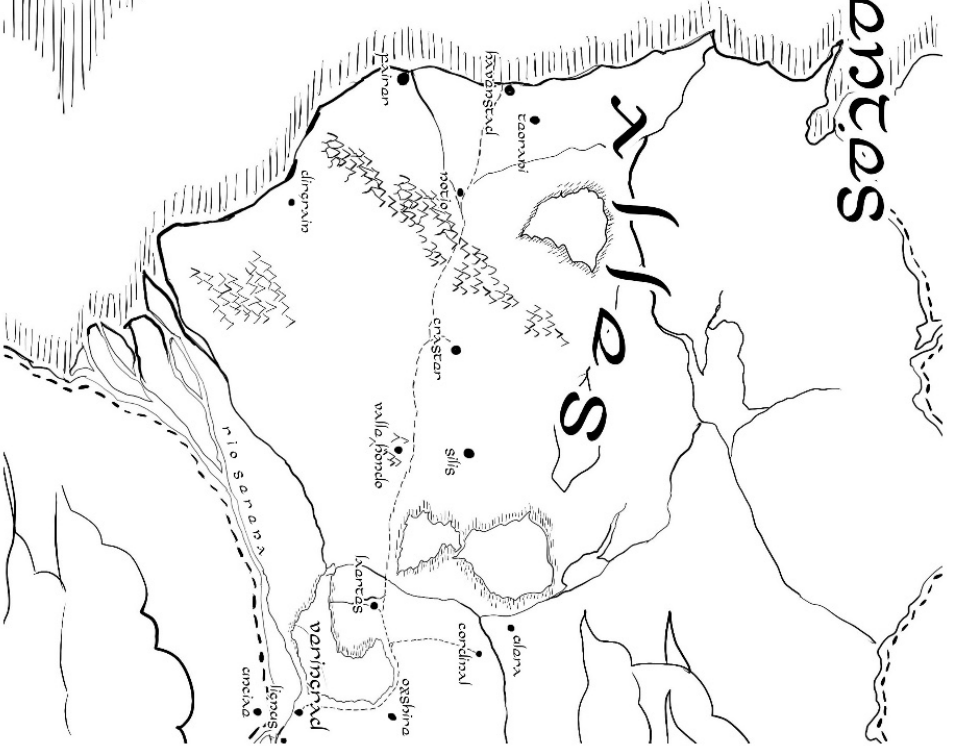
Leélo online en *gwrol.blogspot.com*

los dos continentes

el oeste



el este



CONTENIDO



PARTE UNO

ESTE

I	Veringrad.....	3
II	Laertes.....	67
III	Craster.....	123
IV	Havenstad.....	189

PARTE DOS

OESTE

I	Bandaõ.....	265
II	Latan.....	325
III	Verin.....	403

	APÉNDICES.....	563
--	----------------	-----

INTRODUCCIÓN

La historia reproducida en estas páginas es el fruto de la comunidad Foro Minijuegos, un sitio web dedicado a juegos online. Alrededor de 2008 el usuario Naxo sugirió la idea que lo cambiaría todo: ¿y si escribiéramos una historia juntos? Un diario dónde cada usuario encarna la piel de un personaje y relata su historia en primera persona.

El juego consistiría en armar una historia turnándose entre los usuarios para escribir capítulos, de manera que cuando volviera a ser el turno de uno la historia podría ser irreconocible y el desafío estaría en aprender a improvisar.

La primera obra se llamó Gothic World: era una historia infantil escrita por autores de una edad promedio de 13 años.

Seis años, cuatro foros y siete historias después, el proceso maduró y se perfeccionó. Así comenzó esta novela el 26 de febrero de 2014. De acuerdo con la naturaleza del juego, la historia cambió según lo que pasaba detrás de escenas; por ejemplo, Me Veras Volver dejó el proyecto luego de solo tres contribuciones. Pero adaptarse y atenerse a que “la función debe continuar” es lo que hizo que la historia fuese impredecible y orgánica.

PARTE UNO



ESTE

CAPITULO I

VERINGRAD

I — ÍTALO

Un aliento suave vino acompañado del tacto de unos labios tibios. Los sonidos empezaron a organizarse, a tomar sentido en mi cabeza. Abrí los ojos. Entre mis manos había un vaso prácticamente vacío de *Crystalina*; escuchaba algunos idiotas tocando una pieza romántica no muy lejos de mí; los labios que habían besado mi cuello ahora se apoyaban en mí boca. Y todo terminó de cobrar sentido.

Torcí el cuello un poco, y me incorporé. Sentí su mano acariciándome el pelo mientras corría mi capucha con su nariz. Mi rostro quedó al descubierto.

—Amor, ¿por qué traés la cara pintada? —dijo, mientras ponía una rodilla a cada lado de mis muslos. Noté como una sonrisa se me dibujaba en la cara.

—Eh... Estoy partiendo por una misión. Quizá sea la más importante de mi vida.

Ella sonrió. La miré a los ojos; su belleza era desconcertante.

—Y cuándo vuelva, ¿sabés qué voy a hacer? —dije, apoyando mi mano en su pierna izquierda.

—¿Qué? —preguntó, mientras se corría el cabello.

—Voy a comprarte todo lo que quieras —le susurré al oído—. Vas a poder ser una reina.

Ella sonrojó y se rió. Me quedé mirándola, sintiéndome extraño. Sería que su sonrisa me había cautivado, y eso me hacía sentir mal. Esa era mi triste manera de tapar esa sombra que había nacido en mí hace ya varios años. Nadie sabía de eso, por supuesto. Mis conocidos no tenían la más mínima sospecha de que algo podía perseguirme a mí, un Del Valle. Pero esos ojos, ese cuerpo y la *Crystalina* con arándanos lograban que olvidara por completo. Sin embargo, la palabra *sombra* seguía rebotando en mi cabeza.

—¿Sería... tu reina? —susurró ella también.

—Sí. Claro que sí —dije, mientras desprendía su sostén con mi mano derecha.

Solo me sentía complacido cuando creaba algo en ella; si no, no valía la pena. Tenía que ver como sonreía, y como se ruborizaba. En ese momento sí podía olvidar mi sombra.

Empezó a desprender mi camisa oscura, y luego apoyó su pecho sobre el mío. Sus besos empezaron a volverse más y más salvajes. Podía sentir su corazón latiendo rápido, pero sin brusquedad. Eran como los latidos de una virgen enamorada. Eso me volvía loco, o por lo menos borraba la sombra completamente, y eso me traía felicidad.

La sombra.

Quizás ella era la indicada para lo que seguía después en una relación; una vez que mi sombra fuera ahogada. Sí, tal vez ella lo era.

Bajó una mano, y desprendió mi pantalón.

Quizás lo era. Era una belleza, pero necesitaba que fuera más que solo una puta. Aunque era mi favorita, y la que mejor hacía desaparecer mi sombra, ¿seguiría siendo lo mismo luego de ese acto?

Ella se acomodó, y solté un leve gemido. Sus latidos se volvieron más rápidos, aunque seguían siendo suaves. Siempre bellos.

Existía la pequeña posibilidad de que sintiera amor por ella. O podía ser la *Crystalina*.

Habían solicitado mi presencia por carta. Quizá no iba a volver a verla. Pero faltaba tiempo para la fecha. Por el momento, el universo éramos solo ella y yo.

II — DALIA

Con la luz del sol, me desperté y desperecé. Era un nuevo día brillante, todo me lo indicaba; el sol resplandecía entre las maderas de mi habitación. Me levanté vibrante y di un salto hasta la puerta. Abrí hacia afuera de un tirón... pero ahí estaba mamá. Eso me recordó todo. No era debido que anduviera saltando por ahí como una niña.

Había cumplido diecinueve el mes anterior, pero no parecía que hubiese ganado ni un poco de libertad. Siempre tenía que estar en la casa, cuidando a papá, con sus problemas de corazón que podían ocasionarle un ataque en cualquier momento. Está bien, él había tenido que dejar el trabajo, pero no era un inválido. Podía moverse por la casa con toda facilidad, y realmente no me necesitaba. Aun así... Los dolores podían pasar en cualquier momento. Siempre debía haber alguien con él. Lo entendía, y nunca hubiera expresado mis quejas en voz alta...

Mamá estaba por salir a recibir a los chicos, vestida con ese traje blanco que me encantaba. Yo fui en dirección contraria, a ver a papá. Él dormía solo, temeroso de que mamá pudiera contraer algo si estaba con él. Toqué la puerta.

—¿Dalia? —preguntó.

—Sí, papá.

Abrí despacio y me lo encontré. Bajo de estatura, la cama parecía extenderse infinitamente bajo su cuerpo, reforzando aún más su imagen de fragilidad. Pero yo estaba acostumbrada y lo trataba como siempre.

—Vamos, arriba, arriba.

Palmé el borde de la cama, y empecé a abrir las cortinas. El sol entró en el cuarto. Miré con un suspiro hacia el bosque, a través de la ventana... Papá solo rezongó, tapándose los ojos, y se puso de pie. Se vistió y fuimos a la cocina.

—El té, Dalia —me indicó.

Fue a tomar asiento, y yo le preparé algo con hierbas. Serví el desayuno y me senté con él. Revolví mi brebaje desanimada, sin prestar atención... Papá seguro se dormiría luego del almuerzo, mamá enseñaría a otro grupo de niños y yo sería la que tendría que quedarse atrapada a la casa. Pensé en el bosque; sería emocionante explorarlo solo una vez. Pero conocía los peligros.

Papá bebió sin más y levanté todo. Junté las cosas sucias en el cesto, y estaba por ir afuera para lavarlas, pero papá me llamó por detrás. Me giré. Aun sentado en la mesa, su mirada era profunda.

—Hija... gracias.

Me quedé ahí.

—Papá, por favor. No me molesta ayudarte —dije, agitando una mano.

—Como digas —Papá bajó la mirada, ensimismado. Los dos entendíamos lo que el otro pensaba. Estaba bien. Tenerlo ahí, vivo, era lo más importante para mí.

Salí afuera, donde me puse a lavar los vidrios.

Estábamos en el extremo del pueblo, junto al bosque. El bosque de Lignus marcaba el límite. Con el viento soplando, me alejé un poco de la casa, y me asomé hacia el camino que llevaba al pueblo. El mercado era el corazón del pueblo; gente yendo y viniendo sin parar. Hacía tiempo que no iba. Solo lo visitábamos cuando teníamos que comprar provisiones. Disfruté el sol y el ambiente. Parecía un buen día, y estaba segura de que mi pelo rojizo se beneficiaba de esas cosas.

Ya había terminado con la limpieza y no quería volver adentro tan pronto, así que pensé en ver a mamá. Rodeé la casa hasta la parte de atrás. Ella estaba sentada sobre un tronco, con varios chicos sentados en el piso. Detrás de ella habíamos instalado una repisa en la pared, donde ponía varios libros. Siempre daba clases en el patio trasero, lo que compraba nuestra comida y educaba a los chicos del pueblo. Iba a estar ahí todo el día, y lo había estado por años.

Esperé a que terminara de enseñar donde estaban los chicos y me le acerqué.

—Ma —la saludé, nerviosa—. Eh, sabés...

Ella se giró hacia mí, tranquila.

—¿Pasa algo?

—Bueno... —Desvié la mirada—. Tengo que ir a preparar la comida adentro. ¿Estás por terminar acá?

—Todavía me falta un poco.

—Aja, bueno... —adopté un tono casual—. También me preguntaba si podía visitar el bosque más tarde.

—¿Eh? —Mamá se me quedó mirando---. ¿Fuera del camino? Sabés las cosas que pueden estar ahí...

Solté un bufido.

—Nunca se acercan tanto al pueblo, ¿sabés? ¡Nunca vi nada! ¿Y qué se supone que haga cuando papá se quede dormido?

—Pues yo voy a seguir dando clases. Podrías venir acá a escuchar.

—Otra vez...

Me agarré la cara y me revolví el pelo, como hacía siempre que estaba molesta. Todos los nenitos me miraban raro. Decidí dejar de hacer escándalo, y fui adentro de una vez. Sí, sabía que los bichos andaban entre esos árboles... Pero no les tenía miedo. Algo me llamaba hacia ahí. Entraba al bosque cada vez que iba a juntar agua, y nunca era especial, pero ese día la atracción había empezado a ser casi irresistible. Cuando mirase atrás y pensase en ello, solo podría deliberar que había sido obra de Destino; el Dios estaba indudablemente obrando en mí. A todos les llegaba la hora de encontrarse con él; de seguir el motivo por el cual nacieron.

Efectivamente, papá se durmió luego de comer. No quería escuchar las lecciones de mamá de nuevo, pero temí que sospechara si no iba a verla.

Ahora estaba el grupo joven. Varios me conocían y me saludaron. Me senté a un lado de mamá, mientras hablaba sobre el reino del Oeste. Ese era un tema divertido, afortunadamente. Siempre era bueno escuchar sobre la cuna de los bichos que acosaban nuestro bosque.

—Unciæ era una ciudad próspera, tan grande como nuestra capital—empezó a contar mamá—. Dos centros económicos que compartían mercadería y amistad.

—Sí, que se quedaban con todo y dejaban a los pueblos pequeños a su suerte —dijo un estudiante.

—Ey, por lo menos no terminamos llenos de bichos como ellos — dije.

—Sí, los bichos —continuó mamá—. Entonces llegaron ellos. Unciæ era un lugar próspero... hasta que sucedió el asedio. El ejército contuvo a las arañas tanto como les fue posible, pero al final las puertas cayeron, los bichos entraron... y la ciudad cayó.

—Las arañas —susurró un chico.

—Sí —dijo mamá—. Las arañas.

Mamá miró al cielo. Nadie sabía qué eran, aunque se rumoreaba que habían llegado por el mar, desde el continente del Oeste. Aunque muchos de los llegados del Oeste podían hacerse pasar por ciudadanos y unirse a la comunidad, las arañas eran como animales; era imposible comunicarse con ellas, solo viajaban de un lugar a otro, destruyendo todo lo que encontraban y causando muerte. Parecían una fuerza de la naturaleza; bichos salvajes. Una plaga que costaría demasiado, que el gobierno no podía permitirse exterminar. Y aunque habían pasado años desde que se habían movido, se habían asentado en Unciæ; muy cerca de nosotros...

El gobierno general temía que intentaran avanzar de nuevo, que se acercasen a la capital, pero el miedo de nuestro pueblo era aún mayor. Algunas arañas se separaban y se adentraban en la zona... rondaban los bosques de nuestro pueblo. O eso decía la gente. Por culpa de ellas, nunca había podido jugar ahí de nena.

Pero nunca había visto una. Estaba cansada de tener que ceñirme al camino marcado para juntar agua en el río y no poder avanzar ni un centímetro más; estaba cansada de que no pudiéramos salir de casa luego de la noche por nuestra cercanía a los árboles. En ese momento, escuchando a mamá, tomé una decisión. Y estoy segura de que Destino mismo me guió. Iba a entrar en el bosque.

||| — ||

Caminaba bajo un sol abrasante, vara en mano. Era mediodía y montones de personas comerciaban y se movían de un lado para otro, dificultándome el paso. Un poco más atrás, Malo trataba de seguirme el ritmo sin ser aplastado.

Avistamos un puesto de carne, y Malo corrió allí de inmediato. El dueño trató de espantarlo, pero el gato se escabulló entre sus piernas y logró agarrar un corte casi tan grande como sí mismo. El dueño trató de agarrarlo una vez más, y yo aproveché para sacar un pedazo para mí. Mientras el dueño soltaba groserías, yo seguí caminando como si nada. Era otro día tranquilo.

No tenía ni el más mínimo presentimiento de en qué me estaba metiendo.

Fuera del mercado, encontré un bar de mala clase. Sobre tres viejos que jugaban a las cartas, un cartel ofrecía una recompensa por alguien que le debía dinero al dueño. No era muy interesante, la verdad. Solía aceptar mejores trabajos. Entré con Malo, ignorando a los otros clientes y al olor a tabaco, y me senté en la barra mientras mi gato terminaba de comer su carne. Empecé a buscar en mis bolsillos las monedas que me quedaban. Cuarenta cobres. Iba a tener que trabajar pronto.

Llamé al cantinero, al tiempo que Malo se subía a la barra. A nadie parecía importarles mi gato, así que el camarero lo dejó pasar.

Pedí un trago de aguardiente y un vaso de leche y el cantinero los dejó frente a mí. Empecé a beberme el vaso de leche, mientras Malo tomaba el aguardiente. El cantinero levantó una ceja, pero siguió en lo suyo.

Cuando Malo se acabó hasta la última gota empezó a molestar a un hombre que dormía frente a nosotros, un borracho. Cuando éste le dio un manotazo para alejarlo, Malo saltó hacia su cara. Ese gato no había necesitado ni dos minutos para emborracharse. El hombre recuperó algo de consciencia, y lo lanzó al suelo. Malo se acercó a mi lado.

—Ey, ¡cuidá a tu gato! —me gritó el hombre.

—Ya fue, dejalo en paz —le dije a Malo, pero el borracho pensó que me refería a él. Se levantó, tirando la silla al suelo, y justo cuando tomaba un trago de leche recibí el golpe. Caí contra un hombre del otro lado, un barbón, grande y peludo como un gorila. Se veía tan intimidante que el borracho empezó a disculparse por haberlo sacudido, pero el gorila solo soltó una risotada. Todo mi trago había caído sobre mis ropas.

Tomé el vaso del suelo y lo arrojé contra el borracho. Mientras se estrellaba, me levanté y lo tomé de la camisa, pero alguien más me tomó a mí.

Habían aparecido dos grandotes, con el cantinero mirándonos enojado detrás. Nos tomaron del cuello y nos lanzaron fuera del bar, y a mi gato también, que maulló mientras volaba por el aire.

—Y no vuelvan —sentenció el cantinero, y se adentró en el bar.

Los tres viejos de afuera nos miraban riendo, y el más callado aprovechó la distracción para cambiar cartas. Me levanté y me limpié el polvo. Apenas me di vuelta, me devolvieron mi vara de madera y me cayó en la cabeza. Lancé un suspiro.

El borracho trató de levantarse, pero con los golpes se había vuelto a dormir. Malo, sin daño alguno, parecía contento con la situación.

—Gato tonto —dije, y me puse a caminar. Malo me siguió con la cola levantada—. Al menos no tuve que pagar, pero hubiera preferido ahorrarme el problema.

Me dirigí a la plaza. Era imposible no saber dónde estaba, pues se podía ver la punta del templo, el lugar más alto en Craster y en cualquier ciudad.

Pronto llegué a la plaza, pasando por las preparaciones para el festival, y seguí mi camino hasta la guardia de la ciudad. Afuera del edificio, los carteles pegados a la pared ofrecían recompensas variadas, desde dos rorintios hasta más de cincuenta.

Miré los carteles lentamente, considerando mis opciones, hasta que Malo empezó a maullar y a arañar la pared de madera.

Seguí su mirada y vi que señalaba hacia un cartel con la cara de un gorila barbón. Arranqué la hoja de la pared y salí corriendo de la plaza.

Hanno 'Gomina' Lebier
Hurto repetido en Teorani
Recompensa - cincuenta cobres y tres rorintios

Era el hombre con el que estaba en el bar. La recompensa no era mucha, pero estaba al alcance de la mano. Pronto llegué al bar, donde los viejos seguían jugando cartas. Miré adentro y el gorila ya no estaba. Me giré hacia los viejos.

—¿Alguno vio salir al hombre gorila?

Mi tono era apurado, pero ellos se tomaron su tiempo para responder.

—Sí —dijo uno de voz rasposa, sin despegar los ojos de las cartas.

—Bien, ¿adónde se fue?

—Em... por allá, creo... —El viejo apuntó hacia atrás, aún mirando sus cartas. Realmente me preguntaba como lo había visto.

Me puse a correr una vez más. Afuera del mercado no había tanta gente en las calles. Mirando por las calles perpendiculares, no tardé en encontrar al gorila, alejándose a paso calmado.

—¡Hanno Lebier! —grité, y el gorila se detuvo—. ¡Estás bajo arresto!

No era guardia, pero me gustaba la frase.

Hanno se giró y me mostró los puños. Por lo visto, no iba a necesitar compararlo al cartel para asegurarme. Le mostré los puños también, manteniendo una mano bajo mi saco, y se acercó corriendo hacia mí. Cuando estuvo a unos pasos, saqué mi revolver de mi abrigo mi revolver y le apunté. El gorila se detuvo tieso, y le di en el cuello con la punta de mi palo. Se desplomó y empezó a toser, y saqué una cuerda delgada para amarrarle las manos. Con mi pistola aun desenfundada, lo hice levantarse y empezar a caminar. Tendría que viajar hasta su ciudad para cobrar la recompensa, pero esos iban a ser los trescientos cincuenta cobres más fáciles de mi vida. Y eso que ni siquiera tenía balas.

En el camino de vuelta pasé por el bar. Frente a la puerta había un oficial montado, un hombre alto que estaba hablando con los viejos.

Sin dejar de mirar las cartas, uno de los viejos señaló hacia atrás, y el oficial me miró.

No estaba seguro de si debía echarme a correr, pero el caballo se acercó antes de que pudiera hacer nada.

—Traiga una carta para usted —me saludó.

—¿Para mí? —dije, confundido—. Debe ser un error. ¿Acaso es para el gorila?

—No, señor, es para el señor Li.

Ahora fruncí el ceño. Nadie sabía mi nombre.

—Es del señor Wendagon —continuó el oficial.

—...No lo conozco —dije, de inmediato—. Y nadie me conoce a mí. Debe estar equivocado. —Me puse a andar de nuevo, pero el oficial se interpuso.

—Estoy seguro de que es usted. El señor Wendagon me dio información específica para encontrarlo. “Con un abrigo feo y con un gato. Que lo buscara cerca de la guardia o de los bares, y que si lo encontraba con un hombre peludo que lo detuviera de inmediato.”

—Lo lamento, pero no espero una carta de nadie —dije—. Ahora, si me disculpás, tengo que ir a entregar a éste grandulón —Intenté caminar una vez más, pero el hombre no movió a su caballo—. Bueno... no me importa un carajo quién seas, pero si no me dejás pasar...

—Señor, mi trabajo es que usted reciba esta carta. Por favor, léala.

Así que Wendagon era un señor de tierras. Los ricos del reino. Alguien demasiado importante para poder conocerme.

Sin querer perder más tiempo, le quité la carta de las manos. Al parecer debía leerla en ese momento, así que la abrí ahí mismo. Malo se subió a mis hombros, mirando junto a mí.

El señor de tierras Wendagon solicita su presencia en la capital Veringrad, en el distrito privado, el Hogar de las Piedras, la noche del doce de abril. Se hará una oferta de trabajo. Una última captura tras la cual no va a necesitar trabajar nunca más.

Si de casualidad ya ha atrapado a Hanno Lebier, déjelo marchar libre. El tiempo corre y no hay días que perder. Hay cosas más importantes. Éste es un decreto oficial de la ciudad. El mensajero está capacitado para pagarle el valor de la recompensa.

Me giré hacia mi gato.

—Este tipo parece saber demasiado, pero... no sé. ¿Qué decís, Malo? ¿Deberíamos atender?

Malo maulló su respuesta.

—Bueno, voy a confiar en vos —dije, y me dirigí hacia el mensajero—. Voy a aceptar.

El oficial metió una mano en su bolso, y sacó una bolsa con monedas.

—Acá hay trescientos cincuenta cobres —dijo—. Hanno Lebier es libre de irse.

Me guardé la bolsa de dinero y miré al gorila. No parecía muy feliz.

—Bueno, tenés suerte, grandote —dije, mientras deshacía mi nudo—. Sos libre para seguir robando comida. No te lo tomes a mal, claro. Habría sido hipócrita de mi parte entregarte, de todas formas.

Hanno separó las manos y rompió la cuerda sin mayor esfuerzo. Sonriendo, decidí arrojarle el pedazo de carne que había conseguido más temprano. Aceptándolo, Hanno tomó su cartel de buscado y se fue caminando sin decir nada más. El oficial se despidió y se marchó galopando.

Ahora tenía dinero para aguantar los cuatro días hasta la cita. Quizá incluso tuviera algo para comprar balas. Tendría que marchar pronto si quería llegar a la capital con tiempo. Empezó a soplar viento, y noté que esa noche sería duro dormir afuera. Una tormenta se estaba empezando a juntar sobre nuestras cabezas.

IV — ALDARA

Odiaba todo eso, pero lo tenía que hacer igual.

Me llamo Aldara. Tengo veintitrés años, nací en Alera y me mudé a Cordinal hace poco. Trabajo en la panadería contigua a su bar; quería saber si podría practicar con ustedes en las mañanas. Tengo experiencia en el trato con el público.

Mi antiguo trabajo me envía con recomendaciones, es simplemente que el salario ya no es suficiente para la situación en que me...

—¡Lali!

—¿Ah?

Levanté la cabeza. Esa voz debía venir, sin lugar a dudas, de Rodrigo.

—Acá estás; mi linda. —Me abrazó fuerte por detrás, y me corrió el pelo de la cara—. Con ese moreno siempre tan hermoso. Ey, me gusta tu vincha, preciosa.

—Sí... Decime, ¿dónde estuviste?

—¿Eh? No empecemos con los reproches, mi linda... —Rodrigo agarró uno de mis brazos, como si su mano fueran unos dientes. Comenzaba a dolerme—. Sabés que vos sos mía lo quieras o no, así que no nos compliques las cosas.

Tenía un aliento horrible y pasaba los cuarenta años, pero había sido el mejor amigo de mi padre y él le había dado su aprobación. Llevábamos unos dos años juntos, pero ya habían parecido una década.

—Soltame, ¿querés? —dije.

—No vuelvas a hacer la misma escena que el otro día. ¡Nenita caprichosa! —Cada vez me abrazaba más fuerte contra su cuerpo, mientras yo intentaba zafarme—. ¿Por qué estás tan negativa últimamente?

—Tenés olor a mujer —enfrenté, con la voz flaqueando.

—¿...Y qué? Vení acá.

Intentaba besarme, pero yo corría la cara. Logré soltarme de sus brazos, pero me tomó por las muñecas y me retuvo en mi lugar. Me hizo mirarlo a los ojos.

—Escuchame, estúpida. Ya tenés que acostumbrarte; estoy harto de estos jueguitos.

Sin poder evitarlo, mis cejas se juntaron en una mirada de odio profundo.

—Vos sos mía lo quieras o no, y nos vamos a casar dentro de unos meses. Es tu decisión si querés que te haga imposible la vida o no... Así que tranquilita, ¿sí?

Puso una sonrisa socarrona, y sentí el deseo de borrarla de una trompada. Pero casarme había sido la última voluntad de papá.

—Sos escoria —susurré.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Decirle a mamá? Si está tan borracha que ni sabe qué día es.

Enfermo, pensé.

—A ver, dejame ver esa carta que escribías.

Me levantó y me empujó contra una pared, poniendo su antebrazo contra mi cuello. Mi respiración se entrecortaba, y sólo podía mirar de reojo.

—“Me llamo Aldara...”

—¡Dámela! ¡Devolvémela, hijo de puta, eso no es tuyo!

Apretó más fuerte. Aunque seguí estirando las manos, no lograba llegar al papel.

—¿Buscando trabajo...? Ah, no querés que te mantenga, ¿no? ¿Es eso? *Es eso, ¿no?*

Me dio una bofetada que me hizo girar la cabeza.

Siguió hablando, pero todo se me hizo muy confuso. Cada vez apretaba más mi cuello, y su rostro se notaba enojado. Finalmente logré comprender algunas palabras.

—...Y no sos más que una rata estúpida que no se merece nada de esto. Malagradecida...

Me agarró del pelo. Me escupió en la cara.

—¡Dejá de hacer pelotudeces! Porque cobrás, ¿me entendiste?

No dije nada.

—¡Hablame!

Mantuve el silencio.

—¡Contestame!

Volvió a escupirme. Y eso hizo que la ira me sobrepasase. Le di un puntapié, mientras empezaba a gritar cosas ininteligibles y me refregaba la cara.

Rodrigo se asustó y dio un paso atrás, pero ya era tarde. Volvió a pasar. La misma sensación de frenesí de hace tantos años. Me llegaron todos los recuerdos...

—Nenita...—Me llamó el cliente.

—¿Sí, señor?

—Este café está frío. Yo vengo acá con la esperanza de relajarme después de un día de recolección, y vos me das el café frío.

—Señor... perdone, pero esta es la temperatura con la que siempre servimos.

—No me prepotees. ¿Cuántos años tenés vos?

—Once —titubeé.

—¿Ponen a una nenita de once años al mando de esto? Pero si sos una estúpida. Andá a llamar a tu mamá, dale.

—No... no está, señor.

—¡Pero qué lugar espantoso! —Empezó a levantar la voz—. ¿Escucharon todos? ¡Esta nenita me da café frío y no me lo quiere cambiar!

—S-Señor; pero...

—Esto es demasiado. ¡Yo me voy, en el bar de en frente dan whiskey! ¡Si vine acá es porque me disté lástima! Pero se ve que solo te merecés eso.

Una lágrima me corrió por la mejilla, mientras miraba anonadada a todos los clientes que se reían. Si no ganaba más de un rorintio mamá no me iba a dar de comer.

Seguí llorando, mirando fijo al café frío del hombre.

—Chau, linda. Suerte.

Se acercó a acariciarme la mejilla. Nunca me había sentido así. Miré al tipo directo a los ojos, levantando una mirada llena de odio que

generó un gesto de sorpresa de su parte. Pero no duró mucho; pronto volvió la sonrisa socarrona.

No pude tolerarlo. Sentí algo subiéndome por las piernas y llenándome el espíritu, y pensé que se trataba del odio. Volví a mirarlo a los ojos, dispuesta a arrancarle todos los pelos de la cabeza... Pero el hombre ya no estaba fijándose en mí. Tenía una expresión de terror en los ojos, y se enfocaba en la mesa detrás de nosotros.

El café salía a borbotones de su taza: estaba hirviendo.

El hombre me volvió a mirar, con los ojos como platos y una mueca de disgusto en sus labios, y se dio la vuelta para salir corriendo, llevándose una silla por delante.

Volví a mirar el café, con la mente ciega por la emoción. Tenía la vista borrosa, y los sonidos de toda la gente hacían que todo diera vueltas.

Caí inconsciente.

Cuando me encontraron, la taza de café se había volcado, cayendo en mí. La marca de las quemaduras persistía en mi brazo hasta ese día.

Miré a Rodrigo directo a los ojos. Estaba a tres pasos de mí. Yo estaba en cuclillas, agarrándome de la cabeza. Tenía un gusto metálico en la boca.

—¿...No ves que sos una inútil? —dijo, retomando la compostura.

Ahí fue cuando lo noté: la botella de leche detrás de Rodrigo estaba agitándose sobre la mesa. Justo como ese día.

—Ahora, a ver. ¿Cómo les explicamos a tus hermanos la marca que tenés en la cara?

Fijé mi vista en la botella. Sabía que iba a lograrlo. *Tenía que lograrlo.*

—...Pudrite —balbuceé, y fue demasiado para él.

—¡Mocosa!

Se abalanzó sobre mí. Tomó mis hombros y me golpeó contra la pared. Ahí fue cuando lo oí. Un sonido agudo, penetrante, inconfundible. El estallar de un vidrio.

Rodrigo cayó mudo sobre mi cuerpo, un peso muerto.

Abrí los ojos como platos. Mientras él caía, noté la leche esparcida por el piso, en un festín con el vidrio. Había fragmentos resbalándose por todos lados.

Lo importante, sin embargo, era el pedazo grande que había cruzado el cuello de Rodrigo por la mitad.

Seguí mirando al frente, aterrada, mientras sentía cómo las manos de Rodrigo se soltaban de mis pantorrillas. No me atrevía a bajar la cabeza, pero cuando sentí un líquido viscoso entre mis dedos tuve que hacerlo.

Allí estaba; el charco rojo de la sangre, mezclándose con el blanco de la leche y los vidrios. Miré mis manos, rojas también.

Pensé en gritar, y me llegó el terror de ser encerrada. No podían encontrarme.

No había tiempo que perder. Me puse de pie, tirando el cuerpo a un lado; no me atreví a revisarlo, temerosa de que respondiera.

Junté todos mis ahorros —unos cincuenta rorintios— y separé cuatro monedas para mí. Dejé el resto en la mesa, pensando en el bien de mis hermanos.

Agarré el saco más grande que teníamos, me calcé con unas sandalias viejas y salí corriendo en dirección al bosque. La noche estaba viniendo.

Tomé un camino de tierra angosto y desgastado, abandonado por años.

Los árboles me cubrían la cabeza y los helechos me pinchaban los pies, pero yo seguía corriendo. Corrí por lo que me pareció una eternidad, y me apoyé contra un árbol, exhausta.

Entonces sentí el pesar, y lloré largamente. Sentí que mi alma se desgarraba, y centré mis pensamientos en mi hermano Muño, quien tanto me había ayudado. No podía traer ningún consuelo esa vez. Luego recordé a mi madre, borracha, y a Rodrigo en el piso, y volví a llenarme de odio y de dolor. Apoyé mi espalda contra el tronco, cubriéndome la cara con las manos, y seguí llorando. De tanto en tanto me atragantaba y tosía con fuerza, como deseando escupir mi pena. No tenía punto.

Me deslicé hacia abajo con el tronco, y me senté en el barro.

Cuando desperté ya era de día. No se filtraba demasiada luz entre los árboles, así que supuse que debía ser más tarde. Me refregué los ojos y me puse de pie.

Lo primero que noté fueron mis manos, rojas de sangre seca y marrones por el barro mojado. Mi ropa estaba igual. Sentí un escalofrío que me recorrió de los pies a la cabeza, el nudo en el estómago volvió, y mis mejillas enrojecieron febrilmente.

Lo había matado.

No sabía cómo... pero estaba segura de que tanto el incidente del café como el de la leche estaban conectados, y era todo culpa mía. Sabía que de alguna forma había logrado interactuar con esos objetos.

Me puse de pie para buscar un arroyo con el que lavarme, pero sentí un horrible tirón en la pierna.

—Ay, dioses santísimos...

Levanté la falda del vestido para encontrarme con un pedazo de vidrio clavado en mi muslo. Estaba brotando sangre, y los bordes de la herida tenían un color azul oscuro. De alguna manera no sentía dolor, solo frío.

No había tenido en la cabeza traer un objeto afilado conmigo... Así que me estiré hacia una ramita.

—Bueno, tranquila. No va a doler tanto... Tengo que hacerlo suavemente... —y solté un chillido.

El dolor fue agudo. La herida empezó a sangrar más, pero sabía que sólo iba a empeorar si lo dejaba ahí. Junté paciencia, y fui hurgueteando y escarbando hasta dar con el pedazo de vidrio. Mi pierna reaccionaba por los reflejos y mi visión se enturbiaba con las lágrimas, pero hice presión y lo saqué.

—Ya está, ya está, tranquila.

El pedazo de vidrio era bastante grande. Quería tirarlo, pero lo usé para cortar una tira de mi vestido, y atarla alrededor de mi pierna. Me paré y comencé a andar, lentamente, entre las ramas y las raíces.

Las horas pasaban, y no encontraba ningún puto arroyo. Sin embargo, había logrado hacerme una especie de cuchillo usando el vidrio, una rama y un pedazo de tela; también me había encontrado ramas que podía usar de bastones. Eso sí: tenía el vestido hecho jirones, y mi pierna izquierda seguía doliendo.

No sabía adónde iba. Todos los árboles me parecían idénticos, y no lograba ver ninguna salida. Había varios frutos que pude usar para saciarme, y usé el jugo de un limón para desinfectar mi herida, mientras maldecía a todos los dioses por el ardor. Sentía la cara hinchada por los golpes que Rodrigo me había dado, y me dolía si me tocaba.

En algún momento me volví a dormir. Seguía deambulando bajo los árboles, solo oyendo el crepitar de las hojas; no entendía qué era sueño y qué era realidad. No sabría describirlo, pero sentí como si algo se hundiese en el barro justo detrás de mí. Sin dudarlo, en medio del sueño, caminé hasta un tronco caído. Me agaché, y observé por el espacio que se formaba...

...Pero no vi nada. Habría jurado que alguien caminaba a mi par. Luego de un rato, me puse de pie, dispuesta a seguir mi rumbo. Sin embargo, cuando di el primer paso oí una voz. Miré hacia atrás, pero no había nadie. La voz siguió hablando en mi cabeza:

Querida Aldara... Mi nombre es Wendagon. Quizás no me conozcas, pero yo te conozco. Si no me equivoco, ya debés estar huyendo. La pregunta es... ¿adónde?

Tenía razón. No tenía rumbo.

Estás perdida, y no veo por qué deberías rechazar mi propuesta. Sé de lo que sos capaz. Sé lo que podés hacer con los líquidos. Conmigo no tenés nada que ocultar.

Vení a mi hogar, en la capital, la ciudad de Veringrad. Ahí nadie va a perseguirte por lo que hiciste. Seguí por el Este. Tenés suerte de que en esta parte del reino no haya bichos, así que, por favor, apurate.

Voy a estar esperándote, Lali.

La voz paró, y abrí los ojos. Estaba despierta. ¿Qué?

¿Qué había sido esa voz? No dudé que había sido más que un sueño. ¿Cómo era que sabía tantas cosas sobre mí...?

¿Haría bien en ir con él?

Estuve meditándolo un rato, pero luego enfrenté los hechos. No tenía nada más. Iría, al menos para echar un vistazo. No podía quedarme en mi pueblo. No podría soportar nada que me recordase a Rodrigo. No podría encarar a mis hermanos. Incluso si me arrestaban en la capital, quizá sería lo que merecía.

V — DALIA

Tomó tres días para que las reservas de agua se acabasen; tres días monótonos de cuidar a papá y ocuparme de la casa mientras mamá trabajaba, como siempre. Pero esperé pacientemente, sin quejarme de la situación ni una vez ni mencionando el bosque. Consulté las enciclopedias de mamá buscando dibujos de las arañas, pero nada era conclusivo, y solían variar demasiado. Seres altos, flacos, con más de seis piernas, con pezuñas, como piernas como las personas. Las descripciones tenían muchas contradicciones... Yo sabía lo que tenía que hacer, lo que mi corazón me pedía hacer. Necesitaba ver uno con mis propios ojos, necesitaba que mi propia vida comenzara. Y ese era un punto de inicio tan bueno como cualquier otro... Efectivamente, iba a iniciar mi propio camino, solo que yo no lo sabía entonces.

Esa noche el agua se había acabado. Mamá y papá ya habían ido a dormir, en cuartos separados, y agradecí por otro día sin que papá tuviera problemas en el corazón. Si se enteraba de lo que pensaba hacer definitivamente iba a alarmarse, así que me aseguré de que no se me escapase ningún detalle. Junté los baldes, espere a oír los ronquidos de papá... Solo entonces salí.

La puerta de madera se abrió con un quejido. El hacerlo lentamente solo empeoraba las cosas, así que maldije y pasé de un tirón. Me quedé quieta un momento, me aseguré de que nadie se movía adentro, y me puse en marcha. Era importante que llevara los baldes para tener una excusa si alguien me veía, pero realmente solo hacían que la caminata fuera incómoda. Por suerte, pronto alcancé los bosques.

Seguí el camino hacia el río, recto, alrededor de árboles que se abrían justo encima de mi cabeza. El frío me daba escalofríos, y el

ambiente no era mucho mejor. Los insectos estaban en completo silencio, el viento era seco. Entrar en ese lugar parecía como entrar en otro mundo. Un mundo donde no había nada atrás ni adelante, solo más árboles; donde nadie podría oírte ni tendrías adonde huir, donde las certezas del otro lado solo eran chistes. El río estaba frente a mí. Fluía en silencio hacia la derecha.

Tomé aire. Ya había decidido lo que iba a hacer... no iba a arrepentirme ahora. Dejé los baldes en el suelo, y empecé a seguir el río, alejándome del camino y adentrándome hacia el Oeste.

Los primeros metros fueron sencillos; me desensibilicé de todo y solo continúe moviendo mis piernas. Pero entonces empezaron los sonidos: pequeñas rozaduras en arbustos, extraños susurros que traía el aire... Las sombras parecían mil cosas ahora, y parecieron cerrarse sobre mí.

Tuve que detenerme. Las arañas estaban rodeándome. Las arañas iban a mostrarse y ni siquiera quedaría nada para que mi familia encontrara... Las arañas y sus seis piernas, moviéndose todas a la vez... Sus bocas sobre mi piel. Levanté el pequeño cuchillo que había traído, temblando. Y aunque mi cabeza maldecía haber venido a ese lugar... Mi corazón palpitaba lleno de emoción.

No había arañas, no había demonios. Solo era el viento, y la espesura del bosque. Bajé mi cuchillo y dejé de temblar. Miré hacia adelante. Entonces lo encontré.

Sonó un trueno, o algo parecido, y el bosque se iluminó. Por arriba de los árboles. Algo bajó en picada, y cayó directo hasta el río. Había un pequeño cráter. Me acerque tambaleando y me agaché... Era como si hubiera caído un rayo. El agujero estaba lleno de escombros, pedazos de algún material duro que tenía letras talladas. No lograba entender ninguna palabra hasta que avisté un pedazo más grande que los otros, bajo el agua. Una piedra lo estaba ocultando. Quité la roca y lo levanté. Leí:

CONIUNGUNT

...Me quedé mirando el tallado; sus letras hipnóticas. Nunca había visto esa palabra antes, y... algo en ella me impedía correr la mirada.

Pero ojalá lo hubiera hecho. Podría haber escuchado el sonido se-seante. Podría haber evitado el horror de ver *eso*.

Pero solo pude mirar arriba cuando escuché que algo impactaba contra un arbusto frente a mí, y la araña ya estaba a pocos metros de distancia en ese entonces.

Levanté la mirada... Y la piedra cayó entre mis manos, volviendo al río, siendo tomada por la corriente y desapareciendo.

La silueta se extendía hacia arriba, y de la quebrada y delgada espina se extendían una multitud de extremidades que se perdían en el suelo. La mirada refulgía por lo alto, dos puntos blancos en la oscuridad. Dioses, pensé. Tiene cola. Eso no es un humano, pero su rostro... Dioses. Miré hacia su rostro.

Una sonrisa se formó en mí. Esa abominación tenía el rostro de una persona... Era lo más emocionante que había visto. Pero el fondo de mi mente entendía que podía morir. Mi mente olvidó la palabra; consideré mi cuchillo por un segundo, pero supe que no tenía oportunidad. Me di vuelta en un movimiento y empecé a correr.

Mis piernas se movieron como nunca lo habían hecho, como nunca habían necesitado hacer. Las hojas y los arbustos pasaban a mí alrededor en un borrón, mientras atravesaba saltando o agachándome en ese lugar que me había tenido temblando por el silencio un momento antes. Oía muchos sonidos ahora, con toda claridad; oía al viento y a los insectos y a la naturaleza, pero no a una araña. No oía a ninguna araña, porque ninguna había intentado perseguirme. Me di vuelta. Efectivamente, el monstruo no había ido tras mí. Eso había sido... solo un vistazo.

Llegué al camino, claro y seguro. El lugar era iluminado por la forma en la que los árboles se abrían por encima. Y aunque el río corriendo en silencio todavía tenía la capacidad de hacerme sentir extraña, pude hacer que mi corazón volviera a la normalidad, y mi respiración se normalizó. Descansó un momento ahí. Eso había sido... todo lo que había querido. Casi lamenté que la araña no hubiera ido detrás de mí. Tomé la empuñadura del cuchillo con fuerza.

Era mejor que volviera a casa. Mientras más tarde llegara, peor sería si despertaba a alguien al entrar. Tomé los baldes, y volví corriendo, solo porque podía hacerlo, mientras un cielo increíblemente estrellado brillaba arriba.

Entre por la puerta rechinante, dejé caer los recipientes y puse el cuchillo en su lugar. Mi cuerpo estaba tan tenso que casi no podía hacer nada. Necesitaba liberar esa energía. Corrí a mi cuarto, y caí dormida poco después.

Apareciendo por el Este, llegó el sol. Era un nuevo día. Me levanté agotada... antes de darme cuenta de que era realmente tarde. ¡La comida de papá! Vivíamos tan alejados que no tenía ningún sonido del exterior que me hiciera saber que el día había comenzado; solo podía valerme de mi ritmo interno. Corrí a la cocina, donde vi a papá sentado. Salí al patio rápidamente.

Mamá estaba enseñando a los pequeños, usando su ropa blanca. Cuando me vio, interrumpió su instrucción inmediatamente.

—¿Qué estabas haciendo?! Tu papá estuvo teniéndome ocupada toda la mañana. Prepará algo rápido, Dalia.

Asentí, con mi cabello todavía hecho una maraña. Los chicos parecieron reír ante esto. Estaba por responderles con un grito, pero miré hacia el bosque por un segundo... y les devolví una sonrisa. Estaba de muy buen humor. Entré de nuevo a la casa, y cociné algo animadamente.

Voy a hacerlo de nuevo, pensé. Lo sabía. El impulso a salir cada noche a partir de ahora era demasiado poderoso... Pero también sabía lo que significaría para mis padres que algo me pasara. Ni siquiera podía permitirme levantarme tarde. Empecé a revolverme el pelo.

—¿Pasa algo?

Era papá. Quitó la preocupación de mi rostro y negué con la cabeza.

—No, es solo... que recordé que tengo que llenar los baldes de agua.

—Ah... —dijo el bajito, y retomó la lectura de algún papel que habría traído mamá.

Terminé la comida, llamé a mamá y nos reunimos todos en la mesa. Le dije que pasaría la tarde con ella otra vez; quería estar cerca del bosque, al que ahora veía con una extraña confianza. Había visto una araña. Real. Y ella no me había hecho nada. En mi cabeza, esto probaba que podía defenderme mejor que como papá y mamá creían. Estaba segura de esto.

Fui a buscar agua al bosque, luego. Y no pasó nada, pero algo era diferente al entrar. Era como si ya no pareciera estar en otro mundo... Ahora todo era el mismo lugar para mí. Llené los recipientes con rapidez.

Esa tarde, mamá les habló a los jóvenes sobre los dioses.

—Los siameses y el inmortal son los trillizos; estos cuidan el espacio que tocamos y el tiempo que transcurre. Los siameses permiten el arriba y el abajo, y el inmortal nos da el adelante y el atrás, lo que paso antes y está por pasar; direcciones que siguen nuestras vidas. Ellos componen la creación. Espacio y Tiempo. Eféreos.

Los chicos escuchaban en silencio. Esas eran las cosas que todos sabíamos, pero era importante decir. Los eféreos, que daban forma al mundo que podíamos ver y sentir alrededor del gran espacio y las estrellas.

Eran una multitud, uno para cada aspecto que había. Vida, quien nos hacía levantar por primera vez. Muerte, quien corría en pos de nosotros. Cielo, que despertaba por la noche y hacía todo negro. Destino, que siempre visitaba a la gente tarde o temprano... Y el día anterior me había visitado a mí.

Esa noche no volví al bosque. Entendí que debía tomar las cosas despacio, y avanzar lentamente. No podía despertarme de nuevo tarde otra vez, no dos veces seguidas. Planeé escabullirme de a poco, cada ciertos días, y confiar en que podría ver a las arañas de más cerca mientras más fuera. Así es que después de la cena solo acompañé a papá a su cuarto, y luego me fui a dormir. Cuando estábamos en la puerta, apareció mamá y lo abrazó. Casi no se veían desde que la enfermedad había empezado... pero no se amaban menos. Hasta mañana, se saludaron. Y él entro en su cuarto, siempre brillante por la

forma en que sus muebles de roble reflejaban la luz. Pronto fui para mi cuarto. Las cosas iban bien.

Pero mi plan no iba a funcionar. No sabía que mi tiempo en Lignus se estaba acabando.

La carta llegó al día siguiente. Yo me había despertado temprano, y pude recibir al mensajero en la puerta. Abrí la puerta esperando ver al mensajero del pueblo, que siempre repartía lo que llegaba de puerta en puerta; pero frente a mí apareció un cartero de la capital. Una persona que había viajado desde allí personalmente para entregar esa carta. Tragué saliva, y acepté la carta. Iba dirigida a mi nombre... Puse mi mano en el dobladillo. Pensé en abrirla, pero una voz me sorprendió por detrás.

—¿Hija? ¿Quién era ese?

Era papá. Me giré hacia él, y lo saludé con una inclinación de cabeza.

—Un... mensajero, papá. Me trajeron esto. —Levanté mi carta por lo alto.

—¿Por eso no hiciste té? ¿Qué dice?

Fruncí un poco el ceño, pero me concentré en la carta. La abrí, y leí para mí misma.

El señor de tierras Wendagon solicita su presencia en Veringrad, la capital del reino. En el distrito privado de la capital, el Hogar de las Piedras, la noche del doce de Abril. Se hará una oferta de trabajo. Una tarea con la que podrá realizar lo que Destino tiene planeado para usted. Donde podrá explorar no solo los bosques de su pueblo, sino de todo el mundo.

El señor está dispuesto a hacer una orden para que asista a sus aposentos si es necesario...pero va a pedirlo por favor. El señor cree que usted está de acuerdo con su visión de usted, y que puede sentir a Destino. Si es posible, parta hoy mismo.

Pregúntele a su padre por la espada. Usted debe ser un Caballero.

Wendagon

Miré atrás y adelante. Leí las especificaciones del envío. Era oficial. Me acerqué a la mesa lentamente, y tomé asiento.

—¿Dalia?

Papá me estaba hablando. Lo miré por un momento.

—Papá... Yo... —Apoyé la carta sobre la mesa, pero la estrujé con mi mano—. Eh... ¿Tenemos una espada?

Él se tapó la cara.

—Oh... Oh... ¿Qué dice ese papel?

—Es... Es de un señor de tierras. Wendagon.

Papá levanto la mirada.

—Piden mi presencia... para ser un... caballero, o algo por el estilo. No lo entiendo bien, quizá no deberíamos darle importancia...

Estaba agitando mi mano, restándole seriedad al asunto, fingiendo que no entendía todo lo que la carta estaba diciendo. El señor de tierras había dejado muy claro que podía hacer del asunto una orden oficial, y podrían venir a buscarme directo a la casa. Pero papá se veía mortalmente serio.

—Sabía que esto podía pasar —susurró.

—¿Qué?

Se levantó de la mesa, y empezó a dirigirse hacia el pasillo. Yo fui tras él.

—Pa, sabés que no pienso irme a ningún lado; no podría dejarlos acá a mamá y a vos, no pienses...

Él me ignoraba. Giró a la derecha, y empezó a caminar hacia su cuarto. Mamá seguía dando clases. Llegamos a la puerta, y pasamos los dos. El cuarto privado. El aposento del herido.

—Pasó cuando naciste, Dalia.

Papá se acercó a uno de sus muebles brillantes, y abrió un cajón superior. Metió la mano adentro... Y sacó algo envuelto en un trapo.

—Yo todavía estaba en el almacén esos días. Me encontraba ahí unas horas antes de que vos aparecieras en éste mundo.

Tomó asiento en su cama, y me indicó que hiciera lo mismo. Me apoyé a un lado, y él contó su historia. Esa mañana todo iba a cambiar.

—Recuerdo que llovía con fuerza; el viento silbaba en un estruendo. Esa noche no estaban viniendo clientes, obviamente. Pero escuché las campanillas de la puerta, y algo pasó por ella.

Papá hizo una pausa. Parecía estar juntando sus memorias.

—Pasó en una sacudida, y cayó enseguida al suelo, como si hubiera saltado hacia la puerta para abrirla. Y, efectivamente, la persona apenas tenía fuerzas para hacer nada más. Era un hombre encorvado, cubierto por una capa negra alrededor de todo su cuerpo. No creo que vaya a poder olvidarlo. Estaba temblando, mojado y en necesidad de calor. En ese momento no pensé; teníamos dinero más que suficiente por esos días, y el pobre hombre estaba por morir. Tomé cosas del almacén y lo alimenté como pude. Lo recosté en unas sillas, y le di carne. Fue entonces que noté el corte. Una gran cortadura a lo largo del lado izquierdo de su cuerpo, una herida mortal contra la que no podía hacer nada. Vi el rostro del hombre, en sombras por su capuchón, y vi el rostro de alguien que sabía lo que estaba por pasarle.

“Así es que estaba dispuesto a quedarme con él hasta el momento fatal... pero creo que él sintió mis intenciones. Se incorporó, de alguna manera, y habló. *“No tengo forma de pagar por tu hospitalidad cuando nadie más hubiera considerado dármela”*, dijo, o una variación de esto, y...

—¿Nadie se la hubiera dado? ¿Qué quería decir? —pregunté.

—Nunca lo supe... Pero pensé incontables veces sobre éste día. Creo que él no se consideraba merecedor de salvación; una persona que no merecía ser ayudada. Su acento era extraño, como si estuviera tratando de imitar como sonaban las palabras en verdad. Pero bueno, entonces él mostró esto...

Papá levantó el paquete cubierto, y lo abrió despacio, pasando por cada una de las vueltas de la envoltura hasta revelar el objeto oculto en ella. Ya lo estaba esperando. Papá estaba sosteniendo una espada corta, de mango negro y una hoja que podía reflejar mi propio rostro por su claridad.

—Quería pagarme, dijo. Una recompensa por haberle dado unos minutos más. Puso la espada en mis manos, como está ahora. Y traté de detener lo que vino después, pero él fue más rápido, y pronto se había levantado de la silla y colocado junto a la puerta. La abrió, y puso un pie afuera... iba a irse, iba a morir lejos. Se dio vuelta un momento más. Me agradeció, y entonces se perdió en la lluvia.

Afuera del cuarto, el viento soplaba, como si se tratase de la ventisca del día de mi nacimiento.

Papá levantó el arma, y la apoyó sobre su brazo izquierdo. Salté hacia él, sobresaltada, pero levantó la mano y me indicó que me detuviera un segundo.

Apretó la hoja contra su piel, hundió la espada... Y no pasó nada. No brotó sangre. Su gesto no cambió. Levantó el arma y la dejó a un lado.

—Pero la espada no cortaba. El regalo que nos fue dado no parecía servir de nada, aunque yo entendí que simplemente no respondía ante mí. Y más tarde, esa noche, naciste vos, Dalia, y yo supe lo que iba a pasar... Que esta espada eventualmente iría a vos. Y por eso la oculté, yo... Yo no quería que eso pasase. No quería que te fueras.

Papá bajó la cabeza. Parecía arrepentido de lo que había dicho, angustiado. Ver esa expresión solo lograba afectarme.

—¡Basta! No voy a ir a ningún lado. No me importa lo que “se supone” que tenga que pasar, esa nota no significa nada...

—Tu madre y yo siempre sentimos que esto iba a suceder, Dalia. La carta decía que debías viajar a la capital, ¿no?

—S-Sí, pero... no *debo* hacer nada. Y esa espada tampoco va a funcionar en mí.

No va a ganar filo por arte de magia, me decía. No tengo que abandonar a nadie. Lo que Destino dicte no significa que puede forzar mi voluntad.

Papá permaneció en silencio unos momentos, y entonces me otorgó la espada. Mis manos la tocaron, y mi corazón empezó a latir con fuerza. Con emoción.

—No busques engañarme, Dalia —dijo papá—. Esto no es acerca de lo que se supone que tiene que pasar. Esto es acerca de lo que vos querés.

—¿...Cómo? Pa...

—No tenés que estar atada a éste lugar, hija. —Su voz era dulce y comprensiva, y el oírlo hacia que las fuerzas abandonaran mi cuerpo, así como la voluntad de discutir. Era verdad. Realmente no me molestaba que se supusiera que dejara el pueblo, sino el hecho de que quería hacerlo—. Visitaste el bosque, ¿no?

Levanté la vista de la espada. No era necesario preguntarle si se refería a una de las visitas para buscar agua. Así era papá... Solo él me entendía...

Puse mi vista de nuevo en el arma, y la coloqué en mi propia piel. No dudé. Apreté hacia abajo... pero no sentí nada. La espada parecía una piedra.

—T-Tampoco corta conmigo. —Balbuceé, mirando a papá.

—Está bien —sonríó—. La nota solo indicaba que te dirigieras al norte. Eso es lo importante.

—¿...Estás seguro de esto? —Susurre.

—Los caballeros son una necesidad, hija. Todos tienen que servir al reino como es su deber.

Papá dijo esto con una sonrisa amarga. Realmente no iba a convertirme en caballero, no iba a unirme al ejército... ¿no? El llamado había sido de un señor de tierras. Pero se me había otorgado una espada...

Mi boca se movió sola.

—El señor indico que debía salir hoy mismo.

—Deberías explicarle a ma —fue toda la respuesta que me dio.

Tenía sentido. Mamá debía saber lo que estaba pasando. Me levanté, me di vuelta y corrí a hablar con ella. Con una sonrisa.

Más tarde, cuando estuviera separándome de la carretera del pueblo para dirigirme a la capital, pensaría en lo que significaría para mi familia el dinero que había usado para ese caballo, o que pasaría con la enfermedad de papá. Me preguntaría quien haría la comida si mamá estaba enseñando, o cuando podría pasar el siguiente ataque en el viejo. Pero entonces las montañas aparecerían frente a mí, y todo eso desaparecería de mi mente. Era el llamado de la aventura.

La charla con mamá no fue fácil, y ella parecía más reticente a dejarme ir. Pero no fue una discusión. Se trató de mí explicándole que iba a pasar, y la visión del bosque junto a nosotros me llenó de valor para hacerlo con firmeza. Empezaron a aparecer lágrimas sobre su vestido blanco, aunque al final ella también me otorgó un objeto. Se trataba de su enciclopedia, un libro enorme donde estaba acumulado todo el conocimiento del continente del Este. Mamá adoraba leer de

él durante las clases. Lo levantó hacia mí, pero no tomé el libro. Tomé sus brazos, y la abrasé. Ella lloró en mis hombros unos minutos más.

Luego de eso, me dispuse a preparar mi equipaje. Tomé uno de mis bolsos, y junté abrigo en él, así como mantas y provisiones, aunque no me atreví a quitarle demasiadas a la casa. El clima primaveral se sentía a pleno, por lo que no iba a salir con más que mi ropa simple, pero tenía que estar lista para lo helado de las noches. No debía haber muchos problemas hasta llegar a la capital, pero tomé un cuchillo por si acaso. Junté mis ahorros. Puse la espada de papá, inservible para cortar algo, también en el bolso, así como la enciclopedia. Quedó bastante abultada, pero fue un proceso rápido. Ya estaba lista para partir.

Salí por la puerta de afuera, y me detuve frente al caballo. Sentí la necesidad de darme vuelta. Era la hora del almuerzo... Quizá podía quedarme con ellos por una comida más...

No. No podía voltear. Mi futuro estaba hacia adelante.

Saqué el pestillo, y abrí la pequeña puerta. Estaba por poner un pie afuera, cuando algo me detuvo. Era mamá... Me estaba tomando de las ropas. Pero no era un agarre violento. Se acercó un poco más, y me abrazó. Una vez más.

Me giré, al borde de la emoción.

—Yo... Yo...

Papá también estaba ahí, unos metros más atrás. Viéndolos a los dos, de esa manera, las palabras no me salían. Balbuceé otro “Yo...” y entonces junté voluntad. Y hablé con firmeza.

—Voy a servir al reino.

—Este es el designio de Destino, hija.

Papá avanzó un poco, y me palmó la cabeza.

—Así es como tiene que ser.

—¿Esto es lo que Destino quiere? —pregunté—. ¿Qué abandone a mi familia?

—Hija... —balbuceó mamá. Ella quería decir “Sí”... Pero no podía decir semejante cosa.

—No te separes de esa espada —dijo papá—. Con ella, siempre vamos a protegerte. Vas a estar bien... Esto es lo correcto.



Me monté en el caballo, y comencé mi camino. Pasé por los campos fuera de la casa, hasta llegar a la calle del pueblo, que terminaba en el centro. Pero seguí de largo, y subí por la colina que delimitaba Lignus. Llegué hasta arriba y miré atrás. Las pocas casas del pueblo se extendían bajo mí. El viento acariciaba mi pelo, y bancos de nubes bañados por el sol adornaban el paisaje por encima. Le decía adiós a Lignus. Me di vuelta. El hombre que envió la carta, ese Wendagon, había dicho en ella que yo tenía que saber a qué se estaba refiriendo; a Destino. Y no se equivocaba. Sentía la influencia del Dios, sentía que tenía mucho por delante, y que la capital me había estado esperando por mucho tiempo.

Frente a mí se hallaban las montañas, brotadas con árboles por doquier. Podía tomar el camino oficial, al otro lado del pueblo, pero a mí no me interesaba nada de eso. Las montañas eran un terreno salvaje que recorrer, eran una vía abierta. Eran todo lo que tenía por delante. Cabalgué con fuerza, y me adentré en ellas.

VI — HEIR

Bebiendo, pasaba otro día más.

Pero no me quejaba, poniendo fe en los días por venir con ese gesto, y también rezando por que el futuro de mi especie diera lugar a menos idiotas descerebrados.

—¿Por qué crees que las ciudades en éste reino de *scelus* están nombradas en nuestra lengua?! ¿Eh? ¿Eh? —exclamó Dip, golpeando la mesa del bar y salpicando cerveza por todas partes.

—¡Sí, sí, sí! —apoyó su compañero más pequeño. Sil solía apoyar todo lo que decía su amigo.

—¡Sí, Sil! ¡Porque nosotros habitábamos esto eones antes, nosotros éramos los que ocupábamos éste suelo antes de que nos lo arrebataran!

—¡Sí, *immo*! —gritó Sil, hablando nuestro lenguaje, mientras recordaban las creencias de nuestra gente, que se extendían entre todos aquellos venidos del Oeste.

—¡Pero las cosas van a cambiar! ¡Vamos a tomar lo que es nuestro! ¡Nuestras tierras! ¡Puedo sentirlo...!

Dip bramó alguna cosa más, y se terminó su copa de un trago. Sil lo festejaba con aplausos y exaltación, pero yo solo me limitaba a apoyar mis piernas en el borde de la mesa. Odiaba a mi especie, pero esos dos hablaban con razón. Hablaban con razón, sin más.

El pequeño pareció ganar coraje, y se asomó hacía Dip.

—¿Y si los humanos vienen con todos sus magos? ¿Y si aparece un mago ahora mismo, y levanta su mano hacía vos, Dip, haciendo que aparezca una luz de ella...?

A Dip no le gustaba que se burlasen de él. Le aplastó la mano a Sil, rompiendo la mesa y también rompiendo su mano. Dip odiaba a los magos.

Les tenía miedo, en verdad. Le habrían quemado la cola de pequeño. Me incorporé, mirando hacia el desastre que habían hecho esos dos.

—Bien dicho —hablé—. Si un mago aparece, le aplastas la mano así, Dip; lo rompés como debe romperse un humano.

Ambos tontos se me quedaron mirando, y suspiré. Mi gente ya no tenía fuego interior.

Se sentían vientos de cambio; incluso esos borrachos domesticados por la vida entre los humanos podían sentirlo. Pero algo tenía que iniciar el cambio. Algo debía surgir.

VII — CREGH

“En el bar”, decía la carta. Abrí la puerta para toparme con tres bichos que me chocaron mientras salían. Estaba por decirles algo, pero noté que eran cuervos y me callé. Al entrar al bar, vi que una de las mesas estaba destrozada y no tuve dudas de quien debía haberlo causado. Miré alrededor y suspiré. Quería que esta vez fuese él quien tuviese que esperar, así que había llegado quince minutos tarde, pero no. Iba a tener que esperar media hora... Cresso siempre llegaba tarde.

El local se encontraba casi vacío. Mi mesa estaba junto a una ventana; en la otra esquina dos personas comían y conversaban; un encapuchado dormía sobre la barra, con una cola saliendo del final de su túnica. Me puse a ver por la ventana. No había nada en particular, pero era mejor que mirar al cantinero y su mirada de que pidiera algo ya, mierda.

El truco no sirvió por mucho tiempo. El cantinero se aburría de pulir el mismo vaso y empezó a venir hacia mí. Justo en ese momento, la puerta se abrió y Cresso entró caminando a paso firme. Iba bien vestido; su traje rojo hacía juego con sus escamas moradas y verdes.

—Cresso... —lo saludé.

—¡Cregh! —exclamó, mientras se acercaba a mi mesa—. Cantinero, un par de lagartijas ahogadas para mi hermano y yo.

El cantinero perdió la compostura por un momento, pero se fue a preparar las bebidas. Cresso no desperdiciaba oportunidad para llamarme hermano y disfrutar la cara de confusión de la gente.

—Sabés que no puedo tomar eso, Cresso —le dije.

—Tonterías —dijo—. Solo es un trago.

—Sabés lo que pasa cuando tomo un solo trago. Después viene otro, y luego otro, y terminamos en casa de tu madre llorando y pidiéndole perdón.

—No digas “mi madre”, como si no fuese tuya también.

—Técnicamente...

—Por las escamas de papá, Creggh. Mamá estaría devastada si pudiera escucharte.

—Ya sé, ya sé... Perdón —me disculpé. Cresso recuperó su sonrisa.

—Pero bueno, decime. ¿Qué haces acá? La carta de mamá solo decía que ibas a venir a la ciudad. Tenía que venir a Veringrad de todas maneras, pero adelanté mi viaje una semana para encontrarte. Lo último que supimos de vos es que ibas a trabajar al norte.

—Sí... ¿Te acordás que dije que me había unido a una compañía de mercenarios?

Cresso asintió, mientras el cantinero ponía las bebidas en la mesa.

—Bueno, resulta que se disolvió a mitad de camino. ¿Te acordás que te había hablado de nuestro jefe, todo un líder y guerrero...?

Cresso asintió de nuevo, tomando ambas bebidas para sí. Los largatos disfrutaban de su tolerancia al alcohol.

—Al parecer también era un borracho y un apostador, y se topó con alguien a quien le debía bastante dinero. Lo arrastraron hasta una carreta y no lo volvimos a ver. Entonces, claro que me postulé como líder, ¿no?

Cresso asintió otra vez.

—Pues todos nos habíamos unido a esa compañía por dinero, y yo no tenía ni un poco. Solo un idiota aceptó seguirme...

—Hermano, ¿conseguiste trabajo o no?

—Pues sí. Encontramos un pequeño pueblo donde podíamos cortar árboles por comida. Hasta que mi compañero conoció al amor de su vida y decidieron vivir en esta ciudad.

Se hizo un silencio. Mi clásica suerte me seguía a donde fuera.

—Y, ¿qué vas a hacer ahora?

—No sé; es difícil conseguir trabajo como mago si no tenés un anillo de ninguna universidad.

—Podría ayudarte...

—No, Cresso, no voy a trabajar con vos. —Mi hermano trabajaba de mercader; un negocio que venía desde sus abuelos. Cresso había tenido su trabajo asegurado desde que era niño, pero yo había querido crear mi propio camino.

La comida llegó pronto; el cantinero trajo dos sopas a pesar de que no habíamos pedido nada.

—Entonces, ¿por qué quisiste reunirnos? —le pregunté.

—Ah, casi me olvidaba. Te tengo un paquete de Wendagon.

—¿Wendagon? ¿Uno de los señores de acá?

—Un mensajero me dio éste paquete cuando llegue a la ciudad. Creí que lo conocías.

—No conozco a nadie acá.

—Bueno, pues alguien te conoce.

Cresso puso el paquete sobre la mesa. Tenía un sello de cera que lo mantenía cerrado y mostraba que no era barato.

—Dale, ábrilo ya —dijo Cresso.

Rompí el papel. Una caja de madera quedó al descubierto.

—¿Y si es una trampa? —dudé, pero Cresso volvió a insistir para que lo abriera.

Al final solo había una carta y una bolsita de cuero.

El cantinero pasó y recogió los platos y vasos. Cresso pagó los treinta cobres.

—Bueno, ¿qué dice la carta?

—Déjame ver... —me puse a leer—. Dice que el señor de tierras Wendagon sabe sobre el fracaso de mi compañía de mercenarios... Pero que él tiene una tarea para mí. Dice que, a pesar de no haber visto mis habilidades en persona, confía en que las historias y rumores sean ciertos... —miré a Cresso. Él sabía qué rumores se decían—. Y confía en que pueda cumplir su tarea. —Salteé algunos reglones—. Bla bla bla... Si acepto visitarlo y escuchar lo que tiene para proponerme, podría ganar dosc... ¿doscientos ocatos? Vaya. Y dice que junto con la carta adjunta un adelanto de mi pago. Eso es todo.

—Dioses —dijo Cresso—. ¿Quién es éste Wendagon?

—Es un señor de tierras, ¿no? —dije—. O sea que es uno de los dueños de la ciudad.

—Tiene que vivir en el distrito privado. ¿Qué vas a hacer?

—No sé; no sé qué tipo de trabajo es. Pero la cita es para esta noche.

—Tal vez quiere que quemes algo —rió Cresso.

Suspiré, recordando la vez que un hechizo había salido mal y había quemado una posada por accidente. El rumor se había salido de control, y ahora todos creían que había incinerado un pueblo entero.

Noté que Cresso estaba mirando hacia el cantinero. Nos miraba con una expresión desagradable; al parecer no le gustaba que un amante de bichos como yo recibiera un paquete tan importante. Suspiré. Sin embargo, Cresso no había perdido su sonrisa.

—No le prestes atención —dije.

—¿Eh? ¿A qué? —respondió. Cresso nunca perdía su espíritu.

Era duro ser un bicho en el Este, pero Cresso ya se había acostumbrado. No podía evitar envidiarlo.

Revisé el adelanto al pago que incluía el paquete. Traía cien cobres.

—Quizá trabajar para un señor de tierras importante cambie esa reputación tuya —dijo.

—Sí... pero dudo que pueda cambiar mi suerte. Supongo que voy a ir mañana —decidí.

Luego de eso, salimos del local y nos despedimos. Cresso debía salir temprano a Teorani; lo esperaba un barco en el puerto. Le mandé saludos a mamá y nos separamos. Cresso tenía razón, mi reputación necesitaba ayuda. Pero si mi reputación era tal, ¿por qué era que a ese señor de tierras se le había ocurrido contactarme?

VIII — HEIR

Sil y Dip podían acercarse a lo que uno llamaría amigos, y efectivamente apreciaba su presencia como miembros de nuestra especie, que debía permanecer unida. Pero ya había tenido suficiente de ellos.

Salí del bar, dejándolos a ellos con su borrachera, y vagué por las calles.

Tenía trabajo que hacer. Había tomado el trabajo de acabar con el fugitivo hacia dos días, pero no había logrado demasiado. Era un caso complicado... El tipo venía de Oxshire, y había huido a la capital para fundirse entre la multitud, supongo. Le había resultado, pero la policía había venido a mí, y yo no iba a tardar mucho más en dar con él.

Al parecer era un ladrón de nenes; los agarraba cuando oscurecía y nunca volvían a verlos. El negocio le iba bastante bien, porque la gente de su ciudad tardo semanas en entender que se trataba de la misma persona haciendo las desapariciones. Aumentaron los patrullajes durante la noche, y la ciudad cayó en la paranoia, pero la vigilancia extrema terminó por revelarlo... y huyó a la capital.

Grazné. No iba a poder dejarlo con vida. Un trabajo así no me venía mal. Aunque no me gustaba colaborar con todos los humanos que tenían ahí en Veringrad, llevaba un buen tiempo tomando cacerías de la policía y habían terminado conociéndome.

Sabían que yo nunca entregaba cuerpos, también. Así es que, a pesar de que me conocían, no esperaba que vinieran a mí personalmente. El nombre de Bernard Rhodes no sería publicado en un cartel de buscado. Necesitaban que el asunto se solucionara cuanto antes. *Immo*, escupí, la caza va a tener lugar.

Continúe avanzando por las calles de Veringrad mientras pensaba en todo esto. Tras una vuelta en la esquina llegué a la plaza; el rastro

me había llevado ahí. El olor a sangre. Los rastros de olor que la policía me había mostrado. Me habían permitido oler ropa rasgada... y a los cuerpos.

Immo, había pedido poder oler los cuerpos...immo, los había olido...y mi cuerpo se había agitado. En el olor había rastros de varias personas, sí. Y había todo tipo de cosas. Esos cuerpos habían sido profanados. Bernard Rhodes había tomado el alma y el cuerpo de esos chicos humanos.

El templo se encontraba frente a mí. Bernard estaba ahí dentro.

No me molesté en ser silencioso. Me calcé mi capucha, y entré en el edificio sagrado. Los dibujos que decoraban cada ventana eran casi invasivos; eran gigantes, coloreaban la luz y te rodeaban en cuanto dabas un paso adentro. Vi a los dioses trillizos, Tiempo y Espacio; vi a Creación y a Día y a Noche. Y desvié la mirada, y pronuncié un canto para mi Deus: *que su gracia y bien me acompañen hasta el día en que la noche me reciba, para el sol nunca llegar.*

Atravesé un cuarto corto y llegué al pasillo principal. El templo mostraba dos hileras de bancos, que llevaban a un pequeño alzamiento con una plataforma para hablar. Más allá el establecimiento continuaba, pero... No necesitaba avanzar un centímetro más. Rhodes estaba ahí mismo, mirándome en medio de las hileras de asientos. Sonriéndome.

—Santo...—mascullé, mirándolo.

Bernard Rhodes no era humano. Su piel se hacía rocosa a la altura de su rostro, y dos piezas de hueso sobresalían de su pelo: cuernos. Su rostro era color carmesí.

Santo, ¿eso era un “diablo”? Me agazapé, despacio, pero pensando frenéticamente. Nunca había visto uno, pero se suponía que eran salvajes que solo andaban por el continente del Oeste... Había entrado en ese lugar esperando un humano.

Bernard estaba parado, simplemente, con ropas formales. Su cara, roja, se veía como si estuviera usando una máscara de madera. Solo su pelo me recordaba características humanas...

—Heir —dijo, pronunciando mi nombre—. Escuché que me buscabas. Supe que venias, y yo te estaba buscando a vos. Quería verte, Heir, Heir.

—*Scelus*—musité—. ¿Qué carajo es esto? ¿Sos Bernard Rhodes?

—Sí, así es—dijo Bernard, inclinando su rostro sin boca. De pronto, su postura cambió, perdiendo presencia.

Alzó las manos hacía mí.

—*Tenés que matarme...* —rogó, con un tono de voz diferente.

—Bernard, ¿esto fue algo que te hicieron...?—pregunté.

Mis pensamientos se apilaron sucesivamente. La policía lo había descrito como un humano; ya lo habían acorralado en el otro pueblo, así que no podía haber duda... lo habían identificado como Bernard Rhodes... ¿Cómo es que ahora se me aparecía como un diablo? ¿Acaso había sufrido una transformación?

Pero todas esas dudas no importaban. En el ruego que acababa de recibir podía reconocer la voluntad de un hombre libre. Bernard Rhodes no quería ser esa criatura; deseaba morir, y yo iba a otorgárselo.

Salté hacía adelante, avanzando antes de que pudiera reaccionar, y llegué frente a él en un movimiento. Antes de que mi túnica dejara de flamear, ya había tomado mi sable por debajo de ella, y lo bajé contra el demonio.

Que el metal de los cuervos corté el viento y la carne, pedí.

Pero no dio resultado. El diablo se movió a un lado y retrocedió, fundiéndose entre las sombras del templo. Miré para todos lados, buscando algún sonido, o el olor... pero todo parecía haberse esfumado. De pronto, sentí un tirón por detrás, y vi al demonio tomándose del brazo.

Su agarre ardía. Sus brazos eran como el aliento de un dragón. Empecé a formar un insulto en mi pico, y el diablo apretó con más fuerza. Mi sable cayó al suelo, pero bajé mi otro brazo a mi túnica y tomé un cuchillo. Podía soportar el dolor mientras solo penetrara en mi armadura.

Le di en el rostro; esa roca roja no se rasgó. Aproveché para quitármelo de encima y rodé hacía su espalda. Incorporándome, puse el cuchillo en su cuello.

De sus manos surgió fuego, y me hizo retroceder. No podía acercarme, mientras siguiera de esa manera... Dejé que mis brazos se relajaran, y las quemaduras pasasen. No quería que mis plumas olieran más tarde.

Lentamente, Bernard avanzaba hacia mí; fuera de sí, sin cordura, se palmeaba la cara con las dos manos y dejaba pequeñas hileras de humo en el aire.

—Diablo —susurré.

Tenía que matarlo. Busqué por una bolsa de cuero en mi cintura. Mi especie no podía hacer magia, pero había reemplazos.

—Yo no haría eso —chilló él, de repente. Su voz resonó por todo el edificio, a oscuras—. No vas a poder hacer ninguna magia ahora. Conjuré alrededor de todo Veringrad.

—Conjur... ¿Hiciste un sello? —dije—. Sos humano en el fondo, Bernard. Voy a completar la caza como lo pediste.

El diablo inclinó la cabeza. Así que no iba poder usar magia, bien... Podía creer a su palabra. Tenía sentido que ese horror hubiese buscado chicos si los había usado para potenciar un sello mágico...

Salté hacia adelante, portando mi sable. Él se cubrió con sus manos rocosas, y se puso bajo mí. Apretó contra mi pecho... la túnica se llenó de flamas, y todo el dolor llegó a mí. Caí al suelo, y el diablo se acercó más... Pero había sobrestimado mi dolor. La armadura en mi pecho se había encargado del fuego. Tomé una de sus manos, incorporándome y moviéndolo a un lado hasta dislocar su brazo.

Gimiendo, apoyé mi pata en su cara y lo tumbé. Tomé mi sable, cayendo sobre él, y lo clavé en su pecho.

Negra. La sangre de los diablos era negra. Pero Bernard solo manaba rojo. Ese monstruo era un humano.

Me agaché junto a su rostro. Necesitaba saber qué significaba esto.

—Bernard. Bernard, Hablá. Solo un acto más... Tenés que hablar. ¿Cómo te paso esto? ¿Quién te arrebató tu humanidad?

Usar chicos por su sangre, solo para hacer un sello... La manera en que había dicho mi nombre cuando entré... Era como si ese diablo hubiera buscado llegar a mí. El rostro rocoso empezó a perder su color carmesí, volviendo a tener un aspecto humano.

Pero el diablo en que se había convertido no solo había matado a los chicos. Se había divertido con ellos. Imaginé el horror que Bernard debía haber experimentado, el lado de Bernard que permanecía humano.

Asomé mi oído al hombre moribundo y escuché graves palabras.

—*Como... vos. Uno como vos.*

Mis ojos se ensancharon.

—*Laertes.*

Sus ojos se cerraron.

Me levanté.

Un cuervo en Laertes... creía que todos los que quedábamos estábamos refugiados en la capital.

Un cuervo que había convertido a un humano en un diablo.

Levanté la cabeza y miré el templo. Detrás de las cortinas, en la parte de atrás, debía encontrarse el lugar donde había hecho el sello. Ahí debían estar los sacrificios. Estaba claro que Bernard también había secuestrado algunos más en Veringrad. No me interesaba ver el espectáculo; ya sería un problema de la policía.

Miré hacia la puerta de salida por un momento. Laertes. Debía echarle una visita.

Por el momento, me agaché hacia el cuerpo de Bernard Rhodes. Tomé mi cuchillo, abrí su cuello, y empecé a beber.

IX — DALIA

El viaje no iba a ser largo; la carta había tomado un día en llegar a mi casa. Había salido por la mañana, y podría recorrer casi toda la distancia con el sol a la vista. No tenía forma de perderme; la luz también me servía para reconocer el Norte. Todo debía ir bien.

Espoleé a mi montura, y aceleré la velocidad. Corría a través de las piedras, levantando polvo y desafiando al viento. Solo se escuchaban sus pezuñas y el golpear rítmico de mi bolso; algunos animales se escabullían entre los árboles, pero nunca estaba lo suficientemente cerca como para escuchar que podían estar chisporroteando sobre los humanos. Creía que eran inteligentes, pero se mostraban demasiado atemorizados cada vez que pasaba. Lo ignoré.

El terreno era siempre cambiante, lo que hacía que el caballo saltara en muchas ocasiones y yo riera por sobre sus relinchidos. La ciudad no podía estar muy lejos, pero era difícil precisarlo porque había decidido tomar una ruta alejada de los otros pueblos.

Ninguna nube parecía tener ánimos de tapar el sol, así que tomamos un descanso al atardecer. Llevé el caballo hasta la congregación de varios árboles, donde había un charco abajo y él podía tomar. Fue entonces cuando todo sucedió.

Me senté a la sombra, viendo al animal tomar, y estaba pensando en sacar algo de comida del bolso cuando lo escuché. El repiqueteo. La respiración agitada. Era como si alguien estuviera tamborileando sus dedos, pero el ritmo era más lento y más profundo. Reconocí el sonido de algo golpeando contra la piedra seca rápidamente; no eran dedos, eran pies; pasos. Seis pasos ocurriendo a la vez.

La respiración se hizo más fuerte. Se estaba acercando. Entendí que aparecería entre los árboles en cualquier momento, pero no hui. No hice al caballo escapar. Saqué mi cuchillo, y esperé con una postura rígida. La araña no tardó en aparecer.

La luz del atardecer le dio de lleno, y pude ver su cuerpo en toda su gloria visceral. No debían llamarse arañas... eso se parecía más a una langosta. Una langosta enorme como dos hombres; su cuerpo era viscoso, y su rostro era el de un humano. Era un rostro bebé, rubio, sonriéndome y mirándome a los ojos.

Sabía que esa araña no iba a quedarse quieta como la otra lo había hecho. Efectivamente, empezó a correr hacia mí, con sus piernas como un tambor y hablándome. Decía incongruencias, palabras que era incapaz de entender y dañaban mis orejas. Había algo familiar en el tono, pero la adrenalina y la emoción borraron estos pensamientos, mientras yo corría hacia el monstruo a mi vez. El caballo chilló al ver al demonio, y salió huyendo, pero tampoco presté atención a esto.

Corrí hacia la bestia, y rodé por el suelo cuando vi que levantaba una de sus patas hacia mí. Logré esquivarlo, y salté bajo su cuerpo erguido. Sus patas no podían alcanzarme; apreté el mango de mi cuchillo y lo clavé en su estómago viscoso. Él bebé grito, mientras la sangre brotaba.

Entonces enloquecí. Todo sucedió en un momento. Arqueó sus patas hacia adentro, algo que no creía posible, y bajó su cuerpo hasta que su cabeza estuvo frente a mi rostro. Levantó sus patas delanteras, y me abatió con ellas. No sabía de qué estaban hechas... pero el corte se extendió por todo mi abdomen. La sangre empezó a salir. Caí a varios metros, y traté de levantarme e ignorar el dolor. Descubrí que no era posible. Aun gritando, la araña empezó a avanzar en mi dirección. El cuchillo había caído de mi mano. Todo sucedió en un momento.

Por un momento llegó el pánico, pero lo corrí a un lado y pensé con rapidez. La araña se estaba acercando... Me había cortado en un movimiento... *Protección*, gemí. Necesitaba protección.

No te separes de esa espada... Con ella, siempre vamos a protegerte.

Sí. Papá había dicho eso. Solo papá me entendía... Podía confiar en él.

Necesitaba la espada.

Giré la cabeza, sin fuerzas, y vi el bolso a unos metros. Lo había colocado contra una roca, bajo la sombra de los árboles donde me encontraba descansando. Me arrastré como pude hacia él... Mi pecho

estaba muy frío, la sangre continuaba saliendo... La araña solo seguía acercándose.

Sentí la textura del bolso contra mí mano. Había llegado. Alcé mis dos manos, aunque no podía levantar mi pecho del suelo, y empecé a abrirlo frenéticamente. Busqué, busqué, la espada, tenía que encontrar la espada... No, no, tela, eso era el libro de mamá... Y sentí roca. La espada. Sí.

Pero...seguía siendo como una roca. No había ganado filo.

La saqué de todas maneras, insegura de que se suponía que iba a hacer, pero confié en Destino. Rodé hasta estar boca arriba, y me enfrenté al monstruo que se había colocado sobre mí.

Levanté la espada hacia arriba, casi como en ofrenda.

La araña se irguió, su estómago aun sangrando, y levantó su primera pata izquierda... Ese tajo iba a matarme. Pero empezó a hablar; empezó a hablar sus incoherencias y entonces lo entendí todo.

¡Ese lenguaje! ¡La forma de la lengua! ¡Ya había oído una palabra así antes!

—Coniungunt —susurró—. Coniungunt, coniungunt, coniungunt.

No pasaba nada. No había una luz, nada... pero sentí un resonar en mi interior. Algo se había movido, pero no podía reconocer qué y el monstruo seguía bajando su pata... Algo había pasado.

La pata arremetió directamente contra mi cuello, abriéndolo. Empezó a manar sangre, pero no había dolor alguno. Todo en mi cuerpo era... vitalidad. Me incorporé, mientras mis ropas se llenaban de sangre. La araña retrocedió un poco, mientras su cara de bebé cambiaba a un gesto de llanto. Sí, debía ser un cachorro, pensé. Su tamaño debió habérmelo dicho.

Tenía que matarlo.

Levanté ágilmente la espada, que ahora parecía moverse con el viento. Salté hacia el monstruo, y atravesé dos de sus patas con un movimiento. La espada los cortó limpiamente y el bebé cayó al piso.

Sus chillidos cubrían todo el ambiente. Movía sus miembros en frenesí, desesperada por incorporarse, pero incapaz de hacerlo. Evadí ponerme cerca del peligro cortante, y avancé hasta su cabeza. Tomé

sus pelos rubios, y la levanté. El bebé no paraba de llorar. Usé mi espada, y cacé al monstruo.

Me alejé unos pasos.

La herida en mi cuello se había cerrado, así como la de mi vientre. Mis ropas estaban manchadas, pero no era nada que me afectara. Levanté la vista hacía el cadáver. Realmente había acabado con una araña. La espada de papá había respondido. Lo entendía. Ese era el camino que debía seguir.

Me tomó trabajo encontrar al caballo, que había huido a una gran distancia debido a los gritos. Cuando me subí a él ya estaba anocheciendo, y mis ropas mojadas me hicieron empezar a temblar. Mientras buscaba mi vestido en el bolso, pensaba.

Había recibido un golpe fatal y sobrevivido... pero me sentía bien. No estaba conmocionada. Y es que todo lo sucedido se sentía natural. La espada de papá debía protegerme, él lo había dicho. Era natural.

Espoleé al caballo, y me puse en marcha hacía la capital. No debía estar a una hora de camino. Por encima, el dios Noche estaba despertando, cubriéndolo todo con su figura negra, y las estrellas empezaban a mostrarse en él.

Efectivamente, la capital pronto se mostró frente a mí. Tuve que parar el caballo, y dejar escapar mi aliento al verla. Primero estaba la muralla: una imponente estructura de piedra que se alzaba más que cualquier árbol y protegía a las casas del otro lado. El otro lado, del otro lado se extendía la ciudad... Más allá del horizonte, más lejos que lo que mis ojos permitían ver.

La capital era nuestra más grandiosa obra.

Me acerqué a las puertas, enormes y siempre abiertas. El tránsito era libre, pero esos eran tiempos turbulentos y aquello podía cambiar en cualquier momento. Todos lo decían, eran tiempos turbulentos, aunque yo realmente nunca había podido precisar por qué.

Bajé la colina. En la oscuridad de la noche, la muralla parecía una gran pared negra que terminaba el mundo. Con las puertas solo era un poco diferente, con la luz de la ciudad que dejaban entrever, y la manera en que podía adivinar su forma por cómo estaban abiertas hacía mí. Allí había dos guardias. Parecían recostados... incluso durmiendo. Aplaudí con las manos, y se levantaron de un respingo.

—¿Quién anda ahí?! —gritó uno, moviendo su lanza al viento.

—Perdón... Hola —murmuré. Había guardado mi espada mi cinturón.

—¿Eh?

El guardia bajó su arma, mientras el otro me miraba con las manos en las caderas.

—¿Qué haces acá, mujer? —dijo éste—. ¿Buscás pasar en estas horas?

Me encontraba tranquila, regulando la excitación luego de lo que fue cazar a esa araña.

—Sí —respondí con calma. Los guardias se miraron.

—¿De dónde venís?

—Ey, ¿puedo pasar o no? —contesté. Podía contener la emoción de estar tan cerca de la capital, pero estaba impacientándome.

El guardia desarmado se puso una mano en el mentón, pensativo.

—Tenemos que regular que no entre ningún individuo dañino acá adentro... ¿Qué buscás en la ciudad? —Se asomó hacia mí, y agradecí que la oscuridad de la noche no dejara ver la sangre entre mis ropas, que se filtraba incluso sobre mi abrigo.

—Tengo que ver, eh, a Wendagon.

—¿El señor de tierras? —Ambos se miraron, burlones.

Empecé a buscar el documento entre mi bolso y les pasé la carta. El guardia desarmado estuvo intentando leerla durante unos momentos, pero la oscuridad lo hacía imposible.

—No puedo constatar que no estés mintiendo —dijo al fin. Le arrebaté la carta.

—¡Vengo de Lignus! —exclamé—. Soy del reino, no soy una conspiradora.

El compañero de la lanza suspiró.

—Bien, bien... Ya es muy tarde para esto. Al menos sos humana, eso digo yo. Yo digo que pases, vamos.

El guardia junto a mí se encogió de hombros, sus ojos cansados por la falta de sueño.

—Supongo que es aceptable. —Se giró hacia mí, y palmo al caballo—. Ea, vamos, adentro, mujer.

Los miré unos momentos, e hice andar a mi caballo. Atravesé lentamente las puertas a la capital.

—¿De Lignus, eh? —Dijo el de lanza entonces, cuando los estaba dejando atrás—. Suerte con los bichos.

Pronto entendí a que se estaba refiriendo. Las arañas impedían que la gente saliera de sus casas por las noches en mi pueblo, pero esa ciudad era... casi parecía que había más bichos que humanos. Los vi en cuanto puse un pie dentro de la ciudad; en los carteles de los negocios, durmiendo entre callejones. Los que no eran humanos. Sapos, gusanos, lobos, bestias que tenían cuerpos como humanos y hablaban como nosotros. Pero no lo eran.

Corrí la vista y sacudí al caballo para que avanzara. No quería que me vieran.

Todo a mí alrededor era negro. Los edificios eran más altos de lo que esperaba, pero no llegaba a impactarme gracias a la oscuridad. Pensé si debía dormir esa noche o buscar a Wendagon en ese mismo momento, pero no sabía por dónde empezar para ninguna de esas dos cosas. Galopé a ritmo lento por varias calles, absorbiendo el aire y el hecho de que estaba allí, a través de las cuadras uniformes que constantemente subían o bajaban.

El cielo parecía más lejano en ese lugar.

Me había parado en medio de un camino, y miraba hacia arriba absorta en mis cavilaciones. De pronto, una mano palmó mi pierna, y yo me di vuelta con una exclamación. Era un guardia.

—¿Qué estás haciendo a esta hora? —me preguntó.

—Ah, eh, hola —agité la mano, y decidí aprovechar la oportunidad—. Buscaba la residencia del... ¿señor Wendagon?

Me puse a buscar la carta otra vez, pero no fue necesario.

—Sí... Todos saben dónde vive el señor —me respondió el hombre, apático—. Subiendo por la colina del distrito privado, hacía allá.

Pensé que me haría más preguntas, o me indicaría que no se puede entrar al distrito privado, pero el vigilante solo me recordó que las calles podían ser peligrosas por la noche, y siguió su camino paso abajo. Supuse que estaba bien, y marché. No sentía cansancio alguno; quería ver a Wendagon esa misma noche.

El viaje hasta el distrito privado tomo un par de horas, pero todo fue tranquilo. No es que la ciudad estuviera quieta, claro; los movimientos entre las sombras, los murmullos, los estruendos que traía el viento hacían evidente la ciudad estaba demasiado viva, incluso cuando el dios Noche estaba despierto y todos dormían en mi pueblo.

No había ninguna señal que indicara que el distrito había comenzado, ni era realmente privado, pero se hizo evidente por la forma en que las casas aumentaban su refinación y ya no había gente durmiendo en la calle entre ellas. La calle empedrada ya no tenía papeles o basura; ese lugar parecía adecuarse a lo que había oído de Wendagon. Lo poco que había oído, al menos.

Sabía que, como muchas de las personas en ese distrito, Wendagon era un señor de tierras, y poseía muchas propiedades al Este. Sabía que había llegado a la capital hacia algún tiempo... Y pasado la mayor parte de su tiempo allí encerrado. Recluyéndose de la población, del resto de las personas.

Y ahora estaba pidiendo por mi presencia. *Él dijo ver a Destino en mí*, pensé. Había recibido esa carta, y menos de un día después me encontraba cabalgando entre las calles empedradas del circuito adinerado de la gran capital. Levanté la cabeza. Su hogar se encontraba al final de la calle; una estructura de piedra más grande que el edificio de reuniones de Lignus. Subí por una escalinata que me llevo hasta una puerta ovalada.

La roca proyectaba su sombra en mí. Era el momento. Hice avanzar al caballo, y golpeé con decisión.

Abrieron inmediatamente.

—*¡Dioses!*—Dejó escapar, en la sorpresa. Del otro lado me esperaba un hombre anciano, con ropas blancas y la cabeza desnuda.

El hombre sonrió.

—Entrá, Dalia.

Me sorprendí al oír mi nombre, pero solo un poco. Quien estaba frente a mí... Wendagon, definitivamente... parecía saber muchas cosas.

Me indicó con un gesto que pasara. Estaba por bajarme del caballo, pero sacudió la cabeza y dijo que estaba bien. Levanté los hombros, y entre con el animal.

El lugar también era de piedra por adentro; era una sala espaciosa. Wendagon empezó a caminar hacia ella, por lo que dejé al caballo ahí y corrí tras él.

El señor no decía nada. Solo subió, lentamente, y pasó al segundo piso. Éste mostraba dos pasillos con diversas puertas, pero Wendagon tomó una separada al resto. Me llevó a una especie de terraza que daba a la ciudad.

—Necesito descansar —murmuró.

Había dos sillas en el lugar. No se veía demasiado paisaje con la oscuridad, pero la muralla conseguía destacarse a la distancia. Al parecer esa casa era el límite del distrito privado. Levanté la mirada para encontrarme con la impresionante vista del cielo estrellado.

Wendagon había tomado asiento, pero el paisaje me tenía absorta hasta que volvió a hablar.

—Sentate.

Me giré hacia él, con los brazos cruzados.

—Vos sos... Wendagon, ¿no?

—Así es. Veo que seguiste mi consejo —dijo, mirando hacia la espada de mango negro que colgaba de mi cinto.

Caminé hacia él, y tomé asiento a su lado. Ambas sillas miraban hacia la muralla. Se hizo un silencio.

—Wendagon... —dije, tras un momento—. ¿Cómo sabés todas estas cosas?

—Yo *veo* —dijo él—. Tengo la capacidad de ver más allá de mi visión, de sentir al mundo como una consciencia de individuos que se mueven a través de ella... Y está cambiando. Normalmente solo es un sentido, una sensación en mi piel siempre que estoy viviendo, pero las visiones son más claras cuando duermo. —Wendagon me miro a los ojos—. Así vi que eras El Caballero, Dalia. Supe que tenía que llamarte. Pero otros vienen en camino.

Me removí en mi asiento. Tomé mi espada... me miré, reflejada en su filo. Todo lo que él estaba diciendo...

Sentí que había nacido para escuchar esas palabras. No podía dejar de sonreír.

—Otros a quienes vas a acompañar —terminó, y se me quedó mirando—. Veo que conseguiste la espada. —Me giré hacia él, y asentí—

. Te mandé una carta en cuanto sentí que habías obtenido el poder para usarla.

—La palabra... —susurré—. Wendagon... Señor, esta espada que me dio mi padre no podía cortar ningún objeto. Nada en lo absoluto, hasta que pronuncie una palabra.

Wendagon levantó una ceja.

—Coniungunt —continué—. Sí, y sentí algo extraño en mí, y todas mis heridas se me habían curado.

El hombre palideció. Pude verlo, aun en la oscuridad y con las estrellas como única fuente de luz.

—Eh... Eso es... No es algo que yo haya hecho. Yo solo sentí que ya habías obtenido el potencial. Pero esa palabra... —empezó a decir, pero pareció cambiar de idea—. Es... no importa ahora. Escuchá, Dalia.

Alargó su mano hacia mí. Yo sentía que podía confiar en ese hombre. Le otorgué la espada, y él la alzó hacia el cielo.

—Ahora esta espada está unida a tu sangre. Puede no ser demasiado larga, ni muy poderosa. Pero mientras esté tocando tu piel, ninguna fuerza va a poder hacerte daño.

—¿Eso es...?

—Es magia, sí. ¿Estás de acuerdo con todo esto, chica? Se están formando lazos a tu alrededor, lazos que puedas no ser capaz de controlar.

Asentí. No dudé ni un momento.

—Vas a embarcarte en un viaje. ¿Estás de acuerdo? —Iba a acceder una vez más, pero él hablo primero—. Sé que dejaste a tu padre atrás. Vos... tenés que saber que puede que él no aguante hasta que regreses de éste viaje.

Me quedé quieta.

—¿...Qué? Yo...

—Su enfermedad está en una etapa muy avanzada. Pero puedo darte algo...

Wendagon se puso de pie, y se acercó hacia mí. Primero volvió a poner la espada en mi regazo, y luego una mano sobre mi pecho.

—Soy un Oráculo. Mis capacidades están dedicadas a observar, no a intervenir. Pero puedo compartirlas... hasta cierto punto.

—¿E-En serio? —balbuceé, exaltándome ahora ante su mano.

—¡No te muevas! Sí... Algunas personas pueden hablar con el dios Sueño y comunicarse con él. Siento que vos sos una de esas personas. —Ahora una luz emanaba de su mano, una luz que parecía un sonido, una sensación, un sentimiento. Eso era la luz siempre cambiante de la magia.

Sentí otro movimiento dentro de mí, como cuando había dicho la palabra mágica por primera vez... y Wendagon dio un paso atrás.

—Y vos también vas a poder comunicarte con él.

—Estás hablando de tus... ¿visiones? —dije, todavía un poco aturrida.

—Sí. Vas a poder ver a la distancia cuando duermas... Ver otros lugares. Cosas que aún no pasaron. Y espero que esto te ayude a estar, en cierta manera, con tu padre. Con suerte esto se desarrolle en una o dos noches. No va a llegar con facilidad.

No tenía palabras para responderle. Pensé en balbucear un agradecimiento, pensé en llorar, pero al final dije algo muy diferente.

—¿Sabés... usted sabe que iba a hacer éste viaje aunque usted no... no hiciera eso, verdad?

Wendagon asintió.

—Quizá sea hora de ir entrando. Va a ser mejor que duermas acá hoy; los otros van a unírse nos muy pronto. Mañana voy a explicarlo todo.

Wendagon rodeó una maceta, se dirigió a la puerta y entró en la casa de piedra. Yo lo seguí.

Me indicó que podía quedarme en uno de los cuartos del pabellón de arriba. Me metí en un cuarto. Todo estaba tapado por las sombras, así que salté directo en la cama. Pensé por un segundo en mi bolso, pero recordé que lo había dejado con el caballo...

Tenía tanto sueño...

Mis ojos fueron cerrándose, y otra escena fue abriéndose en su lugar. Ese sería el primero de mis sueños, y no lo recordaría con claridad. Pero sé que no fue como esperaba, que no me llevo a ver a papá o a mamá. Mostraba una iglesia, un hombre postrado en el suelo, y una criatura negra bebiendo de su cuello... Chupando su sangre...

X — CREGH

Se hizo la noche, y llegó la hora de responder la invitación. ¿Quién era éste señor de tierras que le regalaba dinero a un cualquiera como yo? El trabajo que me iban a ofrecer podía durar tiempo, así que había juntado todas mis posesiones: unos cuatro rorintios, unas hojas de Valma para los hechizos de curaciones y el anillo de mi padre. No tenía mucho más; lo había perdido todo cuando mi compañía se había desbandado. Aun no conocía bien la ciudad, así que salí temprano, pero terminé perdiéndome. Mi suerte nunca me abandonaba. De pronto era más oscuro de lo que esperaba, y había empezado una pequeña llovizna.

Al final encontré el distrito privado, y llegué a la puerta del tal Wendagon. Un anciano calvo y pequeño me recibió; el señor de tierras.

XI — ALDARA

Fueron tres días con sus noches para llegar a Veringrad. Terminando el bosque, me trepé a un árbol, desde donde observé la capital del reino. Era hermosa; con tres cúpulas que se elevaban entre los edificios, sobre la gran muralla. Al Oeste se extendía un amplio cementerio.

Noté que había unos guardias en la entrada. Me mordí el labio. No iba a lograr pasar; sabía que había muchos bichos en la ciudad, era posible que ni siquiera entendiera las lenguas que hablaran.

Opté por escabullirme. Podía usar la barrera del cementerio, más baja que la muralla. Busqué un sector alejado, puse mi oído contra el muro y confirmé que no escuchara ni el más ligero murmullo. Intenté escalar las piedras que sobresalían del muro, pero siempre terminaba resbalándome.

Fueron cuatro los intentos fallidos, hasta el quinto que fue un completo fracaso: al estrellarme contra el piso vi que un rostro se acercaba.

Me incorporé violentamente, temblando, y me hice un bollo contra la pared. Se trataba de un guardia.

—¿Qué haces acá...? —dijo—. ¿Se te ofrece algo?

Parpadeé cuando oí mi propio idioma, pero estaba paralizada.

—...Eso no es asunto suyo —atiné a musitar.

—Voy a darte otra oportunidad. Si no me respondes, tengo la autoridad de apresarte en el calabozo.

Carajo. Tenía que pensar, y rápido.

—Vine para ver a un doctor. ¿Ve lo que tengo en la pierna?

Le extendí la pierna, asegurándome de apoyar el pie en su mano.

—Aja... —dijo—. Mira, el doctor se encuentra en...

Pisé fuerte en su mano, usándola para elevarme. Alcancé el borde del muro, y dando pataditas en el aire logré subirme a la cornisa.

Escuchando los gritos del guardia, salté al otro lado, con el miedo mezclándose con el viento que me revolvió el pelo. No puedo explicar el dolor de chocar contra el suelo. Fue como un relámpago que empezó en el empeine y recorrió todo mi cuerpo, hasta detrás de las orejas, pero centrándose en la herida de mi pierna.

Levanté la cabeza: estaba en el cementerio. Del otro lado del muro se escuchaba al guardia gritando por un tal Mel.

Empecé a correr por entre la tierra seca, notando que mi herida se había resentido lo suficiente como para volver a sangrar.

Era un cementerio rectangular y enorme. A los dos minutos ya me sentía desfalleciendo; a la derecha vi a los dos guardias viniendo hacia mí, haciendo señas a otro grupo que venía por la izquierda.

Sin pensarlo dos veces, me agaché en una lápida de tamaño considerable, y me quedé un ratito así. Sentía mi corazón latiendo con violencia, y mi aliento se dibujaba sobre el mármol gris. Miré hacia mi pierna: la venda estaba completamente roja ahora. Dioses, no iba a salvarme de esta.

Los pasos y vituperios eran cada vez más cercanos, así que decidí bajar la cabeza y orar por la lápida que me ocultaba.

Aquí yace Alfonso Ríos, infante de Alera.

Mis ojos se ensancharon.

Papá.



Cuando recuperé la consciencia, me recibió una sala apenas iluminada. La pierna seguía ardiéndome, así que no podía haber pasado demasiado tiempo. Intenté incorporarme, sólo para descubrir que mis muñecas estaban fuertemente esposadas con cadenas de hierro. Atrás mío había una reja, y detrás de ella un guardia que cada tanto sacudía la cabeza para evitar dormirse.

Miré a mí alrededor. No había nada en la celda salvo un par de velas... pero había alguien más ahí. Un hombre en harapos, cubierto por las sombras.

—Hola —susurré—. ¿Dónde estamos?

Se hizo un silencio.

—Aprisionados —respondió al fin—. ¿Dónde más? Aguardando nuestro castigo.

—Pero... no debería estar acá —balbuceé—. Me están esperando...

—Yo tampoco debería estar, linda.

—¿Por... por qué te encerraron?

—Por lo de los señores de tierras. ¿Qué no escuchaste?

—Son... los ricos de la ciudad, ¿no?

El prisionero asintió.

—¿En serio no lo sabés? Mierda... han estado muriendo últimamente... no sé por qué, pero están apareciendo muertos uno a uno...

—¿Y eso lo hiciste vos? —pregunté.

—Claro que no. Pero tenían que agarrar a alguien... Y me tocó a mí.

No podía ver ninguno de sus rasgos entre las sombras, pero su tono de voz me lo decía todo.

—No toqué a ninguno de ellos... —continuó—. Pero claro, nadie es inocente, ¿no? Suponía que me iban a agarrar tarde o temprano. Decime, ¿cómo te llamás, linda?

—Eh... Aldara.

—Dodger. Encantado de conocerte.

No le respondí. No podía ayudar a ese hombre. Tenía que salir de ahí.

Fuera de la reja había una mesa con un libro y un florero. El guardia no podía verlos. Entonces, algo encajó en mi cabeza. Tenía un plan.

Tardé veinte minutos en lograr concentrarme lo suficiente como para que el agua del florero comenzara a calentarse. Diez minutos después, podía ver los borbotones agitando los tallos marchitos. El guardia ni lo notó.

El vapor fue llenando la pequeña habitación, alcanzando las velas, dispuestas en el estante superior, que se apagaron. El guardia se sorprendió entonces, pero ninguno de los dos podía ver nada. Se agarró de los barrotes de la reja, revisando por nosotros.

—¡U-Ustedes! ¿Señorita? ¿Me escuchan?

Traté de hacer el menor ruido posible mientras me ponía de pie.

—¿Mujer...?

Escuché que sacudía la reja.

Esta es mi oportunidad, pensé.

Armé mi puño y mis fuerzas convergieron en la cara del tipo, que cayó tumbado. Pero no era tan fuerte. Empezó a levantarse, y entonces una mano junto a mí lo tomo del pie y empezó a acercarlo a la celda, dándole otro golpe y dejándolo abatido.

Miré directo a los ojos de mi compañero de celda. Con mi corazón palpitando, tiré del pantalón del guardia, arrastrándolo hacia mí, y revisé su bolsillo. Tenía las llaves.

Abrí la puerta y salí apurada, dispuesta a abrirme la salida. Justo cuando puse la mano en el gran picaporte, una voz detrás de mí me sorprendió.

—¿No me vas a ayudar a mí?

Me quedé paralizada. Mierda, ¿qué se suponía que tenía que hacer?

Revoleé la llave hacia donde creía que provenía el sonido, y escuché su tintineo contra el piso. Salí sin escuchar si el hombre había logrado llegar hasta ellas.

Ya era de noche en Veringrad, y había empezado una llovizna. Había algunas estrellas, pero el cielo estaba nublado. Con los labios cuajados y muerta de sed, me interné por las callejuelas de la ciudad.

—Dejá de huir a Destino, Lali.

—¿Eh...? —Me giré.

—Soy Wendagon. Vení conmigo.

Solté un grito. Saqué el cuchillo que hice con un fragmento de vidrio, pero entre la luz de la noche logré percibir a un viejito un tanto más bajo que yo, con gran nariz y ojos tranquilos. Su postura firme me transmitió tranquilidad, y sentí la misma certidumbre cuando lo sentí en mis sueños. Sabía que debía acceder a su invitación.

En silencio, caminábamos hacia su hogar. La visión de la lápida de mi padre no lograba abandonar mi mente. Esa había sido la última ciudad de papá; realmente había venido al lugar correcto.

XII — LI

Al final llegó la noche de la cita, y llegué a la capital. Tras comprar balas y subsistir hasta entonces, me quedaban veintiún cobres, pero esperaba que Wendagon me recibiera con un gran banquete. Por otro lado, “la noche del doce de abril” era un poco ambigua. ¿Era la noche del once al doce o la del doce al trece? Quizá estaba tarde y me había perdido el banquete.

Ah, sí, y la reja estaba baja, bloqueando el paso. Cerrado. Empecé a llamar a algún guardia, y cuando eso no resultó, a golpear la reja con una piedra. Del otro lado alguien balbuceó algo y dejé de golpear. Pronto, vi una luz de antorcha y un guardia con cara de sueño se acercó del otro lado.

—Ey, ¿tenés idea de qué hora es? —me saludó.

—No, pero se supone que ustedes trabajan de noche —dije—. Quiero pasar.

—¿Para qué mierda querés pasar a estas horas? Volvé en la mañana.

—¿Qué pasa, Mel? —dijo otro guardia que se venía acercando.

—Este tipo quiere entrar ahora mismo.

El otro guardia le quitó la antorcha a Mel, y se acercó a mirarme de pies a cabeza.

—Solo es un vagabundo. Volvé mañana, chico, cuando levantemos la reja.

—No, insisto en pasar de inmediato —reclamé—. El señor Wendagon requiere de mi presencia.

—¿Wendagon? ¿Tú presencia? ¿Para qué querría verte a vos?

—Tengo una carta pidiendo mi presencia. Vine desde Craster para verlo —dije, agitando la carta en el aire.

—Ey, pensalo —dijo el primer guardia—. Antes del cambio de turno paso una mujer con la misma historia.

—Ya lo sé, Mel, no tenés que recordármelo. —Los guardias acercaron la antorcha a mí—. Parece solo un vagabundo, pero si Wendagon está juntando gente rara será por algo. Podes pasar, vos. Mel, levantá la puerta.

—¿Que la levante?

—¡Sí! ¡Que la levantes! Dejá de perder el tiempo.

Al poco tiempo, la puerta se empezó a levantar muy lentamente, y cuando estuvo a unos centímetros, me arrastré por el suelo para pasar. Malo pasó caminando. Mel hizo una seña y bajaron la puerta.

—Una cosa más —dije—. ¿Dónde vive Wendagon? —Los guardias rieron.

—Anda por ese camino grande hasta la plaza. Seguí el arco y vas a llegar al distrito privado. La casa está justo al final. Aunque no sé si vaya a recibirte a estas horas de la madrugada.

Miré al cielo. El sol se había ocultado hace algunas horas, así que quizás sí era un poco tarde. Decidí apurarme y empecé a trotar.

La capital nunca dormía realmente, pero la plaza era el único lugar que se mantenía iluminado, aunque no hubiese gente alrededor. Por sobre los edificios se alzaba el palacio real; en todas las ciudades los templos religiosos eran el punto más alto, pero la capital recibía al rey, así que era la excepción.

Todo el viaje me había dejado exhausto y el distrito privado estaba subiéndome una colina. Gruñendo, caminé apoyándome en mi vara. Malo caminaba adelante mío, sin cansancio alguno.

Al final llegué hasta el final de la calle principal. No podía distinguir la casa muy bien en la oscuridad, pero se notaba que era grande y de piedra. Tropecé con una escalera que no vi y caí de cara al suelo. Tras limpiarme el polvo, subí hasta llegar a la puerta de entrada. Empecé a golpear contra la madera, hasta que me di cuenta de que tenía uno de aquellos aros de metal para golpear.

Di dos golpes. Di cuatro golpes. Di seis golpes. Cuando estaba juntando piedritas para tirar a las ventanas, la puerta se abrió y las deje caer todas. Un anciano calvo me saludó.

—Hola, viejo —dije—. ¿Está por acá el señor Wendagon?

—Soy yo —respondió.

—Oh... ¡Hola! —pensé en disculparme, pero una reflexión era más poderosa. Su carta sabía demasiadas cosas. No confiaba en esa persona—. Usted estaba buscando a Li... Tengo que confesarle que había un error en esa carta. Yo soy el hombre que busca, pero resulta que ese no es mi nombre. Me llamo, eh, Ana. Ana María. —Venía de lejos del reino, así que no sabía mucho sobre nombres. Aun no sabía la broma que me había jugado—. Y éste es mi gato, Malo —dije, mientras lo levantaba para que lo viera—. Ajá. —Y lo dejé caer al suelo—. Usted me envió una carta. Sí. Vengo por eso. Sí.

Wendagon se refregó la cara y me hizo pasar a la sala sin decir nada más. Me limpié los pies y entre, parándome junto a un caballo que descansaba ahí mismo.

—Tomé asiento y espéreme un momento... Ana —dijo, mientras subía las escaleras con cansancio.

Me acerqué a una de las sillas y me senté al lado del caballo. Éste me miró e hizo un sonido con la garganta.

—Buenas noches —lo saludé. El caballo siguió tranquilamente en lo suyo.

Poco después llegó Wendagon y me indicó que lo acompañara hasta las habitaciones; ya me reuniría con el resto al día siguiente. Luego de todo ese tiempo, ya me había olvidado completamente de lo del gorila.

XIII — ÍTALO

Desperté durante la noche. Había una llovizna silenciosa afuera. Tenía ganas de pagar con otro rorintio plateado y pernoctar con la chica, pero lo que me esperaba era mucho más grande que los sentimientos melancólicos que me llegaban en ese día lluvioso.

Me calcé el abrigo y mi carcaj. La miré por una última vez, mientras aun dormía. *Mi reina*. Dejé tres rorintios sobre la mesa de luz.

Dejé el lugar, y me dirigí a donde mostraba la carta que había recibido. Una carta del señor de tierras Wendagon en el sector privado.

Caminé despacio por entre llovizna, casi sin darme cuenta de la hora que era. Todavía no había amanecido, y las nubes oscuras se volvían arrebol a través de la luz que tapaban.

Un señor de tierras había solicitado mi presencia por carta. Me buscaba para un trabajo; prometía cientos de ocatos... y la cura para mis demonios internos. No entendía como sabía de eso, pero era una oferta irresistible. Tanto que era imposible no olfatear el peligro.

No sabía mucho de ese Wendagon; solo había escuchado un par de cosas por ahí. Tenía dinero, tierras y poder, como todos los señores de la capital, pero su persona era todo un misterio. Era uno de los pocos señores de tierras que habían permanecido entre sombras, reservados.

Todo me sugería que Destino estaba obrando sobre mí. Eso era lo que necesitaba; una verdadera oportunidad de crecer, de seguir adelante. Eso era una lucha directa contra lo que me perseguía, lo que había evadido por tantos años. Lo que había intentado ignorar con putas y arquería. Y aunque no me había ido mal, ya era tiempo de algo así. Algo...real.

Al levantar la cabeza me encontré delante del hogar de Wendagon. Golpeé la puerta varias veces.

—Genial.

No me sentía paciente. Estaba por golpear de nuevo, pero escuché unos pasos desde adentro que llegaron a resonar sobre la lluvia.

Un pequeño anciano abrió la puerta, vestido con una prenda blanca. No parecía la apariencia de del calibre de un señor de tierras, pero no era quien para juzgar.

—¿...Wendagon? —pregunté.

—Exacto —suspiró, algo molesto.

Me arrodillé frente a él.

—Señor Wendagon, recibí su carta y acepto el trabajo.

—Sí... Vamos, pasa.

Se veía cansado. Realmente era muy temprano.

—Me alegra contar con un del Valle —dijo—. Creo en tu juicio y experiencia, y en el nombre de tu familia. Cuando se reúnan todos voy a aclarar los detalles.

Subimos arriba, donde me mostró un cuarto donde podía dormir, y terminó por despedirse. A pesar de que acababa de empezar el día, el estar recostado pudo hacer que me entregara al sueño.

Soñé con Wendagon. Ambos estábamos alrededor una mesa, con una bola de cristal en el centro. El anciano parecía estar adivinando el futuro. En la bola podía ver a mi hermano, sentado en un trono de oro... Con la cabeza de mi chica en su mano. A poca distancia, me vi a mí mismo, arrodillado frente a él. Estaba sosteniendo un revólver... el arma que me causaba rechazo. El sueño se sumió en la oscuridad.

CAPITULO II

LAERTES

I — ÍTALO

Cuando Wendagon empezó a golpear las puertas de las habitaciones, llamándonos, ya me encontraba sentado en el borde de mi cama.

Me tomé la cara con las manos y exhalé una vez. Mi boca tenía gusto a muchos sentimientos juntos; no sabría describirlos, pero podía nombrarlos. *Sombra*.

Me vestí, solo pensando que quería seguir durmiendo. Vi que en una esquina del amplio cuarto había algo muy parecido a un tocador, con un espejo que se veía realmente caro, incluso para mis estándares. Miré mi reflejo. La capucha tapaba prácticamente todo mi rostro, pintado con las *Anymas* de la familia. Dos triángulos que ocupaban todo debajo de mis pómulos, tres líneas debajo de cada ojo y la Corona de la Gloria en el derecho, recordando al primer Del Valle.

La pintura significaba que un varón Del Valle estaba cumpliendo un rito de madurez. En el caso de las mujeres las marcas se encontraban en los costados del vientre, lo que prometía fertilidad y honor para los que van a venir, pero en los varones no era más que un amuleto de la buena suerte y una manera para distinguirnos del resto.

Giré la cabeza. Justo al lado del espejo se encontraba un pequeño retrato. Era una dama, y su rostro me resultaba muy familiar. Se encontraba en algo que se parecía mucho al lago de las afueras de Veringrad; usaba prendas de dormir tan blancas que casi eran transparentes. A pesar del tamaño del dibujo, podía ver claramente la expresión de su rostro, y sus ojos. Esos ojos parecían seguirte.

La pintura era muy buena. Su pose y el pelo trasmitían frío, las nubes grises en el fondo contaban como se acercaba una tormenta. Casi podía sentirme en el lago, viendo a la chica mientras era retratada. Podía sentir las primeras gotas; podía ver cómo se frotaba los brazos para darse calor.

Abajo del cuadro había una frase. Era posible que fuera el título de la obra, pero estaba seguro de que se trataba de un retrato encargado. Estaba escrita en la Lengua Alta: “*Y la verdad los hará libres.*”

Busqué mi arco y mi carcaj, me dispuse a ir a ver a Wendagon. Al bajar al primer piso, había una mujer esperando también. Era joven, hermosa pero herida. No la saludé. Solo me quedé al lado de ella, en silencio. Era como si ella pudiera estar en camisón al lado de un lago mientras se venía una lluvia. Nos llamaron para comer, y todos nos dirigimos a la mesa.

II —DALIA

Mi descanso estuvo repleto de visiones fugaces, luces que iban y venían como mezclas de mis sueños y lo que el Oráculo quería que viera. ¿Se trataba de la magia de Wendagon estableciéndose en mi cuerpo? ¿Debía ser un proceso doloroso? Aunque no sentía dolor. Era como una negación a que mi cuerpo descansara luego de que había cerrado mis ojos. Había tenido una primera visión sobre una iglesia, pero fue demasiado nebulosa. Y en cuanto estaba por aparecer algo más, Wendagon tocó mi hombro.

El anciano estaba junto a mi cama, sacudiéndome para que abriera los ojos. De alguna manera estuve despierta al instante.

—Ah, ¿qué pasa? —pregunté, mientras estiraba mi mano hacía la espada negra a un lado de la cama. Siempre quería sentirla cerca.

El cuarto se encontraba en la penumbra. Recordé las brillantes mañanas de mi habitación, y mi hogar en Lignus, y la oscuridad me hizo sentir perdida, pero apreté el mango negro y todo tuvo sentido. Wendagon era casi una silueta.

—Vamos —susurró—, los otros ya están listos.

La poca ensoñación que me quedaba desapareció al instante. Me incorporé fuera de la cama, mientras sostenía la espada con una mano y apretaba el puño de Wendagon con la otra.

El anciano inclinó su cabeza desnuda ante esto, y lo solté al instante. Me había sobrepasado. Pero él solo permaneció tranquilo. Me guió fuera del cuarto sin decir nada.

Bajamos a una cocina, donde conocí al resto. Cuatro personas nos estaban esperando alrededor de una mesa, y un sirviente nos observaba parado. Wendagon se sentó en la punta.

—Llegué a esta ciudad hace pocos años —comenzó, como hablándole a ninguno a particular—. Mi dinero me hizo posible asentarme y convertirme en un señor de tierras muy pronto, pero decidí llevar

mi propio estilo de vida. No salía mucho, y prefería hacer mis propias tareas en lugar de pedírselas a mi fiel Evelio. Siempre preferí abrir mi puerta a mis invitados yo mismo —rió—. Decidí ser reservado, y no mucha gente me conocía. Había una razón para esto. No solo soy un señor de tierras, sino también un Oráculo. Poseo la capacidad de ver hacia adelante en la corriente del tiempo, y de sumergirme en el mundo de los sueños. En esta actividad consumo la mayor parte de mi tiempo. Planeando, preparándome. La razón por la que los llamé a ustedes cinco... un grupo de personas que nunca se habían visto antes, que nunca habían llamado la atención.

Mis manos estaban temblando un poco. Miré a las personas junto a mí, pero no parecía pasarles lo mismo. Evelio nos miraba sereno.

—Hace doscientos años nuestro reino avanzó hasta descubrir las tierras que rodean Veringrad. Esa fue la primera vez que descubrimos los bichos... las primeras especies inteligentes que podían comunicarse con nosotros. Entonces sucedió la gran guerra, la tragedia en la que tuvimos que empujar a los bichos atacantes de vuelta hasta su otro continente. El continente vecino del Oeste. Pero la guerra nunca terminó. Los bichos nunca aceptaron vivir bajo nuestro dominio... Especialmente en el Oeste, los bichos nunca dejaron de conspirar contra nosotros. Y eso va a llegar a su clímax muy pronto. Por eso los llamé a todos ustedes.

El anciano empezó a pasar su mirada sobre nosotros.

—Ítalo, noble de la capital. Ana del exterior. Cregh del norte. Aldara de Alera. Dalia de Lignus. Mis visiones me llevaron hasta ustedes, me mostraron que ustedes eran los indicados. Un líder para los bichos está surgiendo en el Oeste... y si no lo detenemos ahora, antes de que crezca, podría consumir todo lo que conocemos.

—¿Por eso dijiste que esto era una misión de captura? —dijo uno de los hombres, uno que llevaba un gato. Wendagon asintió.

—Es más que una captura. Mis visiones no muestran a un simple bicho... Tiene el potencial para convertirse en un monstruo. Las tensiones entre los del Oeste están creciendo. No solo en el Oeste, sino también en nuestra capital... Puedo sentir su alzamiento, así como

sus efectos en todo lo que nos rodea. Los bichos se están volviendo agresivos.

—Como... ¿la araña que vi? —dije—. Me encontré con una mientras viajaba... Se suponía que no abandonaban los bosques, pero yo me encontré una en las montañas. Nunca se habían acercado tanto.

—Así es —respondió. Ese es el mayor problema. Si éste monstruo despierta y aviva al resto de su gente, las arañas podrían avanzar finalmente y atacar la capital.

—Esperen —dijo otro de los hombres, uno que llevaba una capucha bajo techo—. ¿Estamos hablando de las arañas? No se mueven hace años, no creo que ataquen.

—Es innegable que cada día se vuelven más atrevidas, que avanzan más —dijo Wendagon—. Esta señorita es la prueba de que así es.

—¿Y deberíamos creer la palabra de una mujer común? Y la capital no es como Unciæ. Podemos resistir las arañas —respondió aquel hombre.

—¡Esa mujer común va a viajar con vos! —exclamó Wendagon—. Y la capital no es tan fuerte. Las arañas han tardado años en migrar, por lo que el rey cree que no son una amenaza, que nunca va a pasar. Pero se equivoca. Nuestro rey es decadente, no entiende que los reyes del norte no van a ayudarnos. Ellos no tuvieron nada que ver con las conquistas y creen que los bichos solo van a querer tomar lo que era suyo; que no es su problema.

Recordé a las siluetas que había visto mientras cabalgaba por la ciudad. Los bichos estaban en cada ciudad, si decidieran juntarse y expulsar a los humanos...

—Creo que lo entiendo —dijo el del gato—. Cuando dijiste que es más que una misión de captura. Tenemos que asesinarlo, ¿no?

Wendagon se quedó callado.

—Escuchen—dijo al fin—. Mis visiones fueron claras. Cada uno de ustedes fue elegido por una razón. Es importante que se conozcan... Empecé a soñar con todos ustedes desde el momento en que llegué a esta ciudad. Podía sentir un peso gigante sobre ustedes, podía sentir a Destino obrando, tejiendo hilos dorados sobre ustedes, entre ustedes, entre muchos otros. —El anciano giró su cabeza hacia mí,

mirándome a los ojos—. ¿Entendes, Dalia? Ustedes están unidos al futuro de todo el reino, de varios reinos, no solo de las pequeñas ciudades de las que vienen.

—Entiendo —musité. Estudié a los que serían mis acompañantes en el viaje, y todos se veían más capaces, más curtidos. Podía ver armas entre sus posesiones... Levanté mi pequeña espada y me vi en el reflejo. Debía esforzarme para no quedar atrás. La otra mujer me devolvió la mirada. Incluso ella se veía experimentada, se veía que había pasado por mucho. La saludé agitando la mano.

—Ana —continuó Wendagon—. Esta tarea va a ser peligrosa, pero sos el único que tiene experiencia en esto. Sé que estas muy lejos de casa, y lo has estado hace mucho... Pero éste viaje te va a llevar incluso más lejos. Creo que todos saben que voy a pagar una gran suma de dinero por éste encargo, pero creo que tenés otras razones para aceptar el encargo.

—Sabés muchas cosas sobre mí. Más que la mayoría, y no sé si me gusta eso. Entonces sabés que no tengo otras opciones. Pero creo que realmente me necesitas. ¿Qué tenés acá? Un chico rico, un desempleado, dos mujeres...

—Hablas mucho para tener nombre de mujer —dijo el desempleado, levantándose.

—¿Cómo? —respondió Ana.

—Silencio —dijo Wendagon—. Ya fue suficiente. Estas dos mujeres que van a viajar con vos podrían ser el elemento más vital de su compañía. Dalia, esta joven junto a mí, va a ser su brújula. Su guía. Sus sueños van a indicarles su camino a seguir. Y esa espada que lleva... Es especial, como ella. Es importante que se mantenga a salvo. Por eso te invité, Cregh.

—¿Yo? —dijo el desempleado.

—Esa va a ser tu tarea, Cregh... mantenerla a salvo. ¿Crees estar a la altura?

—A decir verdad...

Cregh se levantó de su asiento del todo y se acercó al anciano. Se agachó como para hablarle con confidencialidad, pero su tono de voz no hizo más que subir.

—Creo que cometiste un error. ¡Yo no estoy capacitado para esto! No tengo el anillo de ninguna universidad, no puedo tolerar la bebida... Sería un obstáculo para el grupo. Voy a terminar prendiendo fuego todo, de alguna manera u otra.

Wendagon no perdió la calma.

—Sentate, mago. La compañía no estaría completa sin su Hechicero.

Mis ojos se agrandaron mientras miraba a aquel hombre alto. Esa figura imponente era un mago, ¿y aun así se mostraba tan inseguro? ¿Es que no entendía que yo no era mejor?

—Cuando crucen el continente van a estar en tierras hostiles —dijo Wendagon, sonriendo—. Solo van a tenerse el uno al otro. Esta compañía no te va a abandonar como los mercenarios, Cregh.

El mago se sentó a regañadientes, manteniendo la cabeza baja.

—Pero la paga es segura, ¿no? —dijo entonces.

—Efectivamente —respondió Wendagon.

Así que ese hombre debía cubrirme la espalda... Un mago de verdad. Realmente había tomado la decisión correcta al aceptar esa invitación.

—Ítalo, he visto tu desempeño en las competiciones de arco —dijo Wendagon—. Estoy seguro de que vas a estar a la altura de la tarea.

—Sí, señor —dijo el arquero—. Pero espero que la otra parte de la carta también sea cierta.

—Sí. En éste viaje vas a encontrar aquello que estás buscando.

Durante todo momento, la chica del otro lado de la mesa todavía no había dicho palabra. Wendagon se giró hacia ella, y hubo un instante de silencio.

—Aldara —dijo el anciano—. ¿Tus heridas siguen punzando? ¿Las ropas nuevas son de tu agrado? ¿Todo está bien?

—Sí, Wendagon —respondió la chica, débilmente.

—Muy bien. —El señor de tierras parecía complacido—. Me gustaría enviar un grupo más grande, pero necesitan ser pequeños, pasar desapercibidos. Ya escucharon hasta éste punto. Aceptaron la invitación de mis cartas. Sabiendo lo que ya saben, ya forman parte de un grupo. El grupo que sabe lo que realmente está ocurriendo en el

mundo. Y no van a poder dejar esta casa y volver a su normalidad anterior.

—Lo entendemos —dijo Ana—. Si seguimos en éste cuarto es porque aceptamos el trabajo.

—¿Qué especie de bicho es éste... líder al que tenemos que encontrar? —pregunté, diciendo lo que venía pensando hace rato.

—No lo tengo claro —dijo Wendagon—. Mis visiones son nebulosas... Se vuelven dificultosas con la edad. Me gustaría poder dormir por algunas noches para conseguir algo más concreto, pero no hay tiempo que perder. La amenaza debe ser detenida tan prontamente como sea posible. Cada día podría marcar la diferencia.

—Alto ahí —dijo Cregh—. ¿No vamos a conseguir la recompensa hasta que volvamos?

—Voy a darles un adelanto antes de partir, está claro —dijo Wendagon—. Y provisiones para el viaje. Mi prioridad es que logren llegar.

—Si queremos cruzar el mar, tenemos que ir al puerto de Havensstad —dijo Ana, pensativo.

—Entonces hay que seguir la ruta real —dijo Cregh—. Pero eso nos toparía con Laertes.

—Así es —dijo el anciano—. La ciudad está cerrada a los visitantes. No van a poder pasar.

Me sobresalté.

—¿Laertes? ¿La ciudad que está a solo unos kilómetros?

Wendagon asintió.

—Los señores de tierra empezaron a aparecer muertos, y se esparció el pánico y las acusaciones. La ciudad decidió que eso era un asunto interno, y no aceptaron ninguna ayuda. Las puertas se cerraron y la gente empezó a enfrentarse entre sí por el poder.

—Podríamos rodear la ciudad, pero extendería el viaje varios días —dijo Ana.

—Sí, pero no es asunto nuestro —dijo Cregh—. Deberíamos rodearla.

Wendagon no dijo nada, pero sus palabras todavía resonaban en mi cabeza. No podíamos perder tiempo. Cada día contaba. Evitar Laertes no se sentía correcto.

La reunión terminó después de eso. Comenzaron los preparativos para salir; pero yo solo esperé en mi cuarto; con mi espada a mi lado no sentía que necesitara nada más. Mis zapatos se habían destrozado en el viaje, y Wendagon me había ofrecido ropas nuevas, pero no las necesitaba. La calle no le hacía nada a mis pies mientras me mantuviera en contacto con mi espada. Mi cuerpo estaba protegido.

Tras unas horas Wendagon nos llamó atrás de la casa. Evelio había preparado cinco caballos. Vi que todo el resto ya estaba ahí. Me acerqué corriendo, por encima de un cielo nublado. Wendagon me explicó que mi caballo no era malo, pero parecía asustado y débil. No era un animal entrenado, y usar los suyos facilitaría nuestro viaje. No quería separarme de mi amigo, pero me consolaba saber que lo mandarían de vuelta con mis padres.

Yendo adelante, Ítalo espoleó a su caballo y nos pusimos en marcha. Junto a su sirviente, Wendagon nos miraba desde la escalinata. Me pregunté cuando sería la próxima vez que lo vería. Y pronto el viejo quedó atrás, y supe que mi hogar estaba más y más lejos.

Ítalo y Aldara iban por delante, silenciosos. Ana iba detrás, y Cregh cabalgaba junto a mí. Acercó su caballo.

—Ey, estaba pensando. ¿Quién asesinaría a los señores de tierra en Laertes?

—¿Crees que fueron bichos? —sugerí. Cregh frunció su ceño.

—Los bichos no lo causan todo. Mi hermano es un bicho, ¿sabés?

—Pero el viejo dijo que éste monstruo en el Oeste podría incitar a los bichos a actuar —dijo Ana, que estaba escuchando—. A atacarnos.

—Tengo que admitir que vi algo en mis sueños —dije—. Algo sobre lo que podríamos estar por encontrar. Vi... un cuervo.

—¿Cuervos...? —dijo Ana—. Pensé que solo existía un puñado, y que todos estaban acá en la capital. Éste es el único lugar donde no se permite agredirlos.

—No sé, no se —dijo Cregh, molesto—. Ya lo decidiremos más tarde. ¿A dónde vamos ahora? Las puertas del Este se encuentran cerradas, ¿no?

—Sí —dijo Ana—. Si seguimos el camino más adelante vamos a poder rodear la ciudad hasta la puerta frontal.

—¿Volver por toda la ciudad...? —Se quejó Cregh, adelantando su caballo y alzando la voz—. ¡Ey! Podría intentar un hechizo y llevarnos al otro lado de la muralla.

—¿Podés hacer eso? —dijo Ítalo, dándose vuelta.

—Claro, podría intentarlo. Si nos acercamos hasta la muralla no debería ser demasiado complicado.

Ítalo murmuró algo, no muy convencido.

—No estoy seguro de que esto sea una buena idea—dijo Aldara, de pronto—. Hay algo en el aire...

—¿Eh? —Cregh se giró hacia ella.

—Hay algo extraño en el aire. Deberíamos cabalgar el camino.

—Vamos a estar bien, nena. Ya es hora de ponernos en marcha.

Los cinco marchamos hacia la muralla, a través de calles mucho más vacías por la mañana que por la noche.

Ítalo se acercó a Ana, mientras trotábamos. Ítalo lo observó con una mirada grave.

—Ana no es tu verdadero nombre, ¿no? —le preguntó.

Ana suspiró, y lo miró por un momento. Todos se habían girado hacia él.

—No, es verdad. Es nombre de mujer —dijo, mientras paraba a su caballo. Su tono se hizo solemne—. Me llamo... Joseph. Y éste es mi gato Malo. —Joseph señaló al felino, agazapado atrás suyo. Sonreí al verlo tan cómodo y estiré mi mano.

—Un placer conocerte, Joseph. Me llamo Dalia. ¿Sos de la capital?

—No, vengo de... más lejos.

No parecía querer hablar mucho, así que decidí dejar de intentarlo.

—Gracias a los dioses —dijo Cregh, riendo—. Me sentía algo raro estando junto a alguien que creía haber nacido con el cuerpo equivocado.

Poco a poco, más personas habían comenzado a observarnos: habíamos salido de la casa de un señor de tierras, y solo Ítalo parecía usar ropas apropiadas. Entre las cabezas se asomaban lagartos, gente con piel rocosa o con plumas. Me revolvió el estómago, y corrí la mirada.

Cuando me di cuenta, habíamos llegado hasta la muralla. Cregh se encontraba tenso, con los brazos extendidos y la mirada baja.

—Eh, ¿Cregh...? —dije.

—Dalia... ahora no...

—¿V-Vas a hacer esa cosa de transportarnos ahora mismo? ¿Siempre es tan difícil?

—¡No! ¿Podes... callarte...?

Miré a mis compañeros durante un instante, asustada, y volví la cabeza para ver que aparecía una luz en los dedos de Cregh.

Y todo empezó a sacudirse.

Mis alrededores desaparecieron, en un resplandor blanco; caí de mi caballo y cada parte de mi cuerpo empezó a hormiguar. Podía escuchar gritos a lo lejos. Era la voz de Aldara... los gritos se hicieron distantes.

Algo había salido mal.

Hay algo en el aire...

Eso había dicho Aldara.

Perdí la consciencia.

Me encontraba muy lejos de mi ciudad; había abandonado todo lo que conocía. Ahora abandonaba la capital. Pero cuando perdía la consciencia, mi visión viajaba aún más lejos.

Se trataba de Laertes. Vi casas en llamas, gente huyendo y gente persiguiendo. Pero una criatura se alzaba entre el fuego y la cacofonía. La responsable de todas esas muertes. Sobre su silueta sobresalía un pico negro. Laertes.

Se encontraba en Laertes.

Cuando abrí los ojos, me encontraba sobre hierba. Mi bolso estaba tirado a unos metros, y pude ver mi espada en otra dirección. Me levanté, tambaleando. *¿Así funcionaban todos los hechizos...?*

Mi cuerpo aún se sentía extraño. *¿Y dónde estaban los otros?* Miré a mí alrededor.

Estaba en medio de un bosque. Los arboles me rodeaban en toda dirección. Busqué por detrás, pero no veía la muralla por ningún lado. Dioses, ¿dónde estaba? El bosque de Veringrad se encontraba a un kilómetro de la ciudad. Estaba sola... los otros... no podía encontrar a los otros.

Una mano tocó mi hombro. Me di vuelta de un salto, con la espada por lo alto.

—¡Dioses! ¡Ah, Dalia! —exclamó Cregh, mientras se cubría la cara y saltaba a un lado—. Cuidado con eso.

—Perdón... Es que... —Bajé el arma, y miré los arboles una vez más—. Es que, ¿qué pasó? ¿Cómo terminamos acá?

—El hechizo salió mal. Algo estaba interfiriendo con la magia en la ciudad. No sé quién pudo poner un bloqueo así, pero alteró todo el hechizo. Debíamos aparecer a unos metros de la muralla, no en... medio del bosque. Esto es un desastre.

Cregh se agarró la cabeza, pero se recompuso.

—Tenemos que encontrar a los otros y volver a la ciudad.

—Alto, yo... Vi algo —dije—. Creo que lo sentí, fue una visión. Fue acerca de... de Laertes. En Laertes hay un agente del Oeste.

—Dalia, ¿estás segura?

—¡Sí! Lo vi en un sueño. Como hace Wendagon.

—Dioses, digo, ¿crees que haya que ir hacia Laertes?

No respondí. Algo había hecho un ruido. Miramos los árboles que nos rodeaban. Había una respiración en el ambiente. Algo estaba cerca.

—Dioses —susurró Cregh, cuando corrimos dos arbustos.

En las montañas yo había acabado con una cría de araña. Lo que yacía ahí, durmiendo entre los árboles, era uno de los demonios que había diezmado Unciæ; una araña adulta.

Cregh y yo nos miramos.

III — ÍTALO

Unos arbustos cercanos empezaron a moverse. Escuché una voz quejándose, así que me acerqué y miré por encima. Se trataba de Aldara. Le sonreí, y le ofrecí cargarla.

—No, gracias —me dijo, con una sonrisa fría.

Entonces le ofrecí la mano, y ella aceptó. Mientras se paraba pude ver como sus heridas de la pierna todavía no habían cerrado, y ahora tenía unos nuevos golpes que iban a tardar un buen rato en cicatrizar. Pero ella no se quejaba. Esa sensación de dureza la hacía fascinante y peligrosa. Su pesada respiración parecía estar cargada de un veneno que no podría resistir, y sus ojos te hacían saber que no sería bueno estar en su contra cuándo su tormenta se desatara.

—¿Y los demás? —preguntó, al fin.

—No pueden estar lejos.

Caminamos sin rumbo unos metros.

—Ey, deberías dejarme revisar tus heridas más tarde —solté, como tirando un tiro al aire—. No tienen buena pinta.

La observé por detrás. Seguía teniendo esa actitud perseverante, como si ese dolor que sentía no fuera nada para ella. Aun así, se giró hacia mí y esta vez sonrió con un poco menos de frialdad.

—Bien.

Esa sonrisa duró solo un instante, y continuamos caminando. Un grito no muy lejano rompió la quietud del bosque, y nos indicó la dirección.

IV — CREGH

La criatura tenía unos cuatro metros de largo, y un rostro de humano adulto. Genial. Justamente eso era lo que necesitábamos. ¿Cómo es que mi hechizo había salido tan mal? Ahora estábamos atascados en el bosque de Veringrad, que se extendía por más de treinta kilómetros. Llevaba al menos media década sin hacer un hechizo de transportación, pero siempre había sido bueno en ellos. Recordé mis estudios en la universidad de Silis; no nos dejaban salir entre los estudios, por lo que un hechizo era la única manera de conseguir algo de alcohol.

Pero lo más desconcertante es que una araña se encontrase allí. No se suponía que avanzar tan cerca de la capital. Dalia preparó su espada, pero le tiré del brazo para alejarnos.

—No podemos dejarla vivir, Cregh —me dijo.

—Si son tan peligrosas como decís, va a ser al revés —respondí.

—¿No podés quemarla?

—En mi estado, con suerte podría encender una vela. Y dudo que tu cuchillito pueda con ella.

Dalia no respondió. Estaba mirando la araña. Un gato negro había salido de un arbusto y saltado sobre el pecho del bicho, mirándonos con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Ese no es el gato de Joseph? —susurré, tragándome un grito.

—Sí —dijo Dalia—. Él debe estar cerca.

Tenía razón. Los demás también debían estarlo; debíamos haber llegado juntos.

Joseph apareció por los arbustos delante de la criatura. Viendo a su gato, lo llamó con un movimiento de la mano. Dalia saltó hacia adelante.

—¡No! —exclamó, pero era muy tarde. El gato saltó de la araña, y esta se despertó con una sacudida.

Dalia estaba más cerca que ninguno otro. La araña se irguió frente a ella, y con una tenaza la mandó a estrellarse contra un tronco. Dalia cayó inmóvil. No podía ser. ¿Acaso ya había fallado como guardaespaldas?

La araña empezó a dirigirse hacia Joseph, que no hizo más que lanzarse al suelo. Cuando la araña estuvo más cerca, usó su bastón para sacudir una de sus patas y hacerla tambalear. Era mi oportunidad. Tenía que lanzarle una llamarada.

Intenté formar una bola de fuego... una chispita... pero no logré crear ni humo. Seguía afectado por la barrera mágica de Veringrad. Mi suerte nunca me abandonaba. Cuando parecía que la araña se iba a lanzar sobre Joseph, una flecha cruzó el aire junto a mí y se incrustó en la espalda del bicho. Ítalo estaba cerca. Pero ahora la araña venía hacia mí.

Corrí hacia atrás para encontrarme con Ítalo y Aldara, cuyas ropas nuevas estaban cubiertas de barro. Ítalo estaba preparando otra flecha, que logró dar en una de las patas del monstruo y hacerla caer al suelo. Antes de que pudiese levantarse, apareció Dalia, saltando encima del bicho como si su golpe no le hubiese hecho nada. Uso su espada para atravesar la criatura, quien emitió un gemido extrañamente humano. El bicho se levantó de todas maneras, haciendo caer a Dalia y dejando a su espada incrustada en la espalda de la araña.

Dalia empezó a correr, pero cayó a la hierba y empezó a arrastrarse. La araña estaba cada vez más cerca. Ítalo no podía preparar una flecha lo suficientemente rápido. De pronto, sonaron dos explosiones y el bosque se iluminó. La araña soltó otro grito, y empezó a brotar sangre de su cabeza.

Joseph dio un paso al frente, cargando con un revolver en mano. La araña cayó al suelo. Le dio unos golpecitos con su bastón para comprobar que estaba muerta, pero empezó a sacudirse. Joseph soltó una exclamación y cayó hacia atrás, pero apareció Dalia, tomó su espada y cortó la cabeza de la criatura. No se movió más.

Confirmamos la muerte de la araña, y el gato se puso a descansar sobre su cadáver. Decidimos ponernos en marcha. Dalia les contó a los demás sobre la visión que había tenido: Destino parecía querer que nos dirijamos a Laertes.

Caminamos unas dos horas por el bosque. Encontramos nuestros caballos, pero habían muerto cuando el hechizo de transportación había salido mal, pobres e inocentes caballos. Sin toparnos con más bichos, salimos del bosque al camino principal, y lo seguimos por otro par de horas. Pronto pasamos por una posada. Joseph dijo que ya había hecho ese camino, y Laertes estaba a tres días de distancia. Me di cuenta de que Joseph parecía el más razonable en el grupo. Al menos era el más adulto; algo de experiencia debía tener. Todavía recordaba a Vidali, un raksho que venía del norte. Cada noche que estábamos juntos terminaba ebrio, abrazándome y diciéndome como un día se cortaría todo el pelo y revelaría su verdadero yo, como un humano oculto. Era bueno saber que Joseph no usaba nombre de mujer, así que no iba a repetir esas ilusiones con respecto a su cuerpo como Vidali.

—Hay otra posada a medio día y aún es temprano —dijo—. Va a ser mejor seguir.

—¡Estoy de acuerdo! —dije—. Sigamos.

—Un momento —me paró—. Caímos en el bosque por tu culpa. Sabé que me debés dos balas.

Suspiré, mientras el resto avanzaba, pero entonces me di cuenta de algo. Nos había llevado hasta el bosque. Aunque el hechizo había salido mal, había logrado superar mi récord de distancia. Quizá mi suerte podía cambiar.

V — LI

Continuamos bajo el sol hasta el atardecer, cuando llegamos a una pequeña casa con una carreta desarmada afuera. Leía “la Posada de la Señora Norma”.

—¿Esa es la posada de la que nos hablaste, Joseph? —dijo Dalia. Me había visto obligado a un elegir un nombre que había usado antes, pero esta vez estaba seguro que era de hombre.

—Esa misma —asentí.

La puerta de la recepción estaba cerrada, lo que me dio una muy mala vibra. Toqué a la puerta, pero no respondieron.

—Seguro que no hay nadie —dijo Ítalo.

—No, no es eso —dije—. ¡Norma! ¿Norma? Cuando venía para visitar la capital dormí acá. El marido estaba muy enfermo. Puede que haya pasado algo.

—Deberíamos irnos, entonces —dijo Aldara—. No es la idea molestar.

—Va a caer la noche si intentamos volver a la posada anterior, y si es cierto lo que dice Wendagon va a ser peligroso andar de noche en medio...

La puerta se abrió detrás de mí. Me giré y, en vez de encontrarme con la dueña, me encontré con una mujer joven.

—Eh, ¿hola? —balbuceé—. ¿Y Norma?

—En la capital —respondió, fríamente—. ¿Vienen a alojarse? —su tono era todo lo contrario a Norma.

Nos hizo pasar y nos adentramos a la casa. Estaba igual a la última vez que la había visitado, pero mal iluminada.

—Em, ¿y quién sería usted? —pregunté.

—Milana —me dijo—. Nieta de la dueña. Los bosques se pusieron demasiado peligrosos y tuvo que cuidar a su esposo en la capital. Son setenta y cinco cobres por la noche.

Con nuestras cosas, nos instalamos en las habitaciones. El sol ya se había ocultado, y pronto encendimos una vela para iluminarnos.

Salí a buscar algo de tomar junto a Malo. El agua del pozo era clara, y se veía el reflejo de la luna en ella. Oí un ruido entre los arbustos, y de ellos salió un gato blanco. Malo lo miró y le gruñó fuertemente, y el gato blanco retrocedió y se volvió a perder en el bosque, para no volver más.

Los gatos blancos siempre habían sido una señal de mala fortuna para Malo. Esos bosques realmente se habían vuelto peligrosos. Nos dormimos temprano. Mañana tendríamos que caminar todo el día.

VI — ÍTALO

Desde la cama en la posada podía ver a Joseph dormir, pero mi mirada era de desprecio.

—Revólveres... —susurré. No podía dejar de escuchar el resonar de sus disparos en el bosque.

Era como si el latido de un revólver me causara el efecto contrario al alcohol. Un sonido frío, sintético, metálico. *Sombra*. Era el sonido que creaban las armas de mi hermano.

Desde aquellos disparos me sentía diferente. La sombra había actuado en mis pulsaciones, y ahora se sucedían despacio y con miedo. No había dicho palabra desde entonces, ni quise cenar. Dormí profundamente, sin pensar realmente en nada.

No desayuné más que un vaso de agua. Salí afuera a esperar a los demás. El cielo continuaba nublado y había bastante humedad. Todos estuvieron listos para salir una hora y media más tarde, y Creggh se puso delante de todos. El hechicero se mostraba fastidiado, con mucho que probar. Quería una revancha respecto a su hechizo de transportación.

—Realmente creo que puedo hacerlo. Ya estamos fuera de Verinrad; lo que sea que haya interferido con el hechizo está lejos de nosotros.

Todos lo pensamos dos veces, temiendo caer de nuevo, pero terminamos cediendo. Era importante para él, y ahora que habíamos perdido a los caballos necesitábamos ahorrar tiempo. Cada día contaba. Creggh se concentró y juntó fuerzas. Entonces chasqueó los dedos, un brillo salió de sus dedos, y el mismo blanco nos cubrió. Volvió la adrenalina, y sentir estar de nuevo en el aire.

Habíamos llegado a Laertes.

VII — DALIA

El cielo era gris, por sobre nosotros, y el clima era pesado. Cregh había logrado movernos hasta la ciudad con éxito, y estaba lista para todo. Sus muros grises se encontraban intactos, pequeños, pero sin daño alguno. Afuera de la ciudad era igual; a la distancia podíamos ver granjas y sembradíos intactos. Lo único extraño era la falta de gente. En las puertas no había nadie. No había ningún guardia.

—Wendagon había dicho que no se permitía la entrada, ¿no? —pregunté, girándome al grupo.

—Sí —respondió Joseph, mientras avanzábamos despacio. Pero parecía haber algo más en su mente, y no tardo en volver a hablar—: Pero, Dalia, ¿estás segura de lo que viste? ¿Cómo podés saber que quien esté allí viene del Oeste?

—Bueno... —Balbuceé, y mis palabras se atropellaron entre sí, pero no estaba nerviosa. Creía en lo que había visto. El pasto húmedo se sentía bien en mis pies descalzos—. Wendagon dijo que me dio una parte de su ser, la parte relacionada a ver más allá. Sentenció que mis sueños serían ventanas a partir de ahora, ventanas a lugares más lejanos como puede ver él.

—Te hechizó —dijo Ítalo, algo perplejo—. En fin. Entremos de una vez.

Laertes, como ciudad, era grande. No llegaba a ser la capital, por supuesto, pero Lignus no era ni una porción de ese lugar.

No había nadie alrededor, así que simplemente pasamos por la puerta principal. Todo estaba vacío, pero Ítalo pareció tensar su cuerpo y tomó su arco. Todos estábamos atrás de él, y Aldara le preguntó qué ocurría. Joseph le puso una mano en el hombro, gesticulando para que se callara, e Ítalo nos miró serio. Movié sus ojos a las casas a nuestro alrededor. Joseph hizo lo mismo. Yo los miré sin entender

por un momento, pero pronto noté los movimientos y sonidos. Esas casas estaban habitadas, había mucha gente en ellas, y todos estaban mirándonos. Desenvainé mi espada.

—Dalia —susurró Aldara—. No indiques que queremos pelea.

Sonreí, y nos adentramos en la ciudad. Anduvimos en silencio por unos minutos hasta que empezó a mostrarse gente; personas y bichos que nos evitaban y se alejaban lo más posible de nosotros en la calle. Nadie se veía en buen estado; todas las ropas eran sucias y los niños parecían asustados.

Nos paramos en una esquina, sopesando, y yo me senté en el suelo.

—Deberíamos buscar por un guardia, o por el templo de acá; algún edificio oficial donde podamos informarnos. Por lo que sabemos, ese cuervo es nuestra única conexión con el Demonio; tenemos que llegar hasta él. Aunque si de verdad hay un conflicto acá, quizá los guardias ya no patrullen...

Mientras escuchaba a Joseph hablar, abrí mi bolso y revolví dentro de él. Pronto saqué mi enciclopedia; era el libro que mamá más usaba para dar clases. Pasé mi mano por la portada con respeto, apreciando el relieve de un dibujo que mostraba al bicho *dragón*. Lo abrí, y empecé a buscar por la entrada sobre los cuervos. No me tomó mucho dar con la página. La enciclopedia los llamaba por sus nombres verdaderos, así que tuve que guiarme por el dibujo para saber que había encontrado lo que buscaba. Los huginn, cuervos, eran criaturas ave; pelaje negro y fino, gran estatura y sin la capacidad física para hacer magia...

—¡Eh, Dalia! —me llamó Cregh—. Vamos, ya seguimos camino.

—Ah, eh, sí.

Estaba levantándome cuando se escuchó un trueno en la lejanía. Inmediatamente lo siguió un rumor; un grupo de gente se acercaba desde la calle de al lado, exclamando, mientras parecían perseguir a alguien, y lo estaban llevando en nuestra dirección.

—¿Qué fue eso? —exclamó Joseph, mientras dejaba ver su vara desde su túnica.

—Un disparo —dijo Ítalo.

El murmullo se acercó, y finalmente dejó ver. La muchedumbre estaba persiguiendo a una mujer cubierta con una especie de máscara.

Las personas que estaban con nosotros parecieron mostrarse furiosas. La mujer era muy rápida, y aunque parecía que nadie estaba de su lado, nadie llegaba hasta ella. Pero se detuvo cuando una flecha entró en su hombro.

Pudimos escuchar su exclamación gutural cuando impactó contra el suelo; pronto la gente tras ella y quienes estaban con nosotros en la calle se reunieron alrededor de la mujer.

—¿Y eso por qué? —dijo Joseph. Aldara y yo nos miramos. Ítalo, quién había lanzado la flecha, parecía mortalmente serio.

Mientras nos acercábamos al grupo de gente, Cregh se me acercó.

—La viste, ¿no? —me preguntó.

—No muy bien —dije—. ¿Llevaba una máscara?

—No era una máscara.

La multitud estaba fuera de control. Un par de personas mostraban intenciones de lanzarse contra la mujer, pero eso se estaba haciendo demasiado bárbaro para mi gusto. Cregh trató de pararme, pero salté al centro de la gente y me interpose entre la mujer y el resto.

—¿Qué hacen?! —exclamé, levantando mi espada.

—¡Es un monstruo! —gritó una voz entre la multitud, desde donde podía ver miradas de desaprobación por parte de mi grupo.

—¿Q-Qué?

Me giré en seguida. No era un cuervo... Seguía siendo una mujer. Aunque tenía esa máscara roja. Pero, ¿Dónde terminaba? No llegaba a ver que la máscara terminara en ningún lado. ¿Era posible que se tratase de su rostro natural?

Ítalo saltó al frente, tomándome de un brazo con fuerza.

—¿Es... un bicho? —le pregunté, ignorando los abucheos.

—Es un diablo. Salí de ahí; no es asunto nuestro.

—Pero...

—¡No lo maten! —dijo un pueblerino—. Le queremos hacer preguntas.

—Estas cosas no deberían existir. —Ítalo tensó su arco, y lo apuntó hacia abajo, hacía la mujer. Todos los gritos cesaron. Y soltó la cuerda. Toda la muchedumbre estaba quieta.

—Venimos buscando un cuervo —habló Joseph, de repente, y todas las miradas se posaron en él resto de nuestro grupo—. Venimos en una misión oficial de búsqueda.

—Acá no hay ningún cuervo —dijo un hombre—. Están todos en Veringrad...

—¿Misión de búsqueda? —lo interrumpió otro, y me apresuré en hablar.

—Sí. Queremos parar lo que está pasando acá; parar las muertes en la ciudad. Queremos buscar al responsable.

—Pero... Bueno... —La gente se miraba, insegura, pero al final se nos acercaron—. Vengan.

Nos llevaron adentro de un bar, donde todos escuchamos toda la historia. Un grupo de personas entraron el cuerpo de ese *diablo*; era la primera vez que podían atrapar uno, y querían mantenerlo con vida. Mientras nosotros escuchábamos un grupo se esforzó por tratar las heridas del diablo, pero las flechas habían sido demasiado certeras. Y cuando el monstruo perdió la vida, y su rostro falso desapareció, pudimos entender que no se trataba de ningún diablo. Pero antes de eso, escuchamos.

El relato fue breve y crudo. Miembros de las casas de señores de tierras habían empezado a morir; sus cuerpos encontrados siempre en el amanecer. Sucediendo siempre por la noche, no podía adjudicárseles un responsable, ni podían culpar a otros señores de tierra. Y cuando llegaban a verse, los asesinos usaban mascarar rojas, lo que cubría su identidad.

—Pero ahora sabemos que no eran mascarar —dijo Ítalo—, eran diablos.

Miramos por encima de nuestros hombros, hacía la mesa del bar que habían vaciado y sobre la cual estaban tratando al diablo. El ciudadano en nuestra mesa, llamado Marr, siguió hablando.

—Los señores de tierra les pagaron a los guardias, a los altos puestos. Tuvieron a la ciudad sellada, cortaron las transacciones; pronto se declaró un toque de queda. Todavía es de mañana, pero con las nubes que tiene el día... —Marr miro por la ventana junto a nosotros;

había empezado a llover y no podía verse demasiado hacia ninguna dirección—. El día es bastante oscuro. Cuando realmente se haga oscuro, cuando el sol se ponga, no va a estar permitido salir a las calles.

—Nosotros vamos a tener que salir —bramé—. Esto no lo está haciendo ningún señor de tierras.

Marr pareció no hacer caso. Su mirada era abatida.

—Pero nosotros pudimos pasar —dijo Aldara—. ¿Dónde están los guardias?

—Yo soy los guardias —dijo Marr—. Todos dejamos el servicio el día anterior; gente era arrestada y gente era asesinada, y nada tenía justificaciones. Nadie era culpable. ¿Y ahora ustedes me dicen que ni siquiera era obra de un señor de tierras? —Marr se cubrió la cara—. Si quieren salir por la noche... háganlo. Ya murieron bastantes...

—Tenemos que encontrar a ese cuervo —susurró Joseph.

—Pero no lo entiendo. ¿Cómo puede un cuervo hacer esto? ¿Cómo puede cualquiera? ¿Hace aparecer a los diablos o algo así? —dijo Creggh. Todos permanecemos en silencio unos momentos, aceptando que no teníamos forma de resolver esa cuestión.

—Lo importante —dijo Ítalo— es encontrarlo. Esta noche, encontrar esa capucha negra.

Fue entonces cuando sucedió. Los gritos, los gemidos y el temor que se extendió por todo el local. El diablo no logró sobrevivir; su alma abandonó la tierra, y en su lugar yació el cuerpo de un humano. Al morir, su carcasa roja había desaparecido y había mostrado el verdadero rostro debajo.

Nos quedamos mirándolo, perplejos.

—¿Cómo es posible? —dijo Joseph.

—¿El diablo no era un diablo? —murmuró Creggh.

—¡Dioses! —exclamó una mujer, abalanzándose sobre el cuerpo—. ¡Tim! Tim...

Empezó a sollozar. Ítalo le preguntó a un viejo, y éste explicó que Tim era un habitual del bar; solo un joven. Le gustaba tomar algo luego del trabajo. Ni siquiera podía pelear. Y lo habían convertido en un monstruo. De sus manos todavía brotaba un hilo de humo de diablo.

Todos intercambiamos miradas.

VIII — CREGH

Había logrado un hechizo para transportarnos con éxito, me lo había probado a mí mismo, pero habíamos terminado en un lugar oscuro y peligroso. Nos encontrábamos hablando con un guardia llamado Marr.

—¿Y la gente? —preguntó Dalia.

—La mayoría huyeron cuando se abrieron las puertas de la ciudad hace cinco días —dijo Marr.

—Pero, ¿qué están esperando? ¿Por qué la guardia no pone orden? —preguntó Aldara.

—¿Cómo? Los guardias que quedábamos tratamos de poner paz, pero los señores de tierras usaban su dinero para obligarnos a encerrar a cualquiera que consideraran sospechoso. Después del toque de queda todos los líderes se fueron y nos quedamos sin misión alguna.

—¿Y quién dirige la ciudad? —dijo Aldara.

—El señor de la ciudad... fue asesinado el mes anterior. Seguro que eso también fue parte de todo esto. Mientras esperábamos respuesta del reino, se formó un consejo de señores de tierra, comerciantes y generales. Pero desde que se declaró el toque de queda no hemos sabido nada más de ellos.

Marr tomó un trago de su vaso.

—Antes de abandonar la guardia, unos soldados fuimos a la Sala Legal, donde el consejo se reunía para controlar la ciudad. Estaba vacía. Todo el distrito lo estaba; todos los señores de tierra fueron asesinados o huyeron. Excepto por una casa. La residencia de Elderan. Tratamos de acercarnos, pero estaba rodeada de mercenarios, totalmente protegida del mundo exterior.

—¿Y quién es éste Elderan? —Joseph se estaba impacientando con tanta charla—. Necesitamos información. ¿Quién dirige todo esto? ¿Él?

—Elderan siempre fue extraño. Siempre andaba con varios mercenarios cuando salía, incluso antes de la crisis. Y no formó parte del consejo cuando se creó, a pesar de ser uno de los comerciantes más ricos de la ciudad. Siempre fue precavido, pero debe saber algo.

—Bueno, ¿qué estamos esperando? Busquemos a ese tal Elderan —dijo el pistolero, mientras se levantaba de la mesa.

La lluvia ya estaba empezando a pasar.

—No pueden salir —dijo Marr—. No es seguro cuando oscurece.

—Tenemos que irnos —dijo Ítalo.

—Acá tenemos una habitación; los cinco podrían descansar en la noche.

—No podemos descansar. Debemos salir ya —respondió Ítalo.

—¿No podemos? —murmuré.

—No, no podemos —dijo Ítalo, mirándome como si fuera un idiota.

Y así, sin descanso alguno, dejamos el bar. Pronto se hizo de noche, y andábamos a oscuras tratando de encontrar la casa de Elderan según las direcciones que nos había dado Marr.

—¿No puedes hacer algo de luz con tu magia? —me preguntó Dalia.

—Claro, así cualquiera puede saber a dónde dispararme —me quejé.

El arquero soltó un gruñido, mientras cogía una antorcha apagada y la encendía con algo que sacó de su túnica. Idiota, pensé. Mejor él que yo.

IX — LI

Había decidido llevar mi revólver a la vista para que cualquiera se lo pensara dos veces. Había velas encendidas en las casas, pero no había un alma afuera. Ocasionalmente mirábamos atrás, esperando a alguien que nos estuviera siguiendo. Más de una vez me sobresalté cuando creí ver una sombra que resultó ser Malo en la oscuridad.

Y en medio de la completa oscuridad nos encontramos con luces brillantes al final de la calle. Una entrada resguardada. Varios hombres armados cuidaban un arco algo dañado. Más atrás se encontraba la mansión de las que nos habló Marr. La residencia de Elderan.

Al acercarnos a unos metros de la entrada los guardias desenvainaron sus espadas.

—¡Alto ahí! ¡¿Quién viene?! —gritó uno. Escondí mi revólver y levantamos las manos.

—Venimos a ver al señor Elderan. Es urgente que hablemos con él —le dije al guardia, que me miró igual de serio.

—No.

—Pero, ¿qué...? Ey, es importante para protegerlo.

—No me importa. Váyanse.

—Escuchá, si no nos dejás hablar con el...

—El señor Elderan no espera ninguna visita. —Y apenas dijo esto, otro guardia grande se acercó, levantando su espada.

—Sabemos quién está tras los asesinatos —dije, mientras retrocedía—. Pero necesitamos hablar con Elderan.

Nadie dijo nada. Ni el bruto de la espada ni el otro parecían interesados.

—Buen plan, Joseph —susurró Cregh—. Deciles como los vas a dejar sin trabajo.

—Venimos de parte del señor de tierras Wendagon de Veringrad —dijo Dalia—. Buscamos a un *huginn* que está detrás de los diablos y los asesinatos.

A nadie pareció importarle. El de la espada dio otro paso adelante y entonces nos alejamos de él y de la mansión.

—Bueno, eso no salió bien... —dije, apenas giramos en una calle. Los demás solo me miraron desanimados.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dalia.

—Técnicamente Wendagon nos dio la misión de ir al continente del Oeste —dijo Cregh—. Deberíamos apegarnos a eso y a nada más. Éste es asunto de Laertes.

—Pero esto es importante —reclamó Dalia—. Ese cuervo viene del Oeste.

—Si fuera importante Wendagon lo hubiera visto en una visión.

—¡Yo lo vi en una visión!

—Este no es el momento de discutir qué es importante y qué no —dije—. Concentrémonos en ver dónde vamos a dormir esta noche. Con el toque de queda, encuentro difícil que haya algún lado donde nos reciban.

—Puedo discutir y buscar a la vez—insistió Cregh. Lo miré seriamente, y se quedó callado.

Las luces de casi todas las casas estaban apagadas a esa altura, y no había luna ni estrellas que iluminaran. Solo quedaba la luz de nuestra antorcha, así que cualquier persona nos podía ver a la distancia.

—Si los poderes de Dalia vienen de Wendagon, entonces tiene que ser importante —dijo Aldara. Me sorprendió que hablara después de tanto tiempo—. Puede que vean las mismas cosas.

—Mañana vamos a planear algo. Hablar con los guardias que quedan, con la gente, no sé. Quizás mañana nos reciba Elderan.

—Lo dudo —dijo Cregh.

—Bueno, algo hay que hacer. Si mañana en la noche no... —me detuve donde estaba.

Malo estaba en alerta, y me giré en su dirección. Pero no ocurría nada. No parecía haber ningún ruido, ninguna luz. Malo escuchó atentamente, hasta que saltó adelante y gruñó hacia un callejón frente a nosotros.

Aparecieron cuatro sujetos con uniformes de guardia, y recibí un puñetazo en la cara antes de poder reaccionar. Mientras era derribado, una flecha salió disparada, y la antorcha cayó al suelo. Un grito desgarrador se escuchó, y cuando miré, Dalia le había dado a alguien con su espada. No sé qué hacía una nena con una espada, pero era bastante brillante y bonita. La espada, claro. La nena era una nena. De todas maneras, los otros se nos acercaban con cuchillos.

Corrí hacia el que me golpeó, pero éste intentó apuñalarme. Mi vara se había caído, pero cuando el tipo se lanzó sobre mí, Malo se le subió a la espalda y empezó a arañarlo.

—Hijo de puta—exclamé, dándole un golpe en el estómago. El guardia retrocedió hasta apoyarse en la muralla. Entonces usé mi otro puño, y lo aplasté contra la muralla. Cuando cayó al suelo, le quité la daga.

Cuando me giré al resto, ya habían retomado el control. Ítalo tenía su arco tensado, manteniendo a los guardias tiesos. Lentamente, retrocedieron y se alejaron en la distancia. Creggh los miró un poco más, con concentración, y de sus ropas aparecieron unas pequeñas llamaradas de fuego.

Dalia suspiró, e Ítalo guardó su flecha. Creggh soltó unas palmadas.

—Si el camino va a ser así no tenemos las de salir vivos.

Me acerqué a él y tomé la antorcha. Me dirigí al callejón donde Malo había escuchado los ruidos. Había varias mantas tiradas en el suelo.

—Acá debían estar quedándose los guardias —dije, devolviendo la antorcha a Creggh—. Supongo que esto es lo que les queda por hacer después de abandonar su trabajo.

Tomé algunas de las mantas, las puse al revés y me recosté en el suelo. Los demás se miraron entre ellos, pero no dijeron nada e hicieron lo mismo que yo. De alguna manera, me recibió el sueño.

X — ALDARA

Era pura madrugada. Pronto iba a amanecer y me sentía más sola que nunca, rodeada de gente que no conocía. Todos parecían descansar muy tranquilos, pero, ¿cómo podían?

Recostada en un callejón frío y húmedo, con solo una manta para cubrirme, no podía más que evocar todo lo que estuvo pasando esos días. El sueño no iba a visitarme.

No podía decirse que extrañaba mi casa, con el aliento alcohólico de mi madre saludándome cada mañana. Pero sí extrañaba otras cosas. Me vino a la cabeza un recuerdo muy especial. En el estupor que viene justo antes del sueño, apenas despierta, me llegó una voz...

—Yo sé que algún día me vas a olvidar, pero no te preocupes por ahora, linda.

—¿Cómo podría? —recuerdo decir—. Sos como un padre para mí.

—No, nena, nadie va a poder reemplazar a Alfonso. Contame, ¿cuántos años tenés ya?

—Nueve.

—Bueno. Aunque pasen otros nueve voy a volver, Lali. Esperame.

Esa voz sonaba increíblemente familiar, pero... ¿de dónde...? ¿Sería acaso posible...?

—Arriba, Aldara. No tenemos tiempo que perder.

Joseph me sacó de mi ensoñación. Con todo el resto desmereándose, me puse de pie y no tardamos en ponernos en marcha.

El grupo seguía cansado, pero teníamos que movernos si queríamos saber algo sobre el cuervo. Buscamos un puesto de comida, y noté que Joseph pidió una leche y pan. Entonces pidió un whisky para Malo.

—Mejor nos vamos antes de que se ponga odioso —dijo, haciéndome reír.

Para ese punto, ya había olvidado mi recuerdo.

XI — ÍTALO

Cuando terminamos de comer me puse a pensar sobre a qué autoridad debíamos acudir. Pero entonces la autoridad llegó a nosotros. Un mercenario se acercó a caballo.

—¿Ustedes son los que preguntaron por el señor Elderan anoche? Él desea verlos.

No hubo más que decir. Empezó a guiarnos hasta la mansión. Mientras caminábamos, me giré para ver a Aldara, a esos ojos de tormenta. Su mirada reflejaba la intensidad que veía en las calles de esa ciudad, pero su mirada estaba viva, mientras que Laertes ya había dejado atrás a su viejo yo.

Empecé a imaginar todo por lo que debía haber pasado esa gente, la población inocente, para llegar a eso. Mirándonos con miedo detrás de las cortinas de sus hogares; miedo, frío, hambre. A pesar de ser un Del Valle entendía esto a la perfección. La *sombra* me había hecho entender mucho mejor el dolor ajeno, aunque la sangre que heredé decía que yo debía ser lo contrario.

Cuando llegamos, los guardias en la entrada habían cambiado. Nadie nos detuvo. Nos hicieron pasar en la lujosa casa, y el último señor de Laertes nos recibió en una sala del segundo piso. Sus ojos se veían pesados como plomo, rodeados de un aura violácea. Era un tipo fornido, de unos cuarenta años, pero maltratado por la experiencia. Estaba usando una camisa de alta costura, con pantalones y zapatos acordes. Un anillo de zafiro verde en su mano izquierda terminó de aclarar lo obvio acerca de su posición.

—Ustedes... ¿quiénes son?

Se produjo un breve silencio. Dos guardias abrieron la puerta, y se ubicaron detrás de nosotros. Sin embargo, Dalia no vaciló.

—Venimos de parte del señor Wendagon de Veringrad. Buscamos al huginn que está detrás de los asesinatos en la ciudad, y las personas desaparecidas.

La mirada de Elderan no cambio en absoluto; completamente vacía.

—Wendagon, eh... —susurró, tomándose la cara.

—Señor... —habló Joseph, con su gato encima—. Necesitamos toda la información posible acerca del cuervo para poder hacer algo al respecto.

—No sé por qué, pero siempre sospeché que era cosa de un puto cuervo o algo por el estilo.

Se creó otro silencio.

—Hoy; no puede ser otro día. Va a atacar hoy.

Nos miramos, algo desconcertados.

—Bueno —dijo, tomando más sentido—. Sé que hoy va a ser el día en que venga por mí. Ya se encargó de todo el resto; solo quedo yo. Yo. —El viejo carraspeó. Joseph no parecía estar seguro de si debía decir algo—. Hoy termina la condena... Esta maldita y larga condena.

Pude ver el cansancio de esa situación en su rostro. El hartazgo de la muerte sobre tu cabeza en todo momento, y el agobio de solo pensar en ser libre. ¿Acaso me veía a mí mismo en él?

—Todos fueron muriendo, cayendo uno por uno, hasta llegar a mí, hasta llegar a Elderan, pero no va a poder conmigo. Ustedes llegaron en el día justo, justo para ayudarme.

Nos dio la espalda y empezó a pasear por la biblioteca que tenía a su izquierda. Los libros brillaban, y parecían costar una fortuna cada uno.

Revisándolos y tanteándolos para calmarse, se giró hacia nosotros.

—Gasté fortunas manteniendo a la guardia de la ciudad, y no fue suficiente. Se desbandaron y tuve que armar un puto ejército y mantenerlos a ellos. Pero yo sentía que aún no estaba seguro. Faltaban ustedes.

Estaba apareciendo una calidez en su cara. Estaba sonriendo, convencido de que había encontrado el escape de algún destino fatal; se dejaba ver el rostro joven que mantenía detrás de su máscara de ansiedad, nervios y pena. Una persona arruinada solo por ese cuervo.

—Su llegada —dijo, mientras nos invitaba a acércanos a lo que parecían planos de la ciudad—, no puede ser más que buenos augurios. Verán, hoy se termina el ciclo de la cuarta luna. Sus ataques fueron sistemáticos y metódicos; estudié cada uno de sus movimientos.

De pronto, la sonrisa que mostraba parecía rayar la locura. Empecé a cuestionar la salud mental de Elderan; él no tenía la misma información que nosotros, pero ya culpaba de los asesinatos a un ente y no a las otras casas. Me pregunté cuántas teorías tenía, y supuse que debía tener una excusa para pensar que el cuervo lo iba a atacar cada noche.

—Miren, miren, ¿ven? Acá, y acá —dijo, señalando en el mapa—. Él mató a todos los que consideraba amigos y familia, saben... Es... —Su voz empezó a quebrarse, y lágrimas se derramaron por sus mejillas. Sus rodillas cedieron y cayó al piso. Miré a los guardias que estaban atrás nuestro, pero estaban callados y con rostros de piedra.

El silencio solo era interrumpido por el sollozo del señor de tierras. Empezó a volverse más y más incómodo, y nos mirábamos entre nosotros buscando qué hacer. De repente, los sollozos cesaron, y Elderan se incorporó. Estaba mirando hacia mí.

—La... corona... —dijo, mientras acercaba su mano a mi cara y corría mi capucha—. La corona de la gloria... ¡ESTAMOS SALVADOS!

Sus gritos empezaron a fundirse en una risa histérica. Lo aparté, y puse mi capucha en su lugar, ocultando mis marcas. Realmente no sabía cómo sentirme.

—Si usted lo dice... señor —solté, cuando la risa de Elderan pareció tener un final.

Una vez que se secó las lágrimas, y se incorporó, volvió a dar la imagen de un hombre estable. Su riqueza hacía que esperara total cordura de semejante hombre; la imagen funcionaba al instante. A pesar de todo, en sus ojos rojos podía verse toda tensión por la que estaba pasando.

Elderan llamó a todos los guardias, y ordenó que hicieran guardia toda la noche en esa fecha. Tenía un aspecto mucho más serio cada

vez que les gritaba algo, pero se dejaba mostrar más sensible con nuestro grupo.

Nos guió hacía los cuartos, en el otro extremo del segundo piso. Dalia, Joseph y yo entramos en una habitación muy lujosa y bastante amplia. Nos sirvió un precioso almuerzo, para luego despegar un mapa de la mansión y explicarnos los movimientos que los guardias iban a seguir esa noche. Luego nos dejó la tarde libre.

Había bastantes cosas con las que distraerse en la habitación. De pronto, Dalia sacó un tema.

—Entonces, ¿cómo vamos a encontrar al huginn? —dijo, mientras hojeaba un libro que había sacado de su bolso.

—Ya está por venir, ¿no oíste? —dijo el pistolero, realmente despreocupado.

Dalia lo miró bastante feo.

—No “está por venir”. Díganme que no fui la única que no se lo compró.

—No, no sos la única —murmuré, con la vista en una ventana. El día estaba nublado, de un gris muy particular. El color y la textura de las nubes me hacían recordar al cuadro de la casa de Wendagon y eso me hizo recordar a la chica de ojos de tormenta, que no estaba en la habitación—. Lo de las lunas, lo de mi corona. Realmente no creo que signifique algo.

—Eh... Por cierto, Ítalo, ¿qué significan las marcas de tu cara? —Preguntó Dalia—. Sos un Del Valle, ¿no?

Un escalofrío me recorrió de cabeza a pies, y la sombra dijo presente. Me giré hacía Dalia, y fingí un tono desinteresado.

—Nada especial... simboliza una misión familiar, por decirlo así. Nos pintan estas *Anymas*. Está en particular muestra lo que la mayoría de la gente conoce como un rito de madurez. En mi familia hay varios de estos ritos, cada uno más complicado. Nos dan un cierto status en la familia... En mi caso, éste es el último.

—El ultimo, ¿eh...? ¿Y la de tu ojo? ¿Por qué Elderan se emocionó tanto al verla?

—Esta corona es... Se cuenta que mi familia tiene un origen en el que hay una cierta intervención divina, y supongo que el hecho de

que aparezca un Del Valle lo hicieron pensar que sus cálculos astro-
lógicos son acertados. Supongo que es algo así.

Se produjo un silencio en la sala.

—Ey... —Dije, mientras me incorporaba para verlos a los dos—.
¿Ustedes no sentían un olor fuerte en la calle?

Era como si cada vez que el viento soplara en la calle, me hubiera
llegado la fragancia de la sangre. Pero nadie más parecía sentirlo. Los
dos me miraron sin entender. Apreté el puño, y meforcé a relajarme.

La casa de Elderan estaba perfumada con fragancias muy caras y
persistentes, y casi podía olvidar lo que pasaba en las calles, afuera.

Por la tarde decidí tomarme una siesta.



*Ella juega con su pelo y me mira. Lo enrolla en su dedo índice iz-
quierdo, sin sacar la vista de mí. Abre la boca como para decir algo,
pero se queda callada.*

*La curva de su sonrisa es perfecta. No hay sombra, solo paz. ¿Qué es
éste lugar? ¿Dónde estoy...? ¿Quién es ella?*

*Busco un punto de referencia en esas paredes sepia. No hay olores
que pueda reconocer; nada. Pero la música suena increíblemente rela-
jante. Ella sigue ahí, jugando con su pelo. ¿Por qué incluso los colores
parecen tan vivos...?*



—¡Ítalo, Ítalo! ¡Despertate!

Los gritos resonaban por la habitación en completa oscuridad. Ha-
bía dormido por horas.

—¡ÍTALO! —volvió a gritar Dalia, tirándome del brazo.

Me paré, y la chica de pelo rojo me arrastró hasta el piso de abajo.
Ahí pude notar su palidez, y ojos completamente abiertos. Por los pa-
sillos corrían varios guardias, todos con dirección al patio trasero.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Llegamos al patio. En la esquina derecha había varios guardias en ronda, observando algo. Se escuchaba una tos fuerte y persistente que venía del centro del círculo.

—¿Qué pasa? —repetí.

Dalia desenfundó su espada, y se acercó a la fuente del centro. Los guardias empezaron a separarse y a gritar órdenes. A medida que la ronda se abrió más y más, pude ver a un guardia arrodillado, tosiendo sangre y con la garganta a un rojo completamente vivo. Ese rojo subía lentamente, tomando su cara; hinchándola y deformándola. Cuando la inflamación llegó a la mitad de su cara, sus prendas se incineraron. No necesitaba saber más.

Corrí de vuelta a nuestra habitación para buscar mi arco. Volví por el pasillo con el arma y mi carcaj en cada mano, tomando una flecha mientras salía al patio.

Los gritos de dolor, envueltos en fuego, ocupaban toda la atención de los presentes. Su cara ya era completamente roja. No se necesitaba ser un genio para saberlo; era un puto diablo.

Me paré frente a él; cubierto de fuego, siendo observado por todos sus antiguos compañeros. Apunté a su ojo izquierdo. Cayó de espaldas, donde siguió incinerándose. En su cuello se había empezado a formar esa piedra negruzca con intervalos rojos que distinguía a los diablos.

Podía escuchar y oler la sangre siendo *evaporada*.

La escena casi parecía una ceremonia de bárbaros, con un cadáver que todos observábamos en una ronda. Solo faltaba que hubiera música y bailáramos alrededor.

Retiré la flecha de su ojo y la guardé en el carcaj.

Un diablo en esa noche... no podía ser coincidencia. Miré a la luna, la cual estaba terminando su ciclo en ese preciso instante. ¿Elderan no se había equivocado?

La cuarta luna terminaba su ciclo, iluminando una pluma negra a unos metros del guardia-diablo.

El sonido de un revólver retumbó en la noche. Un sudor frío recorrió mi cara y mi corazón casi se apagó, para luego empezar latir endemoniadamente. ¿Dónde carajo estaba Elderan?

Corrí hacia adentro temiendo lo peor, pero lejos estaba de imaginar lo que seguía.

Una llamarada iluminó la mansión, mandado por los aires el portón que daba a la calle. Los diablos no tardaron en entrar, aproximándose con su velocidad inhumana, y las flechas de los guardias empezaron a caer.

Salté un cerco y alcancé a Dalia, que atravesaba la casa hacia la entrada.

—El cuervo esta acá, busca al resto del equipo y encuéntrelo — dije y tomé una flecha—. Tené cuidado.

Los diablos se desplazaban a una velocidad asombrosa, con saltos que doblaban a lo que un hombre podía lograr. Como si fuera poco, despedían fuego de sus manos, lo que hacía todo más difícil. La primera batalla frente a los guardias armados duro instantes; todos cayeron contra el fuego. Desde la distancia se los podía combatir mejor, pero los inexpertos arqueros fallaban muchos tiros y terminaban quemados también. Estaban siendo masacrados, y no se podía hacer mucho por cambiarlo. No podía hacer más que seguir esforzando mi puntería.

Los rojos comenzaron a incendiar el frente de la casa. Se hacía difícil tensar con el calor sofocante en la cara, pero logré seguir acertando. Llevaba siete diablos, pero eran cerca de cincuenta. ¿Todos habían sido habitantes de Laertes? Seguí disparando a un ritmo más apurado. Siempre apuntando al pecho, donde aún había carne, sabiendo que una flecha bastaba para matarlos o tumbarlos.

El calor ya era totalmente insoportable, bajo el techo de la entrada de la casa. La madera comenzaba a crujir, dando los primeros síntomas de debilidad. Dentro de la casa, el alivio no duraría mucho más; pero no podíamos hacer otra cosa que aguantar tanto tiempo como fuera posible. Del posible centenar de guardias que se congregaron en la entrada, solo quedaban quince. Tuvimos que retroceder.

Una vez dentro de la casa tomamos posición arriba de las escaleras, esperando el avance de los diablos. Por las ventanas solo podía verse fuego, tomando lentamente la mansión. Los tirantes del techo

comenzaban a derretirse y caer sobre nuestras cabezas; los diablos estaban haciendo un trabajo impecable neutralizándonos. Seguimos adentrándonos en la casa, tratando de evitar el fuego.

Sentíamos que se acercaban, que estaban incendiándolo todo, pero no podíamos verlos.

Explosiones del mismo revólver volvieron a sonar en la noche, aunque más disimuladas por el terror que vivíamos.

Dando cada paso con temor a que la madera cediera, nos retiramos a la última habitación del segundo piso. Estaba en nuestro cuarto; no podía ver a ninguno de mis compañeros, y solo quedábamos nueve de nosotros. La oscuridad no iba a durar. Pronto íbamos a ser iluminados por el fuego.

Los diablos no tardaron en entrar, y nuestros números en disminuirse. Las paredes, los cuadros, todo se estaba incendiando. Los diablos se movían en círculos con rapidez, mareándonos. Sabía que esperaban el momento justo para atacar, pero pasaba algo más, algo que no entendía. Juntándonos en una esquina logramos cubrir la mayoría de los ángulos y matar a varios de ellos, pero el calor se ponía insostenible. Uno por uno el grupo cayó, dejando tres arqueros mientras todavía quedaban un gran grupo de diablos. Y mientras tanto, la temperatura seguía subiendo. Nuestros rostros parecían hervir, los ojos se cerraban cada vez más, deseando ver un gran cielo azul.

Pero el fuego solo lograba hacer que esos monstruos condenados se movieran con más facilidad. Hombro con hombro, formando un triángulo, nos dispusimos a luchar contra el infierno. Pero la puntería de un arquero flaquea si la situación se degrada. Las flechas no tenían la precisión del comienzo; las flechas comenzaban a escasear. El humo penetraba en nuestros pulmones, y contaminaba todo nuestro cuerpo con su quemante presencia. Entonces observé sin palabras.

Los diablos empezaron a consumirse con el escenario. Sus piernas parecieron volverse fuego. Sus pies se despegaron del suelo. Estaban elevándose, por el amor de los dioses más puros.

El arquero de mi derecha aprovechó el proceso para bajar a varios bastardos. No tardamos en sumarnos, pero no fue suficiente. Como

un ave fénix, envueltos en llamas, los últimos tres se acercaron a nosotros a toda velocidad; gritaban y se quejaban con una voz sin ningún rasgo humano. El último arquero reveló una espada y embistió contra uno de ellos. Fue mortal, pero sus prendas se envolvieron en fuego.

Solo quedaba uno, que reconocí como mujer. Volaba encima de mí. Rodeaba mi cabeza. Estaba arrodillado, con la última flecha en mi carcaj y lo sabía muy bien. Dentro del carcaj, también llevaba conmigo una pequeña daga. Aunque sentí un escalofrío en mi cuerpo cuando me paré, mi fe era ciega y sabía muy bien qué hacer.

Corrí hacia la puerta mientras seguía al diablo con el rabillo del ojo. Había mordido el anzuelo. Al verme correr se lanzó sobre mí; y giré sobre mí mismo y clavé mi daga en su cabeza justo antes de saltar a un lado. Su vuelo siguió recto, hasta chocar contra una pared y sentir el piso. Su fuego se extinguió no mucho después. Recuperé mi daga, y varias flechas más, y corrí a través de las llamas hasta un lugar seguro en el cuarto.

Esa gente que había sido civilizada poco antes había volado por el aire. Realmente me lamentaba que ese espectáculo hubiera pasado en esa situación; todavía seguía boquiabierto por semejante gracia con la que despegaben del suelo y volaban al mismo tiempo que su cuerpo parecía consumirse como un pedazo de papel.

XII — DALIA

—El cuervo esta acá —dijo Ítalo—. Busca al resto del equipo y en-contralo. Tené cuidado.

Parecía que las predicciones del señor de tierras eran correctas. Bien; el huginn era nuestra mejor opción para saber más del Oeste, y no podíamos irnos sin él. Además, las dos noches anteriores mis sueños habían sido nublados... Todo lo que había visto eran cuerpos, pilas de personas removiéndose y sufriendo. Y había una sombra sobre todos ellos... El huginn.

¿Por qué hacía lo que hacía? ¿Qué lo movía a... tomar gente de esa manera, y usarla para matar a incluso más personas? No había ninguna ganancia detrás de sus acciones. Solo había vidas destruidas, hogares que no volverían a ser lo mismo. La misma ciudad ya estaba arruinada, desmoronada por la desconfianza entre su propia gente. Mientras corría por los pasillos de la mansión, apretaba el mango de mi espada con fuerza y sentía un gran deseo de ver al cuervo morir.

Destino nos había llevado hasta ahí, y él parecía pedir por Justicia. No había otra explicación; cazar al mal del Oeste era traer justicia, al fin y al cabo. Los bichos no son como las personas, no era lo mismo acabar con su existencia. No había pecado en ello. Yo traería justicia, pensaba mientras corría por la multitud de guardias que pasaban junto a mí. Corrían en dirección contraria, hacia la entrada por donde surgían diablos. Ítalo parecía conocer a la especie; él podría contenerlos mientras buscaba al resto. Sí, él podría; tenía plena confianza en que cada uno seguía expresamente su rol.

El resto, el resto... ¿Dónde estaban? Aldara y Cregh habían pasado el día en otra de las habitaciones, y no los había visto en un par de horas. Me había separado de Joseph hace poco, pero sus disparos resonaban por todo el lugar. Había estruendo por todos lados.

Salí al patio trasero, en la otra punta de la planta. Ahí habíamos contemplado como un guardia se convertía en diablo, mientras todo su cuerpo cambiaba para aceptar esa existencia de fuego... Todo había sido una distracción. El cuervo había estado entre nosotros, había entrado a la mansión para convertir al guardia frente a nuestras narices, y solo había sido una distracción para que destruyeran la entrada principal. Y mientras todos los guardias se congregaban allá, no podía evitar preguntarme si eso no era solo otra distracción; si el huginn no estaría corriendo por los pasillos y acercándose al señor de tierras.

Todo el cuerpo me temblaba, tenso de energía que quería ser liberada. Transpiraba, pero no sentía calor; no mientras sostenía el mango de mi espada negra. Me aferraba a él, y pensaba en mis padres. Me centré en sus rostros... Y estuve un poco más sosegada. Me revolví el pelo colorado, y miré distraídamente por encima de las paredes del patio. Eso daba a la ciudad... y había volutas de humo sobresaliendo por ellas. Había diablos intentando escalar. No había llegado a reaccionar cuando aparecieron manos por encima, y los salvajes empezaron a saltar adentro. Era la única ahí, además del cadáver; miré a mí alrededor, sin poder organizar mis pensamientos, buscando algún apoyo. Solo estaba la fuente de agua, y, y... Aldara llegó desde adentro.

Iba a gritarle algo, pero me volví para enfrentarme con un diablo que ya estaba junto a mí. Se movían demasiado rápido... Sus cuerpos parecían humanos, pero la falta de consciencia hacía que se movieran más allá de sus límites, sin pensar en sus cuerpos. Levanté mi espada, y apunté a su rostro. El impacto contra la roca rojiza apenas lo movió, y el monstruo saltó sobre mí. Me tiró al piso, donde apenas pude seguir sosteniendo la espada, y él cubrió mi rostro con sus manos. Empezó a surgir un calor... y pronto se hizo fuego.

Quería gritar, quería sacudirme, pero no podía oponer resistencia. Y entonces ocurrió algo. No sentía dolor alguno. Abrí los ojos como platos, mientras miraba el fuego fluir alrededor de mi visión como un río de agua roja. Y mientras estaba hipnotizada con la imagen, Aldara quitó al diablo de una patada.

—¿E...Estas bien? —preguntó.

Me arrodillé, aun algo perdida. Miré la espada corta... y agradecí a mis padres, en silencio. Me levanté.

—Sí... Sí. —Me giré hacia ella—. Gracias. ¿Dónde estabas?

—Estaba con el resto arriba —empezó a explicar Aldara, mientras yo me ponía sobre el diablo derribado, y lo tomaba por la cabeza. Pasé mi espada por su cuello—. Ellos estaban... Estábamos, eh...

Aldara corrió la mirada. Solo estaba acabando con su sufrimiento. El muerto empezó a recobrar forma humana.

—Estaba el cuervo, el cuervo estuvo frente a nosotros en el pasillo.

—¿Qué? —La miré.

—Sí... Fue hace unos minutos; Cregth y el otro corrieron contra él.

—¿Entonces qué haces acá...? —Empecé a preguntar, pero reconocí que ella no tenía ningún arma. Aun así, Aldara bajó la cabeza, avergonzada. No pude evitar preguntarme qué podía hacer.

—Ey, ¡atrás! —gritó, de repente. Antes de que pudiera girarme, una bola de fuego impacto contra mi cara; haciéndome girar en el aire y caer contra el suelo. Ninguna espada mágica pudo evitar ese dolor. Ya había tres diablos en el patio, y seguían trepando desde afuera.

Aldara contaba conmigo. Me levanté, temblorosa, y blandí mi arma por lo alto. Esta vez sabía a dónde dirigir mi filo; sus cuellos se movían demasiado bajo la roca roja, pero el resto de su cuerpo llevaba piel. Así es que apunté a los torsos, y usé mi espada como una lanza. El arma salía y entraba con algo de esfuerzo, cortando a través de la tela y el cuero... pero esos no eran guardias con armadura, eran habitantes del pueblo. La sangre nunca se mantenía sobre el filo, que con sus propiedades mágicas la corría incesantemente y se mantenía limpio; y aunque algunos de esos habitantes transformados eran bichos, ninguno tenía una piel especialmente resistente.

Ya había acabado con cuatro. La temperatura del aire había subido demasiado. Apenas debían haber pasado sesenta segundos, pero se sentían como seis minutos.

Tres diablos se habían agrupado a mí alrededor. Intentaban rasgarme o quemarme; y las sacudidas me hacían daño, aunque ellos no me penetraran. En medio del frenesí, no pude ver al otro diablo que

había saltado desde afuera del edificio; solo noté como corría hacia Aldara por el rabillo del ojo, y me di vuelta demasiado tarde.

Aldara empezó a correr y retrocedió hasta la fuente. Y cuando ya no tenía adonde huir, siguió adelante; saltando al agua.

Me saqué al grupo que me rodeaba con un empujón, y corrí hacia Aldara sin pensar. Sin embargo, un empujón no había hecho nada; los diablos detrás de mí expulsaron fuego, y cayó en mis pies. Caí. Mi espada salió rodando.

—¡Ah!

Mi primer instinto fue levantar la mirada hacia Aldara. El diablo le pisó un pie, haciéndola caer en el agua cuando estaba por salir... Le apretó un brazo con la mano.

De la mano empezó a salir humo... Iba a quemarla. Entonces, dos lanzas atravesaron su rostro. Y las lanzas empezaron a girar en sí mismas, como tornados; y el diablo salió despedido por el aire. El impacto contra el suelo terminó con él, quebrándole el cuello. Pero no habían sido lanzas. Estaban hechas de agua.

—¿Eh...?

Me incorporé lentamente. Aldara, con los brazos en alto, estaba dirigiendo los dos brazos de agua. Se encontraba pálida. Pero debía ocuparme del asunto inmediato. Me volteé al grupo de diablos que me había hecho caer; los brazos de todos estaban en llamas. Pero a los pocos pasos, no pude avanzar; estaba demasiado caliente. ¿Qué? Miré mis manos. No estaba sosteniendo la espada. La había perdido.

Los diablos dispararon hacia mí. Salté a un lado, esquivando el fuego, y empecé a correr a la espada. Aldara, desde la fuente, dirigió otra de esas lanzas al grupo, llamando su atención y cortando a uno de ellos.

No tardé en llegar a mi arma, y unirme a la pelea.

Unos momentos después, el patio se encontró libre de diablos. Seguíamos viendo hilos de humo del otro lado del patio, que se elevaban hacia las estrellas, pero no parecían dispuestos a cruzar adentro de la mansión. Se sentía una vibración pequeña, y el rumor era constante.

—Vaya —balbuceé, entre jadeos—. Deben estar buscando quemar la mansión.

—Si... Deberíamos subir —dijo Aldara, junto a mí. Se encontraba empapada de la cintura para abajo, y podía ver que eso no ayudaba a la herida en su pierna. La apoyaba con flaqueza. Aun así, no creía que esa fuera la razón de sus temblores.

—Ey... ¿te duele algo? Cregh no suele ponerse así luego de usar su magia... Lo que usaste era magia, ¿no? —Mi tono intento ser conciliador, pero ella solo reaccionó con un salto.

—No es nada. Deberíamos subir. Arriba está el cuervo.

Mirando el suelo, pensé que no sabía cómo debía actuar fuera de mi pueblo. En todo caso, Aldara tenía razón. Ya habíamos perdido demasiado tiempo. Si el cuervo estaba arriba, no podíamos dejar pasar la oportunidad. Corrimos adentro, donde seguía habiendo movimiento por la entrada, y fuimos hacia las escaleras. No tardamos en subir; el pasillo del segundo piso se encontraba vacío.

—¿Por dónde...? —susurré.

La duda no duró más que unos instantes. Enseguida apareció Cregh, corriendo desde los cuartos con todos nuestros bolsos encima. Aldara y yo nos apuramos en llegar hasta él.

—¿Qué haces? —preguntó ella, mientras Cregh liberaba aire aliviado y dejaba el equipaje en el suelo.

—Gracias a los dioses... Joseph se perdió por los cuartos más adelante, y yo fui a buscar nuestras cosas.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué necesitaríamos tenerlas encima? —Exclamé, incrédula ante la idea de dejar al cuervo atrás.

—¡Están por quemar todo! —gritó, y me quedé callada—. Eso que hacen los diablos no es fuego normal. Es alquimia con los elementos, un lazo biológico que conecta tus propias energías a las del elemento...

Un lazo de sangre... Pensé en mi propia espada, mientras Aldara miraba sus manos.

—Es largo de explicar. Pero es magia, no es como que están respirando cuando lo emiten. Y, eh, entonces, la tensión mágica se está

acumulando en el aire. Puedo sentir que están por liberar muchísimo fuego.

—¿Y fuiste a rescatar nuestras cosas? —dijo Aldara.

Tenía sentido, pero era inevitable pensar que Creggh lo había hecho para escapar del huginn. No dije nada.

—Como sea, hay que ir tras él —dijo Creggh—. Hay que buscarlo, ahora.

Los tres estábamos corriendo por los pasillos. Nos dirigíamos a la otra punta del edificio; la gran oficina de Elderan, donde nos había recibido horas antes. El cuarto más grande del edificio. Según Creggh, Joseph se había perdido en los pasillos que llevaban allí; sin embargo, lo encontramos una esquina antes. Tuve que reprimir una exclamación, y a Creggh casi se le caen los bolsos.

Joseph estaba tirado en el suelo, desangrándose de un corte que cruzaba sus costillas. A unos metros de él se encontraba su bastón, y todo el suelo estaba manchado.

—¡Vagabundo! —gritó Creggh, mientras corría y se agachaba a verlo.

—Dioses. Josh... —dijo Aldara.

—¿Qué pasó? —le pregunté, mientras Aldara y yo nos arrodillábamos.

—El... cuervo. El cuervo de mierda. Esas putas balas le dieron, estoy seguro. —Joseph se mordió los labios—. Estoy seguro de que le di.

Miré hacia el pasillo. No había ningún rastro de sangre.

El techo se sacudió con un pequeño temblor, a la vez que la temperatura crecía. Pedazos de escombros cayeron junto a nosotros.

—Puto Elderan de mierda... Putos diablos, puto cuervo —masculló Creggh. Hubo un momento de silencio, mientras venían gritos y explosiones desde abajo, y suspiró—. Suerte que traje los bolsos.

Se dio vuelta, y empezó a revisar entre su mochila. Luego de unos instantes, sacó un puñado de hojas secas.

—Hagan lugar—dijo.

Aldara y yo retrocedimos unos pasos. Creggh retiró la capa de Joseph, dejando ver su herida con más claridad, y su revólver. Mientras empezaba a poner las hojas por sobre la herida, y el pistolero apretaba

los dientes, la visión del revolver me hizo pensar en Ítalo; esperé que estuviera bien. Él estaba conteniendo a todos los diablos; nosotros también teníamos que hacer nuestra parte.

—Cregh —dije—, esas hojas van a curarlo, ¿no?

—Sí. Pero solo van a servir como un apoyo; ahora iba a conjurar algo en la piel.

—¿En serio? —Se sobresaltó Joseph—. Quizá deberías conservar la magia.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Cregh.

—Estoy demasiado herido... Es mejor que gastes lo menor posible y enfrentes al cuervo. Aunque me cures un poco, no voy a estar en condiciones de ayudarlos.

—Estas equivocado, Joseph. Te aseguro que puedo curarte. No sabes cuánto puede hacer mi magia.

Cregh se concentró, un zumbido surgió de sus manos y las pasó por el corte de Joseph. Éste desenfundó su revólver, y nos miró con una sonrisa débil.

—No se preocupen. No voy a fallar mis tiros. No importan un par de golpes con éste bebé. En unos momentos vamos a poder ir todos juntos a ese cuarto.

—Y vamos a necesitar a todos —dijo Cregh mientras trabajaba, tenso.

—Sí... —Joseph rió nerviosamente, y pude notar gotas de sudor cayendo por su frente. Sus siguientes palabras las pronunció en un susurro—. Carajo, que grande era. No esperaba que los cuervos fueran así.

Hubo un instante más de zumbido, y Cregh retiró sus manos. La sangre había dejado de emanar.

Joseph atinó a tocar las hojas, pero Cregh lo detuvo con un chistido.

—¡No! Las hojas de Valma se quedan ahí. No te preocupes; no van a caerse.

—Entonces, ¿me curaste...?

—Solo es temporal. Va a ser mejor que no saltes de ningún techo, por el momento.

Joseph gruñó y cargó su arma.

—No voy a tener que saltar para lo que vamos a hacer. Ese cuervo no va a tener adonde huir.

—Vamos —dije.

Todos nos incorporamos. Intercambiamos miradas tensas; si el huginn realmente estaba al final del pasillo, entonces se había detenido a esperarnos en la oficina. No sería ninguna casualidad; ya serian un buen par de minutos de espera. Tuve que decir lo que pensaba.

—Quizá no sea buen momento... Pero estuve pensando en el diablo que encontramos el día anterior, ese Tim. ¿Por qué estaba correteando en una mañana? Los diablos solo salen a la noche...

—¿Qué estás diciendo? —dijo Cregh.

—Quizá todo había sido armado. Quizá el cuervo nos estaba llevando hacía él.

Las puertas ya estaban frente a nosotros. Pensé en abrirlas despacio... Pero Joseph arremetió de una sacudida, y en cuanto pudimos atisbar adentro, disparó.

Las balas impactaron el pelaje negro. Una mancha rojiza no tardó en aparecer... Pero eso fue todo. El demonio en esa sala era gigantesco; su contextura física era imponente, tanto que esos dos balazos apenas lo hicieron removerse un poco.

Las plumas del cuervo eran de un negro hermoso, que reflejaban el fuego de afuera. Solo estaba vestido con una serie de tiras que cubrían sus pies. Dejaba ver su pecho, musculoso y violento. Nos miraba de frente, parado en el centro de la sala sin reserva alguna.

Estaba esperando armas, a una criatura refinada... No a un gigante. Todo lo que tenía encima eran tres bolsas de cuero, que colgaban de sus ropas a través de unas cuerdas.

No podía ver al señor de tierras en la habitación. Noté que había dado un paso atrás sin darme cuenta.

El vagabundo saltó adentro, poniéndose detrás de un mueble. Aldara y Cregh también entraron, y él estiró su mano hacía el cuervo a la vez que se movía. Sin embargo, no ocurrió nada; el huginn solo

empezó a correr hacía nosotros, con cada pisada haciendo sacudir las maderas.

No puedo recordar si estaba adentro o afuera de la oficina, solo sé que el monstruo estuvo frente a nosotros antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando. Me hizo estrellar contra una pared y mi espada salió despedida lejos.

—Esa espada... Sos una mujer, pero sos el Caballero, ¿no? —dijo.

Se giró hacia Creggh, que seguía agitando su mano, intentando hacer un hechizo frenéticamente. Sin preocupación alguna, el huginn levantó su ala para atacar...

Y de pronto, el jarro con flores junto a ellos estalló. El líquido en su interior se elevó por los aires, dejando una estela de humo, y el agua hirviendo cayó en el rostro oscuro.

El graznido fue horrible; un chillido de cuervo a todo volumen. Joseph no pareció flaquear, acercándose al cuervo que se había arrojado y apoyando su pistola en su cabeza. Sin embargo, pude ver como el cuervo acercaba una garra a sus bolsas de cuero.

—¡Joseph! —exclamé. Joseph saltó hacia atrás.

El cuervo gruñó de rabia al ver a Joseph escapando, y se giró hacia mí.

Entonces, todo pareció perder sentido. El cuervo se desvaneció en el aire, como si su figura fuera un rostro en una carta, y la giraras hasta no verlo más.

—¿Q...Qué...? —balbuceó Aldara.

Creggh tenía los ojos como platos, y estaba pálido.

Me dirigí a juntar mi espada... Y apareció de nuevo. Por detrás. Me tomó de un hombro con fuerza, y antes de que pudiera hacer algo tiró del hilo sujetando una de sus bolsas. Todos los polvos cayeron sobre mí.

Su agarre era firme, pero el dolor que sentí fue tal que me liberé solo por mis sacudidas. Me tiré al suelo, gritando, mientras mi piel se tornaba rojiza y sentía que mi cabeza iba a estallar.

—¡Dioses! —exclamó Creggh.

—¿La está convirtiendo en diablo? —dijo Joseph—. Puta madre...

Joseph corrió hacia el pasillo, mientras volvía a apuntar su arma. Esta vez apuntaba a la cabeza. Pero el cuervo se hizo a un lado y las esquivó. Esta vez el brazo de Creggh sí empezó a resplandecer, y del hocico del huginn surgió una explosión. Cayó contra una pared, aturdido, con sangre cayendo entre sus plumas.

Mientras tanto, yo rodaba y me sacudía... pero había dejado de gritar. El rojo empezó a retroceder. La infección estaba perdiendo...

...Aún estaba sosteniendo mi espada. Papá estaba protegiéndome, y una lágrima rodó por mi rostro.

No podía levantarme. El shock había sido demasiado. Solo permanecí ahí, derrumbada por unos instantes, mientras oía impactos sordos por encima... Cuando pude levantar la mirada, a duras penas, Joseph y Aldara también estaban fuera de combate. El pistolero había caído y su revólver estaba en el otro extremo de la oficina. Aldara solo había retrocedido, paralizada. No había agua cerca que pudiera usar.

Estaba por perder la consciencia, pero la espada no me lo permitió. Me dio nuevas energías, y pude levantarme de alguna manera. Presencí la escena que tuvo lugar a continuación.

Solo quedaban el huginn y Creggh. El cuervo avanzaba con movimientos toscos, caminando lentamente y con obvio fastidio. Su cuello herido le trastornaba la voz, y hacía que su respiración pesada pareciera un montón de vidrio quebrado, que era lo único que sonaba en la habitación. La cara de Creggh mostraba rabia, pero parecía conternado de frustración.

—Sabés, estaba especialmente interesado en vos, Hechicero —dijo el monstruo.

—¿Q-Qué?

—Por favor, bajá el brazo. Solo quiero hablar, sabés.

—¿H-Hablar?! —rió Creggh, fuera de sí. No bajó la guardia, pero se permitió el extender los brazos alrededor de la habitación, pasando por cada uno de nosotros—. ¿¡Esto te parece hablar?! Hijo de puta...

—No, no; solo quería ver si eran como decían. —El tono del huginn parecía divertido. Creí adivinar una sonrisa entre sus rasgos monstruosos.

—¿C...Como decían quiénes?

—El Testamento... —El huginn imito reír, pero su voz quebrada lo redujo a un murmullo—. Sabés, los estábamos esperando...

El cuervo dio un paso adelante. Cregh tensó los hombros, asustado.

—Pero solo me dieron vergüenza. —El cuervo alzo una pata, y embistió a Cregh por el pecho. Éste cayó a metros de distancia—. ¿Hechicero? Ni siquiera pudiste conjurar algo.—La voz del cuervo crecía, se alzaba en su tono roto y oscuro—. ¿Sabés lo que es mover una montaña con tu voluntad? ¿Doblar todo el espacio?

Hizo una pausa. Cregh no lograba levantarse.

—Eso no... No puede ser natural.

—¿Eh? —El huginn inclinó la cabeza.

—Sí que sé de magia, cuervo de mierda...Nadie podría remover una montaña sin destruir sus propios alrededores, no puedes pedir tanto del mero aire.

Se hizo un silencio. El cuervo no parecía estar esperando eso. De pronto, rompió a reír.

—B...Basta... —balbuceó Cregh. La risa horrible resonaba más y más alto—. Basta... —de pronto, el cuervo rompió su risotada.

—Vergüenza. —Aleteó sus manos en el aire, elevándose y cayendo junto al mago de un solo salto. Me sobresalté, temiendo que fuera a aplastar a Cregh, y Aldara se cubrió la boca.

Pero no lo agredió. Giró su cabeza por todo el ambiente, deteniéndose en cada uno de nosotros.

—El Pistolero. El Hechicero. El Caballero, la Nereida. —En esta última parte se giró hacia Aldara, que lo miro sin comprensión. Nunca había oído esa palabra—. Y sé que el Cazador está en el edificio. No son como los describía el Testamento, saben. —Hizo una pausa, sosegadamente. Miro a Cregh—. El Hechicero del Oeste. Él puede hacer todas esas cosas, sabés. Incluso nos permitió transportarnos a todos nosotros. Nunca van a sobrevivir si se lo encuentran.

Antes de que pudiéramos reaccionar, buscó entre sus harapos, retiró un anillo, y lo puso en su dedo medio. Volvió a desaparecer.

—¡No! ¡No, no, no! —exclamó Cregh—. ¡No nos haces esto y te vas!

—¿Podes seguirlo...? —susurró Aldara.

—No siento nada. Es como si no hubiera estado acá, no hay rastro alguno... ¿Es posible transportarse sin hacer un hechizo? Ese anillo...

Cregh hablaba frenéticamente, casi mordiendo la lengua.

—No nos hablan así, no nos dejan así y nos dicen que vamos a morir y se van... Hay...

—Cregh, no nos transportes sin cuidado —logré soltar. Detrás de mí solo había fuego... El centro de la casa estaba en llamas, con un incendio que había subido por la escalera y estaba llegando a los extremos de la casa. Aun podía sentir movimiento entre las llamas, sin embargo... quedaban más diablos.

—Dalia, qué... No importa. Volvamos a nuestro cuarto, tenemos que encontrar a Ítalo.

Y aunque apenas había podido concentrar sus energías antes, en un segundo apareció una luz de sus manos, y la luz se hizo enorme y todos nos desvanecemos. En realidad, el cuarto pareció desvanecerse mientras nosotros seguíamos igual... Nos movimos yo, Cregh, Aldara y Joseph. Nuestro equipaje también estaba ahí.

Caímos en la habitación que nos había dado Elderan. Los extremos de la casa eran los que seguían en pie, como había pensado. El huginn estaba apareciendo en ese mismo instante, e Ítalo también estaba ahí.

La entrada estaba en llamas, y el piso repleto de cuerpos de guardias y de diablos.

Ambos hechizos llegaron a la vez. Ítalo no hizo preguntas, y en un momento estaba apuntando una flecha al cuervo gigante. Todos estábamos listos.

—Bueno, bueno—dijo el cuervo, levantando las manos conciliadoramente.

Por un momento pensé que quería paz, pero enseguida embistió con un brazo y lanza a Ítalo contra nosotros. Todos caímos al suelo. Estaba por incorporarme, pero me quedé mirándolo. El cuervo estaba quieto.

—Los cinco enviados. Es justo como lo dicen las escrituras.

¿Qué estaba diciendo...? ¿Acaso ellos también habían tenido visiones sobre lo que nuestro bando iba a hacer? Recordé que los bichos del Oeste no creían en nuestros dioses. Creían en un solo ser... en su *Deus*.

—Saben... Incluso estamos nosotros en las escrituras, saben. Estoy yo. —El huginn levantó su cabeza, como si estuviera dejando volar su imaginación—. Todo ocurre... perfectamente.

—¿Qué... Qué están haciendo? —Joseph habló por primera vez desde que se había recuperado.

El cuervo se nos quedó mirando.

—¿No saben? El Antiguo Testamento. Estamos trayendo a la primera especie. Al deus. Es como las escrituras decían que iba a ocurrir, el pueblo del Oeste va a levantarse otra vez. Está despertando, immo. Todo sale perfectamente. Pero, saben, por ahora no me atrevo a hacer más. No creo que esté en mis manos el matarlos.

—¿Todo...? —balbuceó Ítalo—. ¿Dónde está Elderan? ¿Dónde está el señor de tierras?

—¿Son idiotas? —rió el gran cuervo, con su voz quebrada, y busco por su anillo una vez más—. El viejo murió antes de que cayera la noche. Nada de esto fue por él. —Se puso el anillo... y desapareció una vez más.

No volvió a aparecer.

Todo había terminado. Con la ayuda de Cregh, pudimos salir del edificio; fue a través de una ventana, y acabamos de contemplar como la mansión del último señor de tierras de Laertes se incendiaba. La casa de Elderan había caído.

Los momentos siguientes se sucedieron en una bruma. Mi cuerpo seguía en shock, dañado por ese polvo extraño... El corte de Joseph no había cerrado bien, e Ítalo había sufrido varias quemaduras. Solo el gato había resultado ileso, habiendo escapado cuando comenzó todo.

Me aferré a mi bolso. Al menos la enciclopedia de mamá seguía bien. Así fue como volvimos a la ciudad, y ayudamos con las consecuencias inmediatas.

Extinguimos el fuego, separamos a los muertos. Dimos testimonio por lo que había pasado; todo cuanto nos atrevimos a contar. Permanecimos en Laertes por las horas siguientes, pero perdí todo mi espíritu cuando el guardia Marr fue reconocido entre los muertos. Como uno de los diablos.

Juntamos todas nuestras cosas, y partimos por la salida en el sur de la ciudad. Esa ciudad muerta, gris, asfixiada por sus propios brazos, que ni siquiera notó nuestra ausencia. Abandonamos en el amanecer.

—En verdad... esa fue una experiencia fuerte. Podría haber muerto, y así es que yo... —Empezó a decir Joseph—. La verdad, es que siento que les debo ser honesto. No les dije toda la verdad. Mi nombre no es Joseph, me llamo L... L...Lang.

CAPITULO III

CRASTER

I — HEIR

Ser cazarrecompensas implicaba que no había ninguna seguridad, pero ciertamente nadie me había advertido que iba a estar yendo contra un monstruo en la catedral. Bernard Rhodes estaba convertido en diablo contra su voluntad; me había pedido que lo matara, y me había hablado sobre un cuervo en la ciudad de Laertes justo antes de morir.

Un cuervo. Un cuervo como yo... fuera de la capital. Después de que nuestro pueblo fuera arrasado, nuestra gente se había reducido drásticamente, y el último puñado de huginns se había refugiado en Veringrad, donde la convivencia con humanos era más segura. Iba a tener que indagar sobre ese rumor. Sin embargo, Sil o Dip no sabían nada. Iba a tener que visitar la ciudad por mí mismo y averiguarlo. Ya habían pasado un par de días. Esperaba que eso fuera tiempo suficiente para no levantar sospechas al irme.

Pensé en despedirme de Sil y Dip... pero afronté los hechos, y acepté que detestaba a los cuervos viviendo en Veringrad. Eran habitantes del Este. Estaban entregados a la dominación de los humanos. Si lo que sentía era cierto... Y creía que lo era... iba a encontrar mi verdadero camino en Laertes.

Efectivamente, el destino se puso en marcha ese mismo día. No llegué a salir de la ciudad. Por la mañana, cuando pasé a mi cocina, había alguien ahí.

Me había calzado mi túnica y estaba listo para salir, por lo que tenía mi sable conmigo. Desenvainé en un pestañeo y salté hacia el intruso, pero no le di a nada. Caí sobre mi mesa, dándola vuelta y haciendo un desastre.

—*Scelus*. ¡¿Quién anda ahí?! —grazné, levantándome con un aleteo.

El intruso levantó una mano, pidiendo paz.

—Que la gracia de Deus y su bien nos acompañen. Hasta el día en que la noche nos reciba...

—...Para el sol nunca llegar —terminé, casi sin darme cuenta—. Eso es... un verso del Oeste.

—Saludos, *Caballero* —dijo el hombre—. Estaba esperando esta conversación.

Mis ojos se abrieron aún más, creyendo reconocer el título. La historia que se contaba entre los pocos habitantes del Oeste en la ciudad, la leyenda sobre el levantamiento de nuestro pueblo encabezado por cinco guerreros.

El extraño vio mi expresión desconfiada y rió. Era un sonido amortiguado y metálico, viniendo detrás de un yelmo.

—Estaba esperando que nos encontráramos. Huginn, la promesa es cierta. El Antiguo Testamento se está cumpliendo, y es el momento de tu llamado. Soy el Hechicero...

Y antes de continuar, movió una mano, y todo se sumió en tinieblas.

Cuando recuperé la vista, estábamos en medio de la calle. Por el tamaño de los edificios, debíamos estar en el distrito privado de la ciudad.

Con un gruñido, me centré en la persona frente a mí. Mi sable volaba mientras caminaba a su alrededor en amenaza.

—¿Qué fue eso, eh? —exigí—. ¿Usaste un hechizo...? —Esas tinieblas debían haber sido un hechizo de transportación.

Pero no pude decir nada más. Bajo la luz de la estancia pude ver al mago frente a mí. Su armadura le quitaba todo rasgo, toda especie; las puntas de su yelmo lo hacían ver como un demonio. Dos orificios negros me miraron, inescrutables, y volvió a hablar.

—Heir. Caballero. ¿Vas a servir a la promesa?

—¿Hablás... de los cinco del Antiguo Testamento? —pregunté, perdiendo el aliento—. ¿La segunda venida del Oeste... la leyenda en la que recuperamos el continente?

—Sí. Los cinco del Este ya aparecieron; nuestro Cazador, Krieg Waltz, va a encontrárselos éste mismo día.

Por primera vez en mucho tiempo me había puesto a temblar, y ni siquiera lo notaba.

—Caballero, ¿vas a servir al Oeste? —dijo la voz metálica, una vez más... y formulo la pregunta fatal—. Caballero. ¿Vas a servir a Deus?

Entendí que esa pregunta tenía más importancia que cualquier decisión de mi vida acomodada. Asentí. Un terror divino, un peso, me aplastaba. No podía hacer nada más. Ninguna otra respuesta era concebible.

El Hechicero se adelantó hasta mí.

—Desearía darte mis anillos ahora mismo, de verdad. Pero primero tenés que probarte, Caballero.

Guardé mi sable y me levanté, solemne.

—En esta casa vive un enemigo; un Oráculo que sirve al Este. Usa el nombre de Wendagon. Blandí tu espada, cazá exitosamente; y vamos a volver a encontrarnos.

—Sí —susurré.

—Este señor de tierras oculta su poder, y solo lo comparte con su único sirviente. Éste sirviente va a tener que abandonar la casa tarde o temprano.

El mago sacó un anillo, y empezó a jugar con él entre sus dedos.

—Caballero... encontrémonos en Laertes.

El mago se puso el anillo, y en el instante siguiente ya no estuvo ahí. Dejó la calle vacía, en completo silencio. Por un momento mi mente estuvo en blanco.

Entonces miré por encima de mi hombro, hacia la casa de piedra frente a mí. Empecé a andar, casi sin darme cuenta. Me dispuse a servir al Oeste.

II — CREGH

Un desastre; esa era la única forma de describir lo que había sucedido el día anterior. Les dije al resto que los diablos habían creado un sello mágico cuando cargaron todo con magia al incendiar la mansión. Pero la verdad era que simplemente no había logrado crear los hechizos en el momento crítico. El cuervo me causó... terror puro.

Le había fallado a la ciudad. Lo último que supe es que la población iba a formar un grupo de vigilancia. Los últimos guardias no habían tenido mucha suerte, pero las cosas debían ser mejores ahora que ese monstruo había abandonado el pueblo.

El camino al sur de Laertes era relativamente plano. Nos giramos hacia atrás y casi parecía que no había pasado nada. Que Laertes no era una ciudad donde todos los señores de tierra habían muerto.

Eventualmente, la caminata nos llevó a un desvío.

Sur: Camino de Serena

Oeste: Camino Real — Valle Hondo — Craster

—¿Y ahora? —dijo Dalia.

—Al Oeste, claro está —dije—. Todo es sobre el Oeste, ¿no? El camino de Serena nos haría volver hacia atrás. Si llegamos a Craster vamos a poder reabastecernos y atravesar las montañas para llegar al puerto.

—El Oeste, entonces—dijo Joseph, que ahora decía llamarse Lang. Ya no sabía qué creer.

Dalia no parecía muy animada.

—Saben... Podríamos seguir el camino de Serena. Volver a la capital y decirle a Wendagon que no podemos hacerlo. —Dalia levantó la cabeza, mirándonos a todos.

—No vamos a rendirnos tan temprano... —murmuré, sin estar convencido. Todavía recordaba la frustración que sentí frente al cuervo. Por un momento, no habíamos podido decidir sobre nuestra vida o muerte—. Podríamos... llegar hasta Craster antes de tirar la toalla, por respeto al viejo.

—¿De qué serviría, Cregg? —Dalia no estaba convencida—. Se suponía que habíamos ido a Laertes para acabar con el huginn y ayudar a la ciudad. ¿Y que conseguimos? Nada. Elderan murió, toda su gente ardió en llamas y el cuervo se fue.

—Ey, no sabíamos que íbamos a encontrar—dijo Lang—. La ciudad ya estaba condenada antes de que llegemos.

—¿Que no sabíamos? ¡Esa fue la razón por la que fuimos ahí! Sabíamos que el cuervo estaba ahí, que era la razón de la crisis y que debíamos llegar a él para acercarnos al Oeste.

—Estuvo fuera de nuestro control, ¿qué quieres que hagamos? —hablé—. Sí, es cierto que solo estás viva a causa de tu espadita mágica...—Me detuve. Me mordí los labios, y bajé el tono—. Solo estamos vivos porque el cuervo lo quiso. Sí, es cierto que fracasamos, fallamos. Pero podemos quedarnos a llorar acá, o podemos ponernos...

—En realidad no fallamos —dijo Ítalo, de repente. Trabé mi discurso a la mitad.

—¿Eh?

—Fuimos a Laertes por las visiones de Dalia; nos dijo que había un cuervo y debíamos encontrarlo, y lo hicimos. Ahora sabemos que las visiones de Dalia son certeras y sabemos más sobre el Oeste, sobre nuestra misión. No buscábamos salvar a los señores de tierras.

Dalia suspiró. No creía que esas fueran las palabras que estaba buscando oír. Pero no dijo nada más, y empezó a caminar por el camino del Oeste.

Caminamos todo el día bajo un ambiente denso. Solo seguíamos el camino de tierra, y nos unimos al camino real después del mediodía. Las montañas se acercaban lentamente. Luego del atardecer encontramos un río; el camino continuaba por un puente enorme.

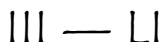
—Podríamos acampar ahora —sugirió Lang—. Avancemos río arriba para alejarnos del camino, y continuamos en la mañana.

Mientras caminábamos, Dalia intentó iniciar conversación. Parecía estar de mejor humor.

—Ey, Cregg. ¿No podés transportarnos como hiciste para llegar a Laertes?

—No sé —admití—. Ningún otro hechizo requiere tanta energía, y podríamos terminar en cualquier parte mientras estemos tan cerca de las montañas. Aún no.

Montamos campamento cerca del río, y vimos como el sol se escondía entre las montañas. Mañana en la noche estaríamos iniciando camino a través de ellas.



La noche volvió a ser fría, solo que esta vez no teníamos camas. Dormimos en el suelo alrededor de un fuego que se apagó solo al poco tiempo de todas formas. Me sentía como en casa.

Me levanté por la mañana y usé mis piedras para encender la fogata. Saqué algunos de los panes y los calenté para mí, pero el olor y el calor despertaron al resto. Juntamos lo que teníamos y tuvimos un buen desayuno al lado del fuego y del río.

—¿Soñaste con algo, Dalia? —pregunté.

—Solo con mi hogar.

Las montañas aún estaban a un día de camino, y el pueblo de Valle Hondo estaba un tanto más lejos.



Pasaron dos días antes de que llegásemos al valle. Era la mitad de la noche y estábamos empapados y agotados. Desde la tarde había empezado a llover, y luego de esperar bajo los árboles una hora decidimos que sería mejor seguir igual. Yo metí el pie en un charco que resultó ser bastante más hondo de lo esperado, y el viento helado no ayudó no en nada. A esas horas, un bar era uno de los pocos lugares iluminados.

Había humo de tabaco y unas cuantas personas durmiendo sobre las mesas. Nos acercamos a la barra, y el cantinero dudó antes de acercarse.

—Preferiría buscar alojamiento —dijo Cregh.

—No nos vamos a quedar más de diez minutos, Cregh. Tranquilo. Yo quiero un vaso de ron y uno de leche.

Ítalo, Dalia y Aldara pidieron cervezas, y Creggh pidió una leche como yo. Tras pagar, Dalia preguntó por alojamiento y nos fuimos antes de que mi gato se emborrachara.

—Hay una posada a tres cuadras —dijo Dalia, guiando el camino.

—Ey... *Lang* —dijo Aldara, usando mi nuevo nombre—. ¿Es seguro que tu gato beba alcohol?

—No te preocupes, nunca le pasó nada —la calmé.

Malo empezó a caminar tambaleándose, aparentando estar borracho como nunca lo había estado. Aldara le creyó y se acercó a él.

—No lo agarres o te va a arañar... —advertí, pero Aldara lo tomó y Malo se acurrucó con ella.

—Me recuerda mucho a un gato que yo tuve...

Gato maldito, haciéndose el tierno con las mujeres.

Aldara llevó a Malo hasta el alojamiento, donde un buen hombre nos recibió a esas horas y nos dio cinco cuartos. Terminamos de secarnos junto a una chimenea y luego nos fuimos a dormir. Cuando Aldara dejó Malo en mi cuarto, éste volvió a caminar bien.

A la mañana siguiente decidimos comenzar el trayecto a Craster. Creggh iba a transportarnos parte del trayecto, pero su magia no era suficiente para llegar hasta allá de un salto.

Desayunamos y caminamos hasta las afueras del pueblo, donde Creggh haría el hechizo. Nos detuvimos a un lado del camino y, al igual que en Veringrad, un brillo salió de sus dedos, y todos los alrededores se desvanecieron.

Sin embargo, al abrir los ojos, no estaba en un camino ni tres metros sobre el suelo. Estaba acostado sobre algo duro, y tenía una manta encima. Sentí un golpe y hubo un pequeño estruendo, y entonces reconocí el sonido del trote de un caballo. Por pura coincidencia, habíamos aparecido en carretas en movimiento.

IV — ÍTALO

Caí sobre una carreta con Dalia. Sorprendentemente, el techo del vehículo resistió. La chica rebotó y casi cayó hacia las ruedas, pero la ayudé tendiéndole la mano. Se paró en el techo y giró la cabeza hacia atrás. Había una caravana inmensa de carretas.

—Dioses... ¿El hechizo salió mal de nuevo? —dijo.

—No... —contesté—. Estamos yendo hacia Craster, estoy seguro. Es época de carnaval.

Cada año se realizaban los carnavales de primavera por estas fechas. Eran famosos en todo el reino; los colores se volvían los protagonistas de la noche, la música y alegría se mostraban en las caras de la gente de la ciudad y de los extranjeros que recorrían muchos caminos para presenciar el espectáculo. Las sonrisas se ensanchaban al mismo tiempo que los días se volvían más largos. Recordaba, mientras me animaba, los festivales pasados, viviendo con mi primo Marco esos últimos años en los que la barba era una pelusilla que solo se afeitaba una vez por semana.

Recordaba como volvía locas a las chicas contándoles el origen de la familia, y mis historias sobre el castillo que iba a tener y tierras que se extenderían hasta el infinito. Contaba como mis familiares directos eran adorados, insuperables. Como mi primer ancestro había triunfado sobre el mal y se había convertido en una santidad. Las damas siempre se ruborizaban cuándo les confiaba que cuando rezaban, en parte, me rezaban a mí. Recordaba como Marco, a pesar de ser de la estirpe baja de la familia, se divertía e inventaba sus propias historias.

Las cosas habían cambiado bastante desde entonces. Llevaba mucho tiempo sin ver a Marco. Desde la sombra. Ya debía ser todo un hombre.

Delante de nosotros el conductor del carruaje nos miraba de reojo. Trataba de coordinar los músculos de la cara para formular alguna palabra. Dalia lo notó y trató de calmarlo.

—¡Señor! Nos llamamos Dalia e Ítalo —dijo, algo nerviosa—. Nuestro amigo realizó un hechizo... y terminamos acá... —Dalia rió, simpática—. Eh... y él es un del Valle.

Con esto último, el conductor giró completamente su cabeza. Corrí mi capucha, dejando ver mis marcas.

—Señor, me llamo Ítalo del Valle. Es... algo raro de explicar, pero ¿podemos permanecer acá el resto del viaje?

—S-Servir a un Del Valle siempre es un placer.

—Muchas gracias, ¿señor...?

El conductor giró su cabeza, fingiendo no haber oído mi pregunta sobre su nombre. También nos ignoró durante todo el viaje, solo girando la cabeza ocasionalmente para comprobar que todavía estábamos ahí. A veces mi apellido generaba reacciones... confusas.

No sabía cuán efectivo había sido el conjuro de Cregh, pero suponía que a paso de carruaje estaríamos en Craster en unas horas. Sin darme cuenta, tenía una gran sonrisa en mí. La ceniza de Laertes, el cuervo y el peso de la misión parecía haberse evaporado, aunque sea por un rato.

Revisamos las demás carreteras con la vista, buscando a los demás sin éxito. Nos pareció escuchar la voz de Lang. Confiaba en que los demás no estarían muy lejos.

El techo no era de lo más cómodo, pero sirvió para mantener una charla larga y agradable sobre todo y nada con Dalia. Nos reíamos, pensando que debajo de nuestros aposentos había gente escuchando todo.

El sol recorrió su camino como cada día, y todavía no llegábamos. Dalia decidió tomarse una siesta. El estar solo hizo al viaje más aburrido, y me llegó el hambre y la sed. Pero no era nada; tenía la seguridad de que iba a poder reabastecernos como quisiéramos cuando estuviéramos allí.

El sol se despedía en sus últimas llamas. En el horizonte vimos a la colorida Craster, viva y llamativa; parecía un reflejo contrario de Laertes.

La luna apareció en el cielo, brillando intensamente. Recién nacida, con un blanco puro. El sol se terminó de despedir, y nosotros casi pisábamos Craster.

Las puertas de la ciudad estaban abiertas; hasta los caminos alternos avanzaban en dirección al centro de la ciudad para no perder ni un segundo. Pensé en que la convocatoria sería menor por la crisis en Laertes, pero la decoración era todavía más colorida y alegre de lo que la recordaba. No había paleta que faltase, con pequeños hechizos de luces flotantes que danzaban al compás de la música. Banderines, disfraces, bebidas, comida. Estaba todo listo para otro carnaval en Craster.

La caravana paró, y la gente empezó a bajarse a toda velocidad, ansiosa. Los anfitriones recibían a los invitados con antifaces de varios motivos, colores y formas. Desperté a Dalia, y la ayuda a bajarse del carro. Tomé un par de antifaces y me puse el mío con rapidez, buscando revivir aquellas épocas. Dalia corría su cabeza y ponía su mano para pararme.

—Ítalo —se quejaba, mientras forcejeábamos con el antifaz.

—Es la tradición, no te preocupes.

—Ítalo.

—¿Ves? Ya está.

—¡Ítalo...! —dijo, en un tono extraño—. Creo que...

—Sí, todavía recuerdo que tenemos que buscar a los otros...

Entre la muchedumbre, Creggh había utilizado su magia para escribir nuestros nombres en el aire; era algo parecido a las luces flotantes que decoraban el ambiente. Tomé a Dalia de la mano y la llevé atrás mío.

—Ey, ey, ¡esperá, Ítalo...! ¡Ítalo!

Grité los nombres de nuestros compañeros. A pesar de la gente y la música, pudimos encontrar a los demás. Todos tenían su antifaz puesto; incluso el gato.

—Qué fiesta que se aproxima—nos saludó Cregg.

—No estoy tan segura —dijo Dalia, en un tono increíblemente tético.

Todos la miramos.

—Vi una pluma negra. Está acá. No podemos perder su rastro.

V— DALIA

—¿Qué te parece, Dalia? —me preguntó Ítalo. Frente a nosotros, la carretera hacía Craster levantaba polvo, y un cielo muy colorado nos cubría.

—¿Eh? —murmuré, distraída por el movimiento de la carreta—. Las cosas parecen estar mejor, ¿no?

—Sí... Casi parecería que sí. Las festividades van a levantarle el ánimo al grupo —pausó, y me miró a los ojos—. ¿Seguís pensando en volver a la capital?

Recordé que habíamos acordado llegar a Craster, al menos, antes de decidir si íbamos a volver. Apreté el puño.

—Habíamos ido a Laertes para ocuparnos del cuervo, Ítalo... Pero no pudimos arreglar nada.

—Ey... Nuestro encargo no es salvar gente. Solo viajar. No te sientas tan mal.

—Pero estoy segura de que también lo sentiste. Estuvimos los cinco frente a él, y nos derribó con un movimiento. Podríamos haber muerto, eso realmente fue así. —Bajé la voz, ahogándome en mis pensamientos— Nunca había estado en ese tipo de situación antes. Ítalo, apenas solía alejarme de mi casa.

—Dalia... —Ítalo parecía reticente a hablar, pero suspiró y lo hizo—. Sí, yo también tuve miedo. Pero vos tenés esa espada. Yo tengo las *anymas*. Dice algo sobre mí, un Del Valle; dice algo sobre mis capacidades. Y yo sé eso. Si no confías en vos misma, al menos confía en tu espada.

Sonreí perdidamente.

—Cuando decidí dejar mi casa, creía que Destino había querido que esta espada llegara a mí.

Tanteé sus bordes negros. El momento de silencio no duró demasiado.

—Destino siempre alcanza a todos —dijo Ítalo, repitiendo el dicho popular—. El cuervo dijo algo raro respecto a eso.

—¿Que habían escrito sobre nosotros en un “Antiguo Testamento,” ¿no? —dije—. Nunca había oído hablar de algo así en las clases de mi mamá.

—Yo tampoco lo conozco. —Ítalo se quedó pensativo, y gruñó—. Dijo que estaban trayendo a un *Deus*...

—Sí, tampoco vi esa raza en mi enciclopedia... —Levanté la cabeza hacia Ítalo—. El cuervo nos llamó de formas extrañas cuando estábamos en la oficina. Yo era un Caballero, y vos un Cazador.

—Debía estar loco. De cualquier manera, su *Deus* debe ser el demonio que tenemos que cazar.

—Seguro...

—¿Estuviste soñando con algo más? —preguntó de pronto. Me sobresalté, recordando mi sueño, y mi ánimo bajó aún más.

—Eh... No pude dormir mucho la otra noche... —balbuceé, insegura de hablar—. Vi a mis padres, y... algo parecía ir mal. En fin... —Eso no debía interesarle—.

—Entiendo —suspiró—. No voy a preguntar más.

—Vos podrías contar un poco sobre tu familia, para variar —dije, hablando sin pensarlo mucho. Solo estaba haciendo tiempo, mientras mis recuerdos volvían a ese sueño.

Wendagon me había dado sus habilidades para no estar tan alejada de mis padres durante mi viaje, pero solo parecía traerme malas noticias. Ningún sueño era preciso, solían componerse de un conjunto de sensaciones... Y estas solo habían sido oscuras. Había visto a mamá, comiendo sola. Papá no estaba por ningún lado, y todo estaba cubierto en sombras. Todo era sombrío.

Antes de poder ver más había despertado sobresaltada... como si mi cabeza no hubiera querido ver más.

—Sí, no estoy tan seguro de eso —respondió Ítalo; me devolvió a la realidad.

Bajé la mirada. No estaba segura de cómo continuar la conversación.

—Ey, ¿y qué hay de ayer? —dijo Ítalo—. En el campamento cerca del río.

—Ah... Sí, soñé algo ese día. Pero todavía no estoy segura de que fue, y quería esperar a enterarme de algo más antes de comentárselo a todos.

—Dalia, ¿qué viste?

—Una casa empedrada... Tuvo que ser la casa de Wendagon, estoy segura. —Ítalo pareció mostrarse interesado—. Pero las escaleras hacia arriba, hacia los cuartos, llevaban hacia una oscuridad. Como si no hubiera nada más allá. No sé. Adonde sea que miro, solo veo oscuridad.

Recordé que Wendagon había dicho que la sola existencia del demonio influenciaba todas las cosas en pos de la destrucción... Pero el cuervo había dicho que el demonio ni siquiera había despertado. ¿Y ya pasaban cosas como la crisis de Laertes?

Tragué saliva. No quería pensar en lo que mis sueños podían significar.

Ítalo pareció ver mi expresión, y cambió de tema hacia algo más alegre. Empezó a describirme Craster, y la tradición del carnaval. Como una versión en miniatura de nuestro mismo viaje, dejar de hablar de Laertes para hablar de Craster aligeró el ambiente, y pronto hasta llegamos a reír.

Ítalo no parecía el mismo cuando hablaba de la ciudad; sus ojos brillaban como si fuera alguien más joven.

—Por cierto, ¿creés que podrías enseñarme algo sobre cómo usar esto? —le pregunté, mostrándole mi espada.

—Bueno, yo solo sé del arco —rió—. ¿Esa espada es mágica, no? ¿No temés que alguien la robe?

—No pasa nada, su efecto solo me protege a mí. Creo que Wendagon me lo explico así... —Y hablamos durante algún tiempo más.

El cielo del atardecer llegó a su rojo más fuerte, y pronto se oscureció.

Seguía necesitando sueño, así que me hice una almohada con mi bolso y me acosté por unos minutos... Minutos que terminaron extendiéndose mucho más.

Tuve otro sueño. Un vidrio multicolor ocupaba todo mi rango de visión. Todo se encontraba borroso, las figuras mezclándose entre sí;

pero pronto un pie se puso sobre el vidrio, y más y más gente apareció. El vidrio eran luces; estaba habiendo una fiesta. La gente, que ahora era una multitud, iba y venía con antifaces; máscaras que resaltaban en sus cuerpos oscurecidos detrás de todas esas luces. Pero una máscara era oscura por sí misma. Un ser que era todo negro.

Caminaba entre todos los demás desapercibidos. Caminaba tranquilo, sin apuro.

Y el cuervo empezó a darse vuelta hacia mí.

Una mano me estaba zarandeando; era Ítalo. Noté que yo estaba llena de transpiración, mientras él me gritaba que ya debíamos bajar. Habíamos llegado a Craster. Intenté contarle mi sueño, que el cuervo debía estar en la ciudad, pero él solo me arrastró adentro de la ciudad. Nos puso un antifaz a los dos, y antes de que pudiera explicarle encontramos a los otros.

Todos habían llegado bien; Cregg estaba llamándonos escribiendo nuestros nombres en el suelo.

—¡Qué gran fiesta que se aproxima! —exclamó cuando nos acercamos. Debía decirlo ahora.

—No estoy tan segura... Esta acá. No podemos perder su rastro de nuevo.

—¿El cuervo? —preguntó Aldara.

Las caras de todos se oscurecieron, y bajaron la mirada. Lo del huggin era personal, estaba más que claro; debía serlo para todos.

—Ey, ¿pero por qué escribiste el nombre de Ítalo con su apellido...? —intercedió Lang, de repente—. Mejor movámonos de acá antes de que venga gente.

Efectivamente, ya toda una multitud se había formado; pero no era alrededor de nosotros, sino en toda la calle principal. Las carretas seguían llegando, y nosotros bloqueábamos el camino. Salimos como pudimos del lugar, haciéndonos paso entre la gente; habían muchos bichos entre los humanos, y noté especies de las que nunca había oído hablar.

Estaba sintiéndome un poco asustada, y sin darme cuenta acabe junto a Aldara. Pensé en saludarla, pero era imposible entre todo el

estruendo de la ciudad; en cambio, noté que una serie de alforjas de cuero colgaban de su cintura.

—Aldara, ¿eso...?

—Tienen... agua. Las conseguí en Valle Hondo. Pensé, ya sabés, que podía ser útil...

Quedé encantada. Recordaba esa magia que había hecho con el agua en Laertes; si esa era su especialidad, definitivamente era una buena idea.

—¡Bien pensado! —exclamé, embriagada por el ánimo de la ciudad, dándole una palmada en la espalda.

Aldara se sorprendió y cayó sobre otra persona, empujándola. Todo el grupo se detuvo.

—¡EH! ¿QUÉ HACÉS? —Exclamo la mole, mientras se giraba hacia nosotras. Las dos nos quedamos petrificadas.

Era un bicho. Verde, con dos metros de altura y el pecho al descubierto, inspiraba temor; su rostro parecía el de una rana y tenía dos cuernos enormes que sobresalían de su cabeza.

—¡Un troll! —susurró Lang.

—P-Perdón —mascullé, mientras alcanzaba mi espada. Aldara ya se había recompuesto, y su mano estaba sobre una de sus bolsas...

—¿PERDÓN? SE ME CAYERON TODOS MIS COBRES.

—¡Eh, anda para atrás, bicho! —exclamé.

—Ey, Dalia, no le digas bicho —dijo Cregh—. Tiene derecho a estar molesto.

—SUPONGO QUE... —empezó a decir el troll, pero levanto la cabeza y vio a Ítalo apuntándole con el arco. Se había corrido el antifaz para apuntar mejor—. EY, UN DEL VALLE...

—Ah, carajo —dijo Ítalo.

—SABEN, QUIZÁ DEBERÍAN DEVOLVERME TODO LO QUE SE ME CAYÓ, ¿NO? USTEDES TIENEN DE TODO.

—Eh, eh, ¡para atrás!

Y de repente, antes de que todo fuera a peor, Ítalo bajó su arma. Estaba mirando sorprendido hacia su derecha.

Una mano se apoyó sobre el troll.

—Bueno, bueno. Yo estaría feliz de pagar por todo.

—¿EH? MMM... SUPONGO QUE POR MÍ ESTÁ BIEN; BIEN.

—Perfecto.

A los pocos minutos, el troll se estaba yendo por la dirección contraria. El hombre se quedó en el lugar y nos miró a todos.

—Tanto tiempo, Marco —dijo Ítalo.

—Tanto tiempo —respondió él. Paseo otra vez la mirada por nuestro grupo—. Por cierto... ¿Qué estás haciendo viajando con el tipo que quemó un pueblo...?

El tal Marco estaba mirando a Cregh. El mago bufó... a la vez que esa persona que parecía ser amigo de un del Valle nos invitaba a acompañarlo a su casa.

VI— CREGH

No había nada mejor que las noches así. No visitaba Craster desde mi accidente con el fuego; pero la ciudad no me había olvidado. Mientras caminábamos a la casa del primo de Ítalo, Dalia se me acercó.

—¿Quemaste un pueblo?

—No —declaré. El vagabundo también se unió.

—Pero aquel tipo dijo...

—Quiero decir, solo fueron un par de edificios y uno estaba abandonado. La verdad es que no fue la gran cosa...

—Quemaste una posada —dijo el tal Marco, de pronto—. Y no hubiese sido gran cosa si no hubiese estado al lado de un almacén de cervezas, totalmente cargado para el festival de esas fechas... Y si no hubiese estado en medio del pueblo. Y como si eso no hubiese sido suficiente, quemaste una granja en construcción mientras tratabas de demostrarles a los oficiales que todo había sido un accidente. Si no recuerdo mal, la única razón por la que no estás preso es porque la universidad de Silis no podía dejar que mancharas el nombre de su institución.

Exhalé un largo suspiro. Vaya que sí lo recordaba bien.

—Bueno, al menos no murió nadie —dije—. No cualquiera puede quemar un pueblo y no matar a nadie.

—Eso fue porque todos estaban en la ceremonia de la llegada del rey. De todas maneras, un anciano murió en la semana siguiente por todo el humo que tragó ese día. Ese año arruinaste el festival. Hay cosas que no puedes quitarle a una persona, y esas son las fiestas y el alcohol. Vos lograste quitar ambas en un solo día —dijo Marco sacudiendo la cabeza.

Pronto llegamos a la casa de Marco, aunque esa palabra quedaba corta. Era como una mansión. A pesar de alejarnos del centro de la

ciudad aún se podía escuchar la música y la celebración. El mismo Marco tenía una fiesta en su propiedad; su patio estaba repleto de gente. El grupo subió hasta un cuarto en el segundo piso, mientras Ítalo y su primo hablaban a solas. Volvieron tras unos momentos.

—Estamos buscando un cuervo en la ciudad —dijo Dalia.

—Les va a ser imposible esta noche —dijo Marco—. Mejor esperen a mañana. Pero siéntanse como en casa, si viajan con Ítalo son básicamente de la familia.

Marco salió de la habitación, Ítalo lo siguió.

—Disfruten del lugar —nos dijo, y se fue.

—Aunque no podamos buscar al cuervo, por lo menos deberíamos estar ahí afuera, en la ciudad, por si vemos algo —dijo Dalia. Todos estuvimos de acuerdo.

Mientras salíamos, vi un sirviente particular. Llevaba una bandeja con copas de Agua de pantano. El líquido verde parecía brillar, llamándome. Lang tomó una copa, la olió y me la dio, con cara de repulsión.

—No... yo no...

—Cregh, hace lo que quieras con ella. El pis de Malo huele mejor.

Un trago no iba a hacerme mal. Además, si íbamos al festival iba a necesitarlo.

Decidí llevar un par más para el camino.

Desperté en un charco de lodo. Desde el suelo podía ver la casa de Marco a la distancia. Cuando traté de levantarme, algo saltó de mi espalda; el gato de Lang. Me levanté y noté que mi franela y pantalón habían sido reemplazados por un vestido verde con flores. De corte corto, de paso. El gato se acercó a mí, y orinó en mis pies. Pude ver que tenía la cola quemada.

—Oh. No de nuevo —dije.

VII — MALO

Mi dueño y su grupo caminaban entre la celebración. Al principio pensaba que mi dueño respondía a Allegro, pero me di cuenta que era distinto cada vez que le preguntaban. No me importaba. Yo simplemente era yo, no “Malo”.

—Necesito un baño —me decía. El resto no llegaba a escuchar—. Cuando Cregh nos transportó yo aparecí adentro de un equipaje y no podía moverme... No es que nadie me haya preguntado. Pero alegre, Malo. Gente y criaturas de todos lados vienen a celebrar el inicio de la primavera. Los agricultores preparan los campos para la futura cosecha, los artesanos hacen máscaras y juegos, los niños aprenden a hacer dulces y todo el mundo es más feliz. Por estos días también ocurrió la fundación de Craster por Sir Lorian Frigio hace doscientos años, así que la diversión se duplica.

—Ya me lo habías dicho la última vez—maullé.

—Es que me encanta la historia.

A mí no me parecía nada divertido todo eso. Había demasiada gente y más de un idiota me pisaba la cola. Lo hubieran lamentado si no fuera porque mi dueño me estaba vigilando. Pero yo también tenía que vigilarlo: no debía tomar nada. Una vez había tenido un trago y al día siguiente no había podido moverse por el dolor de cabeza. ¡Por un trago! Mi dueño no podía ni oler alcohol sin enfermarse. No como yo, que era un minino tan resistente.

Para variar, mi dueño me compró un antifaz de perro. Había exigido uno de tigre o de león, pero me dijo que fuera realista. ¡Que fuera realista! ¡Había devorado criaturas más grandes que él!

Las chicas se acercaron a un puesto de cervezas, y Lang las siguió.

—¡Ey, alejate del alcohol! —le ordené—. Hay trabajo que hacer.

—Lang, tu gato no para de maullar —dijo la chica pelirroja—. Creo que quiere algo.

—Esperá un momento. Seguro quiere esto —dijo mi dueño, mientras se compraba una taza de cerveza para él y otra pequeña para mí.

—Bien, traté de advertirte —gruñí—. Al diablo con todo esto, yo me voy de acá.

Pero antes me acepté mi cerveza.

Me dirigí de vuelta a la casa de recién. Quizá su patio tenía algunos pájaros para cazar. Pero para sorpresa mía, en el camino sentí el olor de un pájaro grandote. Era el olor del cuervo de Laertes. La chica de la espada tenía razón; estaba por acá. Ya tenía cena para esa noche.

Seguí el olor por las calles. Me fui acercando más y más al centro de la ciudad, hasta que hubo demasiada gente para seguir el olor. Excelente.

Pero, ¿y qué? A mí no me habían dado esa misión. Yo debía estar buscando dos gatitas hermanas para pasar la noche, una blanca y otra negra, y quizás otra más de tres colores para tener variedad. Pero considerando que el cuervo casi había acabado con todos, parecía ser el único competente para hacerle frente.

Me adentré en la multitud y me encontré con la chica a la que le gustaba cargarme, la que tenía el gran potencial. Siempre lo había dicho: la genialidad se desperdiciaba en los humanos. Pero podía servirme. Me paré frente a ella.

—Ey, nena. Soy tierno. Levantame —ordené, y estiré mis patitas delanteras. Ella sonrió y me levantó.

Empezamos a caminar entre la gente, y usé la altura para buscar mejor.

—Me recordás mucho a mi gatito Sissel... —balbuceó. Ay, no, era de esta gente que le contaba su vida a los gatos. Miré al frente, buscando al cuervo mientras la niña hablaba sobre su gato. En fin, llegó un momento en que no hablo más. La miré y se veía triste, con los ojos brillantes. Ah, demonios.

Me acurruqué entre sus brazos y le ronroneé. Eso pareció animarla. Al menos estaba sonriendo. Entones me subí a sus hombros para ver de más alto.

—Ey, ¿qué hacés? —dijo ella, mientras esforzaba mis ojos. Pero había demasiadas criaturas. Necesitaba subir más.

Vi a un sujeto alto pasando frente a un estante de comida. Ese era el momento.

—¡Malo! —exclamó ella, cuando salté a los hombros del sujeto y de ahí al techo del estante. Llegué a duras penas, y lancé algo de paja sobre la comida. Sin preocuparme, subí hasta los techos.

Ahí arriba no había luces, solo sombras. Ese era mi reino.

Ahora podía verlo todo. Empecé a correr por los techos, viendo muchas cosas. Entre ellas al mago del grupo de mi dueño, que... ¿andaba sin pantalones? Pero no todo fue en vano. Estaba saltando entre dos edificios cuando miré hacia abajo, y la sorpresa me hizo caer contra un puesto de comida y rebotar hasta el suelo. Tenía que ser él. El cuervo.

Se encontraba caminando a paso lento, sin apuro. Era el mismo olor. Esta era mi oportunidad. Me acerqué sigilosamente, salté hasta su espalda y empecé a correr hacia su cuello.

El cuervo se empezó a agitar, pero yo me aferré y traté de sacarle un pedazo. Pero su carne era más dura de lo esperada. Al final me alcanzó y me lanzó al suelo, dándose vuelta.

—¿Qué? ¿Un gato...? —murmuró, mientras yo me levantaba adolorido.

Miré alrededor, como esperando ver a los demás, pero andaba solo. Solo me quedaba volver a atacar. Apenas salté de nuevo, el cuervo me golpeó. Logré enterrarle mis garras en la mano, pero me lanzó por los aires una vez más. Caí de pie y volvía arremeter, pero él se dio vuelta y empezó a correr. *Las aves les temen a los gatos*, pensé.

Pero solo me estaba alejando de la multitud. Lo seguí hasta una calle vacía, y entonces se giró. Salté para atacarlo, pero me atrapó en el aire y me arrojó al suelo. Antes de poder levantarme, puso su pie sobre mi estómago y me aplastó con todo su peso.

—Ya fue suficiente, gato maldito.

Metió una mano en un bolso, sacó un puñado de polvo y me lo arrojó. Se alejó de mí a la vez que me empezaba a picar el cuerpo y la garganta, como si me estuviera quemando... y parecía expandirse. El cuervo sonreía cruelmente. El ardor me llegó a la nariz.

Estornudé dos veces y me sacudí el polvo del cuerpo. La sensación desapareció. Había comido ajíes más fuertes. El cuervo me miró unos momentos.

—Esto es magia, ¿Cómo es que no te afecta?

Me pateó y volvió a correr. Traté de levantarme y seguirle el paso, pero mi cuerpo dolía demasiado. Decidí seguirlo por los techos, pero en cuanto pisé un estante de comida éste cedió y caí al suelo. Esa no era mi noche.

Abrí los ojos y noté que todo estaba en llamas. Había caído en un puesto de alcohol, mierda. Me esforcé por levantarme hasta que una tabla se cayó sobre mi cola, y me alejé de ahí de un salto. El fuego se estaba extendiendo a los otros puestos. ¿Qué idiota había prendido fuego en un puesto de alcohol?

Ya no podía hacer mucho más que arrastrar mi cuerpo. Quería encontrarme con la chica a la que le gustaba cargarme, pero no sucedió. Tuve que volver hasta la mansión, y al final me tiré a descansar sobre un montón de ropa.

Estúpido cuervo... Mientras me acurrucaba, enterré mis garritas sobre la ropa una y otra vez.

VIII — ÍTALO

La *sombra* no estaba llamando hoy. Y puede que la razón estuviera parada frente a mí.

Le tendí la mano a mi primo y él la tomó con gusto. Ambos sabíamos que eso era como un abrazo. Lo miré bien. No recordaba cuánto tiempo había pasado... Pero esa ciudad era mi segundo hogar. Una buena parte de mi pubertad estaba ahí, junto a Marco. Habíamos pasado por muchos errores juntos, y los podíamos recordar en nuestras sonrisas de nostalgia. Y ahora me lo encontraba vistiendo de tan buena manera.

—Lo mío es una larga historia...No tan larga como trágica — dije—. Ey, ¿y qué hay de vos?

—Supongo que podría decir que las cosas están bastante bien — rió—. No puedo quejarme. Pero quiero saber todos los detalles de tu pequeña aventura, y también más de esto. —Me señaló el ojo derecho.

Yo quería hablar de esa época mejor; cuando los días eran más brillantes. Pero Marco no iba a tocar el tema; no sin alguna botella de alcohol de por medio. La noche era joven, nuestras gargantas estaban secas y las luces seguirían encendidas por mucho tiempo.

Me hubiera gustado que Marco siguiera en su casa de aquellos tiempos, la casa de sus padres. La casa de familia donde pasé mi estadía, sin lujos y con pocas ventanas. Pero había comida caliente, servida en platos limpiados con esfuerzo. El tío sentado en su sillón, contándonos historias sobre él y mi padre. Noches oscuras en las afueras, mirando la luna cambiar de ciclo. Experimentar el amor por primera vez, tener miedo, estallar de felicidad, de inestabilidad. Vivir.

Ahora la casa de Marco era una lujosa mansión. Una chica se acercó a Marco y lo besó. Le dijo algo al oído y se fue rápidamente. Sonreí. Sería bueno relajarse y pasarla bien, aunque fuera por una noche. Hasta que vi el fuego bajo una chimenea.

Desde que la sombra había comenzado a aparecer me había empezado a gustar estar frente a una llama. Podía pasar horas mirando el fuego consumiendo las leñas... me gustaban las cosas que estaban en movimiento. Como los ojos de Aldara. Tras el impacto de encontrarme con ese cuervo me sentía como dos seres en un solo cuerpo. Era una sensación conocida. Me traía recuerdos... Lo que sentía por mi familia era como una caja fría y dura, y por eso mismo indestructible. Pero esta caja siempre se comprimía sobre mí, poco a poco. Cada pensamiento que pasaba por mi cabeza la hacía más y más chica, hasta que ni siquiera podía gritar. Ni siquiera podía escapar.

Fuimos hasta la cocina, donde tenía una pequeña barra con una envidiable colección. Había olvidado cuanto disfrutaba tomar mi primo.

—¿Sabés? —dijo, entre risas—. Casi te pregunto qué vaso querías.

—El más grande, naturalmente. —Reí a mi vez.

Marco sacó una botella de Crystalina de calidad altísima, y sirvió dos vasos hasta el tope. Mostraba mucha destreza.

—Que los dioses bendigan éste trago —musité.

Marco se quedó parado del otro lado de la barra, mirándome algo extrañado. Luego sonrió y levantó su copa.

—¡Salud! ¡Hale, del Valle!

—¡Hale, del Valle! —repetí.

Chocamos nuestras copas y éstas se vaciaron rápidamente; largamos unas ruidosas carcajadas.

—Bueno... —dijo entonces, recuperándose un poco—. No tendría dudas de que venís a revivir viejos tiempos, pero viendo esa *anyma* en tu ojo... ¿Qué te trae por acá, primo?

—Tengo veintiuno, sí... Tengo la *corona de la gloria*. Podes imaginar que es lo que voy a buscar para mi prueba.

—Claro... La última piedra del Oeste. —Paró un segundo y me miró a los ojos. En realidad, solo al derecho—. Eso queda en algún lugar de la costa, ¿no? Pero solo es un mito.

—Es difícil. Todo cambió desde que volví a Veringrad. Comencé a sentir algo creciendo dentro de mí. Algo feo, que intenté ignorar, pero solo logré dejarlo crecer. Traté de ocultarlo, negarlo, pero era una parte de mí y ahora está conmigo.

Marco me escuchaba con seriedad. Tomó un sorbo de su copa.

—Mmm... ¿Y esa gente? No es típico de vos, el trabajar en equipo.

—Es que... Hay...

—Algo más. Lo sabía. —Sonrió cuando terminó la oración por mí y se mantuvo en silencio por unos momentos; al final no podía pasar por ese pueblo solo por mi primo—. Qué poco cambiamos.

Una pulsación oscura me recorrió de pies a cabeza.

A pesar de que solo habían pasado un par de años, no me sentía como ese crío que una vez jugó con Marco. Sentía que había sido otra persona, otro Ítalo. Traté de simular una sonrisa.

Ya no éramos los mismos, pero tampoco habíamos cambiado. No quería mentirle en nada. Tal vez esa reticencia solo era el no querer pasar una noche descomprimiendo mis sentimientos, sentimientos que no entendía. Tal vez era no querer borrar la sonrisa de su cara. Tal vez eran las ganas de terminar la botella de Crystalina y olvidar la sombra, Elderan, al cuervo y a mi apellido.

Tomé el vaso y le di un buen trago.

—Esto... es algo complicado. Recibí una carta de un señor de tierras. La recibí cuando estaba por partir para Havenstad, o al menos cuando estaba planeando empezar a buscar la piedra. Mamá me estaba ayudando con los libros, las referencias, la historia y esto —señalé hacía mis marcas—. Pero la carta prometía un buen dinero, y... simplemente no podía negarme. A éste viaje, junto a otros cuatro potenciales incompetentes.

—Por eso andas con ese mago de semejantes rumores —me interrumpió. Yo asentí.

—No tengo todas las cosas claras, pero buscamos cazar a una especie extraña que está despertando en el Oeste.

Y empecé a contar. Los detalles eran precisos, estaban pegados en mi mente; todo era vívido a partir del momento en que abandonamos al viejo. Mis ojos se cerraron y todo mi cuerpo se concentró en las palabras. Parecía recordar cada mirada, cada suspiro desde ese día. Cada detalle, que Marco escuchaba con atención. Sin embargo, cuando llegué al sueño de Dalia al entrar en la ciudad estaba bastante más mareado de lo que creía. También noté que la mirada de mi primo era seria, pero un tanto somnolienta.

Marco levantó la botella de Crystalina, en el ocaso de su existencia, cumpliendo con su cometido de emborracharnos con la mejor calidad. Comenzó a reírse, y vació el resto de la botella en nuestros vasos.

—¡A atrapar al cuervo! —exclamó, apuntando la botella hacia el cielo—. ¡*Hale, del Valle!*

Se paró, y empezó a correr afuera de la casa. Traté de seguirlo, pero mi estado no parecía ser mejor que el suyo.

Anduve tras él, corriendo a la gente gentilmente. Podía escucharlo a lo lejos, todavía gritando nuestro apellido.

Perdí su rastro entre carcajadas, y quedé perdido en la muchedumbre de gente.

Las luces daban vida al lugar, rechazando que fuera de noche y bailando al compás de la música por mi mareo. La gente también danzaba y se movía, feliz. No dejaba de pensar lo extraña que era Laertes en comparación a eso. Dos ciudades similares hechas antónimas por culpa del Oeste. Busqué una pared para apoyarme, donde esperar a que el alcohol y su hermoso efecto desaparezcán. Quería evitar que me usaran de pista de baile.

Apoyé mi espalda contra el ladrillo, y me resbalé lentamente hasta quedar sentado. Miraba hacia los brillos confundido, con todo aun bailando. El sonido se fue perdiendo en mi cabeza, la visión haciéndose cada vez más oscura. La gente se convertía en una masa, y se unían y separaban constantemente. Poco a poco la oscuridad llegaba al centro. Traté de mantener la cabeza erguida, pero mi cuello cedió y me encontré en una posición demasiada cómoda como para negarme a ella. Cerré los ojos. Un calor en mi pecho se extendió hasta mi cara, y recuerdo sonreír justo antes de dormir.

IX — LI

Tras separarme de Aldara, Dalia y Malo decidí juntar dinero. Todavía teníamos las provisiones de Wendagon, pero era un impulso en mí. Había pasado demasiado tiempo sin un trabajo, y quería poseer algo que fuera mío por derecho. En un festival con tantos puestos era probable que hubiera más de una manera.

Me acerqué a la fuente de los sonidos por mera curiosidad: podía reconocer los disparos de un revólver. Se trataba de un puesto de juegos que se extendía con varios objetivos de tiro. Uno usaba un revólver encadenado para derribar los objetivos. Al parecer, el cliente nunca había sostenido un arma en su vida. Apenas logró darle a tres de los objetivos; uno a los cuales ni siquiera estaba intentando dar. Dejó el arma sobre el estante y se fue, mientras un anciano volvía a poner los objetivos en su lugar. Esa era mi oportunidad.

—Yo quiero intentarlo —dije al hombre tras el estante. Se veía que era anciano, y la barba le llegaba hasta el pecho.

—Son diez cobres, hijo. —Saqué los cobres de mi bolso con dolor. Cargó el revólver y me lo entregó—. Tenes que darle a los objetivos.

—Algo así esperaba. —El viejo se hizo a un lado, y apunté al objetivo que estaba más cerca. Pero la bala no golpeó el objetivo. Intenté una vez más y di en una de las paredes.

—Las balas salen desviadas —reclamé.

—Así son los revólveres reales —dijo el viejo.

—Así no se puede hacer nada.

Dejé el revólver malo y saqué mi propia arma. En quince segundos gasté sus cartuchos, sin fallar ni un solo tiro. Sonaban más fuertes, con más precisión. Cuando quité los ojos del arma, toda la gente a mí alrededor se había cubierto detrás de algo.

—Ah... Es peligroso usar balas reales —dijo el viejo. Tenía razón, en realidad. Decidí dejar el juego, y el hombre me devolvió cinco co-bres. Me giré para irme, pero una persona me hizo detenerme.

—Veo que tenés un arma real. ¿Querés hacer una apuesta? —Una capucha no me dejaba verle la cara bien, pero era un humano. Parecía ser más joven que yo. No me inspiró peligro, sino intriga.

—¿Qué tipo de apuesta? —Mi compañero sonrió.

—El que le dé a la mayor cantidad de objetivos, gana.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Vos dirás —dijo. Así que tenía confianza en sí mismo. Eso iba a ser interesante.

—Bueno... un rorintio más el costo del juego. —Ahora yo también sonreía; no parecía que fuera a ser fácil. El tipo asintió y reveló un revolver.

El viejo puso los objetivos en su lugar y corrió a esconderse. El encapuchado se puso en posición, apuntó por unos momentos y comenzó a disparar en rápida sucesión. Recargó dos veces, y terminó dando a diecinueve de los veinte objetivos.

—Tu turno —dijo, haciéndose a un lado. Santa puta, ese tipo era bueno.

Esperé a que los blancos estuvieran en su lugar y disparé. Mi revolver cargaba ocho balas, pero tenía que cargar cada una a mano. Me demoré un poco más en terminar, y frustrantemente fallé con el objetivo más lejano. Diecinueve de veinte.

—¿Segunda ronda?—pregunté.

El encapuchado tomo posición y esperó a que los objetivos estuvieran listos. Veinte de veinte, aunque esa vez se había tomado un tiempo para apuntar. Estaba en problemas.

Tomé mi revolver, algo nervioso, y decidí que también me tomaría más tiempo. Pero esto solo pareció hacerlo todo peor, y di justo en el borde a uno de los objetivos. Cuando fui a recargar, noté que no tenía suficientes balas.

—Uh, me van a faltar ocho.

El encapuchado se metió la mano dentro de la túnica. Esperaba que fuera a darme balas, pero en vez de eso me pasó otro revolver.

—¿Tenes dos?—pregunté, impresionado.

—Uno para cada mano.

Sorprendido, tomé su revólver, apunté con cuidado y disparé. Sus balas parecían tener un poco menos de fuerza, pero no era nada que no pudiera compensar.

Le di a un objetivo dos veces. Recargué con las balas que me dio el encapuchado. Supuse que si nos quedábamos sin balas terminaría como empate... Mientras pensaba en eso, disparé dos veces y empecé a sentirme mareado.

—Vaya... —Me apoyé con un brazo en la mesa, y esperé un momento. Se pasó un poco. Disparé otra vez; ya solo quedaban tres objetivos.

Disparé una vez más, y fallé.

¿Que fue eso? Me pregunté. El alcohol no me estaba haciendo un buen efecto.

Le devolví el revólver al encapuchado. No había nada que decir. Él sonrió como bobo mientras le daba cien monedas, y veinte al anciano.

—Fue un buen juego —dije, cuando le extendí la mano. El encapuchado me miro extrañado, y la estrechó.

—Supongo que sí. Me llamo Isaac, por cierto. Gracias por el juego.

Se guardó los dos revólveres bajo la túnica y se fue. Vaya... Pero ahora tenía que comprar más balas.

Me dirigí a la plaza de Craster, y gané cincuenta rorintios en los distintos juegos, pero luego los mareos volvieron. La borrachera me poseyó, y terminé apostándolo todo. Poco después, estaba igual que como había empezado, y colapsé en un callejón. No podía culpar a nadie más que a mí mismo.

X — DALIA

Era el festival de Craster en toda su plenitud. Aldara y yo empezamos a andar por ahí, entre inquietas y embriagadas por la emoción. Había muchos bichos, que recortados en la oscuridad parecían pesadillas grotescas y coloridas; todo era exótico. A pesar de todo, los humanos eran la mayoría, y la calle tenía suficiente espacio como para estar cómoda. Con todo, nunca había dejado mis cosas; mi arma. Solo como precaución.

Cregh se había ido por su cuenta bastante pronto, luego de que nos despidiéramos de Ítalo y su primo.

Marco parecía buen tipo; un poco frenético, es solo que estaba más acostumbrado a la vida de la ciudad. Tomar y salir debían ser cosas comunes para él. Me pareció un amigo extraño para el callado de Ítalo, y reí mientras me los imaginé creciendo juntos.

Todos estaban tomando mucho, con las bebidas gratuitas que repartían en medio de las danzas por la calle y las luces flotantes. Pensé que no estaría mal. Apenas tenía chances así en casa...

Y no quiero dormir, pensé en mi tercer vaso. No pienso dormir, no quiero volver a dormir. Y, ¡*Dalia!* Escucho que me están llamando. ¿A dónde había ido Aldara? Nos habíamos separado de Lang después de que nos consiguiera cervezas a los tres, para llenarnos el paladar de “bebidas para humano”, como las llamo él, en vez de eso que había agarrado Cregh... Pero, ¿quién me llamaba? No había digerido bien el alcohol.

Me chasquéé la cara, forzándome a entrar en razón. Si todos nos emborrachábamos el huginn podría estar en cualquier lugar. Esa oración no tiene sentido, pensé levemente molesta. Entonces Marco me puso una mano en el hombro.

—Eh, ¡*Dalia!* —me saludó.

—Ah, ¿Í-Ítalo nos presentó? —Marco asintió varias veces—. Dioses, ¿te contó cosas? —Esto lo hizo reír.

—Sí, ¿eso es un problema?

—No... ¿perdón? Solo estoy pensando en voz alta.

—Está bien. Vamos. Estamos entrando en la madrugada y el festival acaba de empezar.

Marco me tomaba de los hombros, apurando nuestro paso por entre las calles de paredones altos. Donde sea que estuviéramos podía oírse música, como un remolino en el que todo se mezclaba. Pero entonces me zafé de sus manos, y me di vuelta con firmeza.

—¡Bueno... esperá! Estamos en la ciudad por una razón, no para ir dando vueltas.

—Sí, sí... Para viajar al puerto, ¿no? —dudé, insegura de si debía confirmar eso—. No pasa nada. Y quieren matar a un bicho, ¿correcto?

—Matar a un huginn —mascullé. ¿Qué tan borracho estaba Marco? Y se me escapó—: ¿Estas borracho?

Marco soltó una carcajada.

—Vos no habrás tomado, pero éste ambiente sacude a cualquiera. Vamos, vamos, ¿dónde está la otra chica que venía con ustedes...?

Ya estaba arrastrándome de nuevo. Tanto correteó me estaba aca-lorando, pero él se veía bastante bien, para las ropas que llevaba. Buenas prendas. Intenté no separar mi mente del huginn, de centrarme en mi espada y lo que significaba...Recordé las palabras de Ítalo. “Si no confías en vos misma, al menos confía en tu espada.” En lo que significaba. Era una responsabilidad hacía mí, una responsabilidad hacía mis padres.

Pero mi cabeza continúo interrumpiéndose, alzando argumentos. ¿Realmente pensaba poder encontrar a un cuervo a esas horas, con toda esa gente? ¿O solo trataba de convencerme de que no quería divertirme?

—Por favor, Marco, vos tenes una buena posición acá, ¿no? ¿No escuchaste nada de un recién llegado extraño, o...?

—¿¿Qué?! —me gritó, pasando de estar atrás mío a correr adelante. A la distancia podía verse a Aldara—. ¡Pero si no para de llegar gente extraña! ¡Es el festival! —Su voz comenzaba a perderse, entre risas.

Sentí que me faltaba el aire. Me arrimé a Aldara, y de pronto los tres empezamos a andar. Ella nos contó como acababa de ver a Malo...

—¿Quién es Malo? —preguntó Marco—. ¿Eh? Por cierto, van a ayudar a Ítalo con su pasaje, ¿no?

—¿Qué cosa? —dijo Aldara, mientras Marco nos acercaba dos copas.

Recorrimos varios negocios, y presenciamos varias demostraciones públicas. En un momento acabamos en el medio de una calle, con lo que parecían cocodrilos gigantes bailando alrededor. Recuerdos de la enciclopedia de mi mamá aparecían en mi mente a la vez que todo saltaba a mí alrededor. Entonces me giré hacia Aldara, y la encontré haciendo mover un hilo de agua de una de sus alforjas... Levantándola hasta dejarla flotando entre sus manos, lentamente. Creía oír aplausos. Entonces el alcohol pareció hacerle efecto a Aldara, que se sacudió por un instante, y el hilo de agua explotó en todas direcciones. Más bien, por sobre toda mi ropa. Ella parecía sorprendida, como tonta, y se me quedó mirando un rato al borde de la risa. Le pidió a Marco que nos disculpara un momento, y me llevó al lado de la calle.

Necesitaba silencio. Había tanta gente que nadie te veía, pero no era suficiente. Quería correr hasta salir del pueblo, hasta volver a casa. Aldara, sin embargo, solo me hizo sentarme en un banco ahí mismo.

—Disculpa por lo de tu ropa —habló.

La miré en silencio. El agua me daba frío, pero estaba muy cansada como para temblar.

—Eh... te pegó el alcohol, ¿eh? —balbuceé. Aldara sonrió.

—Sí, supongo... —dijo, y rompí a llorar.

Lloraba sin ruido, pero sin atinar a parar. Lloraba por los ojos y la nariz, como una nena. Sin darme cuenta me revolvía el pelo, como solía hacer cuando estaba confundida; todo como una nena.

—Dalia, ¿qué pasa? —Aldara estaba preocupada. Tenía una mano en mi espalda.

Entonces llegué a calmarme un poco. Había quitado mi espada de mi cinturón, y repasaba sus bordes negros con mi mano izquierda. Sin embargo, no parecía hacerme sentir mejor; no esta vez.

—¿Cómo puedo divertirme cuando papá ni siquiera puede levantarse de la cama? —dije, con los ojos cerrados.

—Em... —Aldara hizo silencio por unos momentos. Quizá no sabía cómo responder—. Vamos... vamos. Vos tenés derecho.

Sí. Ya me había calmado un poco. Pero ¿qué era eso? Las lágrimas caían. La verdad era la verdad. Mis sueños también decían verdades. Entonces no quería dormir. Quería estar lejos de la verdad... Incluso a pesar de que todo eso me había dejado la cabeza pesada. Hubiera podido dormirme en ese mismo banco.

Aldara me veía intentando mantener la cabeza levantada.

—¿A quién le pegó el alcohol ahora?

Sonreí. Me saqué el antifaz, que hacía que las lágrimas picasen.

—Solo son las emociones del día —dijo Aldara—. Vamos, lo más sensato sería ir a dormir.

—Um... no... Creo que yo estoy bien. Quiero seguir durante el resto de la fiesta.

Aldara suspiró.

—¿Por qué...? Mirá como estas.

—Así es mejor. Para olvidarme de todo.

Y ella no respondió nada.

Nos reunimos con Marco, que no hizo preguntas. Estaba incluso más borracho que antes, pero a nosotras nos pareció bien. Nos llevó por la ciudad, pensando en mostrarnos todos los edificios grandes donde se celebraban espectáculos elaborados. Pero no teníamos tanta energía, y le pedimos que eligiera un lugar para quedarse a ver.

En el camino nos encontramos con Lang:

—¿Cómo les va? —saludó.

—¿Aun despierto? —preguntó Aldara.

—Sí... bueno, estaba por volver a la casa de ese Marco... Ah, está por allá. —Lang saludó con la mano al primo de Ítalo, y siguió hablando—. Además, creo que Creggh andaba borracho por la casa. Tendría que ir a revisar; juro que le hago pagar todo con su ocató si llega a quemar algo. Entonces, ¿va todo bien?

—No sé... la verdad —dije.

—Sí, ¿no? Éste festival es tan grande... —Lang se rascó la oreja, detrás un antifaz de zorro—. Comparado a lo que era Laertes... Cuando la temperatura cambia tan bruscamente de frío a cálido uno tiende a resfriarse, ¿entienden lo que quiero decir?

—Em... Un poco—dijo Aldara. Lang rió.

—Bueno, mejor voy yendo.

Lo saludamos con las manos hasta que desapareció de nuestra vista. Si hubiéramos sabido que íbamos a necesitar su ayuda pronto...

Marco terminó de guiarnos hasta el espectáculo, donde nos quedamos sentados los tres. Observamos la danza y la música, al parecer solo de humanos, y así pasaron las horas. Pasaron hasta al amanecer.

Entonces sucedió la tragedia. Por supuesto. Porque la llevábamos a donde fuera que nosotros íbamos; la traíamos con nosotros.

XI — ÍTALO

Sentí los primeros rayos del sol sobre mí. Por un momento no entendí nada, ¿por qué estaba en la calle? Mi cabeza daba vueltas, vueltas que trataban de decirme algo. Moría por un vaso de agua. Me incorporé, sintiendo dolor en lugares que no sabía que existían. La Crystalina debía seguir en mi cuerpo, y probablemente faltaba un buen rato para que dejara de ser así. *Realmente es una bebida divina*, pensé. Otras personas acompañadas por el alcohol descansaban en las calles, con algunos pocos despertándose.

Caminé hacia donde creía que estaba la casa de Marco, con la cabeza perdida en algún lugar. Pequeños recuerdos venían a mí, atacando mi debilitada razón. Despacio, muy despacio comencé a atar los hechos de la noche pasada. Esta mañana me había despertado intranquilo. Algo había pasado... algo. Y no era bueno, definitivamente no. Los pensamientos y recuerdos se volvieron cada vez más turbios, cada segundo que pasaba era más y más difícil concentrarme. Apenas tenía recuerdos claros, por lo que solo era un augurio; una corazonada oscura.

Una leve brisa trajo todas las respuestas. Era un hedor inconfundible, unos sonidos que no encajaban. Cosas que rompían con la paz común de Craster. Aceleré mi paso torpe, recuperando mi equilibrio de a poco y corriendo en cuanto mi cuerpo lo permitió. Los sonidos y el hedor se hacían más intensos, pero no podía encontrar su origen. Las calles de la ciudad se dividían y dividían en más calles. Elegí seguir por el camino de la izquierda, que era el que tenía más sombra. Pude agudizar el oído lo suficiente para descifrar de qué se trataban los sonidos: revólveres. ¿Acaso sería Lang? Traté de correr más rápido, pero mi cuerpo no soportó un esfuerzo así en mi estado. Paré unos segundos a regañadientes, y se tornaron eternos. No podía permitirme descansar. La sangre se olía en el aire, igual que en Laertes.

No pudimos buscar al cuervo; él nos había encontrado. Seguí corriendo en línea recta, siguiendo a mis sentidos.

El revólver sonó de nuevo. Era uno solo... Y parecía el calibre que solía usar mi hermano. A pesar de la distancia podía reconocer esa munición. Sonaba mucho más seca, mucho más letal que un disparo normal. Vi gente corriendo de la calle de la izquierda. Descubrí rastros de sangre en el piso, pequeña pero clara. Había gente agachada por la vereda, sin dejarme distinguir quien se encontraba peor que borracho. Los ruidos provenían de la próxima curva a la derecha.

Entonces pude confirmar el primer cadáver. Un hombre en la calle, con el estómago lleno de sangre. El segundo cuerpo era una mujer; tenía un largo vestido salpicado de rojo. El tercer cuerpo era de mi primo.

Me acerqué con una exclamación.

—¡Marco! ¡Marco! —grité mientras lo sacudía. El idiota estaba sonriendo.

—¡Íiitalo! Tu amiga es muy bonita...—Tenía sus prendas empapadas en sangre, pero no sé quejaba. Dejé de moverlo, con un escalofrío.

—¿D-Dalia?

—Nooo, no. La otra... La que se llevaron. —*Los ojos de tormenta.*

—¿Qué...? Ey, Marco, ¿Aldara fue secuestrada?

—Si... —Sonrió estúpidamente—. Escuchá... Estuve tan cerca de atrapar al cuervo que merezco una siesta, ¿no?

Dejé a Marco donde estaba, sacudido. No podía decirme más; parecía borracho. Por suerte no había dejado mis cosas en la vorágine de la noche. Tomé mi arco y lentamente saqué una flecha. La bebida no iba a dejarme acertar; debía acercarme. Rodeé el lugar donde estimaba que se encontraba el cuervo. Era una pelea intensa; los sonidos venían todo el tiempo desde diferentes lugares. Encontré un pequeño callejón ideal para atacar a lo que sea que estuviera allá afuera.

Me asomé, y pude ver a Aldara tirada a unos metros. Dalia se encontraba envuelta en un manto de sangre brillante, peleando contra el cuervo. O lo que parecía serlo. Se movía muy frenéticamente, pero reconocí que esa nube solo era una túnica tan negra como las plumas

del maldito bicho. Entonces vi que llevaba un revólver en la mano izquierda. No era el cuervo. ¿Un humano disparando contra Dalia?

Me arrodillé para tener precisión, y tensé. Ataqué por la espalda, como un traidor, y la flecha atravesó su hombro izquierdo. Dejé el arco tirado mientras corrí hacia el enemigo, y me encontré sobre él en unos rápidos pasos.

—¡Dalia! ¡Ahora!

Lo tomé por los brazos, tirándolos hacia arriba para dejar su pecho al descubierto. Noté otra pistola en su funda. Dalia no había llegado a verme, pero entendió a la perfección lo que debía hacer. Se acercó, veloz, y enterró su espada en el estómago del enemigo. Se exhaló un grito de dolor, un grito demasiado humano.

Se retorecía, y trataba de zafarse, pero no se lo iba a permitir. No iban a escapar otra vez. Dalia tomó su espada con ambas manos, girándola con un odio tremendo. Entonces la sacó. La miró unos segundos, la aferró con su mano hábil y la levantó en el aire, apuntando al cuello.

Sentí un golpe frío en mi cabeza, y mi cuerpo fue incapaz de sentir. Una persona estuvo entre nosotros de repente y detuvo el brazo de Dalia, y ella se elevó por los aires, disparada lejos. El hombre de las pistolas habló, pero no podía escuchar nada: un pitido anulaba mis pensamientos. Frente a mí estaba la otra persona, una figura imponente con un yelmo oscuro que cubría todo su rostro.

Le dio un anillo al pistolero y desapareció como había llegado; como si nunca hubiera estado ahí. El de las pistolas se apretaba el abdomen con una mano y trataba de ponerse el anillo sin dejar de hacer presión en la herida. Imitando al cuervo de Laertes, se lo puso en el dedo y desapareció. Mi visión se volvió a tornar negra, y volví al mundo de los sueños.

XII — DALIA

Al principio los disparos no se distinguían de la música y toda la charla. Las balas alcanzaron primero a los bailarines; cayeron al suelo como si nada, sin siquiera llegar a cambiar de expresión. Unas personas delante de nosotros se salpicaron con la sangre. Todavía nadie había reaccionado; seguíamos estando en el segundo anterior. Entonces vimos al cuervo parado atrás.

Nuestro estado somnoliento, la borrachera, las emociones; fue como si nos tuviéramos que deshacer de todo eso. Al tiempo que yo me levantaba, desenvainando, Aldara abrió una alforja; estaba mirando al frente, donde el pistolero se había dejado ver. Ahora habían pasado un par de segundos. Marco estaba en medio camino a ponerse de pie. Otra bala estaba por surcar el cielo. Y por detrás, el cuervo no permitía que nadie abandonara el escenario. Mucha gente empezó a huir por los costados, pero yo entendía que el cuervo no buscaba bloquear a los ciudadanos.

“Todo fue por nosotros”, recordé. El pensamiento resonó en mí. “Todo en Laertes fue por nosotros, él nos dijo básicamente eso.” Y me llené de rabia. Otra vez; era sobre nosotros.

Ojalá hubiera prestado atención al revólver detrás de mí. Aldara tomó agua de la alforja e intentó parar la bala, suspenderla dentro de una concentración de agua. Era completamente imposible, pero ¿qué más podía hacerse? Al menos debíamos intentarlo, porque, ¿qué más quedaba por hacer? Entendíamos lo que pasaba si fallábamos. Otra bala alcanzaba un blanco, y así fue que otra persona cayó al suelo para morir.

Entonces el tiempo volvió a correr.

Un pistolero, con una capucha tapándole el rostro, llevando dos revólveres.

—¿Un humano?! —exclamé, en dirección a Aldara. Estaba pálida; intentaba levantar agua pero no podía, todas las construcciones se deshacían en el aire—. ¡Cuidado!

Todo era sobre nosotros... El pistolero disparó en su dirección. Salté hacia adelante, cubriéndola con mi cuerpo. Hubo otro disparo y lo recibí.

Siempre había imaginado que las cosas se pondrían oscuras, que mis ojos querrían cerrarse. En cambio, todo se hizo blanco. Los músculos se paralizaron, y el sonido se cambió por un pitido incesante.

Todos mis sentidos se bloquearon, en el dolor.

Pero la espada actuó y la bala cayó fuera de mí, luego de un momento. Y un instante después no hubo ninguna herida.

Me levanté con firmeza. Olvidé al huginn, y empecé a avanzar en dirección al pistolero. Por detrás, oía a Marco gritándole algo a Aldara. El pistolero retrocedió al verme, confundido. ¿Acaso no me había dado? Sonreí. Noté que no dejaba de seguir a Aldara con la mirada.

—¿Quieren matarla a ella? —me pregunté en voz alta, llena de furia. Arremetí hacia adelante, pero él se corrió. Con la espada destrocé una silla que había allí.

Giré la mirada para revisar el estado de Aldara y Marco, y abrí los ojos con horror al ver que el huginn estaba frente a ellos.

Dejé al pistolero y corrí hacia el grupo. Entonces una bala penetró por mi espalda.

Caí al suelo, sin aliento. No lograba cerrar la boca. El huginn levantó uno de sus enormes brazos y le dio a Aldara en la nariz. Empezó a salir mucha sangre. No lograba alejarme del horror. Era justo como en Laertes.

No, me dije. Otra vez no.

Me levanté, ignorando la herida, que se curó por sí sola. Empecé a andar despacio, pero escuché otro disparo y me vi obligada a saltar al suelo como protección. Por la calle llegaban varios gritos. Un metro adelante, Marco había revelado un cuchillo, pero no sabía cómo actuar frente al cuervo. Noté que éste tenía vendas a lo largo del pico,

donde Cregh lo había hecho explotar. Marco intentó atacar, pero el monstruo le corrió la mano sin esfuerzo.

Entonces levantó una pata, y la bajó en las piernas de Marco. La patada se las dio vuelta hacia atrás, junto a un sonido crocante. Marco gritó. Aldara también gritó. Entonces el cuervo golpeó de nuevo, Aldara recibió otro impacto en la cara y cayó inconsciente.

Estaba fuera de mí. Salté hacia adelante, y clavé mi espada en su pata. Su graznido cubrió el aire, aturdiéndome.

—¡Putá mierda! —insultó, y me alejó de una patada.

La espada me hizo aguantar el dolor, pero cuando recuperé el equilibrio el cuervo ya tenía ese anillo suyo en la mano otra vez.

—¡Eh! Pistolero —dijo—. A ver cómo te va. Agarrá a la Nereida, sabés. ¿Eh? ¿Sabés? A ver qué tal.

El cuervo se puso el anillo... y entonces no estuvo más ahí.

Sentí que quería llorar de nuevo. Sentí que quería vomitar, que quería dormir y reposar del alcohol.

Pero no había terminado. El pistolero dio unos pasos adelante, apuntándome. Solo estaba yo entre él y Aldara.

Movió el revólver hacia un costado un par de veces: quería que me moviera. Yo sacudí la cabeza.

—No hagas como que te molesta matar humanos —dije—. ¿Siquiera sos uno de nosotros...? ¿Por qué haces esto?

No respondí.

—N-No pienso moverme. No tengo miedo de tus balas.

Pero ojalá me hubiera movido. Hubo un resplandor en sus ojos, una especie de brillo en lo poco que su capucha dejaba ver... Él había entendido lo que mi poder significaba: que no debía contenerse. Siguió una cascada de balas, cuatro, cinco, incapaz de contar... Mi cuerpo perdió toda sensibilidad, como si lo hubiera perdido y solo quedara mi cabeza. Como si todo se me hubiera sido arrancado. Todo.

Pero aun así... De alguna manera... Me levanté.

Mi espada era yo. Mi espada no podía romperse. Mi espada hacía a mi cuerpo parte de su noble filo, y lo protegía tanto como a sí mismo; yo no era un simple cuerpo para derribar. No para él. Nunca

sería tan baja como él; algo peor que un humano. Aun si era humano, ya estaba por debajo de nuestra escala.

Apretando los dientes, comprendí que el pistolero ya no se encontraba en el lugar. Había estado caída demasiado tiempo.

—¿Dónde está? ¿Marco? ¿Lo viste irse...? —Bajé la mirada, distraída—. ¿M-Marco?

El suelo bajo él estaba lleno de sangre. El huginn lo había dejado desplomado, incapaz de levantarse...

—Oh, dioses. Mierda, mierda... —Al menos estaba mirando hacia arriba. Le palmeé el rostro un par de veces, y empezó a abrir los ojos. Sin embargo, parecía muy débil para hablar. Puse mi espada en su mano, rezando porque hiciera algo—. Vamos, vamos... Vamos...

—Dalia... la chica...

—¿E-Eh?

—Se llevó a la chica.

Mis ojos se ensancharon. Cierto, Aldara... El demente había tomado a Aldara. Me incorporé inmediatamente, pensando en buscarlo. Pero no podía dejar a Marco así.

Me acerqué a él una vez más. Tomé un vaso de agua del suelo, e hice que se la tomara.

—Bien. Bien, vos seguí tomando. No pierdas la consciencia. Marco, sujetá la botella —lo ayudé a tomarla, guiando su mano—. Bien... voy a intentar volver pronto.

Lo dejé. Por la lejanía empezaron a sonar disparos. Miré a mí alrededor, y contemplé horrorizada como habían muerto muchos más. No podía perder más tiempo; no podía dejar que sea como en Laertes otra vez. Corrí a través de la calle.

Estaba lista para ir tan rápido como fuera necesario. A pesar de todo, al doblar la esquina ya estaba ahí. Al momento de verlo me recibió con otro disparo. Me corrí y lo evité. Por el rabillo del ojo lo vi recargando, y empecé a correr. Pronto empezaron a haber más disparos; pero no me mantenía en movimiento. Llegué a ver que había dejado a Aldara en el suelo; debía detenerlo antes de que pudiera irse a algún otro lugar. ¿Tendría uno de esos anillos mágicos?

—¿Dalia! ¡Ahora! —escuché, de repente. Y todo se puso en posición. Cada partícula de aire, cada latido de mi corazón me dijo que

arremetiera ahora. Y ese fue el momento. Unas manos surgieron de atrás del asesino, y le detuvieron los brazos. Ítalo me había alcanzado.

Con una sonrisa embriagada de esperanza, aceleré... y antes de darme cuenta llegué adentro. La espada cortó al pistolero limpiamente y penetró. No fue como las arañas, insectos viscosos. No fue como los diablos, de interior chamuscado. O los policías de Laertes; cortes solo de defensa propia. Cuando oí el grito horrible que profirió, entendí que esa sería realmente la primera vez que mataría a un humano.

Y... de alguna manera... eso solo me motivó más. Empujé con más fuerza, con más odio. A los humanos los conocía. Los había visto toda mi vida. Eran un terreno conocido, y soltar la culpa en uno de ellos era de alguna manera más cómodo. Era fácil pretender que él era responsable por todo... Poner mi odio por el cuervo en él, y desquitarme. Giré la espada adentro suyo. Me aferré al mango como si no pudiera soltarlo. Mi sangre hervía. Iba a matarlo. Retiré la espada, preparándome para cortar de nuevo... Apunté a su cabeza...

Y de pronto, un hombre apareció en el aire. Empalidecí, creyendo que era el cuervo. Pero era un monstruo completamente diferente. Su rostro estaba cubierto por un yelmo. En un momento levantó el brazo, y me encontré volando por el aire. Me había lanzado. Creía haber sentido esa sensación antes. Cuando Cregh nos transportó. Sí, la sensación de... magia. Una especie de claridad. Y, además, en esa altura podía ver al amanecer muy bien. Con toda su belleza.

Pero mi espada había salido volando, lejos de mí... e iba a tener que afrontar la caída por mí misma. ¡Dioses! Me tensé en un momento. El impulso terminó, y empecé a ir en bajada.

Cerré los ojos, y sentí el impacto. Perdí la consciencia, y todo terminó.

XIII — HEIR

Había podido alcanzar Laertes luego de tres días de marcha. Las celebraciones en Craster ya debían haber comenzado: apenas faltaban días para el comienzo de la primavera. Y tuve otro encuentro.

Ese día supe que las escrituras eran ciertas. Al principio dudaba, no sabía si llenarme de esperanzas iba a hacerme caer en la decepción. Lo que ese hechicero había dicho era bueno, pero, ¿realmente éramos nosotros los que traeríamos el bien a nuestras tierras? ¿Cómo podíamos saber que las escrituras hablaban de nosotros? Era una gran responsabilidad. Tanto que casi no podía lidiar con ello en mi cabeza. *Scelus*, pensé, mientras recorría los caminos. *Al final abandoné Verinograd. Luego de tantos años, un cuervo la abandona. Supongo que en éste punto ya no importa si el hechicero está loco o no.*

Bajé la mirada a mis garras. Había asesinado a ese señor de tierras. Murmuré. No había sido como los humanos que me encargaba la policía. Los otros señores de tierra seguro se molestarían; quizá alguno daría testimonio de haberme visto por el distrito, y la policía terminaría inspeccionando mi casa. Todavía tenía el cuerpo de Bernard Rhodes ahí. Quizá alegrarían nunca haber tenido conexiones conmigo, y que no tenían idea de los cuerpos que yo guardaba. Horrorizados, hablarían acerca de la locura de los huginn; que los habían aceptado en la capital pero en el fondo nunca habían cambiado; por los Dioses siempre habían estado haciendo estas fechorías bajo sus narices. *Dioses*. Quizá Sil y Dip, o mis otros hermanos en la ciudad, recibirían represalias. Quizá les había hecho las cosas más difíciles a todos.

Escupí, murmurando. Estaba bien. Todos íbamos a tener que aprender a defendernos. No me arrepentía de mi crimen, pues no era un crimen. Era una declaración. Todo el Oeste iba levantarse, immo.

Suspiré. Motivarse no estaba mal. Si realmente estábamos por comenzar una revolución necesitaba ese tipo de cosas para perder los nervios...

Detuve mis pensamientos ahí mismo. Más adelante me aguardaba alguien.

Aclaré mi mente y me puse en guardia. Me agazapé, desenfundando mi daga. Agudicé la vista. No lograba discernir a la persona... era como una sombra más entre todas las sombras de los árboles. Llamaba mucho la atención al viajar, así que lo hacía distanciado de los caminos. Murmuré; si era negro podía tratarse del hechicero. Oculté mi daga y avancé cautelosamente, preparado para un aliado o para un enemigo.

La respuesta... no fue nada de lo que esperaba. Sus plumas negras, expuestas al aire, brillaban con la luz del sol. Su postura era relajada. Nada en él reflejaba hostilidad... Me había encontrado con un aliado, pero no había esperado que fuera un cuervo.

Durante un momento solo estuve parado ahí, inseguro de cómo actuar.

—Cielos. —El otro huginn se llevó una mano a la frente—. Parece que causo esta reacción en todo el mundo, sabés.

Me tomé mi tiempo para pensar una respuesta.

—¿Tenés un anillo...? —dije al fin.

—¿Oh? —Mi hermano, de gran estatura y con varias vendas, rebuscó algo entre las bolsas que llevaba atadas a la cintura—. Sí —rumió—... acá. —Entonces tomó un anillo y lo levantó hacia mí, mostrándolo.

Se tiró al pasto, sentándose sin finura y bostezando.

—Qué calor. Mierda. Qué cansancio. Ese Caballero me dio en la pata. —dijo, y vi que algo en su pata sangraba. Pero no bajé mi guardia.

—¿Estás diciendo que venís de encontrarte con los otros cinco? —Recordé algo que había dicho el Hechicero: “Krieg Waltz va a encontrárselos”—. ¿Acaso sos Waltz?

—Pues claro, ¿sabés? —graznó—. Hacé algo de silencio. Éste pobre pie...

El cuervo se tanteó la pata durante unos minutos en los que solo se escuchó a los pájaros. Empezó a rociar algún tipo de polvo sobre la herida.

—Y vos, ¡Eh! Vos todavía no me mostraste ningún anillo todavía. Sabés, yo no tengo que ser el único que tiene que mostrar —dijo de pronto.

—Eh...

Eso podía ser un problema. El Hechicero me había prometido un anillo si no los traicionaba; una muestra de que estábamos del mismo lado. Había sido lógico exigir que Waltz mostrara uno; era una buena forma de confirmar su bando. Pero yo no había ganado el derecho a un anillo.

—Eh... El Hechicero debió decirte que me recibieras acá, ¿no? —dije—. Él planeó éste encuentro.

Krieg asintió, con los ojos cerrados.

—Immo. Él es bueno para estas cosas. Los que piensan bien son buena gente, sabés.

—Entonces deberías saber que todavía no tengo anillo.

—Immo. Tenés razón.

Gruñí ante sus respuestas cortas. Krieg no parecía querer iniciar ningún tipo de conversación

—Eh, ¿dónde está el Hechicero? —dije.

—Con el Pistolero. Justo fuimos a reclutarlo a ese. Él tuvo su propia prueba de iniciación, como vos. Aunque no logró llevarse a la chica, mostró su lealtad al recibir una espada por la causa. Que es lo menos que debería hacer un sucio humano. En fin...hicimos mucho ruido, y recibí un corte en la pata.

—¿Entonces los cinco te hicieron todas esas cosas? —Señalé a las vendas que tenía por toda la boca, y quebraban su tono de voz.

—Sí...lo de la boca fue su puto mago, su Hechicero.

—Supongo que son un peligro a considerar.

—*Nah*. No tienen capacidad. Pero el Testamento dice que van a ganarla algún día.

—El Testamento... —murmuré, mientras me sentaba en el pasto frente a él—. ¿En serio estamos siguiendo el Testamento?

—Claro; cuenta la verdad del mundo. La realidad siempre cambia y los sentidos pueden ser engañosos, pero el Testamento es inmutable. Solo dice la verdad.

—Pero las promesas... Solo son algo que se dice por ahí. Es muy vago como para basarnos en ello...

—No nos basamos en lo que se dice. Oí: nosotros tenemos las escrituras.

Me quedé sin aliento. Por un momento no pude responder nada.

—¿Lo decís en serio? ¿Las escrituras enteras; todo el Testamento?

—Immo —fue toda la respuesta de Krieg, y no creyó necesario agregar nada más.

—Bien... ¿Podría... Podría mirarlo?

—¿Sos el Caballero... no es así?

Asentí. Le dije mi nombre.

—Heir —repitió—. Hermano, escuchá bien: el testamento se encuentra en casa. En nuestra verdadera casa... en el Oeste.

—Por favor; dame mi anillo. Quiero ir ahí. Quiero ver nuestras verdaderas tierras.

—Nunca te olvides de esto: Ahora mismo estamos en nuestras verdaderas tierras. Los hombres nos las quitaron, pero estos suelos van a ser por siempre nuestros, sabés. Hasta que los recuperemos. Estas tierras son el Oeste, sabés, en sí mismas.

—Sí.

—No necesitas el anillo. Yo estoy seguro de que sos el Caballero; no tenés que confirmarlo. Sabés, tu viaje sigue por estos caminos. El Oeste está en esa dirección, para vos. El Oeste es el destino.

—No... No sé si entiendo.

—Por ahora no lo necesitás al anillo. Solo seguí avanzando, ¿sí? Seguí hasta Valle Hondo y más allá. Hasta Havenstad. Va a ser tu peregrinaje.

Tantéé vagamente sus plumas. Más fuertes, más viejas que las mías. Las plumas de alguien que no necesitaba ocultarse para andar por el mundo.

—¿Estás escuchando? —dijo.

—Sí —dije—. Entiendo claro.

—Partí, entonces.

—¿Solo falta que reclutemos a nuestra Nereida?

—Immo —gruñó.

—Muy bien. —Me puse de pie. Supuse que por fin estaba en el camino correcto en mi vida. Yendo en alguna dirección, más allá de buscar sangre día tras día—. Bien.

XIV — LI

Cuando desperté, no recordaba muchas cosas. ¿Dónde estaba? Oía gente, olía alcohol. *Por favor, pensé, ya nada más de alcohol. Esta es la última vez que bebo.* Hice memoria. ¿Cuánto había bebido?

Una taza.

Putra madre.

Miré adelante... un charco con agua. Se reflejaba el sol en él... Tanta sed. ¿Debía beber de ahí?

No, no lo hagas.

Me arrastré hasta el charco y saqué la lengua. Pronto escupí. Orina.

Me giré y quedé tendido de espaldas, sufriendo mi desgracia. Más gente pasaba, más gente hablaba. Ninguno cerca de mí...pero la cabeza me palpitaba al ritmo de los pasos.

Apoyé mis brazos flojos para levantarme, y con ayuda de mis pies aún más flojos lo logré. Estuve erguido por un momento, pero pronto el suelo se giró y mi cara lo recibió con toda su fuerza.

Con más dolor y más nauseas que hace un momento, volví a levantarme poco a poco contra la muralla. Estaba cansado, sentía ganas de vomitar, pero no tenía nada en el estómago.

Me acerqué a la calle, mirando hacia el suelo. El brillo del amanecer me estaba partiendo la cabeza. Veía formas indefinidas, gente yendo de un lado a otro. Los puestos del carnaval estaban desarmados; las decoraciones en el suelo. Y nadie celebraba. ¿Por qué nadie celebraba? ¿Y por qué tantos guardias? ¿Acaso...había pasado algo?

Esta posibilidad fue suficiente para despertarme. El cuervo. ¿Dónde estaban los demás? Debía buscarlos. Debía salir de mi pozo de borrachera y vergüenza. Di un paso con mi pie firme, y levanté el otro con esfuerzo. Ahora estaba de cara al suelo de nuevo.

Empecé a escuchar una voz...

Debía levantarme como fuera y buscar a los demás. No había tiempo que perder. Apoye las manos en el suelo y lo intente de nuevo.

La voz se acercaba...

Mi padre siempre decía que la voluntad hacía ocurrir las cosas. La voluntad movía al universo.

La voz no se callaba...

Carajo, ¿quién me llamaba? ¡Quería silencio!

—¡LANG! —gritó Dalia, frente a mi oído—. ¿Lang? Arriba, ¿estás bien?

Traté de taparme los oídos para que dejaran de pitar, pero Dalia empezó a tirarme del brazo. Me volví a caer.

—¿Me escuchás, Lang...?

“Sí”, intenté decir, llevándome la mano a la cabeza.

—Lang, respóndeme.

“Que sí, te dije...”, balbuceaba en susurros, y Dalia no me escuchaba. Se me acercó al oído.

—¿Me entiendes, Lang?! —exclamó una vez más. Eso ya era una tortura.

—¡Dejá de romper las bolas! —solté. Dalia se alejó sorprendida, pero empezó a tirarme del brazo.

—¡El huginn nos atacó, Lang! Y Marco está herido. Hay que ir a la mansión y encontrar a Cregh, rápido.

Algo había ocurrido, efectivamente. Con ayuda de Dalia logré levantarme de verdad. Me apoyé en su hombro para no perder el equilibrio, y cuando levanté la cabeza vi a Ítalo y a Aldara. Estaban sujetando a Marco, que parecía abatido. Todos se veían muy mal, pero Marco y Aldara estaban cubiertos de sangre. ¿Qué demonios había pasado?

—Quedate acá —dijo Dalia, dejándome apoyado contra la pared. Fue a cambiar de lugar con Aldara; Marco no debía ser muy liviano... Aldara se acercó a mí lentamente, pero antes de que llegara me impulsé contra la pared y avancé para recibirla con un gran abrazo. La chica se quedó paralizada.

—Eh... ¿Lang? —murmuró, riendo nerviosamente. Pronto logró alcanzar una de sus alforjas—. Ey...

Empecé a beber desesperadamente hasta acabarme toda el agua, y luego la solté, volviendo a apoyarme en la pared.

—Gracias —dije, mientras me secaba la boca con la manga. Aldara no comentó nada más.

—¿Que te paso, Lang? ¿Tomaste mucho? —preguntó Dalia. Recordé que solo había sido una taza, una taza...

—Tres botellas... —Mi boca habló por sí sola.

—Bueno, no importa. Ya vayámonos —dijo Ítalo, que seguía cargando a su primo. Rechacé la ayuda de Aldara, y empecé a caminar apoyado en la pared. Al menos después de un rato ya podía cruzar la calle sin sentir que me balanceaba sobre una cuerda.

Podía jurar que la mansión de Marco había estado más cerca la noche anterior. En el camino nos detuvimos a descansar un par de veces y en más de una ocasión caí de nuevo al suelo, pero ya podía ponerme de pie solo. En la entrada nos encontramos a Malo. El gato caminaba con soberbia y una clara sonrisa burlesca; estaba riéndose de mi desgracia.

—¿Y vos dónde estabas? —le pregunté. Malo se sentó en el suelo, ignorándome, y trató de rascarse la oreja, pero algo lo detuvo—. ¿Qué te paso? ¿Estas herido? —Me agaché para verlo mejor, pero retrocedió gruñendo. Noté que tenía la cola quemada—. Malo, ¿Viste al cuervo?

El felino se levantó y se fue. Debía haberlo visto; no era fácil herir a Malo. Mientras tanto, los demás habían entrado a Marco. Me levanté rápido y...

Mierda... Me estaba... Mareando.

En la mansión había gente andando de un lado a otro, trayendo agua y demases mientras Marco yacía tendido en un sillón. En mi propia confusión no había reparado en que no podía usar sus piernas. Los demás, incluida la ama de llaves, estaban a su lado. En unos minutos entraron dos personas más. Uno era de escaso pelo blanco, barba larga y bien vestido, y el otro un hombre más joven que cargaba un bolso grande. Se acercaron a Marco. Dalia quiso decir algo, pero el viejo la calló.

—Ya conozco la situación. Javier, encárgate de la damisela.

El médico asistente camino hacia Aldara, y el doctor atendió a Marco en unos minutos. Uso varias hierbas, y en más de una ocasión sus manos parecieron brillar al aplicarlas. Aunque no curó sus heridas, Marco pareció aliviado. ¿Era magia como la que Creggh había usado conmigo?

—Los huesos de sus pies se quebraron. Me temo que no va a poder caminar durante algún tiempo —dijo el doctor al fin, mirando a la ama de llaves—. Voy a tener que darle un tratamiento regular antes de que podamos contemplar ningún avance, y voy a prescribirle una dieta para que recupere el humor sanguíneo.

Sacó lápiz y papel del bolso, y empezó a escribir. El otro hombre trató a Aldara de forma similar, aunque le tomó algo más de tiempo.

—Voy a entregarle la receta a la cocinera y llamar a alguien para que lo lleve a su habitación, señor Marco —dijo la ama de llaves. Éste hizo un movimiento con la mano.

—Está bien, Estela. Quiero estar acá un poco más.

La ama de llaves hizo un gesto y salió, junto con el resto. Durante unos momentos, los cinco estuvimos sin decir ni una palabra.

—Malo estuvo con el cuervo en el incendio —solté, sin saber que más decir. Pero el resto solo se miró entre ellos, confundidos—. Eh... Si Malo estuvo con él, entonces quizás podamos seguirlo.

—Esperá, ¿qué incendio? —preguntó Ítalo.

—El que provocó el cuervo —dije.

—No hubo ningún incendio. Solo nos atacó el huginn y otro tipo.

—¿Qué? Pero si yo lo recuerdo. Alguien quemó algo...

—¿Saben dónde está su amigo Creggh? —dijo Marco. Todo cobra sentido...

—¿Que sucedió exactamente? —pregunté—. ¿Vinieron dos cuervos?

—No —Dalia sacudió la cabeza, seria—. Era el mismo de antes junto a un hombre, un humano. Llevaba dos pistolas, y tenía...

—¿Una capucha que le cubría la cara...? —me adelanté. Aldara levantó la vista e Ítalo me miró seriamente. Lo recordaba. Sí. Recordaba alguien como él anoche...

—¿¡Lo conoces?! ¿Sabés quién es? —dijo Dalia, chillando de nuevo. Santa puta, mi cabeza...

Pero los recuerdos estaban volviendo. Recordé todo lo que había pasado la noche anterior.



—Sí, vi a ese pistolero anoche. Hicimos una apuesta y me ganó. Parecía buena persona... —dije, luego de que mis recuerdos vinieran a mí.

—Un humano que está ayudando a los del Oeste... Debe estar bastante desilusionado con los humanos —dijo Marco, riendo. Estaba mucho mejor.

—¿Te dijo su nombre? —preguntó Ítalo, intrigado. Iba a negar con la cabeza, pero solo la idea de moverla me dolió. Ese médico me podía haber atendido a mí también.

—Dijo que se llamaba Isaac, pero no me dijo su apellido. Como dije, no me dio la impresión de ser un asesino...—Aunque sí había disparado con una precisión mortal—. ¿Les paso algo más en su encuentro?

—Lo... Lo atravesé con la espada—dijo Dalia—. Estuve a punto de matarlo, pero... alguien, *algo* apareció y lo hizo desaparecer. Así como el huginn desapareció en Laertes. No pude ver qué era.

—Ya veo... —murmuré—. Deberíamos mantenernos unidos de ahora en adelante, siempre preparados. Así como estamos no tenemos posibilidad de hacerles frente. Y mucho menos si cada vez son más. —Me pausé por un momento, pensando que hacer—. Bueno, como dije... creo que Malo estuvo con el cuervo. Si es así, podemos seguirlos.

—¿Cómo? ¿Seguirlos con Malo? —preguntó Dalia.

—Ese gato es un muy buen rastreador. ¿Sabés lo difícil que es encontrar a una persona en las grandes ciudades? Él es la razón por la que ser cazarrecompensas me es un trabajo viable.

—No sé... Si se fueron con un hechizo podrían estar en cualquier parte —dijo Dalia. Pensé un poco.

—Pienso que deberíamos buscar a Cregh y... ¿descansar por hoy? O quizá seguir camino.

Marco levantó un poco la cabeza para mirar al otro extremo de la sala.

—Ya me adelanté —dijo—. Allá esta Cregg. —Y señaló una figura que cruzaba la sala con sigilo.

Lo que vimos entonces, al girarnos hacía él, no iba a borrarse de nuestras mentes con facilidad. Ese vestido florido era demasiado corto...

XV — ÍTALO

Algo no iba bien... No quise pensar demasiado en eso, pero no podía evitar a ese suave eco que se tornaba cada vez más violento.

Dioses, volví a pensar, algo no andaba bien.

Mientras todos hablaban, me senté en el suelo, con el rostro clavado hacía el piso.

Li nos contó que había visto al pistolero que nos atacó; su historia no ayudó contra a esa sensación que tenía... Era un malestar extraño, pero no era nuevo. Era la sombra, algo relacionado a ella, estaba seguro. Se sentía diferente, pero la sombra también alteraba mi cuerpo, cargaba mi respiración y hacía que mi corazón se acelerase. Apretaba mis puños queriendo que mis dedos traspasaran mis manos. Los relajaba al no lograrlo, pero no podía aguantar mucho antes de volver a intentar. Quizá era el peligro que habíamos pasado. Mi primo no podría volver a pararse... Habían intentado raptar a Aldara... En cada lugar parecía aparecer más gente queriendo atacarnos. Quizá era el hecho de que sabía que no podríamos quedarnos en Craster por mucho más tiempo. La tensión se cortó al ver a Creggh entrar por la puerta. Estaba negro, chamuscado por el humo de un incendio que evidentemente él había causado. Encima de todo, para colmo, tenía puesto un vestido verde. El ambiente cargado y silencioso hizo que casi pasara desapercibido, pero finalmente hubo risas que distendieron las otras sensaciones.

Creggh preguntó dónde podía cambiarse y se fue sin decir más.

Luego de un momento lo seguimos, poniéndonos de pie y tomando caminos diferentes. Después de la noche agitada que todos habíamos tenido, nuestros pensamientos nos arrastraban a lugares diferentes.

Fui hasta la barra de la mansión, donde había tomado con Marco la noche anterior. Realmente tenía una gran colección. En cantidad, en calidad, de ediciones únicas. Era mi primo; sabía divertirse.

Busqué detrás de la barra la bebida puntual que estaba buscando y no tardé mucho en toparme con ella. Un brillante lila chocó con mis ojos: las botellas de Vera eran inconfundibles. Llené un vaso hasta el tope y tomé asiento. Sin tomar, jugué con algunos frutos secos que había sobre la mesa y miré la colección de botellas de nuevo.

Esa extraña ansiedad seguía ahí, siempre pareciendo ser algo más oscuro. Pasaba por mis dedos por los frutos secos impacientemente; no sacaba la vista de las botellas de mi primo. Tomaba tragos de Vera despacio, y reía sin ánimo al repasar el día y llegar al vestido de Creggh.

El Vera era conocido entre la gente que frecuentaba el alcohol hasta el abuso. Servía como un vaso de agua en el desierto; uno tomaba lo en los amaneceres difíciles para recuperarse de lo que sea que hubiera hecho la noche anterior. Su característico color lila era transparente, lo que creaba una sensación extraña en quienes lo mirasen, como si le recordase a su resaca. Su sabor dulce adormecía la lengua irritada, su aroma curaba congestiones y sus burbujas reavivaban el cuerpo. No estaba claro de qué estaba hecho o quién lo fabricaba, pero vendía bien; simplemente estaba ahí, exhibiendo su color mágico para quienes lo necesitaban. Más de uno aseguraba que tenía alcohol entre sus ingredientes, por la extraña borrachera que producía tomar muchos vasos; no faltaba la leyenda del que se había intoxicado tomándola. Era una bebida mítica.

A pesar de todo, formaba parte de mis amaneceres complicados. Me había asegurado de jamás tomar más de un vaso... Ni siquiera en las primeras mañanas durante las cuales apareció mi sombra; las más difíciles de todas.

Mi mirada seguía perdida en las botellas de Marco. Sorbo a sorbo el Vera se fue acabando, y la ansiedad se fue apaciguando. Se asimilaba; no desaparecía, pero se volvía soportable. De alguna manera sabía por qué se producía y a donde me llevaba. Lo sabía, pero no podía decirlo en voz alta, no podía admitirlo ante nadie.

Sonaron unos leves crujidos a mi espalda. Volteé para ver a mi primo; Marco llevaba ambos pies vendados, y era llevado en un carruaje por un sirviente. Lo miré; no podía encontrar dolor en su expresión, solo una extraña mueca de seriedad.

—Marco —dije.

—Ítalo —respondió, y se produjo un largo silencio—. ¿Esto... es a lo que te enfrentas, cazador?

Incliné el vaso para buscar un último trago, pero estaba vacío.

—Aunque no entiendo cómo fue que te metiste en esto, entiendo que no podés salirte así como así —dijo.

—No puedo salirme —dije—. Y tampoco pensé en ello.

—Todo esto... no me parece más que una excusa.

—¿Una excusa?

—Realmente creo en la profecía, Ítalo. Esto no lo hiciste por el dinero que te ofreció aquel señor de tierras. Eso sería imposible, ilógico.

Medité por unos segundos. Sí, tenía razón. La profecía de la familia... Que un del Valle de mi linaje aceptara semejante misión por un par monedas rayaba la estupidez.

—Sí, hablas con razón, primo.

—Además, tener un poco de dinero no haría que aparezcan criaturas negras, buscándote. Esto es demasiado serio.

—Criaturas negras... ¿Pudiste ver qué fue lo que me golpeo?

—Sabés —rió—, estaba agonizando y un tanto lejos. No vi más que el resto, pero parecía un hombre con armadura.

¿Otro humano más?

—¿No podría haber sido un cuervo? —Indagué.

—No doy fe a mis ojos, pero estoy bastante seguro de que era un hombre, o algo de proporciones humanas. Ni siquiera quedan tantos cuervos.

Se generó otro silencio. Miré a mi primo a mis ojos.

—¿Sentís lo mismo que yo acerca de todo esto? —le pregunté.

—Creo... —dijo, y calló. No había notado lo pálido que estaba; sonreía a la fuerza—. Creo que no están a la altura, que no están listos.

—Meditó unos segundos y movió la cabeza—. Sí, eso es lo que siento. Preocupación.

—Siento lo mismo —dije, sin más rodeos—. Necesito estar a mi máximo, y ni siquiera sé si eso va a ser suficiente.

—Sí —Se volteó—. Pero creo que pueden lograrlo, ¿sabés? Los elegidos de las profecías nunca son unos inútiles. Seguro hay algo escondido en tu grupo.

Sonreí. Mi primo parecía leerme el pensamiento. Con algo de suerte sería el gato.

Marco movió su silla de ruedas, y me guió hacia la sala del Valle. Así la llamábamos entre la familia; en estos cuartos guardábamos todas las armas de nuestro linaje, y todo lo que usábamos en las guerras y cacerías.

—Ey, ¿estás bien? —le pregunté mientras avanzábamos, mirando su silla.

—Supongo... Duele menos de lo que parece.

Recorrimos varios cuartos, casi llegando al fondo de la casa. Atravesamos una pesada cortina roja y entramos en la sala del Valle.

—¿Crees que tus compañeros puedan necesitar algo de acá? —preguntó.

—Ellos no —dije.

La sala del Valle estaba completamente decorada y alfombrada. Las paredes de piedra sostenían las armas favoritas de Marco: las espadas. Hacia el final de la habitación se veía un escritorio con algunos mapas encima, instrumentos de medición, una taza y dos libros abiertos. Detrás del escritorio aparecía una biblioteca de unos dos metros de altura.

Ayudé a Marco a subir un pequeño escalón por la mitad de la habitación. Sonrió al ver que yo avanzaba tanto, y se apuró a dirigirse hacia la biblioteca.

—Mi colección te da lo mismo que libros de cocina—dijo.

—Es verdad, pero ¿no tendrás revólveres, no? —reí.

—Claro que no —rió a su vez—. ¿Por qué tendría eso? Son un instrumento frío... No hay nada como atravesar el pecho de un enemigo con una daga. Vas a tener que ayudarme con estos.

Rodeé el escritorio y señalé la biblioteca.

—¿Allá arriba?

—Sí. Por ahí hay un escalón.

—Insisto en que papá te pague lo que corresponda... —dije mientras subía. Marco casi rió a carcajadas.

—Ítalo, por favor, ni siquiera los tomaste todavía. Espero que todavía recuerdes los colores.

Encontré los pergaminos en uno de los últimos estantes. Tomé un par de los verdes y de los morados; tomé también un pequeño cinto que podía usar para guardarlos.

Los pergaminos eran un ícono de la familia. Nuestra sangre anulaba la posibilidad de nacer pudiendo manejar la magia; era demasiado espesa. Los casos de magos en la familia eran escasos, polémicos y controversiales por involucrar infidelidad. En la extensión de nuestra historia siempre habíamos mantenido la línea de sangre lo más pura posible, y un linaje más directo siempre significó una mayor importancia. En todo caso, estos pergaminos eran utilizados por los del Valle como una manera de replicar el efecto de la magia. Suponía un gasto privilegiado y tenían que ser hechos específicamente, por lo que se protegían bien de generación en generación.

Como el cinto que había tomado solía reservarse para el combate, guardé los pergaminos en mi carcaj. Un pergamino verde significaba transportación; uno morado significaba repulsión de magia. Funcionaban de a pares; una pieza hacía de remitente, que se adhería a la piel, y la otra era la receptora que marcaba la duración.

—Recuperar la última piedra del Este... va a ser una buena prueba para comprobar si estoy a mi máximo —murmuré.

—Ciertamente —dijo Marco—. Me pregunto qué vas a encontrar.

—Dicen que está junto a los tesoros de mil familias, pero a mí solo me interesa la piedra.

—La piedra del rayo, sí. Tus demonios internos están conectados a esto, ¿no? A esta prueba y a las marcas en tu cara que la reflejan.

—Ah... —No salían palabras de mi boca. No podía creer la manera en que Marco miraba a través de mí. Era alguien que podía entender mi sombra... Eso que veía cuando cerraba los ojos, esos escalofríos, esas gotas de sudor frío, esas noches de insomnio. Eso que ni yo mismo podía pronunciar; cada vez que intentaba decirlo en voz alta mi lengua se acalambraba, cada vez que pensaba en sus letras mi mente colapsaba—. S-Sí... Sí... La prueba está conectada... de alguna manera.

—Entiendo, primo. Todo esto que está pasando no es ninguna coincidencia, ¿no? Creo que nada de lo que paso en tu vida fue una coincidencia.

Mi mente empezó a divagar hacía el pasado, rendida... Recordé a mi *reina*. ¿Qué sería de ella ahora mismo? Recordé el tierno latido de su corazón pegado a mi pecho.

—Es como si tu vida solo te hubiera guiado a esto.

Le había prometido un castillo, un reino para ella, para nosotros. Era solo una puta, solo era sexo, pero de alguna manera lograba opacar mis pensamientos sobre la sombra, sobre Wendagon, sobre el cuervo y sobre el hedor de sangre y muerte de Laertes.

—Por eso es que de verdad creo que sos el elegido que cuenta nuestra familia. “El Cazador...” El que va a cortar el cuello de todo el que intente despertar a la bestia del Oeste. Seguro tampoco es coincidencia que hayan roto los pies de tu primo más guapo y hábil. Es para que no te robe el protagonismo —Marco rió, pero su expresión pronto volvió a ser seria—. Sé que ya lo sabés, pero esto no es un juego. Supongo que todo lo que construyo esta familia está en tus manos, primo. El enemigo tiene mucho poderío, pero confío en que el resto de los elegidos tienen su motivo para ser elegidos. Algo... algo adentro tuyo y de tus compañeros. Podría ser esa ansiedad tuya, ¿pensaste en eso?

—Eh...en realidad no —murmuré, aun perdido en esa piel sedosa—. ¿Creés que el resto también siente esta ansiedad?

—Quién sabe; no les pregunté. Pero espero que alguna de tus amigas sienta algo por mí. —Volvió a reír. Yo también reí. Su sonrisa parecía verdadera, aunque tenía un tono pálido en la piel—. Por cierto, primo. Quiero ayudarte con tu rito. Encontrar la piedra del rayo es una misión famosa en nuestra familia, famosa porque nadie pudo completarla. A lo largo de los años estuve investigando al respecto, pero nunca pude viajar al puerto y hacerlo personalmente. Si vas a ir ahí... busca a Tammi. Él tiene información.

—Gracias, primo.

Las palabras de Marco me habían hecho volver a la realidad. Empecé a revisar el resto del arsenal muy generalmente, pero nada parecía llamar mi atención. Marco me interrumpió, llamándome.

—Ey, sé que solamente te gusta tirar flechas como si no hubiera mañana, pero toma éste último regalo como un amuleto de buena suerte.

Mi primo sostenía una daga con su funda. Era curva y en buen estado. Me gustaban las dagas, como la que guardaba en el fondo de mi carcaj, mi “última flecha.” Esta estaba en mucho mejor estado.

—Voy a darle un buen uso, de alguna manera —dije.

—No pido que mates a alguien con ella, pero consérvala por mí.

—Hecho, primo. —Le sonreí, y carraspeé—. Poniéndonos en tema... Tengo que partir hoy mismo.

—¿No van a quedarse hasta el final del festival?

—No... Esta vez no. Ya vimos de lo que son capaces; separarnos y meter alcohol en la ecuación no es una buena idea.

—Bueno, tenés razón. No puedo reprochártelo.

Le pedí que retuviera a los chicos en su casa si llegaba a verlos. Saldríamos antes de la puesta de sol, justo antes de que la segunda noche del festival explotara.

Salí de la mansión, caminando tranquilo como rara vez en mi vida. Mis pasos eran seguros y mi cabeza no estaba perdida en otro mundo. Estar sobrio en Craster ya era raro, pensé divertido.

Aunque iba con la cabeza gacha, permanecía tranquilo, solo admitiendo pensamientos constructivos

Cada vez había más enemigos, y necesitaba hacer compras al respecto. Craster no era una ciudad donde abundasen las armas, pero como toda ciudad grande, nunca faltaban las armerías. Necesitaba flechas, como primer punto. Con un poco de suerte conseguiría todo en pocos puestos.

La gente se movía rápido, apurada, ansiosa. Sus pies parecían avanzar en saltitos; los asesinatos de hacía unas horas estaban olvidados. Podía ver una extraña luz en las caras de los ciudadanos. Notaba fuerza, ganas de vivir. Tal vez estuviera en el aire, como el aire oscuro de Laertes. De pronto planteé quedarme con los demás dos días; tres días. Si nos manteníamos sobrios podríamos combatir al cuervo, y lo más probable es que se hubiera ido. Tal vez podríamos conseguir alguna cura y esperar a que Marco se recuperase para poder acompañarnos...

Tan rápido como noté que me había sumergido en intrascendentes pensamientos laterales, encontré una armería.

Mierda, pensé. Qué fácil me pierdo en estas cosas.

Me recibió un humano. Bueno, casi humano. Placas de coraza cubrían su cara, recreando la mitad de su rostro. Su ojo derecho no era más que un punto de luz.

—Flechas. ¿Qué tenés? —dije.

El bicho me trajo un par de muestras. Elegí las más pesadas y costosas; llevé cuarenta por un par de rorintios. Curioseé un par de cosas más, pero no noté demasiada calidad. Por suerte, no había revólveres a la vista.

Hacía años que no experimentaba con pólvora y otros elementos para las flechas. Agregué dos puñados de pólvora y estaba por irme cuando encontré una alforja con un diseño bastante bonito. Tenía detalles en rosa, y una leyenda en azul ultramarino. No entendía que decía, pero me gustó para Aldara. Podría guardar agua ahí y usarla como arma. No la conocía, no sabía si le gustaban los regalos o si lo necesitaba, pero serviría para subirle un poco el ánimo. También me llevé un bolso para guardar mis cosas.

Ya se iba haciendo tarde. Caminé otro rato; seguía sintiendo esa luz en igual manera, como el reflejo del sol directo en mi cara. La sensación no se disolvía con las horas; el viento sopló, las nubes anduvieron y la gente siguió viviendo.

—Tenés flechas —me dije—. El resto son caprichos.

Era hora de volver. Giré dos veces a la izquierda y me sorprendí por una flor amarilla puntualmente llamativa. Tenía conocimientos de hierbas salvajes, pero creía nunca haber visto esa flor. La sostuve en mi mano izquierda hasta que llegué a lo de Marco.

Todos estaban frente a la puerta, esperándome.

Aprecié los rostros de todos; Marco también estaba ahí en su silla. Lang acariciaba a un par de caballos que sostenían una carreta. Su gato Malo parecía molesto. Solo Aldara parecía fuera de lugar, con la cabeza un poco gacha.

Levanté la frente en señal de saludo general. Marco iba a decir algo, pero enseguida me acerqué y le di la flor.

—Vos sí que sabés cómo conquistar a alguien, primo —dijo, sonriendo.

Recordé la cantimplora de Aldara. La desprendí y se la alcancé.

—Ey, para vos.

Ella lo recibió con sorpresa.

—Gracias —susurró.

Me acomodé y me paré derecho.

—Tenemos que irnos hoy mismo. Es lo más lógico; todos sabemos que...

—Marco ya nos contó —interrumpió Cregh—. Ya estamos listos para irnos. Todos tenemos lo que necesitamos.

Lang se subió a la carreta.

—¿Vamos? —inquirió.

—¿Qué? —dije—. ¿Esto es tuyo?

—Sip. Todo mío... Y de Cregh en menor medida. Él ayudó a pagar.

Subí mis cosas y todos se acomodaron adentro. Lang hizo que los caballos dejaran de comer y tomó el mando. Solo faltaba yo, pero me giré a mi primo.

—Espero que la próxima vez que nos veamos el mundo sea un lugar mejor —dijo.

—Va a serlo. Y va a quedar mucha Crystalina que tomar.

—Y muchas mujeres que amar.

—Y muchas piernas que curar.

Marco rió, y me despedí con un abrazo. El abrazo que no habíamos podido darnos antes. Me subí a la carreta y partimos hacia nuestro próximo destino.

—¡HALE, DEL VALLE! —gritó Marco a la distancia. Se me plantó una sonrisa que tardaría mucho tiempo en desaparecer.

La carretera avanzó rápidamente, bajo la oscuridad. Era una noche muy quieta; un silencio que decidimos no romper. La luna brillaba intensamente, brindándonos una luz blanca que cubría el camino. Tal vez eran las diez de la noche cuando decidimos parar y acampar. Aunque nos cubría una tranquilidad, seguimos sin romper el silencio de la noche; una suave brisa y la luz de la luna eran las protagonistas. Las chispas del fuego que había encendido Cregh pedían crecer más y más, pero se mantuvieron en su sitio.

Esa noche me relajé; no me perseguía nada. Estaba tranquilo. Era un vacío confortable.

Recuerdo que Creggh miró al cielo, y habló justo antes de conciliar el sueño.

—Vamos a llegar con una tormenta pisándonos los talones.

Y pude sentir como el viento soplabá más suave, más cálido. Soñé con nubes grises acercándose. Eran de un color muy parecido al cuadro de Wendagon. Una tormenta como los ojos de Aldara. Desperté justo antes que Dalia; una fracción de segundo antes.

Estaba pálida, transpirando sudor frío. Estaba llorando.

—Mierda —dijo, al notar que estaba despierto. Pero se estaba hablando a sí misma—. Había jurado no dormir. Me lo había prometido... Carajo...

—Dalia, ¿qué paso? —pregunté, apoyando mis mano en su hombro por detrás.

—Era papá... Mi padre murió.

CAPITULO IV HAVENSTAD

I— DALIA

Estaba transpirada, en parte por mi sueño y en parte por el aire denso que traía una lluvia.

Había dormido... Fallé en cumplir la voluntad que me había impuesto, no pude correr la mirada a mis sueños y ahora... Lo sabía. Me había incorporado, apenas, pero sin salir de mi manta. La manta que tenía había sido de mamá... y ahora me sujetaría a ella con más fuerza que nunca.

Ítalo me estaba aferrando. Normalmente, me hubiera corrido de un salto, insegura. La mañana en la casa de Wendagon me vino a la mente. Sin embargo, en esa oscuridad pronunciada por las nubes, donde solo éramos una silueta... Me pareció bien aceptar esa silueta. Éramos un grupo. Compartíamos nuestras monedas. Eso era como una familia... Una familia.

Solo podía llorar, pero logré articular unas palabras.

—Era papá... Mi padre murió.

Ítalo se sacudió, no pudo evitar estar fuera de lugar.

—A-Ah... ¿Entonces no tuviste ninguna visión sobre nuestros enemigos?

Me giré hacia él, furiosa. Por supuesto, las sombras no me dejaron distinguir nada entre su rostro. Sacudida por una ola de soledad, me sentí impulsada a arrojarme entre sus brazos... Pero entonces se escuchó la voz de Lang entre los pastos.

El pistolero se había acostado contra la carreta para dormir, el vehículo que ahora usábamos para desplazarnos comprado también con su dinero.

—Eh. ¿Está todo bien?

Se paró, y se acercó a nosotros. Yo también me senté apropiadamente, saliendo de una vez de la manta. Creggh, Aldara y Malo aun dormían, pero en ese momento bajar la voz parecía lo menos importante del mundo. Empecé a hablar.

—Yo... sabía que esto iba a pasar. Mi padre estaba gravemente enfermo, y yo me ocupaba de cuidarlo todos los días. Al aceptar marcharme supongo que sabía que esto podía pasar... Que aceptaba... — Mi voz falló, teñida por el dolor. Use un momento para recomponerme antes de seguir—. Eh... Ya había tenido un sueño sobre mi hogar hace unos días. Toda la casa se veía cubierta por un hilo de oscuridad, y quise engañarme sobre lo que podía significar. Pero después del sueño de esta noche... De ver su cuerpo... Es claro lo que representaba. Y me explica otro sueño más. Un sueño de Veringrad... Diciendo que también Wendagon está muerto.

Ítalo se sacudió, y Lang pareció tomarse el pecho.

—Eh... vaya —dijo Lang, inseguro de cómo proceder, e intercambiando una mirada en la oscuridad con Ítalo—. ¿Querés, eh, hablar con alguien o algo?

—Creo que ahora solo quiero estar sola.

—Ya aprendí a confiar en tus visiones —dijo Ítalo—. Tenés mis pesares.

—Eh, bueno, podría hacer algo para comer —dijo Lang.

Lang corrió a unos pasos del campamento, recogiendo varias ramas para hacer un fuego en el mismo lugar donde había muerto el anterior. No tardó en volver y, mientras se levantaba Aldara, empezó a sacudir dos ramas entre sí con la esperanza de que apareciera alguna chispa. Estaba amaneciendo.

Tras un tiempo, noté que Aldara se me acercaba.

—Ey, Dalia... Ítalo me contó lo que paso y pensé que quizá hablar de ello te facilitaría las cosas...

—Está bien. Yo acepté que causaría esto al venir acá, Aldara —balbuceé. Las lágrimas habían parado; en ese momento era como si no pudiera sentir nada. Aldara se alteró, preocupada.

—Eso no es...

—Eh, vagabundo, ¿qué haces? —Interrumpió Cregh, apareciendo de pronto entre el grupo—. No tiene sentido comer algo ahora. Vamos yendo de una vez que está por llover.

Hubo un momento de silencio por el cambio de tono.

Lang miró a Cregh, irritado.

—Tené un poco más de tacto—Y sin darse cuenta, movió las ramas con aun más fuerza y logró prender el fuego. Se dio vuelta—. ¡Ah! Muy bien.

Pero entonces sonó un trueno, y como en una cascada una lluvia torrencial nos bañó a todos. El fuego se apagó al instante.

Cregh, aun medio dormido, solo se sacaba una lagaña de los ojos.
—¿Ves? ¿Qué te dije? Vamos yendo a la carreta.

Y así, pronto estuvimos en marcha una vez más. Pudimos meter todas las mantas adentro antes de que se arruinaran, y los caballos aceptaron el agua con dignidad, sin perder el control. Cruzábamos las montañas, que se levantaban siempre en el horizonte.

—Vaya —exhaló Ítalo, mirando hacia afuera—, es la última despedida del invierno. —Entonces se dio vuelta al resto—. Los mares deberían estar cálidos y resplandecientes cuando los crucemos.

Sonreí, sin animó. Aldara seguía queriendo hablar, pero le pedí que dejara de insistir.

¿Qué sentido tenía, pensé, todo lo que estaba haciendo? ¿Sí estaba realmente escrito que todos siguiéramos ese viaje, si era acto de Destino, como podía conllevar que mi padre muriera? Parecía todo un gran chiste, y simplemente no podía entender esa mirada de determinación en Ítalo desde que nos habíamos despedido de su primo.

—De verdad querés llegar al puerto, ¿no? —comentó Cregh al arquero.

—Sí. Siento que por fin tengo algo claro; tenemos que ir a esa ciudad.

Sus palabras parecían llenas de buenas promesas, pero el tono con el que continuó hablando Lang fue mucho menos alegre.

—Pero está toda esa gente con la que nos estuvimos encontrando. Esos monstruos.

—Es verdad... —dijo Aldara, recordando por lo que había pasado en Craster.

—El cuervo decía que quería despertar a su Deus... El demonio del Oeste —dije, en voz baja—. Y durante el festival apareció junto al humano con las pistolas, así que...

—Sí —dijo Lang—. Junto a esa criatura de la armadura negra, diría que es seguro que trabajan juntos.

Ítalo, que había tenido la cabeza gacha durante ese intercambio, de pronto miró hacia nosotros.

—Esto es algo que solo se dice entre los miembros de mi familia, así que no había creído prudente mencionarlo entre todos. Pero después de hablarlo con mi primo, creo que todo cuadra...

—Ítalo, ¿qué pasa? —Dijo Cregh.

—Es una antigua profecía. Está escrito que, bueno, mi familia ya se encontró con el demonio del Oeste hace tiempo... y hay una profecía sobre el momento en que éste demonio va a volver a despertar y sobre las diez personas que van a estar involucradas. Y cuando le comenté a mi primo eso que nos había dicho el cuervo, ese “Testamento del Oeste” en el que parecen creer esas criaturas, todo pareció coincidir.

—¿Estás diciendo que hay varias escrituras sobre éste demonio despertando? —Murmuro Lang—. A mí eso no me parece muy bueno.

Ítalo sonrió con una soltura que no estaba acostumbrada a ver en su cara; una soltura que parecía haber tomado prestada de su primo.

—Eso dicen sus escrituras. Pero las nuestras hablan de elegidos que detienen éste alzamiento. No hay de qué preocuparse.

Malo gruñó, divertido.

Lang carraspeó y enseguida volvió a poner la conversación en rumbo.

—Claro, bueno. Entonces, si está prácticamente “escrito” que vamos a volver a encontrarnos con esta gente, es importante que no nos separemos.

—El tipo negro; a mí me levantó en el aire cuando estábamos con Ítalo. —dije—. Creo que fue magia; se sintió como cuando Cregh nos transporta.

—Magia, ¿eh? —Dijo Cregh, despreocupado—. Entonces yo voy a poder ocuparme de él.

—Y yo —dijo Ítalo, levantando un pergamino violeta de entre sus pertenencias—. También vine preparado. Esto puede repeler hechizos, incluso uno que nos convertiría en fuego en un segundo; quiero decir, es muy poderoso. Estoy seguro de que va a sernos útil y hasta nos salve la vida.

El ambiente de lluvia no llegaba a ser molesto; sin embargo, el terreno rocoso y con pocas hierbas y arboles no ayudaba a los caballos, que sumado al temporal se veían muy ralentizados. Después de medio día de viaje, hubo que acudir finalmente a la solicitud de que Cregh nos transportara a todos hacia la ciudad puerto.

El hechicero suspiró.

—Los caballos, la carreta, el equipaje y todos nosotros... Sería mucho que transportar. Para evitar que cayéramos en cualquier lado y perdiéramos a los caballos... Como ocurrió la última vez que intente transportarlos, buenos dioses, supongo que podría... —Cregh hizo unos cálculos en su cabeza—. Podría prometer dejarnos fuera de la región de las montañas, o incluso después de Notio.

Era un buen trato. Lang paró a los caballos, esperamos a que la lluvia bajara un poco, y el mago puso en efecto su magia.

Cuando el aura blanca desapareció de nuestro alrededor, nos encontrábamos en un bosque. Como la última vez que nos movió con caballos... pero esta vez todo parecía estar bien. Nuestro equipaje estaba revuelto, sí, y el suelo era más bajo en esa zona así que la carreta tuvo que aterrizar... Pero todos estábamos enteros.

Salimos de la carreta un momento y reconocimos el terreno.

—¿Y el camino? —preguntó Ítalo, ansioso.

—Nos moví hacia adelante, hacia el norte, no siguiendo el camino —escupió Cregh, con la dignidad de quien espera un agradecimiento—. La carretera debería aparecer si nos movemos un poco. Si todo salió bien, ya pasamos Notio.

Malo se le acercó y maulló un par de veces. Entonces habló Lang:

—Perfecto, puede que esto nos haya ahorrado unos días viaje. — El hechicero se lo quedo viendo, a lo que el pistolero suspiró mirando al cielo—. Es decir, gracias.

Mirando al cielo a mi vez, noté que estaba despejado. Le habíamos ganado a la tormenta; íbamos a recibir su llegada en Havenstad.

Ahora en un bosque, los caballos podían comer algo. Sin darles el gusto por demasiado tiempo, Lang pronto nos tuvo a todos arriba de la carreta, espoleó a los animales y partimos a realizar el trecho final hacía la ciudad, su puerto, el límite del continente... y nuestro siguiente paso para alcanzar el continente del Oeste, hogar de los bichos.

Como Cregh había dicho, encontramos el camino rápidamente, y así es que estuvimos encaminados correctamente.

Con el sol radiante, todo parecía un poco más alegre, e incluso llegue a olvidar lo que había soñado e ilusionarme porque íbamos a ver el mar. Lang, sin embargo, se veía serio.

—Malo no huele... Es decir, temo que el cuervo no esté por acá; quizá podamos pasar nuestra estadía sin problemas después de todo.

Sin embargo, como respondiendo a eso, una explosión de luz iluminó el bosque a nuestra derecha; alguien acaba de ser transportado a ese lugar, como nosotros aparecimos en el bosque. Entonces un pie se asomó entre dos troncos, y el pistolero humano se mostró frente a nuestra carreta.

El grupo soltó una exclamación y salimos de la carreta a los saltos. Ítalo y yo nos miramos: ¿Cómo podía ser? Lo habíamos matado en Craster. Lang lo apuntó con su revólver.

El enemigo se mostró cordial. Sin sacar las armas, sin apenas moverse, con la cabeza gacha dijo:

—No esperábamos. Encontrarlos de nuevo. Pero. Su ruta. Parece clara.

Ítalo me miró de nuevo. Su forma de hablar... Algo era extraño.

—Sí. Realmente. Viajan hacia el viejo continente... Esta es la última oferta. Dejen de. Avanzar... Ahora.

Lang escupió al piso. Aldara se movió para abrir una de sus cantimploras. Cregh tensó las manos.

Al ver que no obtenía respuesta de nuestra parte, el humano volvió a hablar.

—Muy. Bien. Entonces. La entrada del puerto será. Donde el Hechicero. Los. Va a matar.

Y tras pronunciar todo esto lentamente, cubierto por las sombras de los arboles bajo los cuales estaba, tomo algo en su túnica y desapareció.

Ítalo, enfurecido, casi deja disparar la flecha que había tensado. Aunque ni siquiera lo había visto cuando movió la mano para buscar esa flecha. Todos dejamos salir el aire.

—Cielos... ¿Qué...? ¿Qué paso? —Dije.

—Vino en una luz blanca, pero se fue con el anillo —murmuró Cregh—. El mago debe haber sentido nuestra magia cerca y tuvo que usar un hechizo para que el pistolero apareciera en la fuente de esa magia. Después se fue con ese puto anillo...

—¿Pero qué mierda es ese anillo? —masculló Ítalo.

—Yo solo... no sé. Podría haber varias explicaciones... pero no sé. Tendría que tener una fuente de magia enorme para construir solo uno de esos.

Noté que Aldara estaba algo agitada al ver a su raptor. Le puse una mano en el hombro y traté de formular una sonrisa... Sin embargo, en ese momento pensé en la amenaza que habíamos recibido y mi mirada solo se ensombreció.

—¿Y qué hay de lo que dijo...? —pregunté.

—Un mago nos va a matar, ¿eh? —Lang se revolvió el pelo mientras pensaba—. Qué carajo... Al final teníamos razón, ese tipo de negro era un mago. Qué carajo.

—¿Creen que realmente nos esté esperando en la entrada de la ciudad? —dijo Cregh.

Ítalo aún no había guardado su flecha, y jugueteaba con ella a través de su arco.

—Va a haber que considerarlo como una posibilidad —dijo.

—Pues muy bien. —Apreté los dientes, y mi espada negra.

—Bien. —Dijo Aldara, mostrando un brillo en sus ojos... una tempestad.

—Esta vez nos preparamos para ellos. Esta vez puede ser nuestro turno de causar un daño.

—Va a ser mejor que dejemos la carreta —dijo Lang—. Podemos venir a buscar nuestras cosas después, y no podemos estar a demasiados pasos de la ciudad. El mago podría hacerles algo a los caballos si entramos con ellos.

—¿Y qué pasa si nos roban? —dijo Ítalo.

—Voy a ocultarlos en el bosque, pero la gente ni siquiera empezó a volver del festival de Craster por estos días —respondió Lang.

Una vez hecho esto, y con nuestras armas encima, caminamos hacia adelante por el camino, con nuestros pies sobre la tierra seca, y la tormenta por detrás. Los cinco teníamos la intención de causar un asesinato... Eso no tenía disputa alguna. Ellos nos habían lanzado hasta ese precipicio, ellos nos habían golpeado de semejante manera en nuestro cuerpo y nuestra moral... Y ahora íbamos a actuar en consecuencia.

Subimos una colina, y la figura de un hombre nos recibió en el horizonte, esperándonos.

Más adelante, un arco abría la ciudad-puerto, Havenstad, y un hombre esperaba plantado en él.

A medida que nos acercábamos, sin decir palabra, podía observarlo mejor. O lo poco que había para ver; todo su cuerpo estaba cubierto, o por su capa negra o por una armadura que llevaba a un yelmo desfigurado, mostrando una muesca demoniaca. Los cinco continuamos avanzando, estábamos a solo unos metros, él continuaba sin moverse ni un centímetro... Y desapareció en el aire.

—¡Debe estar en la ciudad! —gritó Cregh—. Rápido.

Pronto empezamos a correr, irrumpiendo en la ciudad; sus edificios, famosos por su arquitectura, se elevaban por varios metros para contemplar el mar a la distancia. Así es que las primeras posadas, de piedra blanca, eran las más elevadas; recordaba como mamá me contaba al respecto. *Ahora las estoy viendo con mis propios ojos*, pensé. Ahora mamá está sola en casa. Es como si todo lo anterior... Esa vida en calma... Nunca hubiera pasado...

Pero mis ensoñaciones no duraron mucho. Llegando al centro de una intersección entre calles, Lang pegó un grito y todos nos giramos

hacía la calle de la izquierda... Donde el mago negro había aparecido. Ítalo mostró un pergamino, Cregh dejó salir una luz de su mano y Lang apuntó el revólver... Pero fue muy tarde.

El mago movió su mano, y toda la calle explotó en una tempestad. La ráfaga de Cregh se disolvió en el aire, insignificante, y los edificios a nuestro alrededor se dividieron por la mitad; todos sus fragmentos volando. Me pregunté cómo era posible que el suelo no se derrumbara, mientras las construcciones que abarcaban mi vista de deshacían alrededor de la mano del mago negro... Y entonces mire hacía Ítalo. Sostenía un pergamino violáceo. El mismo que nos había mostrado antes, aunque ahora se tornaba muy gris... Y cuando lo miré por un segundo entero, el pergamino se deshizo en pedazos. La expresión de Ítalo era de incredulidad absoluta. Todos contemplábamos en abatimiento. ¿Cómo era posible que un mago desatara semejante fuerza?

El puño del mago se cerró y se volvió a abrir, y... En una nueva ráfaga de viento con fuerzas dobladas, y sin pergamino para cubrirnos, los cinco salimos volando, convirtiéndonos en borrones debido a la velocidad. Divididos por la fuerza del impacto, volé en el aire por un instante, y pronto mi cabeza se encontró con una pared de ladrillo. Había logrado sostenerme a mi espada, de alguna manera, y pude conseguir que el golpe no me dejara inconsciente.

Mientras intentaba levantarme del suelo, con la mirada dada vuelta, contemplé como el mago detenía su efecto. El viento paró. Entendí que no se trataba de viento, sino de una especie de presión más coordinada... Miré hacía el suelo, y noté que las grietas se movían en forma recta desde el mago hacía nosotros. Era como si hubiera lanzado una pared invisible en nuestra dirección.

Mientras meditaba todas estas cosas, el mago negro abandonó su posición de inacción, y comenzó a caminar hacia adelante. Paso tras paso, sin prisa alguna.

II — CREGH

Las paredes habían quedado destrozadas. Los adoquines en el suelo se habían quebrado; algunos habían volado, otros se enterraban en el suelo. Un estante de madera se estaba incendiando; restos de comida estaban desparramados a su alrededor, y el humo negro que formaba cubría el cielo.

Miré a mí alrededor, sin poder levantarme. El vagabundo se encontraba a mi derecha, habiendo golpeado unas vasijas contra una pared y pareciendo inconsciente. Ítalo y Aldara yacían detrás de él. Solo Dalia seguía de pie, intentando pararse usando su espada de apoyo. De pronto, la pared sobre la que se apoyaba terminó de desplomarse. El grupo empezó a despertar y a levantarse, pero el hechicero ya se había acercado hasta nosotros.

—¿Siguen conscientes? Vaya. Esto iba a ser más fácil si no se despertaban.

El mago alzó su mano y Dalia se alzó en el aire. El mago la hizo estrellarse contra el suelo... Pero Dalia se levantó, y de alguna forma siguió luchando. Me puse de pie y dos disparos sonaron a mi derecha; el vagabundo había disparado. El hechicero cayó de rodillas, pero solo dudó por un instante y se volvió a levantar. No había ninguna marca en él. Dalia alzó su espada, pero salió volando por los aires una vez más. Ahora caminaba hacia al vagabundo. Era imposible vencerlo...

—¡Corran! —grité, mientras dirigía todo el humo negro hacia nosotros, cubriéndonos. Corrí hacia Dalia, que se levantaba, y le señalé un callejón. Corrimos sin mirar atrás, topándonos con el resto.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Mis balas no le hacen nada! —dijo Lang.

—Correr. Por ahora debemos huir —dije, mientras corríamos por callejones.

—¡Transportanos! —gritó Aldara—. ¡Sácanos de acá, Cregh!

—Él podría sentir la magia y encontrarnos. Tenemos... que correr.

—Apenas podía hablar, mis piernas no aguantaban más.

—¡Ahí! —exclamó Dalia, señalando a la calle que iba en bajada hacia el mar—. El puerto. Ahí lo podemos perder, o escondernos en un barco y escapar.

Miré hacia atrás: nada. La calle estaba totalmente vacía. Noté que los demás se habían detenido; había alguien frente a nosotros. El pistolero de Craster.

—Quie... Quietos —dijo. Sentí una vibración mágica, y el hechicero apareció por detrás—. No queremos...

—...Matarlos —continuó el mago—. Solo queremos...

—Que paren —terminó el pistolero. Hablaban al unísono, como uno.

—No —dijo Aldara, sorprendiéndome.

—Bueno. Bien. Es... su decisión —dijo el pistolero, y buscó su anillo. Al ponérselo, desapareció en el aire. El Hechicero no se movió.

—Aldara... —susurré.

Ítalo sacó una flecha y la tensó.

—...Controlas el agua, ¿no?

Ítalo soltó la flecha... pero falló. Era la primera vez que lo veía fallar. Hizo otro intento.

—Sí —dijo Aldara. Ítalo falló; las flechas parecían cambiar de dirección en el aire. El hechicero empezó a caminar hacia nosotros.

—El mar —dije—. Miralo.

A la distancia, las olas golpeaban el muelle de piedra, los barcos se mecían. El hechicero se acercaba.

—Nunca había visto tanta agua... —dijo Aldara, con ojos resplandecientes.

El vagabundo disparó, y la muchedumbre soltó un grito. Las balas cayeron al suelo sin tocar al hechicero.

—Sería un buen momento para probar tu límite —dije.

Dalia empezó a correr hacia al hechicero. Los ciudadanos también corrían, alejándose de nosotros.

—Preparate —dije. Levanté mis manos, y nos moví a todos.

Aparecimos al final del muelle. Había agua en todas las direcciones. Dalia tropezó y cayó al suelo.

—¿¡Qué haces!?! —me gritó, pero el mago apareció frente a ella. Todos se tensaron.

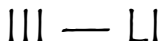
Sin anunciarme lancé una llamarada, más humo que fuego. Al mismo tiempo, Lang disparó e Ítalo soltó una flecha. La llamara se detuvo frente al mago, la flecha se desvió hacia el océano, la bala se detuvo en el aire, pero entonces apareció el tentáculo de agua. Golpeé al hechicero por la espalda, mandándolo hacia el agua.

Pero apareció detrás de nosotros. Se transportaba demasiado rápido. Empezó a decir algo, pero Lang lo interrumpió con dos disparos. Esta vez dieron en el blanco, y el mago cayó al suelo.

Lentamente, las balas salieron de su cuerpo. No había sangre en ellas, ni en los agujeros. Sin dejar que respire, empecé a lanzarle más llamaradas; mi fuego lo cubrió por completo, pero las llamas hacían un círculo alrededor de él, sin llegar a tocarlo. Entonces, el mar se agitó y salió una ola. Golpeó justo donde estaba el mago y éste soltó un grito. Esta vez no fue arrastrado hacia el mar. En cambio, toda el agua se convirtió en hielo, justo encima de él. Tenía los brazos extendidos; la había detenido a tiempo.

—Dioses —dijo Lang. Empezó a girar la mirada entre el hechicero y yo; los dos magos. Entonces soltó un suspiro—. Estamos jodidos.

A la distancia, un grupo de gente se formaba. Todos miraban hacia nosotros, esperando el siguiente movimiento.



Todo lo que podíamos hacer era desviado en el aire. *A éste paso...*

Antes de darnos cuenta, el mago lanzó otra onda contra nosotros, rompiendo el muelle de madera. Caímos sobre el hielo, cerca de un barco que quedó atrapado. Me puse de pie a medio resbalarme, y abrí el barril de mi revolver. Lo recargué, aun cuando sabía que no me serviría de nada.

Si le sacáramos el anillo...Estaba formulando una idea. Si pudiéramos tomarlo por sorpresa... Sí, quizá serviría. Me giré para atrás, mientras cerraba el barril. Llamé a los otros para hablar.

—Nos está esperando —dijo Dalia—. Parece querer que decidamos irnos con él.

—Solo quieren que nos alejemos de su continente —dijo Ítalo—. El cuervo también dijo que no podían matarnos.

—Pero sabemos que podrían haberlo hecho sin quisieran —dijo Creggh, bajando la cabeza—. Soy un inútil...

—Escuchen, concéntrense —dije—. Tengo una idea...

Cuando volvimos a subir a la ciudad, Creggh fue al frente. Preparó una bola de fuego, Ítalo tensó una flecha y yo apunté hacia adelante. Íbamos a atacarlo a la vez. Solo necesitábamos precisión, hacerlo todo al mismo tiempo.

Ítalo se deslizó por el hielo y soltó su flecha: la señal. La bola de Creggh salió de su mano y enseguida el brillo de sus manos cambio de color. La escena cambio ante nuestros ojos. Estábamos cayendo hacia la espalda del mago.

Disparé a quemarropa. Chocamos contra él y Dalia uso el impulso para enterrarle su espada. La flecha y la bola de fuego se habían desviado, pero el mago gritó. Habíamos logrado un primer contacto.

Tomé su brazo y mostré la daga que había conseguido de un guardia en Laertes. Enterrándosela, su mano se tensó y le tomé el anillo. Brillando, era cálido al tacto aun cuando su mano era fría. Ni siquiera el anillo de Creggh era así. Ítalo preparó otra flecha. Giré un poco el anillo y alcancé a sacarlo, pero cuando la flecha estuvo en el aire el mago cerró la mano con fuerza.

Una fuerza descomunal me golpeó el cuerpo. Solté el anillo, y me levanté por los aires con más fuerza que las veces anteriores. Vi como el mago, los demás, todos se alejaban de mí. Los restos del muelle, los barcos, todo pasaba bajo mi cuerpo. Escuché gritos de la gente que miraba, y de pronto golpeé el suelo de espalda. Rodé descontroladamente por la calle del muelle y entre la multitud, hasta estrellarme contra la pared de una casa. Nunca antes algo me había golpeado así. Mis huesos eran duros, pero esa podía ser la primera vez que los rompía. Al menos no me había golpeado la cabeza, porque seguía consciente.

Apenas podía distinguir a los demás desde la distancia, pero el hechicero logró alejarlos a todos. Estaban separados, derribados.

La gente se acercó a verme, y uno trató de atenderme. Note cuánto estaba sangrando. No importaba... si lograba ponerme de pie, quizás podría hacer algo. El hombre que me ayudaba insistía en decirme que no lo haga, pero me apoyé contra la pared. Sin embargo, mis pies no se movían ni tenía fuerza en los brazos. A lo lejos, el mago estaba haciendo un hechizo en sí mismo. Era el mismo brillo que cuando curaron al primo de Ítalo. Se estaba curando. Me empecé a arrastrar. Mi bastón se había roto, pero tenía que volver y ayudar.

Quizá sí me había golpeado la cabeza.

De pronto, escuché un maullido. Al mirar atrás me encontré con la mirada de Malo. No tenía su sonrisa burlesca de siempre; era una mirada de odio. Una que había visto en muy pocas ocasiones.

Sin pedir permiso, Malo pasó por entre la multitud y bajó al muelle de un salto. El hechicero iba por Creggh, que parecía estar inconsciente. Malo se interpuso en su camino, y contuve mi respiración.

Una llamarada de fuego colorada y azul envolvió a Malo. El hielo cercano se derritió, formando un vapor que lo cubrió todo...hasta

que emergió una figura enorme. El pequeño gato se había convertido en un enorme canino. Ese era el Perro Malo.

El hechicero retrocedió y lanzó su ráfaga de aire. Pero Malo se mantuvo inamovible, protegiendo a Cregh tras él. Se podía oír al hielo quebrándose por la fuerza de la ráfaga, cada vez mayor. Malo iba deslizándose hacia atrás poco a poco. Pero el viento solo avivaba las llamas en su interior. Malo empezó a correr hacia el mago. Éste trató de levantar el hielo, pero Malo lo alcanzó antes y le mordió en el hombro. El hechicero soltó una exclamación horrible, un grito de odio más que de dolor.

De pronto, el mago desapareció y apareció a unos metros. Ignorando su herida, estiró la mano e hizo que el suelo bajo Malo se hundiera, destruyéndolo. Malo empezó a saltar de un lado a otro, evitando los pozos mientras se acercaba al hechicero. El hechicero trató de desvanecerse, pero Malo lo alcanzó antes y se transportó junto a él. Aparecieron en el aire, y el hechicero creó una oleada de fuego. No podía creerlo. ¿No le importaba quemarse él también? En medio del tornado de llamas, ambos cayeron sobre un bote... y pronto el fuego se disipó. Malo le había mordido la mano.

Entonces, una nueva figura apareció sobre el hielo. No era el cuervo ni el pistolero...pero parecía ser humana. A esa distancia solo podía distinguir que tenía el pelo largo. Malo escupió la mano y corrió hacia la figura nueva, pero esta se desvaneció tan pronto como había aparecido. Al momento siguiente, se transportó junto al mago, lo tomó por la cintura... y ambos se desvanecieron. Pasaron unos instantes de tensión en los que no volvieron a aparecer.

Se habían ido... *Bien*. Una ola de alivio de envolvió, y no pude evitar perder la consciencia.



Desperté en una cama. Estaba al lado de una ventana y podía ver las motas de polvo flotando a la tenue luz del sol. Me sentía con mucho sueño y solo podía distinguir lo que miraba directamente. Por la ventana había una calle en bajada llevando al mar. El sol resplandecía

en el agua, descendiendo, y dejaba ver cada ola. Cada barco y cada gaviota...

Traté de levantarme. Un dolor en el brazo derecho y en el torso me lo impedían. Con la otra mano logré erguirme. El cuerpo entero me pesaba. Reí; era de esperarse. Estaba cubierto de vendas.

Pero... ¿dónde estaba?

Era un cuarto de madera, con una silla pequeña y un estante.

¿Y los demás?

No alcancé a aburrirme mucho antes que escuchara pasos afuera. La puerta se abrió lentamente, y una cabeza se asomó.

—Despertaste —dijo Aldara, sonriendo.

Entró despacio y se sentó en la silla a mi lado.

—¿Cómo estás?

—Bien, supongo —dije—. Considerando que estoy vivo. —reí un poco. Aldara solo me miró.

—Qué bueno... —dijo, mientras bajaba la cabeza. Pude ver que su sonrisa se iba borrando.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—Sí, sí... Solo tengo unos cuantos golpes y raspones. Pero... —Aldara pauso un momento, como si no quisiera seguir—. Estábamos muy asustados, ¿sabés...? De que fueras a morir. Estabas cubierto de sangre... Toda tu ropa e incluso la calle a tu alrededor. Estabas lleno de moretones...—Aldara hizo una pausa, recordando—. Te veías muy mal, Lang. Pudimos traerte hasta acá con ayuda, y unos médicos te trataron. Pero aun así... temíamos que fueras a morir antes de llegar. Apenas respirabas... De verdad lo pensamos.

—Oh...

Era extraño. Había pasado esos últimos años vagando solo con Malo, pero nunca había necesitado la ayuda ni la preocupación de nadie. Había estado cerca de morir, sí, pero nunca tan herido para necesitar de alguien más.

—Bueno, lamento haberlos hecho preocupar —dije—. Pero acá estoy, ¿no? Vivo y parlante —reí—. No era necesaria tanta preocupación.

Aldara siguió mirando el piso. Esperaba alguna risa... ¿Había dicho algo malo?

Que su preocupación no te importa, genio. Cambiá el tema.

—¿Y los demás? ¿Dónde están? —pregunté.

—Fueron a buscar la carreta y los caballos cuando se empezó a hacer tarde —dijo Aldara, volviendo a mirarme.

—¿Hace cuánto se fueron?

—No sé. Supongo que hace más dos horas, no llevo mucha pista del tiempo.

—¿Y estuviste ahí afuera todo éste tiempo?

—Sí. Alguien tenía que quedarse.

—Oh... Bueno... Gracias, Aldara —dije, y ella sonrió. Al fin hacia algo bien—. Por cierto, ¿y Malo?

—Esta acá, durmiendo debajo de la cama. —Aldara se agachó a mirar, y Malo salió. Se subió a la cama de un salto; entonces se hizo bolita y empezó a ronronear a mi lado. Aldara rió—. Durmió tanto como vos. Es bastante flojo... pero supongo que se lo merece después de lo que hizo...

—Si... más de una vez me ha sacado de apuros. —Empecé a recordar. Tantas veces... Entonces Aldara habló de nuevo, mirando hacia Malo con una mirada triste.

—Me hubiera gustado tener gente que se preocupara por mí antes. Tenía un gatito parecido a Malo, pero... Bueno, no se transformaba —rió—. Nunca es lo mismo que una familia. —Aldara dejó a Malo, que ya se había dormido de nuevo, y miró por la ventana. Solo quedaba un poco de sol—. A los otros no les debe quedar mucha luz en el bosque.

Una familia...

La habitación se empezó a oscurecer rápidamente. Afuera, la gente empezaba a encender luces. Entró una brisa helada, y Aldara cerró la ventana y las cortinas.

—Temo que vuelvan a aparecer. Que nos vuelvan a hacer daño... Que alguno muera —dijo, mirándose las manos.

—Podemos vencerlos. Tenemos a Malo...

—No, no —me interrumpió—. En el muelle apareció una mujer. ¿Quién sabe lo que puede hacer? Ella podría matarnos. Tuve mucho miedo en ese momento... —Noté que sus manos temblaban—. Todavía lo tengo. Dalia se puede recuperar de las balas, ¿no? ¿Pero qué

pasa si el pistolero le da al resto? Y Malo parecía poder aguantar los hechizos del mago. ¿Pero y si nos lo encontramos sin Malo?

—Aldara...

—Es lo mejor que tenemos, y...

La puerta se abrió. Dalia asomó la cabeza, y sonrió al vernos.

—Eh, Lang. ¿Te encontrás bien? —saludó.

—Eh, supongo —dije—. Considerando que estoy vivo.

—¿Qué es eso? —dijo Aldara, mirando la botella que traía Dalia.

—Un regalo para Malo —dijo Dalia, abriendo la botella. Malo levantó la cabeza al oír el sonido.

Dalia vertió un poco en un plato y se lo dejó a Malo en el piso. Éste se puso a beber como si se fuera a acabar el mundo.

Se volvió a abrir la puerta y pasó Ítalo, cargando dos sillas. Tras él iba Cregh, con una vela en mano. Cregh puso la vela en el estante y la prendió con dos piedras.

—Podías haberla encendido con magia, Cregh —dijo Ítalo, mientras se sentaba. El mago se giró.

—Preferiría no usar magia por ahora. Podrían detectarnos. —Cregh acercó su silla y se sentó. Dalia, al ver que no tenías silla, se sentó en el suelo. Noté que no usaba zapatos, pero sus pies se veían completamente limpios.

—Solo hubiera sido una chispa —siguió Ítalo—. Dudo que puedan detectar eso. Y debe haber más personas cerca que usan mucha más magia.

—Diría que no podrían detectarlo, pero también hubiera dicho que no pueden destruir tu pergamino —respondió Cregh, molesto. A Ítalo no le hizo mucha gracia—. Y no creo que Lang pueda hacer mucho en su estado. Prefiero no tomar riesgos, al menos estando por acá.

—Chicos... —dijo Dalia, tratando de calmar el clima—. ¿Qué hay de Aldara? ¿Puede usar ella magia?

Cregh se rascó la cabeza.

—Esa... es una buena pregunta. Miren, cuando Aldara controla el agua, no se siente como magia. No sé cómo lo hace, pero, sea lo que sea, no es magia. Es distinto... —Cregh acercó su mano a la botella. Aldara alcanzó a quitársela y la dejó fuera de su alcance.

—Lang, ¿sabías que Malo podía hacer eso? —me preguntó Dalia—. Lo de transformarse, digo.

Asentí con la cabeza, y mi cuello lo lamentó. Si no era por resaca, era por golpes...

—Sí, pero casi nunca lo hace. Por eso se me olvido contarles —dije, casi sin pensar. Se me quedaron mirando, dudosos. ¿Desconfiaban de mí? Les había mentido acerca de mi nombre dos veces, pero tampoco era para tanto—. Ey, Dalia, todavía tenés esa enciclopedia, ¿no?

—Sí, la tengo —respondió—. Es sobre las especies de bichos. —Empezó a revisar entre su bolso.

—Buscá “quitnar”, por favor —pedí. Dalia sacó un grueso libro, pero se detuvo a mirar la cubierta. La portada mostraba un dragón, pero seguramente estaba perdida en su mente. Recordé lo que le había pasado a su padre...

Tras unos momentos, sin mencionar nada, Dalia abrió la enciclopedia. Fue girando las páginas una por una, hasta que se detuvo cerca de la mitad y empezó a leer.

—“Quitnar. Especie canina-felina sin domesticar nativa de las montañas norteñas que delimitan el reino de Alles. Son reconocidos por poder cambiar entre sus cuerpos de gato común y perro grande. Aunque no tienen una resistencia destacable como felinos, su forma canina es resistente a la magia e inmune al fuego. Son conocidos por ocasionar disturbios y son... ¿violentos hacia los humanos?” —Dalia levantó la vista con eso último, mirándome. Yo había coexistido con Malo por años, aunque todavía le gustaba atacar a algunas personas. Dalia siguió leyendo—. “Según las leyendas, fueron creados por un poderoso mago con el propósito de proteger sus secretos, y los dotó de un fuego interno que es la fuente de su poder y afinidad. No se sabe si son inmortales o solo tienen vidas inusualmente largas, pero pueden morir.”

—Resistencia a la magia. Eso explica algunas cosas —dijo Cregh.

—En fin, ¿qué pasó con mis cosas? —pregunté—. El revólver y la daga, digo...

—Dejamos las armas en la carreta —dijo Ítalo—. Tú abrigo esta junto con tu ropa, acá en el hospital... pero está lleno de sangre. Por

tu estado, creo que te haría bien no usar el revólver hasta que te recuperes. Te podría hacer mal a los huesos. —*Ah... mierda*, el solo pensar en mi estado me hacía doler.

—El doctor dijo que te rompiste un hueso de la mano derecha y algunas costillas, y que el resto estaban muy frágiles —dijo Dalia—. Te curaron con algo de magia para que no sintieras mucho dolor, pero dijeron que faltaban algunos días para que puedas moverte.

—Unos días, unos días. Mierda —mascullé—. No podemos perder tanto tiempo acá. Me da lo mismo como estén mis costillas, con caminar me es suficiente.

—Eh, calmate, Lang. No es para tanto... —dijo Dalia. Suspiré, cediendo.

—Sí, sí, me calmo. Pero no me gusta la idea de estar tan cerca del Oeste. Podríamos haber zarpado hoy...

—Tenemos tiempo, Lang —dijo Dalia—. Con los saltos de Cregg llegamos con algunos días de anticipación. —Tenía razón en eso, supuse—. Además, no sabemos a dónde ir.

—¿A qué te referís?

—No sabemos a qué ciudad del Oeste tenemos que ir —dijo Ítalo—. Dalia tuvo una visión sobre Laertes y supimos que teníamos que ir ahí. Pero “el Oeste” es un continente muy grande. Si elegimos mal, podríamos perder días tratando de recuperar nuestro camino. Lo mejor es esperar a una señal.

Ítalo parecía de esas personas que podían esperar pacientemente, pero yo no podría quedarme quieto a menos que no tuviera otra opción. Como entonces.

—Concentra tu energía en recuperarte, Lang —dijo Dalia—. No nos estas retrasando ni nada por el estilo. Queremos que estés bien.

Luego de eso, me dejaron solo con Malo. Se fueron a buscar alojamiento. Malo se subió a la cama y se hizo bolita al lado mío. Afuera en la calle, se veían unas pocas personas en la oscuridad, la única luz viniendo de las ventanas.

Recordé lo que había dicho Aldara. Una familia...

Al poco tiempo, llegó un hombre con una bandeja con comida y agua. Era carne con arroz.

—¿Tiene leche? —pregunté, mientras comía y tragaba como si fuera el fin del mundo. El hombre miró a Malo y salió de la habitación.

Le aparté un pedazo a Malo, y terminé con mi parte antes que el sujeto volviera con la leche. Destapé la botella y empecé a beber. “*La fuerza de la vida*”, decía mi gente.

La luz de la luna se filtraba entre las cortinas. Era una noche clara, al parecer. Me acomodé tanto como pude sin que me doliera y me cubrí hasta más arriba de la cabeza. Nunca había estado tan calmado.

—¿Qué creés, Malo? ¿Tenemos alguna oportunidad contra el enemigo? —El gato levantó la cabeza para mirarme feo. Al parecer estaba interrumpiendo su cuarto sueño. Soltó un maullido.

—Oh, gracias por el optimismo. Tus palabras sí que me inspiran —respondí, sarcástico. A Malo no le hizo ninguna gracia—. También tengo dudas, pero aun así... no es para tanto.

Malo soltó otro maullido.

—Solo es un pequeño retraso. Voy a asegurarme de hacer pagar a ese mago, de alguna manera. ¿No te duele así como estas?

Malo bajó la cabeza y maulló otra vez.

—Perdón...debí haberlo pensado mejor, debí haber descargado todo el barril cuando pude... La próxima vez no voy a dejarlos escapar vivos.

Malo soltó otro maullido.

—Sí, es muy débil. Es momento de ponerse serios. Necesito un arma más grande. No me importa que mi cuerpo no aguante.

Malo maulló.

—Como siempre, Malo. Como siempre —dije, acariciándolo.

IV — DALIA

Mirando a la luna, tuve mucho tiempo para contemplar mi situación... nuestra situación, en la que nos habíamos metido todos nosotros.

Que el mago del Oeste nos estuviera esperando en la entrada de Havenstad... el borde del reino, la última parada antes de que pudiéramos cruzar. Casi perdimos nuestras vidas justo cuando estábamos tan cerca. Era capaz de repeler todo lo que hiciéramos, como si tuviera cien veces las habilidades de Creggh. Mi espada parecía un pedazo de piedra sin filo, como cuando me la entregaron, antes de que yo dijera esa palabra mágica.

Mi espada... la espada que me había dado papá. Él dijo que siempre iba a protegerme mientras la llevara encima. Me dijo que llevarla era mi camino en la vida, lo que el dios Destino escribió para mí en mi nacimiento. Él... quería que yo partiera para servir al reino. Lo quería aunque probablemente sabía lo que iba a pasarle.

Y en ese momento, mi espada no pudo cortar al mago. Y pudo escapar. ¿Habíamos ganado? ¿Eso era un triunfo? Apenas habíamos logrado sobrevivir.

Luego de que visitar a Lang, que estaba en cama, salí afuera con Aldara siguiéndome. Miré a las calles abajo, donde podía ver las ruinas que habíamos creado, a todos los hombres trabajando para tratar de reconstruir el muelle y las casas perdidas. Miré mi espada y la tiré al suelo.

—¡Carajo...! —insulté entre dientes. Estaba a punto de perder la calma... Y la mano de Aldara apareció en mi hombro.

—Dalia... ¡Dalia! ¡Ey! ¿Estás bien...?

Al sentir su mano noté lo tenso que estaba todo mi cuerpo. Me giré hacia ella, relajándome.

—Es Lang —bufé—. Lang está así...

—Em, ¿por qué sonás furiosa? Digo, ya estaba mejor...

Le di la espalda a Aldara, caminando hasta el borde de esa calle que ascendía y permitía ver a la ciudad debajo.

—Cregh e Ítalo salieron a buscar una posada, ¿no? —dije.

—Sí. Y nosotras tendríamos que cuidar la carreta. Ya oscureció; traer la carreta del bosque tomo bastante tiempo y no sería bueno que nos robaran y... —Se quedó callada. Camino hasta donde estaba, y me miró a los ojos—. Eh, ¿Qué pasa?

—Si no hubiera partido para éste viaje... —susurré para mí misma, y entonces mire a Aldara—. Ey, estamos en Havenstad... Ya estamos lejos, digo, ya estás lejos de casa, ¿no? ¿Nunca... extrañas a tus padres?

—Sí. —La respuesta de Aldara no tardó un instante.

—Y si nunca hubiéramos aceptado las invitaciones de Wenda-gon... seguirías con ellos. Lang no estaría en el hospital. Esas casas de abajo no estarían destruidas.

Aldara negó con la cabeza.

—No es así. Nada es tan sencillo. Si yo volviera a mi hogar... —Se interrumpió, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Yo extraño a mamá. A pesar de todo lo que me hizo quisiera volver a verla. Pero volviendo las cosas no serían tan sencillas. Y, en cierta manera, al atreverme a seguir adelante en éste camino también la estoy protegiendo. Ya escuchaste a Ítalo... Su familia tiene una leyenda como la de los bichos del Oeste, todas las leyendas hablan de lo mismo... Está escrito que nosotros tenemos que seguir.

—¿Nosotros? —protesté, mirando al suelo y sacudiéndome el pelo colorado—. Entonces, ¿entonces qué? ¿Está escrito que a nosotros nos toca tragarnos un montón de sufrimiento y pelear y que nos lastimemos para que otros no tengan que sufrir?

—¡Podemos hacer esto si seguimos todos juntos! Porque si no seguimos...

—Sino... ¿Ahí abajo habría todavía más casas destruidas?

Aldara cerró los ojos, asintiendo.

—Así que eso es lo que creés —musité—. Divino Destino...

Me quedé respirando, exhalando e inhalando hasta que recuperé la calma. Recogí mi espada del suelo. Miré a Aldara durante un momento. Pero luego me giré, caminando calle abajo.

Esa noche la pasaría en el muelle. El borde de Havenstad. Con mis pies en el aire, solo mirando el mar negro hasta que llegó otro día.

V — ÍTALO

Salí a la calle con apuro, pero mi cuerpo funcionaba lento. Me rebalsaba una ansiedad sin igual, por más que mis movimientos se efectuaban con parsimonia. Busqué asiento en el borde de una calle y miré hacia arriba. La luna brillaba blanca, sin ninguna nube cerca que interrumpiera su comfortable luz.

Sabía qué estaba pasando, pero no quería ponerlo en palabras. *Sombra*. No estaba permitido siquiera acercarme al tema; tenía que pensar en cosas buenas. Un poema, un recuerdo, una sonrisa; cualquier cosa que me pudiese sacar de ahí, de ese maldito agujero. Mi respiración se cargaba más y más. Mi piel se enfriaba, mis ojos se desentendían de la realidad. Podía sentirla, subiendo desde mi estómago.

Mi cabeza era un fuerte zumbido, tratando de evitar formular ese pensamiento. A pesar de todos mis esfuerzos era cada vez peor. Tragaba saliva todo el tiempo. Nada lo iba a parar.

Podía verme a mí mismo, sentado en la calle, tomándome de las rodillas, temblando. Con la mirada perdida en otro mundo; totalmente indefenso. Inútil e idiota. Herido y débil. Conociendo todo lo que podía ser, me encontraba ahí. Me encontraba temiendo pronunciar una sola palabra.

Intenté tragar saliva una vez más y noté cuán seca estaba mi garganta. Mis labios se abrieron y, hesitando, pronunciaron la palabra.

—Sombra.

No pasó nada.

No pasó nada, en realidad. Solo hubo un escalofrío que me recorrió entero, desde mis pies en el día que nací... hasta Havenstad.

Respiré hondo y tragué saliva.

Se sintió un quiebre en mi interior y solo alcancé a bajar la cabeza. De mi interior salió el vómito más espeso que podía haber imaginado.

Intenté respirar, pero no era posible. Solo seguía y seguía. Realmente creí que mi estómago se había consumido a sí mismo. Podía ver a mis entrañas llenas del ácido que estaba expulsando de mí. Iba a morir, no había manera de que pudiese volver a vivir como antes después de eso.

Logré tomar una bocanada de aire puro, para volver a un prototipo de existencia.

Mi cuello ardía, mi estómago ardía. Mis párpados se tornaron de piedra en un segundo. Cada parte de mí pedía un respiro; cerré los ojos y deseé morir.

Hubo un momento de silencio profundo. Como nunca un silencio había sido. Entonces, volví a pensar.

—Sombra —alcancé a susurrar.

Podía sentir mis extremidades volviendo, centímetro por centímetro. Mi pecho y abdomen volvían a funcionar, de a poco. Mi corazón latía como solía latir en esas ocasiones. Mis párpados volvieron, y los abrí para encontrarme de nuevo con la noche.

Había durado segundos, pero había sido un infierno.

Estaba inmerso en la sombra como nunca antes. Una fuerte ansiedad golpeaba mis venas con cada latido, con cada inhalación, con cada exhalación.

Mi cabeza todavía daba vueltas, pero entendía qué era lo que necesitaba. Entendía a la perfección lo que mi cuerpo pedía.

Me volví a incorporar, y sentí como el espeso ácido que quedaba bajaba por las paredes de mi interior. El efecto no era menos; incluso respirar era difícil y mis piernas no estaban firmes. Apoyé mi mano en una pared hasta que volví a estar lo suficientemente lúcido. Escupí los restos que tenía en la boca, y luego de un par de largos minutos pude volver a caminar. Sentía que habían hecho un nudo con mis intestinos, y que podría desmayarme con solo hacer tres pasos más. Pero no, la noche era demasiado joven, e irse a dormir no era una opción.

Esa noche, Havenstad era un desierto sin gente. Las luces de la calle eran todo lo que me acompañaba, junto con el frío viento del mar. No había mucha luz; mi paso era lento, pero todo el ritmo de la ciudad también lo parecía. Al menos el fuego ya no quemaba y mi dolor se

estaba apaciguando. Mis ojos empezaban a centrarse; mi voluntad crecía y crecía. Tuve la corazonada de que ya tendría suficiente lucidez para seducir a una chica porteña antes de que encontrase un bar.

No me sentía mal envuelto en la sombra, estaba volviéndose una parte normal de mí. Había tardado más en recuperarme del combate. Poco a poco me sentía más rápido, más ágil. Completamente decidido. No sabía cómo iba a hacerlo, pero esa noche iba a superar esa ansiedad.

El ritmo de la noche se volvió el de siempre en cuánto la luna estuvo más alta. Los negocios que seguían abiertos empezaron a llamar la atención, y las luces del centro se multiplicaron. El frío era una buena excusa para que apurase el paso y entrase a un restaurante estando solo.

En ese momento la emboscada del Oeste, las palabras de Marco sobre mi destino; todo eso parecía haberse esfumado.

Quería pasar al baño a lavarme la boca, y después un vaso de Vera con comida abundante. Se decía que el Vera venía de Havenstad, junto al Oeste.

Mis otros dos objetivos se cumplirían solos. Sabía que los astros estaban iluminándome, aunque en mi interior la sombra estuviera presente como nunca antes.

No entendía cómo debía sentirme, por más que mi pecho había dejado de latir con tanta fuerza. No podía dejar de sentirme al borde de un abismo. Esa fue la mejor forma que encontré para describirlo antes de que comenzara a tomar.

Encontré un negocio adecuado, con poca luz, pero lo suficientemente elegante. Me senté junto a una ventana. Un mozo se acercó a tomar mi orden.

—Un vaso de Vera, por favor. Y la especialidad del día.

Mi voz salía clara y perfecta, pero no podía parar de sentir un cosquilleo atrás de la lengua. Era como si no fuera yo quien hablaba.

Un puto abismo, pensé.

Cerré los ojos e imaginé el abismo. No, era un acantilado. Lo que me esperaba abajo era agua insondable. Mis pies descalzos desprendían piedritas hacia el agua. De alguna manera quería saltar. De alguna manera sentía que el agua no estaría del todo mal, aunque la

caída podía matarme. Mis pies se llenaban de adrenalina, y se aferraban al piso al mismo tiempo. ¿Debía hacerlo?

El ruido de los platos y cubiertos me sacaron del trance. La comida estaba servida, al igual que el burbujeante vaso de Vera. Levanté la mirada alrededor del lugar, buscando lo que necesitaba, y resulto ser tan fácil como subir los ojos. Reí. Reí mucho. Se sentía muy raro estar lleno de esa sensación que había evitado durante años y sentirme bien. Cada segundo que pasaba me sentía más cerca de saltar. Por fin había llegado a Havenstad...

—Voy a saltar —pensé—. No puedo retrasar más esto.

Miré la espalda desnuda frente a mí durante un momento. Al bajar la vista me encontré con alguna cosa en mi plato que nunca había visto en mi vida... Tal vez no debía pedir el especial del día cuando estaba en un puerto. Tomé un poco de Vera, y noté que cuan entumecida estaba mi lengua al tener que esforzarme para sentir las burbujas. Mi garganta estaba en el mismo estado. Sentía que no era yo el que hablaba, sentía que no era yo el que respiraba.

Comí callado mientras la miraba. No entendía qué hacía semejante mujer en ese lugar, en esa noche.

No entendía cómo era posible que me encontrara envuelto en semejante sensación.

Mi mente se perdió mirándola, apreciándola de pies a cabeza. Llevaba un vestido negro de un estilo que jamás había visto, tan elegante como polémico por la manera en que exponía su piel. Ella insistía en no voltearse, seguía con la mirada perdida en alguna botella que exhibía la barra. Sabía que podía permanecer ahí sentada toda la noche sin que nadie más se le acercara. Terminé el vaso de Vera y dejé el plato casi vacío. Era hora. Entendí que la sensación no debía darme miedo. La sombra era una guía.

Al levantarme de la mesa sentí como uno de mis pies ya estaba en el aire. Ya estaba cayendo. Había saltado.

Tomé lugar en la barra, a su derecha, donde no podía ver mis marcas. El hombre que atendía estaba limpiando un vaso con entusiasmo y me preguntó qué quería.

—Crystalina —dije, casi en un susurro.

El mozo tardó unos momentos en servirme y cobrarme. Tomé un buen trago, y el fuego pasó por mi garganta. Ey, estar tan entumecido podía ser malo, pensé. Pero el estar sentado al lado de una dama como ella no me dejaba sentir mis excesos.

Pasó un rato largo y varios vasos hasta que ella pareció salir de su trance. Fue ahí donde logré el primer contacto visual. Su mirada fue penetrante y clara. Sus ojos eran de color cielo y combinaban de una manera perfecta con su pelo negro. Una pequeña arruga al sonreír.

—Otra Crystalina —ordené—. Y una para la dama, por favor.

La curva de su sonrisa se ensanchó aún más, y siguió mirándome. Su mirada me recordó a mi reina. Eso me recordó a mi padre, a mi hermano, a sus revólveres que evitaba y como todo eso me había llevado a viajar hasta Havenstad. Pero como ya estaba inmerso en la sombra, eso no cambió nada. Sus labios eran un caos sensual. Me atrevía a creer que, a pesar de no conocerla, nunca había estado tan hermosa como en esa noche. Ni el día anterior ni el próximo hubiera sido lo mismo. ¿Destino?

Llegaron los vasos de Crystalina. Recuerdo haber preguntado su nombre y otras cosas, pero no recuerdo ninguna de las respuestas. Ella levantó su vaso, y poniendo las manos como una pistola hizo aparecer una llama en su dedo índice. La acercó al vaso hasta encenderlo, sopló el fuego y tomó todo de un solo trago. Entonces exhalo un largo respiro, y comenzó a reír. ¿Cómo había tomado tanta Crystalina de un trago? Le acerqué el vaso para que aplicara su magia. Seguí sus instrucciones y lo sostuve fuerte, sin dejar de admirar cada rincón de su cuerpo que insistía en ser perfecto. Embobado con sus encantos, pedí dos vasos más. No recuerdo una sola palabra; solo miradas entre el alcohol. Mientras que el mozo vaciaba la botella y traía los vasos las cosas dejaron de tener sentido. El tiempo empezó a distorsionarse; dejé de centrarme en algo que no fuera ella.

Sin darme cuenta, estaba rozando mis pies con los suyos. Bajé la mirada para comprobarlo, tan sutilmente cómo era posible para un borracho. Ella volvió a sonreírme y bebió suavemente, ahora disfrutando el sabor de la Crystalina.

Intentaba reaccionar, pero era inútil. Tomé varios sorbos de mi vaso, poniéndome en éxtasis despacio por mi entumecimiento hacia

el ardor. Trataba de abrir la boca para decir algo y me sorprendía al encontrar que no había manera. Simplemente no era posible; solo tomar y mirar. Y nos mirábamos. Y rozábamos nuestros pies.

Esos pies que ya no estaban en tierra firme. Ya había saltado; podía sentirlo. Solo me quedaba caída libre.

Esa segunda ronda se tornó larga. El silencio que compartíamos era placentero. Ya no hacían falta palabras, y ya no las quería, como ella no las había querido desde un principio. A pesar de que mis sentidos se perdían, y alteraban todo mi entorno, su figura seguía siendo clara e impecable. Recuerdo con todo detalle la ideal curva de sus labios, el color exacto de sus ojos. Podría hacer un mapa de su cuerpo.

Era capaz de creer que si no existiera una caída libre en esa noche, ella hubiera podido cambiar mi vida. Con su simple existencia, con el simple hecho de estar sentada ahí.

Revolvía los últimos restos de mi vaso mientras ella ya había terminado. Sus labios se movieron. Me fue imposible escuchar su voz, pero leer sus labios me pareció tan fácil. Cumplí su deseo, y dejé al descubierto el fondo del vaso en un abrir y cerrar de ojos. Ella dejó ver sus dientes por primera vez, en una dulce sonrisa, y me tomó de la mano mientras andaba hacia la salida. Corrimos calle abajo, con ella riendo. Su espalda desnuda era la guía perfecta para evitar caerme. Sí, era difícil mantener el equilibrio, pero pude aguantar hasta llegar a la playa, unas cuerdas abajo.

Caí encima de ella y rodamos sobre la arena. Tomé sus brazos y la sostuve contra el piso para mirarla una vez más. Ella clavó su mirada en mí una última vez, y cerró sus ojos. Me acerqué a su boca, sin dudar.

Sus labios eran la combinación perfecta para esa sensación en mis pies. Estaba cayendo y me importaba muy poco. Me importaba menos mientras más cerca estaban mis manos de sacar su vestido negro.

Rodamos en la arena como adolescentes bajo el hechizo del primer amor.

El ritmo era rápido, desenfrenado. Su tacto era cálido, sin ningún tipo de delicadeza. Pasé un rato en él, sin pensar realmente en nada, limitándome a disfrutar del contacto.

Ella me separó y se paró. Terminó de acomodar sus prendas, y dijo algo. Pude escuchar y grabar su voz por primera vez.

—Quiero llevarte a un lugar.

Volvió a tomar mi mano y me llevó hasta la orilla. Señaló hacia el mar, hacia el horizonte. No sé distinguía nada; solo una masa negra que se movía. Me reí.

—¿Vamos ahí?

Ella asintió, sonriendo. Ya nos habíamos metido hasta las rodillas, y ni siquiera nos habíamos dado cuenta. Me golpeó una ola potente, perdí mi poco equilibrio y caí de lleno en el agua. Me incorporé riendo, parándome a su lado. Me dio la mano y nos metimos más profundo, hasta que el agua nos llegó al pecho. Saltamos adentro del mar y nos sumergidos en una oscuridad absoluta. No entendía absolutamente nada de lo que estaba pasando.

Salió una lucecita blanca desde ella, iluminándonos. Abrió su boca, y apareció una burbuja del mismo blanco que comenzó a crecer y crecer; pronto había una cúpula sobre nuestras cabezas. Sin soltar mi mano, comenzamos a nadar hacia delante, con la burbuja protegiéndonos del agua. Su otra mano estaba extendida hacia adelante, y nos guiaba en la oscuridad como sabiendo por dónde ir. Pensé en el tono blanco de los hechizos de Creggh.

Nadamos más abajo...Nuestros cuerpos se deslizaban por las aguas negras de Havenstad. Era increíble, sin duda; en ningún momento me sentí sobrio, pero aun así era algo sin igual. Ella me miró, y aceleramos el nado un poco.

No podía aguantar la curiosidad por otro instante.

—¿A dónde vamos?

Su sonrisa se ensanchó, apenas perceptible.

—A los Campos Divinos —murmuró.

Temí que se refiriera a nosotros muriendo ahogados. La sensación de mis pies se hizo más fuerte, pero seguía en caída libre. El impacto todavía no llegaba.

Apareció una formación rocosa más adelante, como una pared que surgió en la oscuridad. De ella venían burbujas pequeñas, brillan-

tes como la nuestra. Ella señaló hacia allá y nos encaminamos suavemente. Casi estábamos al ras del suelo; podía ver algo de fauna marina a pesar de mi alcohol en sangre. Ahí abajo solo había paz.

Las burbujas se empezaron a hacer más visibles y en más cantidad. Venían de un agujero que parecía señalado por su simpática luz. Así es que entramos en él, y comenzamos a subir por un túnel hacía adentro de la formación rocosa. El agua se estaba tornando más cálida.

Ascendimos y ascendimos hasta volver a encontrar una superficie. Salimos del agua hacia una gruta; todo un espacio abierto rodeado por paredes de roca que se perdían en la distancia del suelo repleto de pasto. El techo estaba iluminado por unas extrañas raíces blancas que irradiaban luz. El agujero que daba al agua estaba rodeado por un muelle de madera, de donde nos sujetamos para subir. Desconocía cuánto tiempo había realmente pasado, pero todo eso era increíble. Se respiraba un aire distinto a la ciudad; más cerrado y mucho, muchísimo más tibio. Se sentía como un verano sin viento.

—Campos... Divinos —balbuceé.

Alrededor del espacio de madera, iluminado por antorchas a nuestro alrededor, todo el suelo estaba cubierto de hierbas. Y ella ya se había deshecho de su vestido negro.

Todavía tenía suficiente alcohol en sangre para alargar la noche de descontrol. Y no había manera de resistirse; había algo en el aire caliente, en cómo no me molestaba que mis prendas estuvieran mojadas. El color negro del agujero hacia el agua, con sus tintes rojos y dorados del fuego que reflejaban. Era simplemente perfecto. Estaba loco por hacer el amor con ella en esa noche, en ese lugar, en ese momento.

Cubriendo su torso con solo un sostén, puso las manos en mi pecho y me empujó más atrás. Nos movimos unos cuantos metros, hasta caer en un lugar que parecía más íntimo, cuya hierba parecía más suave. Agradecía los dioses por cada vaso de Crystalina que me había tomado. Nada podía ser mejor.

Mientras ella me sacaba la ropa y yo la besaba, me pregunté cómo podía crecer césped y raíces sin sol, pero esos pensamientos desaparecieron una vez que sus labios llegaron a mi cuello. Toda consciencia desapareció, toda preocupación. Se sentía tan cómodo... Porque todo

era perfecto. Podía encontrar plenitud en cada rincón de mi cuerpo, y sentía que entraba en ella de la misma manera. Mi cerebro se derretía con sus caricias y con el roce de su piel.

Dudé. Dudé si estaba vivo.



La luz avisaba del día en el mundo exterior. Debía filtrarse por las paredes de alguna manera, o tal vez era el agua, ahora clara, lo que reflejaba el día desde afuera de la cueva. Entonces hacía un poco más de frío, pero todo seguía estando igual de encantador. Mi cuerpo había estado en otro planeta por un rato, y ahora me sentía totalmente exhausto. Ella seguía a mi lado, todavía dormida. Pensé que esa era la primera vez que me despertaba con una chica entre pastizales. Era bastante romántico; realmente había sido una noche de adolescente. Agarré una de mis prendas para taparnos y decidí dormir un poco más.

Desperté de mi siesta al sentir su ausencia en mi pecho. La encontré parada, mirando hacia dentro de la isla. Ya estaba vestida, y se veía algo preocupada.

El color del agua, que parecía avisar que estábamos en el mediodía, era muy agradable de ver y transmitía tranquilidad. Que era lo que le estaba faltando a ella. Tomé mis prendas, vistiéndome sin apuro. Noté que había despertado con un leve dolor de cabeza y un hambre canina. Me pregunté si alguna de esas hierbas que crecían daría algún fruto comestible... Y si había habitantes hostiles que se alimentaban de ellos.

—Hay que irnos, rápido —declaró la chica.

Sí, debían ser hostiles.

Arriba, las raíces blancas flameaban con el viento, y noté como dejaban caer algunas gotas. Su luz ya no hacía mucha diferencia con la claridad. Entonces note que había una muralla más adelante, cubriendo todo lo que se veía. No me había dado cuenta de lo inmensos que eran los Campos Divinos.

—Sí —murmuré—. En camino.

Ella se agachó entre el pastizal y me hizo señas. Corrió hacia el agua, y seguí su ejemplo. Saltamos sin mirar atrás. Una vez sumergidos, ella repitió lo hecho anoche y nos envolvió en una burbuja. Avanzamos con ritmo apurado, buscando la salida.

El viaje fue mucho más rápido que por la madrugada. Apenas cruzamos algunas miradas ocasionales, pero nos sonreímos. Llegamos a la orilla de Havenstad.

Ella me dio un beso tierno pero corto, y se fue hacia la ciudad.

Me quedé ahí, parado donde la arena se unía con el agua, pensando en cómo era posible que nuestras vidas siguieran su curso tan fácilmente después de noches como esa.

No había olvidado la sensación en mis pies, pero de a poco volví a sentir la ansiedad en mi cuerpo. Mis puños estaban cerrados con transpiración. Sudor frío en mi espalda. Esa señorita no había hecho más que prorrogar su impacto. Y entendí por qué lo sentía: mi misión. Originalmente había aceptado el encargo de Wendagon porque necesitaba acercarme a Havenstad. Tenía que cumplir el rito de madurez y encontrar la piedra del trueno en esa ciudad. Había estado sintiendo la gravedad de ese hecho desde que dimos un paso adentro, como un peso en mi espalda.

Inmóvil, con la mirada enroscada en mis pies, traté de volver a la realidad. Mundo real a Ítalo. Necesitaba comida. Mientras mis ojos buscaban un cartel llamativo, traté de recordar el nombre del contacto que me había recomendado mi primo.

Entré en el primer lugar que parecía vender comida común y corriente, y pedí carne asada con un vaso de agua. Esperé impaciente mientras trataba de atar cabos sueltos. Nuestro grupo sabía poco del Oeste al que teníamos que ir; yo sabía poco de la piedra que tenía que buscar.

La comida llegó caliente, echando humo, y se veía tan sabrosa como terminó estando. La carne duró menos de cinco minutos en mi plato. Con el pan limpié cada rincón, hasta la última gota de salsa. No creo haberme llenado tan rápido antes. Temí devolver todo, pero con un poco de agua las cosas cambiaron a mi favor.

Miré al mar por la ventana. El nombre que Marco me había dado era Tammi, alguien del cual no sabía absolutamente nada. Mi primo también había especificado poco. Si era un amigo de la familia, quizá se trataba de algún primo muy lejano.

Tammi, resonó en mi cabeza. Tammi del Valle. Sonaba mejor así, aunque no recordaba tener familiares en Havenstad; de ser así la piedra hubiera estado en poder de la familia hace bastante. Aun así, creía haber escuchado que la familia se había instalado al lado de la costa en un principio y que habíamos migrado hacia el centro con el paso del tiempo. Aunque, ¿quién podía saberlo? La familia se había hecho muy numerosa en el último siglo.

¿Qué podría saber ese Tammi sobre la piedra del Oeste? Ni siquiera estaba seguro si era un hombre o una mujer.

Sobre la piedra, el tema era más fácil. Era conocimiento popular que la piedra del rayo estaba en algún lugar de Havenstad, la última de una serie de piedras antiguas y poderosas que nuestro apellido suele buscar como rito para ganar posición en la familia. Con ella tendría la importancia para escapar de la sombra de mi hermano... Con ella tendría el poder suficiente para comprarle un castillo a mi reina.

No encajaba el hecho de que ningún Del Valle la hubiese recuperado antes, más allá de que la leyenda decía que la piedra del rayo era intocable. Según tenía entendido, pertenecía a una familia muy reservada que la mantenía como amuleto. Pero también se hablaba de un castillo. Un gran castillo, cosa que era muy difícil de encontrar en Havenstad; eso no era Veringrad con sus largos barrios y terrenos.

En la infinidad de rumores que rodeaban al Vera, uno decía que esta familia poseedora de la piedra eran quienes lo distribuían. Tal vez me lo había dicho Marco, pero no estaba seguro.

El cielo empezaba a llenarse de nubes negras que esperaban a estar sobre la ciudad para desatar su lluvia. El viento soplaba fuerte, mi corazón latía fuerte. Comencé a caminar de vuelta a la posada donde nos estábamos quedando. Necesitaba recoger mis cosas y también necesitaba a Creggh.

Mientras caminaba podía sentir como la sombra se volvía cada vez más pesada y cargaba todavía más mi respiración. Me estaba empe-

zando a enfermar; temí que estuviera juntando fiebre. Mis ojos estaban demasiado abiertos, demasiado atentos. Buscando, buscando, buscando.

Hacía un largo rato que había despegado del acantilado y mis pies habían empezado a volar. De pronto sentí miedo del impacto contra el agua. ¿Realmente podría evitarlo?

Mi cabeza explotaba en pensamientos. Ya me era imposible caminar tranquilo.

Surgió la idea de que podía morir antes del impacto, pero la duda sobre qué había debajo del agua tiraba con la misma fuerza. El Oeste esperaba. Debía encontrar a Tammi. Necesitaba la magia de Cregh. Lang estaba malherido. Sombra, sombra, sombra.

Finalmente llegué a la hostería. Saludé a los presentes sin darles demasiada importancia y me dirigí al cuarto donde había dejado mis cosas. Recogí mi carcaj, los pergaminos y las pólvoras. Era todo lo que necesitaba. Salí rápido de la habitación y me choqué con el mago, que justo estaba saliendo del baño.

—Cregh, necesito que vengas conmigo —le dije, ignorando las duras palabras que habíamos intercambiado cuando llevamos a Lang al hospital; las cosas se habían puesto tensas entonces. No me importaba mi dignidad, mi orgullo o lo que sea. Hubiera salido a buscar a Tammi con un vestido florido si era necesario.

El mago dudó.

—Es sobre el Oeste —agregué, dirigiéndome hacia afuera. Cregh se quedó parado un segundo, me miró de nuevo y fue tras de mí.

Una vez afuera caminamos calle abajo, donde podíamos ver grandes embarcaciones llegando y despegando. Serían unos buenos veinte minutos andando hasta la playa.

Andando por la calle pegada a la orilla caminamos sin tener demasiados problemas.

—Ey, ¿a dónde se supone que estamos yendo? —preguntó mi compañero.

—Al puerto. Tenemos que encontrar a un contacto mío.

—¿Tenemos? —Cregh se quedó quieto en su lugar, terco.

—Necesito tu ayuda. Ayuda de tu magia, puntualmente.

—Sí, seguro. Problema tuyo, supongo.

Se volteó, y comenzó a caminar para el lado contrario.

—¡Cregh! —grité, mientras lo tomaba del brazo—. ¿Acaso piensas que esto es un juego? —Él sacó mi brazo de encima, y se dio vuelta hacia mi con una llama prendida en su mano derecha—. Mi contacto sabe sobre el Oeste, sobre nuestro destino.

Cregh mantuvo su llama, apuntándome. Lo miré a los ojos.

—No llevemos todo esto a un plano de niños —dije, mientras le estiraba la mano.

Volvió a dudar, pero cedió.

—Bien —dijo, y nos dimos la mano. Sin darme cuenta ya estábamos llegando al puerto; el otro centro de Havenstad.

—Marco me habló de un tal Tammi —expliqué—. Me dijo que lo buscase por estos lugares cercanos al puerto. Necesito que hagas lo mismo que hiciste en Craster, dibujando mi apellido.

—¿Un tal Tammi? ¿Quién se supone que es?

—Desgraciadamente, no tengo ni idea. Se escribe con dos “m”, por cierto.

Cregh asintió, y comenzó a escribir el nombre con una pequeña flama que se sostenía en el aire y seguía los movimientos de su mano mientras dejaba una marca luminosa en el aire. Al igual que en Craster hubo un nombre escrito en el aire. Y al igual que en Craster no tardó en dar efecto.

Llegamos hasta donde comenzaba el puerto, donde el caudal de gente aumentaba... considerablemente. Cregh evitaba a la multitud y les decía que se mantuvieran alejados para evitar incinerarlos por accidente, pero nuestro paso se volvió, tal vez, demasiado lento. Ese ritmo solo aumentaba más mi ansiedad, y ahora sentía un sudor frío en mi espalda y en la frente. Mis ojos se sentían muy cansados de buscar amenazas que no existían entre cada persona; la ansiedad había llegado a una etapa en la que se confundía con la paranoia.

Dioses, no podía esperar a encontrar una salida a todo eso.

Caminamos por la calle empedrada al lado de las embarcaciones. La gente nos miraba y miraba el cartel, pero ninguna se acercaba...o ninguna se ocultaba al ver su nombre escrito en fuego. El círculo que nos separaba del resto se hizo más y más grande. A pesar del esfuerzo

de ambos, no podíamos encontrar esos ojos comunicando que se trataba de Tammi o que al menos lo conocían. No entendía cómo nadie salía a encontrarnos, fuera con un cuchillo por sentirse amenazado o para calmar su curiosidad. La masa nos esquivaba como si estuviéramos haciendo algo común, y simplemente caminábamos hacia delante sin encontrar nada. Había esperado que hubiera resultados más rápido, posiblemente por las ansias, pero ni siquiera había pasado tanto tiempo.

De repente todo tomo sentido. En los ojos de la masa no encontraba sorpresa; era todo lo contrario, de hecho. Todo el mundo debía saber quién era Tammi.

—Cregh, es suficiente —dije—. Lo encontramos.

—¿Eh? ¿Dónde está?

Cregh apagó la llama y me siguió.

—¿Quién es? —preguntó.

—No sé, pero vamos a averiguarlo muy pronto.

Con el fuego apagado, la masa empezó a compactarse poco a poco, y volvimos a ser iguales a cualquier otro ciudadano del puerto. Esperamos sentados mientras pasaba éste cambio. El tiempo me sirvió para ganar alguna suerte de paz, y pude recuperar mis sentidos un poco. Empecé a escuchar los pasos de la multitud, sentir el viento y la sal del mar. Me gustaba Havenstad, me gustaban los barcos, me gustaba el mar. Había venido solo un par de veces cuando era mucho más pequeño; recordaba que teníamos una pequeña embarcación para pescar. A pesar de que podía haber mal tiempo, malas decisiones y mala suerte, papá nunca se perdía en el mar. Un día terminamos a la deriva luego de una tormenta espontánea, pero él nos hizo llegar a tierra, sanos y salvos.

Cregh y yo nos levantamos, y nos dirigimos a la primera embarcación que vimos.

—¿Viste esas expresiones en los demás? Creo que todo el mundo conoce a Tammi —expliqué—. Puede que no necesitara molestarte, después de todo.

—Está bien —dijo, formando una sonrisa que no se me tornó del todo falsa. Sonreí, mientras volteaba para seguir nuestro camino.

Una embarcación bastante grande que parecía en sus últimos preparativos para zarpar me pareció la indicada. Nos acercamos sin demasiadas vueltas a un marinero del montón. Corrí mi capucha lo justo y necesario para que pudiera ver la corona de la gloria, y me puse mi mejor tono amable.

—Disculpe, buen hombre, estamos buscando a Tammi. Venimos en nombre de Marco del Valle; si es que tiene alguna importancia, claro.

—¿Tammi? —dijo riendo—. ¿Les debe algo? Ahora mismo debe estar gastándose la vida en el bar del muelle.

Volteé, para ver como Cregh se aplastaba la cara.

—Gracias, buen hombre.

No estábamos lejos del muelle, por suerte, y todavía faltaba mucho tiempo para el atardecer. Nos pusimos en marcha.

—¿Tu contacto es un putito borracho? —dijo Cregh, molesto.

—Ey, Marco nunca me daría mala información. Estoy tan sorprendido como vos.

—Sí, lo que sea. —El mago bajó la cabeza. Caminamos hasta llegar al muelle, donde un cartel nos indicaba nuestro objetivo. Adentro me esperaba la verdad, pensé.

—Creo que vamos a lograrlo, de alguna manera —comenté al mago. Éste levantó una ceja, pidiendo más explicaciones—. Lograr esto, lo del Oeste. Lo que sea que nos esté aguardando allá afuera.

Cregh no respondió, y simplemente entramos al bar. Tragué saliva, me acerqué a un mozo y le pregunté sobre Tammi. Éste irguió la cabeza mientras limpiaba enérgicamente un vaso de cerveza, señalando a un hombre junto a una ventana. Le agradecí y nos acercamos con Cregh.

—¿Tammi? Me llamo Ítalo, él es Cregh. Venimos en nombre de Marco del Valle. —Hablé en voz fuerte y clara. Tammi se encontraba con la cabeza baja, y me miró de soslayo.

—Ítalo, ¿eh? ¿De parte de Marco del Valle? —rió—. Tenes suerte de que todavía no tome demasiado. Tomen asiento, compañeros.

Su aspecto realmente era mejor de lo que esperado; Cregh ya no se veía tan decepcionado. Su barba debía llevar una semana sin afeitarse y su cabello estaba algo largo y despeinado, pero no estaba mal. A pesar

de todo, había algo en su sonrisa que me hacía perder la cabeza. Era demasiado siniestra. Sonreía de oreja a oreja, como luciendo sus dientes. El gesto hacía que sus ojos parecieran adquirir un aspecto demente. Una cierta manera de gesticular con las manos y una postura al hablar terminaba de cerrar a ese personaje muy oscuro, pero ridiculizado por su aparente adicción al alcohol.

—Entonces, ¿qué necesitan? —empezó.

—Tenemos una misión en el Oeste... Marco me dijo que podía contar con vos para ese tema —dije.

—Oh, el Oeste. Es un continente vasto, ¿saben? ¿Qué quieren saber?

—Estamos en una...

—Misión, ya lo dijimos —apuró Cregh.

—Necesitamos detalles del Oeste, saber qué puertos podríamos usar para entrar —dije.

—¿Saben? La gente recurre mucho a mí para preguntarme cosas del Oeste, pero ninguno pregunta por sus maravillas. Por desgracia, no recuerdo demasiado de sus centros costeros, pero de seguro los hay.

—Es cierto, supongo que es una pena. —Sonreí—. Solo necesitamos saber algún lugar puntual, por donde podamos entrar al continente y adentrarnos.

—¿“Adentrarnos”? —rió—. Supongo que van a ser cadáveres más rápido de lo que pensé.

—¿Acaso vos estuviste en el Oeste? —Interrumpió Cregh—. Todas tus afirmaciones...

—Claro que sí —respondió—. Nací en el Oeste, buen hombre. Vi cosas que no creerías. El comercio está muy regulado, pero hay muchos barcos que hacen el viaje por el precio adecuado.

Sonó muy seguro; Tammi mató lo que quedaba dentro de su vaso y ordenó otro. Miré a Cregh: su cara era una mezcla de sensaciones variadas, pero no había que ser un genio para darse cuenta de que no creía que esa historia fuera verosímil.

—¿No podés darnos algún nombre? —pregunté—. Realmente buscamos cualquier detalle concreto.

—H'vyah sería lo más cercano a la costa, posiblemente, pero no estoy seguro. Hace un largo tiempo que no voy por esas tierras puras. También tenés Gangshi.

—¿Algún contacto allá? —pregunté.

—Ya deben estar todos muertos, así que no, compañero.

—Supongo que todo va a ser muy improvisado, al fin y al cabo —murmuré.

—Estoy seguro de que todo ha cambiado mucho —dijo Tammi—. Pero hay cosas que deben seguir igual.

—¿Cómo qué? —preguntó Cregh, impaciente.

—Su paz, su vida blanca—dijo Tammi, sonriendo y cerrando los ojos. Quedó así por un buen par de segundos. Acto siguiente, Cregh se paró y se fue.

—Necesito saber algo más —dije entonces, cuando estuvimos solos—. La piedra del rayo; necesito su ubicación.

—Pedís mucho, chico, ¿sabés? —dijo, lanzando una carcajada—. Creo que es más fácil entender a las mujeres que conseguir detalles de la familia Robler.

—¿Los Robler? —Eran una familia noble bastante conocida, aunque de la que se sabía más bien poco—. ¿Ellos poseen la piedra del rayo?

—Claro que sí, hijo. La tienen en su castillo que nadie puede encontrar.

—¿Un castillo que nadie encuentra? Un castillo no es fácil de esconder.

—Ya sé, ya sé. Son magos, ¿no crees que podrían esconder un castillo en el cielo o debajo de la tierra? —Tammi rió.

—¿Nadie lo encontró nunca?

—Tal vez sí, y la piedra simplemente no estaba ahí. Quién sabe.

—Una cosa más, ¿los Campos Divinos te suenan a algo? —pregunté.

—Al Oeste.

Asentí. Me paré y miré hacia afuera, donde estaba Cregh. Le compré un trago y fui a saludar. Estaba sentado, y parecía bastante molesto.

—En realidad no debería beber —me saludó, rechazando mi trago—. ¿Realmente vas a creer las historias de un borracho? —bufó.

—No, claro que no —le dije, aunque algo de lo que había dicho me había quedado claro—. Al menos tenemos unos nombres: H'vyah, Gangshi.

—Pero, ¿son reales? Ni siquiera estoy seguro de cómo se escriben. Guarde silencio un momento.

—Cregh, necesito ayuda una vez más.

—¿Qué necesitas ahora?

—No voy a mentirte, esto solo es de índole personal —dije—. Pero es muy importante para mí. Es la razón de porqué tengo estos dibujos en la cara. —Señalé a la corona de la gloria. Cregh parecía cansado, con ganas de cenar y dormir una siesta buena y larga. Debía agregar algo más—. Realmente necesito de tu magia otra vez... Los Robler están conectados con el Oeste de alguna manera.

—¿Robler? —Inquirió.

—Son la familia que posee la piedra del trueno, algo que tengo que conseguir. Nunca pudieron encontrar donde esconden la piedra, pero creo que podría ser el primero.

—¿Acaso vas a seguir los cuentos de ese pobre de Tammi? Pensé que eras más inteligente.

—Esto es algo mucho más grande que la borrachera de un pobre diablo. Mucho más.

—Está bien, ¿qué necesitas que haga?

—¿Sabés hacer burbujas? —pregunté.



Un rato antes del atardecer llegamos al mismo punto donde había bajado con la chica del día anterior. El muelle se veía negro muy a lo lejos, al igual que las embarcaciones. El sol estaba a punto de ponerse.

—Justo a tiempo —dije—. Si no nos apuramos se va a volver todo muy oscuro allá abajo.

—Hagamos esto rápido —dijo Cregh.

—Me gusta la actitud.

Cregh creó una burbuja antes de entrar al agua, para que no se mojaran mi pólvora y flechas. Descendimos suavemente, y nos encontramos con un fondo marino que se fundía con los colores del ocaso; tenía suficiente luz para guiarme y que no termináramos ahogados en cualquier lugar de allá abajo, aunque el paso era más lento sin la guía de la chica. El aire de la burbuja se empezó a tornar más difícil de respirar.

—Por ahí —dije—. No falta demasiado.

Seguimos las burbujas blancas que llegaban desde la estrecha entrada de túnel. Ascendimos bastante más rápido de lo que recordaba haber hecho con la mujer. Cregh mantuvo la burbuja hasta llegar a la orilla, y la deshizo cuando el agua nos llegaba a eso de las rodillas. Sin perder tiempo, lo tomé de la mano y lo llevé detrás de unos pastizales altos.

—Por los dioses, ¿qué es éste lugar? —preguntó, mirando a todos lados.

—Los Campos Divinos, Cregh —dije.

—¿Cómo es posible que haya un lugar así debajo del agua?

—Yo tampoco podía creerlo. Además, ¿no sentís esa sensación única? Es un lugar muy extraño.

—¿Qué? ¿Ya habías venido?

—Sí, pero es largo de explicar. Cuando terminemos esto te cuento todo con lujo de detalles.

Los pastizales eran enormes; el escondite perfecto mientras avanzábamos hacia delante. Nuestro destino era la muralla que bloqueaba todo más adelante. Pude ver la silueta de un castillo del otro lado, chocando contra las raíces del techo que la iluminaban. Casualmente, todas las raíces blancas se unificaban ahí, como si su luz viniera del edificio. Ese era el lugar. El vértigo en mis pies me decía que el impacto de mi caída estaba muy cerca. Muy pronto conocería qué me esperaba al tocar el agua.

La noche se reflejaba en el agua que rodeaba el escondite, incluso dentro de ese domo. La oscuridad se fue apoderando de los Campos Divinos mientras nos acercábamos a paso de camello. Todavía no habíamos visto a nadie alrededor. La flora perdía altura mientras nos

acercábamos, y llegó un momento en el que no era seguro seguir avanzando.

—Puedo transportarnos adentro de la muralla; tardaría un segundo —dijo Cregh.

—No. Estoy bastante seguro de que estos tipos son magos y pueden detectarte. Déjame esto a mí.

Tomé mis pergaminos verdes. Separé el adherente y me lo pegué en el antebrazo derecho; el otro lo até a una flecha. Preparé el arco, y apunté más arriba para poder pasar la muralla a pesar del peso del pesado papel. El disparo fue perfecto, como de costumbre.

—Tomá mi mano.

Cregh se acercó y me hizo caso. Pensé en el destello característico del hechizo de transportación, y aparecimos dentro de la muralla.

—¡¿Cómo hiciste eso?! —exclamó Cregh. Chisté para que se callara.

—¡Silencio! Son pergaminos mágicos —expliqué.

Miré el papiro atado en la flecha; se había quemado un poco. El esfuerzo realizado era bastante más grande al llevar a dos personas, pero todavía quedaban un par de transportaciones.

—Genial, ahora necesitamos un plan —dije.

—Esperaría a que termine de oscurecer del todo; creo ver gente a lo lejos —dijo Cregh.

Nos sentamos, mirando el edificio a la distancia mientras esperábamos que la noche llegase. Estaba muy ansioso, casi demasiado; sentía que mi corazón podía explotar en cualquier momento.

—Sigo sin entender cómo puede haber algo de estas dimensiones abajo del agua —murmuró Cregh—. Quiero decir, ¿podría ser un barrio entero!

—Es increíble. Realmente no termina de entrar en mi cabeza.

—¿Qué tipo de familia vive acá?

—Se supone que son los Robler, pero no estoy seguro—dije—. No recuerdo ninguno escudo o distinción propia de ellos... Ey, creo que tengo un plan.

La luz era lo suficientemente tenue para que pudiéramos movernos sin que nos vieran. Nos acercamos al terreno donde se encontraba

el castillo, hacia un pequeño puente que separaba el castillo del resto de los campos verdes encerrados por la muralla.

—Esto es un putito paraíso —masculló Creggh.

Tiré la flecha con el papel encantado a un costado del feudo. El hecho de que no hubiera viento ayudaba mucho al tiro.

—El plan es simple. ¿Ves esos dos de allá hablando? Voy a darles con una flecha cargada con explosivos. Entonces esperamos a que los vengan a ayudar, lo que va a permitirnos tener una idea de cuantos hay adentro. Inmediatamente después nos transportamos adonde sea que cayó la flecha, y entramos por el otro lado. Mientras se desviven buscando al tirador o algún rastro de un hechizo de transportación por el lado equivocado, tomamos la piedra y nos vamos. No voy a obligarte a ser partícipe de esto; puedes esperar en la playa, e irte si no vuelvo hasta dentro de dos horas.

—Sí, claro —rió Creggh—. Voy a dejarte solo para que te maten. Es un buen plan, de hecho, aunque es una pena que tenga que protegerte para que se cumplan las leyendas.

—Estupendo —dije, tratando de esconder la sonrisa que se me había formado—. Hagámoslo.

Mi cuerpo estaba revolucionado; no podía mantenerme quieto un solo segundo más. Iba a explotar, explotar en muchas direcciones por una bola de sentimientos que no hacía más que crecer y crecer. Me sentía exhausto, pero la adrenalina en mis pies me tenía despierto como nunca. Simplemente iba a colapsar en cualquier momento.

Preparé una flecha con la mezcla de pólvora especial de Craster, pero dudé acerca de su calidad y de la cantidad. Eché un poco más de lo que tenía calculado.

Arriba, a unos tres o cuatro metros sobre sus cabezas había una escalera superior con una antorcha colgada.

Un escalofrío me recorrió entero justo antes de que lanzara la flecha, pero por suerte no afectó a mi tiro. Luego de haber pasado un instante del silbido, una enorme explosión desprendió pedazos del techo encima de las cabezas de los guardias. Temí haberme pasado; solo quería causar un susto. Entonces, varios hombres salieron de diferentes puntos para ver el origen de la explosión. Por la tranquilidad del

lugar, podía suponer que todo el que estuviese en la muralla lo había escuchado.

Tras momentos que se tornaron infinitos, había alrededor de una docena de hombres alrededor de los escombros que mantenían a las víctimas atrapadas.

—Vamos —le dije a Cregh.

Le extendí la mano y él la tomó sin hesitar. Concentré mi mente en el pergamino, y aparecimos del otro lado del castillo en menos de un parpadeo.

El plan parecía funcionar a la perfección. Volví a tomar la flecha con el pergamino y apunté hacia adentro del castillo. Le extendí la mano a Cregh y él volvió a tomarla. En menos de un minuto estuvimos adentro del castillo.

—Genial, ahora solo falta la parte de improvisación —dije. Noté que el primer papel se estaba despegando de mi brazo por el desgaste. Por lo que pegué otro en mi brazo, y até el receptor correspondiente en la flecha antes de lanzarla en dirección a la salida.

El interior del castillo era extraño; no había puertas, solo semi-círculos actuando como tales. Tanto piso como paredes estaban hechos de una piedra amarillenta. En el centro de cada cuarto, abriéndose lugar en el techo, una de esas raíces blancas, iluminaba a modo de candelabro. Unas escaleras enormes hacían de espinal dorsal del edificio. Empezamos a bajar por ellas. No necesitaba sentir ni pensar nada. Sabía exactamente dónde ir para encontrar la piedra. La podía oler.

Mi corazón latía demasiado rápido, mis manos transpiraban como si estuvieras hechas de agua, mis sentidos estaban agudizados. Mis pies ya no seguían mis órdenes; se movían solos. Se movían hacia adelante, hacia abajo. Elegían cada camino correcto para llegar. Para llegar vivos al impacto contra el agua.

Sin darme cuenta, había matado a tres hechiceros con la daga que me había dado Marco, y mi mente ni siquiera había tomado alguna decisión. Eso era lo que tenía que pasar, y no podía hacer nada para evitarlo. A la siguiente curva a la derecha, bajando por otras escaleras, en esa sala inmensa, hecha de granito.

—¿Es acá? —dijo Cregh— Yo te cubro.

Volteé y vi como Creggh preparaba una bola de fuego enorme. Justo detrás de él, un grupo de hombres de los Robler se acercaba corriendo, preparando sus ataques. La bola de Creggh impactó contra la pared, y todo el pequeño pasillo tembló. Las paredes empezaron a rasgarse. El mago preparó otra pelota de fuego todavía más grande y la impactó contra la pared. Con un ataque más, la pared cedió y una pila de escombros tapó la salida.

Todo allá abajo empezó a temblar; pedazos del techo empezaron a romperse y caer. La estructura no era tan resistente como parecía.

Bajé, sin perder más tiempo, hasta la sala donde se encontraba la piedra del rayo. Rodeadas de bibliotecas y pasajes de madera. Mesas vacías con libros abiertos. A la izquierda, al lado de una pared.

Allí, flotando en la luz blanca que emanaba. Allí, esperándome. Allí, rodeada de hilos que se fundían en el piso y parecían brillar con la misma intensidad que las raíces.

Todo éste tiempo no había hecho más que prepararme para el impacto. No desde Havenstad, no desde Craster, sino desde el momento que nací.

Levanté mi mano derecha, y caminé hacia la piedra despacio. Tan despacio que mi mente gritaba que corriera, que tomara la puta piedra y huyese. Pero mi cuerpo ya no me pertenecía. En mi mano izquierda ya tenía el pequeño estuche de madera mágica que iba a neutralizar los poderes la piedra del rayo.

Me encontraba a centímetros de sus paredes de hermoso celeste claro, de cristal delicadamente tallado; tan cerca que podía sentir como los pelos de mi brazo se erizaban. Cuando solo faltaba que mi último músculo se estirarse para tomarla, un cascote cayó desde el techo tambaleante; partió la piedra del rayo, y hubo un destello. Ni siquiera había tiempo para reaccionar cuando sentí una horrible punzada en mi hombro izquierdo. Mi mano seguía estirada, tratando de llegar a la mitad de la piedra que quedaba en su lugar, pero mi cuerpo entero comenzó a convulsionar.

Todo en mí colapsó en ese momento; mi sangre se congeló. Rebotaba una y otra vez contra el piso, sin parar. Mis gritos de dolor no aliviaban nada. Mi cerebro se derretía, y mis ojos se desconectaron casi al instante. Recibía una descarga tras otra. Una tras otra. Sentía

que mi corazón latía en todos los centímetros de mi cuerpo. Era cuestión de tiempo para que estallase; mi espalda empezó a doblarse hacia atrás, y mi conciencia simplemente se apagó. De repente, tan cerca y sin aviso, había pasado al otro lado. No podía estar vivo.

Habiendo colapsado mi cuerpo entero, no era más que un cadáver. Sentí las manos tibias de Cregh levantando mi cuerpo inerte. Luego empezó a hacer presión en mi pecho. Volví a percibir sonidos a mí alrededor, lentamente, pero todavía era incapaz de ver.

—¡Ítalo, tenes que sacarnos de acá!

Sin darme cuenta, el impacto ya había sucedido, y ahora me encontraba abajo del agua. Noté que mi garganta había sido cortada por los gritos; sentí como mi corazón latía con temor a que con un solo error volviera a ser castigado de esa manera.

—¡Ítalo!

Sí. Estaba vivo, pero todavía no entendía que sucedía. Pronto mis ojos volvieron a ver formas que se tornaron cada vez más claras. La piedra seguía ahí... y la otra mitad estaba incrustada arriba de mi pecho. Una fuerza irracional me levantó. Me arrastré hasta lo que quedaba de la piedra y la tomé. Quedé tirado boca arriba, observando.

Al fin te tengo, pensé.

Mi mente tuvo un segundo de lucidez, y entendió que el lugar se estaba desmoronando. Cada segundo que pasáramos ahí era un segundo más para que los Robler nos asesinaran.

Le tendí la mano a Cregh, y él la tomó. En un abrir y cerrar de ojos estuvimos afuera del castillo.

Mi cerebro amagaba a estar despierto de a momentos, pero apenas podía moverme y no podía hablar. Cregh tomó mi arco y tomó la flecha del pergamino. Apuntó hacia la costa, pasando la muralla, y disparó.

—Ítalo, necesito que lo hagas una vez más. Si rastrean mi magia, estamos muertos.

Cerré los ojos y me concentré en movernos. Una vez del otro lado, Cregh me guardó el arco y el pergamino y cargó conmigo hasta la costa. Me desmayé en su espalda mientras me llevaba por los pastizales.

VI — DALIA

En la mañana siguiente a dejar a Lang, cuando volví a subir a la ciudad, noté que el resto había encontrado una posada. Era “el Rincón de Lucia”, y tenía un precio bastante moderado, pero Ítalo no había pasado la noche allí. Entré cuando Aldara y Cregh estaban comiendo algo en la recepción. Aldara me miró, preocupada, queriendo saber si ya estaba mejor. Le mostré una sonrisa. Cregh dijo que creía que el arquero había salido a visitar algunos bares la noche anterior, y que probablemente andaba tirado con resaca.

—Aunque también es cierto que él estaba muy ansioso por llegar a la ciudad —dijo—. Tendrá algún negocio que hacer acá, pero andaba muy inquieto desde que entramos.

—Bueno... todos estábamos nerviosos cuando entramos, con aquel mago esperándonos en la puerta, ¿no? —comentó Aldara, tratando de reír.

—Sí... Eh, tenés razón.

Cregh tomó un trago de agua. Parecía que esos dos no eran muy capaces de que fluyera conversación. Me les uní en la mesa, e hice que hubiera un poco más de charla. “Podemos hacer esto si seguimos todos juntos”, había dicho Aldara. Mantuve ese pensamiento junto a mí, y pude sonreír de verdad.

Ítalo aparecería por la tarde, con nubes negras juntándose por encima de él. Entró a la hostería corriendo hacia su cuarto, casi sin mirarnos, y luego salió junto a Cregh. Esa noche, ninguno de ellos dormiría en la posada. Ítalo sí tenía un asunto que resolver en la ciudad, y ese trabajo terminó poniéndolo en el hospital a él también. Me enteraría de esto luego del mediodía, cuando Aldara volvió del hospital. Había ido a cuidar a Lang, cuando vio a Cregh entrando con Ítalo en brazos. Cregh había recostado al arquero, y se había marchado sin dar más explicaciones.

—Cielos... —suspiré, comiendo un pedazo de pan. Aldara parecía un manojo de nervios.

—Dalia, ¡por favor! —dijo Aldara—. Otro más resultó herido, pero no... Digo, esto no significa que éste viaje es un error... Por favor no te deprimas.

No pude evitar sonreír. Tras pasar un día sin dormir, empezando a sentir sueño, y las cosas perdían solidez. Ver a Aldara tan preocupada, en ese momento parecía... lejano.

—No tenés que preocuparte por todos —le dije—. No pongas esa cara... Tan asustada...

Aldara puso una mano sobre la mía. Sus ojos azules parecían brillar, y entendí que esa no era una cara asustada.

—No tengo miedo. Estoy segura de que Lang e Ítalo se van a recuperar... Solo me preocupo porque vos tengas la misma confianza.

Mi sonrisa se hizo más grande. Algo me hizo pensar en mamá. Pero, por eso, me di cuenta de que ella debía estar más sola que yo. Ella debía haber visto a papá morir. Mi sonrisa desapareció.

—Ey... Aldara —Empecé a hablar, tratando de distraerme—. Dijiste que ver a tu mamá sería complicado... ¿Dónde está tu papá?

Aldara se mordió el labio.

—Él falleció hace mucho tiempo.

Me sacudí durante un momento, sorprendida.

—Q... Qué pena —Musité.

—Está bien —Aldara sacudió una mano, tratando de aliviar la tensión—. Fue hace mucho tiempo. —Entonces acercó su mirada, aguda—. Se hace más fácil, Dalia.

—S-Sí —solté—. Claro, por supuesto.

Me levanté de la mesa, algo perdida. El sueño me estaba afectando. Empecé a caminar hacia el hospital, casi sin darme cuenta. De todas maneras, era mi turno de visitar a Lang.

“Se hace más fácil...” “Se hace más fácil...” Las palabras se repetían en mi cabeza. ¿Y para mamá? pensé. ¿También se haría más fácil?

No estuve mucho tiempo en el hospital. Lang trató de intercambiar algunas palabras conmigo, pero yo no tenía ánimos, mientras que pensaba que una buena hija debería consolar a sus padres en tiempos

como esos. Pero cuando Lang me pidió que le trajera sus cosas, yo escuché, y volví de vuelta por donde había venido. Antes de ir a la posada, sin embargo, quise tomarme un trago.

Me senté en la barra de un bar pequeño que atendía en una esquina, al aire libre. Temí que me dijeran algo por verme muy chica, pero no ocurrió nada. Nadie me preguntó mi edad. Ya no debía tener la misma cara de la joven de hacía un mes, que nunca había visto nada. En ese mes había viajado más de lo que nunca había hecho; había recorrido más kilómetros, había visto más ciudades que nunca en mi vida. Había matado bichos. Había atacado humanos, incluso había atacado con la intención de matar. En Craster, realmente había querido matar a ese pistolero.

Nuevas experiencias.

Mientras tomaba la cerveza, jugueteaba con mis pies descalzos en el suelo. Con mi espada en la cintura, no había riesgo de que me cortase. Me pregunté si podía ponerme borracha con la espada tocándome y curándome del alcohol, y decidí ponerlo a prueba. Pedí por otro trago.

—Parecés alguien que ya está un poco ida, nena —me dijo el camarero—. Vos necesitas un vaso de Vera. —Empezó a servirme de la bebida violeta, sin que yo pudiera decir nada—. ¡De lo más efectivo! Hecha acá mismo en Havenstad.

Y era efectiva, realmente. Luego de ese vaso solo, mis oídos parecieron destaparse; casi podía olvidar mi falta de sueño. Corrí hasta la posada y le llevé sus cosas a Lang; sin embargo, cuando terminé de volver ya había oscurecido. Entre al Rincón de Lucia, que a esa hora se encontraba en la penumbra. Caminé hasta nuestro cuarto, donde pude escuchar a Aldara durmiendo. Permanecí ahí, en la puerta, durante un instante, y volví a salir. Me puse a buscar otro bar. Así pasaría la noche.

VII — HEIR

Abrí la puerta de la cabaña con cierto desánimo, pues ya sabía lo que iba a encontrar. Efectivamente, los restos de la familia que la habitaban ocupaban la cocina. Estaban bajo los estantes de comida, el último rincón del cuarto a donde debían haber podido huir. Entre las extremidades que quedaban en medio de la masa de sangre pude ver a dos humanos adultos, pero también había un dedo demasiado chico. Había visto a las arañas marchándose de la casa desde la lejanía, y había tenido que entrar a comprobar qué había quedado en pie adentro.

Pasé a otro cuarto. Todo estaba aplastado; los cuerpos de las arañas maduras habían comprimido los mismos cimientos de esa pobre cabaña de madera gastada. Era un dormitorio. Ahí debían dormir los chicos. Como con pereza, revisé los muebles en la habitación sin buscar por nada en particular. Abrí un armario de ropa; tomé un pijama y lo sentí con mis dedos un poco. Era tan pequeño... Las personitas que habían usado esas ropas debían haber cedido más rápidamente que la madera.

Ya no quedaba nada. Salí de la casa, respirando el aire del campo abierto; era denso y picante, como el sol amarillo arriba. La primavera apenas estaba comenzando, pero ya se mostraba intensa. Bien, me dije. Esos eran tiempos de cambios.

Hacía tres días que estaba marchando hacia el festival de Craster. Todavía me quedaba un largo trayecto, pero entendía que debía ser así. Cada uno tenía su trabajo para ayudar al Oeste, y el mío no necesitaba un anillo del espacio. Aunque el calor hacía que mis plumas sudaran, nunca me sacaba la túnica; no era seguro que un cuervo se mostrase fuera de las grandes ciudades, en los lugares donde la gente no sería tan amable con ellos. Teniendo que evitar la ruta principal, caminando a un lado de los caminos secundarios, me encontraba con

menos viajeros. Me alimentaba del ganado suelto que encontraba y animales salvajes, y mi mente estaba serena. Ya no tenía ninguna duda. Podía sentir que cada paso que daba era en la dirección correcta.

Pero esa era la primera vez que veía arañas entre los caminos. ¿Cómo se habían adentrado tanto? Era imposible creer que una cosa así podía suceder, aunque acababa de verla. Se decía que la especie había entrado al continente por el mar del sur, y desde entonces migraron en manadas hacia el centro del reino, como una plaga que los humanos no podían parar. Pero nunca habían subido tan al norte...

Me pregunté si estaban viniendo más desde el sur. Me pregunté si eso traería problemas en el festival de Craster, o si las arañas llegarían a entrar a la capital... Pero solo había visto un grupo. En cualquier caso, sí sabía porque estaban tan agitadas. Lo que las estaba volviendo salvajes.

—Es su despertar —me dije.

Nuestro Deus estaba despertando, y hasta los animales lo sentían.

Anduve hasta el final del día, apreciando el silencio. Observé los campos áridos, y el pasto amarillo que crecía bajo; el Camino Real se adentraba en las montañas, por lo que la vegetación bajaba poco a poco. Había siembras a la distancia: eran más cabañas dispersas o agrupaciones de chozas que trabajaban la tierra todos los días. Cuando los caminos de tierra pasaban cerca de las plantaciones, apretaba mi capucha y podía pasar sin problemas mientras veía como la gente sufría por un poco de comida. Miles de personas trabajando los terrenos entre las grandes ciudades... Miles de horas de esfuerzo para que los señores de tierras tuvieran sus placeres.

—*Scelus* —insulté, mirando al cielo. Entonces pensé en el cuervo con el que me había encontrado, Krieg. Sus plumas tenían un verdadero negro, su mirada era de completa convicción a pesar de que estuviera manando sangre. Su cuerpo era alto, noble, como un huginn de proceder puro. Un cuervo de verdad, a diferencia de las alimañas que se escondían en la capital. Seguir las leyendas valdría la pena si podía conocer a más personas así.

A pesar de todo, caminar era demasiado lento. Faltarían varios días antes de que llegara a Valle Hondo, y no podía dejar de pensar que sería de más utilidad actuando dentro de Veringrad en vez de alejándome de la capital. No podía entender qué quería decir...

Pasé esa noche al borde de una estancia abandonada que había visto junto al camino. Estaba sentado contra la esquina de una cerca antes de la entrada, arrodillado y quieto. Sin pensar en nada, solo esperando que llegara el sueño, y con él un nuevo día. Otro día para poder continuar recorriendo los caminos de la Ruta del Acero. Así es que apareció el primer ruido, pero no me sobresalté. No lo reconocí como algo importante. Apareció el segundo ruido, y después otro más. Los tres ruidos se repetían en los mismos intervalos. Con el silencio de la noche entendí que se trataba de personas. La primera apareció por encima de la cerca, apuntando a mi cabeza; pude escuchar las cuerdas de su arma tensándose. Los otros dos se acercaron a mí desde los lados, con armas filosas que brillaban en la oscuridad.

Tres ladrones. Me paré despacio, sin mover un musculo de más. El que estaba sobre mi dio un paso atrás a medida que mi cabeza subía, pero solo eso. Pude ver en sus ojos que no sabía que yo era un cuervo. Aun sin decir nada, solo miré a los tres, y bajé mi capucha.

Una expresión de disgusto se dibujó en sus caras.

—Ey... escuchá —me dijo el del arco—. No hagas nada, y sacá los cobres que tengas. No hagas...

—¿De qué hablás? —preguntó el hombre a mi izquierda, acercándose lentamente con su cuchillo en guardia—. Es un bicho, tarado, un bicho. Matémoslo y vayámonos de acá...

El del arco parecía dudar.

—Pájaro de mierda —dijo de pronto el de mi derecha, que no había visto acercándose. Antes de poder notarlo ya estaba pegado a mí, y se dirigió a mi espalda.

Unió mis manos, como queriendo inmovilizarme. El de la izquierda se acercó también, entonces, e intentó correr mi túnica para revisar mis bolsillos.

Eso era todo lo que podía aguantar. Levanté una pierna hacía su rostro, clavando mis garras, y me zafé del agarre del otro. Mientras el

primero chillaba por sus cortes, me giré tomando la daga. Para cuando nuestros rostros se vieron mi filo ya estaba a través de su cuello.

Entonces el arco fue disparado. Me moví hacia la derecha, y el tipo frente a mí me sirvió de cubierta. Con una flecha en la espalda, cayó al suelo, al igual que su compañero con un río rojo brotando de su cuello. Salté hacia adelante y alcancé al humano del arco.

En su rostro se dibujaba una expresión de terror. Los humanos no eran ningunos diablos, no daban la misma pelea; su piel era más frágil, más suave, más capaz de quebrarse bajo el peso como un montón de madera mojada en una choza abandonada...

El último hombre yacía en el suelo, terminado. La luna estaba por lo alto. El silencio seguía igual de imperturbable.

Caminaría durante todo el día siguiente. Los bandidos me procurarían un apetito saciado durante el resto del día, y pude continuar avanzando por esas tierras humanas que pertenecieron a nosotros alguna vez.

Volvería a encontrarme con el hechicero negro al caer la noche. Había formado una fogata a un lado del camino. Su figura negra se acercó lentamente. Apareciendo entre la niebla nocturna, su yelmo negro no pronunció palabra hasta que llegó a mi lado y se sentó junto al fuego.

Y, aun así, por un minuto nadie dijo nada. El mago no parecía él mismo. Decidí mostrar respeto, y esperé.

—¿Sabés por qué los llaman cuervos? —dijo al fin.

—¿...Eh? —dije—. ¿A los huginn?

El mago asintió.

—Pues... por unas aves del reino de los hombres —dije.

—Sí —asintió de nuevo—. Los hombres llegaron hace doscientos años, y vieron a nuestras especies y las llamaron monstruos. Bichos. Nos pusieron nombres en base a los animales que ellos ya conocían. Es... —El hechicero tomó aire. Parecía agotado—. Nos cazaron y nos persiguieron, e incluso pusieron a nuestro Deus a dormir a fuerza de sus espadas.

—¿Está, eh, está bien, señor? —grazné.

—Sí, sí... Que la gracia de deus y su bien nos acompañen, sí. Oí, caballero. ¿Qué viste hasta ahora? ¿Qué te enseñó tu viaje?

—Vi... a hombres y familias trabajando como nunca lo había visto en la capital.

—Contá... Caballero... ¿Qué viste en las ciudades fuera de la capital?

—Vi hambre.

—¿En bichos o en humanos?

—En bichos y en humanos. Vi muerte... También en bichos y en humanos.

—A veces causada por nosotros, ¿no? ¿Cómo estaba Laertes?

Me acerqué al fuego un poco. Había pasado por el interior de Laertes sin problemas, sin que nadie me descubriera, debido a lo duro de la situación allá.

—Ya no había señores de tierra para ocupar la Sala Legal y tomar decisiones. Los guardias se habían separado, pero algunos ciudadanos se reunieron para servir como una fuerza provisoria.

—Sin señores de tierra no habría nadie para que la mercancía fluya y se financien las malas cosechas —dijo el hechicero.

—Immo —asentí—. Al parecer el rey estaba mandando algunas provisiones de parte de la capital.

—Tienen que dejar claro que no es un regalo, por supuesto. Todo tiene que ser una deuda de alguna manera. Ese rey...

El Hechicero dibujó un círculo en la tierra, con una mano cubierta por metal.

—Conquistán tierras y claman que les pertenecen, y aun así dicen que adoran a las fuerzas que los crearon originalmente. Un rey gordo que dice ser un representante de esos mismos dioses.

Unos grillos sonaban en la distancia. Yo miraba al hechicero con solemnidad.

—¿Podés entenderlo? Los señores de tierras, el rey, todos son el mismo tipo de fuerzas. Elementos egoístas que desgarran al reino para ellos mismos. Mientras tanto, en las ciudades hacen festivales y la gente que vive ahí solo practica para hacer bailes y entretener. Para eso murió nuestro pueblo.

—¿Pasó algo? —pregunté al fin. Debía haber un motivo para su encuentro.

—Encontramos a nuestra Nereida —murmuró—. Krieg hizo un buen trabajo, como siempre. Se ocupó de buscar a todos ustedes. Él fue quien me dijo que estarías en Veringrad, también. Cumplió su rol bien.

—¿Entonces? ¿Le pasó algo...?

—No, no. No. Pero hubo otro problema, el Pistolero fue asesinado.

—¿Qué?

—Recibió un corte mortal cuando trataba de probarse. Ni siquiera había salido de Craster. No pudo tomar a su Nereida y recibió ese golpe.

El hechicero levantó su mano, mirando al anillo que reposaba en ella brillar contra el fuego.

—Pude hacer que continuara el viaje moviendo su cuerpo yo mismo, usando mi magia para hacerlo hablar y caminar como un muñeco. Pero ya encontramos a la Nereida, y pudimos transportarlo al Oeste. Ahí va a poder ser revivido. Ahora están todos allá.

—Vaya... Entonces... ¿Yo también puedo viajar? ¿Ya es hora?

—Cuervo —exclamó. Su tono era grave, y retrocedí por instinto—. ¿De qué nos serviría estar allá? No seas idiota. El enemigo está en estas tierras, no en las nuestras, y aquellos cinco humanos particulares ni siquiera abandonaron el continente.

—Pero...

—*Pero...* Hay que apurar las cosas. Vine para llevarte a Craster. Los señores de tierra tienen que empezar a morir, ahora.

—Immo... —dije—. ¿Y si los cinco zarpan?

—No van a poder acercarse a Deus. Pero... si lo hicieran, entonces vamos a ocuparnos de que las escrituras se cumplan.

Los grillos se callaron. El fuego dejó de crepitar. El hechicero levantó la vista hacia las estrellas, y yo hice lo mismo.

—Sí realmente llegan al Oeste entonces van a morir. El viejo continente va a ser su tumba.

VIII — CREGH

Dejé a Ítalo descansando junto con el vagabundo. Salí de la habitación antes de que Aldara pudiese formular alguna pregunta; algo me decía que aquello iba terminar conmigo haciendo más favores como el que Ítalo me había pedido. Y es que eso era lo que había estado haciendo desde que comenzó éste viaje: favores, pues al final no habría paga. Wendagon había muerto.

Salí a la calle. Estaba totalmente vacía, excepto por un gato atravesando la calle; al inicio creí que era Malo, pero Malo ni siquiera era un gato, ¿no?

Caminé calle arriba, pudiendo ver el mar iluminado a la distancia. Nunca me había gustado el mar, con ese fuerte olor a sal. No tenía frío, a pesar de que el sol aún no había terminado de salir. Ya podía sentir el sudor corriéndome por la frente como si el sol estuviera en su apogeo.

Seguí caminando por las calles, más iluminadas y pobladas con cada minuto. En realidad, no conocía nada de Havenstad, pero suponía que si seguía andando encontraría el centro de la ciudad. No tuve que caminar más de media hora antes de llegar a una gran plaza. Frente a mí se encontraba una torre gigante, que había visto sobresalir hacia diez calles. Parecía el templo de la ciudad, aunque podía ser una iglesia del Oeste; no era poco común ver templos de otras culturas en las ciudades fronterizas. No sabía si entrar sería una buena idea. Podía conseguir información sobre la cultura a la que nos enfrentábamos, pero también podía encontrarme a los locos que nos seguían en plena ceremonia, sacrificando una cabra o algo.

Al final decidí ir al otro lado de la plaza, donde se alzaban unas tiendas y estantes que empezaban a ser llenados con mercancía. De todas maneras, lo más probable era que solo me hubiese encontrado

un par de viejos rogando a los dioses por segundas, terceras o cuartas oportunidades.

Mientras me acercaba empecé a dudar sobre mis intenciones. No buscaba comprar nada en particular, aunque justo por eso había decidido salir; era mi dinero y esa probablemente sería la última vez que tendría algo. Dalia ya estaba hablando del barco que teníamos que comprar. Claro, era importante para completar nuestra misión y todo eso, pero lo cierto era que Wendagon estaba muerto. Con él había muerto nuestra oportunidad de obtener su dinero, la recompensa, la única razón por la que había pensado en hacer ese viaje en primer lugar.

¿Y cómo estaban las cosas ahora? Partiendo hacia un continente inexplorado con peligros para los que no estaba listo. ¿Y para qué? No era por dinero, de eso estaba seguro. Sospechaba que a los demás no les interesaba la recompensa en lo más mínimo. Dalia parecía querer cumplir los deseos del viejo a toda costa, a pesar de que había sufrido una pérdida familiar. Ítalo se veía más interesado en probarse a sí mismo, juzgando por cómo nos habíamos arriesgado solo para que pudiera robar una piedra. Aldara... Aldara era un libro cerrado. ¿Por qué se había unido a ese viaje? Nada parecía motivarla, pero ella nunca miraba atrás. El vagabundo tampoco parecía tener un lugar al que volver, pero ahora estaba en el hospital.

¿Y qué hacía yo ahí? Ya no había recompensa, pero eso lo sabía desde hace tiempo. Tuve mis oportunidades para escapar; pero no, había seguido con el grupo. Esa era mi última oportunidad. Pero no quería hacerlo, por alguna razón. No quería ir al otro lado del mundo a morir en tierras desconocidas, pero tampoco quería abandonarlos.

Dejé de pensar cuando llegué al mercado, y me encontré cara a cola con algo salido de mis pesadillas. En ese momento hubiera preferido entrar al templo y ser secuestrado por un culto antes que enfrentarme a lo que tenía frente a mí. Traté de huir, pero él ya me había visto.

—¡Cregh! —exclamó—. Hermano, ¿¡qué haces acá!?

Cresso se acercó y antes de que pudiera decir nada me abrazó con cola y todo, sin importarle las miradas de todos los presentes. La sutileza no era uno de sus fuertes.

—Cresso... por favor, pará —dije.

Cuando me abrazaba, sintiendo sus brazos exprimiendo todo el aire de mis pulmones, su cola enredada en mi pierna compitiendo por ver quién me dejaba inconsciente con su perfume, de pronto el oeste no parecía tan mala idea.

—¿Qué haces acá? —logré decir, y me soltó.

—¡Te dije que iba a comerciar a Teorani! Es la ciudad de al lado —dijo—. Pero, ¿qué haces vos acá? Solo hay dos razones para venir a Havenstad: manejar mercancía o largarse en barco, y como yo soy el que está acá tratando de expandir el negocio...

—Cresso...

—Oh, como sea. ¿Adónde vas? No me digas que por fin vas a cumplir tu sueño de ir a Dirgrain a ver las danzas desnudistas de las...

—Cresso...

—Una buena casa en el Oeste, sí, ese es mi sueño. Debe haber alguna ciudad allá, seguro. Tendría una librería gigante, estaría lejos de cualquier taberna de poca clase... tal vez habría un local especializado. Nada de cerveza, solo lo mejor del continente. No, del mundo; y podría comprar...

Y así pasó la mañana, cobrando venganza porque nuestro último encuentro había sido mi turno de hablar. Cresso me contó todo lo que había estado haciendo; al parecer un tipo le había sacado su chica y Cresso había ido a darle una golpiza, pero cuando llegaron los amigos de ese tipo Cresso terminó con un par de costillas rotas y en reposo por semana. También mencionó un ascenso, o un nuevo trabajo; era difícil prestarle atención a la conversación cuando Cresso cambiaba de tema tan rápido como olas chocaban en el puerto. Ahora nos encontrábamos en el puerto, porque Cresso había decidido ir a comer mientras contaba su historia. Ahora hablaba de cómo casi se había llevado a la cama a una chica humana, pero su novio los encontró en la entrada del local y de nuevo estuvo con costillas rotas.

Me estaba contando como estaba navegando cuando un miembro de su tripulación se cayó al agua...aunque se habían chocado antes así que quizá Cresso lo había empujado... y el viejo terminó muriendo debido a un pez gigante, cuando noté una bolsa de cuero.

—Pero ya basta de mí —dijo al fin—. ¿Te encontraste alguna chica? Vos eras el que nunca volvía a casa cuando salíamos juntos...

—Cresso, ¿qué llevás ahí? —pregunté.

La llevaba en su cinturón y era sencilla, demasiado; de hecho, contrastaba con su fina camisa y guantes extravagantes. Contrastaba con Cresso, básicamente... Por los dioses, por qué llevaba esos guantes.

—Oh, cierto —dijo, tomándola—. Estaba por dártela, pero supongo que me distrajiste. Mira, la encontré en mis viajes.

Abrió el nudo, y sobre la mesa dejó caer una especie de collar plateado. Se unía a un amuleto de un rojo metálico, con forma de rombo y un cristal en su centro que reflejaba la luz del sol. Lo tomé para apreciarlo mejor y noté que detrás del cristal había una especie de dibujo; parecía una persona en una túnica, concentrándose. El metal estaba trabajado; los bordes del rombo tenían detalles con la apariencia de flamas. Había más cosas, pero Cresso continuó hablando, como de costumbre.

—La emoción que tuve al encontrar algo tan bello solo fue solo superada por mi decepción al ver que estaba hecha para magos. A vos te va a quedar mejor.

—¿Cuánto tiempo llevas guardando esa frase?

—Medio mes. —Y continuó contando sus historias. Su barco continuó hasta chocarse con una roca en medio del agua, y una mujer mitad pez rescató a los diecisiete miembros de la tripulación. Obviamente, Cresso no necesitaba ayudar para acomodar el bote, pero se dejó manosear por la mujer pez de todas maneras. Nada en la historia era cierto. Tuve suficiente y me despedí de mi hermano.

—¡Bien! —dijo—. Yo voy a dejar la ciudad en una semana, así que voy a estar esperándote mañana.

Llegué a la posada poco antes de que oscureciera... Al entrar a la casa, una parte de mi deseaba escuchar a Dalia gritando “¡Salimos esta noche!”

Pero no lo escuché. De hecho, no vi a nadie en el local. Entré a mi habitación y me puse a inspeccionar el amuleto. No sentía ninguna diferencia en mi magia... pero incluso si el amuleto era inútil, al menos me vería bonito.

IX — LI

Con cada paso sentía el dolor. Arrastrando el pie izquierdo hacia adelante llegué hasta la salida del hospital. Me dijeron que debía descansar y que iba a empeorar si caminaba, pero ya había estado ahí tres días.

El día anterior había llegado Ítalo, inconsciente por alguna razón. Lo dejaron ahí sin explicaciones. Eventualmente despertó y se fue luego del almuerzo, diciendo que se encontraba bien. No sabía qué tan verdad era.

No había mucha gente afuera a esas horas. Calle abajo podía ver el mar mezclándose con el cielo, y a unas cuadras de distancia una carreta familiar. Me habrá tomado veinte minutos llegar hasta ella, pero era nuestra carreta. Desperté a los caballos y los desaté del poste. Me subí a la carreta con esfuerzo y la hice andar, tratando de ubicar la plaza.

Una bola negra de pelos salió de la nada y se subió a la carreta. Era Malo, que me había seguido, y sin siquiera saludarme fue al fondo de la carreta a seguir durmiendo. Gato flojo...

Llegué a la plaza luego de una hora, teniendo que ir lento para que la carreta no saltara con las piedras y agujeros del camino. Cada pequeño movimiento me hacía doler los huesos. Para mi suerte, una feria se estaba armando alrededor, con puestos de fruta, pescado, ropa, juguetes. Pero algo faltaba. Llegando a un espacio que aún estaba vacío, estacioné mi carreta y me bajé a buscar piedras. Piedras pequeñas, de todas las formas y colores, principalmente grises que eran las que más abundaban. Puestos se armaron a ambos lados de mí y más de uno me dijo que sacara la carreta, pero los espanté diciendo que ese era mi puesto. Ordenando las piedras, escribí en el suelo:

VENDO CARRETA — TRES OCATOS, CINCUENTA RORINTIOS

Y me subí a esperar el dinero. Era un plan infalible. Por otro lado, no había desayunado, y tenía que quedarme ahí a vigilar la carreta.

Las horas volaban mientras la gente se movía de un lado a otro. Algunos pasaban sin darse cuenta de mi oferta, otros la veían y seguían, y en una ocasión un niño se creyó gracioso y desordenó las piedras. Malo se entretuvo tratando de sacarle el brazo. Reordené las piedras mientras me preguntaba por qué nadie venía. Tres ocatos y medio era una buena oferta... a ese precio la habíamos comprado y fue lo más barato que había.

No me hubiera importado tener poca demanda, pero el hambre me estaba matando. Miré al cielo despejado. Iba a ser un día largo y caluroso.

Sentí que me estaban sacudiendo el brazo. Abrí levemente los ojos.

—Ey, Lang, despertá —dijo Aldara. ¿No podía uno descansar tranquilamente esos días?

Bostecé y traté de estirarme, pero sentí un fuerte dolor en el hombro y en la espalda y me retorcí.

—¿Que te paso? ¿Estás bien? —preguntó—. Nos costó encontrar la carreta, temimos que la hubieran robado. —Me levanté apoyándome en mi brazo bueno y disimulé el dolor.

—Sí, sí, no es nada. He estado peor. —En realidad, no recordaba haber estado peor, pero no quería volver en cama. De ahí no me iba hasta vender la carreta.

—Deberías haberte quedado en cama —dijo Aldara—. Vení, volvamos al hospital.

Putá madre, maldije.

—Estoy bien, Aldara. De no estarlo no podría haber llegado hasta acá en primer lugar.

—Es que me preocupás. ¿Qué pasa si llegan los del Oeste y te atacan?

Cielos, esa nena. Me senté completamente para responderle, y noté que Dalia también estaba ahí, mirando afuera.

—Eh, hola, Dalia —dije, y se giró para verme.

—Hola —dijo, con poco ánimo, y siguió en lo suyo.

—Em... Bueno, los del Oeste no saben dónde estamos —le dije a Aldara—. Es más, deben creer que ya nos fuimos en barco. Así que no pasa nada, no hay de qué preocuparse y definitivamente no me duele el cuerpo. —Sí, con eso iba a quedarse tranquila.

—Si vos decís... —dijo Aldara.

Vaya, de hecho, funcionó.

Miré hacia la calle y me aseguré de que mi anuncio siguiera armado. Ya parecía ser mediodía y la feria tenía más actividad que antes, pero nadie venía a comprar. Santas putas...

—¿No hay clientes? —preguntó Aldara.

—Ni siquiera han venido a regatear —dije. Con mirar a una mujer con una bolsa de comida ya sentía ese vacío en el estómago—. Y me estoy muriendo de hambre.

—Si querés voy a buscar comida —sugirió Aldara, mientras se bajaba.

—Sí, por favor... Ni siquiera desayuné. —Aldara me quedó mirando feo con eso último.

—Sos bastante irresponsable, ¿sabés?

—Gracias —dije, sonriendo. Aldara suspiró.

—Bueno, vuelvo en cinco minutos. Dalia, ¿Venís? —dijo, estirándole la mano.

—Sí —respondió, y se bajó sin mucho ánimo. Esa nena estaba rara. Y yo que pensé que íbamos a recuperar fuerzas mientras esperábamos ahí... Pero todos parecíamos más preocupados.

Aldara llegó pronto con algunas manzanas y una botella de leche.

—No sabés cuánto te lo agradezco —le dije, tomando una de las manzanas y dándole un mordisco—. Pensé que iba a seguir así hasta la tarde... —Mordí de nuevo—. Aparte que dan muy poca comida en ese hospital, la cena de anoche fue apenas un plato... —Mordí de nuevo—. Debo tener hambre acumulada de hace tres días —decía, de alguna forma hablando y tragando a la vez. Mordí de nuevo—. ¿Te pasa algo, Dalia?

—No estuve durmiendo bien, eso es todo —respondió. Noté que tenía ojeras, y no parecían de una sola noche.

—¿Por qué? ¿Ansiosa por el viaje? —pregunté. Le di otro mordisco a la manzana y mordí una semilla. Me la saqué de la boca y la tiré afuera; esos porteños no iban a tener puesto cuando creciera ese árbol.

—Sí, un poco... —dijo Dalia, dejándolo ahí. Terminé la manzana y seguí con otra.

—¿Y no estuviste viendo nada en tus sueños? —pregunté.

—No realmente.

—¿Por tres días? —Dalia me miró confundida—. ¿Segura que no es porque no querés dormir?

No hubo respuesta. Seguí masticando.

—¿Tienes miedo de ver algo malo? ¿Es eso?

Aldara y yo miramos a Dalia durante unos momentos, mientras yo seguía masticando. Dalia miró hacia afuera por unos segundos, hasta que finalmente asintió con la cabeza.

Seguimos en silencio hasta que terminé la segunda manzana, y la dejé al lado de la primera. Tomé una tercera.

—No podés estar despierta para siempre... —dije—. Aunque no veas las cosas, el mundo va a seguir igual. En ese sentido, saber lo que no nos gusta es mejor que no saber.

Dalia miró hacia afuera un momento, y luego giró hacia nosotros.

—Sé que mi mamá está sufriendo... Que está sola y que no sabe cuándo voy a volver o si voy a volver... No quiero verla así, sin poder abrazarla, sin poder ayudarla o decirle “te quiero”. Sé que tengo que ver al Oeste, pero no quiero ver a mi madre llorando sola... No quisiera tener éste poder. —Bajó la mirada al terminar. Suspiré.

—Siempre pensé que eras muy joven para una misión así —dije, jugando con la pequeña manzana—. Tener que abandonar tu hogar por una misión tan peligrosa... Ahora Wendagon está muerto. Seguro no vaya a haber recompensa, nada que salga de esto. Puedo llevarte en carreta hasta tu pueblo mientras los demás siguen hacia el Oeste. Después de todo, Wendagon nunca nos obligó...

—¿Hablás en serio, Lang? —dijo, confundida.

—Todavía no vendo la carreta. El viaje tomaría unas semanas.

—Pero, ¿y la misión? ¿La abandonarías?

—No me importa mucho, pero puedo alcanzar a los demás. Si sabemos nuestro destino final, nos vamos a encontrar eventualmente.

Dalia se miró las manos durante lo que pareció un minuto. Un pájaro se paró afuera de la carreta y empezó a picotear el suelo. Agarró la semilla que había tirado y se fue. Saqué otra semilla y la tiré al mismo lugar; esos porteños no iban a apropiarse de mi espacio. Dalia levantó la cabeza.

—¿Ustedes van a seguir con la misión aun si no hay recompensa? ¿Con el peligro que implica?

Aldara me miró, como preguntando si hablaba ella o yo. Decidí hablar primero.

—Pues sí —dije—. Lo hago porque... siempre quise ir a un lugar lejano, irme lo más lejos que pueda. No me preocupa el riesgo, considerando como viví, cazando criminales con Malo... —me pregunté qué tanto de eso era cierto. Me pregunté si incluso yo lo sabía. Solo sabía que en ese grupo me sentía diferente, que su compañía era distinta a como Malo me había hecho sentir.

—¿De quién escapás, Lang? —preguntó Dalia.

—No escapo de nadie, realmente.

—¿Y vos, Aldara?

—Pues... Yo sí... Al principio fui con Wendagon porque escapé de un calabozo —dijo Aldara.

—¿Q-Qué? —dije, riendo en incredulidad.

—Pero ahora sé que hay una profecía y... pienso que si nos separamos vamos a fracasar. Me da miedo, pero lo hago por el bien de nuestro grupo. Y de todo el continente... Quizá. Aunque quisiera, no estoy lista para volver atrás.

—No lo haces porque querés... —resumió Dalia, pero Aldara negó con la cabeza.

—Quiero, porque es lo mejor para todos, aunque pueda no serlo para mí.

Dalia volvió a mirarse las manos.

—Ya veo. —Durante unos segundos se mantuvo en silencio, hasta que levantó la cabeza tratando de sonreír—. Supongo que voy a seguir

con el viaje. Si ver a mamá y no poder ayudarla es malo, tampoco quiero verlos a ustedes sin poder ayudarlos.

Suspiré profundamente y empecé a comerme de una vez la tercera manzana. No tenía mucho sabor.

—Esperemos que Ítalo y Creggh digan lo mismo —dije—. No tengo muchas expectativas del mago.

Ninguna de las chicas dijo nada.

Terminé de comer la manzana y la dejé al lado de las otras dos. De pronto, escuché una voz desde afuera.

—Disculpe, ¿usted está vendiendo esta carreta?

Oh, cielos.

Me dolía horriblemente la pierna por bajarme muy rápido, pero con la venta... me dolía lo mismo. El grupo tenía dinero para un barco, pero si la misión no iba a tener recompensa, necesitaba hacerme nuevas ganancias. Estaba satisfecho. Cuando me giré a ver a las chicas, me encontré con Dalia durmiendo sobre las piernas de Aldara. Debía decir que ese había sido un buen negocio.

En fin, caminando a paso lento, cojeando, me dirigí a buscar un negocio de armas.

Al abrir la puerta del negocio sonó una campanilla. Un viejo apareció tras el mostrador.

—¿Se le ofrece algo? —me preguntó. En las paredes había una enorme variedad de espadas, dagas, arcos, mazas... todo menos armas de fuego.

—Revólveres, ¿tiene? —pregunté. El vendedor sonrió, fue a buscar algo y volvió con un revólver. Probé levantarlo.

—El más pesado —dije—. Me preguntó si me será suficiente.

—No hay ser que pueda seguir caminando con un disparo de esta belleza. A menos que sea un lagarto gigante, claro. Esas cosas pueden seguir hasta con seis tiros en el cuerpo... ¿Va a cazar un lagarto?

—No realmente, pero mi blanco es casi intocable. Las balas se desvían.

—Un mago... Ah, ¿vos estuviste en esa pelea en el muelle de hace unos días?

—Vaya —dije—. ¿Estuvo ahí?

—Me lo contó mi señora —dijo el vendedor—. Y vi los destrozos que causó. Casi todo el pueblo habló de eso... No me diga que va a enfrentarse a esa bestia.

—Voy a enfrentarme a esa bestia —dije, riendo. Cada risotada me hacía doler las heridas que esa bestia me había causado.

—No le creo... Venga, acompañeme. —El viejo me hizo una seña para seguirlo atrás de la tienda, donde guardaba el resto de las armas. Empezó a mostrarme los distintos revólveres.

—Dice la gente que ese mago no era humano. ¿Es cierto eso? —preguntó.

—Es un bicho del Oeste —dije—. No sé qué especie, pero sabemos que es del Oeste...

—Esos bichos no son de fiar... Por eso no les atiendo. Son resentidos, sienten un odio profundo y siempre presente hacia la humanidad. Ya pasaron siglos desde la guerra, pero para ellos es como si hubiera sido ayer. Encima no mueren fácil.

El viejo se dirigió cerca del final de la larga mesa y se acercó con una caja. En su interior había un modelo Hermanos Skowroneck.

—Este es un revolver un poco más caro, pero podemos negociarlo. Hay otros más caros, pero creo que éste cumplirá bien con tu propósito.

—Parece algo interesado en que acabe con el mago —dije. El viejo rió.

—Más bien diría que es una... precaución. Un mago como ese... No hay muchos que pudieran hacerle frente. Pareciera que la era de los grandes magos terminó luego de la guerra. Por más que acá celebren esas competencias de magia, no es más que espectáculo. Me da miedo, la verdad.

Al final compré el arma, y llené mi bolso de municiones. Sospechaba que no iba a poder conseguir mucho en el Oeste. Me estaba yendo a la puerta cuando el viejo me llamó.

—Que tenga suerte, ¿señor...?

—Esteban —dije—. Me llaman Esteban.

Cerré la puerta de la armería, y... mi pierna... iba a tener que ir al hospital pronto.

Me dirigí a la feria, donde ya se habían llevado la carreta.

—Bien, vamos de vuelta al hospital —dije.

—Lang —me detuvo Dalia, ya despierta.

—¿Qué?

—¿Qué hay que ir a Gangshi? —pregunté, acostado en el hospital. Los cinco nos habíamos reunido.

—Sí —dijo Dalia—. Vi un letrero con ese nombre en un sueño, e Ítalo lo confirmó.

—Pues ya era hora —dijo Creggh, entusiasmado—. Eh, ¿y cuando nos vamos?

—Tan pronto como consigamos un barco —dijo Dalia.

—Yo puedo ir al muelle a buscar —dijo Ítalo.

—Voy con vos, entonces —dijo Creggh, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Yo también. —Dalia se levantó para seguirlos, pero Ítalo se detuvo.

—Te ves algo cansada. Deberías quedarte.

—¡Me encuentro bien! —exclamó Dalia, y salió de la habitación primero. El resto siguió pronto.

No me quedaba nada más que esperar.

Mientras estaba almorzando volvieron con buenas noticias. Podíamos salir esta misma tarde.

—¿Tan pronto? Pensé que iba a tomar unos días... —dije. Apenas se me estaba pasando el dolor.

—Un marinero tiene que dejar un cargamento y nos puede llevar a buen precio —dijo Dalia—. Ítalo estuvo investigando y los viajes no son tan frecuentes... Es el único que va a ir. Pero si quieres recuperarte por unos días más...

—Creo que sería lo mejor —dijo Ítalo.

—¡No hay problema! —dije—. Puedo caminar perfectamente hasta allá.

—Entonces empecemos a juntar nuestras cosas —dijo Dalia, y se fueron a la posada.

Terminé de comer y salí una vez más junto a Malo. Con cada paso sentía el dolor de mis huesos. Arrastrando el pie izquierdo hacia adelante llegué hasta la salida del hospital. Me dijeron que debía descansar y que iba a empeorar si caminaba, pero ya había estado ahí cuatro días.

Apenas podía contener mi emoción. Realmente iba a zarpar más allá de todos mis viajes.

X — DALIA

“Podemos hacer esto si seguimos todos juntos”, me habían dicho... Levanté la cabeza, tratando de sonreír. Estábamos al borde del continente de los bichos. Era hora de dar el siguiente paso adelante, y tenía que darlo con valentía.

En esos momentos estábamos en nuestra posada. Estaba hablando con Aldara.

—¿Cómo estuviste ocupando estos días? —le pregunté.

—Bueno... Estamos junto al mar —dijo—. Con tanta agua cerca tenía que practicar un poco. Lo que hice durante la pelea, levantar una ola entera... Fue increíble. Cregh en ese momento me dijo que tenía que probar mi límite. Así que eso estuve haciendo.

Tragué saliva. Nunca me había preguntado si las habilidades de Aldara tendrían un límite.

—Estuve pasando algunas horas junto al muelle, solo sentada hacia el agua —continuó—. A veces, por momentos, me parece ver que la corriente cambiaba de dirección. Y logro eso con solo mirarla... Es más fácil si también dirijo con las manos.

Era increíble. Demasiado cansado para expresarle mi entusiasmo con la voz, le di una fuerte palmada en la espalda. Ella sonrió, un poco confundida.

—Y todavía no sabemos que le paso a Ítalo —suspiró, cambiando de tema. Le pregunté a Cregh, pero solo me dijo que Ítalo le había pedido que lo ayudara a robar a un castillo...

—¿Qué? ¿Robar? —reí.

—Sí... Él tampoco entiende mucho qué era ese lugar. Pero me preocupa que Ítalo haya terminado tan herido... Si ese mago volviese a aparecer...

Aferré el mango de mi espada. No había pensado en eso, pero Aldara tenía razón. Salir sola por la noche había sido peligroso. Pero

ahora íbamos a irnos. Miré a Ítalo, a un lado. Parecía vibrante y distraído... Había cambiado. Cregh trató de llamar su atención un par de veces, pero entendió que era mejor dejarlo estar.

Cuando bajamos de nuevo al muelle, el marinero que habíamos contratado nos estaba esperando. Un marinero que llevaría mercancía a otras fronteras... Con esa barba blanca y aspecto veterano, sentí que debía ser un hombre misterioso.

—Es raro ver a gente que quiere ir al viejo continente —dijo el marinero, que se presentó como Ernesto Alibar.

Subimos y el piso de madera se inclinó bajo mi peso, lo que me sorprendió. Una pequeña tripulación nos saludó con reserva. La nave circular era pequeña, comparada a los otros barcos anclados al gran puerto de la ciudad, pero iba a servir. Ernesto se veía muy seguro de sus habilidades. Y así fue que zarpamos hacia el Oeste... más allá de los reinos de los hombres.

Estas olas, pensé, son realmente las olas con las que soñé. Mucho se habló en esos días, incluyendo una charla acerca del robo que Ítalo había llevado a cabo en Havenstad... Explicación que al parecer había prometido a Cregh.

Ítalo nos contó sobre su familia, aguardándolo en las tierras del Este; nos contó que había tenido que hacer ese viaje para probarse a sí mismo ante ellos. Ítalo había encontrado la piedra que necesitaba, aunque la aventura terminó desmoronándose a su alrededor... Y cuando Ítalo recobró la consciencia, un pedazo de la piedra estaba fundido contra su pecho. Pero no le dolía, terminó de explicar. Resultaba muy difícil de creer.

—Creo que ya era momento de contarles —nos dijo—. Éste viaje nunca fue acerca de Wendagon, para mí... Entonces no va a detenerse por falta de él. Hale, Hale por el Este... —exclamó, levantando una copa de aguardiente que nos había convidado la tripulación—. Sigamos adelante.

PARTE DOS



OESTE

CAPITULO I

BANDAO

I — LI

Me empecé a sentir mareado apenas salimos, aunque a nadie más parecía afectarle el vaivén, ni siquiera a Malo. Gente suertuda...

Ernesto Alibar se veía misterioso, pero en realidad nos contó toda la historia de su vida. A los catorce se encantó con el mar y decidió ser marinero. A los dieciocho sus padres alcohólicos lo echaron de la casa. A los veinte juntó suficiente dinero para comprar su primer barco, que fue su nuevo hogar, y se enamoró perdidamente de una mujer llamada Ángela. Cuando tenía veintiún ocurrió la revolución de los ríos del cincuenta y tres. Se enlistó en la marina y fue encargado con proteger Havenstad del ataque del puerto de Fairer. Ocurrió una emboscada, un ataque para el que no estaban preparados. El capitán del barco de Ernesto murió luego de un cañonazo, así que decidió asumir el mando cuando solo era el vigilante. Empecé a pensar que quizá ese viejo era el famoso marino Oliveir... Ernesto y su tripulación lograron hacerle frente a los barcos atacantes incluso luego de que quedarse sin armamento. Todos los marinos de Havenstad salieron a ayudar, y gracias a la gente común pudieron aguantar hasta que llegaron los refuerzos. La revolución acabó y los líderes fueron ejecutados por sus crímenes. Ernesto había prometido pedirle matrimonio a Ángela si volvía con vida, y eso fue lo que hizo. Esa parte sí fue memorable. Ernesto vivió transportando cargamentos durante cinco años, pero Ángela se empezó a comportar de forma extraña. Al final lo terminó abandonando porque temía que Ernesto la estuviera engañando con una sirena.

—Alto. ¿Qué? —pregunté.

Ernesto consideró tirarse al mar y ahogarse, pero fue salvado por un amigo al último momento. Luego de eso, decidió dejar la pesca a los veintisiete y transportar pasajeros a través de los océanos. Empezó a tener bastante éxito. Una vez que tuvo que transportar al rey por asuntos diplomáticos.

—Nunca va a haber un rey como Opren V —dijo—. Por más que hubiese hundido todos los barcos de Fairer, la revolución no hubiese triunfado de no ser por ese hombre. Tuve el honor de transportarlo cuando se enteró de mis logros.

Sin embargo, una fuerte tormenta los atrapó, y se formó un remolino que quería tragarse el barco. Apenas lograron escapar, pero cuando creyeron estar bien... fueron alcanzados por una ola enorme que dio vuelta el barco, destruyéndolo.

—Nunca pude perdonarme eso... El rey confió en mí por haber demostrado mi valor en el campo de batalla... y dejé que muriera.

Ernesto terminó en la costa, casi muerto. Se cambió el apellido para evitar la vergüenza y por cincuenta años hasta ese día solo había transportado mercancías.

—Dejé de transportar gente porque me recuerda mis errores. Solo recojo a los que no tienen otra salida... Pero les prometo que voy a llevarlos a salvo hasta Gangshi, aunque se nos caiga el cielo encima.

Y Ernesto iba a cumplir su palabra.

Como no conocíamos la lengua del Oeste, teníamos que prepararnos. Cregh conocía el idioma de los bichos gracias a su hermano, e Ítalo sabía un poco debido a su educación. Empezaron a enseñarnos durante el viaje. Eso estaba bien, pero el problema era la comida. El primer día comimos pescado con limón, y el segundo día desayunamos merluza con limón. Me dio un mal presentimiento. Ese día fue cuando más me dolió el cuerpo; apenas me levantaba de la cama para comer. El tercer día comimos salmón con limón. Para el cuarto día teníamos el sabor del mar en la lengua. Y también el del limón. Ese día almorzamos cangrejo. Con limón.

El quinto día empezamos a ver nubes grises en el cielo a lo lejos. Los huesos me empezaron a doler más. ¿Se venía una tormenta?

—Va a haber un poco de lluvia. Nada muy grave —dijo Ernesto, sin mayor preocupación. Ese día comimos pulpo con limón.

El sexto día desayunamos chorizos con limón. Tanto mar ya me estaba hartando. Le pregunté a Ernesto que carga era la que traía.

—Oh, nada. Algunas especias, té, frutas y verduras...

Casi me tiro por la borda.

El séptimo día empieza a llover fuertemente. Nos desviamos de curso, y nos retrasamos un poco. La tormenta me hizo doler las rodillas, al igual que a Ernesto.

Al anoecer del octavo día llegamos a la costa con una tormenta a nuestras espaldas. Nos desviamos hacia el sur, y empezamos la marcha hacia Gangshi.

La costa atraía grandes olas, pero nuestro barco nunca se desvió de su trayectoria. Una ola particular se alzó en la distancia y el barco tuvo que enfrentarla de frente. Pasamos a través de ella y continuamos nuestro curso. Ernesto no durmió esa noche; no iba a dormir hasta dejarnos en Gangshi.

Al día siguiente el tiempo se calmó un poco, y llegamos al puerto de Gangshi con un viento helado. Por fin estábamos en el Oeste. Bajamos nuestras cosas y Ernesto se sacó su gorra.

—Logramos llegar —dijo, sin orgullo, sino que con calma.

Caminó con nosotros por el muelle, vacío, mientras contaba el final de su historia. Ernesto nunca más pudo enamorarse de otra mujer. Nunca olvido a Ángela, ni dejó de pensar en ella. Pasaron más de cincuenta años, pero seguía con la esperanza de que volviera algún día.

—Sé que ya puede haber muerto, pero verla solo por unos minutos me haría feliz —dijo—. Viví las últimas décadas solo con el mar de compañía. Ya no espero nada de la dura vida.

Nos encontramos con una fogata y una criatura sentada a su lado. Era una masa de pelos negra con extremidades, lo único blanco siendo sus ojos. El bicho levantó la vista y nos miró.

—Ernesto. Tanto tiempo sin verte —dijo, mientras nos deteníamos frente a él.

—Dos años, Dalir —dijo el marino, y acercó una roca para sentarse. Nosotros hicimos lo mismo—. Necesito pedirte un favor. Estos

cinco quieren explorar el continente. No te pido que los protejas, pero dales un buen alojamiento.

El bicho terminó aceptando y Ernesto se levantó.

—Dalir se va a encargar de ustedes. Los viajes a éste continente son poco comunes, y de bajo perfil. Así que yo no conozco nada fuera de éste pueblo, y tengo que entregar la carga. Pero puedo esperarlos para el viaje de vuelta; me voy a quedar alrededor de un mes. Los voy a llevar a salvo hasta Havenstad—dijo.

Tras eso, se puso su gorra y volvió a su barco para entregar la carga. *Espero que volvamos a verte todos en una pieza, Ernesto Alibar*, pensé.

—Ese Ernesto. Siempre inventaba historias largas para pasar el rato —Dijo Dalir, mientras movía algunas ramas en su fogata. No sabía qué pensar—. Supongo que ahora estoy a cargo de ustedes. Voy a serles sincero... si hicieran esto de sentarse al lado de un bicho, como nos llaman, y hablaran su idioma en cualquier otro lado no les hubiera ido tan bien. —Su mirada era fría—. En los puertos hay algunos humanos por razones de comercio, y pueden andar sin preocupación. Pero más adentro del continente no somos tan tolerantes. Algunos humanos escaparon de todo al venir acá, y terminaron teniendo hijos que nacieron en el Oeste. Pero solo están a salvo porque el resto de las especies nunca visitaron Alles y no saben cómo se ve un humano. Si hablan su idioma y se revelan como orientales pueden terminar heridos. Cuando se vayan no digan que nadie les advirtió.

—Está bien. Sabemos cómo cuidarnos —dijo Ítalo. Dalir solo miró hacia el fuego.

—Más les vale. Adentro ustedes no tienen derechos —dijo, moviendo las ramas del pequeño fuego que quedaba. Una brisa lo apago completamente. Dalir dejó la rama a un lado y se levantó—. Vengan. Los voy a llevar a mi posada. No se preocupen, no necesito su dinero acá.

Seguimos a Dalir por unas cuadras, permaneciendo a cierta distancia.

—¿Creen que sea tan así? —susurró Dalia.

—Quizá lo hace para asustarnos, quizá no —dije—. Nosotros podríamos decirle lo mismo sobre su gente en nuestro continente.

—¡Si hablan así de fuerte van a descubrir que tengo razón! —gritó Dalir desde adelante, y nos quedamos callados. Tenía buen oído... aunque no podía ver sus oídos entre tanto pelo.

Caminamos durante unos minutos hasta que llegamos a la posada de Dalir, señalado por solo un pequeño letrero.

—“Refugio del Mar” —tradujo Creggh.

No era exactamente un lugar de lujo, pero era suficiente para pasar la noche. Prendimos algunas velas mientras sacábamos nuestras cosas. El cuerpo aun me dolía bastante, pero parecía que podía saltar sin hacerme más daño.

—Entonces, ¿tenemos que hacer algo acá antes de seguir? —preguntó Creggh.

—No sé. No hay nada claro en mis sueños desde que dejamos Alles... —dijo Dalia.

Suspiré. Mi sueño de explorar lo desconocido se estaba cumpliendo. Ahora iba a empezar lo bueno...

II — ÍTALO

El acantilado, la ansiedad y todas las analogías de mi cabeza estaban resueltas. La *sombra* empezaba a ceder terreno y todo parecía liviano. Mi corazón latía fuerte y las cosas se volvían demasiado lentas de a ratos en la cama del hospital al lado de Lang.

Dudaba que estuviera vivo; esa existencia parecía impropia a mí.

Tantas leyendas y mitos, tantas expectativas. Un camino empinado y difícil que desembocó en ese castillo bajo el mar. Esa *sombra* ahora, en retrospectiva, parecía un sendero a recorrer. Porque además de la piedra, esa noche toqué a Destino. No había ni terminado de entender qué pasaba, que ya sentía otro tipo de peso en mi espalda: la cacería de la bestia del Oeste. Tan tangible como el navío en el que embarcamos más tarde. Todo se había materializado y estaba abajo de mi nariz. Era el Cazador de las profecías y había de hacerme de herramientas para la misión. La energía vigorizante que me recorría desde que la piedra se inscruó en mi pecho estaba lejos de parecer una casualidad.

Las cosas habían pasado a un ritmo más que vertiginoso. Wenda-gon, el cuervo, Laertes, Craster, Marco, el Hechicero oscuro, el asalto al castillo, y una fracción de la piedra del rayo metida en mi cuerpo. El otro pedazo, guardado en el estuche de madera mágica. Cuántas historias hablaban sobre la última piedra. De su imposibilidad de ser. De su letalidad al tacto. De su color centellante. Y a pesar de todo, ahora vestigios de su naturaleza me recorrían. Fue suerte. O más bien Destino.

Los primeros días del embarque estuvieron marcados por el limón y el sol abrazador de altamar. Me sentaba en la popa y cerraba los ojos y pensaba. Estudiaba el recorrido de esa energía en mi cuerpo. No tardé en descubrir que era maleable. Se adecuaba a mis pensamientos cuando me concentraba. Sin embargo, era difícil lograr algo concreto.

Pero en el océano, los días eran largos. No muy lejos de mí, veía a Aldara en el borde, practicando con el agua. No podía pedir por un lugar mejor; era una fuente inagotable del recurso que ella utilizaba. A pesar de la cercanía, no hablamos demasiado. Ambos estábamos muy concentrados en desarrollar nuestros dones. Ocasionalmente Dalia se supo acercar a preguntarme sobre cómo manejar su espada y que nos batiéramos a duelo, usando la daga de Marco. Ella siempre pedía que no me contuviera, que sus heridas se curarían.

Esa piedra en mí... era una presencia nueva. Era todo un desafío aprender a domarla; y la concentración necesaria para entenderla me llevo a estar taciturno y quieto. El mar también me daba cierta nostalgia, por lo que apenas socialicé con mi grupo y la tripulación. Me limité a escuchar las historias de Ernesto mientras comíamos.

Hablando de comidas, no tuvimos muy buenos almuerzos en aquellos días; durante el viaje básicamente solo pudimos comer limón.

Papá amaba ponerle limón a la mayoría de las comidas, así que estaba acostumbrado. Me dejé llevar por la melancolía y me vino un recuerdo de hacía ya diez años. Recordé aquel día con una precisión increíble.

Era verano, y estábamos almorzando mucho más temprano de lo común. Esa misma tarde íbamos a partir a Laertes por el cumpleaños de un gran amigo de papá, y mamá decidió cocinar, dejando que el cocinero se fuera a casa más temprano. Ese día puse la mesa y llevé los limones. Sin verme en ningún espejo podía recordar la felicidad flotando en el aire. En medio de la comida, justo después de que mamá se sirviera vino por segunda vez, mi hermano tomó un limón cortado por la mitad y me lo tiró en la cara. Se lo devolví, manchando una de sus camisas favoritas. Papá se limitó a reír, pero recuerdo que mamá tomó dos limones y con una puntería que solo adquiere una mujer entrando en años nos acertó entre ceja y ceja. Empezó una guerra familiar de limones que se extendió en tiempo y lugar, convirtiéndose en una cruzada a lo largo de toda la casa. Recuerdo correr hasta la cocina, donde estaban todos los limones. Llené mis bolsillos, y usando mi camisa como una bolsa logré recolectar montones. Corrí a buscar a mi hermano para darle la lección de su vida. Al llegar al

comedor, encontré a los tres juntos esperando para liquidarme. Perdiendo algunos limones, resbalé en el piso hasta llegar a un sillón que utilicé como refugio. «¡Mueran!», grité. Lancé todos los limones en mi camisa de una vez, hacía su posición. La batalla se perpetuó hasta tarde, tan tarde que ese día necesitamos los pergaminos de transporación para llegar a tiempo.

En mis recuerdos no había ningún mal. Ninguno; eran recuerdos. Ya no les temía. Ya no había sombra.

Para cuando llegamos al otro continente, podía formar una concentración de ese poder de la piedra en mi mano y mantenerlo como si fuera un rayo doméstico. En la orilla nos recibió una bola de pelos caminante que nos acompañó hasta su morada, donde pasaríamos la noche.

Miré los alrededores del edificio. La ciudad estaba iluminada, pero no había antorchas, ni hierro o madera; eran raíces que salían del suelo y cuyo fruto era la luz que nos guiaba por la calle. Raíces que daban luz. Se me hicieron familiares, eran como las que había visto en los Campos Divinos. Me dio muy mala espina.

No podía negar que el aire que se respiraba era otro que en Alles. Encontraba cierta paz en él, pero esa calle que nunca parecía terminar y tal silencio solo aumentaba mis malas impresiones.

Volví a la cama. Intenté conciliar el sueño, pero sentía que mis ojos no podían cerrarse. Me rodearon ideas que volvieron plomizo al ambiente. Con solo pensar en una emboscada del grupo enemigo, se erizaba cada pelo del cuerpo. Sentía una gran tensión en mi espalda mientras daba vueltas en la cama. La sentía en todo el grupo, que tampoco parecía estar durmiendo. Era nuestra primera noche en un lugar desconocido. Creí poder hablar con el resto con solo pensarlo, como si nuestros pensamientos se coordinaran en una nube y cada uno pudiera estirar la mano y traerlos a su mente.

Poco a poco el cansancio empezó a ganarnos, pero los ojos no se cerraban tranquilos. Ni siquiera podíamos saber si esa bola de pelos de Dalir no nos degollaría en cuanto cerráramos los parpados, o si iba a ir a venderle nuestra posición al mago oscuro. Podrían pasar tantas cosas. Y venían más pensamientos, pero el sueño ganó la pulseada.

Me desperté de golpe, transpirado y con mi brazo izquierdo cargado de luz, listo para atacar. Toqué mi cuello para comprobar que estaba ileso. Era el primero en despertar, y para mí sorpresa el sueño había sido bastante renovador. Una noche con los ojos cerrados por demasiado tiempo podía costar el esfuerzo de un mundo entero.

A los segundos apareció Dalir para servirnos el desayuno. No se me había ocurrido que la comida del Oeste podía ser un verdadero asco para nosotros, pero Dalir actuó bastante... humano. Era comida normal. Le agradecí y le pedí que despertara a los demás. El olor al pan abrió mi apetito, pero volví a mi paranoia.

¿Y si estaban envenenadas? Era la forma más simple de matarnos, ni siquiera tenían que manchar de sangre las sábanas. Miré el pan fijamente, como esperando que se intimidara y dijera toda la verdad. El pan permaneció en silencio y consideré que por cómo se había dado todo, si nos querían muertos ya lo estaríamos. Tomé un primer pedazo hesitando, temblando. La unté con manteca y mastiqué nervioso. Después de ver que no pasaba nada, saludé al resto y les ofrecí sus pedazos.

Comieron sin el menor miedo, y se los veía bastante tranquilos. Excepto por Dalia. Era claro que tenía un sueño atravesado en el medio de la garganta. Sus ojos abiertos rodeados de esas auras violetas empalidecían su dulce rostro. No podía ser bueno.

—Terminen su desayuno y vístanse, pero luego nos vamos —dije.

— ¿A dónde? —dijo Lang, limpiándose con una servilleta mientras giraba los ojos a Dalia.

—No sé, pero tenemos que salir de acá. Parece cómodo, pero hay que movernos. Dalia, ¿algo para decirnos?

—No... —Ella sacudió la cabeza.

—No estoy seguro acerca de irnos —dijo Cregh—. Podríamos quedarnos más tiempo. Esperar... —Entonces Dalia se esforzó por decir algo.

—Solo... hay que seguir hacia adentro. Hacía donde se pone el sol. Se produjo un gran silencio.

—Al Oeste será, entonces —dije.

Al terminar el desayuno, nos despedimos de Dalir y posiblemente de nuestra última noche de comodidad.

Al salir a la calle, nos encontramos con un ambiente bastante hostil. La mañana era fría y cubierta por neblina. Bien pegados, partimos al Oeste. La neblina se hacía espesa y no diferenciábamos qué bestias teníamos enfrente, pero había demasiadas; de todos tamaños, apariencias y olores. Con la cabeza gacha y paso rápido, tratamos de eludir a la mayoría. Sentía como sus miradas se depositaban en nosotros con cada paso que dábamos. Parecía que formaban un hueco, un pasillo para que pasemos y todos pudieran observarnos. Con la capucha puesta, lideraba al grupo para tratar de lograr la mayor discreción.

Los empedrados se volvían eternos y parecía que la ciudad no encontraba final. La misma suerte corría con el pasillo de habitantes de Gangshi. Me sorprendí al ver humanos que se mimetizaban perfectamente con el resto de los bichos. Estaban vestidos de manera muy parecida, con una túnica clara con detalles en oro. Y sus miradas eran igual de condenatorias, o incluso peor. Estaban a solo media palabra de gritar algo; sentía como si todo estuviera por explotar.

El pasillo imaginario se empezó a perder, con gente mezclándose entre nosotros y dificultándonos avanzar rápido.

—Unos huginn... —susurró Dalia.

Ya los había visto. Se destacaban entre el resto con su gran estatura; se acercaban a lo lejos con sus brillantes picos. Venían directo a nosotros.

—Guardá los revólveres, Lang —ordené—. Yo me encargo del de la derecha. Dalia, andá por el de la izquierda. Prepárense para correr.

Me adelanté varios pasos, chocándome con bichos. Moví mis dedos, separándolos y volviéndolos a contraer. Iba a necesitar una buena descarga para tumbar a un huginn.

Encendí un rayo en mi mano izquierda justo antes de tenerlo cara a cara. El cuervo realizó un movimiento con su ala, pero mucho antes de que pudiera reaccionar golpeé contra su pecho. Sentí como la descarga recorría su cuerpo sorprendido, y usé el resto del brazo para tumbar a la bestia de dos metros en un solo movimiento. Seguí caminando sin mirar atrás, fingiendo que no había pasado nada. Dalia fue no fue tan discreta, pero terminó el trabajo con un corte limpio de su pequeña espada. Con Dalia justo detrás mío y el resto un par de pasos más adelante, la gente comenzó a abrirse para dejar en evidencia a los

culpables. Después de unos metros, nos encontrábamos en otro túnel formado por la gente del Oeste. Nos señalaban con el dedo y se tapaban la boca por la tragedia que había ocurrido. El resto comenzó a acelerar el paso y me quedé atrás.

Dediqué una última mirada a los cuervos. El cuervo al que le había pegado ya se volvía a incorporar; solo había caído por la sorpresa de ser impactado por un rayo. El huginn apuñalado por Dalia también parecía seguir vivo, pero no lo estaría mucho más. Su sangre negra empezaba a llenar el empedrado del suelo. Entre los susurros podía escuchar como los habitantes hacían referencia a mi marca. Distinguían la Corona de la Gloria.

Comencé a correr para llegar junto al resto. Manteniendo un paso apurado, y ayudando a que el vagabundo no se cayera por no estar del todo recuperado del hospital, llegamos a las afueras de Gangshi.

Una vez en la salida de la ciudad Cregh se ofreció a transportarnos con su magia, pero Aldara lo detuvo.

—No sabemos dónde estamos. Cualquier intento de alejarnos mucho podría meternos en el medio de un lugar incluso más hostil.

—Creo que voy a tomar el riesgo de todas maneras —dijo Cregh.

Pero la transportación fue mucho más corta de lo que estábamos acostumbrados. Unos cuatrocientos metros. Nos daba el tiempo necesario para escapar a pie sin temer sobresaltos.

El camino fuera de la ciudad parecía ser una meseta seca, con un poco de verde alrededor del camino eternamente plano. No sabíamos cuánto tiempo tendríamos que caminar hasta encontrar otra ciudad de nuevo.

—¿Cómo vamos a sobrevivir de ahora en más? —preguntó Cregh.

—No veo árboles, así que si es necesario vamos a tener que robar comida. Solo nos queda hacer el trabajo sucio. No es tan malo —dijo Lang.

—Me pregunto cómo sobreviven los humanos acá —dijo Dalia.

—¿Humanos? —Se giró Cregh—. Somos los únicos.

—¿No los viste? Usaban unas túnicas todas muy parecidas—contestó Dalia.

—No entramos en la misma definición que ellos —hablé—. Vi cómo nos señalaban, como cualquier otro ciudadano de Gangshi.

—Aunque todavía nos quedan muchas provisiones, no puede ser tan difícil pedir prestada comida de los bichos. Malo puede ayudarnos a conseguirla —dijo Lang.

—Ahora el problema es encontrar la próxima ciudad, claro está —dijo Cregh.

—Dalia, ¿cuán al Oeste debemos ir? —dijo Lang.

—No lo sé —respondió ella.

Caminamos por unas horas, con pequeños trayectos de la magia de Cregh. El Oeste parecía un yermo perpetuo. Alguna sierra atrevida aparecía en la lejanía, pero solo caminamos y caminamos hasta que llegó la tarde y con ella la noche. Acampamos poco antes de un río, respetando una buena distancia. La flora parecía ser un poco más heterogénea ahí y hasta encontramos una casa de piedra, abandonada al pie de una de las pequeñas sierras que empezaban a formarse.

Cregh se ocupó del fuego; yo me dediqué a buscar algún animal que cazar o frutas que recolectar.

Ese día pasaríamos hambre; no había fauna. La flora no era tan diferente a lo que se podía encontrar en el Este, por lo menos cerca del río. Conseguí un par de hierbas comestibles para lograr algo parecido a una sopa, por lo menos. También encontré una especie de tubérculos que se podían comer. Eran crujientes y no estaban muy buenos, pero claro que era mejor era nada.

Al volver vi a todos, excepto por Dalia, reunidos alrededor de una fogata. Ella estaba investigando esa casa tan extraña con una rama encendida como antorcha.

Les mostré que había conseguido y lo repartí. Entonces Dalia volvió con una expresión rara en su cara.

—Esto... es una capilla de la religión del Oeste.

III — DALIA

La casa era más alta que lo normal. Estaba compuesta por un solo cuarto vacío, aunque una pared se hundía hacia adentro. Me pregunté si ese espacio en la pared habría sido usado para guardar libros. Pero eran un lujo... No había manera de que una casa aislada del Oeste tuviera libros.

Entonces, las paredes. El punto más impresionante de la capilla. Todas estaban cubiertas de dibujos, de pinturas; partiendo desde el techo mostraban a un gran árbol que se ramificaba hacia abajo. El árbol se dividía entre la izquierda y la derecha de la casa, y las ramas se detenían por la mitad de la pared. De ese punto, seres aparecían entre las ramas, y cada vez había más hasta formar varios grupos. Todos eran distintos, con líneas distintas. No creí ver a ningún humano. Uno de ellos, pintado de negro, podía ser un cuervo. Arriba con el árbol todo era oscuro, lleno de estrellas, de noche. Abajo con los bichos todo era luminoso, soleado. Mientras más subías en el dibujo más crecía la oscuridad. Todo el dibujo en conjunto era muy hermoso, y lo contemplé asombrada por unos momentos.

Salí afuera, donde vi que Ítalo se había sumado en la fogata, y estaba repartiendo las hierbas comestibles que había podido recolectar. Les comenté lo que había encontrado; que la casa de piedra debía ser una capilla de su religión, mas seguramente. Todos tomaron la ramita y fueron a ver.

Pocos minutos después, estábamos todos comiendo alrededor del fuego. Permanecimos pensativos por unos momentos.

—¿Qué creen que cuente el dibujo? —dijo al fin Lang. Cregh se alzó de hombros.

—Ni idea —dijo. Entonces agregó—. Ey, quería hablar sobre lo de esta mañana.

Todos nos giramos a mirarlo. Masticábamos las hierbas y hongos despacio.

—Esos cuervos que asaltamos... ¿Están seguros de que iban a atacarnos?

—Claro, Cregh —bufó Ítalo—. Venían directo hacia nosotros. Quizá uno de ellos era él que nos encontramos dos veces... Uno de esos asesinos que nos persiguen.

—P-Pues... no estoy tan segura. —hablé, insegura de si quería hacerlo—. El cuervo que apuñalé se veía muy asustado... como si no supiera qué estaba pasando. Parecía que lo asustaba ver su sangre.

—Quizá solo lo tomaste por sorpresa —dijo Ítalo—. Y el que atacó yo podía ser el que buscamos.

—Ey, esto es serio —dijo Cregh—. Quizá dejaron sangrando a dos personas inocentes...

—No podemos decir eso ahora, después de todo lo que hicimos... —habló Aldara, de pronto—. Ya sabíamos lo que íbamos a hacer cuando cruzamos el mar. Esta escrito que el Oeste quiere acabar con nosotros. —Bajó la cabeza—. Será duro, pero...

—Entonces, ¿qué? —dijo Cregh—. ¿Vamos a matar a todos los bichos? Mi hermano es un bicho, saben...

—Y mi gato también —interrumpió Lang—. Pero lo que hagamos será lo que tenemos que hacer. Ya dije antes que, si es necesario robar comida, vamos a hacerlo. Aldara tiene razón. Ahora queda el trabajo sucio.

Arañé un poco el piso, insegura.

—Es cierto —susurré—. Los bichos pueden ser personas amables como los lagartos, pero... También pueden ser monstruos peligrosos como las arañas, o los cuervos. —Malo largó un pequeño maullido. Sonreí—. O los quitnar.

Ítalo, que no había dicho mucho, suspiró.

—Escuchen: puedo admitir que es posible que me haya confundido. Pero no compro eso de que eran inocentes e indefensos. Todos sentimos como nos miraban. En todo caso, quizá debamos ser más cuidadosos de ahora en adelante.

Poco después, fuimos a dormir. Íbamos a recostarnos adentro de la capilla, cuyas paredes podrían retener nuestro calor. Ítalo y yo fuimos los últimos en levantarnos de la fogata. Justo antes de entrar al edificio, lo detuve.

—Ítalo, por cierto... Ese brillo que hiciste en Gangshi, contra el huginn. ¿Qué era?

—Es... —Ítalo pensó su respuesta, y se tocó el pecho. Subió sus ropas, y ahí estaba esa piedra pegada a él—. Algo que puedo hacer ahora. Aun no estoy muy seguro de qué es. Pero si se aparecen los cinco del Oeste de nuevo, va a ser mejor que tengan cuidado.

Y con una sonrisa, Ítalo entró a la capilla.

El día siguiente amaneció tan frío como antes. Lang había sido el primero en despertar, y nos gritó para que nos apresuráramos. No quería perder el tiempo.

—No sabemos cuándo vamos a encontrar comida —dijo—. Es mejor que empecemos a caminar lo más pronto posible, así cubrimos más terreno.

Así es que empacamos prontamente, y unos minutos después ya estábamos de nuevo en el camino. Marchamos una hora, y el río que oíamos apareció frente a nosotros; no era muy ancho, y se perdía entre la niebla hacía las dos direcciones que miráramos. Cregh nos transportó del otro lado. Las mesetas empezaron a hacerse más comunes; el camino se levantaba más y más, y la vegetación también aumentaba de a poco. Unos minutos adelante del río vimos otra capilla, que parecía igual a la anterior, y luego vimos otra más. Se estaban haciendo más frecuentes.

Anduvimos por dos horas más, en las que podíamos ver varias capillas en las montañas alrededor.

—¿Esas construcciones también son...? —preguntó Cregh.

—Vamos, avancemos... —suspiró Ítalo. Estaba cansado, pero todos lo estábamos.

Usamos nuestras provisiones lo menos posible, y de a poco. Con el estómago vacío, nuestra marcha se hizo más lenta. Mi mente estaba tan cansada que creía que la niebla debía ser el sol encegueciéndome; el frío era tan irritante que me hacía transpirar.

Entonces subimos por una elevación que cruzaba por nuestro camino, y cuando pudimos ver del otro lado un edificio enorme nos recibió.

Por el techo en punta, estaba claro que era un templo. Era como las otras capillas, pero cuatro veces más grande, y varias veces más alto. Todos nos miramos, sorprendidos, y bajamos la colina con paso rápido. Las paredes tenían grabados, igual que las demás. No podía ver una puerta. Palpamos la piedra enorme un par de veces, y entonces Aldara nos llamó con un grito. Había andado hasta una de las esquinas.

—¿Ahí está la puerta? —pregunté.

—Sí —dijo—. Pero, ¡miren...!

La acompañamos, y a medida que nos acercamos lo que había visto se hizo obvio. Contra la puerta cerrada del templo, tirado en el suelo, había un bicho. Parecía jadear, pero estaba inmóvil, y cubierto por una capa blanca y gastada. Era delgado y alto, pero su piel gris solo llegaba hasta su cuello. Su rostro era de hueso... como una calavera. Un rostro con hocico, de animal. Y unos ojos sobre sus cavidades, vivos.

Aldara no se dejó atemorizar por su aspecto, y le arrojó algo de agua sobre sus hileras de dientes. Entonces sus ojos se movieron... Se giraron hacia nosotros, mirándonos de arriba abajo. La criatura se incorporó un poco, aun débil.

—¿E-Está bien...? —murmuró Aldara. La criatura pareció mover su dentadura un poco. Aldara acercó el oído, y todos también nos acercamos.

Empezó a hablar muy lentamente, susurrando para sí mismo...

—La Nereida... El Caballero, El Cazador, El Hechicero y El Pistolero... —Su voz bajó aún más—. Creía que ya no era un Oráculo digno, pero parece que me equivocaba. Creía que todas mis habilidades se habían ido... Pero parece que mi última visión sí se hizo realidad. Humanos del Este... —La criatura se inclinó para toser, escupiendo—. Los estaba esperando.

IV — LI

Nos miramos entre nosotros, sin saber qué hacer con esa extraña criatura, hasta que esta se desplomó. Aldara lo movió y trató de que siguiera hablando, pero la criatura parecía solo mirar más allá del cielo, respirando levemente. No tenía parpados, nada que indicara si estaba inconsciente o solo demasiado cansado para hablar.

—Vamos, hay que hacer algo —dijo Ítalo, y se acercó a la criatura para levantarla.

Dalia se acercó a ayudar mientras yo abría la pesada puerta del templo. Cregh se me sumó. Echamos solo una mirada al interior, oscurecido por las gruesas cortinas que cubrían las ventanas. Apenas distinguía los asientos que estaban cerca de la puerta. Pero había un olor extraño, como... sangre.

—¿Ves eso, Lang? Ahí en el piso... —señaló Cregh, pero no podía ver nada.

—Por allá hay una casa. Quizás sea la del Oráculo—escuchamos decir a Dalia. Nos unimos al resto.

La casa del Oráculo era de madera y muy modesta, algo destruida. La puerta estaba rota y no se podía cerrar completamente. En su interior solo había una habitación con una cama, llena de libros. Recostamos al Oráculo en la cama, y nos quedamos mirando el lugar.

—¿Vamos a esperar a que despierte? —preguntó Dalia.

—No creo que tengamos opción —dijo Ítalo—. Él sabe cosas.

—Podría ser una trampa... —dije.

—Estaba casi muerto cuando lo encontremos. No creo...

—Pero los del Oeste podrían saber que íbamos a llegar acá —interrumpí—. A eso me refiero.

—Pues vamos a tener que arriesgarnos —dijo Ítalo.

Esperamos por una hora. Eso ya volvía a ser el tedio del hospital, solo que estaba ahí por voluntad propia. Pero finalmente escuchamos un suspiro.

Aldara fue la primera en acercarse. El Oráculo giró sus ojos hacia ella y trató de hablar.

—Nereida... —susurró—. Al fin llegaron.

—¿Quién es usted, exactamente? —dijo Ítalo, directo al grano.

—Olvidamos nuestros nombres al tomar nuestra profesión —dijo, ganando un poco de fuerza—. Cualquier reconocimiento personal queda atrás, para ver la realidad libre de prejuicios. Soy el Oráculo de Bandao.

Nos quedamos unos momentos en silencio, tratando de entender.

—Eh, ¿y cómo supo que vendríamos, señor Oráculo? —preguntó Dalia.

—Usted es el Caballero, ¿no? Usted debería saber... —El Oráculo se inclinó y pareció sonreír. Tanto como se lo permitía su estado, al menos—. Lo vi... Lo vi en sueños. Noche tras noche veía su llegada y más, siempre igual, siempre algo nuevo. Nunca tuve visiones tan vividas... Pensé que me había vuelto loco.

—¿“Y más”? —preguntó Dalia—. ¿Qué más vio? ¿Es sobre nuestro viaje?

El Oráculo no dijo palabra.

—¿Señor Oráculo?

—Es peligroso que estén acá. Los elegidos podrían volver... ellos me sacaban profecías a la fuerza. Me obligaron a identificar quienes serían ustedes.

—¿De qué está hablando? —dijo Ítalo.

—Los elegidos del Deus atacaron las capillas. A mí y a todos los que creían mis palabras. Lo peor fue hace unas horas... Encerraron a todos en el templo y los desangraron para entregarlos de sacrificio. —Sentí un escalofrío en la espalda—. El Mago me arrastró a la entrada, y me regaló una muerte lenta por mis blasfemias. Dijo que moriría antes de que se ponga el sol... Podrían volver en cualquier momento.

—¿Por qué hicieron eso? —dijo Dalia—¿Qué fue lo que predijo?

—Que el Deus iba a traer muerte. Que iba a traer una guerra que no va a acabar... Una vez me volví el Primer Oráculo, pero mi talento

desapareció por años. Muchos aprendieron a creer en mí. Fue solo ahora que volvieron las visiones... cuando ustedes se acercaron. Ahí, en mi biblioteca —dijo, señalando con dificultad—. Ese libro grande. Aquel es el *Thi-yit*. El libro santo que recuenta las antiguas leyendas del Deus. Tómenlo. Tómenlo y llévenselo con ustedes. Todo lo que vi no es más que una confirmación de las Profecías.

Cregh sacó el libro del estante y abrió la primera página. Nos acercamos a ver, pero solo vi letras que no entendía.

—Está en su idioma —dije, consternado.

—No es su idioma —dijo Cregh—. Pero no puedo entenderla, es muy antigua... No sé si voy a poder interpretarlo...

—En Aqlatan se encuentra la Gran Biblioteca —dijo el Oráculo, mirando fijo hacia el techo—. Si tienen problemas, busquen el Libro de Rossetta. Todas las lenguas del mundo están en él. Úsenlo para entender...

El oráculo jadeó por unos momentos, sin aire.

—Sigán los letreros. Caminen juntos, eviten cualquier contacto. Después de Varoa, nunca más pongan pie en un pueblo hasta su destino...

De pronto, Malo maulló.

—¿Dijiste algo, Malo? —susurré. Maulló de nuevo—. Oh... —Al levantar la vista, noté que los demás se me quedaron mirando—. Creo que tiene hambre —mentí.

—Tengo provisiones afuera... y un huerto —dijo el Oráculo—. Pueden tomar lo que sea... Creo que ya no lo voy a necesitar más. —rió.

—Sí. Creo que deberíamos irnos rápido. El grupo del Oeste podría volver —dije, queriendo salir.

—Pero podemos ayudarlo —dijo Dalia—. Sacarlo...

—No —dijo el Oráculo, inclinándose—. Estoy maldito. Llevarme solo va a hacer que los sigan. No hay nada más que pueda hacer por ustedes. Nada más... Váyanse.

Dalia nos miró durante un momento, y se acercó al Oráculo. Nosotros empezamos a salir.

—Señor, un Oráculo me dio el poder de ver visiones, pero murió. ¿Van a detenerse alguna vez...? ¿Las visiones?

El Oráculo miró al techo una vez más, pensativo. Al final respondió:

—Sí.

Malo maulló una vez más, ahora un poco más fuerte. Me acerqué y tomé a Dalia del brazo.

—Hay que irnos, Dalia. No hay tiempo. —Empecé a llevarme a Dalia del brazo, y nos alejamos de la casa.

Por atrás encontramos varios vegetales, y los juntamos con apuro. Pero cuando Malo maulló de nuevo, empezamos a correr. Corrimos hasta perdernos en un bosque cercano. Malo repetía una y otra vez lo mismo. Que veía un espíritu negro sentado junto al Oráculo, esperando. Teníamos que irnos.

V — DALIA

—Así que la ciudad más cercana es Varoa, ¿eh? —bufó Lang, mientras subíamos una colina y dejábamos ese templo religioso atrás, junto a todas las pequeñas capillas.

—Sí. Y vamos a estar un paso más cerca de la Gran Biblioteca —dijo Ítalo. Cregh se rascó la cabeza.

—Ey, pero, ¿por qué habrá tantos templos alrededor de éste lugar, en medio de la nada?

—Todos parecen congregarse alrededor del edificio grande —dijo Lang—. Supongo que ahí se reunía la gente para rezar, o algo así... Pensándolo bien, quizá era algún terreno sagrado.

—Y esos asesinos que nos persiguen masacraron a todos los que estaban ahí, ahí mismo —masculló Aldara, seca.

Malo, que andaba bajo ella, maulló algo.

—Sí, es una tragedia —dijo Lang, no muy preocupado.

—El solo hablar contra su Deus es considerado blasfemia. —Creggh tragó saliva—. Esos monstruos mataron a otros bichos, hermanos suyos.

—Sí, es muy malo, pero tenemos que pensar fríamente sobre lo que significa —dijo Lang—. Si escucharon las visiones del Oráculo, entonces ya saben que estamos en éste continente. Podrían intentar algo.

Aldara dejó de caminar, girándose hacia Lang.

—El Oráculo dijo que ellos iban a volver antes de que se pusiera el sol, a confirmar su muerte. Quizá podríamos esperarlos y enseñarles que ellos no son los únicos que pueden intentar algo.

Me sorprendí. No esperaba cosas así de temerarias de Aldara, pero estaba claro que estaba afectada. Ver a ese Oráculo... Fue casi como una segunda oportunidad para ver a Wendagon morir.

—No —dijo Ítalo, de pronto—. Un Oráculo es alguien que está fuertemente conectado con Destino. Tenemos que seguir sus palabras. Y él nos dijo que fuéramos hacia la Gran Biblioteca, no a buscar venganza. Si nos advirtió que nos alejemos, él debía saber qué era lo más sabio.

Aldara miró hacia el suelo por unos momentos, pensativa. Parecía molesta, lo que hizo que Ítalo cambiara su cara.

—No hay nadie que quiera venganza más que yo —agregó.

—Está bien, Ítalo. Tenés razón —dijo ella, levantando la mirada—. El Oráculo habló del grupo como si fueran todos ellos a la vez. Y si es así, no tendríamos oportunidad de poder matarlos. —Entonces retomó la marcha, y cuando el resto reaccionó la siguieron por detrás.

—Eh... Dalia, estuviste muy callada —murmuró Lang, entonces—. ¿Te molestó lo que dijo el Oráculo sobre perder tus poderes?

Me giré hacia él, sorprendida. Había estado algo perdida durante la conversación.

—Ah... No, no es eso, Lang —dije—. Creo... que no me molestan mis poderes. Entendí que si quiero hacer que mi mamá deje de sufrir lo antes posible, si quiero poder reunirme con ella y consolarla, entonces solo tengo que procurar cumplir nuestra misión lo antes posible. Y para eso me sirven los sueños. —Sonreí, algo cansada. Pero mi corazón estaba latiendo con fuerza—. Solo hay... que matar a esos monstruos.

Lang sonrió a su vez.

No pasaron muchas horas antes de que se pusiera el sol. A medida que la meseta por la que caminábamos ganaba más y más elevaciones del terreno, también aumentaba la vegetación, y pronto estuvimos caminando sobre pasto. Fue un alivio para mis pies descalzos. Pensé sobre el libro que ahora llevaba en la mochila, el que nos había dado el Oráculo. El Thi-yit. Supuestamente contenía todas las profecías sobre el Deus... me pregunte si tendría ese “Antiguo Testamento” que nos había mencionado aquel cuervo gigante cuando luchamos en Laertes.

La casa del bicho tenía muchos libros... Mamá solo había podido conseguir tres o cuatro con los que dar clases, y era la única en nuestro pueblo que los tenía. Los libros no eran fáciles de hacer; el Oráculo debía ser rico como un señor de tierras. Entonces pensé en las extrañas raíces luminosas que vimos en Gangshi, iluminándolo todo. Quizá las cosas simplemente se hacían de manera diferente en el reino de los bichos...

Pronto también aparecieron árboles, y estuvimos metidos en un pequeño bosque. La luna se había levantado. Anduvimos hasta encontrar un claro, e hicimos campamento. Como antes, Cregh preparó una hoguera, e Ítalo salió a buscar comida.

Cregh pronto estuvo listo, y nos sentamos todos alrededor del fuego a esperar al arquero. Rodeados de árboles, con solo negro por encima, parecía que estábamos aislados del mundo.

—Hm... No escuchó ningún animal, espero que Ítalo encuentre comida. —dijo Lang, haciendo conversación.

—Bah, ¿por qué no solo comemos las verduras que conseguimos? —dijo Cregh, haciendo que el fuego baile entre sus dedos, ansioso.

—Es mejor guardarlas hasta que volvamos a estar en un desierto o algo así, tonto —dijo Lang.

Al igual que Cregh, Aldara abrió una de sus cantimploras, e hizo que el agua se elevara hasta su dedo y bailara alrededor de él.

—Guau... —dije—. Ya lo controlas muy bien. —Aldara parecía seria, pero al escuchar esto sonrió.

—¿Segura que no hacés magia, Aldara? —comentó Cregh.

De pronto, Lang aplaudió con fuerza. Aldara dejó caer su agua, y Cregh soltó su control sobre la fogata, quemándose el dedo.

—¡Au! —se quejó—. ¿Qué hacés?

—Bien, suficiente descanso. Es hora de pensar en la misión. Cregh, necesito que hagas un dibujo luminoso con tu magia.

Cregh levantó una ceja, cubriéndose el dedo quemado, pero prendió una luz con su otra mano.

—Uf, ¿qué querés?

—Muy bien, vos anda dibujando mientras yo hablo. Nosotros entramos al continente desde Havenstad, así que estaríamos por el centro de nuestro reino... Fueron nueve días de viaje, así que más o menos esta distancia... Mmm... y unos dos días desde que vimos tierra hasta que encontramos Gangshi... Ítalo hablo con un contacto que le dijo que el puerto más cercano a la costa se llamaba H'vyah, escribirlo ahí, Cregh... Escribí Gangshi en esa parte... Bien, perfecto, y Dalia dijo que teníamos que seguir al oeste. Así que la ciudad de Varoa puede estar más o menos por acá, y también la Gran Biblioteca esa.

Cregh corrió la mano. Sobre el aire había dibujado una suerte de mapa, mostrando adonde habíamos dejado Alles y lo poco del continente de los bichos. Más allá de Gangshi, dos puntos estaban marcados hacia la izquierda, marcando Varoa y Aqlatan.

—Vagabundo, éste mapa es inútil, nada más nos dice que tenemos que seguir caminando hacia adelante —dijo Cregh.

—¡Bah! —bufó Lang—. Al menos tenía que revisar donde estábamos.

—Me hacés gastar mi magia solo por esto, y...

Creggh iba a quejarse un poco más, pero de pronto se escuchó movimiento por detrás. Ítalo apareció entre los arbustos; llevaba su capucha puesta, y el arco en una mano.

—Ítalo —saludé—. ¿Conseguiste algo...?

El arquero se llevó un dedo a la boca, ordenando silencio.

—Sí —susurró—. No había ningún animal salvaje en todo el bosque, pero tengo frutos en los bolsillos. Ahora escuchen...

Miró hacia la fogata de Creggh, y se mordió el labio. Se acercó a la fogata, pero se quedó parado, y siguió susurrando.

—No estamos solos. Hay alguien más en el bosque; escuche demasiados ruidos mientras buscaba comida, pero no hay animales. Ahora es muy tarde para apagar el fuego... Ya deben saber que estamos acá.

Lang se mantuvo impassible, calculador.

—¿Que sugerís?

—Sí todavía no nos atacaron, quizá estén esperando que nos durmamos...

Aldara perdió la compostura, y su cuerpo se volvió tenso.

—Ay... ¿No creen que sean arañas de nuevo, no?

Le puse una mano en el hombro.

—Están siendo demasiado inteligentes para eso... Deben ser simples bandidos...

—No crees que alguien nos haya seguido desde Gangshi, ¿no, Ítalo? —dijo Creggh—. Con las buenas obras que hiciste allí.

Esperaba que Ítalo respondiera con enojo, pero solo le sonrió al mago.

—Puede ser. Pero no van a ser arañas, al menos.

—Entonces, ¿qué? —dijo Lang—. Vamos a tener que tomar turnos para hacer guardia...

Y la fogata se apagó.

Estábamos en un negro absoluto. Empezaron a oírse arbustos moviéndose a mí alrededor. Me aferré a mi espada. Se escuchó el rumor de Aldara moviendo agua. Lang cargando su revolver. Pasos que se acercaban. Entonces, Creggh generó una explosión de luz, y todo el claro quedó cegado. De alguna manera, quizá por mi espada, yo pude ver: cinco seres alados, plumados, se acercaban al campamento entre

los árboles, cuchillos en mano. Aunque Ítalo tenía la capucha baja, había sido cegado por el resplandor de luz como todos, pero ya estaba apuntando sus flechas en dirección a uno de los atacantes. ¿Se había guiado por los sonidos? Lang también tenía los revólveres en alto, y Malo estaba agazapado delante de él, como protegiéndolo.

El instante de ceguera paso. Cregh cambió la magia que salía de sus manos a dos bolas de fuego, iluminando más normalmente; entonces Ítalo liberó su flecha, y el agua de Aldara salió disparada desde su cantimplora. Una de las criaturas se agachó, esquivando la bala; el látigo de agua le pegó y lo sacudió hacía adelante, haciéndole caer dentro de nuestro circulo. Los otros cuatro ya habían entrado, mientras tanto, y avanzaban hacía Lang y Cregh. Corrí hacía ellos, tomando mi espada con las dos manos, y ellos giraron hacía mí. Nuestros filos chocaron; el otro se lanzó hacía el suelo y pateo mis piernas. Me golpearon de nuevo y mi espada cayó de mis manos.

Aldara apareció detrás de mí... y me tomó de los hombros para hacerme caer al suelo, esquivando la ruta de un cuchillo. Entonces movió su mano hacia adelante y otro látigo de agua golpeó a uno de los pájaros. Mientras ese se agarraba el estómago, los otros daban un paso adelante hacía Lang. El pistolero mostraba sus revólveres por lo alto, dubitativo.

—Oigan, bichos, no quiero matarlos.

Cregh no podía lanzar su fuego, pues acabaría con la luz.

Silbó una flecha, y cayó en el centro de toda la muchedumbre. Los pájaros dejaron de avanzar.

—Suficiente —dijo Ítalo—. ¿Qué quieren?

Las aves se miraron entre ellas, y retrocedieron de un salto. El que Aldara había tumbado antes también había vuelto en dirección a los árboles. Cregh movió la luz de sus flamas, revelando plumas blancas y unos rostros de búho.

—No tendrían que haber cruzado éste bosque —dijo uno.

—¿De qué hablan? —exclamó Cregh—. ¡Solo estábamos por comer!

—Si pasan por acá, entonces tienen que tratar con nosotros.

Eran ladrones, mascullé en mis pensamientos. Simples y llanos ladrones.

—¿¡Y qué se suponía que hiciéramos?! —Protesté mientras levantaba mi espada del suelo—. Éste es el único pasaje hasta otra ciudad...

—¿Qué? —El búho giró la cabeza—. ¿Qué dicen? Deberían usar los caminos la próxima vez.

Caminos... Me aplasté la cabeza. Quizá salir de un pueblo por el Oeste no había sido la mejor idea. Por supuesto que habíamos encontrado una meseta en vez de la salida del pueblo.

—Muy bien, escuchen —alzó la voz Lang—. La situación es muy simple. Nosotros tenemos revólveres, y ustedes no. Tenemos un mago, y un quitnar... y ustedes no. Podemos parar con esto o puede salir alguien herido.

El búho ululó algo. Los ladrones se miraron entre sí, los cinco reunidos, e intercambiaron algunas palabras. No estaban muy lejos, pero no podía entender el lenguaje que usaban. Al final, el portavoz nos miró de nuevo.

—Dejen el bosque —dijo al fin.

Miré a Ítalo. No podíamos hacer eso. El bosque era el Oeste.

—No lo creo —dijo Cregh.

—¿Creen que podríamos tener el control del bosque con solo cuchillos? En nuestras garras se convierten en revólveres, en magia, son más que eso; los ibines sabemos manejar cuchillos... Nosotros somos capaces de acabar con los huginn, y los humanos no son mucho en comparación...

El fuego de las llamas de Cregh empezaba a morir. El mago empezaba a prepararse para lanzarlas, poco preocupado en servir de iluminación. Temí que las cosas volvieran a ponerse violentas... y en eso se escuchó como se movían otros arbustos. Una silueta apareció detrás de los búhos, más alta que todos ellos; era más alto que nosotros, como un huginn. Los búhos dejaron paso, y un enorme halcón entro a nuestro claro.

— ¿Humanos? —gañó.

Su voz era profunda, y ninguno de los presentes pensó en decir nada mientras él nos escrutaba despacio. Antes temía que tuviéramos que enfrentarnos a unos bandidos; ahora temía que se repitiera el debacle de Laertes. El halcón se volvió hacia las aves.

—¿No quieren pagar el tributo?

Los cinco búhos negaron enérgicamente, agazapado. El halcón nos miró.

—Bueno, bueno. Ustedes decidieron pasar por nuestro bosque, así que tienen que pagar. Ustedes fueron los que quisieron pasar.

—No siento capacidad mágica en él... —susurró Creggh. Más confiado, dio un paso adelante ante ese líder—. Ey, ¿quién dice que éste bosque es suyo? ¿Acaso éstas cosas son normales en éste reino?

—Tan normales como las serán en el suyo, bichos.

El mago respingó ante oírse llamado así.

—No pedimos mucho. Llevamos nuestras vidas adelante como cualquier otro, y tenemos necesidades que llenar para vivir. Vamos a querer la mitad de lo que estén llevando, y les vamos a permitir quedarse.

—Eso es un cuento —dijo Ítalo—. Necesitamos nuestro dinero y mantas para sobrevivir; estarían matándonos.

—Todos quitan y dan... Esa es la esencia de todo. Edificios y viviendas *dignas* vienen a cambio de control, el salario viene a cambio del trabajo... Ya saben, es el principio de todos los pueblos que nos rodean... por eso estamos en el bosque. La influencia de la iglesia era demasiada.

—Pero...

Ítalo parecía consternado. El halcón notó eso.

—¿Sí? —Incitó el halcón.

—Es que... ¿Cómo pueden hacer esto? Bichos... ¿Cómo pueden pretender ser mejores que nosotros, querer barrernos, y solo para que todo sea lo mismo? Creí... imaginé que las cosas serían diferentes acá.

—Humano...

El halcón parecía confundido. De pronto, Lang alzó la voz.

—Voy a decirte lo mismo que le dije a esos búhos. Nosotros tenemos revólveres... Y no queremos matar a nadie.

—¿Búhos? Ah, los ibines... Sí...

Gotas de sudor caían por mi rostro. No entendía la manera de pensar de ese halcón, ni entendía qué sería capaz de hacer si se desataba un combate.

—Díganme... ¿por qué se desviaron de los caminos?

Lang e Ítalo se miraron. Pero antes de que pudieran decidir nada, Cregh habló.

—Tenemos que caminar hacia el Oeste... Nuestra misión hace que tengamos que caminar en esa dirección.

—Cregh, ¿por qué le estás diciendo...? —No pude evitar preguntar.

El ave enorme agudizó la mirada.

—El Oeste. ¿A Varoa?

Todos permanecemos en silencio. Nuestras armas estaban en alto, pero noté que Malo ya no gruñía.

—Cinco humanos andando por estos lares... ¿qué buscan hacer? ¿Qué es esta misión de la que hablan?

Ítalo no dio vueltas en el asunto.

—Ustedes tienen escrito que van a tomar sobre las tierras del Este, ¿no? Si Veringrad va a caer, y nuestro rey morir, entonces es justo que nosotros cacemos al suyo.

—¿Nuestro rey?

Casi cierro los ojos, esperando que algo me golpease. Ítalo ya había declarado nuestras intenciones. Pero cuando los abrí, el porte del halcón era la misma. Su postura no era agresiva.

—Rey de los bichos... ¿Hablas del dios? —El halcón bajo la mirada—. Bah, esa iglesia...

—¿Eh? —susurré.

—Esos que se llaman a sí mismos mensajeros del señor... Y los Oráculos... Nunca me gustaron mucho esas personas. Pero, claro, por eso vivimos en el bosque.

—Pero no hay mucho de comer acá. No hay animales —dijo Ítalo.

—Por eso tenemos el tributo, immo.

El ave parecía pensativa. Mientras tanto, los búhos habían bajado sus armas; no entendía mucho qué estaba pasando, pero las alianzas en el Oeste no eran lo que había creído; de eso estaba segura.

—¿Así que quieren matar al dios? Pero... él creó el mundo. No puede ser fácil. ¿Van a hacerlo cinco personas? —El halcón sonaba curioso.

—Pues no van a hacerlo seis pájaros —dijo Ítalo, al parecer ofendido.

—Ah, humanos —El halcón sonrió---. Nuestra familia en éste bosque es de varias docenas. No todos seguimos al Thi-yit como los hugginn... En fin... No son como los otros humanos por acá, ¿eh? Ustedes realmente vinieron de las viejas tierras para atacarnos.

—Ustedes son los que van a atacarnos primero.

—No estaba quejándome —El halcón se cruzó de brazos—. Solo díganme... ¿Piensan acabar con todos los “bichos”? ¿Eh?

—Pues... pues...

Ítalo dudaba, pero nos miró a todos, y entonces fue claro.

—Solo a los cinco que pretenden despertar al deus... De eso estamos seguros.

El búho gruñó.

—Y si nos sacas la mitad de nuestras cosas, no vamos a ser capaces de sobrevivir ahí afuera.

—Váyanse del bosque.

—¿Eh?

—Solo voy a permitirles esto. Sigán su camino, levanten el campamento ahora, y no voy a cobrarles la estadía. Considérenlo un gesto de buena fe.

Ítalo no sabía bien qué responder. Lang reaccionó primero, juntando todas las verduras y levantando las mantas.

—Vamos, apúrense, idiotas —dijo.

El halcón había dado un paso atrás, cubriéndose entre las sombras de los árboles; solo su pico amarillo resaltaba. Los búhos que lo acompañaban se habían ido, fundido con el escenario, y ahora solo se escuchaban murmullos indefinidos. Realmente podía creer que hubieran muchos más en esos lares. Miré al ave, absorbida. Sin darme cuenta, avance hacia él.

—Ay, humanos, humanos —gañó jovial al notarme.

—¿Por qué no querrían vivir en las ciudades de su propia tierra? —Me sorprendí preguntando.

—No todos estamos de acuerdo con la forma en que son llevadas las cosas, humana. Quizá algunos estábamos preparando un cambio hace tiempo.

—Pero... Pero... —Había mucho que no comprendía. Entendía que el Oeste estaba en contra de los humanos por haber tomado sus

tierras, y eso era todo, y todos estaban del mismo lado... El Oeste era más grande de lo que había creído.

No pude evitar preguntarme si aquel halcón tenía más planes en su cabeza de los que dejaba ver.

—¿Por qué? —dije entonces.

—Estos bosques... son mi tierra. Un pequeño territorio sobre el que mando. No tengo problema con que maten a un rey, cuando yo soy uno.

—¿Dalia?

Era Aldara. Me di vuelta para ver que el resto ya había juntado sus cosas.

—Hacia el Oeste —bufó Lang, cansado a esas horas de la noche.

Asentí, y corrí a juntar mi bolso. El halcón ya se había ido. Pronto salimos del claro, marchando entre los troncos oscuros; teníamos hambre, y nuestros cuerpos estaban agotados, pero caminamos sobre la hierba sin detenernos. Caminamos y caminamos hasta encontrar que los árboles se abrían, y las tierras volvían a expandirse ante nosotros. Mientras salíamos del bosque, miré hacia el cielo negro, y volví a pensar que el Oeste era más grande de lo que creía.

VI — ÍTALO

Matarlos hubiera sido demasiado fácil. Y algo me detuvo. Solamente eran unos pobres delincuentes.

Miraba a cinco búhos que habían intentado robarnos. Notaba como mi mano izquierda relampagueaba, ansiosa por probar mis nuevos límites. Quizá ahora podía freír personas con solo chasquear los dedos. Quizá la energía me haría más fuerte y podría cortar sus cuellos. No sabía si eso era verdad, pero sentía cómo los rayos se mimetizaban conmigo. Era despacio; cada vez que respiraba me sentía más poderoso. Y si bien realmente buscaba cualquier excusa para usar mis nuevos poderes, algo me lo impidió. Y noté como ese algo ya estaba sembrado entre nosotros. Nos mostramos con demasiadas dudas, con demasiadas preguntas. Insisto en que matarlos no hubiera significado un problema. Ya había podido oler ese algo; lo sentía en nuestro círculo, incluso antes de que aquel halcón apareciera. Cuando se mostró entre los árboles como el jefe de los ladrones, habló y habló sobre muchas de nuestras preocupaciones.

¿Cuál era el precio que debíamos pagar por ser los elegidos?

Era consciente de que de ahora en más serían los días del trabajo sucio. Robar, correr, pero, ¿estábamos listos para cargar con tanto? ¿Eran todos los bichos culpables de algún crimen, cuando había personas como esos ladrones que preferían vivir fuera de las ciudades? Recuerdo que en ese momento miré mi mano izquierda y supe que iba a empaparse de sangre de ahí en adelante.

No quería creer que lo del Gangshi había sido un error. Contemplaba la posibilidad, pero no lo creía así. Sabía que las intenciones de esos cuervos que atacué no eran buenas. Al menos, no eran buenas para nosotros.

Según el contacto con el que había hablado, Tammi, todo era perfecto en el Oeste, pero ese... intento de cuervo con pico amarillo era

como cualquier ladrón de Alles. Y al parecer ni siquiera era un delincuente, sino que solo trataba de sobrevivir.

Luego de escuchar nuestras razones para pasar por el bosque, decidió dejarnos ir. Salimos del bosque después de una buena caminata.

No encontraba palabras para describir cómo veía al grupo. Pensaba que lo más acertado era decir que nos sentíamos sucios, o equivocados. Sabía muy bien que lo que nos esperaba si nos seguíamos adentrando en esa dirección no iba a ser mejor. Sabíamos que eso solo había sido el primer filtro, y en algún lugar de nosotros habíamos perdido la fuerza para seguir. Perder sería tan fácil como sentarse a esperar que el Deus despertase y dejar que nos matase a todos.

¿Y si los dioses habían elegido mal al grupo?

Un pequeño destello salió de mi pecho. Recordé la piedra que se había incrustado en mí. Casi me había matado, pero luego había eliminado la oscuridad de mi ser y me había dado una nueva dirección acompañada de estos rayos. Suspiré, y sonreí con muy pocas ganas.

En el cielo de la noche brillaba una de mis cosas favoritas en el mundo.

Me gustaría pasar unas vacaciones en la luna cuando todo termine, pensé.

Débiles por la falta de sueño, pero vivos, seguimos por inercia hacia el Oeste, bajo la luz de la luna.

Estaba bastante seguro que la luz de la luna nos llevaría a Varoa justo antes del alba. Sin embargo, no había señales a la distancia. El camino, marcado vagamente, se perdía en el horizonte. Seguíamos muy cansados y la llanura del Oeste no daba ningún lugar adecuado para poder descansar. Con cada paso nuestros cuerpos estaban cada vez más motivados por la idea de apoyar las rodillas y caer de cara al suelo. El bosque se alejó poco a poco y la llanura nos recibió más y más.

Eran altas horas de la noche, y había que convenir que los descansos en ese continente no eran los más profundos y rejuvenecedores. Realmente quería encontrar cualquier tipo de refugio para poder recostarme, pero Varoa insistía en no aparecer. Ni siquiera se dignaba en hacer aparición algún cartel.

Cregh lanzó un fuerte suspiro y dejó caer las manos.

—Dioses, estoy cansado de esto. ¿Cuán lejos creen que esté la próxima ciudad?

Nadie se atrevió a lanzar una aproximación. Nadie quería gastar saliva en abrir la boca.

—Bueno, no pienso dar un puto paso más en esta llanura eterna —dijo, con un tono muy poco común.

Levantó su mano y el brillo blanco nos envolvió.

—No sé muevan ni un poco —advirtió.

El brillo nos envolvió y se mantuvo más de lo normal. No tardó en aparecer la sensación de flotar justo debajo de nuestros pies. El aterrizaje fue suave como nunca lo había sido. La burbuja de luz blanca se deshizo rápidamente, y volteé. Parecía que nada había cambiado; el paisaje era exactamente el mismo.

Cregh levantó la cabeza y abrió sus ojos como platos.

—¿*Dónde carajo está esa ciudad?* —Se puso delante de nosotros—. Mientras más práctica gano transportándonos más fácil me es, pero incluso ahora solo podría aguantar un viaje más.

No sabía de qué tipo de fatiga trataba el esfuerzo mágico, pero apostaba que Cregh solo pensaba en apoyar su cabeza en una cama y despertarse ante un desayuno servido por una doncella en azul sin ropa interior.

Pude divisar algo en el camino, casi imperceptible.

—Adelante, en el horizonte, parece haber una pequeña loma. —Levanté el brazo en su dirección—. Justo a la izquierda del camino.

—No alcanzo a ver nada—dijo Dalia, frustrada, poniéndose en puntitas de pie.

Di un salto, pero no alcancé a mucho más.

—Sigamos caminando, vamos —dijo Lang.

—Esperen —dijo Aldara.

Sacó sus cantimploras. Entonces hizo levitar toda el agua que traía encima, y la movió debajo de sus piernas. Mostró sus palmas al cielo e inflando el pecho levantó los brazos. El agua que la rodeaba empezó a levantarla del suelo. Una columna de agua sostenía un trono en la que ella estaba sentada y era ascendida. Escalaba centímetro por centímetro, y pronto llegó a más de dos metros de altura.

—Allá está la ciudad —dijo—. Esa debe ser Varoa.

Era... impresionante. Nadie tuvo el aliento suficiente para expresar palabras sensatas; menos Cregh que parecía incapaz de entender qué veía.

—Está lejos. Pero es Varoa; algo me lo dice.

Aldara comenzó a bajar; la buena base de agua ahora era un delgado hilo. Hubo una pequeña distracción y la Nereida cayó al suelo. En un movimiento rápido pude atraparla con mis brazos y dejarla en el suelo.

—Aldara... Eso fue increíble —dije.

—Gracias... —dijo, ruborizándose.

Se levantó, y se apresuró a juntar el agua para perder la menor cantidad. Una vez terminada, Cregh estiró la mano en señal de pedir un poco. Aldara le dio una de sus bolsas y el mago dio un buen trago.

—¿Así que allá esta Varoa? Yo los llevo —dijo, muy seguro de sí mismo—. No se muevan.

El brillo blanco nos volvió a engullir, pero la sensación de flotar fue muy corta. El aterrizaje fue más forzoso, aunque estaba lejos de aquel primer viaje en Veringrad. Cregh yacía en el piso, respirando de a grandes bocanadas. Lang se apuró a levantarlo y sostenerlo de los hombros.

—Bienvenidos a Varoa —dijo el hechicero, con una gran sonrisa en su rostro—. Para serles sinceros, imaginaba que estaba mucho más cerca—Entonces rió, ocultando cuan débil se encontraba realmente. Aldara se acercó para ofrecerle agua. La terquedad de Cregh nos había salvado esa noche. Y era un hecho; estábamos en Varoa.

Adelante, justo frente a nosotros, estaba la entrada al enorme domo que era la ciudad; una gran pared que se inclinaba hacia arriba. Una entrada muy parecida a la de Veringrad, por cierto. Me pregunté si significaba algo. Había un cartel que parecía indicar su nombre, pero las letras eran ilegibles incluso para mí.

Faltaban unos buenos doscientos metros para la entrada. Me acerqué a Lang, para serle de ayuda en cargar al mago. Cregh había dejado de hablar y tenía la cabeza baja; ahora era peso muerto. Realmente había salvado el día. Supuse que nos había transportado unos buenos sesenta kilómetros, a todos juntos, y seguía despierto. Me pregunté cómo se sentía gastar la magia... parecía un cansancio tan diferente

al físico. Quise comprender qué era lo que había hecho Creggh por nosotros. Sentía mi corazón palpitando muy fuerte; sabía que era una pregunta que moría por ser respondida. No podía aguantar el momento de llevar mi nueva habilidad al límite.

Esperaba que los guardias se negaran a dejarnos pasar, siendo cinco humanos. Es más, esperaba tener que pelear. Pero no pasó nada de esto. La garita de seguridad se encontraba vacía.

—¿Será un cambio de turno? —dije.

—Vamos, hay que encontrar un lugar para que pueda descansar— dijo Lang.

Apuramos el paso en los últimos veinte metros. Me despedí de la luna y le prometí que volvería a ser mi acompañante cuando saliera de la ciudad.

Al estar dentro de Varoa aprecié las grandes paredes que rodeaban todo. Parecían unas grandes pilares de madera enlazadas y unidas en rombos, y en cada intersección eran esas raíces lo que enfocaban su brillo hacía el interior. Las mismas de la fortaleza de los Robler. La ciudad no veía al sol o a la luna; eran iluminados y protegidos por estas raíces.

—Vamos, rápido —insistió Lang.

Las calles de Varoa parecían perfectamente planeadas, con cada manzana cuadrada y del mismo tamaño. Las casas eran altas y de buena piedra. Parecía un lugar muy tranquilo. Un particular olor cítrico mezclado con un obvio olor a la madera del domo envolvía a la ciudad. Como en Gangshi, no había ni una sola persona en las calles debido a la noche. Las calles empedradas me hacían recordar a las calles del distrito privado de nuestra capital.

Ningún lugar parecía un buen punto de descanso y nada se parecía a una posada. El cansancio ya nos ganaba la pulseada. Cada esquina se parecía a la anterior. Era como un laberinto cuadrículado. Levantando la cabeza, podía verse como hacía el centro del domo se levantaban unos edificios bastante más altos, grandes como templos. Estaba realmente impresionado por la arquitectura del Oeste. Esas debían ser las maravillas que contó Tammi.

—Ahí. Eso. Tiene que ser una posada —dijo Dalia, suspirando de alegría. Casi suelto a Creggh para entrar corriendo. Apuré el paso, pero

noté que Lang no lo hacía. Dalia y Aldara se encontraban a punto de tocar la puerta cuando habló.

—No es que conozca al Oeste, pero imagino que nada es gratis. No tenemos monedas de acá, no podemos pagar —comentó el pistolero, intranquilo, pero con la cabeza más fría que el resto—. Somos humanos, así que descarto toda posibilidad de que actúen por buena fe.

No teníamos a Dalir en ese momento, ni a ese Oráculo; estábamos completamente solos. Entendimos cuán hostil podía ser una ciudad tan hermosa, un continente tan vasto. El halcón no estaba equivocado en decirnos *bichos*. El paradigma había girado ciento ochenta grados.

Agachamos la cabeza resignados. Realmente no quería dar ni un paso más. Mi respiración se había cargado de sentimientos. Mis hombros yacían incómodos.

“Por el Este.”

—Mañana vamos a salir a robar —advertí.

Nadie dijo nada, pero todos parecían entender eso. No íbamos a conseguir un trabajo y había que comer.

—Mañana vamos a salir a robar —repetí, mientras Lang solo señalaba un callejón donde podíamos pasar el resto de la noche.

El callejón limitaba entre paredes altas. Por suerte, más allá de eso parecía un callejón limpio, lejos de los que había en nuestros barrios.

Nos apuramos a acostar a Cregh contra la pared. Una vez que encontró cierta comodidad se durmió casi al instante. El resto, uno a uno, nos fuimos acomodando al lado, formando una línea mirando para la salida.

Me senté contra la pared y apoyé la cabeza contra mi rodilla. Arrastré la capucha bajo mis ojos. Por fin podría descansar un poco. Mis ojos se cerraron por un largo minuto antes de empezar a combatir contra las ideas de que nos podían robar, matar, violar o cualquier otra cosa que se me cruzaba por la mente. Por suerte, el cansancio volvió a ser más que la paranoia y me dormí pegando el entrecejo en mi rodilla.

Mi sueño se sintió durar menos de un segundo. Ni siquiera había podido dejar de pensar en el grupo del Oeste que nos perseguía, y ya estaba despierto. Mi cansancio se había ido, pero mis ojos todavía se

encontraban secos. Estaba solo; el resto ya debía haber empezado sus actividades para sobrevivir; incluso Cregh.

—Dioses, ¿cuánto dormí?

Me refregué los ojos y vi que el gato de Lang estaba arriba de la pila de cajas, mirándome. No estaba solo después de todo.

—Buen día, Malo.

Malo maulló.

—Si te dejaron cuidándome, ya podés irte con Lang de nuevo.

Maulló de nuevo, saltó de su pequeño trono de basura y meneó la cola. Pero no se movió.

—¿Querés que te siga? —dije, y comenzó a caminar hacia afuera.

Malo anduvo ágilmente entre los bichos que pasaban a mí alrededor. Las calles estaban repletas, pero el gatito saltaba y eludía a todos. Parecía un pequeño fantasma. En cambio, las miradas se dirigían a mí, pero esta vez no sentí la densidad y sofocamiento de Gangshi. De todas maneras mantuve mi capucha puesta y la cabeza gacha, mirando los pasos de Malo.

Perdí a Malo en un cruce de calles. Levanté la cabeza, pero fue inútil. Anduve unos momentos, y no tardó mucho en aparecerse, meneando la cola con unos pescados empalados en la boca. No me molestó tomarlos prestados y llenarme el estómago.

Con el estómago lleno, quise saber qué era del resto del equipo. Caminamos sin prisa hasta que se me ocurrió una idea brillante.

—Malo, quiero probar algo —le conté—. Creo que podemos tener comida por el resto de la eternidad.

Pareció bastante convencido con eso último que le dije. Me siguió y nos dirigimos a calles más pobladas y con más puestos. Imaginé que había muchísima gente viviendo dentro de ese domo.

Encontré un pequeño callejón que daba discretamente a un gran puesto de... ¿talismanes? Parecían tener un motivo religioso. Apoyé mi espalda contra la pared y esperé a que viniera un cliente, pero estaba muy lejos para ver con qué tipo de moneda pagaba. Entonces le indiqué a Malo que esperara una señal.

Uno de los humanos habitantes del Oeste, vestido de cabeza a pies de blanco, se acercó a comprar algo. El cliente era zurdo, así que tenía vista preferencial para ver su mano pagando con unas monedas como

las que tenía. Hice mi seña a Malo y apunté hacia el humano. Cargué un poco de mi energía en la mano y pensé en lanzarla. Imaginé a Cregh y a Aldara manipulando su magia, y el rayo fluyó solo. Un pequeño hilo salió de mí y dio en el humano justo en el momento que iba a pagar. Por suerte, el efecto fue el deseado; él sintió algo más que un escalofrío y algo menos que una trompada. Malo entendió a la perfección la situación y tomó la moneda que el humano dejó caer cuando recibió el impacto.

Nos alejamos con Malo, victoriosos por nuestro botín. Guardé la otra moneda en mi bolsillo.

—Bien hecho, Malo. ¿Sabés dónde están los demás? Estoy preocupado.

Malo maulló.

Caminamos veinte minutos por la ciudad donde no atardecía, hacía los distritos más altos del centro. Recorrimos sin decir nada y sin mucho apuro. Pensé en que si hubiera habido algún tipo de emergencia no me hubieran dejado dormir tanto.

Malo me llevó hasta un parque donde se encontraban las torres más altas de la ciudad. Caminamos unos metros y pude ver una gran acumulación de gente. Un tipo parecía estar parado encima de una caja con un cuerno para que su voz sonara más fuerte.

Si bien parecía un humano había algo en él que me extrañaba, partiendo de que sus prendas no eran blancas. Parecía más pequeño y encorvado, y algo en su cara simplemente no me daba buena espina. Tenía una voz más que irritable con la que promocionaba algo. Cuando me vio entre la multitud empezó a usar mi lenguaje.

—¡Vengan! ¡Vengan! ¡Acérquense! Están a instantes de presenciar la gran inauguración del teatro de Varoa. ¡Pasen y deslúmbrense con lo que tenemos para ofrecer! ¡Totalmente gratis! ¡Immo!

¿Teatro? Había una gran convocatoria de bichos. Todos parecían tan entusiasmados que ignoraban mi presencia. Y tampoco parecían notar que el resto de mi equipo también estaba allí. Malo me guió hasta ellos, esquivando los pisotones de la gente cada vez más emocionada.

—Ey, chicos —saludé.

—Ítalo, al fin te despertás —dijo Cregh.

—¿De qué se trata todo esto? ¿Un teatro? ¿Acaso vale la pena dejarme por esto? —dije. Malo maulló—. Digo, dejar a Malo a cargo mío —corregí.

—No lo decidimos; Dalia nos guió hasta acá. Se despertó y sin decir una palabra corrió hasta acá —dijo Lang. Miré a Dalia y pude ver que tenía la mirada fija en aquel hombre del cuerno—. Luego le dije a Malo que fuera a buscarte.

—Oh... ya veo. ¿Falta mucho para que esto comience? Realmente no tengo ni idea de qué va esto.

—Un teatro... —susurró Aldara—. Dalia no abrió la boca desde que se levantó.

—Solo queda esperar —dijo Cregh.

Se organizó una fila, y en menos de diez minutos la gente comenzó a pasar al teatro despacio. Entonces noté que tenía nuestra bolsa con alimentos entre los pies.

—Eh, Cregh, dudo que nos dejen entrar con eso. Y mirando mejor, tampoco con estas, o esas —dije, señalando a mi arco y a las pistolas de Lang.

—¿Alguna sugerencia? —dijo el mago, bostezando. Parecía que todavía se estaba recuperando del esfuerzo titánico que había hecho la noche anterior.

—No puedes hacer que desaparezca y... ¿volver a hacerlo aparecer después? —dijo Lang.

—Eh... ¡Sí! ¡Sí puedo! —exclamó Cregh, feliz—. Dioses... ¿cómo se hacía? —Se refregó la cara—. Hace años que no uso algo así.

Cregh dispuso sus manos para hacer un hechizo en la fila. Se las tomé, y le hablé al oído.

—¿Todavía estas dormido? ¿Se te ocurre algo más llamativo que hacer un hechizo en medio de la fila?

Cregh se limitó a asentir con una expresión de estupidez.

—Llévate todo, y hace como si fueras a mear, o algo así. Si es que en éste continente mean, claro —dije.

—Tranquilo, Ítalo, ahora vuelvo —exclamó, en voz alta y con mucha seguridad.

Se llevó nuestras cosas, y se metió en un pequeño callejón. Al salir tenía las manos vacías, y casi nos tocaba en la fila. Entramos gratis, tal

cual prometió el del cuerno. Al entrar había un largo pasillo de roca muy pura y pulida como mármol, que seguía hasta el final del pasillo donde había un telón rojo. Pasando el telón nos encontramos con un escenario todo oscuro. No había ni una sola luz prendida. Apenas brillaban algunas raíces, aisladas en el suelo a lo lejos. Dalia fue al frente del grupo, y a paso muy acelerado se metió y buscó un asiento. Seguimos sus pasos y nos ubicamos a su lado. Nos pusimos cómodos y esperamos. Nos avisaron que el espectáculo estaba por comenzar y que guardáramos silencio.

Creí que habíamos hecho un buen trabajo evitando la atención de los pobladores de Varoa. Su aire era muy diferente al que respirábamos en Gangshi. Era mucho menos denso, no sentía pesadas miradas condenatorias, y estábamos más adentrados en el continente... Quién sabe, pensé.

De repente, se abrió el telón negro y una luz salió por encima de mi cabeza. El espectáculo había comenzado.

VII — CREGH

Luego del esfuerzo físico que había sido llevarnos hasta la ciudad, me costaba mantenerme despierto entre la oscuridad del teatro y la comodidad. En poco tiempo, todos los asientos estuvieron ocupados y el telón rojo se cerró. No sabía si era mi imaginación, pero parecía que la poca luz que había seguía disminuyendo. Casi sin darme cuenta, decidí cerrar mis ojos por unos segundos.

—¿Es magia?

Debía haberme quedado dormido, porque el escenario se había iluminado y Aldara estaba preguntándome algo.

—¿Sabés cómo lo hacen?

Tardé un par de segundos en entender que se refería al teatro. El telón había sido recogido y ahora el frente estaba cubierto por un gran lienzo. Sobre él, como si se tratara de una ventana, no dejaban de verse personas. Estaba por explicarle a Aldara cuando me di cuenta que no lo sabía. Había visto magia que podía crear figuras, pero nunca eran más complejas que siluetas de luz.

—¿Te quedaste dormido? —me preguntó Aldara.

—No, no, solo estaba pensando —mentí.

En el lienzo seguían apareciendo cosas. Al principio solo mostraba un terreno llano. Entonces, una montaña surgía de éste suelo, y esto empezaba a hacerse más y más pequeño, como si nos estuviésemos alejando. A medida que podíamos ver lo que había alrededor de la montaña más cosas surgían de la llanura; el lienzo dejaba ver que la tierra se llenaba de ríos, lagos, valles, cordilleras. Luego, el terreno se vio limitado por la aparición de una costa, y la imagen siguió alejándose hasta que pudimos ver un inmenso mar. Entendí que lo que se mostraba era la creación del mundo. Era increíblemente real... como ver a un cuadro cobrar vida.

Estaba tan concentrado que casi no noté al bicho que se encontraba en una esquina del escenario. Llevaba una túnica con una capa

blanca, parecida a la del Oráculo que habíamos encontrado. Empezó a hablar en la lengua del Oeste. Podía entenderlo vagamente...

—Nuestro dios terminó de hacer el mundo y nos creó a todos. Cada uno de nosotros fue elegido por él, todos por igual. Pero nuestro dios no fue el primero en poblar... no. Algo más se encontraba en tierras desconocidas, creado por fuerzas perversas.

Las imágenes del centro del escenario cambiaron, y entendí que ahora estaban mostrando a los humanos. Pero el ambiente había cambiado: lo que antes era azul y verde se había tornado rojo y marrón. El hombre de blanco seguía gritando algo en su lengua.

—Entonces, ¿sabés cómo funciona o no? —dijo Aldara, de repente. Recordé que seguía esperando mi respuesta.

—No, la verdad no tengo la menor idea de cómo funciona.

—Oh.

—¡Criaturas salvajes y perversas eran! —el bicho hacía que su voz viajase por todo el cuarto—. Dominadas por la ira y el placer, trataron de invadirnos. ¡De dominarnos! Pero nuestro glorioso Dios no lo permitió.

Ahora el mapa dejaba ver ambas costas. El bicho de blanco continuaba su discurso. En la imagen se veía una luz surgiendo desde el Este, pasando por el mar y llegando a los bichos.

—Pronto nuestro pueblo cayó bajo su efecto, pues los humanos nos acechaban ocultos como las bestias que eran. Siempre tratando de separarnos del señor, del amor de nuestro dios y de nuestro origen.

El rojo se extendía, cubriendo el continente. Noté que algunas personas se paraban de sus asientos y abandonaban el teatro.

—No hubieran podido hacerlo solos, no. El odio en sus entrañas era tan grande que atrajo a los espíritus malévolos que los crearon. Se dejaron poseer por esas fuerzas siniestras, y atacaron a nuestro pueblo. Cansados y poseídos por la maldad de esa tierra, fuimos derrotados. Pero el castigo no fue solo la humillación de la derrota, no. Bajo sus influencias macabras, esas criaturas afectaron nuestra mente. Nos hicieron creer que éramos inferiores, nos usaron como esclavos y nos convirtieron en objetos para su disfrute. Aun hoy en día nuestro pueblo es usado por ellos. La influencia de sus demonios es tan grande

que afecta las mentes. Tan bajo hemos caído... que incluso muchos usan su lengua en nuestra tierra.

Más personas se empezaban a ir.

—No les bastó con derrotarnos. Completamente dominados por sus demonios, los humanos zarparon a nuestro otro continente, a corromper nuestras tierras sagradas. Creímos ser capaces de enfrentarlos, pero la corrupción era demasiada y olvidamos a nuestro dios cuando más lo necesitábamos. Los humanos marcharon a través de nuestras tierras, hasta el corazón de nuestro hogar.

El rojo atravesaba todo el continente, avanzando hacia una brillante luz verde.

—Ahí. Tenemos que ir ahí —dijo alguien, y me giré. Dalia por fin había hablado. Estaba señalando hacia el punto verde—. Más allá de Aqlatan... ahí vamos a encontrar a los que nos persiguen. Ahí vamos a terminar nuestra misión.

—Abandonado nuestro Dios, dejamos que las fuerzas malvadas corrompieran Verin —decía el bicho—. Los humanos tomaron a nuestro dios y lo encerraron. Aunque esto fue un intento de que nos alejáramos de él todavía más, él nos perdonó, porque su amor es eterno. Debemos aceptarlo en nuestros corazones y él va a devolvernos nuestra merecida gloria. Devolvernos a nuestro pueblo, a nuestro hogar.

—¿Allá, a Verin? —susurró Ítalo.

—¡Pero el camino no va a ser fácil! Para recuperar el amor de nuestro Deus debemos luchar contra quienes lo capturaron. Vamos a tener que liberar a nuestro pueblo en el Este. En estos mismos instantes, nuestro pueblo está siendo torturado y humillado por los humanos. Debemos liberarlos y llevarlos al amor de nuestro señor.

La imagen había cambiado para mostrar una ciudad, y noté que reconocía los edificios. Estaba viendo hacia Alles, hacia Veringrad. En el lienzo, las paredes que la recubrían estaban cubiertas de sangre y pieles de bichos.

—Cada día se hacen miles de atrocidades contra nuestro pueblo. Hace unos años, un grupo trató de liberarse. No querían conquistar a sus captores; solo querían igualdad. Aun así, los humanos los masa-

craron, y los clavaron en las murallas de sus ciudades para que murieran al sol. Pero debido a las acciones de éste grupo los humanos juzgaron que debían darles un ejemplo a los otros, y castigaron a muchos bichos que no habían luchado. Porque el odio humano no tiene límites. Nuestro pueblo fue purgado de esa ciudad. Hijos y madres ejecutadas como animales... solo por haber pedido lo que todos merecemos. ¡Libertad!

—Creo que ya tenemos lo que debíamos encontrar —dijo Ítalo—. Tendríamos que irnos. —Mientras tanto, el hombre contaba más de las supuestas atrocidades cometidas por los humanos. Era todo fabricaciones o eventos alterados tanto que no tenían ningún parecido con la realidad. Habían usado el saqueo de Veringrad, cuando un grupo de bandidos había tratado de saquear la ciudad a punta de espada... compuesto tanto de humanos como de bichos.

—En Craster, una ciudad donde la perversidad es lo cotidiano, anualmente seleccionan un grupo de nuestro pueblo y los ejecutan en público —decía el bicho.

—Sí, es mejor que salgamos de esta ciudad cuanto antes —dijo Lang. El vagabundo tenía intención de pararse, pero se detuvo cuando alguien en la fila siguiente se levantó. Era un bicho de al menos dos metros de altura.

—¡Mentiras! Eso es mentira. Yo estuve ahí, y la única actividad anual es el festival de la cosecha primaveral. Es exactamente como el levantamiento de la raíz que celebramos acá. —El grandulón se giró hacia el bicho con capucha—. Siempre las mismas mentiras. —Dicho esto, empezó a caminar hacia la salida.

—¡Ahí está! —Exclamó el bicho del escenario, como si estuviera herido—. La influencia de los demonios es tan grande que perdió su mente. Le hicieron creer que las atrocidades son cosas aceptables. Por esto es que debemos liberarlos de la corrupción de los humanos.

Siguiendo al grandulón, más personas se levantaron.

—Ahora, hay que aprovechar la gente —nos guió Ítalo. Rápidamente, nos mezclamos con los otros que se iban hacia la salida.

Afuera, la luz de las raíces brillaba tanto como para cegarnos por unos instantes.

—Bueno, no fue una pérdida total de tiempo —dijo el arquero—. Aprendimos un nombre...

—Aunque esperaba algo más de información —interrumpió Lang—. Sobre todo, por la forma en que nos trajiste acá, Dalia. —Pero ella ignoró el comentario.

—No hay tiempo que perder. Cregh, anda a buscar nuestras cosas —dijo Dalia.

—Claro —dije—, voy a hacerlas aparecer.

La gente con la que salimos ya se estaba alejando del teatro. Iba a buscar las cosas en el callejón, pero me detuve al ver que ya estaba ocupado. Dos personas vestidas de blanco, como el presentador del teatro, se encontraban frente al grandote que había interrumpido el espectáculo. Las ropas ocultaban sus figuras, pero podía ver que uno tenía escamas y el otro una cola. Ambos tenían dagas en mano y hablaban en su propia lengua con el grandote.

Por el tono con el que hablaban, eso no parecía ser amistoso. Estaba por interrumpirlos cuando llegó Ítalo y el resto del grupo.

—¿Que está pasando? —dijo Dalia, y su mano viajó a su cintura, antes de darse cuenta que no estaba cargando con su espada.

Cuando Dalia habló, los dos bichos se giraron hacia nosotros. Aprovechando la distracción, el grandulón del teatro derribó a sus atacantes con un solo movimiento. Uno quedo inconsciente de inmediato, pero el de la capucha pudo levantarse. Saltó sobre el grandote, pero éste se movió y estrelló su atacante contra una pared. El golpe fue tan fuerte que la pared se agrietó. Tras eso, hice aparecer nuestras cosas a unos metros del gigante.

—Cielos —murmuré. Pensé en recoger las cosas, pero vi que el bicho nos estaba mirando.

Bajo la luz de las raíces, más brillante durante el día, era mucho más grande. Con casi dos veces mi tamaño, era calvo, con una cabeza que podía hacerse pasar por humana de no ser su color gris. Su camisa era blanca, pero tomaba un tono rojo en su brazo izquierdo, donde yacía la daga del encapuchado.

—¿Humanos sin esas capas? —dijo, hablando nuestra lengua. Dio un paso hacia nosotros—. Es raro que estén armados.

—¿Que paso acá? —Dalia dio un paso al frente—. ¿Por qué te atacaron esos tipos?

—¡Ah, lo de siempre! Pero primero lo primero; me llamo Azus. ¿Y ustedes, extraños?

Dalia dudó un segundo, pero se presentó. Luego nos miró a nosotros, esperando.

—Me llamo Aldara.

—Cregh.

—Ítalo.

—Me llamo Lorenzo, y éste es mi gato Malo —digo el vagabundo.

—Bien, bien, bien —Azus empezó a recoger nuestras cosas—. Pero... tengo que saberlo. ¿Qué hacen unos humanos acá, y por qué necesitarían armas?

Hubo un silencio corto, que Ítalo rompió.

—Estamos de paso. Vamos hacia Aqlatan.

—¿Aqlatan? ¿Humanos en Aqlatan? —El grandulón soltó una risotada—. Eso sería algo digno de ver... humanos yendo a Aqlatan por voluntad propia.

—¿A qué te referís? —preguntó Ítalo.

—No lo saben, ¿no? —El bicho murmuró, como pensando—. Veo que tienen suficiente comida para una cena. Vamos a mi casa y les preparo un estofado de rinor excelente. Justo hoy había conseguido un buen pedazo, y estaba preguntándome qué iba a hacer con él. — Y así como así, empezó a caminar con nuestras cosas y todas nuestras armas.

—Tu brazo —dijo Aldara, señalando—. Está sangrando.

—Oh, cierto, cierto. Tené. —Ítalo tomó la olla, y casi podía escuchar cómo pensaba en correr con ella.

Azus sujetó la daga y se la sacó del brazo. La arrojó al suelo y presionó su manga en la herida, que ahora echaba más sangre.

—Listo, dame eso. —Y antes de que Ítalo pudiera negarse, Azus tomó la pila de cosas y volvió a caminar.

—¿Eso es todo...? —dijo Aldara, sorprendida—. ¿No te vas a limpiar, al menos?

—No; mi padre siempre dijo que era una deshonra para un gurag tratar sus heridas. Tienen que mostrarse con orgullo. Además, solo es un rasguño. Una lástima la camisa, eso sí.

—Increíble —murmuró Aldara.

—Aunque... papá murió cuando una herida empezó a echar gusanos. Quizá no era muy buen consejo. Yo solo era un niño... Da igual, pasemos por el mercado para comprar un par de cosas y después les muestro mi casa. Ahí vamos a poder hablar.

Azus continuó caminando mientras todos nos quedamos mirando a Dalia. Ella se limitó a encogerse de hombros y empezó a seguir al grandote.

Lo de comprar un par de cosas terminó siendo una gran mentira. Pasamos toda la tarde siguiendo al gurag por los mercados de la ciudad; todo el mundo lo conocía y él les compraba a todos. Al final llegamos a su casa cargados de bolsas y cajas. Estaba seguro que había dicho lo de la comida solo para usarnos de cargamento. Durante todo el viaje tratamos de preguntarle qué había pasado en el callejón.

—Ya vamos a tener tiempo para hablar en mi casa —era todo lo que decía.

Cuando la vi por primera vez creí que era una posada, pero resultó ser un restaurante. Uno bastante grande.

—Bienvenidos a mi humilde hogar y negocio. Por si no pueden leer el cartel, lo llamo “Este Al Fuego”. Me especializo en comida de sus tierras; de Alles y más allá.

El lugar estaba vacío. Azus tomó unas sillas y las puso en unas mesas.

—Ahora bien, usualmente no cocino en mis días libres. Puedo hacer una excepción por ustedes con una pequeña condición. No voy a cobrarles... dudo que tengan algo de dinero. No; lo único que pido es poder usar esas hermosas verduras y nada más. Es difícil conseguir plantas de tan buena calidad en Varoa. Generalmente las consumen esos esqueletos caminantes. ¿A quién se las robaron?

—Decinos que paso en el teatro y son tuyas —sugirió Dalia, en seguida—. ¿Por qué te atacaron esos tipos?

—Es un trato; una cena y una charla a cambio de unas verduras. Siéntense y esperen.

Pronto el fuego estuvo encendido y el lugar se llenó de aromas exquisitos. La cocina estaba muy cerca de las mesas y podíamos verlo trabajar. Afuera, la luz disminuyó y supuse que era de noche. Cada uno recogió sus armas y empezamos a discutir lo sucedido. Les conté lo que habían dicho en el teatro. Todo era mentiras. A pesar de todo, no todos los bichos parecían tragárselas.

—Por cierto —dijo Azus, mientras cortaba un vegetal extraño—. Vi que llevan el Thi-yit entre sus cosas. —Siguió cortando—. No son iluminados... —Azus se giró para mirarnos a todos, cuchillo en mano—. ¿...No?

—¿Qué es eso? —respondí, simplemente.

—Bueno, supongo que no lo son. Hubiera sido una lástima.

—¿De qué hablas? —pregunté.

—Los iluminados son los humanos que, digamos, ascendieron según la iglesia. Los que creen en sus enseñanzas y en el objetivo de ayudar a nuestro pueblo yendo en contra del suyo. Desde mi punto de vista, no son más que idiotas a los que les lavaron el cerebro. —Sin nada más que agregar, volvió a mirar su cocina y vertió el vegetal cortado en un recipiente sobre el fuego.

—No sé si lo notaron —dijo Ítalo—, pero acá en Varoa me pareció ver a un par de humanos. Quizá solo se parecían mucho.

—No, es cierto —dije—. Vi uno mientras esperábamos en el teatro, y la gente no se nos quedaba mirando, no como en Gangshi. —Estaba caminando junto a alguien; me recordó a mí y a Cresso. Pero no era que lo extrañara. No, eso era imposible.

—La gente acá es diferente —accedió Ítalo—. Y la ciudad parece estar en buen estado. Los mercados están llenos, la gente anda bien vestida...

—Y la comida es buena, ya van a ver —interrumpió Azus, mientras ponía unos platos en la mesa.

Y no mentía. Unos minutos más tarde, la mesa estaba llena de comida. Era una mezcla de platos de Alles y comidas que jamás había visto.

—Este es el rinor —dijo, señalando una carne blanca en un caldo—. Es un ave de un metro y medio. Tiene un pico que puede arrancarte la mano, pero su carne es exquisita...

Las explicaciones quedaron pospuestas para después de la comida. Después del primer mordisco, nadie quiso dejar de comer para ponerse a hablar.

—Están disfrutando de algo que muchos desean; una cena privada en Este al Fuego —decía Azus, entre bocanadas.

Después de comer, y comer un poco más, Azus se levantó de la mesa y nos guió hasta las escaleras de la casa. Subimos dos pisos para llegar al techo. Desde ahí podíamos ver gran parte de la ciudad.

—Bueno, empezó la hora de las preguntas —dijo Azus—. ¿Qué querían saber? —Dalia bufó un poco.

—¿Qué paso afuera del...?

—¡Sí! Cierto, claro, tendría que haber supuesto que iban a empezar por ahí. Esos dos que estaban en el callejón del teatro eran miembros de la iglesia. Los mismos que mostraron esa obra estúpida. Querían silenciarme por blasfemar. —Azus pareció reír un poco ante esto—. Sí, claro. Todo el mundo sabe que lo único que puede callar a un gurag es otro gurag. Claro, o una buena cena, eso también sirve.

—Pero, ¿por qué querían silenciarte? —dijo Dalia— ¿Por qué mostraban esas mentiras?

—Eso... eso ya es más complicado, nena. —Azus dejó soltar un suspiro—. Es esa iglesia, la iglesia del Deus. Según mi madre solían ayudar a la gente, pero no sé nada de eso. Desde que tengo memoria que hacen todo lo contrario. Supuestamente, hace unas décadas pasó algo. La iglesia empezó a ganar influencia en los tarníes. El primero en ser afectado fue el de Verin. Al inicio nadie los tomaba en cuenta; un solo tarní no era nada, incluso si era el de Verin. Pero todos juntos...

—Perdón, ¿qué es un tarní?

—Ay, se me olvida que no son de por acá. Los tarníes son... son como... Son como sus reyes, así lo llaman ustedes, ¿no? Pero no son como reyes, exactamente. Cada tarní rige una región. Quizá se den cuenta de que ellos son la razón por la que no entramos en guerra con su territorio. Eso requeriría que la mayoría de los tarníes estuvieran de acuerdo en algo, y... bueno, eso es imposible —Azus empezó a reír, pero fue interrumpido por Ítalo.

—Creo que empiezo a entender. Los tarníes están cediendo ante la influencia...

Dalia miró a Azus, pensativa.

—Entonces, ¿por qué no podemos ir a Aqlatan?

Azus perdió el buen humor.

—Todo funcionaba bien hasta que la iglesia empezó a aumentar sus influencias. Primero lo consiguieron en la región de Verin, y Latán fue la segunda. Aqlatan está en esa región. Lentamente, la iglesia fue cambiando cosas. Primero fomentaron la separación de los humanos, y al final se les prohibió la entrada a las ciudades.

—Verin —repitió Dalia—. La ciudad que marcaron en el teatro... Ahí está el Deus.

—Los otros tarníes tardaron mucho en darse cuenta, y cuando lo hicieron ya era muy tarde —continuó Azus—. La iglesia ahora controla más de la mitad de las regiones. Yo creo que empezar por Verin los ayudó mucho... Verán, es nuestra ciudad más importante. Todos los tarníes suelen hacer negocios a través de Verin. —Por eso les digo que no pueden ir a Aqlatan. Hace unos meses llegaron rumores de que el solo hablar la lengua de Alles era un crimen... Y el castigo era la ejecución pública. Ustedes vieron lo que hacen para cambiar la opinión de la gente. El teatro solo fue una de esas cosas. Aunque dudo que funcione en Varoa... la mitad de la gente tiene algún familiar en Alles.

Azus no había mentido con lo de que nadie podía callar a un gurg; continuó hablando a lo largo de la noche. Nos la historia de su pueblo y muchas cosas más; nos contó cómo había visitado Alles y cómo se había enamorado de la cocinera.

—¿Y por qué hay un domo sobre la ciudad? —preguntó Ítalo.

—Es por el Deus, para honrar su justicia ciega. Hay algunos que están pidiendo cortar la parte de las raíces que dan luz para que no haya iluminación en ningún momento. La gente está loca.

—Vaya...

—Pero, en fin... humanos en Aqlatan... eso es la cosa más absurda que puedo imaginar —terminó.

VIII — LI

Recuerdo que cuando vi las construcciones y la arquitectura de Veringrad pensé que debía ser el lugar más impresionante del mundo. Los templos alcanzaban varios pisos de altura con intrincadas formas que se mantenían siempre estables. Las paredes estaban recargadas de detalles y los vidrios de colores jugaban con la luz. Pero Varoa había superado todo eso. Ese teatro había logrado agrandar y superar el arte del Este.

Era de noche en el negocio de Azus. Siendo tan amigable con los humanos, de cierta forma Azus nos daba una sensación de familiaridad en medio de esa tierra extraña. Nos permitió quedarnos a dormir en el segundo piso, donde apoyamos nuestras mantas. Mientras veía tanta generosidad, pensaba en lo que había dicho Ítalo. Pronto íbamos a tener que empezar a robar para sobrevivir... En ese momento, Dalia habló.

—¿No le preocupa que podamos robarle? —le preguntó a Azus.

—Oh, para nada —respondió—. La puerta es muy pesada. Solo yo puedo abrirla —dijo, riendo—. Que duerman bien. —y se fue, dejándonos a oscuras.

Cregh produjo una pequeña llama de vela en la punta de su dedo mientras nos acomodamos para dormir. Con algo de concentración logro suspenderla en el aire.

—Cuidado con esa llama, Cregh. No vayas a quemarle la casa —dije.

—Lo dice el que tiene una mascota pirómana —reclamó—. No me sorprendería si hubiera sido el quien provocó ese incendio allá en Craster en medio de su borrachera. —A Malo no le hizo mucha gracia su comentario, pero en vez de protestar se fue a un rincón a dormir. Uno pensaría que lo dejaría pasar, pero yo conocía a Malo. Ya se vengaría más tarde.

Cregh se concentró en la llama y la movió lentamente hasta el centro de la habitación. La llama se mantenía estable.

—Excelente —susurró, y sacó el libro que tomamos del Oráculo, el Thi-yit.

—Una pregunta, Cregh. ¿Creés que pueda aprender a usar magia? —dije.

Todos me miraron, y la llama se apagado de pronto. Cregh balbuceó mientras encendía otra llama. Ahora todos lo miraban a él, esperando su respuesta. Cregh se rascó la cabeza.

—Eso es... Em... Vení, acercate. —dijo, dejando el libro a un lado y sentándose directo bajo la llama. Me puse frente a el—. Mostrame tus muñecas.

Levanté mis manos y Cregh empezó a examinarlas. Ítalo se acomodó un poco para mirar.

—Esto sería más fácil si te las lavaras —dijo—. Apretá las manos. Apreté las manos y Cregh me empezó a tocar con los pulgares.

—Ya veo...

Y me soltó.

—Nop. Nada. Jamás producirás ni una chispa en tu vida.

—Vaya... —suspiré—. Ahí se fueron mis sueños y esperanzas.

Dalia se levantó entusiasmada, pidiendo que la examinara también. Cregh suspiró e hizo lo mismo, aunque se demoró un poco más.

—No estoy seguro, pero creo que tenés el potencial —le dijo.

—¿Qué se supone que ves? ¿Las venas? —preguntó Dalia, mirándose las palmas de cerca.

—Sí. Fijate. Las mías apenas se notan.

—¿Y yo, Cregh? —Aldara se acercó a la luz y Cregh la examinó un momento.

—Cielos, gente que no se lava... Nada, tampoco. Aunque podés controlar el agua...

Cregh miró a Ítalo.

—Quiero ver el libro. ¿No me vas a pedir que te revise? —preguntó.

—Yo ya sé el resultado. —sonrió Ítalo.

Cregh volvió a donde estaba sentado para examinar el libro.

Me recosté sobre mi saco, mirando la llama de Cregh. Me cubrí los ojos con mi mano derecha, y rápidamente me quedé dormido.

Desperté poco después, aun cansado. Había un ruido que no podía identificar. Me levanté para ir a revisar, cuando recordé lo que había dicho Azus sobre la puerta. Me dejé caer de vuelta sobre el saco.

—¿Estas despierto, Lorenzo? —susurro Ítalo, que se había acostado frente a mí.

—No, Lang... —respondí—. ¿Qué es ese ruido?

—Suena a una gran cantidad de gente. Quizás sea un carnaval...

De pronto, una luz se filtró por debajo de la puerta y se abrió.

—Me parece que van a tener que irse —dijo Azus. Estaba vestido con un pijama que le quedaba pequeño—. Los de la Iglesia están protestando afuera porque los dos tipos que me atacaron murieron.

—¿Qué carajo? —dijo Ítalo. Miré al resto, que recién se estaban despertando.

—Nos vieron a todos juntos —dijo Azus—. No es seguro para unos humanos. Creo que es mejor que se vayan antes de que se ponga peor.

Juntamos nuestras cosas y seguimos a Azus hasta la salida trasera. La luz del domo parecía estar volviéndose más brillante, así que debía estar amaneciendo.

Azus caminó cautelosamente hasta el final del callejón y se asomó a mirar. Hizo una seña para que nos acercáramos.

—Parece que por acá no hay nadie. Corran hacia allá —dijo, apuntando a la derecha—. Hasta llegar a las puertas de la ciudad.

—Venimos de esa dirección —dijo Dalia—. Tenemos que ir al Oeste, no al Este. Es nuestra misión.

Azus suspiró.

—Miren, hablo en serio cuando les digo que las cosas se ponen peores.

—No te preocupes, un Oráculo nos dijo que no paráramos en ninguna ciudad —dijo Dalia.

—A menos que necesitemos traducir el libro... —dijo Cregh—. Intenté leerlo anoche y no pude. Creo que debemos ir a la Gran Biblioteca. —Azus se ponía más ansioso con cada segundo.

—¡Escuchen! Es imposible que entren ahí —exclamó—. No se permiten humanos.

—¿Aunque sean iluminados...? —se me ocurrió. Azus se quedó pensando.

—Mierda, nos vieron —dijo Ítalo. Azus nos empujó hacia la derecha, pero empezamos a correr en dirección opuesta. Azus fue tras nosotros.

—¡Tontos!

Las manos de Cregh brillaron, y una luz blanca nos envolvió. Al dar el siguiente paso, mis pies no tocaron el suelo. Caí de cara contra el piso, pero los demás aterrizaron bien.

Traté de levantarme, pero volvieron mis dolores. Lo ignoré y me esforcé en ponerme de pie.

—¿No podías hacer esto antes? —dijo Azus. Cregh estaba mirando alrededor. En las calles solo había un par de bichos que no nos prestaban atención.

—Un grupo nos estuvo siguiendo —dijo Cregh—. Quería comprobar que estuvieran acá... Pero creo que no son iluminados. Han matado a gente de la iglesia. Apurémonos, de todas formas.

—Azus, ¿Qué salida nos lleva hacia la biblioteca? —preguntó Dalia.

—No van a cambiar de opinión, ¿eh? —suspiró Azus. Síganme.

Cregh nos había dejado cerca de las puertas. Llegamos luego de unos minutos.

—Acá los dejo, entonces —dijo Azus, luego de recuperar el aire—. Éste camino los va a llevar hasta Aqlatan.

—¿Vas a volver? —preguntó Dalia—. ¿Con toda esa gente? —Azus rió.

—Tranquilo, Lorenzo. Pensaba viajar a Alles pronto, pero quizá tenga que hacerlo antes de lo previsto...

—En el puerto de Gangshi hay un marino llamado Ernesto Alibar —dije—. Decíle que venís de parte nuestra, seguro te hace un buen precio.

—Lo voy a tener en cuenta. Estoy pensando en poner un restaurante y servir comidas de acá. Si vuelven vivos y nos volvemos a encontrar... les voy a preparar un buen almuerzo.

—Espero poder probar tu comida de nuevo —dijo Aldara. Azus soltó una risotada.

—Gracias. Me voy antes de que esos idiotas empiecen a vandalizar mi negocio. Hasta luego.

Azus dio la vuelta y nosotros cruzamos la puerta de la ciudad.

Una vez fuera del domo volvimos a ver el cielo claro y azul.

—Bueno, entonces... —empezó a decir Dalia.

—¿Sí? —pregunté.

—Necesitamos esas túnicas blancas. Cinco de ellas.

—Mantengamos cierta distancia del camino —dije—. Si vemos a un grupo de Iluminados, los asaltamos.

—Si vos lo decís... —dijo Dalia.

Empezamos a atravesar un bosque junto al camino. Cregh se aclaró la garganta y empezó a hablar.

—Estuve analizando el Thi-yit anoche. Sucede que no usa el idioma del Oeste, es más antiguo. Es una variación muy arcaica, con glifos especiales... Por lo que supongo que el “Libro de Rossetta” que menciono el Oráculo será una especie de diccionario.

—Si era un Oráculo tiene sentido que tuviera una copia de su texto sagrado cercano al original —dijo Ítalo—. Leí algunos libros con la lengua alta, quizás pueda entender algo. —Ítalo le extendió la mano a Cregh y éste le entregó el libro. Luego de ojearlo un momento, se acercó a Cregh para preguntarle cosas. Mientras tanto, yo miraba el bello paisaje.

—Espero que no haya más pajarracos en éste bosque. No quiero tener que salir de noche a un área abierta...

—Ya veo... —dijo Ítalo. Nos lo quedamos mirando un momento.

—¿Y? —preguntó Dalia.

—No entiendo una mierda —Ítalo le devolvió el libro a Cregh—. Es demasiado antiguo. Solo un profesor podría descifrarlo.

En poco tiempo nos encontramos con un extenso campo de trigo con un molino en medio. No muy lejos había a una casa con un bicho descansando enfrente, que nos saludó desde lejos.

—Ya quisiera que todos fueran así. Incluso en Alles —comenté, sin pensar mucho.

Dejamos la casa atrás y nos encontramos con un pozo. Aldara logró sacar agua para llenar sus canteras.

Descansamos bajo la sombra de unos árboles por unos minutos, y luego continuamos nuestro viaje. El sol golpeaba más fuerte a cada momento, pero luego nos volvimos a encontrar con un bosque. Encontramos algunas frutas que no habíamos visto antes.

Oímos una gran cantidad de carretas acercarse a nosotros, en dirección a Varoa. Nos acercamos un poco al camino y nos detuvimos a observar. Eran lagartos. Nos quedamos observando hasta que pasaron todos.

Luego de una hora de camino encontramos una calavera vieja al pie de un árbol. No reconocí la especie.

—Espero que no haya sido grave —dije.

—Le paso por cabeza dura —agregó Creggh. Solo él y yo reímos.

—Deberíamos detenernos a comer y descansar un rato —dijo Dalia.

—Diría que pronto va a atardecer —dijo Ítalo—. Preferiría tratar de encontrar refugio.

—No sé... a mí no me agrada mucho la idea de dormir en un lugar donde podría llegar gente —dijo Aldara—. Aun pienso en lo que ocurrió más atrás...

—Aldara tiene razón —dije—. No creo que detenernos un poco haga mucha diferencia. Disfrutemos el viaje un rato...

Así pasaron unos minutos, cuando noté una nube de polvo levantándose por sobre los árboles. Les dije a los demás que se quedaran atrás, y me acerqué a ver. Se acercaba una carreta. Pude ver que venían tres personas vestidas de blanco.

Corrí a la mitad del camino y me puse en su camino. Los caballos se detuvieron a un metro de mí. Los tres bichos definitivamente eran iluminados.

—Hey, ¿qué te pasa? —gritó uno, mientras se bajaba—. ¿Quién sos?

—Andrea —dije, sin pensar.

—Eh... bonito nombre.

Saqué mi revolver nuevo.

—Esto es un asalto —dije, apuntándoles. Los tres me miraron confundidos.

—¿Qué es eso? ¿Un juguete? —dijo un alto. Apunté hacia un árbol y disparé. La rama salió volando y todos saltaron, incluso los caballos. Yo también; todavía no había probado el revólver, y casi me vuela la mano.

—No quieren ver lo que le hace a una persona —dije. Los sujetos retrocedieron.

—E-Está bien. Román, entrégale la carga —dijo el alto, empujando a uno de sus compañeros. Éste se subió a buscar algo—. ¿Un humano robando en estas tierras? El Deus te castigara por tus actos...

—¿La carga? —alcancé a preguntar. Me lanzaron una bolsa a mis pies. Salieron un montón de cubiertos y cálices de plata—. No pedí tenedores. Quiero las túnicas. —Los tres sujetos se miraron entre ellos.

—¿Qué?

—Las túnicas. Quitenselas. —Hice golpear el martillo de mi revolver—. No quiero tener que mancharlas con sangre.

Los tres hombres se quitaron las túnicas, y uno de ellos... quedo sin nada con que cubrirse. Me las lanzaron y se acercaron a recuperar las dos bolsas. Se fueron tan rápidos como el viento.

—Ya volviste —dijo Creggh, cuando me acerque—. ¿Y eso?

—Son tres túnicas —respondí—. Pasaron unos bichos y aproveché de sacárselas.

—Por lo menos tres de nosotros van a poder entrar a Aqlatan.

—Es algo —mascullé—. Creggh, ¿podes prender un fuego? Tengo algo de frío.

—Cuatro años en la universidad para servir de hoguera... —suspiró Creggh.

—No te preocupes; te queremos igual, siempre y cuando no incendies todo el bosque. —bromeó Aldara.

—Este lugar me incomoda un poco, la verdad —dije—. No estoy seguro de por qué.

—Ah, entonces no era la única —dijo Dalia. Levanté una ceja—. Me da cierta nostalgia. Vivía junto a un bosque parecido a éste.

—Yo también —dijo Aldara—. Lo extraño, aunque no tenga muchos buenos recuerdos.

—¿A qué te referís? —pregunté, sin tacto alguno.

—No... no creo que te interese, la verdad. No quiero deprimirte.

—Podés decírmelo. No creo que me importé tanto —dije. Aldara me miró fijo.

—Bueno... mi mamá no me quería mucho —empezó a contar—. Recuerdo que de pequeña no era así, pero cambió luego que se fuera papá. Empezó a tomar alcohol y a decirme que papá se había ido por mi culpa... Y me insultaba... Bueno, nos insultaba a todos.

—¿Tenías hermanos? —pregunté, interesado.

—Tenía tres. Uno un poco mayor que yo. Él siempre trataba de ayudarme; me ayudaba a juntar dinero. Mamá inventaba historias y ponía a los dos menores en mi contra, aunque pienso que quizá sabían que algo andaba mal.

—¿Entonces te escapaste de la casa? —dije.

—No... realmente. Papá había arreglado un matrimonio con un amigo antes que se fuera. Pero era un *cerdo*. —Al principio Aldara había hablado con tristeza, pero ahora se podía sentir un fuerte asco en su voz. Me tomó por sorpresa—. Mamá me hizo irme a vivir con él, y yo acepté creyendo que sería mejor que estar con ella. Pero me equivoqué —bajó la mirada y se puso a ver el suelo—. Por lo menos mamá solo me insultaba. Rodrigo usaba las manos... cuando hacía algo mal o simplemente cuando se le daba la gana.

—Aldara... —dijo Dalia, que parecía haber olvidado sus propios problemas por primera vez en mucho tiempo. Todos estábamos escuchando.

—Pero algo me mantenía con fuerzas —dijo Aldara—. El mejor amigo de mi padre... él era como mi segundo papá. Tuvo que irse, pero le prometí que siempre lo iba a esperar... Todavía lo espero. Por eso tengo que sobrevivir. Por eso me fui. Poco después recibí el llamado de Wendagon, y los conocí —y sonrió. La historia había terminado de repente.

—Esperá, esperá —rompí el silencio—. El otro día dijiste que fuiste con Wendagon porque escapaste de un calabozo. —Aldara sonrió aún más.

—Ah, sí —rió—. Traté de entrar a Veringrad sin que me vieran y los guardias me encerraron. Luego me escapé y me encontré con Wendagon.

—Ya veo. Ya estaba pensado que había sido por algo grave —dije, riendo también. *Que había matado a alguien...* Qué gracioso.

Descansamos en silencio por unos momentos. En cierto punto, noté que había cerrado los ojos. Quizá estaba más cansado de lo que creía... Entonces me llamó.

No creía haber escuchado nada, ni siquiera sabía porque había tenido esa sensación. Traté de ignorarlo, pensando que ya estaba a punto de caerme dormido. Pero lo escuché claro como el día.

Hijo.

Me llamaron de nuevo. El viento empezó a soplar.

Hijo.

Las estrellas brillaban con más fuerza.

Te extrañé.

Puso su mano en mi espalda.

—Yo también, papá —dije, tratando de alcanzar su alto hombro. Había caminado lejos de casa por tanto tiempo...

Y de pronto, todo se fue. Abrí los ojos. Cregh me estaba tocando el hombro para que me despertara.

—Vamos, vagabundo. Nos ponemos en marcha.

—Eh... Sí. Sí —balbuceé. Ese había sido un sueño extraño. De la clase que odiaba.

—Hay que seguir hacia adelante —dijo Ítalo, levantando la vista y sonriendo—. Al menos la luna nos acompaña de nuevo.

CAPITULO II

LATAN

I — DALIA

—Lang, ¿te pasa algo? —preguntó Aldara.

—No, Aldara. Estoy bien... —El pistolero se estaba refregando los brazos sin pausa alguna, a pesar de que estábamos junto a una fogata.

Me rasqué el pelo. Ítalo y Lang estaban sentados junto a mí en un tronco, y mirábamos a Cregh y Aldara frente a nosotros. Habíamos marchado un par de horas, pero se había hecho demasiado oscuro y pronto habíamos necesitado montar campamento y descansar para el día siguiente.

Malo maulló hacia las estrellas.

Encontramos el final del bosque al día siguiente. El trayecto que siguió no fue rocoso, por suerte, sino una pradera; los kilómetros que seguían estaban cubiertos de hierba y arbolitos, donde había más frutas exóticas. También había caballos pastando en el camino; Ítalo, que venía de la mejor familia entre todos nosotros, supo decirnos que Alles había intercambiado ganado con el Oeste desde que los reinos se habían encontrado hace doscientos años.

Cregh creyó que era mejor continuar de pie. Si lo que habíamos oído de Azus era cierto, el camino adelante sería más y más duro... Aunque de alguna manera me costaba creer en eso, decidimos caminar, así podíamos saber lo que había frente a nosotros. Si el mago trataba de transportarnos, no podíamos saber dónde íbamos a aparecer. Además, Cregh ya se había esforzado bastante en el camino a Varoa.

Fueron dos semanas antes de que viéramos nuestro destino. A veces encontrábamos caminos, pero estos seguían direcciones extrañas;

después de todo, no estábamos siguiendo las rutas, sino que solo caminábamos hacia el Oeste. No esperábamos a la ciudad. No levantaba luces hacia los cielos, como en Varoa. Cuando apareció frente a nuestros ojos, pasando una colina, Ítalo simplemente suspiró.

—Así que ahí está Aqlatan.

La ciudad era una silueta a la distancia. En vez de una destinación deseada, brillante ante nuestros ojos, parecía ocultarse, estar unida a la tierra como solo otra roca más. La ciudad subía junto a una montaña, y la depresión que la precedía estaba cubierta por un puente. Hacía los lados, grupos de casas se separaban de la montaña y se desperdigaban por el valle. Edificios enormes se levantaban desde la montaña a medida que esta subía, con nubes bajas cubriéndolos y haciéndolos negros.

—Es enorme —dijo Aldara.

—Realmente hay mucha población en el Oeste —dije—. Son gente muy civilizada.

Lang también parecía muy impresionado, a juzgar por su expresión. Solo Cregh le restaba importancia al asunto, y dijo lo que todos debíamos haber estado pensando.

—Pero todavía no tenemos las ropas blancas que necesitamos, chicos.

Era verdad. No habíamos visto ningún uniforme de los iluminados en nuestro camino; sí habían pasado otros bichos en carruajes, pero nos habían dejado en paz. Por suerte, no habíamos visto más cuervos; parecía que estábamos haciendo un buen trabajo en mantener un bajo perfil hasta ese momento.

—Está bien —dijo Lang—. Todavía pueden pasar tres de nosotros con los trajes que tenemos. Y quizá ni siquiera pase nada...

—Es verdad, solo es un color de ropa —dije yo, animada.

—Ay, dioses, siento que todos se volvieron tontos —se quejó Cregh—. ¿Acaso se olvidaron de todo lo que nos dijo Azus? Es verdad, quizá la gente que no cree en esa iglesia no nos haga nada, pero cuando el tarní de esta ciudad es un “iluminado”, la opinión de esa gente ya no es muy importante. Azus dijo que los humanos no iluminados no tienen permitido pasar a las ciudades... ¿Entienden eso? ¡Vamos a ser apedreados!

—¿Cómo puede ser? —se quejó Aldara—. ¿Todas las personas en esa ciudad hacen lo que les dicen ciegamente?

Nos encontrábamos bajando una colina hacia la ciudad. Había un par de docenas de metros antes del puente, y allí ya podíamos divisar a unos guardias. Aldara caminó hasta un árbol y se apoyó en él, bajo su sombra.

—Mmm —dije—. Alguna gente puede estar muy unida a sus dioses... Los etéreos pueden servirnos como apoyo, como un sostén para cualquier situación. Yo entiendo a la gente de Aqlatan. —Aldara desvió la mirada, no muy convencida. Me sentí un poco tonta—. Ey... Si no hubiera creído en los etéreos, en Destino, nunca hubiera partido en éste viaje.

—Tiene razón. Ellos son libres de creer lo que quieran—dijo Ítalo—. No es culpa suya que esta iglesia les diga que los humanos van en contra de su amo y señor.

—Pero ellos van en contra, ¿no? —dijo Creggh con una risita—. Nosotros queremos matarlo. Es cierto, nosotros queremos matarlo. Así que creemos en él de alguna manera, ¿no?

—Bueno... eso vamos a saberlo en Verin —dijo Ítalo—. Pero Wendagon era ... un Oráculo, como el que vimos en aquel templo. Y él vio que éste Deus estaba por despertar. Así que no se sí sea un Dios, pero si debe ser alguna especie de animal.

Aldara suspiró.

—Supongo que tienen razón. Es solo que la ciudad parecía tan bella antes de pensar en que iban a apedrearnos...

—Sí —dijo Lang.

Caminó unos pasos, hasta fuera de la sombra del árbol. Uso su mano para cubrirse del sol, y miró hacia la ciudad, hacia la montaña adelante.

—Una ciudad que se contempla mirando hacia las alturas. —El pistolero tomó aire. Meditó durante unos segundos—. Bien... no sería la primera vez que pasa una de estas cosas. Quien sea que controle esta iglesia seguro ni siquiera está interesado en el Deus. Pero puede usarlo para dirigir a la gente, hacer que ataquen a la especie que él quiere que ataquen... Seguro que hasta trabaja con ese grupo con el que nos estuvimos encontrando, los que quieren matarnos.

—Pues no sé —dijo Cregh. Se había sentado en el pasto—. Azus nos dijo que la iglesia venía tratando de influenciar a los tarníes de las ciudades hace más de una década.

—Oh, bueno. No ganamos nada con hablar de ello —dijo Ítalo, también saliendo de la sombra del árbol—. Es mejor que nos pongamos en acción. Creo que es muy peligroso solo pasar caminando, está bien... Así que podemos entrar tres de nosotros, conseguir ropas para el resto y volver.

—Bien. Que Dalia vaya —dijo Lang—. Yo no voy a ser de mucha utilidad, siendo franco. Ella puede aguantar una posible apedreada, pero yo no...

—Y yo tampoco voy a servir —dijo Cregh—. La magia deja un rastro fácil de buscar. Si no usé magia en el camino hasta la ciudad, de menos utilidad será en la ciudad misma.

—No seas tonto —dijo Ítalo—. Sos demasiado útil. Podes hacer fuego en los cuartos oscuros; transportarnos si nos atrapan. Además de que sos el que mejor habla su idioma. Sería ilógico que no vayas.

—Bueno... si vos lo decís.

—Sí, supongo que está bien —dije. Ahora que era una posibilidad tan real, el aspecto de la ciudad entre las nubes me ponía algo nerviosa.

—Y yo también quiero ir —dijo Aldara, mirando a Ítalo—. Quiero ver a esa iglesia de cerca.

—Mmm... ¿estás segura? —respondió el arquero—. Digo, ahora puedo hacer esto, ya sabés cómo es. —Y una chispa surgió de su mano. Fue solo un segundo, pero se vio iluminada por la luz de rayo.

—Dejame tomar tu lugar, por favor —dijo Aldara.

—No me molesta —dijo Ítalo.

—Muy bien, vamos entonces —dijo Cregh, tomando una de las túnicas blancas. Aldara y él se las pusieron encima, y empezaron a andar.

—Vamos a estar del otro lado de la montaña —me dijo Lang—. Si no vuelven por la noche vamos a entrar a buscarlos. Recordá esto, Dalia. Vuelvan por la noche, aunque tengan que transportarse de repente para llegar a tiempo.

Asentí, con un escalofrió recorriéndome. Parecía como si estuviéramos tomando demasiadas precauciones. Desafiando a la suerte.

Me saqué mí vestido de abrigo y me puse la túnica. Incómoda como era, corrí colina abajo, detrás de Aldara y Cregh.

Pronto alcanzamos el puente. El valle se precipitaba hacia abajo en ese punto, volviendo a subir en la entrada de la ciudad, donde la montaña se elevaba a los cielos. Cubiertos por el sonido de los vientos a nuestro alrededor, volando nuestros trajes y haciendo que tengamos que sostenernos de las barandas del puente, alcanzamos a los guardias.

Nadie dijo nada. Pasamos sin bajar el ritmo, como si fuera algo que hacíamos todas las mañanas, aunque sí los miré de reojo. Eran hombres lagarto, llenos de escamas y con una cola que parecía más larga que ellos. A su vez, todos ellos superaban nuestra altura. Uno de ellos giró su cabeza hacia mí, su armadura de hierro tintineando con el movimiento. Empezó a gruñirme. Pronto corrí la mirada; aceleré el paso.

—Eran como mi hermano... pero dos veces más grandes —dijo Cregh, sorprendido.

El puente llevaba a unas escaleras de piedra. Los tres subimos en silencio, escuchando con atención ante cualquier cosa. Pero con flores de la montaña saltando a los lados del camino, y el calor de la primavera apretando la túnica blanca contra mí, no pude evitar sentirme viva. Empecé a silbar una tonada, una canción de mamá, y cerré los ojos. Cregh y Aldara, un par de escalones delante de mí, escucharon por un minuto, y Cregh se dio vuelta.

—Dalia... No quiero ser bruto, pero sería mejor que no cantaras ahora.

—Vamos... estas preocupándote demasiado —protesté—. Los guardias nos dejaron pasar sin problemas, ¿no?

—Sí, pero no queremos llamar la atención. Buscamos *asaltar* a dos personas, ¿te acordás? —dijo Aldara, susurrando esa última parte.

—En serio. Se están preocupando demasiado. Nos dijeron que acá apedrean a los humanos, pero, ¿no nos habían dicho la misma cosa acerca de todo el continente? Y aun así... Dalir, Azus; toda esa gente

fue amable con nosotros. En éste lado del mundo no se ven arañas por ningún lado... Es casi más pacífico que allá.

—Bah, ¿qué? ¿Te vas a quedar a vivir acá? —masculló Cregh, sin ningún tacto.

—No, solo digo... que no me pidan que tenga miedo —dije, algo molesta.

Pero al parecer eso molestó a Aldara. Frunció el ceño ante mi comentario, y se dio vuelta y siguió subiendo.

—No tiene nada de malo tener miedo —dijo entonces.

Cregh y yo nos miramos. Aldara ya había subido hasta la calle. Pronto la alcanzamos.

—Si la gente apedrea a los humanos que no usan esta ropa de iluminados... —siguió—. Lo harán por miedo. Y si nosotros viajamos hasta Verin y matamos al Deus para que no destruya nuestras ciudades... también será porque tenemos miedo.

Ahora estaba mirando al suelo. Por un segundo fui incapaz de moverme. Entonces avance hacia ella y le puse una mano en el hombro. Le sonreí. Ella me miró, pero no me devolvió la sonrisa.

Cregh, mientras tanto, miraba alrededor un tanto incómodo. Seguí su vista, y vi que estábamos en una calle de piedra que se dividía en varios caminos. Las casas se repartían sin ningún orden, y más adelante aviste otra escalera. Debía llevar a otro nivel de la ciudad, supuse.

Una de las casuchas frente a nosotros se abrió, dejando salir a una mujer lagarto. Tomados por sorpresa, intentamos salir del centro de la calle, pero ella ya nos había visto. Llevaba un balde en las manos, y ropa colgada en un brazo. Sus ojos se cerraron ligeramente y nos habló en su idioma.

Cregh se mostró confundido durante un momento, y entonces sus labios empezaron a temblar. Muy despacio, con dificultad, intento darle una respuesta a la señora, hablando su idioma. Por la forma en la que giró la cabeza, supe que no había tenido mucho éxito.

—Qué mal —suspiro Cregh—. Intenté decirle alguna de las frases que Cresso soltaba a veces... Bueno, ¿acaso son todos tilisios en esta ciudad?

—¿Son humanos? —dijo la mujer lagarto, de pronto—. ¿Son... son nuevos en la ciudad?

Iba a decirle que sí, pero Aldara me paró. Miré bien a la mujer. Estaba estudiando nuestros vestidos blancos de arriba abajo; ¿cómo podíamos tenerlos si éramos nuevos?

—Somos... bueno, es complicado —balbuceé.

—Sí. Somos nuevos —dijo Cregh entonces. La señora solo dejó el balde en el suelo y se frotó la barbilla.

—Mmm... no saben, entonces, supongo yo. Sí, sí, acá los tilisios somos muchos... ocupamos toda la parte baja de la ciudad.

—No sabía que se dividieran por especie —dijo Aldara.

—Mmm, nueva acá, ¿eh? —dijo la mujer. Con “acá”, estaba refiriéndose a todo el Oeste, pensé—. Sí, es muy común, muy normal que los pueblos se junten, al menos fuera de las ciudades de comercio... Nosotros los tilisios solo ocupamos la parte de debajo de la montaña, igual. Ofrecemos nuestros servicios barato, somos simples y fáciles de conseguir y buenos para ser soldados o guardias... —en éste punto, el discurso de la señora se quebró y su mirada se hizo melancólica. Me pregunté si su hijo había sido tomado para trabajar como escolta o algo así, pero la verdad era que no teníamos tiempo para esas cosas.

—Muy interesante —agradeció Aldara, mientras Cregh empezaba a andar y a dejarnos atrás. Aldara pronto fue tras él, pero la señora lagarto me detuvo.

—Sin embargo... escuchá, nena, escuchá. Somos buenos para matar, somos baratos, pero no somos tontos. Acá abajo no nos van a convencer de que hablar éste idioma está mal, pero arriba...

—¿Q-Qué dice? —dije, algo confundida.

—Nada. —Se rindió, entonces—. Anda con cuidado, nena. —Y me dejó ir.

Mientras se daba vuelta hacia su balde, me di vuelta y troté hasta el resto.

—Um... Qué cosas, ¿eh? —dije.

—Sí. Incluso debe haber una Ciudad cuervo... —dijo Aldara, abstraída.

—Ay, dioses. No gracias —dijo Cregh.

—Cielos —bufé, removiéndome el pelo. El comentario de Aldara logró distraer mi cabeza—. De verdad era una mentira que los últimos cuervos estaban en Veringrad, ¿eh?

—Bueno, no es tan así —dijo Cregh—. Al menos eran los últimos cuervos en nuestro reino. No conozco muy bien los detalles, pero creo que esa especie era tan agresiva que apenas podía convivir con los humanos. Y pronto el puñado que quedo se tuvo que resguardar en la capital, donde las leyes de protección contra bichos se toman más en serio.

—Sí, yo también escuche algo así —dijo Aldara.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó el mago.

—Esa señora dijo que habían más especies más arriba. No debería tomarnos mucho encontrar algún humano —dije.

—A mí me interesa más saber algo de la iglesia... —dijo Aldara.

Subimos hasta otro acceso, y todo se hizo oscuro. El sol tapado por las nubes, todo a nuestro alrededor se cubrió de sombras. Seguimos avanzando. Las calles ahí se elevaban naturalmente siguiendo a la montaña, pero las casas continuaban siendo sinuosas. Parecía como si nos adentráramos en un laberinto de piedras. Siguiendo esa caminata hacia arriba, muchos más bichos empezaron a aparecer, pero todos evitaban nuestra mirada. Esos vestidos blancos no eran muy amigables, pensé. Y destacaban mucho contra la oscuridad que causaban las nubes.

Cregh y nosotras nos separamos. Nos dividimos por dos caminos diferentes, y dimos una vuelta a la redonda. Luego de alrededor de una hora, Aldara pareció ver algo y me pidió que encontrásemos a Cregh. Volvimos hacia atrás, buscamos al único humano de traje blanco que había por esas alturas y luego volvimos.

—Miren, ahí —dijo Aldara.

Doblando en una esquina, un grupo de hombres lagarto y un hombre peludo salían de un edificio con escrituras talladas en las paredes.

—Ey, es como... es como... —empezó a decir Cregh.

—Una capilla —terminó Aldara—. Vamos, quiero hablar con esa iglesia.

—¿Estás loca? —exclamé. Fui incapaz de evitar levantar la voz—. ¡En cuanto hablemos con ellos van a saber que no somos parte de la religión!

—Pues les decimos que encontramos las ropas en un callejón, y estamos interesados en unirnos. Vamos, Dalia...

Me miré con Cregh, insegura. Entonces, una mano rosada se extendió desde la capilla. Cuando el último hombre lagarto paso, cerró las puertas detrás de él, y pudimos ver el rostro de un humano al final de esas palmas. Un humano con túnica blanca. Me miré con Cregh de nuevo, y cerró los ojos. *Ya no podemos protestar*, decía.

Pasamos adentro de la capilla. Era un cuarto pequeño, con solo algunas sillas y un banco grande al frente de todo. En la pared del fondo, un lienzo colgando desde arriba separaba el paso a otro cuarto.

La habitación estaba vacía, pero no tuvimos que quedarnos mucho tiempo antes de que viniera alguien. Era el humano de antes. Bajo mi túnica tanteé el borde de mi espada, nerviosa. Nos saludó con una sonrisa, hablando nuestro idioma.

—Bienvenidos. No los había visto antes por acá.

—Pues... eh, venimos de otra ciudad —empezó a decir Cregh, improvisando con torpeza—, de una capilla de otra ciudad...

—¡No! —Lo calló Aldara—. Discúlpelo. La verdad es que no somos de la iglesia... Unos amigos nos prestaron sus ropas...

—Entiendo, entiendo —dijo tranquilo el hombre. Era un hombre moreno, flaco, de bastante edad. Usaba uno de los vestidos blancos. Se parecía un poco a Cregh, excepto por lo de que era flaco. Caminó hasta la entrada y la cerró detrás de nosotros. Me pregunté si debía preocuparme—. No se preocupen; entiendo su situación. Es difícil sobrevivir en este reino. Si vinieron por una de las charlas, la verdad es que tuvimos una hace justo un momento...

—En realidad —dijo Aldara, eligiendo las palabras con cuidado— no somos parte de la religión. Ósea, iluminados. Quiero decir... que nos gustaría aprender.

—Mmm —murmuró el hombre—. Ya lo suponía. Porque hablan *este* idioma, quiero decir.

Hasta ese momento, la actitud de ese hombre me estaba poniendo nerviosa. Estaba tranquilo, demasiado tranquilo para un humano en

un edificio que buscaba que ejecutasen a todos los humanos, y para estar hablando con un grupo de ellos que no creían en eso. Pero entonces se sentó en uno de los asientos pequeños, y acostó la cabeza entre los brazos.

—Sí... hablarlo es una de las cosas que más extraño —y soltó una risa amarga.

Aldara lo miró con una mirada profunda, sus ojos brillando ante un posible aliado.

—¿Podría ser...? Señor, ¿usted cree en las cosas que dice esta iglesia? —le preguntó. El hombre sonrió. Era una sonrisa pesada.

—Sí, linda. Lo lamento. Yo nací acá.

—¿Eh? —dijo Cregh—. ¿De verdad?

—Pero, ¿esta gente dice que los humanos son torturadores que deberían morir! —exclamó Aldara—. ¿Cómo puedes creer en eso?

El humano rió de nuevo, al parecer complacido ahora que Aldara había abandonado toda pretensión de estar interesada en unirse. Quizá no éramos los primeros que habían entrado a esa capilla para discutir, pensé, pero los ojos cansados de ese anciano parecían tener mayores pesos que un par de desacuerdos.

—Así que escuchaste de eso, eh... Supongo que los teatros ya habrán alcanzado Varoa. Sí... es verdad, nuestra gente está diciendo eso. Pero en realidad están hablando del *este*, no de los humanos.

Aldara parecía extrañada. El viejo levanto su sonrisa hacia nosotros. Gesticuló con la mano para que nos acercáramos, para que habláramos con calma, y tomamos asiento frente a él.

—Vienen de allá, ¿no? —dijo entonces.

Aldara dudo un momento, y asintió despacio.

—Mmm. Lo suponía. Digamos las cosas con franqueza. Podemos, yo también soy humano. Sí, la iglesia en realidad está hablando del Este, no de los humanos. Piensen en eso durante un momento. Verán, nosotros en el Oeste escuchamos las historias. Lo que los humanos les hicieron a sus huginn, por ejemplo. —Tragué saliva—. E incluso sin eso, el hecho es que Alles nos invadió. Invadieron Veringrad y la hicieron suya.

—Veringrad fue construida por humanos —saltó Cregh, con la voz algo reseca.

—Eso... no es verdad —se limitó a decir el hombre—. Y... en fin... algo tiene que hacerse. Ustedes entienden esto, ¿no? Yo sé que mentimos en nuestras propagandas, con esos teatros, al fin y al cabo. La verdad es que mentimos, pero es un medio para que se haga justicia. Lo entiendo. Aunque toda esa propaganda cause que tenga que usar estas ropas para que no me confundan con un humano que no está iluminado.

Aldara parecía confundida. Parecía enojada. Decidí hablar yo.

—Pero, entonces, ¿no crees en los Etéreos? —pregunte, incapaz de contener mi curiosidad.

—No, linda —rió—. No voy a creer en ellos solo por ser humano. Ni siquiera puedo ver a los etéreos. Deus es *real*. Todos saben que yace en Verin.

—Pero los Etéreos son la naturaleza —dijo Cregh de pronto—. Si tomar energía del aire nos permite hacer un hechizo, tiene que ser porque el aire es divino, más que normal, ¿no?

Me sorprendí durante un momento. Cregh nos había dicho que enseñaban religión en las escuelas de magia, pero que él no creía en eso. Cregh solo quería ver que iba a responder el hombre.

Él pareció pensar su respuesta durante un momento.

—La magia solo es parte de las cosas que Deus creó cuando creó el mundo —dijo al fin.

—¿Entonces eso es todo? —Cregh levanto la voz, enojado—. ¡¿Todo lo que hay hasta donde llega la vista son regalos del Deus?! Entonces somos... qué... ¿sus putos sirvientes al vivir la vida?

El hombre frunció el ceño.

—Cuidá tus palabras. Deus nos dio la vida... No es servidumbre. Seguir sus caminos, es decir, las escrituras, solo es apoyar a la vida. Seguir el camino que va a darnos mayor prosperidad.

—Cielos... —susurró Aldara a mi lado. Me giré hacia ella—. Es verdad, esta gente no cree en Destino.

—No, no lo hacemos —dijo el hombre—. Pero creemos... es decir, creo... en el destino mismo. El destino del Oeste. El camino que lleva al bienestar en el mundo.

—Y “el mundo” serian solo las tierras de los bichos, ¿no? —masculló Cregh.

El anciano le dirigió una mirada molesta.

—Yo conozco a los etéreos —dijo—. Los estudié. Sé que se supone que ellos son todas las cosas que forman el mundo, y que se dice que Destino siempre visita a las personas, tarde o temprano. Y Destino es parte de los etéreos, así que sus caminos son los caminos del mundo. Pero Deus es igual. Deus nos creó. Apoyarlo es hacer lo correcto para el equilibrio del mundo... Lo que esta iglesia hace contra Alles. Estoy seguro de que ustedes piensan igual acerca de su tal Destino.

Ninguno dijo nada. Todos nos quedamos callados por unos momentos. Pensé que, después de todo, estábamos en esa ciudad en medio de su continente para matar por el favor de nuestra tierra.

Pero estaba segura de que Cregh solo estaba pensando en asaltarlo y quitarle sus prendas para poder irnos de una vez. Aldara no parecía haber respondido sus preguntas. Pero yo tenía otra duda en la cabeza. Quizá no necesitaríamos ir a la Gran Biblioteca.

—Um... Por cierto... —hablé, temerosa de romper el silencio—. Por casualidad, ¿sabés qué es el Thi-Yit? ¿O el “Antiguo Testamento”? La mirada del anciano cambio. Parecía sorprendido.

—¿Qué...? —me dijo—. ¿Dónde escuchaste esos nombres?

—¿Qué son? —insistí.

—Son, bueno... —Recostó su cabeza y se resignó a contestar—. A ver... Deus duerme hace doscientos años. Algunas personas creen que está escrito que cuando despierte, eso va a significar que el Oeste también va a levantarse en poder, y a recuperar todas sus tierras de Alles... Éste escrito sería el Antiguo Testamento. Pero es solo una leyenda que se cuenta entre grupos revolucionarios. Si el Antiguo Testamento de verdad existe, entonces sería un registro de las palabras del Deus, y eso es casi imposible de creer. Además, sería tan viejo que... No, es imposible. —Permaneció pensando durante unos momentos—. Y el Thi-Yit es aún más raro. Un libro que cuenta todas las historias sobre Deus, incluyendo el Antiguo Testamento. ¿Dónde escuchaste esos nombres?

—Bueno... lo escuché de un cuervo en el Este —dije, intentando evadir el hecho de que teníamos el libro. Pero mi respuesta agitó al hombre de todas maneras.

—¿Un cuervo hablando del Antiguo Testamento? *¿Dónde paso esto?*

—Em... No tenemos por qué decirte nada —balbuceo Cregh, algo confundido por la reacción del hombre.

—No, ¡escuchen! —exclamó, alzándose de la silla—. La iglesia estuvo escuchando muchas cosas acerca de un grupo hablando del Antiguo Testamento... Dos cuervos y un mago, de más no estamos seguros... pero se los está viendo por demasiados lugares, están matando a gente de la iglesia. Tienen que decirme, o más gente podría morir.

—¿Qué? —preguntó Cregh—. ¿Ellos no están trabajando con esta iglesia?

—No —dijo el hombre—. ¿De qué estás hablando?

—Bueno, ya es suficiente charla —dijo Aldara. Se levantó de su asiento, y abrió su túnica para tomar una cantimplora. Cregh entendió el gesto, y se levantó también.

El mago saltó contra el viejo, apretándolo desde el cuello contra una pared.

—Tiene razón. Ya hubo demasiada cháchara. Ahora te vamos a mostrar un libro, y es mejor que lo puedas leer.

Cregh abrió su cartera, sacando el Thi-Yit. Los ojos del hombre se abrieron en incredulidad. Sus palabras se chocaban las unas con las otras.

—¿Leer? ¿Leer eso? Pero no... No...

—Ay, dioses. —Cregh se aplastó la cara—. ¿También nos vas a decir que no podés leerlo?

—Este texto... Éste texto es... —El hombre intentó liberar las manos para poder alcanzarlo. Cregh se corrió un poco para atrás, solo un poco, liberando algo de presión. El hombre tomó el Thi-Yit y hojeó algunas páginas—. Éste texto es demasiado antiguo... Es sagrado... Solo un alto sacerdote de la iglesia debe ser capaz de leerlo, o un Oráculo...

—Putá mierda. Puta madre que lo parió...

Y antes de que Cregh pudiera seguir insultando, apareció una luz del otro cuarto. Y Cregh se quedó completamente callado.

Todos mirábamos hacia la cortina que ocultaba el siguiente cuarto. Ninguno decía nada. Y de pronto Cregh gritó.

—Fue magia. ¡Acaban de usar magia ahí adentro! —Y el olor a quemado alcanzó mi nariz.

Cuando me di cuenta, Aldara ya estaba corriendo hacia el cuarto. Pero la cortina se prendió fuego; la tela se deshizo. Entonces, la capilla se iluminó. La luz del fuego. Pronto, el humo cubrió todo y empezó a pasar a nuestra habitación. Aldara estaba inmóvil, contemplando. Y vi a una figura entre el humo. Viniendo del otro cuarto, como si las llamas no le significaran nada.

Aldara movió sus manos hacia su cintura. Trató de alcanzar su cantimplora, de abrir la tapa para poder lanzar el agua en su interior. Pero antes de que sus dedos alcanzaran abajo, su cuerpo se llenó de fuego, llamas surgieron de su piel y la cubrieron, y cayó al suelo. Cregh exclamó su nombre. Mi corazón pareció detenerse cuando entendí que el siguiente en encenderse iba a ser él. La figura entre el humo levantó su mano hacia Cregh. Salté hacia ella. Sin embargo, ya era demasiado tarde.

Pero Cregh no se quemó. De alguna manera, flamas aparecieron en el aire una tras otra, pero eran arrastradas hacia el cuello de Cregh. Solo entonces noté que llevaba un collar rojo en el cuello.

En ese momento, el iluminado salió corriendo, con el Thi-Yit entre sus manos. Huyó de la iglesia.

—¡No! —exclamó Cregh, mientras se quitaba su traje blanco.

Mientras Cregh usaba el traje para apagar las llamas alrededor de Aldara, salté hacia la figura, que vislumbré como una mujer humana. Para mi sorpresa, llevaba uno de los trajes blancos de la iglesia. Pero eso no tenía sentido, porque la reconocí...

—Vos... Te vi en Havenstad —balbuceé. Y ese momento de pausa me condeno. Encendió mi cuerpo en llamas, aunque mi espada me protegía; entonces Cregh apareció entre nosotras. No tenía sentido lanzar fuego contra una mujer de llamas, así que la golpeé en la cara, doblándole la mirada y lanzándola contra una pared.

La mujer se dio vuelta hacia Cregh, que se preparaba para golpearla de nuevo. Vi que ella estaba sosteniendo un cuchillo, y salté

con mi espada. Ella pudo evitar mi corte, pero dejó caer su arma. Entonces estiró su mano hacia mis ojos; no había esperado eso. Las flamas aparecieron en mis pupilas y no pude evitar chillar de terror. Levanté mis manos hacia mis ojos, dejando caer mi espada... Ella no tuvo problemas en tomarla.

Cregh la sujetó de un brazo, tratando de pararla. Ella lo abrazó y le clavó mi espada. Cregh cerró los ojos, pero entonces los abrió confundido. La espada no hizo ningún corte. Era inútil en sus brazos, no tenía filo si no la sujetaba yo. El mago saltó sobre ella, lanzándola al suelo de ese cuarto incendiándose. Le apretó el cuello, y estrujó... Pero sus ojos perdieron fuerza, y al final se cerraron. Cregh cayó al suelo, inconsciente. Su collar absorbía el fuego, pero no podía hacer nada respecto al humo que cubría todo el cuarto. Yo vi todo esto casi sin fuerzas, casi sin aire, intentando arrastrarme hacia mi espada. Pero ella me vio. Se levantó tranquilamente y la junto del suelo.

—Pedazo de metal inútil —susurró, aclarándose la garganta. Lanzó la espada a un lado, y miro alrededor—. Blasfemo. Él tenía razón. Todo esto es blasfemo.

—No... No entiendo —me quejé, con los ojos llorosos—. Tienes un vestido blanco, ¿por qué haces esto...?

—Karus sabe qué hacer —susurró en respuesta, sin mirarme—. Karus siempre sabe. Siempre nos dice que hacer... y sabe que esta gente es blasfema. Yo no lo sabía. Karus me dijo la verdad.

Se puso a mirar alrededor del cuarto. Aldara estaba inconsciente, al igual que Cregh. Despacio, muy despacio, como si pensara en cada paso, avanzó hasta mi bolso, que había dejado en la entrada del lugar. Era el único que aún no se había sido alcanzado por las llamas. Bajó la mirada hacía él.

Me atraganté para hacer que palabras salieran de mi boca; le grité que parara, que no lo hiciera. Me arrastré hasta mi espada y la levanté hacia ella. A pesar de eso, simplemente movió un dedo, y el bolso se llenó de fuego. La enciclopedia de mamá ardió.

Entonces tomó a Aldara del cuello y la arrastró hasta la salida de la capilla. Hizo lo mismo con Cregh, y entonces llegó a mí.

Le rogué que se detuviera, pero no tenía fuerzas para levantarme y huir.

—Karus dijo que era mejor sacarlos afuera. Que ser humano en esta ciudad es... pecado. Que van a ejecutarlos solo por estar en la calle... pero van a hacerlo en público... frente a todos —masculló la mujer. Le seguí pidiendo que parara, pero mi voz era apenas reconocible ya. Me tomó del cuello de mis ropas, y me dejó afuera. Un grupo de bichos se había juntado y miraban preocupados.

Cuando me giré hacia la mujer, ya no estaba ahí; con mis últimas energías entendí que debía haber desaparecido como siempre hacía esa gente. Debía haber puesto su dedo en un anillo, en un mísero anillo, y se había ido en un instante para aparecer en otro lugar en un instante y acabar con todo en un instante... Para arruinar vidas, para acabar con vidas. Con mi último pensamiento, supe que nada de lo que había dicho ese anciano iluminado era cierto si llevaba a eso. A pesar de las atrocidades de Alles. Simplemente no podía ser defendido. La enciclopedia de mamá. Y supe que me había equivocado. Mientras subíamos por Aqlatan, y cantaba en las escaleras, me había equivocado acerca del Oeste. No había nada de piadoso en él.

II — ÍTALO

Me quedé con Lang mientras el resto iba a buscarnos ropas. Íbamos a encontrarnos de nuevo en el puente, pero no teníamos razón para esperarlos ahí. Con Malo como guía, el pistolero y yo nos dirigimos a rodear la montaña. El tiempo pasó mientras bordeábamos la ciudad por la derecha. Encontramos otro puente colgante más bien apartado de la entrada principal, donde no había nadie que pudiera vernos. Ya habíamos caminado hasta el otro lado de Aqlatan, y recibíamos la mejor parte del sol. Nos metimos en una gran arboleada e insistimos con la caminata.

La flora del Oeste era hermosa, pero en una manera distinta a la del Este. Parecía tan... áspera; sus colores nunca variaban de un verde oscuro. Aun así, las formas de sus hojas eran muy diversas y de texturas que jamás había visto. Algunas parecían hechas a mano, o cocidas, o fabricadas con seda o algodón; pero había una extraña ley que prohibía que algo fuera distinto a ese color verde.

Al rato encontramos un gran claro con un lago en su seno. Decidí solo tirarme en el pasto, mientras que Lang tomó lugar en una piedra a la sombra. Ahí tirado pude notar cuán cerca estaban las nubes; parecía que podía soplarlas sin más. Mirando más allá de los árboles noté que parecía que se avecinaba una gran tormenta. Si no recordaba mal, no habíamos tenido ningún cruce con nubes en el viaje hasta la ciudad; solo había habido algunos pedazos dispersos por el cielo. Aunque claro, después de ver imágenes en movimiento y a un domo de raíces, nada podía negarse en el Oeste.

Con la suave brisa me quedé inmerso en sueño ligero y muy agradable... hasta que Lang me sacudió para que me levantara.

—Ítalo... mirá eso... —habló Lang, casi susurrando.

Había un animal al otro lado del lago, que se había acercado a beber agua.

—¿Eso es... un oso? —murmuré, dormido.

—Dioses... es un oso de verdad, en el Oeste —dijo Lang, y por fin me desperté.

—Apenas vi unos pocos en Alles, ¿qué hace una bestia así acá? —dije.

—No me interesa, pero tenemos que cazarlo. Son cuatrocientos kilos de carne asegurada —dijo Lang. Las dos semanas caminando nos había hecho extrañar la carne.

Tomé mi arco y flechas mientras me incorporaba. Lang ya había desenfundado una de sus pistolas. Nos movimos, rodeando el lago tan sutilmente como pudimos. Nos acercamos paso a paso a la bestia, que bebía sin preocupación alguna. Cerca, más cerca, pero seguíamos sin poder dar un disparo letal. No podía procesar el hecho de que hubiera una criatura salvaje en el Oeste; ciertamente era la primera que veíamos después de aquellos caballos. Era nuestro boleto para comer carne roja después de un buen hiato.

Uno no debe entusiasmarse tanto, porque lo que fácil viene fácil se va. El oso levantó su cabeza, con las orejas en punta, y se escabulló hacia el bosque en un parpadeo.

—Mierda —concluyó Lang.

—Es imposible que sea el único de su especie; deben haber más como él —dije.

—Ya sé, pero realmente quería cazarlo ahora y distraerme: no puedo sacarme de la cabeza que algo va mal.

Miré a Lang y después al cielo. Tal vez habían pasado tres horas desde que los otros habían entrado; quizá un poco más. El sol ya estaba descendiendo. Les habíamos prometido que íbamos a entrar si seguían ahí cuando saliera la luna.

—Calma, todavía falta para la noche —traté de serenarlo, pero Lang me interrumpió.

—No, no es eso. Algo me dice que esto va mal.

—Imagino que Cregg los hubiera transportado hasta acá si algo se hubiera ido de las manos.

—Como sea... todo esto me da mala espina —insistió—. ¿No lo sentís?

Notaba algo en mi piel, pero era cuestión de que la temperatura había bajado. También podía ver que la tormenta no estaba muy lejos de nosotros, a pesar de que podía olfatear algo más en el ambiente.

—No deberíamos dejarnos llevar por corazonadas —dije—. Pero puede que tengas razón.

—Es algo más que una corazonada. No creo poder describirlo, en una palabra, pero esta acá. Por más que no pueda ver a esta sensación, siento que hasta podría hacerme un retrato con ella, y aunque en el retrato no se vería otra cosa que mi rostro, cada vez que lo mirase encontraría la misma sensación que tengo ahora.

Era difícil contestar al discurso de Lang cuando lo único que sentía era un poco de frío. También era raro escuchar al pistolero hablar más de tres oraciones seguidas. Podía notar que pasaba algo, pero no me desesperaba. Sabía que seguramente no era nada. Traté de recordar cuanto tardaba Cregg en llenarse de luz las manos cuando nos transportaba, y las posibilidades de que hubiera peligro parecían disminuir. Solo necesitaban un instante para escapar.

—Todavía faltan dos horas para que anochezca, ¿qué preferís hacer? —le dije.

—Mientras dormías envié a Malo a conseguir información. Con un poco de suerte va a volver pronto.

—Ahorremos tiempo; empecemos a caminar hacia allá —propuse.

Ni siquiera habían pasado cinco minutos cuando vimos el puente colgante que llevaba a la entrada y a Malo en su forma canina. Algo no iba bien.

Malo soltó un ladrido con una voz mucho más ronca y seca, y Lang pareció entender algo.

—Mierda. Vamos, rápido.

El pistolero agachó la cabeza y empezó a correr hacia la entrada que habían usado los chicos; yo lo seguí atrás. Claramente eso se había ido de las manos.

—¿Cuán grave es? —pregunté.

—Más de lo que puedo explicar ahora mismo.

Llegamos al puente a toda velocidad. Lang se encontraba en buen estado físico de hecho.

En el otro extremo había dos lagartos de guardia, uno a cada lado del camino. Tuvimos que parar y pensar nuestro siguiente movimiento, aguantando la ansiedad que nos pesaba en cada centímetro del cuerpo.

—Tenemos que ocuparnos de ellos —le dije.

—Del uno al diez, ¿cuánto debería confiar en tu puntería? —me preguntó.

—Diez. ¿Cuánto debería yo?

—Once —remató—. Vamos.

Lang cruzó el puente colgante, con Malo como gato. Cuando faltaban unos pocos metros para toparse con los guardias crucé al puente y preparé la flecha. Tan rápido como levanté la mirada vi como la cabeza del guardia de la izquierda explotaba, dejando una obra primitiva de sangre en la pared con algunos relieves de carne. Antes de que su compañero pudiera reaccionar, la flecha ya había salido disparada desde mis dedos y en una fracción de segundo estuvo alojada entre sus ojos. Corrí hasta Lang y saqué mi flecha del guardia lagarto.

—La entrada esta libre —dije—. Bienvenido a Aqlatan, Lang. Ya podés empezar a darme detalles de lo que pasó —Lang suspiró.

—Bueno, voy a tratar de ser lo más directo posible. —El pistolero buscó en su cabeza por las palabras adecuadas, y se esforzó por verse más tranquilo de lo que estaba—. Yo diría que están por ejecutar a Aldara, Cregh y Dalia.

—Mierda. —Sabía que era grave, pero no tanto—. ¿Aún están con vida?

—Eso espero.

La ciudad parecía desierta, lo que nos hizo olvidar por un momento que necesitábamos prendas blancas si no queríamos que nos ejecutaran también. Malo nos guió hacia adelante por unas cuantas cuadras que ascendían por la montaña. Al pasar una esquina escuché pasos justo detrás de los nuestros. Tomé del brazo a Lang y nos metí en un pequeño callejón.

—Parecían voces humanas —susurré—. ¡Todavía necesitamos las capas!

Se hizo un pequeño silencio donde pudimos escuchar mejor, y afirmé lo que sospechaba: eran voces humanas. Lang sacó un revólver.

—No queremos sangre en nuestras túnicas —reproché—. Malo, necesito que los distraigas.

El gato salió del escondrijo y anduvo derecho hacia el objetivo sin pensarlo dos veces. Saqué la cabeza para poder ver al fin a nuestros objetivos.

—Son dos. Yo tengo la derecha, vos la izquierda. ¿Bien? —Lang asintió—. A mi señal.

Malo se había puesto en el camino de la pareja de humanos, y jugueteaba con sus túnicas como afilando sus garras. Era más que suficiente; estaban quietos y de espalda a nuestra posición.

—Ya.

Llegamos hasta sus espaldas en tres pasos rápidos. Lang tomó su posición y con un culatazo en la cabeza termino con su trabajo. Opté por cargar energía en mi mano izquierda, y fundir a mi iluminada. No sabía cuanta energía sería necesaria, pero pegué mi cuerpo al de ella, y pude sentir como sufría las mismas descargas que aquella noche en el castillo de los Robler cuando la piedra se pegó a mí. Cerré los ojos mientras sentía como su cuerpo se unía a la violenta vibración. Sin que siquiera pudiera largar un suspiro, ella yacía en el piso. Y sin sangre; lo más importante. Levanté mi cabeza y pude confirmar que nadie nos observaba en ninguna de las cuatro direcciones.

—Sin testigos.

Estábamos arrastrando los cuerpos hasta el pequeño callejón cuando un lagarto apareció por una ventana y nos encontró. Saqué mi arco en un instante y el lagarto tuvo una flecha en su trompa un segundo después. Ya había notado como la piedra aumentaba la velocidad de mis reacciones y de mi cuerpo en prácticamente todos los aspectos.

—Sin testigos —me repetí.

Les sacamos sus prendas a los humanos, y nos convertimos en unos iluminados más. Comprobé que tenían una simpática capucha de la que hice uso.

—¿Está muerta? —preguntó Lang, mirando a la humana a mis pies.

—No sé. Es la primera vez que pruebo esto en alguien con la intención de matar. Es posible que esté en un estado de conmoción, pero sigue viva. ¿Deberíamos...?

Lang estiró la mano, pidiendo algo. Le alcancé la daga que Marco me había regalado. Lang se arrodilló y puso la daga en el cuello de su humano.

—Sabíamos que en cuanto pisáramos el Oeste solo quedaba el trabajo sucio —dijo, justo antes de que una lenta cascada roja surgiera del iluminado. Se dirigió a la chica sin perder el tiempo—. Sin testigos, ¿no?

El pistolero ejecutó el segundo corte y me devolvió la daga. Lo miré de pies a cabeza, asegurándome de que realmente fuera Lang; su mirada había cambiado. ¿Cuánto estábamos dispuestos a cambiar por el bien de nuestras tierras?

—V-vamos... no tenemos tiempo de sobra —balbuceé.

Malo movió la cabeza para que nos apurásemos y para guiarnos en nuestro camino. La ciudad parecía desierta; no había un alma fuera en las calles. Habíamos tenido mucha suerte en encontrar a esos iluminados. El camino se volvió cada vez más empinado, buscando llegar a la cima de la montaña. Nuestro paso se aceleró hasta convertirse en un trote intenso. Comprendimos cuán grande era Aqlatan.

Las calles se bifurcaban junto al suelo irregular; la ciudad parecía volverse un laberinto en el que los colores claros eran los protagonistas principales. Sus paredes blancas parecían funcionar como reflejos del sol para aprovechar cada segundo de luz, mientras que las nubes bajas cubrían a la ciudad en sombras.

Cuando parecía que de verdad no íbamos a encontrar más que los cadáveres que habíamos dejado, apareció una pareja de lagartos parecidos a los guardias de la entrada. Se encontraban una cuadra adelante; bajamos el ritmo. Justo delante vimos más gente caminando en una misma dirección. Lang se me acercó.

—¿No te parece que nos vemos sospechosos?

—Ciertamente, y va a ser aún más si alguien nos escucha hablando nuestra lengua. ¿Esa gente está relacionada con lo que le esté pasando a los nuestros? —pregunté. Malo maulló algo y Lang escuchó.

—Sí —dijo—. No estamos lejos. No hablemos más, y caminé un poco más rápido.

Unos segundos más tarde nos mezclamos entre el resto de los seres que marchaban, andando como ganado en una dirección única; pero tenía que guardarme todos los comentarios hasta que llegásemos a donde sea que estuvieran los chicos. Avanzar se volvió un problema cada vez más grande mientras el flujo de gente crecía. La gran mayoría eran lagartos como los que habíamos matado. Resaltaba algún que otro iluminado, con sus prendas blancas entre las escamas oscuras. No parecíamos llegar a nada, y las ansias empezaron a ganarnos. Bufé impaciente mientras un puto lagarto nos tapaba el camino, y ni siquiera podíamos abrir la boca para que se corriera.

Seguimos avanzando tan rápido como se nos era permitido, con el perfil bajo y la mirada clavada en el piso.

Fue cuando seguir delante en verdad era tener que forzarse entre los hombros del resto; ahí fue que aparecieron los cuervos. Si el ambiente no era lo suficiente malo, la presencia de sus picos y plumas negras inundó mi mente; mi sangre parecía incapaz de fluir. Caminé con la cabeza todavía más baja.

Me atreví a levantar la cabeza y mirar el cielo. Por si nada pudiese ser peor, todavía faltaban varias horas para que la luna nos estuviese acompañando y aconsejando. Los días eran cada vez más largos, y parecía que nuestras esperanzas se derretían bajo los rayos de sol.

De pronto, un pequeño zumbido en mis oídos se transformó en una voz que se hacía más nítida con cada paso. La gente ahora parecía dedicarse a tomar un lugar y ponerse cómodos. Miré a Lang, que tenía los ojos como platos al escuchar la voz. No entendíamos las palabras, claro, pero nos decía que estábamos cerca. Y estábamos entendiendo que todo eso no iba a ser muy diferente a cualquier ejecución pública en Alles. En esa tarde se asesinaría por un crimen; el de existir.

La voz entorpecía el aire, hablaba con mucha claridad. No escuchaba bien, pero podía entender algunas palabras y fragmentos gracias a mi educación.

Lang me golpeó el brazo y señaló hacia arriba. Me puse en punta de pie, y entre las bestias pude ver un escenario de madera con sus tres protagonistas sobre él. Ahí estaba nuestro grupo, junto con un vocero que hacía sonar su voz con un cuerno idéntico al de Varoa.

Una multitud nos separaba del lugar; llegar hasta allá de verdad era imposible.

—Ítalo, necesitamos un plan... ahora.

Traté de buscar algo que sirviera con la mirada, pero simplemente no lo encontraba. De verdad no había lugar a donde ir. Nuestra movilidad no hacía más verse reducida más en cada momento. Nos hallábamos rodeados de cuerpos enormes, sin poder ver bien nada a nuestro alrededor. La voz le daba vida a la multitud, que parecía empezar a enojarse. El vocero ya no estaba solo; ahora el público respondía y magnificaba todo lo que decía. El lugar se volvió una jungla, en un bullicio constante que anulaba cualquier idea distinta. Nuestro tiempo se agotaba.

Mi cabeza dejó de pensar en un plan para considerar la situación de que tuviésemos que llegar a Verin siendo solo dos. Tendríamos que derrotar al mago negro, a aquel cuervo enorme, al Deus. Mis ojos se perdieron pensando en lo remotas que se volverían las oportunidades, que si nuestros tres compañeros morían ahora nosotros les seguiríamos pronto. Qué pequeños éramos frente al Oeste, qué minutos nos volvíamos frente a esa multitud que latía al ritmo de los tambores del discurso del vocero. Qué inútil se volvía todo; qué fracasados habían sido los Oráculos; qué malditos fueron los dioses al ponernos en un camino donde los nuestros morían y las almas que quedaban no serían suficientes. Si éramos dos sería poco más que una misión suicida. Pero entonces recordé que no éramos dos.

Busqué en mi bolso por mis pergaminos verdes. Una vez que tuve uno en cada mano, trate de encontrar a Malo por el suelo.

—¿¡Dónde está Malo!?! —exclamé a Lang, por sobre el ruido—. Decile que se suba a mi hombro.

Lang buscó a su gato negro por el piso y le dio indicaciones. Mientras tanto, yo pegaba el papel adhesivo en mi antebrazo izquierdo.

El quitnar se subió a mí de un salto ágil.

—Necesito que lleves esto hasta los techos —le dije mientras posaba el segundo pergamino en su boca.

Los segundos en los que Malo andaba se hacían eternos. No había manera de controlar las pulsaciones de nuestros corazones; cada segundo que seguíamos ahí sin poder hacer nada era un tormento. Cuando pensamos que nuestra tortura estaba por llegar a su fin, cuando Malo estaba cerca, la voz cambió. Me esforcé por recordar mis lecciones y entenderla.

—Cuan poco les falta para abrazar la eternidad... —decía—. Humanos... —masculló, y se giró hacia la multitud—. Hermanos, acá tenemos tres ejemplos de lo que ellos están hechos. Podríamos abrir sus cerebros y sus corazones, cortarlos justo en dos para poder admirar cuan oscuro es lo que llevan adentro. Cuantas tinieblas, cuanta muerte, cuantos pecados, cuantos vicios afloran y se festejan. Pero ya tenemos suficiente en el exterior...

Al fin vi una mancha negra a unos cuantos metros sobre el suelo. Perdí toda conexión con el discurso. Malo se encontraba trepando hasta lo más alto de un edificio.

—Lang, apoya tu mano acá —le dije, señalando el pergamino pegado en mi brazo—. Ya.

Miré arriba, buscando al gato que ya estaba en los techos. Lang puso su mano en mi brazo y en un abrir y cerrar de ojos estábamos donde queríamos.

—Cómo... ¿Qué? —balbuceó el pistolero.

—Pergaminos mágicos; un regalo de la familia. Por cierto, gracias, Malo.

—Pero... —Lang iba a hacerme más preguntas, pero se concentró—. Bueno, ahora sí podemos hacer algo.

—No tenemos tiempo. Están a punto de ejecutarlos —volteé para ver a Cregh, Dalia y Aldara con una soga en sus cuellos y miré alrededor—. Dioses, creo que jamás vi a tanta gente junta.

—El que está hablando, ¿será el tarní de esta región? —pregunto Lang.

—Es posible. Toda esta mierda tiene características de algo más que trascendental... Dioses, cuánta gente.

—*¡Pusieron a dormir a nuestro dios y se atreven a pisar nuestras tierras!* —gritaba el vocero—. *Y no solo eso, quemaron una de nuestras capillas en cuanto pusieron un pie en la ciudad... traigan la muerte a ellos* —y la multitud perdió la cabeza.

—Lang, mirá la fuente aquella. ¿Ves cómo se mueve el agua? Estoy seguro de que es cosa de Aldara.

—No creo que pueda salir de esto sola —me dijo—. Mirá, no hay nadie detrás del tarní. Solo hay algunos de esos lagartos guardias por el frente.

—No digas más.

Até el pergamino a una flecha y disparé. Era un tiro de unos ochenta metros y el peso extra del papel lo hacía algo bastante difícil, pero la flecha cayó justo detrás del escenario. Le ofrecí mi brazo a Lang para que pudiésemos transportarnos.

Al llegar, levanté el pergamino y vi que su efecto había expirado. Llevar dos personas consumía mucho más de lo que estaba acostumbrado.

Al levantar la cabeza podía verse a nuestros tres compañeros subidos en el escalón que debía causar que sus cuellos se rompiesen al caer.

—Bien, todavía no terminó su discurso —susurró Lang. La voz del vocero seguía retumbando, lanzando gritos en su idioma.

Rodeamos el escenario y nos escondimos detrás de unas escaleras para bajar.

A unos metros estaba el cuervo que parecía ser el verdugo. El vocero terminó su discurso y, lleno de rabia, lanzó su cuerno al piso. Bajo del escenario riendo como un enfermo y se dirigió hacia al verdugo.

—Cubríme —murmuré.

Subí las escaleras hasta el nivel donde estaban los tres colgados. El más cercano era Cregh.

—Que le den a toda tu puta iglesia y tus creencias —lanzó cuando sintió a alguien por su espalda.

Corté la soga de su cuello, y la multitud no tardó en darse cuenta que algo iba mal. Cregh se giró hacia mí, sorprendido.

—¿Qué carajo?

—Inventé algo para protegernos, rápido —le dije mientras cortaba las cuerdas en sus manos.

Me dirigí hacia Aldara para ocuparme de sus nudos. El cuervo intentó tomar por el cuello a Cregh, pero sonó un estallido feroz, y vi al ave desplomarse sin cabeza.

Estaba cortando la soga de nuestra Nereida cuando la escuche gritar.

—¡DALIA!

Cuando me giré ya era tarde para notar que otro verdugo había subido por el otro lado. Apuñaló a Dalia por la espalda, empujándola hacia su muerte en la horca. Esto fue seguido por una ovación; toda esa gente había venido a ver morir a unos herejes, y ahí iba la primera. Tal vez ni siquiera había terminado de concretar una sonrisita cuando mi daga le atravesó el cuello. El cuervo infló el pecho sin dejar de toser y escupir sangre, y levantó una de sus alas para intentar tirarme fuera. Su movimiento fue muy fácil de esquivar, y lo pateé hacia abajo. El verdugo cayó hasta el piso con un golpe seco. Al fin corté la soga que mantenía a Dalia colgada del cuello en el aire.

Entonces, una luz roja nos envolvió a todos. El escenario empezó a ser rodeado por una especie de membrana roja en forma de cúpula. Ahora apenas se escuchaba el bullicio de afuera. Se sentían golpes contra la pared mágica, pero no lo conseguían romperla. Nuestro mago había podido conjurar ahora que tenía las manos libres.

—Cregh, nos vamos. Ahora mismo —le advertí, al mismo tiempo que notaba que su mirada se clavaba hacia sus pies y Aldara lloraba sin consuelo. Ahí estaba Dalia en un charco de sangre, sin respuesta.

—Dioses, ¿por qué no se recupera como siempre? —Lang estaba en un piso inferior del escenario, tratando de revivir a Dalia de alguna manera.

—Cregh, vámonos, ahora —insistí—. Podemos curar a Dalia en otro...

—No respira —declaró Lang—. Va a morir.

Mi cuerpo se entumeció y mi mente pareció desconectarse. Caí arrodillado. Traté de controlar mi lengua para pronunciar palabras, pero nada funcionaba. Pude reaccionar después de un largo silencio.

—¡Cregh! ¡VÁMONOS, AHORA! —grité, desesperado.

Tomé mi daga y liberé los brazos de Aldara, que estaba llorando en el piso. Traté de ponerla de pie, pero solo se tomaba la cara. Cregh bajó al nivel donde estaba Dalia. Volví a gritarle que nos sacara de ahí lo más rápido posible. La membrana comenzó a agrietarse; insistí en irnos. La membrana se debilitó aún más.

Aldara levantó una mano hacia adelante y se puso de pie. En ese momento, en el mismo instante en que me preparaba para combatir cargando mi cuerpo con la energía de la piedra, vi los ojos de Aldara y noté que su tormenta había llegado.

La membrana se pinchó como una burbuja, y al instante miré hacia la enorme fuente que había detrás del escenario. El agua empezó a alzarse, tornándose en un remolino violento que hacía volar a las cosas alrededor. El tornado de agua comenzó a moverse y a repartir terror entre aquella multitud eufórica.

Bajé la mirada y vi que Lang y Cregh se estaban llevando a Dalia. Llené mi cuerpo con la rabia que sentía y recibí a los guardias ingenuos que intentaban acercarse. Acumulé energía en mis dos manos y la proyecté hacia afuera. Rayos surgían de mí y golpeaban a los guardias que se arrimaban por ambos lados del escenario.

Noté que de pronto la temperatura había descendido demasiado. Me volví hacia Aldara, que poco a poco estaba convirtiendo toda su agua en hielo; en un tornado sólido. Pedazos de cristal volaban en todas direcciones, cayendo al azar sobre todos los presentes.

Ya era demasiado tarde para impedir el baño de sangre que Aqlatan iba a recibir.

La gente corría en todas direcciones, totalmente perdida. La fiesta se hizo pesadilla. Traté de parar a Aldara, tomando sus brazos, pero se giró hacia mí y no me reconoció.

Me di vuelta, asustado, y me puse a correr por un lugar seguro. Volteé una sola vez antes de ponerme bajo techo. Me asomé para ver como todos esos bichos amontonados, deseosos de ver una ejecución, se convertían en los ejecutados, de manera impiadosa y a sangre fría.

Encima de nosotros nubes negras llovaban lluvia sobre Aqlatan, dándole todavía más poder de destrucción a Aldara, a quién no podía parar nadie. Y solo iba a parar cuando se hubiera hartado de matar, de vengar a Dalia.

III — CREGH

Una vez más lo había arruinado todo, había fallado en defender al grupo. Siempre había pensado que iba a terminar de alguna manera diferente. Moriría cayéndome por unas escaleras, o apuñalado por la espalda; no ahorcado en medio de una gran ciudad. Eso era demasiado grande para mí.

Antes de que pudiera continuar analizando mis posibles finales, alguien sujetó mi espalda. Grité lo primero que me vino a la mente, pues no iba a morir callado. Pero entonces cortaron mis cuerdas. Ítalo me había salvado. Antes de que pudiera reaccionar, Dalia había sido apuñalada, y se encontraba en el suelo del escenario, con el cuello todavía atado a la soga.

Antes, Dalia había sido golpeada para luego recuperarse como si no hubiera pasado nada. Pero ahora no se movía, no se recuperaba; nada. Estaba tiesa en el suelo. Escuché a Ítalo gritarme algo, pero no podía quitar mis ojos del cuerpo de Dalia. Ella no podía morir así, en ese momento. Entonces lo recordé, recordé como la mujer que nos había atacado había tratado de apuñalarme y no había pasado nada. Había usado la espada de Dalia, pero no tenía uso en las manos de aquella mujer. Sabía que había algo especial en esa arma; una cierta conexión con Dalia. Ya tenía un plan. Era un plan estúpido, pero debía intentarlo; no podía hacerle más daño a un muerto.

La espada estaba en un nivel inferior del escenario, en una esquina. Necesitaba ganar tiempo, y logré hacer un hechizo. Creé una barrera alrededor del escenario y bajé al otro nivel. Tomé la espada y me acerqué a Dalia, que estaba siendo sujeta por Lang. No gasté un segundo y la apuñalé; justo donde había sido herida. Lang me miró con sorpresa, pero en seguida le dije que tomara a Dalia y se la llevara lejos. Sin responderme, Lang empezó a hacer caso. Los guardias seguían encima de nosotros, tratando de romper la barrera; podíamos

escuchar que la multitud gritaba, aunque insistían en quedarse a mirar. Abrí un espacio entre la barrera por detrás del escenario, y Lang salió por ahí. El vagabundo empezó a correr hacia un edificio, con Dalia por los hombros y sin dejar de disparar uno de sus revólveres. Corrí tras él mientras lanzaba mis llamas. Entramos a un negocio justo antes de que estallara la furia de Aldara.

Cuando los guardias rompieron mi barrera, revelando a Ítalo y a Aldara, en su rostro pude ver un ansia de destrucción. El agua de una fuente se levantó por sus aires, e Ítalo también empezó a correr en nuestra dirección.

No sabía que Aldara tenía tanto poder. Toda la plaza estaba llena de agua y hielo; iba destrozando todo a su paso, fuera personas o edificios. Todos se cortaban bajo el filo y el peso bajo ese desahogo. No iba a pasar mucho antes de que llegara a nuestro negocio. Vi que Malo había logrado escapar la masacre, y estaba saltando sobre Lang.

—¿De verdad está muerta? —preguntó Ítalo, que se había acercado.

—Aun no... —dije—. Pero no hay tiempo; voy a movernos a un lugar seguro —Y sin dejar que el arquero dijera nada, me concentré en una torre a un par de calles de distancia. Los cuatro caímos sobre el tejado, que por suerte era lo suficientemente plano como para no rodar hasta nuestra muerte. Sin embargo, justo así es como esperaba morir. Nada tan grande.

Desde arriba teníamos una buena vista de la destrucción que Aldara estaba causando. Se había bajado del escenario, y recorría la plaza mientras dejaba cuerpos destrozados. La pequeña tienda donde habíamos estado hacía segundos ya no era más que un cúmulo de madera y escombros, bajo toda la lluvia que Aldara convertía en un arma. Lang recostó a Dalia y señaló hacia Aldara.

—¿Qué vamos a hacer con eso?

—Esperar que se calme, supongo —dije.

—¿No podés hacer algo? ¿Controlarla? —quiso saber Lang.

—No... no sé qué es lo que hace, pero no es magia. Al igual que la mujer que nos atacó.

—Ahora que mencionas magia... ¿Por qué usaste a la chica como vaina? —pregunto Lang, mientras señalaba a Dalia. Ítalo no lo había notado, y trató de sacar la espada.

—¡No, esperá! —lo paré. Ítalo se detuvo y me miró, aún más sorprendido; al igual que Lang—. No estoy seguro, pero creo que esa espada es la razón por la que Dalia siempre se recuperaba. Quiero decir... no pierdo nada en intentarlo.

—¿Y va a recuperarse con la espada atravesándole medio cuerpo?! —gritó Ítalo.

—Puede ser que tengas razón —admití—. Tratá de sacar...

—¿Qué es eso?

Lang estaba señalando a Aldara. En su lugar, la calle estaba cubierta por elevaciones de hielo, y sobre ella se elevaba una pared de fuego. Pronto entendí.

—Tiene que ser ella, la mujer que nos atacó —dije—. Supongo que quiere terminar lo que empezó... —noté que el resto me estaba escuchando, y les expliqué—. Es la misma mujer que sacó al mago de Havenstad.

—Tenemos que ayudar a Aldara; llévanos allá —dijo Lang.

—Sí. Ítalo, cuida a Dalia.

Nos transporte rápidamente, para evitar oír las protestas del arquero. Nos moví a otro tejado, mucho más cerca de la batalla. Aldara estaba moviéndose por la plaza, esquivando llamaradas mientras creaba paredes de hielo.

El pistolero no perdió un segundo en empezar a correr por los tejados, acercándose.

Me moví frente a Aldara. La mujer que nos había vencido estaba ante mí. Apenas me vio, giró una mano en mi dirección y mi amuleto empezó a absorber fuego; ese era el momento perfecto para que Lang disparara. Vi un destello en los tejados, y el sonido de sus dos revólveres resonó en la plaza. Pero la mujer parecía ilesa. No creía que Lang hubiera fallado. De pronto, el aire se sacudió con una explosión. La casa por sobre donde estaba Lang se partió en todas las direcciones; la mujer se giró hacia allá, y al mismo momento noté la magia en el ambiente. El mago oscuro tenía que haber regresado.

Aldara tomó su oportunidad, y antes de que la mujer reaccionara, una bola de hielo la golpeó y dejó rodando por el suelo. Antes de que pudiera levantarse, Aldara la cubrió bajo trozos de hielos. Parecía que no necesitábamos defenderla, después de todo.

—¡Creggh! —oí. El pistolero estaba corriendo por el medio de la plaza. Detrás de él apareció el mago de la armadura negra, desde los escombros de aquella casa, que volaban a su alrededor. Una ráfaga de magia puso al pistolero en el suelo. Lancé una llamarada contra el mago, pero éste solo desapareció.

Lang se puso de pie y nos reunimos. Aldara me miró, sin reconocerme... y pronto vi que una estaca de hielo estaba dirigiéndose hacia mí. Me transporté fuera de peligro; aparecí detrás de Aldara.

—Aldara, ¡soy yo, idiota!

Pero me ignoró por completo, y volvió a generar una estaca de hielo. Ahora apuntaba hacia el mago del Oeste. Sin embargo, la lluvia solida solo estallaba antes de golpear al mago.

Lang empezó a disparar sus armas, sumándose, pero no tenían efecto alguno. El mago preparó su brazo para otro ataque.

Creé una muralla de mi propia energía, y logré bloquear la mayor parte de la ráfaga de viento. Lang y Aldara pudieron seguir en pie. En seguida me concentre en crear una burbuja alrededor de la magia del mago, pero no tenía la menor de idea en cómo hacerlo. Su yelmo se giró hacia mí; debía haber sentido mis intenciones. Respondió lanzando otra onda, y mientras la detenía pensé que no podía hacer nada si seguía así.

Aldara cumplió el trabajo y empezó a atacarlo sin parar. Cristales de hielo se formaban en el aire uno tras otro, disparados hacia el enemigo. Me transporté detrás del mago, y me concentré en crear una llama como nunca había hecho.

Solté el flujo hacia el mago, y mantuve la presión. Ahora el mago había tomado una posición defensiva, y trataba de desviar nuestros ataques con ambas manos. Éste era el momento.

—¡Lang! —grité.

Lang se había posicionado al frente del mago, y levantó su revólver. Entonces, un rugido resonó por toda la plaza, mientras una llamarada de fuego se veía cubriendo el cielo. Aunque sangraba por todas partes, la mujer de fuego se había levantado.

IV — LI

Nos habían dado muchos roles desde que había empezado todo, nos habían llamado personajes de leyenda. Pero la palabra que habían usado para Aldara era *Nereida*. Si las nereidas estaban relacionadas con el agua, no entendía que hacía aquella mujer manejando fuego. Aunque era evidente que era la misma magia que la de Aldara. Ella era la *Nereida del Oeste*.

Las nereidas chocaban entre sí. El mago negro intentaba atacarlas, pero Cregh hacía algo para atenuarlo. Con dificultad logré llegar a su lado.

—Esto es igual al puerto, no podemos hacerle nada —dije, casi gritando por sobre la lluvia y el estruendo—. Necesitamos a Malo, pero lo dejaste en los techos. Hay que acercarnos.

—Estás loco —dijo Cregh.

—Ya sé. —Y empecé a caminar. Sin más opción, Cregh me empezó a seguir. Alcanzamos a dar algunos pasos antes de que nos tuviéramos que apoyar entre nosotros. Paso a paso, acortábamos la distancia, y el mago parecía golpear con más fuerza.

—No puede seguir así para siempre... —dije—. Debe cansarse en algún momento.

—Y yo también —masculló Cregh. Si flaqueaba el viento nos iba a hacer volar por los aires.

Llegamos al punto en que era imposible avanzar sin caer, a solo unos metros del mago. Era increíble cuanto había mejorado Cregh. Se agachó para mantener su puesto, y yo apunté con mi viejo revolver.

Disparé, pero pude ver a la bala deteniéndose a centímetros del mago. Entonces, el viento me la devolvió y me golpeó en el muslo.

—Putá... —dije, aguantando el dolor. El mago empezó a caminar hacia nosotros. Perdí el equilibrio por un momento, mientras el viento se hacía cada vez más fuerte. Con el revólver nuevo, y a punto de resbalarme, apunté con ambas manos.

Disparé, y el viento cesó.

Vi al mago cayendo de espaldas, su máscara fracturada. *Santas putas, sí*. Volví a apuntarle, pero al presionar el gatillo no ocurrió nada. —¡Cuidado!

Cregh saltó y logró absorber una inmensa llamarada que venía dirigida a mí. Pero el calor nos golpeó de todas formas, y Cregh nos alejó con una transportación. Al aparecer oímos un disparo. Nos tiramos al suelo, y desde lejos vimos al pistolero de Craster acercándose a paso rápido. Se sumaba uno más. Empezó a dispararnos, pero las balas no alcanzaban a llegar.

—Hago lo que puedo, Lang —dijo Cregh, a duras penas—. No puedo pararlo como hace el mago negro. Apurate.

Cuando levanté la cabeza vi a Malo. En su forma canina, se abalanzó sobre el Pistolero. Mientras tanto, Cregh contenía al Hechicero negro. Confiando en mis compañeros, fui por Aldara.

Ella se encontraba rodeada de hielo, cubriéndose contra el fuego de la otra Nereida. Sin embargo, esta se veía débil, sangrante. Tenía que usar la daga que me había prestado Ítalo. Me acerqué por detrás y puse la daga a su cuello.

Era interesante como la idea de matar cambiaba con la situación. Se volvía distinta bajo presión, con una misión en tus hombros. Se volvía una necesidad, una fácil de pensar. Los bichos eran tan distintos a los humanos que era como si no pensaré en ellos como seres vivientes. Incluso con los humanos; mientras los considerara el enemigo y no les vea el rostro, era como si solo fueran un objeto, una representación, una túnica blanca, un uniforme. La empatía se iba por la ventana, porque era para un bien mayor.

Pero entonces... Veía a una persona a los ojos y la veía asustada, y todo cambiaba. Más aún si era una mujer o un niño. Te hacía preguntarte si la gente salvada lo justificaba. Esa mujer era hermosa, incluso. Era humana, ¿por qué teníamos que pelear? Y mientras acercaba la daga a su cuello, me pregunté, quizás por primera vez: ¿Cuánto estamos dispuestos a hacer por el Este?

Pero no tuve que tomar una decisión. Noté que la Nereida llevaba un anillo, uno de esos anillos mágicos, e hizo uso de él. Desapareció en el aire, pero yo estaba aferrado a ella, y nos transportamos juntos.

Caímos en otro lugar de la plaza, dando vueltas por la calle. Ella me agarró del brazo de la daga y empezó a arder como si tocara fuego vivo, pero no pensé en eso. Tomé el anillo y se lo quité de un tirón.

—La profecía dice que el Deus va a despertar gracias a la ciudad-montaña. Tiene que suceder hoy —dijo la Nereida.

Traté de alejarme, pero ella me tomó la pierna y caí de frente, soltando el anillo. La Nereida produjo una enorme llama en su mano.

La llama creció... Mi ropa se prendió...

Y una ola nos golpeó de frente. La nereida rodó a un lado mío, y cuando trató de levantarse, el agua la golpeó de nuevo. Atrás estaba Aldara, con su brazo estirado... Y Dalia abrazándola. Se había recuperado. Detrás de ellas, podía ver a Ítalo. Se habían sumado a la plaza.

Me levanté una vez más, con nuevos ánimos. Daga en mano, me acerqué una vez más a la Nereida, indefensa en el suelo.

Había que preguntarse, ¿cuántas vidas iban a salvarse si teníamos éxito?

Al acercarme, el agua dejó de moverse. La Nereida quedó sola.

Generaciones iban a vivir si evitábamos una guerra.

Quedé a un lado de ella, y me agaché. Vi su cara una vez más. Presioné la hoja contra su cuello. Ella apenas pudo mirarme.

¿Cuánto estamos dispuestos a hacer por el Este?

Una mano metálica me rodeó. Una ráfaga de aire me envió a través de la plaza.

—Ya fue suficiente —dijo el mago negro.

Aldara y Dalia me ayudaron a levantarme. Cregh e Ítalo se reunieron con nosotros. Al mismo tiempo, el Hechicero negro estaba reunido con su Nereida y el Pistolero. Malo se estaba acercando, pero algo lo hizo detenerse. Alguien más había llegado. Todos lo mirábamos; a algunos metros, el cuervo de Laertes apareció bajo la lluvia. A su lado había un segundo cuervo, un huginn más bajo cubierto por una túnica negra.

—Esto fue demasiado lejos, ¿saben? —dijo el cuervo que conocíamos—. Teníamos un mensaje para ustedes. Desistan y váyanse del Oeste de inmediato. Pero eso cambió. Ahora entiendo que todo estuvo llevando a éste día. Les agradecemos.

—¿Quién te creés que sos ...? —contesté, molesto, quizás contra mi buen juicio. El cuervo solo me quedo mirando.

—No soy yo quien lo dice. Cito el Thi-Yit:

El cuervo golpeó el suelo con las patas.

—¿Qué...? —dijo Dalia.

—“30. ¡Silencio!” —exclamó el cuervo, interrumpiéndola. Y empezó a recitar:

31. *Todos ellos se arrodillaron ante el Deus,
Su brillo opacó el sol y los cielos,
Y fue lo único que pudieron ver.*

32. *NO eran bienvenidos en esos lugares,
O en cualquier lugar de Su Creación.
Debían LAVAR de sus cuerpos la sangre,
O sufrir la furia del Hacedor.*

33. *La ira de Deus los sobrecogió,
Su voz TOMÓ a los divinos,
Y desnudos quedaron frente a Él.*

34. *Cada gota que habían derramado,
Como respuesta a su miedo de aceptarlo,
Se contó en SU Libro Divino.*

35. *AQUEL es el Creador,
Soberano de todas las tierras.*

36. *Los cinco mueren,
Sucede antes del Juicio,
No queda ni un alma impura,
Y el pueblo del Oeste goza.*

37. *¿Por qué quisieron elegir ese destino?*

Tras esas palabras, los cinco desaparecieron. Quedamos solos, entre las ruinas y los restos de lo que había sido una plaza repleta de gente. El aire olía a lluvia y a sangre. Hubo unos momentos de silencio en los que trataba de procesar lo que había ocurrido.

—¿Estás bien, Lang? —me preguntó Dalia.

—S-Sí, estoy bien... Yo debería estar haciéndote esa pregunta. —le respondí, mirándola como si no pudiese creer que estuviera ahí—. Por un momento pensamos que ibas a morir. Por suerte Cregh te...

—Después podemos hablar —interrumpió Cregh—. La multitud podría volver con soldados. Voy a sacarnos de acá ahora mismo.

Las manos de Cregh brillaron antes de que pudiera decir algo. La luz nos envolvió, y apreté fuertemente mi mano.

Llegamos en medio de la oscuridad. Por un momento me sentí confundido, tirado sobre lo que noté que era pasto. Empecé a tantear, hasta encontrarme con otra persona. Se encendió una luz, y noté que la persona al lado mío era Dalia.

—Bueno, los saqué de Aqlatan —dijo Cregh, mientras Ítalo se levantaba a mirar. Estábamos debajo de la montaña, en un bosque—. Parece que ya es de noche... esto... es... —De pronto, se desplomó, e Ítalo apenas alcanzó a sujetarlo.

Dalia lo ayudó a levantarlo, pero Cregh se paró solo.

—Estoy bien, estoy bien... —dijo, mientras se acercaba a un árbol para apoyarse—. Me esforcé de más en la pelea. Fueron muchas emociones... Mierda. Todavía no le llego ni a los talones a ese mago. —Cregh se deslizó hasta quedar sentado y apoyó la cabeza en las rodillas—. Me duele todo el cuerpo, y creo que mañana va a ser peor.

—Aun así, creo que ganamos ventaja —dijo Dalia, mientras se sentaba con los pies cruzados.

—Mierda... Estuve cerca —lamenté, apoyándome contra otro árbol—. Tenía la hoja de la daga presionada contra el cuello de la nereida. Necesitaba un segundo. No; menos que eso. —Me refregué la cara con las manos—. Quizás hubiera cambiado el resultado... Podríamos haber acabado entonces... Pero...

—No logran nada con lamentarse así —dijo Ítalo.

“Los cinco mueren, sucede antes del Juicio...”

—Ellos tienen una deidad de su lado —dije, mirando hacia el cielo, tapado por las hojas—. Dijeron que creó el mundo.

—Está durmiendo —dijo Dalia, levantándose— Alguien lo derribó la primera vez. Podemos hacerlo de nuevo...

—Pero, ¿cómo? Perdimos el Thi-yit —dijo Cregh.

—Un momento —dijo Dalia—. Ahora lo recuerdo. No lo perdimos... el humano de esa capilla escapó con él.

Pero yo no estaba escuchando. Apreté mi mano, y en mi dedo anular encontré el anillo de la Nereida.

—Cregh —balbuceé.

El levantó la cabeza, y alcé el anillo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El anillo que traía la nereida.

Cregh se acercó de un salto, y lo tomó en sus manos.

—¡Es un anillo del espacio! —Cregh lo inspeccionó unos segundos y se lo colocó en un dedo, y en un momento se desvaneció. Sin luz, sin ruido. Volvió a aparecer a unos metros—. Usa un rastro ínfimo de magia —dijo, caminando atrás de mí—. E-Es increíble. Podemos ir a cualquier lado en un segundo, sin cansarme... Pero... —Cregh se detuvo entre todos—. Es demasiado eficiente. Juntar la magia para crear algo así... —Cregh contempló el anillo durante unos momentos, y se lo colocó en el dedo anular una vez más—. Hay que volver a Aqlatan. Hay que recuperar el Thi-yit y encontrar la Gran Biblioteca. Si me descubren, puedo usar el anillo...

—Esperá un momento, Cregh —lo paró Ítalo—. Acabas de decir que estabas cansado. Yo voy.

—¿Qué? No podes, no sabés nada de transportaciones...

—Sé qué buscar, y no puede ser muy diferente a usar un pergamino. Están hechos para que esa gente del oeste pueda transportarse sin poder usar magia, ¿no? —Ítalo le quitó el anillo de la mano a Cregh, sin que éste se opusiera. Se lo puso en un dedo, y luego de unos momentos logró transportarse—. ¿Ves? Pan comido.

Ítalo dejó su arco y su carcaj reposando sobre un árbol, y se tapó la cabeza con su capucha. Le devolví la daga dorada que me había dado.

—Ítalo —dijo Dalia—. Dejame ir con vos.

—Pero acabás de recuperarte...

—Por favor. Todo esto es mi culpa. Dejame.

Ítalo dudó unos momentos.

—Si no volvemos para el amanecer, no nos busquen. —Le dio la mano a Dalia, y con eso, desaparecieron en medio de la noche.

—...Suerte —le dije al aire.

Nos quedamos en silencio. Cregh se sentó una vez más y se acomodó para dormir. De pronto nadie hablaba. Aldara se recostó, mirando a otro lado y no hablo más. Había creado un infierno allá atrás...

No paso ni un minuto para que la llama se apagara. Cregh debió haberse quedado dormido.

Desperté cuando estaba aclarciendo. Algunas aves cantaban y volaban entre los árboles. Malo se trepó a uno y trató de atrapar algo, pero fracasó.

Podíamos ver a Aqlatan en la montaña. Era casi una vista hermosa, con los rayos de sol pasando entre las nubes. Desayunamos allí mismo.

Las horas pasaron en silencio, sin señal de Ítalo y Dalia. Luego despertó Aldara, y comió un poco.

—¿Hacemos algo? —preguntó Cregh.

—Esperemos un poco más —dije.

—¿Ayer maté gente? —dijo Aldara, de pronto.

La pregunta nos tomó por sorpresa, y miré hacia Cregh, esperando que dijera algo. Pero el mago solo miró a otro lado. Pensé una respuesta, pero finalmente dije la verdad.

—Sí.

Aldara no pareció reaccionar. Probablemente ya lo sabía.

—Ellos se lo buscaron —dije, tratando de restarle importancia—. Ejecutarlos solo por ser humanos...

—Porque crecieron con esas creencias —dijo Aldara, de pronto—. Justo como nosotros. Y los maté con la misma facilidad.

Ninguno se animó a decir nada. Aldara solo miró al suelo.

—Y ahora más temo que esto nos vaya en contra.

—¿En contra? ¿A qué te referís? —pregunté.

—Una retribución. Un castigo por lo que hicimos —dijo, mirándome—. Nos enfrentamos a una deidad... eso es lo que hacen. ¿No creés, Lang?

V — DALIA

Volvimos a Aqlatan de noche. Teníamos una idea de cómo recuperar el Thi-yit, pero necesitábamos encontrar iluminados para hacerlo. Fuimos hasta la capilla que había sido incendiada y esperamos. Esperamos toda la noche. Al final, empezaron a llegar con el amanecer: Muchos iluminados que se esforzaban en levantar los escombros y limpiar la capilla. Nuestras ropas blancas estaban destrozadas, pero también las de muchos otros. Luego de lo de la plaza, no llamábamos la atención.

Nos acercamos a un humano e Ítalo uso sus conocimientos del idioma del Oeste para preguntar por el líder de la capilla. Nos guiaron hasta otra capilla donde estaba reunida mucha gente, especialmente bichos.

—Parece que el grupo de la capilla incendiada se está quedando acá con otro grupo —explicó Ítalo.

El humano con el que había hablado sobre religión estaba ahí. Pocos momentos después, Ítalo lo había llevado atrás de la capilla y estaba apretando una daga contra su cuello.

—¡Está bien, está bien! Solo tomé el Thi-yit para preservarlo... por favor —dijo, sacando el Thi-yit de entre sus ropas.

—Muy bien —dijo Ítalo, tomándolo—. Hiciste lo correcto.

—No hagan esto —dijo el iluminado—. No les den la razón a los bichos. No logran nada amenazando a la gente.

Ítalo pareció molestarse, pero no dijo nada. Hubo un momento de silencio en el que solo se miraron, pero yo solo bajé la mirada. Él tenía razón... Nosotros éramos los responsables de que su capilla se hubiera incendiado.

—Una cosa más —dijo Ítalo—. ¿Sabés dónde está la Gran Biblioteca?

No teníamos tiempo que perder. Tras conseguir indicaciones, usamos el anillo del espacio para transportarnos inmediatamente. La Gran Biblioteca estaba frente a nosotros; un gran edificio que se extendía hacia la distancia.

—No creo que nos dejen entrar —dije—. Mejor usamos el anillo de nuevo.

Y así estuvimos adentro. No pude evitar soltar una exclamación. Había libros hasta donde se extendía la vista; más de los que había visto en mi vida. Solo conocía los libros con los que enseñaba mamá... como su enciclopedia... que había quemado.

—Dalia —Ítalo me sacó de mi ensoñación; no parecía impresionado con la biblioteca—. Vamos, necesitamos el Libro de Rossetta.

Empezamos a revisar los libros. El cuarto era oscuro; estaba mal iluminado. Pero no podíamos pasar a otro; no podíamos arriesgarnos a llamar la atención. Por más que tuviéramos túnicas de los iluminados, no creíamos que los humanos tuviesen permitido entrar a un edificio tan importante.

—¿Creés que solo haya una copia? Sería imposible encontrarla entre tantos libros —dije.

—Tenés razón —dijo Ítalo—. Necesitamos ayuda.

—¿Cómo la ayuda que le pedimos al iluminado? ¿A punta de cuchillo?

—Sí —respondió Ítalo, sin más—. No tenemos otra opción.

Salimos del cuarto y empezamos a atravesar los libros, buscando algún bicho.

—Escucho algo —susurró Ítalo—. Por acá.

Atravesamos unos pasillos oscuros. Al doblar una esquina apareció un bicho; un pequeño topo. Al vernos soltó un grito; era un tipo asustadizo. No tomó mucho más que mostrar la daga de Ítalo. Ítalo le habló en su idioma, pero él respondió en el nuestro.

—El Libro de Rossetta —dijo el topo—. El Libro de Rossetta, sí, sí. Está acá. Yo puedo guiarlos, sí. Ay, deus, humanos...

—¿Cómo podés hablar nuestro idioma? —pregunté.

—Yo me encargaba de cuidar El Libro de Rossetta... lo he leído muchas veces. Posee todos los idiomas; incluso el suyo.

Empezamos a caminar atrás del bicho. Pasaron cinco minutos, diez minutos, quince minutos. Ítalo se estaba impacientando.

—No nos estás engañando, ¿no? —le preguntó. El topo estaba temblando.

—No, no, sí, digo...

Y abrió dos puertas enormes. Tras ellas, una bola de pelo con dos ojos nos estaba mirando, igual que Dalir. A diferencia del pequeño Dalir, sin embargo, éste era más alto que Ítalo, y llevaba un sable envainado en la cintura. Al vernos soltó un grito que a mis oídos sonó gutural, pero era el idioma del Oeste.

—Un guardia —masculló Ítalo. Cuando me di cuenta, el topo había salido corriendo hacia atrás.

—¡Debe estar yendo hacia el libro! —exclamé.

—¡Seguilo, Dalia!

El guardia desenvainó y arremetió contra Ítalo. Éste se cubrió con su daga, pero salió despedido hacia atrás de todas maneras. Yo sabía que tenía que hacerle caso y lo dejé, corriendo hacia el topo. No era muy rápido, pero me mantuve atrás; quería dejarlo llegar a su objetivo.

Pasamos tres pasillos antes de que se detuviera en otra gran puerta. No dejaba de mirar atrás, nervioso. Tenía que ser ahí. Me dejé ver, y el topo soltó un chillido. Le mostré mi espada, y se tiró al piso, aterrado. Pero no me sentía grande, no me hacía sentir poderosa. Tratar así a alguien más débil se sentía mal.

Aun así, tenía que conseguir lo que buscábamos. Abrí la gran puerta, y me encontré con un estrecho cuarto que solo tenía un libro. Tenía que ser: Rossetta.

—¡No! —lloriqueó el topo—. ¡Déjenlo!

—No... no puedo —balbuceé.

En ese momento, mis oídos parecieron estallar cuando un tiro resonó por el pequeño ambiente. Alguien había disparado, y lo sentí en mis caderas. Solté un grito atroz, pero mi espada estaba en contacto con mi cuerpo, y la bala volvió por donde había venido y abandonó mi cuerpo. El topo salió corriendo, y el tirador lo dejó pasar... Era el pistolero de Craster.

—Mierda —susurré.

—Mierda —oí decir. Me incliné para ver, y vi que Ítalo estaba justo atrás, tenso.

El pistolero nos miró a los dos en silencio. No decía nada; no mostraba ninguna expresión. Creía haberlo matado en Craster... todavía no sabía cómo había sobrevivido, pero no era el mismo. Era como si no estuviera realmente vivo.

—A la mierda con esto —dijo Ítalo—. Dalia, ¿tenés el libro?!

Asentí, e Ítalo asintió a su vez. Tocó el anillo en su mano, y el pistolero levantó su arma y disparó. Pero Ítalo ya no estaba allí. Apareció detrás de mí, me tomó por la cintura y desaparecimos. El mundo pareció recortarse a nuestro alrededor, y en su lugar aparecieron los bosques en las afueras de Aqlatan.

—Dioses, eso salió mal —dijo Ítalo—. Pero ahí tienen.

Y dejamos caer el Thi-yit y el Libro de Rossetta entre Aldara, Cregh y Lang.

Cregh se apresuró a tomar el Libro de Rossetta y lo abrió. Nos quedamos observándolo. La cubierta estaba casi desprendida, y las páginas amarillentas de lo antiguo.

—Esto es genial... —dijo.

—¿Tuvieron problemas? —pregunto Lang.

—Resulta que los humanos no estaban permitidos... —dijo Ítalo.

—Pero había uno de todas maneras —continué—. El Pistolero del Oeste.

—Mierda —dijo Lang.

—Bueno, esto nos va a ser muy útil —dijo Cregh, cerrando el libro—. Pueden descansar si quieren. Yo me encargo del resto.

Ítalo se dio vuelta y, tan pronto como llegó, se quedó dormido. Yo estaba cansada, pero no quería dormir. Lo de la plaza de Aqlatan... Haber sido ahorcada... había sido como un sueño profundo. Descansamos por algunas horas.

La mañana estaba terminando cuando me levanté. Contemplé el Libro de Rossetta y el Thi-yit, apretando la espada.

—Con esto vamos a poder seguir adelante. Vamos a lograrlo... —Me giré hacia Lang—. ¿No creés?

No, Lang no lo creía. Podía verlo en sus ojos. No parecía quedar mucho espíritu en el cazarrecompensas. Por otro lado, Cregh estaba vibrante, y tomó el libro de las leyendas de mí, ojeándolo a pesar de que no podía leerlo. No tardó en golpear a Ítalo para que despertara. El arquero se levantó pronto, incapaz de haber logrado conciliar un sueño profundo.

—Muy buen trabajo, Ítalo, Dalia —dijo.

—Sí, puede ser... —dijo Ítalo, plácido. Supuse que no era tan malo despertarse ante halagos.

Noté que Aldara me estaba mirando. No habíamos hablado desde lo de la plaza. Se tornó hacia mí.

—¿Estás bien? —me preguntó entonces.

—Sí... sí. Yo apenas noté que pasó nada, apenas tengo recuerdos después de que perdiéramos el conocimiento en esa capilla y, eh, nuestras cosas se quemaran... —mi voz bajó a medida que recordaba. La imagen de mi bolso en llamas volvió a mí, y de la enciclopedia de mamá quemándose. Me refregué el pelo—. Supongo que el tirón que sufrí en mi cuello hizo que todo mi cuerpo dejara de responder, aunque aún no estaba... muerta del todo... dioses. Todo paso muy rápido... Cuando desperté las cosas eran difíciles de creer.

Recordé todo lo que había estado pasando. Las calles destruidas, el fuego, la lluvia congelada. Me acerqué hacia Aldara, que estaba jugando con una manzana sin comerla.

—Gracias por todo lo que hiciste, Aldara —dije a la Nereida, y ella me miró conmovida. Se puso de pie, y trató de alejarse, al parecer disgustada consigo misma... con los que habían muerto... pero no la dejé. Avancé hasta ella y la envolví con mis brazos, pero ella se sacudió y cayó al suelo con un gemido. Cregh vino corriendo.

—¡Cielos! —exclamó, y se puso a revisar sus bolsillos—. Está herida. Le apretaste la herida, Dalia. A ver, Valma, debo tener hojas de Valma por acá...

Cregh se acercó a Aldara, y le revisó el brazo derecho. Las ropas de Aldara habían sido caras y hermosas cuando las había aceptado en Veringrad, pero ahora se encontraban arrugadas, sucias y negras por

quemaduras en la batalla; y sobre la tela se extendía una mancha húmeda, mostrando la sangre en su brazo. Cregh dejó de buscar, resignado.

—Ah, mierda, aquella puta nos quemó todo, nos quemó cada una de nuestras cosas... No me queda nada. Ni siquiera sé si me quedaba Valma.

Pero yo no lo estaba escuchando. Solo miraba hacia el rostro de Aldara, acongojado y mirando hacia el suelo, corriéndose de mí. Tomé su brazo bueno y lo crucé sobre mí, acercándola, y abarqué a Cregh para abrazarlos a ambos. Los sostuve contra mí, sintiendo su cercanía. El mago estaba extrañado, pero pronto me devolvió el abrazo. Aldara hizo lo mismo, sin decir nada. Los sentí, y agradecí a esas dos personas por mi vida.

Esto duró unos momentos, y me levanté. Aldara miró detrás de mí, hacia Ítalo.

—Perdón —le dijo—. Perdí la cantimplora que me regalaste.

Ítalo mostró una sonrisa que parecía casi cómica. Debía ser lo último en lo que estaba pensando.

—Ítalo, disculpa —dijo Cregh, llamando su atención—. Pero estoy algo ansioso. El libro de Rossetta traduce las profecías... pero lo hace en un lenguaje que no entiendo. La Lengua Alta.

El arquero miró hacia el Thi-yit, sopesándolo en las manos.

—Mis padres me enseñaron Lengua Alta —murmuró—. Es un lenguaje antiguo, pero puedo leerlo.

Ítalo se dejó caer al pasto, cruzó las piernas, y abrió el libro. Se sacó el anillo del espacio, y se lo pasó a Cregh. Entonces avanzó hasta el final del libro, buscando la última sección. El Antiguo Testamento, la leyenda sobre lo que iba a pasar en el futuro. Malo anduvo hasta él, y se acurrucó a un lado.

Me senté junto a Aldara, y lo miré. Ítalo leía con ojos brillantes. Estábamos cerca, muy cerca. Solo nos faltaban algunos kilómetros para alcanzar la ciudad capital; para encontrar el lugar donde dormía el Deus, o donde estaba sellado.

De pronto noté que alguien estaba gritando, y me giré para ver que Lang estaba discutiendo con Cregh. Supuse que iban a tomarse un buen rato, como siempre que discutían, pero de alguna forma Cregh

asintió, resignado, y pareció ceder ante Lang. El pistolero se puso de pie con debilidad.

—No es nada, ¿no escuchás? —masculló—. No importa que hayas perdido las hojas de Valma, ¡ya estuve en peores!

El pistolero hacía gestos hacia su pierna derecha, y me di cuenta de que había recibido un tiro en la pelea de Aqlatan. Aunque su herida parecía más un moretón que una mancha roja.

—Pero no vamos a poder andar si tenés la pierna en ese estado — insistió Cregh—. Dejame verla, quizá puedo tratarla con algo.

—Viví en éste cuerpo por muchos años; creo que puedo decir si está bien o mal. Fue mi propia bala, por los dioses; no me pegó de lleno. Iba despacio.

—Bueno... —Cregh mostro una expresión que ya había visto en otras discusiones, cuando estaba por alzar su voz y repetir sus puntos con más fuerza. Pero esa mirada no duró, y la reemplazó una de respeto—. Está bien. Es verdad que supiste qué hacer ayer. Me cubriste bien, Lang. Voy a dejarte esta vez.

Lang bufó, y mostró algo que parecía una sonrisa, pero no llegaba a eso.

—Vos conseguirme unas hojas largas, y puedo hacerme unas buenas vendas. Eso es más que suficiente.

Y cumplió su palabra. Un par de horas después, la pierna de Lang y el brazo de Aldara estaban vendados y nos encontrábamos andando. Ítalo no podía soltar los libros, y caminaba mientras leía y sin decir una palabra.

—Puede que estemos a dos días de Verin —dijo Cregh, mientras atravesábamos las praderas—. Quizá tres días. ¿Crees que puedas leerlo para entonces, Ítalo?

—¿Por qué no podemos transportarnos con el anillo? —pregunto Aldara, con tono agobiado.

—Porque vos y el vagabundo no servirían de nada si no tuvieron tiempo para curarse...

—Sí, los versos son más bien cortos —dijo Ítalo por sobre el mago—. Pero es increíble. Estoy leyendo todo sobre lo que me habían contado de niño... La historia de mi apellido... Del primer Del Valle.

Nos giramos hacia él, curiosos. Ítalo leyó un poco más, sin bajar el ritmo de su caminata; iba al mismo paso que nosotros, y nunca se tropezaba. Era increíble que ni siquiera hubiera estado agotado después del combate. Era incansable desde que tenía esa piedra clavada en el pecho.

Al final levantó la mirada.

—Fue durante La Gran Guerra que hubo, cuando los humanos descubrimos a los bichos y tomamos Veringrad... Los ejércitos recorrían las ciudades y barrían a todos los bichos de ahí, exterminaban a todos los que no fueran humanos. El Del Valle, mi... primer ancestro, era un general en esas campañas. El libro lo llama el Cazador. —Ítalo hizo una pausa. Todos permanecemos callados, en entendimiento. El arquero bajó la mirada al libro—. Y ahí menciona al Deus. Dice que cruzó el mar junto a los pueblos de todos los bichos... no sé qué tanto sea una metáfora... Y que aplastaron la ola que eran los humanos. Debería seguir traduciendo.

—Por favor, Ítalo —dije.

—No te distraigas mucho —dijo Lang—. Aceleremos un poco el paso para poder hacer campamento más adelante, y entonces vas a poder leer con tiempo.

El arquero asintió, y cerró el tomo. Los cinco —seis con Malo— avanzamos, y el valle empezó a mostrar elevaciones de nuevo; aparecieron rocas puntiagudas que alcanzaban nuestra altura. Nuestros estómagos rugían, pero podíamos ignorarlos. Podíamos concentrarnos en avanzar. Pensaba en los cinco, como los habíamos visto en Aqlatan. En ese cuervo enorme; en cómo nos había aplastado contra el suelo, nos había reducido, y había quemado Laertes sin que pudiéramos hacer nada. Se había reído sobre como tenía control sobre nuestra vida o muerte. Pensé en aquel pistolero, que parecía humano. Él había saltado en medio del festival de Craster, y barrido a la gente que estaba intentando disfrutar; había llenado las calles de cuerpos y había intentado llevarse a Aldara. Pensé en aquel mago negro destrozando Havenstad. Pensé en la nereida, esa mujer humana, quemándonos vivos en Aqlatan. Y en Aqlatan los había acompañado un cuervo pequeño.

Y ahora estábamos a unos días. A un poco más caminata para llegar al centro de todo eso. Podíamos ignorar el llamado del hambre.

Cayó la noche, e hicimos campamento en una colina. Las rocas ahora aparecían por todos lados, y nos cubrían desde todas las direcciones. Cregh mostró que para comer habría frutas de nuevo, sin mucho entusiasmo. Esa noche no había luna, y las sombras eran de un negro pesado. Mientras masticaba la comida, pensé que había muchos sonidos esa noche.

—Quizá sea un oso —bromeó Lang, escuchando también, y me hizo agua la boca—. Sería bueno cazar un poco, aunque ahora es muy tarde. ¿No, Cazador?

De alguna forma, su tono parecía enojado. Miró hacia Ítalo. El arquero se apoyó contra una piedra y retomó su relato.

—Claro, Lang. Podemos cazar algo mañana, bueno, puedo hacerlo yo. Con esa pierna tuya... En fin... El Thi-yit continúa diciendo que los humanos estaban condenados; que los ejércitos de Alles no iban a ser nada contra las fuerzas del Oeste, así que tuvieron que usar el engaño. Esta parte es algo difícil de leer; la palabra más cercana es “engaño.” Pero los ejércitos de Alles se dividieron en un grupo de cinco, y éste grupo de personas pudieron engañar al Deus y convencerlo de que debían encontrarse en el Oeste, en su ciudad.

—Vaya —murmuré—. Un grupo de cinco, eh...

Malo maulló algo, que casi pareció una protesta.

—Perdón, Malo —dijo Ítalo con una sonrisa— Pero no, no dice que el grupo fuera de seis.

—Seguí, Cazador —dijo Lang. Cregh solo escuchaba atentamente.

—Estos cinco eran... Eh... —Ítalo se aclaró la garganta—. El Cazador, citado con nombre como Ansala Del Valle. Luego menciona a un Pistolero, un Hechicero, un Caballero y una Nereida. Al parecer ellos emboscaron al Deus, y cortaron su piel con “una espada bendecida contra la naturaleza...”

—¿Eh? —Levanté la cabeza—. ¿Qué quiere decir eso?

—No tengo ni puta idea —suspiro Ítalo—. El relato se pone raro en esta parte. Empieza a hablar de corrientes, lo que podríamos llamar con nuestras palabras como flujos positivos y negativos... A hablar

de cómo el “mismísimo orden de las cosas” sufrió un corte en esa tarde...

—Sí, escuchamos algo sobre eso —dijo Cregh—. En la capilla de Aqlatan. Los del Oeste piensan que Deus es Destino, Vida y Muerte todos en uno... La “espada contra la naturaleza” debe referirse a una espada contra él.

—Dioses —tragó Lang. Su frente estaba húmeda. Seguí su mirada, y miré hacia el cielo negro, vacío de estrellas. Parecía inmenso, devorador. Traté de imaginarme a una sola criatura abarcando todo eso, y sentí que mi estómago se tornaba del revés.

—Quizá era un arma bendecida por humanos, ya que parecen creer que ellos sirven a lo opuesto del Deus —continuó Cregh.

—Mmm —dijo Ítalo—. Bueno, en fin, estos soldados de Alles derribaron al Deus sobre... por lo que pude entender, hay una cadena de montañas, o una cordillera, alrededor de la ciudad de Verin... y los humanos pudieron derribar al Deus sobre la cima de una de estas montañas.

Ítalo se recostó contra su piedra, cerrando los ojos.

—Eso es todo lo que leí hasta hoy. Las escrituras no entran en detalle acerca de éste momento, además de mencionar que el caballero tenía esa espada brillante.

Asentí, abstraída, aunque él no podía verme con los ojos cerrados. Lang agitó una mano por el aire.

—Está bien, pero que pena. Menos cuento para esta noche. Cuanto antes durmamos y sigamos adelante, antes vamos a poder terminar con todo. —El pistolero miró hacia mí, y su rostro en la noche parecía una roca inmóvil—. No va a importar si esos versos nos dicen cómo superar a los cinco, Dalia... nos vamos a encontrar al dios antes.

Lo miré en silencio. Ítalo también había abierto los ojos, pero no decía nada.

Cregh se centró en su fuego, en su palma que generaba una llamada de luz, y pronto la llamada se apagó, y estuvimos entre la noche. Aunque los ruidos permanecieron sin cesar.

Frente a mí se encontraba Wendagon, en la oscuridad.

Su cabeza pelada reflejaba la luz que venía del centro de la sala, entre él y yo, desde una bola de cristal.

Miré hacia la esfera, y supe que era Destino.

Miré hacia Wendagon. El viejo estudiaba la bola con cuidado. Entendí que no podía verme. Miré hacia el objeto, hacia su interior, y vi eso que Wendagon había visto hacía tantos días, hacía tantos kilómetros. Vi al Deus, lo vi como una energía latente, lo vi como una posibilidad tornándose en realidad, lo vi como a una promesa concretándose. Vi su despertar como una sensación, como el sol pasando por mi ventana, entre las paredes de madera de mi hogar, por la mañana.

Miré hacia la bola de cristal, y supe que estaba viendo ese momento, el día cuando Wendagon había sentido ese nacimiento y había decidido llamarnos. Ahora era el momento de que yo lo viera. Sabía por qué. Había tenido ese mismo sueño, o variaciones de ese sueño, desde hacía semanas. Su despertar —esa luz—, era cada vez más grande. Y yo estaba cada vez más cerca. La presión aplastaba a todas las demás cosas; no podía ver a mi mamá, no podía ver al Este.

Me levanté con un sobresalto. Mi corazón latía con fuerza. No conseguía calmar mi respiración. Sentí el brazo de Aldara, y escuché su voz preguntando si me sentía mal. Me di vuelta, y vi esos ojos suyos, que ya no parecían los mismos. Habían perdido su color en Aqlatan. Los habían perdido por mí, al haber temido perderme a mí. Le di la única respuesta que podía darle, y negué con la cabeza, sonriendo. Ella sonrió a su vez.

Ese día Ítalo decidió tratar de cazar algo para todos, y cuando me levante él estaba corriendo entre las piedras, con Malo a su lado. Entre el pasto correteaba una lagartija; o lo que parecía una lagartija, al menos, con una cabeza gris y un caparazón por sobre todo su cuerpo.

La alimaña zigzagueaba por el campo, cruzando entre las piedras enormes. Ítalo corrió sin separar los ojos del suelo, y cuando una roca se puso en su camino, saltó y la cruzo por encima, superando toda su altura sin problemas. Malo maulló en desafío, sin quedarse atrás, y se lanzó por abajo para emboscar al animal; pero cuando se encontraron en el otro lado, el humano y el quitnar se golpearon el uno con el otro, y descubrieron que el animal ya no estaba ahí. No había más lagartijas... u osos... alrededor.

Pronto retomamos la marcha, y los seis continuamos hasta subir la colina sobre donde estábamos; llegamos hasta su otro lado, y en el horizonte pudimos ver una gran montaña en el horizonte.

—Es esa —dijo Cregh—. Esa tiene que ser la montaña del Deus, ¿no?

—Supongo que es normal que aparezca antes que la ciudad —dije—, porque estamos atravesando el Oeste, no siguiendo los caminos. Y el Deus siempre se encontró siguiendo al Oeste.

—Escuchen, quizá sea mejor que se los diga ahora, pero quizá no sea fácil entrar. —murmuró Ítalo.

—¿Eh? —dijo Lang, dejando de caminar.

—Estuve leyendo un poco más, y las escrituras pasan a hablar sobre esa montaña —dijo Ítalo—. Dicen que cuando Deus cayó, la tierra lo abrazó, y lo tomó para... nutrirlo, alimentarlo hasta que su cuerpo se recuperara, y pudiera despertar de nuevo.

Ante esto me sobresalté, y me froté los brazos mientras pensaba en mi sueño, y en el cosquilleo que sentía por toda mi piel. Miré a la montaña, terriblemente cerca, y el cosquilleo pareció crecer en intensidad.

—Dicen que la montaña lo rodeó para protegerlo, y cerró a todo el monte, solo para él —continuó el arquero—; pues ahora esa montaña y todo el alrededor eran Tierras Sagradas. Cerradas para que nadie interrumpa el sueño.

—Ah, vamos —chistó Cregh—. A la mierda. Ya vinimos hasta acá... Vamos a poder pasar por esa montaña como pasamos por todo.

—Sí. Sé que va a ser así —dijo Ítalo. Y a Lang se le escapó una risotada sarcástica.

—Por cierto, Ítalo —empezó a decir—. ¿Y qué pasaba con los cinco soldados? ¿Qué les pasaba luego de que hacían caer al Deus?

El arquero lo miró con gravedad.

—Voy a tratar de revisarlo luego.

Continuamos nuestra caminata a través de los prados rocosos, que se hacían más ásperos a medida que nos acercábamos a la cadena de montañas. La vegetación también crecía junto con lo montés, y podíamos ver arbustos y pequeños árboles brotando desde todas partes.

Toda tenía los colores oscuros de la maleza del Oeste. No volvimos a ver ningún animalito cascarudo.

Se respiraba una gran paz, aunque no podía calmarme. No podía dejar de pensar en la montaña, o más allá. Pensaba que justo por el otro lado estaba Verin, la gran capital de todo ese continente, donde querrían nuestras cabezas por aquellos a quienes habíamos matado. Palpé mi cuello. Y los bichos cumplían sus amenazas.

Estaba atardeciendo cuando llegamos al pie de la montaña. La elevación gigante subía hasta donde podíamos verla. Era aún más grande que Aqlatan.

—Dioses, podría tomarnos un día solo subirla —dijo Cregh.

Pero no necesitaba decir que quizá no tendríamos la oportunidad. A los pocos metros comenzaban las Tierras Sagradas, y podíamos ver a la pared de enredaderas que se elevaba sobre todo y bloqueaba el camino. Todo lo que podíamos ver de la montaña se veía cubierto por esta capa negra.

Subimos por entre las piedras, y alcanzamos el espinal. La enredadera se extendía en ambas direcciones, cubriendo el cielo rojo.

—Bueno —dijo Lang—. Ya usa el anillo, mago.

—Hace rato que estoy tratando —respondido éste. Levantó el brazo, mostrando que tenía el anillo puesto—. No lo entiendo; no reacciona. Éste anillo no es como la magia común; casi ni siquiera es magia, así que debería funcionar aunque hubiera un bloqueo. Pero es como si no hubiera nada del otro lado.

Ítalo gruñó algo, y avanzó hasta estar junto a la pared de plantas. Estiró su mano, e hizo aparecer a un relámpago que golpeo contra las plantas e iluminó al cielo. Pero no ocurrió nada. Las plantas no se cortaron. El trueno dejó un residuo en el aire, como cuando puede olerse la lluvia, aunque no había muchas nubes en el cielo.

Noté que Lang y Aldara se habían sentado en unas piedras, apoyando sus cabezas en los brazos. Al mismo tiempo, Cregh lanzaba una ola de fuego contra las espinas, sin lograr nada.

Miraba de izquierda a derecha, tratando de que se me ocurriera algo. No podía pensar que habíamos llegado ahí para nada. No podía dejar que ese pensamiento entrara en mi cabeza.

Había una luz blanca alrededor de Creggh, pero se fue a los pocos momentos; un hechizo de transportación también había fallado. Ítalo lanzó una flecha, y empezó a buscar en su carcaj por otra. Al verlo, perdí la respiración, y corrí hasta él y le bajé el brazo. No podíamos empezar a hacer cosas así; a delatar que estábamos desesperados. Pero él me miro sin más ideas.

—Dalia, ¿cómo conseguiste tu espada? —escuché a Lang de pronto.

—¿Eh? —me giré hacia él, angustiada. El pistolero parecía una silueta contra el atardecer—. ¿Por qué? ¿Mi espada? ¿Pensas que va a poder hacer algo contra las plantas?

—No veo que la luz pasó entre los tallos —dijo Aldara—. Y no parece que nadie los haya manipulado antes, tampoco. No creo que ni esos otros cinco hayan podido pasar.

—Quizá sí —me respondió Lang—. Quizá los pueda romper, ¿no?

—¿Pensás que es la espada brillante de la leyenda? —me reí.

—Quizá. ¿Cómo la conseguiste?

—Fue... Fue hace diecinueve años, nos llegó el día que nació. —Me senté en el suelo, haciendo memoria. Pensé en mi papá, sentado junto a mí, contándomelo todo, y dejé que las palabras salieran solas—. Era de noche y llovía, pero papá no había cerrado el negocio, porque en ese entonces todo iba bien y era seguro, y... entonces entró un bicho... un bicho entró pidiendo ayuda, desangrándose. —Hablabla sin parar, sin pensar en cómo sabía eso. Las palabras parecían salir desde mi interior, y no de mi cabeza—. No era humano, pero estaba sangrando, y eso era todo lo que importaba. Papá lo ayudó, y... y en agradecimiento el bicho le dio la espada, y ese día nació así que papá supo que esa espada iba a ser para mí...

Me quedé mirando al suelo, perdida en mí misma.

—Supo que iba a cortar para mí.

—Bueno —bufó Lang—. Un bicho... quizá no sea la espada brillante, está bien. Pero aun así podés probar si corta a las plantas, ¿no? ¿Por qué no?

—¿Por qué no, Dalia? —dijo Aldara, alentándome. Sostuve su mirada durante unos momentos, y suspiré.

Me levanté con esfuerzo, y caminé hasta la enredadera. Ítalo tenía su daga en las manos, y lo usaba contra las plantas una y otra vez. Yo tomé la espada de mi cinturón, y me sumé junto a él, pero tampoco pude abrir un camino. La vegetación se agitaba bajo el peso de nuestros golpes, pero era como cuando mi espada no tenía filo, antes de que empezase a sanarme; parecía un pedazo de piedra inútil, y las capas de espinas no se quebraban.

Podíamos ver desde nuestra posición que rodear la montaña desde afuera no iba a traer ningún resultado; empecé a pensar que podía intentar pasar entre los tallos, si no quedaba ninguna otra opción, mientras mi espada me curara, y tratar de encontrar un camino desde adentro.

Entonces miré a Ítalo. Su rostro estaba agitado, y su pelo resplandecía por el sudor. Me di cuenta de que yo también estaba así. El hormiguelo se sentía más fuerte que nunca. Esas plantas no eran normales. Esa montaña parecía vibrar bajo mis pies descalzos. Ítalo me miró a los ojos, respirando por la boca, y entonces dio un paso atrás. Dejó caer sus cuchillos sobre la hierba.

—Ansala Del Valle pisó estas tierras hace doscientos años —dijo—. Y ahora yo sigo sus pasos; llegué al mismo lugar al que él llegó. No puede cerrarse ante mí.

Avanzó despacio hacia las plantas, mirándolas fijo. Vi que tensó los hombros, y supe que él también estaba sintiendo el hormiguelo. Entonces bajó sus manos sobre las plantas, y las cerró bajo dos espinas.

Pero no brotó nada de sangre. Sus puños se cerraron con fuerza. Un rumor sacudió a toda la montaña. Las raíces se sacudieron, y toda la figura de la montaña se removió. Lang y Aldara se levantaron de inmediato, y se acercaron a mí y a Cregh. El arquero parecía sobreco-gido. El hormiguelo era más fuerte que nunca.

El mago miró a Ítalo de arriba abajo, y del arquero a las plantas, intentando entender. Las plantas continuaron removiéndose, y se agitaban en todas las direcciones.

—¿Es por qué sos un Del Valle? —preguntó Cregh en voz baja.

—No... No se... —murmuró Aldara, que se acercó a Ítalo. Los temblores continuaban. Aldara miraba derecho. Movié sus manos hacía las enredaderas, pero justo antes se detuvo, temerosa.

Entonces yo me moví a su lado, y cerré mis manos sobre una rama. La marea de espinas se sacudió de nuevo. Aldara me sonrió, y apoyó sus manos a su vez. Cregh se sumó, y Lang hizo lo mismo.

Ninguna espina dolía. Toda la montaña parecía moverse, pero la enredadera no hacía ruido. O quizá el rumor que sentía ofuscaba todos los otros sonidos.

La pared de ramales empezó a abrirse, despacio, desde el centro entre nosotros. Ninguno de los cinco corrió las manos, y entonces la vibración sobre nuestra piel se detuvo. El rumor calló. Hubo silencio por un instante, y entonces sonó un crujido enorme, recorriendo todo el aire, cuando cientos de ramas se doblaron para abrir un camino; se torcían, se quebraban hacía los lados y nos abrían un paso, una puerta.

La enredadera estaba abierta ante nosotros, e Ítalo dio un paso dentro de la montaña. Yo lo seguí atrás; luego Cregh, y luego Aldara. Entonces noté que Lang estaba mirando hacia atrás.

Su gato nos contemplaba desde la entrada en silencio, con calma. Él no había hecho más que esperar con paciencia desde que habíamos alcanzado la montaña.

El pistolero extendió su mano hacía su gato que no era un gato, y éste permaneció en su posición por unos momentos. El pistolero no dijo nada, no movió su mano, y el gato al final saltó hacia él. Todos entramos.

Las puertas no se cerraron detrás de nosotros, de cualquier manera. Las plantas de espinas se inclinaron hacía el suelo, mostrando sus troncos y despejando nuestro camino, y eso fue todo. El movimiento de las ramas separándose se oyó como un eco que recorría la montaña hasta su otro extremo. Seguimos adelante en las Tierras Sagradas, cuesta arriba. La tierra olía a polvo y humedad, después de haber pasado tanto tiempo sellada del aire puro.

Las raíces dentro continuaban creando un techo, pero evitaban estorbar el suelo. El camino que mostraban no era recto, siguiendo las irregularidades de la montaña, que se hacía cada vez más erguida. No

había una ruta definida y limpia, y teníamos que luchar con el terreno tanto como nos era posible para avanzar; el camino se elevaba de repente, y muchas veces teníamos que usar la maleza como apoyo para subir a rocas altas. Una vez incluso necesitamos subirnos a la espalda de Malo, como canino, para poder saltar sobre un barranco.

El recorrido era silencioso y sereno. No había viento, y el cosquilleo había desaparecido; ahora estábamos solos con la dureza franca de la piedra. Mientras continuábamos subiendo la montaña el tiempo empezó a desaparecer; perdí la escala de todo, y olvidé esas cuestiones. Por encima, los últimos trazos rojos en el cielo desaparecieron, y las estrellas empezaron a salir.

La imagen de lo que nos esperaba más adelante no lograba abandonar mi cabeza. Pensé en el Deus durmiendo en esa misma montaña, y pensé en mis sueños sobre un despertar. En ese momento estábamos gateando sobre una pendiente especialmente resbalosa. Los cinco avanzábamos con las manos y los pies, muy despacio. Malo se adelantaba de a saltos y revisaba lo que había más adelante, como había hecho en todo el recorrido. Ya había salido la luna, y esa noche era un faro inmenso y azul.

El gato llegó a la cima de la inclinación y agazapó la cabeza. Dejó escapar un maullido agudo. No se dio vuelta hacia nosotros, y saltó adelante. No tardamos en alcanzarlo y compartir su vista: la enredadera de ramas se abría de nuevo en esa altura de la montaña, creando un claro. Era un ancho terreno de tierra. Podía divisar un objeto a la distancia, acostado contra un árbol; las ramas en las alturas hacían un agujero sobre él, lanzando un rayo de luz. Me acerqué despacio, abstraída.

El resto del grupo terminó de subir, y permanecieron ahí. Solo Lang se adelantó, despreocupado, detrás de mí.

Contra el árbol se encontraba una armadura. Su metal ya era gris y oxidado por el paso de los años, pero la luna pegaba en él y lo hacía resplandecer, brillar como si fuera refulgente. Desde el casco se asomaba una calavera silenciosa. Reconocí la forma de un humano. El caballero se encontraba recostado contra el árbol, con una rodilla le-

vantada como si estuviera recuperando sus energías. Estaba extendiendo un brazo, sosteniendo una espada en él. Yacía contra una punta del claro, discreto. Malo maulló contra la noche.

No podía separar mis ojos de la espada. Era cristalina, tan alta como todo el caballero, y el cadáver tenía que extender todo su brazo para poder aferrar el mango. La hoja le devolvía una mirada de sus huesos, tan brillante como la armadura. Pero sin el óxido y vejez de esta. De alguna manera, parecía brillar con su propia luz, más allá de la luna.

Ítalo dio unos pasos hacia nosotros, alcanzando a Lang. Sentía que ya sabía lo que estaba viniendo. Empezó a crecer una nueva presión en mí, pero esa vez no venía de la montaña; no.

—La espada brillante —dijo entonces el arquero.

—Se quedó doscientos años en éste lugar... —masculló Lang, lanzando un escupitajo.

—Sí. Y ni siquiera está oxidada —murmuré, dirigida a nadie en particular.

—Tiene que ser esa. Tómala, Dalia —dijo Ítalo—. Éste soldado tiene que ser el Caballero que cortó al Deus. Él que lo hizo con esa espada hecha para poder herirlo...

—Sí —dije—. Entiendo.

Moví mi mano, despacio, hacía el mango de la espada. De repente me sentía cien veces más pesada. De pronto podía sentir una brisa contra mi pelo, tan pequeña que no me había fijado en ella, pero ahora parecía un vendaval cortando por mi piel. Entendí que esa presión no venía de mí. Era como cuando me había desviado del camino del río, en Lignus, hacía tanto tiempo, y había encontrado esa palabra mágica bajo la corriente. Casi podía sentir a Destino junto a mí, obrando, tomando mi mano y moviéndola conmigo.

Miré hacía las cuencas del cráneo podrido, y no vi a una figura sombría, sino a un compañero que me estaba pasando su tarea. Matar al Deus. Para eso había recorrido todo ese camino y llegado hasta ese lugar. Sostuve el mango por encima de la mano del caballero, y tiré con fuerza. La espada se negó a salir. Su guardián la había guardado por mucho tiempo. Tiré con más fuerza, y por fin el agarre cedió. La mano del muerto no se quebró, sino que solo dio una mota de espacio

para la hoja. Incliné la espada plateada hacia mí, dejando que el filo reflejara mi cara. Me vi sonriendo.

Finalmente, tomé la espada.

—El viejo tiene un agarre fuerte —dijo Lang—. Me temo que no vaya a ser muy útil tratar de sacarle esa armadura.

—Dejala. Llevan ahí doscientos años —dijo Ítalo—; ya deben ser una parte más de ese árbol.

—Dalia, ¿crees que es una buena idea tomar eso? Tu otra espada cura tu cuerpo... —dijo Cregh.

—Está bien, Cregh. Esto es lo que quiere Destino —dije—. Si sigo sus indicaciones no me puedo equivocar. Estoy segura de eso...

Guardé la espada brillante en mi cinturón, junto a la espada negra, mientras reemprendíamos la marcha. Nos unimos al resto. Ahora el camino hacía una bajada. Cregh empezó a sugerir que quizá debíamos montar campamento, antes de que la noche se hiciera más oscura, y por un momento no pude evitar pensar en la enciclopedia de mamá. Me la había dado cuando estaba dejando casa, pero luego se había consumido en el fuego de Aqlatan. Había perdido el recuerdo de mamá, y ahora estaba tomando algo que podía dejar atrás el recuerdo de papá. La espada. Pensé en eso, y vi la luz de la bola de cristal de Destino.

Me refregué la cabeza. Esos eran pensamientos extraños. No tenía por qué preocuparme. Nunca había parecido que yo iba a remontar a nada, una chica pobre en una ciudad delegada... Pero Destino había querido que yo, entre todos los soldados del reino entrenados, llegara hasta ese lugar.

Dejamos el claro del caballero, y avanzamos un poco más hasta encontrar otro lugar bueno. Pronto dejamos todas nuestras cosas en el suelo, nos recostamos en un círculo, y Cregh hizo aparecer una flama. La luz temblorosa flotó en la oscuridad, entre la tierra húmeda. Y se hizo más oscura, y más oscura. Mientras que yo me hundía en el sueño.



Cuando Aldara tomó mi hombro para despertarme, salté hacia adelante con un grito. Ella no retrocedió, sino que me ofreció un poco de agua, servicial.

Su mirada lo decía todo. Debía verme horrible, y estaba transpirando por toda la frente. Ese sueño había sido peor que todos los demás. Habían estado haciéndose peores, y ese había sido el más intenso, pero no podía permitirme creerlo... Esa carne sin piel, esos huesos de madera... Esperaba que fuera un mensaje, un símbolo, como los sueños de los días anteriores... Porque si de verdad había visto al deus... Sonreí a Aldara una vez más, y le dije que me encontraba bien.

Frente a mí se encontraban los tres hombres de nuestro grupo, levantados. Ya habían desarmado el campamento, pero me habían esperado con paciencia.

—Queríamos dejarte soñar con calma —explicó Cregh. Sus palabras eran lentas... salían con esfuerzo. Era visible que se hallaba tenso—. Pero entonces empezaste a verte algo mal. Ahí fue cuando Aldara insistió en despertarte...

—Es posible que veamos al Deus hoy, Dalia —dijo Ítalo, sin dar más rodeos—. ¿Con qué soñaste?

—Pues... —empecé a decir. Lang, Aldara e incluso Malo también me miraban con atención. Tomé otro sorbo de la cantimplora. En realidad, no tenía caso ocultar nada—. Puede que hayamos llegado muy tarde. Que ya haya despertado. Que ya no se encuentre en esta montaña.

—¿Eh? —balbuceó Cregh.

—Dalia, ¿de qué estás hablando? Las enredaderas seguían cerradas cuando llegamos —dijo Lang.

—¿Qué fue lo que viste? —preguntó Ítalo—. ¿Viste al Deus?

—Sí —dije—. No sé. No sé lo que vi. —Me tomé la cabeza, abrumada. El resto me dejó respirar. Era claro que querían saber más; no tenía caso lanzarme preguntas. Traté de recordar las imágenes durante un momento, y entonces hablé—. Vi un lago. Creo que era un lago, al menos... Estaba al pie de una montaña. Pero no creo que fuera esta... del otro lado de esta montaña solo está Verin.

—Ahí... ¿ahí viste al Deus? —preguntó Aldara, que se había a mi lado. Asentí.

—Pero, ¿por qué? ¿El Deus? ¿Qué estaría haciendo en un lago? —dijo Lang.

—Creo que estaba... refrescándose, despertándose, reanimándose. Terminando de despertar —murmuré—. Todo el sueño estaba nublado, no, nublado no... poblado de esa sensación que había en la entrada. Ese rumor, pero mucho más grande. Creo que eso es la presencia del Deus. Yo creo que es eso. Pero ahora era inmenso; me asfixiaba. Quizá solo era por ser un sueño, pero...

—Estás segura, ¿no, Dalia? —dijo Ítalo.

—Entonces eso significa que, ¿qué...? ¿El Deus ya no está acá? —dijo Cregh.

—Me parece que ya lo entendimos, Cregh —lanzó el pistolero, irritado.

—Bueno... bueno —empezó a murmurar Ítalo, mientras yo me levantaba. Me acerque al resto, e Ítalo levanto la mirada. Parecía taciturno—. Está bien. Es solo un poco más. No contaba con matarlo mientras dormía, de todas maneras, no realmente.

—Está bien, sí —repitió Lang—. Sigamos de una vez. —Y empecé a caminar con él, a dar los primeros pasos, pero Aldara nos paró.

—Esperen —dijo—. ¿No podemos hablar de lo que vamos a hacer? Es que...Lo que pasó en Aqlatan...

—Dioses, ¿podés dejar de pensar en eso? —se quejó Lang. Entonces le puse una mano frente al pecho, callándolo.

—Aldara, ¿qué pasa?

—No, yo digo... —Aldara se llevó las manos al pecho, nerviosa, y luego a la cintura, guardando la cantimplora que me había prestado con torpeza—. ¿Vamos a seguir así?

—¿Así cómo? —saltó Lang—. Dioses, gente, ¡Dalia acaba de decir que el Deus está despierto! ¡Un dios! ¡Y ya está caminando! ¿Es que no entienden...?

—Estoy hablando de todos los que maté, todos esos bichos —dijo Aldara entonces—. ¿Vamos a seguir así, haciendo cualquier cosa que necesitemos? Y ahora, que hay que hacer lo más importante de todo...

Lang miró a Ítalo, en confidencia. Dos personas con miradas comunes.

—Tenemos un trabajo que hacer —dijo Ítalo con calma. Malo lanzó un maullido, como aprobando sus palabras. Aldara solo bajó su cabeza.

—Aldara, ¿qué podríamos haber hecho? ¿Dispararte? —dijo Cregh—. No había nada que hacerle, no eras vos... dejá de lastimarte por eso. Pero vos... —el mago se giró hacia Lang—. No me gusta esa mirada, Lang. Vos no podés decir la excusa de que tenes magia corriendo por tu cuerpo. Espero que no intentes nada así. Recuerdo bien que tenías a esa Nereida y elegiste no hacerle nada.

—Solo porque me detuvo el mago —replicó el pistolero, agrio—. No voy a cometer el mismo error.

Cregh no respondió nada. Me di cuenta de que Aldara me estaba mirando, como pidiendo una respuesta de mi parte. Pero no podía. Yo había comunicado el sueño, nada más... Destino me lo había mostrado para que fuéramos hacia allá. Así es como eran las cosas. Aldara suspiró.

—Vamos a estar bien. Ahora tengo la espada que puede cortar al Deus —dije.

Me di vuelta y empecé a caminar, dejando a Lang atrás. El resto se puso en marcha unos momentos después. Los pasos de los seis resonaron sobre la tierra.

Alcanzamos la cima de la montaña a las dos o tres horas de marcha. Los ramales eran más abundantes ahí, así como la maleza; en esa área el pasto había crecido, cubriendo todo el suelo. El centro era ocupado por un gran cráter. La tierra se hundía en una maraña de raíces desgarradas.

El lugar estaba vacío. No me había equivocado. El Deus había abandonado su cama.

¿De verdad se había levantado durante la noche anterior? ¿Acaso nosotros le habíamos abierto las puertas?

Pero no. Algo me decía que no había sido así. Pensé en ese sueño que había tenido la noche antes de la montaña. Ver a Wendagon en aquel día, en el principio. Creí entender el significado de que apare-

ciese aquel día. Las enredaderas podrían evitar que todo lo demás entrara, y seguían cerradas entonces, pero no era una prisión para él. No buscaban contenerlo. Él era capaz de salir.

Bajamos la montaña durante todo el resto del día. Las horas pronto dejaron de tener sentido, justo como en el día anterior, entre todos los saltos y descensos; el aferrarse a las rocas, el aferrarse los unos a los otros. Pronto la luna estaba radiante entre las estrellas, pero no podía faltarnos demasiado para llegar abajo. Decidimos montar campamento, y nos acostamos en las Tierras Sagradas una vez más.

Esa noche Cregg estaba demasiado frustrado; no estaba de humor para encender una flama. Nos llegaba suficiente luz a través del techo de ramales negros; plantas sombrías. Todo en el Oeste parecía estar cargado de un color oscuro. Aun así, la luna seguía igual que siempre, brillando igual a como lo hacía en casa, donde podía mirarla con mamá y con papá. Resplandeciendo junto con mi espada. Brillaba con una fuerza que enceguecía. Pronto bostecé y me dormí.

VI — HEIR

Krieg me pasó otra jarra de cerveza, y me pregunté si no estaría ya por su segunda docena.

El líquido caía por el pico del cuervo enorme, mojando su pecho y haciendo que el negro puro de sus plumas se manchase y pareciese sucio y maltratado. Al principio temí que esta imagen —el huginn bebiendo— me remontase a los bares de Veringrad, donde lo que quedaba de nuestra especie en el Este se pudría en la bebida; pero Krieg lo hacía ver como a un acto noble, adecuado. Eso era un festejo de celebración, después de todo. Las buenas noticias merecían regocijo. Acepté la jarra —no sería más que mi segunda— y recosté mi espalda contra un pilar.

Habíamos llegado al templo el día anterior, después del combate en Aqlatan. Los territorios alrededor de Bandao eran considerados sagrados; las tierras cerca de Varoa estaban plagadas de capillas y templos para el Deus, y debíamos ir ahí. El Hechicero había decretado que ese era un gran momento para nuestra fe. Los sitios estaban mayormente proclamados por la iglesia de los Iluminados en esos días; pero seguían siendo lugares de espiritualidad, y ahora estábamos esperando allí.

Miré a Krieg terminarse otra jarra, y buscar más del barril. Por detrás se asomaba la capilla, donde Karus, el mago negro, estaba hablando con los humanos; sabía que eso no podía estar siendo agradable. La situación podía hacerse mortal, de hecho. Había notado que Karus había cambiado luego de Aqlatan. Su postura se había vuelto rígida, su tono ya no abandonaba ese registro grave que antes solo había escapado su voz un par de veces. Krieg me lo había explicado todo.

—Hale, hale el Oeste —había dicho, entre tragos—. Deus despertó. Se estuvo revolcando en la cama por dos siglos, sintiendo las torturas del Este, pero esta tortura fue distinta, ¿sabés? Cuando una matanza

así sucede en sus tierras, él no puede quedarse revolcándose. Pasó algo como lo de Aqlatan y, ¿qué va a ser? ¿Eh? ¡Pues claro que va a despertar! ¡Ahora sí, “la noche cae, el sol no llega”! Esa cruz estuvo juntando polvo por años... y entonces pasó eso. La matanza de los humanos terminó por despertar al Deus. Durante todo éste tiempo las escrituras nos decían que no los matemos, y ahora entiendo por qué. Ellos tenían que orquestar su despertar. Ahora podemos acabarlos... —Y Krieg siguió desvariando.

Pero, aun así, la situación era mortal.

Desde que el Pistolero había vuelto de la Biblioteca, Karus lo había encerrado en el templo con él. Sabía que el Hechicero estaba al borde de su paciencia... que no podía tolerar nada ahora que eran los momentos críticos. Y el Pistolero había llegado con malas noticias. Se le habían escapado.

Tomé un sorbo y decidí que quería saber lo que iba a pasar. Avancé hacia el templo, dejando a Krieg festejando entre los pilares tallados de aquel lugar santo.

Pude escuchar los gritos antes de entrar. Corrí la manta que servía de puerta para ver a Karus clamando contra el humano, que se sentaba recto y parecía indiferente a todo el estruendo. Afectada parecía la Nereida, en el otro lado del cuarto, que se cubría la cabeza bajo las manos. Aquella capilla no era demasiado grande, y sus paredes en círculo ensombrecían las luces de la mañana.

Esperé en la puerta, mirando, hasta que el mago me notó. Se volvió hacia mí; su yelmo negro estaba roto, quebrado, aunque aún lo llevaba puesto. Estaba sosteniendo uno de los revólveres del humano.

—Caballero —me dijo—. Podes pasar. —Así que lo hice.

—Si vas a matar al humano, entonces quiero ver —dije.

—El pistolero va a estar bien, aunque no lo merezca. Pero no vamos a matarlo otra vez. No podría traerlo de vuelta de nuevo. Ya no. Reemplazar la herida en su pecho... El esfuerzo fue demasiado grande. Hubo que pedir demasiado a Deus.

Grazné. *Pedir prestado al Deus...* La magia, o como él llamara a la magia, no era lo mío. Karus había empezado a arquearse mientras hablaba, inclinándose hacia su pecho y bajando la cabeza. Era como si

estuviera sufriendo algún dolor. Aun en esa posición, levantó su brazo armado y apuntó al Pistolero con una de sus pistolas.

El Hechicero se mantuvo en esta posición durante algunos momentos, incapaz de calmar su pulso. El Pistolero no se movía. No se asustaba. Me pregunté si de verdad estaba vivo del todo, o si acaso podía demostrarlo. Quizá había visto algo terrible del otro lado, y el esfuerzo de vivir ya lo superaba. Quizá morir había hecho que perdiese el miedo. Karus seguía quejándose.

—¡Perdió a los humanos! ¡Perdió a los humanos! Vio al Caballero y al Cazador en la Biblioteca, pero no fue capaz de pararlos. Ay, Deus. Ay, Oeste.

—Sí —dije—, ya lo sé.

Me acerqué despacio y apoyé mis alas sobre sus hombros. Al final el Hechicero bajó el arma, así que lo ayude a incorporarse. Pronto dejó el revólver a un lado, y tomó asiento. Pero su cuerpo no se relajó. Se sacó el casco y lo apoyó en su regazo, dejando ver su calavera. Su cuerpo era un esqueleto. Pues ese cuerpo estaba muerto. Solo era un cadáver que Karus había tomado prestado.

Karus se puso de pie, haciendo mover ese cuerpo, y caminó hasta la Nereida. Cuando la humana sintió una sombra sobre ella, levantó la cabeza y lo miró. Estiró sus manos hacia él, en un ruego. Karus aceptó tomarlas sin más. Los ojos de la humana mostraban una entrega infinita. Como si su persona ya no fuera pertenencia suya. Primero el Pistolero no reaccionaba, y ahora ella reaccionaba así. Alrededor de Karus lo normal parecía perder solidez.

—Ay, Oeste —dijo el mago, entonces—. Nereida, vos perdiste tu anillo. Tu anillo del espacio te fue arrebatado. ¿Cómo podés servir al Oeste ahora? ¿Cómo podés compensar tu error? Me temo que no estás en la misma posición que el otro humano.

La Nereida asentía a medida que Karus hablaba, asentía a través del discurso. Entonces él la tomó del hombro y dio un pequeño tirón, y ella bajó de su asiento. El Hechicero estaba complacido. La humana se arrodilló a sus pies, postrándose, y Karus estiró un brazo.

El cuerpo de la Nereida se prendió fuego. La estela cubrió sus pies; entonces su cintura; entonces su pecho; creciendo alrededor de ella.

La Nereida lo soportó inmóvil durante el primer instante, pero pronto cayó hacia atrás y a retorcerse.

Creía que el fuego no podía lastimar a la Nereida, pero quizá solo había sido una presunción. O quizá eso no era fuego. Karus ni siquiera vivía en su propio cuerpo... a su alrededor las cosas no eran lo que aparentaban.

No se oía ni una voz en la habitación. El Pistolero miraba en silencio. Era claro que no tenía intención de correr la vista o abandonar la sala a pesar de que ella fuera una humana; por mi parte, el aroma de la carne de la mujer llegó hasta mí, y perdí todo deseo de abandonar la escena.

Los esfuerzos de la Nereida se hicieron mayores, y empezaron a aparecer unas segundas llamas a su alrededor, formadas en la espontaneidad por su dolor. El Hechicero estiró su otra mano, y éste fuego intruso se extinguió. La Nereida se vio arrebatada de toda forma de responder a su castigo. Entonces Karus levantó ambas manos hacia arriba.

—He ahí tu nuevo aporte. He ahí tu retribución.

Krieg se asomó por la puerta. Su mirada se contorneó en una mueca, aunque podía deberse al humo que cubría el techo de la casa y se escapaba hacia afuera. Yo sabía que él no protestaría contra un guerrero indigno encontrando la muerte. Karus mantenía sus manos en alto, y casi parecía eufórico, aunque no pudiera mover aquel rostro putrefacto.

Ahora todos estábamos presentes, y miramos hasta que la Nereida dejó de retorcerse, y yació en el suelo, sin más vida en ella.

—Sí. Se acerca la retribución para todos —susurró Karus—. Se acerca una nueva guerra, como Deus debe quererlo, y así... él va a tener su venganza contra quienes lo obligaron a reposar.

El mago siguió diciendo más cosas, pero solo me fijé en que las ropas y pelo de la Nereida seguían ardiendo, y estaban ennegreciendo al humo. Respirar estaba tornándose complicado. Sin embargo, yo no tenía la posición para soltar una queja. Miré hacia Krieg, deseoso de que dijera algo. Por suerte, encontró mi mirada y no tardó en tomar una de las manos de Karus, parándola en el aire en medio de sus gri-

tos. Le dijo unas palabras, y éste pareció entender. Pronto salimos todos afuera, dejando que la Nereida, una Iluminada, descansase en ese templo Iluminado.

Karus miró al templo durante un momento.

—Ellos no entienden las palabras del Deus... Esa iglesia sigue lecturas equivocadas... Pero, de todas maneras, van a ayudar a que se realice nuestro objetivo. El Oeste está listo.

Entonces se giró hacia mí. Retrocedí casi sin darme cuenta, chocando con Krieg. El huginn soltó una risotada de olor a cerveza, y me sostuvo por los hombros.

—Caballero —dijo el mago—. ¿Decís que cumpliste tu tarea? ¿La ciudad de Craster está libre de señores de tierras?

—Immo —asentí—. Los señores de la ciudad están muertos, junto con el noble del Valle que vivía allí.

—Y las arañas ya deben estar acercándose a la capital —dijo Krieg, sonriente.

—Ya es la hora, entonces —dijo Karus—. Deus se acerca.

Tenían razón. En todo lo que decían tenían razón. El Deus debía salir de las Tierras Sagradas muy pronto. Las escrituras iban a realizarse.

El Hechicero caminó hasta mí y pidió mi mano. Cuando se la cedí, puso un anillo en ella. Era un anillo del espacio.

—Portá esto, Heir. Ahora te lo ganaste. Teníamos otro miembro que estaba usándolo, pero ya no lo necesita —dijo, desde su rostro muerto.

—Sí, Karus.

—Muy bien, Caballero. Muy bien. —Sonaba complacido, aunque agotado a la vez. Pero todo iba a realizarse.

Estaba alrededor de seres fantásticos. Personas que sabían exactamente cuál era su camino. Ayudarlos era lo menos que podía hacer.

Yo no podía ser menos. No podía ser la Nereida... o Sil... o Dip. Tenía que cumplir para el Deus. Tenía que cumplir mi rol. Había visto al Caballero mujer en Aqlatan. Cuando Krieg nos transportó ahí... en medio de la lluvia... había podido verla claramente. Fue en medio de la lluvia, pero supe quién era en cuantos mis ojos encontraron aquel pelo rojo.

Krieg, Karus y el humano estaban caminando hacia los pilares religiosos, del otro lado del lugar. Pero yo no me moví. Miré hacia las nubes, pasando a través del cielo con calma. La tormenta del día anterior había desaparecido. Aspiré el olor del Oeste.

Me senté sobre el pasto y aprecié el anillo que me habían dado. Rumié sobre la forma en la que la Nereida había actuado con el suyo, dejando que se perdiese. Ella no había sido digna. Ahora mi tarea era clara. Necesitaba buscar a mi Caballero. Me puse el anillo y sentí al espacio partiéndose en dos.

Era como girar un picaporte. Como recortar una puerta en medio del destino al que quería llegar. No me movía, cual un hechizo; el mundo se movía a mí alrededor.

De pronto estaba en Aqlatan.

Las tierras áridas que estaban a mí alrededor habían sido cambiadas por praderas. Podía ver la figura de la ciudad sobre su montaña. Observé su punta, y pensé con amargura en las muertes que habían tenido lugar. Miré alrededor.

Me encontraba en los pastos que circundaban la montaña. Me agaché, y busque alrededor del suelo, olisqueando y revisando entre la hierba hasta que encontré lo que buscaba. Contra una piedra había una manzana medio comida. Había elegido ese lugar con cuidado.

Me levanté del suelo, satisfecho, y empecé a caminar. Sabía que esa dirección particular desde la ciudad llevaba directamente a las Tierras Sagradas. Sabía que el Caballero tenía que estar siguiendo esa ruta. No debían haber salido de la ciudad por la salida del sur, no; debían estar dirigiéndose hacia Deus. Y esa manzana me lo había confirmado. Había encontrado un rastro.

Marché a través de las praderas, siguiendo la dirección del sol y caminando derecho. Sabía que podía llegar a perder la estela, pero no sería un problema dar con la montaña. Y ella sin duda estaría allí.

Saqué mi sable, relamiéndome, y lo blandí por el aire. No tenía que preocuparme de que alguien me viera. No habían casas tilisias ahí, tan alejados del norte, de los caminos; y tampoco veía a los humanos. Pero no tenía que preocuparme por eso. Solo tenía que ser paciente, y mantenerme en el suelo. No usar el anillo y siempre mirar hacia el camino. Tenía que esperar.

Cuando cayó la noche no tardé en encontrar una luz. El campo había empezado a llenarse de piedras, y a la distancia vi un resplandor viniendo desde un circulo de rocas; casi en el horizonte. Era una noche sin luna, y sabía que no podrían verme. Pero no iba a dejarlo a la suerte. Rodeé la fogata a medida que me acercaba, tratando de cubrirme detrás de piedras en cada paso, y al final me acosté contra un montículo que me cubría a no demasiados metros. Podía escuchar sus voces, susurros en medio del viento; con la oscuridad parecían bajar la voz por instinto. Uno de los hombres parecía estar contando una historia. Me pregunté si acaso estarían leyendo el Antiguo Testamento, y fruncí el pico con odio. Pero no estaba ahí para recuperar el libro. Ellos podían leer sobre lo inevitable si eso querían. Tomé algunas semillas de un saco, y mastiqué y reposé mi cuerpo. La luz no llegaba hasta mi posición, y por un momento jugué con la posibilidad de dejarle paso al sueño.

En cambio, solo relajé mi cuerpo hasta que la diferencia se hizo indistinguible, y dejé que llegara el día a su propio ritmo. Los sonidos de su campamento no tardaron en extinguirse.

Abrí mis ojos en cuanto los escuché otra vez. Había pisadas muy cerca de mí. No debían haber podido acercarse tanto. Me incorporé con un rodeo, desenvainando mi sable y preparándome para atacar, pero solo vi a uno de los humanos saltando por el aire, cruzando una gran roca con un solo salto. Podía haberme visto si giraba su cabeza solo un poco. Alarmado, me puse el anillo del espacio y desaparecí. Volví a mostrarme a un centenar de metros de esa posición. Los humanos ya estaban despiertos. ¿Cómo se me habían escapado? Estaba seguro de que había mantenido la guardia durante toda la noche. Había sido ingenuo.

No tenía caso intentar seguirlos en ese momento, tan próximos a ellos. Decidí esperar un par de horas antes de retomar su rastro, para permitirles alejarse. Entonces quizá podría ver lo que estaba deseando ver. Las Tierras Sagradas no estaban lejos.

Ya estaba de nuevo en el camino, luego de que mucho del día hubiese pasado, cuando escuché el murmullo. El sol estaba cayendo, y podía ver a la cadena de montañas que comenzaba más adelante

como una silueta. Sabía que ese pico que veía eran las Tierras Sagradas, y que el Caballero ya debía haberlas alcanzado.

Entonces la silueta de la montaña empezó a agitarse, y pareció como si toda una bandada de pájaros se hubiera echado a volar. Entendí que debía tratarse de la maleza que cubría la montaña, agitándose. Lo que había supuesto debía ser cierto. Mi cuerpo temblaba bajo mi armadura, incitándome a correr, pero al mismo tiempo me detenía. Tenía que esperar. Tenía que ser paciente. Continué caminando hacia la montaña con paso normal, sabiendo que las Tierras Sagradas debían estar abriéndose ante los humanos. Recordaba bien las lecciones que Karus y Krieg me habían enseñado en esas últimas semanas; habían pasado doscientos años desde que esa montaña había visto la luz. Y ahora por fin estaba ocurriendo.

Avancé hasta el pie de la montaña, y vi que la pared de ramas que la cubría se había abierto en un pequeño pasillo. Los humanos lo habían logrado de alguna manera. Quizá esa era la voluntad de Deus. Subí al interior de la montaña, conteniendo el aliento; apreciando la tierra húmeda y toda su importancia. Empecé a escalar, a adentrarme en la montaña como ningún bicho había hecho en doscientos años. El atardecer ya se había apagado, y ahora me encontraba de nuevo en la oscuridad. Bien. Estaba acostumbrado a viajar así.

Pronto me topé con un claro, y temí que los humanos hubieran acampado allí. Pero el terreno estaba vacío. Caminé un poco por él, y encontré un cuerpo al extremo del lugar. Era un esqueleto en una armadura derruida.

Miré hacia arriba. La luna brillaba plena. No podían haber seguido mucho más sin montar campamento; iba a ser mejor que guardara mi distancia mientras me era conveniente. Me acosté junto al esqueleto y descansé la mirada, apoyado contra los árboles de espinas. Ese lugar daba a los troncos y podía evitar las puntas afiladas. Descansé. La distancia se estaba haciendo más corta. Mi paciencia no iba a resistir mucho más.

No perdí la concentración esa noche. Pude permanecer alerta durante todo el tiempo, observando como la oscuridad se retiraba hacia el oeste, despacio, y el sol volvía a mostrarse. Entonces me levanté de nuevo. Era tiempo de cazar.

Los humanos habían salido antes, y supuse que habría algunas horas de marcha entre nosotros. Continué el ascenso sin peligro de que me vieran, y no paso mucho hasta que noté que los árboles dejaban de elevarse. Subí otra elevación de la roca, y llegué a la cima de las Tierras Sagradas.

El suelo estaba cubierto de verde; un forraje que se había mantenido corto. El lugar se hundía hacia el centro, y sabía que ahí había caído Deus. Y que Deus ya no ocupaba esos lares. ¡Hale!

Caminé hasta el centro y me arrodillé. Junté mis manos hacia mi pecho, y permanecí en esa posición durante un minuto. Recé hasta que estuve satisfecho, y aprecié el lugar donde me encontraba. En ese lugar había comenzado un nuevo capítulo de la historia. Deus iba a corregir todas las cosas de nuevo, y Veringrad iba a poder estar llena de tantos huginn como quisiéramos.

Recé por un buen porvenir, y por una buena caza. Ya había visto todo lo que quería. Ahora iba a completar mi tributo.

Comencé la bajada de la montaña, exaltado; apenas pudiendo mantener mi sable en su funda. Pero tenía que concentrarme en la bajada, y junté todas mis energías para calmarme. Tragué otro puñado de semillas, y continué el descenso a través de las rocas y la piedra inclemente. Pronto volvió a empezar a oscurecer, como me di cuenta entre exhalaciones desesperadas; apuré el paso, dejándome resbalar por las bajadas y saltando abajo de cada declive. El cielo entre las enredaderas se hizo rojo, y pronto ese rojo empezó a dar lugar al azul...

Me detuve contra un árbol, recuperando el aliento y calmando mi cabeza. Eso estaba bien. Eso estaba perfecto. La noche podía darme una cubierta. Tenía que permanecer frío, o no iba a lograr nada. Eso estaba bien. Immo.

Ahora la noche era un manto negro a mí alrededor. Salté de una roca, y el camino empezaba a inclinarse, así que me acerqué a los árboles de espinas, usándolos como soporte mientras bajaba por el terreno resbaladizo. El camino volvió a interrumpirse a los pocos metros, dando lugar a otra caída. Me asomé por ahí, ganando vista del gran panorama de la montaña. La oscuridad no era un problema para

mis ojos. No habían prendido una fogata, pero ahí estaban. Pude verlos con total claridad. Los cinco humanos dormían en un círculo, con dos bolsos a un lado; junto a ellos yacía un pequeño animal. Recordé lo que el Hechicero había contado sobre un perro inmenso que los defendía, y decidí tomar precauciones.

Empecé a rodear el suelo donde estaba, buscando evitar bajar hacia el centro de su campamento, y lo hice tanto como las cercas de ramas me lo permitieron. Salté abajo, y me cubrí contra los árboles mientras me acercaba. Todos descansaban pesadamente. Reconocí a su Pistolero, que había robado el anillo del espacio. Él había estado tirado cuando los conocí. Junto a él había una mujer; la Nereida que había destrozado Aqlatan. Junto a ella se encontraba su Hechicero, que Krieg había llamado un inútil tras probarlo en Laertes, pero luego había resistido todo el fuego en la ciudad montaña. El otro hombre dormía junto a un carcaj y un arco, y supuse que debía ser el arquero que habían visto los Robler cuando los Campos Divinos estuvieron bajo ataque. Tenía que ser el Cazador.

Entonces estaba el Caballero. La chica que había apuñalado a nuestro humano. Salté contra ella, cayendo sobre su estómago y provocando un grito. Golpeé su mejilla, buscando callarla. Su mirada mostraba confusión y pánico. Sus manos recorrían mi cuerpo sin rumbo, sin duda tratando de organizar sus pensamientos en la oscuridad.

De pronto escuché más gritos viniendo desde mi espalda; oí movimiento y un rugido, y supe que debía ponerme el anillo. Empecé a transportarnos, justo cuando la Caballero juntó aire para exclamar algo...

...Y su grito de auxilio salió al pie de la montaña. Nos había llevado abajo. Caímos por el suelo, rodando, hasta que me puse de pie. Ella seguía tirada, aun esforzándose por entender que estaba pasando. Noté que llevaba dos espadas atadas en la cintura. Eso le resultaría útil.

La montaña terminaba en una colina de hierba rodeada de árboles. Esa cadena de montañas descendía hasta la ciudad de Verin. También

sabía que no tenía que preocuparme de que su Hechicero pudiera rastrear nuestra transportación. No podía rastrear al anillo, incluso aunque tuviera uno propio.

Avancé hasta el Caballero, que estaba en el suelo, y aplasté una bota contra su nariz. Su cabeza cayó hacia atrás, sangrando, y la seguí para patear otra vez contra su estómago. Su cuerpo se encorvó hacia mí junto a un grito sordo. Sus espadas cayeron por la hierba, y me alejé.

La observé en silencio, dejando que se retorciera por el pasto, intentando respirar. Entonces pareció recuperarse... oí su aliento... y al final se levantó, débil. Pero su mirada parecía desafiante. Miró sus espadas, pareciendo tomar una decisión, y al final se acercó a la que era brillante. La eligió con un brazo inseguro, levantándola hacia su rostro. La espada era hermosa, y reflejaba la luz de la luna de manera que la sangre de su nariz parecía el mismo rojo de su pelo. Su pulso se calmó, y extendió la espada contra mí. La observé complacido. Eso era lo que quería. La confusión de la noche no debía importarle. Mi identidad no debía importarle. Había un enemigo frente a ella, y eso era todo a lo que debía responder. Con su espada.

Desenvainé mi sable, relamiéndome. El Caballero corrió contra mí, atravesando el pasto que nos separaba en un par de pasos. Lanzó su espada, y desvió su punta a un lado sin problemas. Había sido lenta, la había usado como un arpón; casi parecía demasiado pesada para ella. Grazné. Ataqué, y se defendió a duras penas. Su espada tembló bajo la mía, así que lo hice de nuevo, y de nuevo. Pronto su agarre no resistió, y cayó al suelo.

El Caballero se levantó al momento siguiente. Me alegró ver que no parecía asustada. Hice un corte largo por el aire, obligándola a retroceder, y empecé a llevarla contra los árboles. La noche era fresca, pero podía ver sudor cayendo por su cara y limpiando su sangre. Al final pareció cansarse de esquivar, e interpuso su espada en mi ruta, deteniendo mi sable. Avancé contra ella, juntándonos el uno contra el otro. Esta vez no parecía querer dejarme espacio. Apretaba contra mi sable con todas sus fuerzas, y el esfuerzo era admirable. Entonces bajé una mano hasta mi saco y tomé mi daga, que clavé contra sus manos.

La chica chilló, dejando caer su espada. De pronto logró callar su grito, y tomó la espada antes de que cayera; usando la mano que no había sido alcanzada. Mi cuchillo atravesaba su palma izquierda, que chorreaba contra la hierba. Pero no estaba quejándose. El Caballero levantaba su espada a duras penas; dando lo mejor de sí pero apenas soportando su peso.

Ya había visto suficiente. Hice un tajo contra su vientre, abriéndolo y lanzándola contra el suelo. El Caballero cayó contra uno de los árboles que se esparcían, e hizo un esfuerzo por incorporarse, recostando su espalda contra el tronco. Movié su mano hasta su herida, que no dejaba de manar sangre. No había soltado su espada.

Eso iba a ser todo. No había sido un buen rival. Apenas podía contener mis instintos al ver toda esa sangre. Me arrodillé junto a ella, acercándome. Entonces noté estaba susurrando algo, hablándose a sí misma. Me acerqué más, y noté que era la misma palabra cada vez. “Coniungunt.”

—¿Eh? —pregunté—. ¿Qué estás diciendo?

—Coniungunt... Coniungunt... —continuaba repitiendo. No dejaba de llevarse la mano al vientre, empapándola. Luego la llevaba hasta su rostro y se palmeaba con la sangre, como si no creyera lo que estaba viendo.

—¿Qué es eso, Caballero?

—Palabra mágica... ibas a protegerme... —su voz se hacía más débil. Su susurro empezaba a desvanecerse—. Papá, dijiste... Por todo mi viaje...

—¿Sí? Pues esa es una palabra de los bichos, Caballero.

—Siempre... Papá...

—Si esa palabra era un hechizo, era un hechizo creado por bichos. Tu destino siempre sirvió al Oeste. Tus horizontes fueron los del Oeste, y ahora ya cumpliste tu designio. Adiós, Caballero.

Sostuve su mano izquierda con fuerza y retiré mi cuchillo. Entonces lo usé en su vientre, ampliando mí corté a través de su estómago. Usé las manos para ensancharlo, y hundí el pico en él, alimentándome. Me satisfice con su interior. Del Caballero ya no venía ningún sonido. Su cuerpo no mantendría el calor por mucho más.

Sin embargo, no pude aprovechar la comida. Volví a escuchar las voces gritando que había oído hacía unos minutos, viniendo desde la montaña; sus compañeros estaban bajando. Relamí lo que ya tenía dentro de mi pico, y me incorporé. Le eché un último vistazo al Caballero. Todo su cuerpo brillaba como su cabello, rojo, y la espada seguía haciendo refulgir a la luz. Era una vista apreciable.

Me puse el anillo del espacio, haciéndome desaparecer, y volví con mi gente.

CAPITULO III

VERIN

I — ÍTALO

Ponerlo en palabras no era posible. Simplemente no se podía.

Debía haberse evitado; no había duda de eso. Lo segundo que sentí fue Dalia había muerto por mis propias manos. Quizá fue que no había podido sacarme de la cabeza la forma en que habían cambiado los ojos de Aldara, y el hecho de que ahora no atrevía a mirarla directamente... Quizá había pasado demasiado tiempo recreando en mi mente las escenas que traducía del Thi-yit. Abrir las tierras del Deus, que nadie había pisado en dos siglos, se había sentido tan bien... Probablemente nos creí invencibles por un momento, e ignoré por completo que hacía una semana que la luna había dejado el cielo.

No me atrevía a levantar la cabeza; pesaba el doble que el resto de mi cuerpo. Pude escuchar como llegaban los pasos de los otros, y entonces se hacían más lentos. Sin darme cuenta ya estaba de rodillas. Destruído por no poder hacer nada al respecto, sentía con fuerza que eso estaba mal. Demasiado mal. Y volteé la cabeza para ver al resto. Cregh intentó acercarse, pero comprendió que ya no había ninguna chance. No era como la última vez; la espada no iba a poder curar eso. Su rostro se quebró en una mueca de mil sensaciones juntas; Lang bajó su cabeza y la clavó en el piso. Y Aldara... solo miraba. Sus ojos parecían haberse vuelto el doble de grandes. No estaban vidriosos, pero brillaban al reflejar a la luna de cuarto creciente de la misma forma en que lo hacía el cuerpo empapado de Dalia. No parecía que Aldara estuviera más viva que ella.

Fueron minutos largos, pesados como horas, de eterno silencio. Al final intenté abrir la boca, pero sentí cómo mi rostro se contraía. Solo

pude evitar las lágrimas porque ya no lograban venir desde que *la sombra* existía. No solo habían matado a uno de nosotros; habían matado a nuestra guía.

Sentí un escalofrío detrás de los ojos al pensar cuan vasto era el Oeste y cuan solos estábamos ahora.

No debería hablar acerca de lo que yo sentía cuando prácticamente podía escuchar los latidos de mis compañeros, golpeando contra sus costillas. Era terrible. Simplemente... no podía imaginar un escenario peor.

El coagular de la sangre dio paso a las primeras palabras de la noche. Y también al odio, que empezó a opacar a la desesperación. Jamás había tenido tantas ganas de matar como cuando Aldara pronunció aquellas palabras.

—Hay... Hay que enterrarla —dijo, tratando de no susurrar.

Los otros abrieron los ojos como platos, cruzando miradas.

—Yo... Yo me encargo —dije, sin despegar las rodillas ni las manos del suelo—. Voy a hacerlo.

Di el primer paso y sentí que ahora, además de mi cabeza, todo mi cuerpo pesaba. Al segundo paso pesaba cinco veces más. Detuve la marcha y me miré las manos.

—Dalia...

Tenía ganas de derrumbarme en el piso. Moría de ganas de tirarme en el piso y enterrar la cara, y no moverme más. Pero seguí caminando... con pasos lentos. Muy lentos. Requería energía de la piedra para poder hacerlo. Mi cuerpo era metal. Aun así, de alguna manera podía sentir la mirada del resto en mi espalda; no podía caer. Caer significaba rendirse, y por más cómodo que pudiera parecer morir, sabía que no sería un final en calma y sin culpas. Solo tenía que levantar la cabeza, y mirar el torso de mi compañera abierto por la mitad, para saber que rendirse en ese lugar salvaje iba a significar sufrir un final salvaje.

Al final llegué hasta Dalia. Acaricié su mejilla y le limpié el rostro. Le acomodé el pelo, que ahora hacía juego con su sangre. Al lado de su oreja había una pequeña pluma negra, resplandeciente. Estaba tan frustrado... Tenía que dispersar mi mente para poder encargarme de Dalia y dejar de pensar. ¿Cómo pudo ser tan idiota? ¿Por qué tuvo

que dejar su espada mágica? Sacudí la cabeza, aislando las ganas de que la siguiente garganta en sangre que viera fuera la del culpable, y dirigí mi atención a sus ojos. Estaban abiertos, inyectados en sangre. Parecían perlas de cristal. Parecían vivos y estaban mirando en una dirección específica.

En ese instante pude imaginar una situación peor. Podía haberse tratado de otra noche sin luna, y los ojos de Dalia podrían haber estado cerrados, abrazando una muerte infinitamente dolorosa. Pero no era así; la habíamos encontrado bajo un manto hermoso de luz blanca de luna creciente, y con su última voluntad teníamos un camino marcado. Cerré los párpados para que Dalia pudiera entender que aceptábamos continuar.

Acerqué su cuerpo a mí, y pegué mi frente con la suya. Cerré mis ojos y suspiré una última vez. Me giré hacia la izquierda, hacia el Oeste. Teníamos que encontrar un claro donde enterrarla. Pasó el anillo al mago para movernos y aparecimos fuera del bosquecillo que se formaba al pie de la montaña. Encontramos una llanura con una piedra triangular muy grande, y pareció el lugar adecuado. No dejé de sostener a Dalia mientras Cregg, Lang e incluso Malo cavaban la tierra.

Los miré unos instantes, pero entonces me fijé en Aldara. Parecía perdida en la llanura; adonde había estado mirando Dalia. En aquel brillo que cubría el horizonte. En ese instante de verdad quise saber que había adentro de la Nereida. La distancia me impedía distinguir sus ojos, pero ahora parecía estar en calma y esa calma me desesperaba. Pero sabía que había mostrado su peor forma en Aqlatan, y si no lo hubiera hecho, la misión hubiera fracasado. Ella no debía saber cuál Aldara tenía que ser ahora. Su única certeza era una gran angustia, que no paraba de crecer, y un odio que no se quedaba atrás.

Lang me tocó el brazo para indicarme que la tumba rudimentaria estaba lista. Casi había olvidado que tenía a Dalia en brazos. Con tanto cuidado como nunca en la vida, le apoyé la nuca en su nueva y última cama. Le acomodé los brazos sobre el vientre y estiré sus piernas. Lang se acercó a ella, y noté que todavía estaba sosteniendo la espada larga que Dalia había encontrado. Lang le levantó los dedos

con cierto esfuerzo y la tomó y guardó. Entonces comencé a enterrarla, y el resto se sumó pronto. Sin darnos cuenta acaba de pasar la última vez que íbamos a ver el rostro de Dalia.

Recité un poema de mi familia para los fallecidos.

*De sangre beligerante,
Los ancestros de la guerra.
La muerte llega a la tierra,
Viste su traje elegante,
Mirádonos, hesitante.
Somos ésta sola vida,
De subsistencia trépida
Despidamos los difuntos,
Lloremos pegados, juntos,
Sin ceremonias sórdidas.*

Luego de un pequeño silencio nuestras miradas volvieron a encontrarse. No había duda de que todos esperábamos que Dalia se levantara como siempre, se sumara a nosotros y pudiéramos seguir nuestro camino. Todos contentos y felices como en un cuento.

Pero ninguno pudo sostener la mirada por más de un instante. No podía —ni podría— deshacerme de ese sabor amargo detrás de la lengua, de que todo eso podía haberse evitado si le hubiera hecho caso a la luna. Las dudas que nos rodeaban hacían que mover la lengua fuera todo un desafío. Podía ver como no era el único que abría la boca con timidez para cerrarla de inmediato.

Esa vez fue Lang quien rompió el silencio.

—Y ahora... ¿qué? —dijo, desatándose la garganta. La pregunta de Lang era ambigua: ¿Qué hacíamos entonces? ¿Nos dábamos por muertos? ¿Nos rendíamos? ¿Servíamos al Deus? Pero parecía que no, no era eso, de verdad quería saber por dónde seguía nuestro camino.

—Nos queda una sola dirección —respondí.

—El Oeste —susurró Creggh.

—Y más puntualmente Verin —completé. Aldara se giró en esa dirección, por donde brillaba el horizonte.

—Deberíamos empezar a caminar hacia esa luz.

—¿Qué es? —acotó Cregh—. No entiendo porque está ahí flotando. El paisaje parece desaparecer cuando empieza la luz.

—Empecemos a movernos —dijo Lang—. No quiero recordarles que ahora saben dónde estamos gracias al anillo.

—¿Qué? —Miré al pistolero—. ¿Nos están siguiendo?

—No hay nada en el mundo que pueda rastrear la magia de éste anillo, Lang —dijo Cregh.

—¿Entonces sugerís que el cuervo estaba adentro de las Tierras Sagradas antes que nosotros? —El pistolero también debía haber visto la pluma negra.

Cregh negó con la cabeza.

—El lugar era impenetrable. No hay manera. Aun así, no pudo haber ocurrido debido al anillo.

—Pues yo creo que deberíamos deshacernos de él —dijo Lang.

—¿Estás loco? La única razón por la que no estoy vengando a Dalia ahora mismo es porque la magia de estos putos anillos es imposible de rastrear.

—Entonces... —Lang levantó una ceja—. ¿Nos estaban siguiendo y nadie lo notó? ¿Ni siquiera Malo?

No pude evitar girar la cabeza para asegurarme que no hubiese nadie atrás de nosotros.

—Si hubieran estado tras nosotros nos hubieran matado a todos. Y ya saben que tenemos uno de sus anillos, así que tuvieron tiempo de sobra si es que pueden rastrearlo. No veo por qué esperarían un día para matarnos y solo a... Dalia —dije. Lang no parecía convencido.

—Bien podrían ser precavidos. O nos respetan; saben que ahora podemos igualarlos.

—No suena tan descabellado, cierto —dijo Cregh—. Pero, ¿saben? Somos un objetivo más fácil acá, quietos al pie de la montaña.

—Bien... Vamos —dije.

Empezamos a caminar con ritmo lento, siguiendo aquel reflejo en el cielo. Pensé que no podía encontrarse a más de veinte minutos, pero la caminata se prolongó el doble de ese tiempo, y la luz seguía lejos. Me daba la sensación de que se movía con el horizonte, pero me guardé el comentario y pensé sobre el hecho de que íbamos a necesitar

más capas blancas para poder entrar en la ciudad. Aunque era posible que ni siquiera eso fuera suficiente; aquel gurag nos había dicho que ser humano era un crimen mortal, y lo habíamos comprobado en Aqlatan.

—Cregh, dame el anillo —dije al fin—. Ustedes no tienen una túnica de los iluminados. Mientras ustedes llegan hasta la ciudad, voy a buscar túnicas para ustedes. —Cregh me pasó el anillo.

—Tengo que la corazonada de que no hay humanos en Verin —dijo Lang.

—No sos el único —asentí—. Tengo el mismo presentimiento. Por lo menos van a poder descartar el problema del anillo. Si realmente pueden rastrear esto, voy a tener una mejor oportunidad si me encuentro solo en medio de una ciudad.

Cregh suspiró, llevándose las manos a la cara.

—No entienden que su rastro no puede seguirse, ¿no? Solo preocúpate por lo que pueda haber dentro... si se supone que esa luz es Verin.

—Van a haber humanos dentro. Y esa luz es Verin, estoy segura.

Todos nos giramos hacia Aldara. Ella se encogió de hombros y bajó aún más la mirada.

—Deben faltar menos de dos de horas para el primer rayo de sol —dije, aunque las noches ahí parecían eternas—. Cuando consiga las túnicas voy a poder volver hasta ustedes con esto —saqué los pergaminos verdes, pegando la parte adhesiva en mi brazo y le entregué a Cregh el pergamino receptor, junto con mi arco y carcaj—. Voy a volver, no se preocupen. Pero traten de encontrar un refugio donde dormir; nada nos garantiza que no vaya a ser el último descanso antes de toparnos con el Deus.

Calcé el anillo en mi mano izquierda, en mi dedo anular, y miré hacia la luz. Al siguiente parpadeo me encontraba bajo ella. Pero más allá del cielo que parecía ser, me veía rodeado por una oscuridad absoluta. El pasto ya no reflejaba la luna. Traté de avanzar en la oscuridad y me golpeé la cara con algo.

—Mierda, ¿qué es esto?

Al tantear con las manos noté que era un paredón. Mirarlo no era diferente a cerrar los ojos. Junté un poco de energía en mi mano izquierda, y de ella floreció la versión diminuta de un rayo. Se movía inestable y confuso, pero era más que útil como iluminación. El paredón se extendía hasta donde llegaba mi luz. Miré al foco sobre mi cabeza, como un faro, y caminé hacia ella hacia la izquierda del paredón. Fueron unos cinco minutos y solo cuando estuve bajo ella pude ver una entrada.

—¿Qué ser vivo querría entrar a esta cosa de noche? Seguro que no necesitan guardias.

No entendía como una ciudad podía ser tan oscura. No podía ver más de unos pocos metros alrededor, y con mi mano brillando era un objetivo no mucho más fácil. Dioses, no había manera de que hubiera tan poca luz; quiero decir, incluso la luna estaba encima de mi cabeza. Me pegué a una pared que decidí pensar como segura y esperé a que mis ojos pudieran acostumbrarse. Mientras estaba agazapado recordé algunos “preceptos” que se decían del Oeste. Seguro que no eran más que rumores, leyendas contadas de boca en boca. Historias distorsionadas o inventadas; pero otras, por qué no, podían ser verdaderas. Y la oscuridad parecía ser un tema recurrente, junto con su Deus íntimamente relacionado con la misma.

De repente noté como la luz de mi mano se corrompía en dirección del aquel orbe blanco. El rayo se distorsionaba y tendía a inclinarse hacia aquel foco. Era una locura, pero no me sorprendió la idea de que aquel farol estuviese absorbiendo cualquier fuente de iluminación. No tenía ni la más mínima idea de cómo podía ser posible, pero cada vez que la miraba parecía estar comprobando mi teoría. Supongo que la oscuridad era así de importante para ellos.

Unos quince minutos después mi cabeza se acostumbrara a la falta estímulos sensoriales, pude entender que pasaba a mí alrededor. Había algunos reflejos vagando por la noche, aunque eran mínimos.

Caminé con mi capa de impunidad, adentrándome en la ciudad. El cielo estrellado me permitía percibir mínimamente la forma de los edificios a pesar de su negrura. Eran muy altos en comparación a las calles angostas. De a momentos, demandaba energía en mi mano para

iluminar algunos de esos callejones refinados, buscando algún humano durmiendo, borracho o despechado.

Era algo irónico que, si la oscuridad era sagrada, en el momento más oscuro del día no hubiese nadie en las calles. No era la primera vez, en todas las ciudades del Oeste, que la noche era el momento más seguro y calmo de todo el día.

Bajo mis pies me pareció encontrar una señal en las calles. No podía descifrarla. Eran dos barras de metal gemelas que se adentraban en la ciudad. No veía que me llevasen a ningún lado en especial. Pensé que ni siquiera sabía qué estaba buscando, sin darle más vueltas. Pero sí, sabía, tenía que encontrar dos víctimas y robar sus prendas, pero... ¿y luego? Era todo bastante difícil, partiendo del punto de que apenas podíamos interpretar, leer, o escribir algo del idioma del Oeste. Y sin Dalia... eso se sentía como estar desnudo. Se suponía que el Deus ya estaba despierto, es decir que ya debíamos haberlo cazado para esta altura. Aunque no había despertado del todo, o de lo contrario todo su pueblo se hubiese levantado a las armas por su gracia.

Continué siguiendo las barras de metal justo al final de las veredas, y una luz apareció de repente. Me pegué a la puerta de un edificio y miré. Lo que parecía ser una carreta de que recorría esas líneas de metal en el suelo, venía andando hacia mí, despacio, hasta que se detuvo en la esquina frente a mí. Se abrió una gran puerta en su derecha, y no volvió a moverse. El vehículo solo estaba ahí, esperando algo, con su pequeño haz de luz en el frente. Me mantuve al margen y observé alrededor; entonces miré al cielo y sentí un escalofrío peor que al encontrar a Dalia.

Ya había amanecido; el sol comenzaba a trepar por el horizonte. Por el amor de los dioses, el cielo era celeste pero no alumbraba; la oscuridad de Verin seguía igual. Había un poco menos de penumbra, aunque todavía era imposible ver a más de diez metros a la redonda.

Entonces la calle empezó a despegar los sonidos que parecía guardar, y fue como una orquesta. Voces, cuchicheos y pasos, todo al mismo tiempo en una mezcla armoniosa, torpe pero segura. Entonces los sonidos se mostraron y vi por fin gente en la ciudad.

La primera persona que apareció se acercó al vehículo; uno de esos lagartos que eran mucho más grandes a los que se veían por Verin-grad. Cuando se metió adentro la porción de metal no pareció sentir su peso. Entonces se acercó una pareja de búhos desde calle abajo, que imitaron la acción. Segundos después, apareció un cuervo con una toga elegante y uno de esos seres redondos y peludos, y todos entraron en aquella carreta.

Entonces, al fin, desde la izquierda apareció un Iluminado. Suspiré, y agradecí que Aldara hubiese tenido razón: había humanos. Iba desperezándose, sin algún tipo de problema. Al menos bostezar no era un delito en el Oeste. Me acerqué tratando de parecer tan Iluminado como se me permitiera. Algún mecanismo se activó, y las puertas de aquella cosa se cerraron. Con una agilidad increíble, empezó a desplazarse sobre las líneas de metal. Traté de caminar lo más rápido posible para seguirlo. Troté, y hasta terminé corriendo atrás, pero era inútil: era demasiado rápido y llamaba demasiado la atención corriendo.

En la abrumadora dezasón sorda de Verin, apareció un símbolo tan familiar que parecía una broma de mal gusto: frente a mis ojos estaba impreso el símbolo de las botellas de Vera en el diseño de un vitro en una puerta a un costado de la misma calle que transitaba.

Era bastante difícil imaginar cómo las botellas con las que me había amigado tanto se arrastraban hasta la ciudad de Verin. ¡Verin! Dioses. Pero podía jurar por ellos que eso no era una coincidencia. Oh, claro que no lo era. Los Robler, la familia con las mismas raíces del Oeste en su castillo. La conexión era clara; debían estar vinculados con el otro continente.

Sabía que tenía que hacer: entrar. Algo me decía que en esa casa habría una túnica, o más. El Vera era de los humanos. La capital estaba vastamente poblada y no iba a ser fácil desaparecer manteniendo el perfil bajo. La oscuridad ayudaba, claro, pero mi manto blanco era un signo de admiración sobre mi cabeza. No había manera; tenía que usar el anillo.

Volví al centro de la calle y encaré la puerta con el símbolo de Vera. Me mezclé con la multitud que paseaba, convirtiéndome en uno más, y miré hacia la puerta y más allá. El aterrizaje volvió a ser un éxito.

La casa era otra oscuridad impenetrable. Adelante, a unos metros salía una luz debajo de una puerta. Volví a concentrarme para lograr un rayito en mi mano izquierda, y pude iluminarme hasta la puerta. Respiré hondo y la abrí. No había nadie dentro.

Era una habitación grande que daba a un jardín poco cuidado. Había un escritorio ocupando toda la pared, que tenía una ventana larga y angosta. Había una pequeña raíz que emitía luz. Me acerqué al escritorio, ya que vi el símbolo de los Robler en un libro. Seguí mirando qué había en el escritorio. Podía ver que estaba escrito en lengua del Oeste, pero era más moderna que el Thi-yit. Además, identifiqué algunas influencias de Lengua Alta. Era muy extraño. Era legible, pero no entendía a qué iba el libro. Listaba palabras extrañas y mostraba a una figura moviéndose. Pasé algunas páginas y me detuve al ver que una de las figuras era Malo. Bueno, al menos uno de su especie. Decía “*Kav-Quitnar-Jennar.*” ¿Acaso sería una enciclopedia? No lo creía, pero sentí una necesidad imperiosa de llevármela.

Seguí revolviendo las cosas, pero casi todo estaba en otros idiomas. Esperaba encontrar alguna hoja de Valma que Cregh pudiera usar para curación o alguna cantimplora extra para Aldara. Encontré un hueco en la pared que funcionaba como armario. En él colgaban dos túnicas blancas y una túnica azul.

Tomé las blancas. Consideré que había sido una buena búsqueda, y esperé encontrar alguna botella de Vera dando vueltas. Y luego una cama donde descansar. Me giré para encararme hacia la puerta cuando vi que el picaporte se movía.

Entró un iluminado con un cigarrillo en mano. Sentí el olor de su tabaco de menta. Noté las cicatrices en sus manos. Su cara no había cambiado en absoluto. Era él. Levantó una mano y una ráfaga de viento me sacó la capucha.

II — HANZEL

No era la primera noche en la que no podía dormir a causa de aquella sensación en el estómago. Habían pasado un par de días desde mi última conversación con el Hechicero Karus, pero el eco de sus palabras seguía sonando en mi cabeza. Había dicho que solo faltaba una oración para el punto final. Queriendo abarcar todo en mi cabeza al mismo tiempo, mis pensamientos divergían. Habían pasado muchos años; dos siglos para que las cosas se pusieran en su lugar.

Miré por la ventana, tratando de conciliar el sueño. Las cosas seguían su curso. La ciudad seguía igual de oscura que siempre. Tenía que terminar de acostumbrarme a la oscuridad, pues de ahora en más habría oscuridad en todo el mundo.

Estiré la mano hasta la mesa de luz y prendí un cigarrillo. Quizás la sensación en el estómago se daba porque estaba fumando bastante menos, prácticamente nada. Sentía que esas cosas que solían ser parte de mí se volvían muy pequeñas.

Realmente estaba pasando; la oscuridad iba a volver.

Moría de ganas de ver a Veringrad cubierta de oscuridad. A todo Alles.

Una oración antes del punto final.

Me acosté justo después de terminar el cigarrillo y dormir fue mucho más fácil. Tuve un sueño apagado y sin nada que destacar, pero desperté inquieto. Estiré una mano hacia los cigarrillos y luego me dirigí hacia el armario. Dudé un segundo y me decidí por el armario. Tomé la bolsa y la abrí para comprobar si seguían ahí. La ansiedad me llevó a sacarlos y contarlos uno por uno por séptima vez en dos días. Ahí estaban los amuletos *Djucu*. Rojos, con detalles en forma de flama; hermosos. Suspiré hondo y traté de relajarme. Era difícil distenderse cuando los días estaban contados para todos. No dejaba de repetirme que esa era la última oración. Una historia que se había prolongado por dos siglos estaba en sus últimas palabras.

Me puse otro cigarro en la boca mientras me vestía. Decidí ir a buscar mi uniforme del *koyeg* antes de desayunar. Llegué hasta el estudio, dándole una buena calada al cigarro. Pero al abrir la puerta me encontré con una figura blanca frente a mí. Otro humano dentro de mi casa. En una mirada rápida vi como todo mi escritorio estaba revuelto.

Fui muy iluso. Quizá no quise verlo, pero las pruebas estaban desde el primer momento.

Estiré mi mano para hacer volar su capucha y terminar con la cuestión.

Cuánto había cambiado su cara; ahora tenía barba y llevaba una insignia de nuestra familia en su ojo. La misma que solía usar hasta hacía no mucho, cuando Karus me pidió que la borrara de mi cara: la corona de la Gloria.

Su respiración se había detenido y su cuerpo se había paralizado. Qué poco podía hacer Ítalo contra nuestro poderío. Seguía siendo poco más que un chiquillo herido.

—Ítalo, pasó un buen rato —dije, y pude sentir como su sangre se helaba. Una combinación de sentimientos me inundó al volver a hablar la lengua del Este. Primero sonreí levemente, pero luego los recuerdos malos fueron más, los mismos que me habían traído hasta ahí.

—¿Ella está muerta? ¿El sueño que tuve...? —inquirió, con la mirada en alto. Su pregunta me descolocó, sumado a la seguridad de sus palabras. ¿Un sueño? No tardé demasiado en recordar quién era *ella*, pero estaba más que sorprendido de que le hubiera contado sobre nuestra relación. Ella era tan pura en comparación con la ciudad y el continente que la rodeaban.

—Vas a tener que volver a casa para saberlo, hermano.

—Acaso... ¿te atreviste a lastimarla? —dijo, mirando el revólver que yo llevaba en la cintura—. Ahora no me sorprendería nada de vos, Hanzel. —Mi hermano sacudía la cabeza, sin sacar la mirada del arma. Guardé silencio, tratando de concentrarme en la oscuridad que estaba por venir para calmar mi ansia de violencia—. ¿Cómo? ¿Cómo y por qué? —preguntó, llevándose una mano a la cabeza. Su voz comenzaba a flaquear, dándome a entender que, si ella había hablado,

no le había contado todo—. ¿Cómo te transformaste en esto? Un puto... iluminado.

Quizás Ítalo se negaba a creerlo.

Su vista ahora se clavaba en mis ojos, esperando una respuesta sincera. No sabía si era su inocencia, o su falta de experiencia, pero todavía no había entendido que estaba a punto de morir en esa misma habitación.

Aislé mi mente, sumergiéndome en las enseñanzas del Deus.

*36. Los cinco mueren,
Sucede antes del Juicio,
No queda ni un alma impura,
Y el pueblo del Oeste goza.*

Frente a mí no había hermandad, no había cariño. No había piedad ni misericordia.

Frente a mí no había un parentesco. No era un espejo ni una familia.

Una sombra del Este, vestida en las prendas de nuestra iglesia, acechaba la capital. El Cazador de Alles corrompía el aire que respirábamos. No era fratricidio, era el destino; sus propios Dioses lo habían elegido.

—Siempre pensé que ibas estar acá, de éste lado, entendiendo cuán importante es que la oscuridad envuelva lo que una vez fue nuestro. Déjame mostrarte qué me enseñaron estas tierras —sentencié.

Moví las manos con los gestos y los versos adecuados. Di un paso adelante y moví dos dedos a la altura de su cuello mientras un aura negra rodeaba mis manos. Se corrió hacia atrás, pero ya era demasiado tarde. Sus ojos se abrieron y su cuerpo se paralizó. Levanté mi mano, levantándolo en el aire y haciendo que su túnica se le cayera. No podía hacer ningún sonido, pero apreciaba a simple vista que estaba intentando gritar. Su rostro tomó un color rojo con rapidez, y éste empezó a tomar tintes azules segundos más tarde.

—Tengo entendido que les robaste un Thi-yit a mi gente. Espero que hayas disfrutado leer, porque fue la última vez que vas a hacerlo

—saqué mi revólver, dejando que Ítalo cayera al piso—. Saludá al imbecil de Wendagon.

Cerré mi ojo izquierdo y apunté. Él estiró su mano hasta las prendas que había dejado caer y se desvaneció. La bala salió de todas maneras, dándole solo a la pared. Bajé la cabeza y grité. Fuerte.

—Los pergaminos... los pergaminos.

El inútil no puede hacer magia pero yo era todavía más inútil al olvidar que en la familia usaban esos putos pergaminos de transporación. Deus... Deus.

Me acerqué hasta mi escritorio, donde noté que Ítalo se había llevado mi libro de hechizos Robler. Fui hasta el armario, donde corroboré que también se había llevado mis dos túnicas. Al menos el uniforme del koyeg seguía ahí.

—Qué bella es la familia.

Vestí el uniforme, no desayuné más que un vaso de agua y partí para el trabajo. Varios sentimientos se encontraron en mí. Una sensación punzante en el pecho me molestaba. Había sido realmente ingenuo en no relacionar los avistamientos de la Corona en el grupo del Este con la posibilidad de que sea mi hermano. No solo era eso, eran las flechas, el carcaj, los ojos azules. Debí haber sabido que era él. Y no quise. Sin embargo, consideraba que era una decisión que ya había tomado hace tiempo: no había sacrificio que no estuviera dispuesto a hacer por la justicia ciega del Deus. Era solo una sensación incómoda que se iría con el pasar del día.

Los cinco mueren antes del juicio. No queda ni un alma impura. El pueblo goza.

Salí de casa y me dirigí al koyeg. Pensaba que, como siempre que algo salía el mal, el maldito Hechicero iba a venir a hacerme reclamos, con ese tono de soberbia absoluta. Como si le debiera favores. Cómo si borrarle la insignia de mi familia de mi rostro no hubiera sido signo de confianza suficiente. Siempre se olvidaba que yo era quién lo había devuelto de la tumba, bicho maldito. Él era quien había fracasado en Havenstad por intentar someter al grupo de mi hermano cuando estaba ocupando la mitad de su magia en mantener vivo al Pistolero.

En retrospectiva, no podía entender el que mi hermano menor estuviese defendiendo Alles; parecía algún tipo de broma pesada. ¡Qué pocas virtudes poseía! Solo tenía los ojos claros y un alma partida. Caminé hacia la línea rápida que llevaba al koyeg. Desde que había cedido el anillo a Karus no podía enterarme de las novedades de mi familia. *Ella* me contaba que Ítalo nunca traía novedades que no fueran más rorintios para gastar. Tampoco recibía noticias de mis padres; sólo eran una pareja que envejecía feliz, aunque dieran vueltas en la cama preguntándose donde estaría el hijo que los había abandonado dejando poco más que unas palabras en un papel.

Esperé la línea principal junto a más gente de Verin. El carruaje llegó en unos segundos y arribó a la parada final en unos minutos. La entrada estaba a dos cuadras. Recibí algunos saludos de colegas y me encontré con algunos alumnos esperándome en la puerta. Los hice pasar al aula y todos se sentaron en sus lugares habituales.

—Bueno, perdón por la tardanza. Tuve unos inconvenientes —estiré mi cuello, luego los brazos y volví a mirar a mis alumnos—. No soy de permitirme influenciar por la nostalgia... pero tomémonos un segundo, ¿bien? Hoy el pasado parece estar buscándome. Hace dos años no éramos más que extraños, y ahora están listos para defender lo que esta aula representa. Seleccioné a cada uno, y los instruí bajo mi tutela. Ustedes dieron su voto de confianza a un humano, a un extraño mago del Este. Ustedes nueve seguro tienen muy en mente que van a recibir su diploma dentro de tres días. Se formaron a lo largo del tiempo que pasaron en el koyeg, y cierran su ciclo aceptándome como su maestro. No me guardé ni un solo secreto; les enseñé todo, absolutamente todo lo que sé. Y también fui más lejos de lo que se me permitía... Deben recordar la magia del Este de las que les hablé —dije, mientras veía como sus ojos se iluminaban más y más—. Ni siquiera mis colegas están al tanto de esto. Ellos no conocen la magia de los Robler, pero ustedes sí. Estarán recordando que los instruí en su lengua para que pudieran leerlos. Están preparados para convertirse en la élite del ejército del Deus —tan rápido como terminé la oración, explotó una horda de aplausos y gritos—. Calma, calma, que todavía no terminé. Quiero que me escuchen bien. Esta va a ser su

última tarea. Y no quiero que solo piensen en su graduación; esto es por el mundo entero. Prepárense. Les advierto que se preparen.

Mientras hablaba me relamía, imaginándome el desastre que mi pequeño ejército podía llegar a causar. Nueve lobos sedientos de sangre. *La cacería terminó, hermano.*

—El grupo del Este encargado de matar al Deus está en Verin ahora mismo —dije. Se produjo un silencio sepulcral—. Uno del grupo, el Cazador, robó el libro de hechizos de mi casa. Quiero que sus cuerpos estén en la plaza para el día de la graduación, junto con el libro. El grupo consta de un quitnar y cinco humanos, posiblemente infiltrados como iluminados. Solo uno de ellos es mago y una poderosa nereida. El resto no posé habilidades relevantes. El Cazador, el que se llevó el libro, tiene una *anyma* en su ojo derecho que es más que distinguible. Pueden estar en cualquier lado, bajo esas capuchas blancas. Quiero que vayan, los encuentren y... los maten. A todos y cada uno. Los dos alumnos que traigan más cabezas, van a obtener un colgante cada uno. Y así y solo así van a poder utilizar lo que les enseñé del Arte Alternativo.

Los estudiantes se levantaron de sus asientos con rapidez y se dirigieron hacia la puerta. Si la graduación era el jueves, todavía les quedaban tres días, y la terminación de la caza prácticamente coincidiría con el despertar del Deus; siempre y cuando los cálculos de Karus no fueran erróneos. Suspiré y miré el aula vacía. Recordé cuán importante habían sido estos dos años, cuán profunda se había vuelto nuestra relación. Les había enseñado todo lo que podía enseñarles. No podía esperar a verlos detrás del Dios, usando togas azules. Me pregunté quién iba a ser el que iba a traerme el cadáver de mi hermano. Sin duda Azkar, el único cuervo del grupo, tenía un gran potencial. Tampoco dudaba que Ventus, el más alto de los dos gurag, pudiese matar a los cinco si se mantenía sobrio. Pero quién sabía; cualquiera de los nueve podía cumplir la misión.

Salí al patio y me senté en la fuente para fumar el cigarro. Parecía un día tranquilo; era mediodía y no había nada para hacer más que esperar. Había tenido el presentimiento de que Karus iba a tratar de

contactarme desde el encuentro familiar de la mañana. Mientras estaba sentado en la fuente traté de estirar el cigarro lo más posible, pues ese era el último.

Cuando el sol se paró justo por encima de mi cabeza decidí ir a la terraza de la torre numero dos para ver si mi corazonada era cierta. Me ponía de mal humor pensar que iba a tener que discutir de nuevo con el gran Hechicero supremo, pero aun así me tomé la molestia de transportarme hasta allá. Creé una pequeña chispa blanca y me encontré en la azotea de la torre, donde Karus esperaba, mirando al vacío.

—¿Ya estabas esperando? Parece que solo venís cuando hago algo mal —dije.

—Esta vez son buenas noticias —respondió él, sin mirarme—. Nuestro Caballero asesinó al suyo por la madrugada. Los números corren a nuestro favor, Hanzel.

—¿Su Caballero está muerto? ¿Y la mató ese cuervo? Estoy más que impresionado.

—Las profecías no mentían. Vamos a ganar —dijo, ignorándome.

—Hablando de profecías... parece que mi hermano está teniendo algún tipo de inquietud lectora. Hoy me robó el libro de hechizos.

—¿Ese incapaz ya llegó hasta la ciudad? —dijo Karus—. ¿Y entró en tu casa? Nunca dejan de sorprenderme.

—Sí, sí, pero no subas el tono. Ya están muertos. Mis alumnos están a su caza —dije, con una sonrisa en mi rostro. Karus se giró hacia mí.

—¿Por qué harías eso? —preguntó, muy alterado—. Ahora deberíamos mantener el orden con que las cosas fueron profetizadas.

—¿Qué? —exclamé, levantando mi voz al punto en que creí que todo Verin podría escucharme—. Bueno, claro, sigamos el orden del Thi-yit pero matemos a nuestra Nereida porque odiamos a los humanos. ¿Matamos a los nuestros y querés dejar vivo a los cuatro que les quedan? Es hora de actuar.

—No vuelvas a mencionar lo de la Nereida. Pensé que habíamos estado de acuerdo.

—Bueno, mentí. No te das una idea de lo estúpido que me parece matar a uno de nuestros elegidos.

—Perdió su anillo. Ahora ellos pueden transportarse a donde sea. No era más que una traidora —dijo.

—¿Tengo que recordarte que el Deus está en su etapa más vulnerable ahora mismo? Si el incapaz de mi hermano llega a matarlo en esta etapa porque querés apegarte a las reglas... juró que vas a tener la muerte más dolorosa y lenta que recibió alguien —juré, apuntándolo con el dedo índice.

—Me gustaría ver cómo logra matarme un del Valle.

—Por lo pronto, un del Valle te revivió. Y mientras mantengas esa lengua tan suelta, un del Valle te va a devolver a dónde estabas.

Karus soltó una risa ronca.

—No voy a ponerme a discutir cuando estamos tan cerca de lograr lo que queremos. Actuá tu sonrisa por una semana más. Todo va a hacerse oscuridad.

—Siempre tan sensato, Karus.

—Vamos a buscar a los cuatro restantes. Y los vamos a eliminar. No suena tan mal.

—Y el dios va a despertar —dije.

—No suena mal —repitió, en voz más baja.

III— ÍTALO

El gran Hanzel del Valle, el sangre pura que era hechicero, mi propio hermano, frente a mí. En el fin del mundo. Lo primero que se me vino a la cabeza fue aquel sueño que tuve al comienzo de todo; mi hermano con la cabeza de mi reina. Por un momento se sintió horriblemente real, y de verdad temí que la hubiese lastimado de alguna manera. Fui incapaz de reaccionar, y terminó hechizándome.

Sin tocarme, me elevó en el aire, de alguna manera. El agarre era tan profundo que llegué a pensar que estaba realmente a punto de extinguir mi alma. Gracias a los dioses abrió su mano, y aquella magia desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Caí sobre mis ropas, abrí la boca y tomé una bocanada de aire enorme. Parpadeé antes de entender que mi hermano había desenfundado su revólver.

Estiré la mano hasta las túnicas que había dejado caer y pensé en mi pergamino de transportación, buscando hacerlo funcionar mientras miraba a mi hermano. Creí que la bala iba a llegar antes; había escuchado más de una vez que los muertos jamás oían salir el balazo. Estaba convencido de esto, pero aun así me aferré a las túnicas. Los ojos de mi hermano parecían mostrar una suerte de arrepentimiento, aunque una mueca que practicaba una sonrisa decía todo lo contrario.

Sí, esperaba ver salir el brillo del cañón, y así fue. Una luz cegadora me rodeó por completo. Y luego hubo oscuridad. Empecé a llevarme las manos a la cabeza, buscando sangre o lo que quedara de mí. Creí ver a Dalia, la espalda de Dalia, lo que tenía que significar que estaba muerto. Rogué por el perdón de los etéreos, pero entonces mis manos alcanzaron mi cara y mis preocupaciones se disiparon. Sentí que me desvanecía, y caí al piso. Una punta golpeó mi cabeza y lo último que sentí fue dolor.



—Los muertos no sienten dolor, pero los vivos sí, ¿captás? —me dijo Hanzel mientras trataba de parar mis lágrimas.

—No es justo. ¿Por qué él? ¿No podían elegir a otra persona y listo? ¿Tan malvados son los que viven sobre nuestras cabezas?

—No podían... y vaya que lo son. Y pueden serlo gracias a nosotros, que los adoramos. Pero no debes preocuparte por el abuelo. De alguna manera está bien, como te acabo de decir. Al menos no está llorando, eso seguro —rió—. Supongo que todo se trata de saber aceptar ciertas cosas. Déjame decirte que esta es una de esas. Cada vez que temas estar muerto, recordá el dolor. Ellos no lo sienten.

—¿Y se supone que es nuestro destino?

—¿Cuántos años tenes? —me preguntó.

—Once —dije, y finalmente enjuagué mis lágrimas.

—Sí, Ítalo. Es el destino de todos. Es otra de las cosas que debemos aceptar, y mientras más joven lo aceptes mejor. Luego le vas a perder el miedo.

Las palabras de Hanzel dolían tanto como la muerte de nuestro abuelo.

—¿Vos no le tenés miedo a la muerte? —pregunté con un hilo de voz.

—Mucho menos que antes —dijo—. Solo es un cambio de estado. ¿Recordas cuándo fuimos al norte y nos bañamos en esos lagos? —Asentí—. No es diferente a zambullirse en un lago. Cuesta meterse, porque estamos bien afuera, viviendo. Pero después de tomar valor y meterse todo está bien, ¿no? Un cambio de estado, nada más. Ah, y no olvides lo del dolor. Ellos no sienten dolor.

—No, no sienten dolor —asentí repitiendo las palabras—. De repente no suena tan mal —comenté con la cabeza baja, y Hanzel rió.

—Aprendés rápido, chico.



A decir verdad, había tenido mejores despertares, pero me alegré de verlos a todos ahí.

O a casi todos. Desperté pensando que todo había sido un chiste de mal gusto y que Dalia iba a salir detrás de un arbusto... pero eso no iba a pasar, y se notaba en la cara del resto. Todos esperaban a que despertara con la mirada pérdida en algún lado y la cabeza baja. Ya tenían encima las túnicas que había traído.

No pude evitar sentir un enorme placer al poder ver a mí alrededor y no estar envuelto en oscuridad. Aun así, se respiraba un aire raro; húmedo y compacto. El día se estaba llenando de nubes, que parecían ser las mismas de Aqlatan. No estaba seguro de si quería que lloviera.

Al ponerme de pie noté que el sol ya empezaba su camino de ida a las montañas del Oeste. Habían pasado unas cuantas horas desde que había llegado ahí. Gracias a los dioses, ya no me sentía cansado; ese sueño se había sentido bastante rejuvenecedor.

—Al fin —comentó Creggh, mirando a la nada.

—Pasaste cuatro horas desmayado. Bienvenido al mundo real —dijo el Pistolero, acercándose—. ¿Qué pasó ahí dentro? —Levanté la vista, buscando a Aldara.

—Bueno, no sé ni siquiera por dónde empezar —dije. Pensé por un momento, pero todos los detalles invadían mis pensamientos a la vez—. Hanzel. Hanzel es su aliado.

—¿Hanzel? —inquirió Lang.

—Hanzel del Valle. Mi hermano. Es un hechicero poderoso, pero... no es solo eso. Conoce alguna manera de manipular a la gente, por así decirlo. Sus artes casi me matan. —Ni siquiera toleraba recordar la sensación—. Él sólo necesitó acercarse lo suficiente y levantar sus dedos para manejar mi cuerpo a gusto.

—¿Cómo a una marioneta? —dijo Creggh, que ahora también se había acercado.

—Sí —no había pensado en esa comparación—. Pero infinitamente más doloroso... es algo oscuro. Realmente sentía que estaba manipulando mi alma. No quieren vivirlo, confíen en mí. Es muy bueno con la magia... tal vez el mejor.

—Todos dicen eso —bufó Creggh.

—Dentro de su ciudad todo permanece cubierto por una oscuridad extraña. Podía ver el sol saliendo, pero en las calles era de noche.

Y viajé en una especie de carreta sin caballos. No encontré muchos humanos. Estas túnicas las tomé prestadas de mi hermano.

—Veo que se tomaron en serio lo que dicen en sus plegarias —dijo Lang.

—¿Las de la oscuridad? Sí... pero no es que solo es un poco —aclaré—. Es incómodo; apenas se puede ver que hay más allá de tus manos. Es cómo atravesar un bosque con los ojos cerrados. Simplemente se siente... erróneo. Cómo si realmente no fuéramos bienvenidos en éste lugar.

Creggh soltó una risotada.

—Es verdad, no había notado cuanta hospitalidad recibimos desde que llegamos al Oeste.

—No me refiero a la gente, me refiero a la ciudad. Como un algo, un ente. Como si estuviera viva y los humanos no fuéramos bienvenidos.

—Eso no significa nada, de todas maneras —dijo Lang, en un tono más que seco.

—No, claro que no —dijo el mago—. Detenernos por eso, ahora, no tendría ni una pizca de sentido.

—Sólo digo que mantengamos los ojos abiertos. Todavía siento como si me hubieran cortado un brazo por lo de Dalia. —Tan pronto mencioné a Dalia, una porción de lo que Hanzel parecía haber manipulado se revolvió. Me giré hacia nuestro otro miembro—. ¿Aldara?

—Vamos —contestó inmediatamente.

Estábamos en la arboleda al pie de la montaña, junto a donde había muerto Dalia, y había una pequeña laguna donde ellos habían podido limpiar sus cabezas. La mía todavía daba vueltas, pero por más que quería seguir durmiendo no había ni segundo que perder. Lo que debíamos hacer no era claro, pero la respuesta siempre era seguir al sol por donde se escondía. Le devolví el anillo a Creggh y empezamos a caminar hasta aquella muralla enorme que se encontraba envuelta en esa oscuridad extraña.

—No hay guardias en la puerta. Podríamos transportarnos hasta allá, pero la oscuridad va a cegarlos. Cierren un ojo hasta que lleguemos, o vamos a estar ciegos por más de quince minutos —dije, y todos me hicieron caso.

La muralla era inmensa, pero teníamos por bastante caminata hasta llegar al foco de luz que marcaba la entrada a Verin.

Noté mi hambre luego de cinco minutos. Dioses, podía comer cualquier cosa, pero se me antojaba una de esas tiritas de pescado de Varoa. Detestaba el hecho de que no podíamos hablar la lengua del Oeste sin levantar sospechas y ni siquiera podamos conseguir las cosas más básicas. Pensé en lo poco heroica que sonaría la historia de nuestro grupo, sobreviviendo a base de apostar que cada hierba no fuera venenosa y desayunando brebajes. No recordaba ni una hierba que hubiera sido aceptable para nuestro paladar en el Oeste. Quizás las primeras que había conseguí cerca del puerto... pero no entendía la razón de que no podamos encontrar un puto tomate.

Escuché que alguien aceleraba el paso y me giré.

—Ítalo, ¿qué era ese libro que trajiste con vos? —Era Cregh. Llevé mis manos a mi bolso para notar que estaba ahí—. Lo hojeé mientras dormías.

—No sé. Es de mi hermano.

—Es bastante curioso, sabés, no podía entender lo que leía, pero vi una figura muy parecida a...

—Malo, sí —dije, sacando el libro y pasando unas páginas.

—¿Sera una enciclopedia? No vi que la figura apareciera de nuevo.

—Parecería una; cada palabra con su descripción... aunque no entiendo adónde entran a jugar estas figuras —dije.

—Parece... un baile —dijo el mago. Avancé hasta el final—. Ahí está el dibujo de Malo en su otra forma. ¿Qué animal es el que está dibujado al lado?

—Jamás vi algo así —seguí hojeando el libro—. Las descripciones son de unas pocas palabras, seguidas de un nombre. A partir de esta página la mayoría de los nombres son... ¿Robler?

—¿Esa familia de Havenstad?

—Sí. Son hechiceros por naturaleza. No entiendo que es esto.

—¿Magia? —propuso Cregh.

—¿Alguna vez usaste palabras para utilizar hechizos?

—Eh... —Cregh no hizo más que mirar su mano, y prendió una pequeña llama azul entre sus dedos—. No. Nunca había escuchado de eso.

—Palabras —La palabra rebotó en mi cabeza un par de veces—. Si es magia, ¿por qué aparece Malo?

—No tengo idea.

La caminata se hizo eterna con las tripas rugiendo, pero no era nada que la oscuridad de Verin no solucionara al cerrar mi estómago por un buen rato. Ya estábamos dentro.

—¿Qué demonios es éste lugar...? —susurró Cregh.

—Escuchen, nuestra lengua desaparece mientras estemos acá. Abran el ojo cerrado —dije. Abrieron los ojos, más acostumbrados a la oscuridad.

—Pero... ¿no hay nada acá dentro! Es solo... vacío.

—Silencio, Cregh —dijo Aldara, volviendo a hablar con ese tono sin emoción.

Empezamos a caminar en fila, con Aldara adelante. Íbamos en dirección Oeste, y caminamos hasta que apareció un fuerte olor. Lang se detuvo de repente.

—Escuchen, necesito carne. Ese es el olor de un restaurante. No tienen que robar si no quieren; yo voy a hacer todo el trabajo. Pero voy a necesitar a Cregh —dijo Lang.

—¿Yo? —dijo el mago.

—Tranquilo, tenés que hacer lo que sabés mejor: quemar un edificio.

Seguimos el olor hasta un gran edificio de madera. Había muchos bichos comiendo adentro. El plan era incendiar el lugar y robar los platos mientras todos salían corriendo. Mientras Cregh, Lang y Malo entraban, Aldara y yo esperamos entre los edificios de al lado. Miré hacía la Nereida.

—¿Estás bien? —pregunté, mientras ponía una mano en su hombro. Puso su mano sobre la mía, pero solo la tomó y la sacó.

—No... No sé —susurró. Me acerqué para abrazarla, pero me rechazó como una novia celosa.

—Aldara, estamos a solo un paso de completar el viaje. Necesitamos estar unidos. No creas que sos la única lastimada. —Ella insistió en bajar la cabeza, y noté que ahora estaba saliendo humo del restaurante. Ya había bichos huyendo del lugar.

Pronto aparecieron Cregh y Lang con una pila de platos. Retorcí los pies mientras se acercaban; había sido una mala idea. Llamábamos demasiado la atención.

Nos escondimos entre los edificios y empezamos a comer. El fuego crecía alrededor del edificio.

—No se preocupen, nos aseguramos de que salieran todos —dijo Lang, mientras masticaba.

Eso no me gustaba. Con el estómago lleno, me puse de pie y salí a dar una vuelta para vigilar. Ya no había nadie en la calle, y solo se escuchaba el fuego crepitar. Ese silencio hizo que me diera cuenta más rápido.

Escuché un susurro a mis espaldas, juntos con unos pasos lentos; casi imperceptibles. Tomé mi pergamino que negaba magia, y lo abrí lentamente mientras me giraba.

Un lagarto y un búho caminaban hacia mí, ambos con esas togas azules que había visto en casa de mi hermano.

—*Ille* —dijo el lagarto, señalándome a mí y a mi ojo—. *Ille* —repetió.

Me pegué el sello del pergamino en el antebrazo derecho. Instintivamente llevé mi otra mano atrás de la cabeza, buscando flechas; pero solo encontré aire. Mierda; el resto de mis cosas las estaba guardando Cregh.

El lagarto ya tenía una llama en su mano derecha. El fuego creció hasta volverse una pelota y empezó a dirigirse hacia mí. El búho corrió hasta ponerse al lado de la pelota y aleteó sus alas. Entendí que eso también era un hechizo, y apareció una ráfaga de viento que me estampó contra la pared justo cuando la pelota de fuego caía sobre mí cara. En ese punto, era inútil tratar de esquivarla. Cubrí mi cara con el brazo que había cubierto con el pergamino... y pude absorber la magia. Apenas sentí calor sobre mí.

El pajarraco seguía agitando sus alas, pero mi sello absorbía sus ventiscas sin problemas. El lagarto se rodeó a sí mismo de una estela blanca; estaba loco si pretendía confundirme con transportaciones. Ya sentía como la piedra había cargado mi cuerpo de energía, haciendo a mis movimientos más rápidos y fuertes.

Giré a mí espalda en un movimiento para ver cómo el lagarto se aparecía. Lo golpeé en la cara antes de que pudiera entender qué estaba pasando.

Mientras el lagarto caía, di dos pasos hacia el búho y desenfundé la daga de mi cintura. Tomándola como un arpón, apunté a sus alas. El ave lanzó un chillido insoportable. Dio un paso atrás e intentó repetir su hechizo, pero era demasiado tarde. Salté sobre su cuello, tumbandolo fácilmente con todo el peso de mi cuerpo. Clavó su mirada en mis ojos, pero en mí ya no había titubeos. Éste heredero del rayo no perdonaría. No en Verin.

No sabía con exactitud cuánta energía del trueno era necesaria para matar a alguien. Quizá matar nunca había sido mi realmente mi intención... esa sería la primera vez.

Puse su mano sobre su pecho y dejé que la descarga fluyera, sabiendo que esta vez no habría límites. Sabiendo que ese bicho tenía que morir. Su cuerpo empezó a vibrar. Un grito ahogado salió de su boca, y dejó de sacudirse pocos segundos después. Su toga azul estaba chamuscaba, y la escena se estaba rodeando con un repulsivo olor a carne incinerada. Pude sentir cada pieza de mi energía cuando se desprendía de mí para atacar su cuerpo. Era energía que perdía y no recuperaba.

De inmediato, empecé a cargar más para usar en el lagarto, que seguía en mis espaldas. Clavé mis ojos en su rostro y sentí como mi mueca se acentuaba.

Él levantó la mano al cielo cómo sosteniendo un revolver... y una luz blanca salió disparada sobre los edificios, donde se extendió y se quedó flotando. La ciudad se iluminó. Estaba llamando la atención hacia la calle.

Quería hacer algo al respecto, pero no pude acercarme. El lagarto creó otra pelota de fuego, pero esta se hizo tan ancha como la calle. La masa de fuego empezó a avanzar hacia mí. Esperé otra transportación que jamás paso; en su lugar, el centro de la pelota se extendió en una llamarada. Salté hacia un costado para evitarla, y de nuevo al centro para evitar otra ráfaga. Cada disparo bajaba el volumen de la gran esfera.

Entonces esta se abrió, derramándose sobre el suelo y llenándolo de un fuego tan espeso que parecía lava. No podía acercarme. El lagarto volvió a disparar un brazo de fuego contra mí; sin poder moverme, opté por cubrirme. El pergamino resistió el impacto, pero expiró. No tenía más chances. No tenía la velocidad para pegarme otra hoja antes de que atacara...

Pero el lagarto no pudo hacer nada cuando Malo entró en la escena, corriendo en su forma canina. El fuego no afectó en nada al quitrar, que pasó el piso de fuego y saltó sobre el cuello del lagarto.

El hechizo en el piso no tardó en debilitarse y desaparecer. Corrí hasta Malo, que se encontraba encima de aquel tipo. Tomé la daga y la enterré en el entrecejo del de toga azul. Un segundo después, un último espasmo terminó su vida.

Limpié la daga y acaricié a Malo. Pude ver a los otros acercándose a la escena. Pero el tiempo apremiaba; aquella la luz blanca todavía brillaba en el cielo. Eso nunca podía ser bueno. La luz parecía gravitar hacia la entrada de la ciudad, hacia ese orbe. También lo había notado con el fuego del incendio; esa cosa parecía absorber la luz. Era casi seguro que causaba la oscuridad que nos rodeaba.

—Este no es un lugar para pelear —dijo Lang, mirando los cuerpos que había dejado—. Al menos no para humanos.

—Y esa cosa que está brillando en el cielo no me gusta nada. —dijo Creggh.

—Es una señal para alguien, sin ninguna duda —sentenció Aldara.

—Sí, son ellos... Los cinco del Oeste. Ya saben que estamos acá —murmuro el Pistolero.

—Diría de mover los pies, y rápido —dije, dándole la espalda a los cuerpos.

Agachando las cabezas, nos alejamos. Ante la ausencia de la vista, los oídos ganaban protagonismo; pude oír que un par de pies no me seguían. Miré hacia atrás.

—Vamos, Aldara —dijo Lang.

—No —dijo la Nereida, con una voz capaz de doblar el acero—. Quiero pelear.

Pude escuchar el chasquido de las manos de Lang chocando contra su cara.

—Aldara, vamos —repitió Lang con voz mucho más severa.

—Esa luz —gritó Aldara, y señaló al cielo— va a traer a esos cinco del Oeste. Los culpables de la muerte de Dalia.

Recordar su nombre llenó a mi cuerpo de sudor frío.

—Es demencial —dijo Lang—. Ni siquiera podemos ver. Que la ira no te cegué.

—El fuego de Cregh puede iluminarnos —dijo Aldara—. No posterguemos más esto. Es el momento.

—Ni siquiera tenés agua como para pelear. Te pido que reacciones.

—Eso no es cierto —dijo Aldara después de un silencio, casi en susurro.

—Aldara... perdiste tus alforjas y acá no hay agua —quise explicarle. Tomé su mano para llevarla hacia adelante, pero Cregh me paró.

—El río —dijo—. ¿No es cierto?

—Sí. No sé —dijo Aldara—. Pero es una cantidad increíble de agua. Pude escuchar agua corriendo. —Se giró para mirarme a los ojos. Pude ver cierto reflejo en sus dientes. Estaba sonriendo. En ese momento pude recordar el puente de piedra y al río.

Lang rompió con el círculo que habíamos formado, caminando en medio de todos, poniéndose frente a mí.

—Esto no es buena idea.

—No se trata de que sea buena idea —dije—. Esta madrugada perdimos nuestra brújula. Corremos contra reloj. Corremos contra nuestra propia muerte y la muerte de todo lo que creemos correcto. Está ciudad oscura y hostil no nos deja muchas chances, Lang.

—Esto es... un suicidio.

—Creo que Wendagon lo sabía desde un principio. Éste es el final. No veo que otra cosa podemos hacer —dijo Cregh.

Lang parecía frustrado. Seguí explicándole.

—Lang, pensá en lo que tuvimos que hacer para conseguir comida acá. Escapar tampoco nos garantiza una noche más.

Contaba con poder ver la luna de nuevo, con vivir un día más. Mientras tanto, la bengala comenzaba a mostrar signos de debilidad y se extinguía lentamente.

—Llévanos hasta el río —dijo Lang, al fin—. Necesitamos estar en un lugar más seguro para evaluar mejor.

Nos dirigimos hacia el norte, donde Aldara aseguraba que se encontraría el río. La ciudad de Verin parecía un laberinto en la oscuridad. Unos pocos momentos después nos hicimos camino hasta el río. Parecía un lugar más seguro, siempre que pudieras controlar el agua. Lang empezó a hablar.

—Tiene que haber otro plan. Y quiero que abran sus cabezas. Podría ser la última vez que podamos hacerlo.

—Bueno, solo es cuestión de tiempo para que nos encuentren —dije—. Si bien la luz se apagó, estamos en una zona que podrían estar patrullando.

—Las opciones, entonces, son dos —dijo Creggh—. Pelear, acá y ahora. ¿O...?

—Crear una situación más favorable —dijo Lang.

—No podemos encontrar al deus por nuestra cuenta —dije—. Desgraciadamente Dalia no está acá. No es buena idea dejar la ciudad. Esta es su capital, es seguro que esos cinco estén por acá... es nuestra mejor opción.

—O sea que tenemos que esperar y escondernos —agrego el mago—. ¿Dónde?

—Podríamos entrar en casa de alguien y... ocupar su hogar —dije sin pensar mucho—. Manchar nuestras manos no debería ser un problema a esta altura. No tan cerca del final.

—Parece un buen trato —asintió el pistolero.

—¿Y luego qué? Solo significaría perder tiempo —se negó Aldara—. Éste es el momento de pelear —intervino Aldara—. Pelear y ganar es el siguiente paso.

—Aldara, tranquilízate —dijo Creggh.

Me tomé la cara, pensando en que realmente habíamos jugado mal nuestras cartas. Habíamos perdido el perfil bajo. Tal vez Lang no lo había terminado de entender, pero yo estaba bastante seguro que Aldara tenía razón. Era el momento.

—No quiero que mi opinión sea la que determine todo —empecé a decir—. Pero creo que...

—Ítalo, ya siento magia cerca —interrumpió Cregh—. Vamos a tener que pelear.

—Genial. Un plan brillante —bufó Lang.

—Voy a iluminar el camino. Confía en mí, Lang —dijo Cregh mientras tocaba su hombro—. Y Aldara... quiero que te calmes.

—No sé si debería —dijo ella.

Lang sacó su revólver y contó las balas.

—Exijo hacer de esto algo más sensato. No voy a dejar que regalemos nuestras vidas. No mientras pueda usar esto —dijo, tocando su sien con la punta de uno de sus revólveres.

—¿O sea...? —dijo el mago.

—Qué tengo un plan, Cregh. No creo que los que vengan sean los cinco. Ya vieron esas túnicas azules... quizá sean guardias. Lo que trato de decir es que tenemos que prepararnos para muchos, más de cinco. Para empezar, no tenemos que separarnos del río donde Aldara tiene ventaja. Hay que tomar a los primeros que vengan por sorpresa. La bengala significa auxilio y los que vengan van a venir rápido. No van a tener tiempo de organizarse. Van a venir de lugares diferentes, a tiempos distintos. Necesitamos una carnada que los guíe hasta a éste mismo lugar, donde podemos darles una muerte más sencilla.

—Brillante —dijo Cregh, honestamente.

—¿No era que no querías pelear? —sonreí.

—Sigo pensando que debe haber una alternativa mejor. Pero jamás había escuchado a Aldara así. No voy a poder hacerla cambiar de opinión...

—Yo voy a ser la carnada —dije, antes de que pudiera seguir—. Soy el más rápido.

Ninguno se quejó. Era un plan primitivo, pero podía funcionar. Con los últimos detalles, pedí el arco y las flechas a Cregh y me dirigí una calle atrás. La oscuridad y la repentina soledad lo hicieron parecer una caminata hacia la eternidad... Y vaya que había chances de que así fuera.

Apoyé mi espalda contra una pared y esperé a escuchar algo. Parecía simple, pero el tiempo pasaba y apenas podía mantenerme quieto. Me aventuré y me acerqué a donde había sido lanzada la bengala. De pronto, Verin parecía un pueblo fantasma. Quise ir hasta los

cuerpos, y no me fue mal. Escuché a dos personas hablando. Preparé una flecha y me asomé para poder efectuar el disparo.

Estaban hablando en su idioma, y revisaban los cuerpos. Si bien no podía distinguir su especie, los noté por su contorno azul. Tras un parpadeo, el silbido de la flecha rompió con el armonioso silencio y la cabeza del de la derecha fue atravesada limpiamente. Decidí ape-garme al plan y dejar que el otro me viera; en cuanto solté la flecha ya empecé a solicitar fuerzas de la piedra. Me di vuelta y me puse en movimiento, escuchando los pasos acelerados tras mis pies. Aceleré aún más, pidiendo prestada energía, y llegué al final del camino antes de lo que pensaba. La adrenalina de correr en una línea recta mientras juntaba energía del rayo hizo que no pudiera frenar, y me vi obligado a saltar una pequeña pared de piedra y caer en el río.

Zambullirme en esa masa líquida y oscura fue un error. No podía distinguir qué era arriba y qué era abajo. La corriente era muy fuerte y me alejaba. Alcancé a sacar la cabeza del agua, y vi como una llama-rada iluminaba la escena. Acto siguiente, una de las togas azules cayó en el río. Ni siquiera había tenido chance de gritar; por lo pronto, el plan había sido un éxito.

Una vez que la luz de la llamarada desapareció, estar dentro del río comenzó a darme ansiedad y empecé a intentar escalar por mis propios medios. La piedra era lisa y trepar era imposible. Podía sentir como la fuerza del agua me alejaba más y más. Grité, levanté los brazos y preparé un pequeño trueno en mi mano para que me sacaran.

De pronto, el agua empezó a subir lentamente. Ya no sentía la corriente, solo una pequeña presión que me llevaba hasta el nivel del suelo. El agua me alzó y me dejó sobre tierra firme con gentileza, a unos metros de donde estaba Aldara. Su capacidad para manejar el agua a voluntad nunca terminaba de sorprenderme.

—Gracias, Aldara—le dije—. Y buen tiro, Cregh.

—Gracias, pero no era ninguno de los cinco —dijo el mago, algo enojado.

—Esperaba que fuera el cuervo... —masculló Lang.

—O la puta de la Nereida —dijo Cregh.

—¿Quiénes son estos tipos con túnicas? —preguntó Lang—. ¿Creen que sean guardias?

—Lo dudo —dije—. En casa de Hanzel había una toga idéntica. Hanzel no se metería en algo como la guardia.

—Bueno, estamos en el Oeste, podría pasar cualquier cosa —dijo Creggh.

—Si son guardias y esta es la capital, esto podría ser eterno —comentó Lang.

—No, no son guardias —insistí—. Mi hermano nunca estaría metido en esto —dije, en un tono que no podría repetir si no tuviese a mi hermano en mi cabeza. Nos envolvió un pequeño silencio incómodo.

Justo debajo de mi nuez había empezado a crecer algo adentro de mí. No había estado ahí el día anterior, pero ahora era latente. No lo reconocía bien, pero los causantes eran Dalia y Hanzel. Todavía no olvidaba la sensación de suciedad cuándo había tocado su sangre. El peso de la culpa, las ganas de volver el tiempo atrás. La incapacidad humana de entender todo lo que nos rodea. Dalia había muerto durante nuestro sueño.

Y Hanzel había decidido volver a mi vida en el momento más crítico en doscientos años. Con una casa en la capital de la oscuridad. Viviendo en el continente del Oeste. Pensar en él se volvía una ironía y quería romper a reír a carcajadas. Había vivido toda mi vida en su sombra. La sombra del noble ideal. De sangre pura y aun así lograba ser un hechicero. El primogénito de nuestro padre, Adán.

Si bien no rompí a reír, una pequeña sonrisa se formó en mi rostro. Pero no era nada placentera.

Sentía que había aceptado ese segundo lugar. No era mejor que Hanzel en nada. Su figura me aterraba y me hacía correr. Competir contra él significaba el fracaso. Por eso había vivido la mayor parte de mi adolescencia lejos de él y su fama, en Craster, con Marco.

De pronto las decisiones a lo largo de mi vida veían su motivación real. Quería estar lejos de él. Me había vuelto un experto en todo lo que no tenía su huella. Él jamás había tocado un arco o una flecha. Jamás hubiera pagado por estar con una mujer. Jamás tendría tiempo para el alcohol, pues vivía entre sus competiciones de tiro y exhibiciones de magos. Si un del Valle tuviera que salvar el continente, sería él.

Y ahora... estaba del otro bando. Si era un humano en la capital, tenía que ser un iluminado. Sí estaba teniendo algo que ver con los cinco que nos perseguían, podría tener que enfrentarlo. Podría tener que matarlo.

Y no tenía la menor idea de cómo hacerlo.

La luz que invocó Cregh me cegó por unos momentos; nos estaba iluminando. Escuché el cañón de Lang disparándose y sentí una mano en mi hombro empujándome para atrás. El peligro había vuelto a empezar.

—¿Unos diablos? —dijo Lang.

Refregué mis ojos y vi a los bichos de Laertes. Habían sido derribados por el pistolero, y sus rostros de roca eran muy visibles bajo la luz de Cregh. Pero estaban muertos, y la piel de roca se degradó y el diablo mostró su forma original. Reconocí las ropas azules y los rostros de lagarto y de búho; eran los bichos que había asesinado cerca del restaurante. Estaban usando los cadáveres para crear soldados nuevos.

Reparaba en eso cuando dos diablos más aparecieron sobre nosotros. Apuntaron a Aldara desde los techos, también usando túnicas azules. Debían ser los que habíamos acabado con nuestro plan... Ella reaccionó mucho más rápido de lo que esperaba y rodeó nuestra esfera de luz con una de agua. En un parpadeo, el agua se congeló y recibió a los diablos sin problemas.

Los diablos no parecían entender de qué se trataban esos poderes, y golpeaban contra el hielo sin parar. Sin darles siquiera una chance, la izquierda del escudo se deformó, desprendiéndose y tomando forma de lanzas. Los seres fueron apuñalados por las dagas de hielo. Apenas chillaron por un instante, y se dedicaron a descansar en paz de una vez.

Aldara entendió que el peligro había terminado, por lo que el escudo se partió en pequeños pedazos de hielo que reflejaron la luz de Cregh.

—¿Acaso es el cuervo de Laertes? —pregunté.

—Ese cuervo no podía usar magia, por eso usaba polvos para reemplazarla —dijo Cregh—. Estos bichos de túnicas azules parecen ser magos.

—¡Muéstrense, cobardes! —gritó Aldara, furioso.

Notaba que estaba un paso atrás de los demás. Mis pensamientos me habían consumido y gasté mi tiempo al ver a Verin iluminada. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo al notar que no era tan diferente a Veringrad. No era la primera vez que notaba que podíamos no ser tan diferentes. Pero debíamos matarnos para la diversión de los dioses; así estaba escrito.

Mis distracciones me constaron caras. Simultáneamente, desde los techos, aparecieron más hechiceros con sus togas azules. Llegué a contar cinco.

Estaban por hacer un hechizo, pero Malo pasó a su forma canina, contra la que no serviría la magia. Entonces se detuvieron y uno desenvainó una espada. Cayó sobre nuestras cabezas, pero Malo lanzó su cuerpo contra él, estampándolo sobre la pared.

La calle bajo nuestros pies se alejó, mientras un viento mágico nos despegabá del suelo con la fuerza de un huracán. El mago de la espada ahora se levantaba del suelo, y lanzó su espada, que tomó la fuerza del viento para convertirse en un proyectil. La piedra en mi pecho me daba la velocidad del rayo y me permitió evadirla por apenas el grosor de un pelo.

Sin chance de reaccionar, otro mago se metió en el hechizo de viento e invocó fuego dentro del huracán. Ya tenía listo mi pergamino violeta en el brazo izquierdo, pero Aldara movió una pared de agua contra nosotros, cubriéndonos. El agua y el fuego chocaron, evaporándose y llenando el campo de batalla de vapor.

Cuando el humo se disipó, Malo se lanzó contra los magos. Iba a por el que había conjurado el viento mágico. El hechicero de toga azul formó una luz roja en su mano; nunca había visto algo parecido. Lang no corrió riesgos y disparó tres veces. Así fue que se dejó otro muerto. Los otros seis dieron un paso atrás.

Cregh lanzó fuego hacia adelante, con ningún fin más que cubrir a Malo. Aldara ya había tomado más agua del río, formando lanzas de hielo, lista para atravesar cualquier cosa. Di un paso atrás, mientras preparaba mi arco y las flechas para disparar. Me fijé en un mago que conjuraba un hechizo de transportación.

Me di vuelta, esperando que estuviera en mi espalda; pero esta vez no fue así. Apareció atrás de Cregh. Dejé que mi flecha volara sin rumbo y salté hacia el bicho, enfocando la energía de la piedra en mis manos. Diablos, el olor a sangre... era como en Laertes. Ahora les estábamos llevando el aroma a ellos.

Dejé salir tanta energía que no podía moverme. No tuve tiempo para voltearme cuando una fuerza enorme salió del piso, haciendo vibrar la calle entera. Una grieta dividió el piso en dos, y hasta los edificios empezaron a danzar. Caí en el primer sacudón y desde el piso vi a Cregh y Aldara caer hacía el río. Solo Malo seguía de pie. El resto de los magos se encontraban levitando. El pistolero hizo un tiro asombroso y puso fin a los días de uno de ellos, pero el terremoto venía de alguien más.

Intenté pararme a pesar del hechizo. Los edificios se tambaleaban ebrios y amenazaban con desplomarse encima de nosotros. Malo distraía y recibía los ataques de los magos mientras buscábamos la manera de escapar. Tomé el pergamino verde, pegué una hoja en mi brazo derecho y lo lancé lo más lejos que pude.

—¡Lang! ¡Mi mano! —grité, con todas mis fuerzas.

Me arrastré hasta él y estiré mi mano como nunca lo había hecho. El edificio ya estaba a punto de aplastarnos, y la grieta parecía querer llevarnos a conocer algún dios que habíamos olvidado venerar. Un parpadeo después estábamos a salvo. El pergamino había rodado calle abajo, y nos dejó veinte metros al Oeste. Allí la tierra permanecía quieta.

Noté que Aldara y Cregh estaban volviendo a la superficie. Metros adelante, Malo peleaba valientemente con los dos magos que quedaban.

—Vamos —le dije a Lang, y volvimos a ponernos de pie.



Un búho de toga azul yacía exhausto, aun tosiendo el agua que llenaba sus pulmones.

Aldara aflojó su cuerpo, dejando caer sus manos y deteniendo el agua. Luego de que exhalase, comenzó a caminar hacia el búho, lentamente. Lang alcanzó a Aldara y la tomó por el hombro. La nereida volteó y el pistolero la contempló por largos segundos.

—Aldara —dijo Lang, jadeando—. Es suficiente.

—¿Suficiente qué? —respondió ella, en un tono tan frío como el hielo con el que había atravesado a un gurag. Luego de que hubiésemos alcanzado a Malo y detenido el hechizo del terremoto, la batalla no había durado mucho más—. ¿Suficiente qué, Lang? —repitió Aldara.

—Yo me encargo del último —suspiró el pistolero.

—Dalia no fue suficiente para ellos. No conocen límites. —El tono de Aldara no cambiaba.

—Pero yo sí, y elijo la vida de Cregh a la sed de venganza.

Aldara se giró, incrédula, para encontrarse con un Cregh paralizado. Había caído bajo un hechizo. No sabíamos cómo sanarlo.

La nereida desvió su mirada, logrando contacto visual conmigo. Me acerqué sin sacarle los ojos de encima en ningún momento. Sus ojos relampagueaban y brillaban en la oscuridad tanto como mis rayos. Pero al final, su mirada bajó y dio un paso al costado. Lang no tardó en ponerse en camino y apurar su paso hasta el enemigo caído.

Hasta ese momento, las flamas que Cregh conjuraba para nosotros seguían brillando, y eran nuestra única forma de ver. Pero la luz de Cregh empezó a desmantelarse, y no fue más que un fino grano tragado por la oscuridad de Verin. Las tinieblas nos rodearon otra vez y nuestras siluetas se hicieron uno con el negro. Solo nos acompañaba el ruido de río corriendo.

El pistolero quería ocuparse del último hechicero que quedaba, pero no eso no significaba matarlo. Con las llamas apagándose, apuró su paso y no perdió el tiempo, subiendo al búho moribundo en el lomo de Malo. Iluminé la nueva escena con mi mano, cargada de energía del rayo.

—¿El anillo? —inquirió Lang.

—Ya lo tengo de vuelta —contesté, habiéndolo recuperado de Cregh.

—Hay que irnos de acá —dijo el Pistolero—. Todo éste asunto era demasiado arriesgado y lo sabía. —Aldara se limitó a mantenerse en la misma posición; cabeza gacha y boca cerrada.

—¿A dónde? —pregunté—. No hay lugares seguros.

—Fuera de esta ciudad.

—No estoy seguro de cuan buena idea sea eso —dije.

—Es la única opción que nos mantiene con vida —dijo Lang—. Ya, Ítalo. Cada segundo es valioso.

Dejé ir la luz de mi mano, y les pedí que se arrimaran para que pudiésemos viajar.

Y de nuevo, en un instante, el anillo nos llevó a los cinco —con el búho— hasta los pies de la cadena montañosa que rodeaba a la capital del Oeste.

A pesar de haber aparecido bajo la sombra de unos árboles, la luz de la tarde nos encegueció. La vista de todos se normalizó luego de un buen rato.

Inmediatamente, la Nereida nos dio la espalda. Parecía buscar distraerse con la flora del lugar. Fui tras ella, pero la mano de Lang tomó la mía.

—Necesito el anillo —dijo—. Por si éste bicho intenta transportarse a algún lado.

—Sí —dije, tardando unos segundos en reaccionar—. Seguro.

—¿Se supone que solo con pensar en el lugar esta cosa me lleva hasta ahí? ¿Así de simple? —preguntó, y volví a asentir.

Él también movió la cabeza, asintiendo lentamente.

—¿Pensás que Cregh está muerto? —dijo y mi mirada se corrió—. ¿Un solo hechizo basta para matarnos? ¿Es tan fácil?

—No sería más difícil que un balazo en la cabeza —respondí.

—No, no lo sería. Lo mejor que puedo hacer es hablar con ese búho para que cure a Cregh —dijo Lang, pensando en voz alta. Luego volvió a mirarme—. Hablá con Aldara. Tuve miedo que se convirtiera en la misma de Aqlatan ahí adentro.

—¿Miedo? —dije, sorprendido. ¿Eso hubiera sido algo tan terrible? —. Lang, tu pulso no puede flaquear ahora... ahora no.

—Es que... Sentí exactamente lo que dijiste —suspiró—. Cuando dijiste que la ciudad parecía viva y nosotros nos reímos. Era así. No

éramos bienvenidos. El mismo suelo que pisábamos parecía querer tragarnos por el hecho de ser humanos. Ya sé que en éste punto no hay vuelta atrás. Dudar y tomar una mala decisión ahora va a guiarnos directo a la derrota. Y la derrota va a significar nuestra muerte y la de todo lo que está detrás de nosotros. —Lang señaló hacia su espalda, en dirección al Este.

—Ya sé —dije—. Todavía estoy estupefacto por lo de Dalia. Y sin ella... no sé si tenemos chances reales de sobrevivir. —Ya no podía sostener la mirada de Lang.

—Necesitamos a Aldara integra —dijo el pistolero. Sus palabras volvieron a ganar seguridad—. No podemos dejarnos llevar por las ganas de venganza. Nuestra misión es parar al Deus. —Asentí una última vez.

Me disponía a encarar a Aldara cuando otro pensamiento cruzó por mi cabeza.

—¿Cuántos magos fueron ahí dentro?

—Los conté. Nueve.

Desde el accidente con los cuervos cuando llegamos al Oeste y, más puntualmente, después de aquel oportuno cruce con esos bandidos que no creían en el Deus, había puesto en duda cuán lejos debíamos llegar. Luego, en Aqlatan, la situación que habíamos vivido y la mirada de Lang antes de que degollase a esos dos iluminados me habían hecho entender que no se trataba de un límite. No se trataba de mi gusto, ni de la historia de los bichos, ni de sus creencias. Había obstáculos; eran obstáculos tan grandes que forzaban nuestros límites, pero nosotros habíamos sido los elegidos para superarlos. Entendí que había tantas escrituras, oráculos y fuerzas trabajando de ambos lados para que se llegase a un desenlace, que mancharse las manos con sangre inocente no debía ser algo de mayor relevancia.

Sin embargo, entonces perdimos a Dalia. Fue como si todo a nuestro alrededor se desmoronase para disolverse en la vastedad del Oeste. Todos los ideales y profecías puestas sobre nosotros, los cinco de Alles, habían perdido su esencia. Esa noche nuestro instinto de supervivencia había sido apagado. Aparecieron la rabia y la desesperanza. El odio y la muerte. Sangre aliada en nuestras manos. Después de eso, no sabía cómo sacarme el sabor de metal oxidado de la lengua. No sé

qué nos hizo seguir adelante esa madrugada. Habíamos perdido nuestra guía, nuestra brújula.

Y sin brújula, despechados, volvimos a pisar las ciudades del Oeste. Para causar más caos. Una fórmula que se repetía en ambos bandos. En cada ciudad donde pisaban las personas de las escrituras, corría la sangre.

Recordé que uno siempre trataba de justificar sus actos. A cualquier precio. Nadie era el malo de su propia historia.

Abracé a Aldara por la espalda. No había ternura, ni mucho menos sensualidad. Solo apoyé mi cabeza en su espalda, tratando de buscar algún rastro de esa nena de prendas sucias que había llegado a Veringrad. Trataba de arrastrarla afuera, de rescatarla de ella misma.

Cuando se giró, noté que la tormenta que habitaba sus ojos estaba en su peor momento.

—Correte —dijo, en un tono menos áspero que antes, pero no movió un pelo para hacer algo al respecto. Solo volvió a girar su mirada hacia la flora.

Jamás me había considerado alguien con el tacto suficiente para elegir las palabras justas o para percibir qué pasaba dentro de la cabeza de los demás. Pero esa vez no había otra manera. Esperé que las palabras fluyeran en el tiempo adecuado. Imaginé a Aldara sentándose en el suelo, arrancando pedazos de pasto mientras me escuchaba hasta terminar dejando de querer destruir. No era así de fácil. Tampoco tenía las historias o las ideas necesarias para hacerle comprender lo que quería transmitirle. A pesar de todo esto, sentía que podía entender lo que había en su pecho.

Me desprendí de ella, dejando solo mi mano derecha sobre su hombro. Entonces hablé.

—Aldara. Hasta el día de hoy todavía no tuvimos tiempo de compartir nada fuera de éste contexto. —Ella dio medio paso hacia adelante; me dio a entender que eso se iba a tratar de un monólogo—. Apenas tuve tiempo de mirarte a los ojos cuando llegaste en Veringrad. Apenas tuve tiempo de preguntarte sobre vos durante esas caminatas eternas al Oeste. Apenas entendía que había aceptado perder mi vida codo a codo con ustedes. Tal vez en el principio no entendía que nosotros éramos algo más que cinco personas elegidas al azar. —

Tomé aire. Empecé a hablar desde mi pecho—. Ni siquiera tuve la decencia de tratar las heridas de tu pierna como dije que iba a hacer. Pero ahora creo que tenés heridas más profundas que aquellas.

La nereida pareció parar las orejas al escuchar eso último.

—Al principio... tampoco me había imaginado la vastedad que iba a tener éste asunto —proseguí—. Desde leer sobre el fundador de mi familia hasta encontrarme con mi hermano. De Este a Oeste sobre un hilo del cual se balancea todo. Pero algo me dice que no te interesa demasiado. No sé cómo fue tu vida, pero creo que tu percepción del Este éramos nosotros cinco, Malo y Wendagon. Tal vez estás pensando que si todo se hunde en la oscuridad todo va a dejar de doler. Que, de alguna, la muerte del Este significa curar tus heridas. No sé, no tengo idea de cómo ayudarte. Mi idea no es endulzarte y decir que todo va a estar bien; quiero saber qué está pasando y que podamos ser un grupo de nuevo. Porque la oscuridad no va a ser nada. No vamos a poder rogar para que la gente el Oeste nos tenga misericordia. Si no gritamos todos al unísono, no vamos a ser más que carne para gusanos.

Aldara permaneció en la misma posición, con la mirada clavada en el hueco de un árbol. Mientras tanto, los gritos del búho y Lang llenaban parte del silencio de la tarde.

—Voy a esperar acá todo el tiempo que sea necesario, Aldara —le aseguré, al mismo tiempo que me acomodaba en el pasto. Ella no se inmutó en absoluto. Pasó un minuto. Un minuto más. Entonces giró su cara para mirarme.

—Háblame sobre el dolor, Ítalo —pidió.



—¿Era realmente necesario venir? Quiero decir, hasta tu sangre es mejor que la mía. Ítalo, hijo de Adán. ¿Qué más necesitas? ¿Qué buscas en Craster? —Marco me hablaba en un tono que nunca había escuchado salir de su boca.

—Sí, era realmente necesario —dije, en algo que apenas era más que un susurro—. Y no busco nada en particular...

—¿Necesario? —Marco gritó por encima de mi frase—. Desde que te viniste a vivir acá, en todos estos años, jamás diste una respuesta que pareciera verdad. Ni papá ni mamá te creen.

—Tus padres... vos... son mi familia. Quería pasar tiempo lejos de Veringrad y de eso...

—¿Otra vez con esa mierda? —Marco gritó aún más, interrumpiéndome de nuevo—. Te conozco lo suficiente como para darme cuenta que estas mintiendo. Conozco cada uno de tus hábitos, cada cosa que te hace reír, pero acerca de lo que pasa por tu cabeza cuando te quedas callado no tengo ni una sola pista. Sólo puedo mirarte a los ojos y adivinar. ¡Ese es mi mejor intento, adivinar! —Traté decir algo, pero las palabras no salían de mi boca. Solo podía mirarlo, en un silencio que rebalsaba de ironía, dándole la razón.

—Sabés que detesto hablar de relaciones amorosas con la gente. — Ahora Marco bajó el sonido de su voz—. Simplemente lo detesto, pero había venido a hablarte sobre Helen. —Mi primo se quedó callado, esperando una respuesta que nunca llegaba. Tomó aire y volvió a subir su tono—. Y sabés muy bien que puedo hablar tres horas seguidas con cualquier señora mayor que se me cruce en el mercado, pero ni siquiera puedo susurrar el nombre de Helen con otra persona.

—Hablemos de Helen —balbuceé.

—Ahora no se trata de ella —dijo, llevando una mano sobre su rostro—. Quiero saber por qué viniste acá en primer lugar. Siento que solo viniste para recordarme que soy el último eslabón de la familia. Alguien que está destinado a agachar la cabeza cuando hablan desde la casa matriz.

No podía reaccionar a lo que me decía Marco. La sombra me envolvía y era imposible susurrar una sola palabra. Tenía la boca abierta, pero mi lengua estaba paralizada por el fuerte nudo en mi garganta. Las lágrimas de Marco empezaron a resbalar por sus mejillas, volviendo a la escena más incómoda. Él era la persona más cercana a mí en el mundo entero. Y se estaba desmoronando frente a mí, mientras yo seguía sentado del otro lado de la mesa redonda.

Podía ahorrarle tanto dolor haciéndole entender que nada de eso era así. Que yo sentía las mismas cosas. Pero esa noche no hablé.

La voz agitada de Marco no paró en ningún momento. Mi boca seguía abierta, dando la falsa impresión de que en cualquier momento iba a comenzar a explicar todo. Pero solo la cerré cuando su rostro se enrojeció, haciendo que las venas que se marcaban en su cara parecieran aún más grotescas.

Me dijo que no entendía cómo estaba siendo tan egoísta.

Cesó con sus lágrimas diciendo que tal vez yo era así y no debía haber esperado otra cosa.

Siguió sufriendo por Helen mucho tiempo después. Y por mí.

Compartiendo un dolor parecido, del que yo no era capaz de hablar.



Aldara clavó sus ojos en los míos, buscando una respuesta. Pero yo no la miraba. Todavía me recorrían algunos escalofríos, mientras mis ideas se acomodaban. Sabía que antes no había podido decir ni una palabra. No quería imaginar la mirada de Aldara clavada en mí, como la de Marco.

Sin embargo, la sombra se había quedado en Havenstad. Desconocí la soltura con la que mi lengua empezó a modular palabras. También desconocí la pequeña sonrisa que se me formó al hablar del dolor. Porque esa era la primera vez que podía abordar el tema. Y las palabras que habían rebotado en mi cabeza tantas veces ahora tenían lugar fuera de mi interior.

—Una parte del dolor viene del reflejo propio. Por buscar respuestas mirándose en el espejo y aferrándose al pasado —empecé, levantando la cabeza, encajando su mirada con la mía—. Aferrándose a algo que fue mejor. A días más brillantes y sonrisas más anchas. Simplemente viene de desconocer al presente como legítimo. De querer escapar del tiempo. De querer manejarlo, tal vez, y distorsionarlo a gusto. Pero sabemos muy bien que eso no está en nuestras manos. El tiempo pasa en éste presente que no aceptamos, se acumula y se transforma en rutina. Y de repente parece implacable. Enorme. Gigante. Algo dentro de nosotros nos convence de que es así de imbatible y que es un problema sin solución. Hay momentos que nos dan un res-

piro, pero solo son temporales. Es como la luz que entra por la ventana. Ilumina el cuarto y ventila nuestra carga. Eventualmente estos ventanales se cierran, se apagan, para dejarnos cara a cara con el presente. Otras salidas surgen de la oscuridad, pero sin importar cuánto nos adentremos en ellas, huyendo, todavía vamos a seguir escuchando un zumbido que nos recuerda la realidad. Y en esos mismos ventanales que alumbran nuestros días somos conscientes de que estamos escapando, y aparece una voz interna haciendo reproches a uno mismo. Y parece reafirmarnos que no podemos hacer nada acerca del hoy. No sé cuánto tiempo puede pasar uno así —reconocí. Entonces empecé a hablar más rápido—. Yo encontré muchos de esas ventanas que nos proveen de luz y tranquilidad. Y pegué la cara al cristal tanto tiempo que logré creer que todo se iba a arreglar solo. Aunque estuviera esa esencia que me aseguraba que no. Una esencia que no hacía más que crecer con el tiempo. Y volverse más oscura y espesa.

Eso último salió de mí en una ráfaga. Lentamente, llené mis pulmones de aire.

Miré a Aldara y vi cómo sus ojos se empezaban a aflojar. Entendí que ella quería y necesitaba zambullirse dentro de ese mar de palabras que nunca habían podido salir de su pecho.

—Creo que uno determina cuánto sufre, en realidad, en cierto punto. Desde el día en que mi padre me dejó a un lado para enseñarle a disparar a mi hermano, algo nació dentro de mí. Solía recordar el sonido de los disparos todos los días. Entendí que Hanzel era más importante que yo. Era un del Valle con habilidades excepcionales para la magia, la reliquia más preciada de la generación. Y elegí vivir detrás de su enorme sombra.

Invité a que ella dijera algo, pero negó rápidamente con su cabeza. Sin quitarle los ojos de encima, seguí hablando.

—Me quedé callado y miré. Jamás hablé. No disfrutaba mi tiempo en familia, y sin darme cuenta me había ido de casa. Estaba en uno de los ventanales y traté de convencerme de que era realmente la escapatoria. Viví en Craster por mucho tiempo, lejos de lo que me lastimaba. Nada lograba distraerme de esa sombra. Se sentía como caminar en un pantano, donde cada paso que daba parecía un error. Entonces,

mi propio dolor repercutía en la gente que me rodeaba. Encontraba esas salidas transitorias... donde me distraía y reía. Reía como nunca sabiendo que esas risas estaban contadas. Sin embargo, no hacía más que nutrir la rutina que me dolía, ignorándola. Miraba hacia atrás y cuestionaba mis propias decisiones. Buscaba respuestas mirándome al espejo. Repasando una y otra vez las cosas que pasaban. Y volvía a caer en los errores de antes. El dolor es un ciclo que se retroalimenta.

Recordaba bien cada sensación que le describía a Aldara. Pero la sombra ahora parecía lejana, aunque el sabor metálico detrás de la lengua seguía siendo tan familiar como siempre.

El dolor nunca dejaba de hacer crecer nuevos brotes, supuse.

Aldara abrió la boca para intentar decir algo. Alenté a que forzara sus palabras. Sentía un alivio hablando de heridas que parecían curadas, pero no quería tocar lo de Dalia o lo de Hanzel estando en el Oeste.

Mientras Aldara hesitaba, tuve un momento para sentir el viento en mi espalda y sentir el olor a tormenta que había. La nereida movía la cabeza de lado a lado, respiraba rápidamente y parecía estar buscando una salida en la vegetación. Si iba a hablar, daba la sensación de que estaba por parir incubado por mucho tiempo. Lang y Malo seguían trabajando en el búho, y sus gritos hacían eco por el aire. Faltaba tiempo para que el sol se escondiera. Quedaba mucho por hacer.

—Te lastima más cuando te das cuenta que pudiste haber escapado más fácilmente con otras decisiones —empecé a balbucear, a repetir mis ideas para darle tiempo a Aldara—. Pudiste haberte ahorrado tanto dolor. Uno se acostumbra al miedo y a las heridas que lleva. Pero se puede superar encontrando las motivaciones para em...

—Maté a mi prometido —dijo Aldara, interrumpiéndome. Asintió levemente con la cabeza.

No había terminado de procesar lo que había dicho. Estiré mis manos hasta sus hombros y la invité a que se sentará en el pasto. Mis ojos estaban grandes como platos y balbuceé cuatro palabras antes de poder decirle algo. Ahora ella tenía su mirada clavada en el piso. Levanté su rostro e insistí con que siguiera.

—Maté a mi prometido —repitió—. Tuve que escapar y dejar a mis hermanos con la puta de mi madre. —La lengua de Aldara empezó a trastabillar, y empecé a sentir su respiración más cargada—. Jamás tuve el valor para enfrentarme a él, ni a mi madre. En el fondo creía que un día ella dejaría el alcohol. Que él iba a amarme.

Arrastré mi mano hasta la suya, y ella la tomó con un extraño cariño. Pareció encontrar cierta familiaridad en mi piel, por la manera en que ella la acariciaba. Daba vueltas en círculo con la yema del pulgar, dando la impresión de estar teniendo un talismán en su poder. Abstraída en sus propios pensamientos, sentía que estaba rezando. Cómo desesperada, tratando de bendecirse con las caricias.

Desconocía a quién se le debía rezar y que ofrendas se debían llevar a cabo en estas circunstancias. Pensé también que los dioses se veían pequeños frente al Oeste. Tal vez ellos no tenían poder en estas tierras.

—Intentaba que ella no se enojara. Siempre pensé que ella tomaba para matar algo adentro que la llenaba de ira. Ni siquiera sé si era ira —dijo, casi sin poder contener las lágrimas—. Su rostro... sentía que a veces disfrutaba todo lo que pasaba. Tampoco sentía empatía por su dolor. Era demasiado cínica —soltó un último suspiro. Respiró hondo y rompió a llorar.

Era un sollozo pesado, pero silencioso. Lloraba penas acumuladas por mucho tiempo y las lágrimas parecían hechas de miel.

—Ya tenía los ahorros para irme con mis hermanos y escapar. Me convencía a mí misma de que cincuenta rorintios no era suficiente. Los días se volvían eternos. Sentía que el sol iba a quedarse por siempre en el cielo. Perdí la percepción del tiempo. Creí que él iba a quererme. Estaba perfumada y arreglada cada mañana, intentando que ablandara su corazón. Que viera algo en mí que no pudiese ver en otro lado. Que me deseara y me sacara de ahí. Aunque cada día él me demostrara lo contrario, seguía creyendo que lo iba a hacer. Estaba convencida de eso porque papá lo había elegido para mí. ¿Su última voluntad fue meterme en éste infierno? —Aldara hablaba en una voz titubeante, todavía llorando—. Anhelaba despertar con el sol en la cara, a su lado, sonriendo. Que me contemplara mientras durmiera y que me esperara con té... té de menta —su voz se deshizo en un hilo,

antes de dejar el sollozo silencioso por uno mucho más fuerte. Incliné su cuerpo hasta encontrar su frente con mi hombro.

Froté su espalda, tratando de no hacerla sentir tan sola. No sabía si la tormenta se detendría, pero intuía haber ayudado. Ella podría llorar todo lo que quisiese de ahora en más. Y las lágrimas de Aldara inspiraban todo menos debilidad.

Pensé cuan parecido habría sido el viaje de Ansala del Valle. ¿Habría tenido su propia Nereida impulsiva? ¿Cuán lejos habían llegado por el Este?

Imaginaba que el derroche de sangre inocente era algo que se obviaba en las historias que se pasaban de generación en generación. Mi propio ancestro podría haber desenfundado su espada sin pensarlo dos veces contra la gente del Oeste. O quizás él siempre evitaba que su grupo descargara su ira en la gente inocente. O tal vez simplemente pasó como en las escrituras. Pero mirando a las montañas que rodeaban Verin, la pregunta que siguió rebotando en mi cabeza, mientras Aldara secaba sus lágrimas, fue otra.

Mirando el domo de oscuridad que absorbía la capital, me pregunté cómo se supone que habían puesto a dormir al dueño de todo esto.

—Hace no demasiado tiempo —dije, mientras ayudaba a la nereida a pararse—, tal vez desde Havenstad, que veo a todo éste dolor como una guía. Siendo los elegidos podemos darnos el gusto de pensar eso, supongo. Cada cosa que pasó en nuestra vida, sin importar lo malo que haya sido para nosotros, no fue más que una brújula para llegar acá. No digo que haya sido la mejor brújula, pero estamos en Verin. Vivos. No sé si me explico.

—Sí... entiendo —dijo Aldara, haciendo flotar en el aire sus últimas lágrimas y convirtiéndolas en vapor—. Me hace sentir como un títere.

—Sí —dije, asintiendo enérgicamente—, pienso lo mismo. Sin embargo, creo que hay una razón por la que una piedra mágica se insertó en mi pecho y no me mató. Hubo una razón para encontrarnos con el gurag en el teatro. Lo mismo con el oráculo. No estoy seguro, pero después de lo de anoche, creo que era lo único que me mantenía parado. Qué, al menos desde los cielos, teníamos compañía. Si me

pongo a unir casualidades a lo largo de mi vida, siento como si todo de alguna manera hubiese sido modificado para que yo llegase acá.

—No sé cuán cómoda me siento pensando eso —dijo, y se volteó para clavar la mirada en el árbol de nuevo. Justo antes de lo que hiciera había podido ver sus ojos, verificando que la tormenta estaba apaciguándose.

—Si hay algo en lo que todavía creas, Aldara, te lo ruego, hazelo por eso.

Aldara se limitó a decir que iba a dar un pequeño paseo. Le advertí que tuviera cuidado; no consideraba que estar afuera de la ciudad fuese seguro. Si bien había cierta vegetación para ocultarnos, sentía que ellos estaban justo detrás de nuestros talones.

No quise voltear para sumarme al trabajo sucio del que se estaba encargando Lang. No me apetecía ver sangre ni ningún tipo de fluido de búho por un rato.

Me puse cómodo en el pasto, sólo mirando las plantas creciendo en primavera. Los chillidos que provenían del interrogatorio que ejercía el pistolero ya habían dejado de molestarme. Mi cabeza estaba en silencio.

Todo desapareció ante la luz del sol que se filtraba por las hojas.

El pequeño descanso no fue tan pequeño. Me desperté agitado ante la profundidad con la que había caído dormido. A mi derecha, a unos cuantos metros, Lang posaba con sus manos en la cintura, mirando al búho del Oeste. Malo estaba a su lado, lamiéndose las patas, haciéndose pasar por un gato ordinario. No había gritos. Imaginé que el búho se había resignado.

Del otro lado, detrás de mí, sentí que llamaban mi nombre.

—¡Ítalo! —me saludaron.

—¡Creggh! —exclamé, dejando salir un gran suspiro. El mago había sonado con el tono más casual que alguien podía tener después de volver de la supuesta muerte—. Por los dioses, creí que no ibas a volver de ese estado.

—Sí, ya hablé con Lang —dijo, riendo—. Me sorprende cuán poco saben de magia; es un hechizo básico. De uso exclusivo para bromas

en los días de la universidad. De un momento a otro aparecías acostado sin prendas arriba del escritorio del profesor.

—Dioses, pero estuviste paralizado por... mucho tiempo.

—Si... —Cregh perdió un poco de su sonrisa—. Se sintió raro ser golpeado por algo tan común en el Oeste. Pero jamás había escuchado que alguien pudiese paralizarte por casi dos horas.

—¿Pasaron casi dos horas? —pregunté, escéptico.

—Según Lang, sí —aseguró, levantando la cabeza en dirección al pistolero.

—Parece mucho tiempo para un hechizo.

—Totalmente. Y, es más, con éste tipo de hechizos el cuerpo genera una resistencia natural. Pierden efectividad en tiempo y profundidad. En los últimos años de mis estudios solo duraban minutos, y la víctima generalmente podía hablar y entender lo que pasaba. Esta parálisis duró demasiado, y fue completa. Si me hubieran asesinado, no me hubiera enterado. No sé si era magia normal.

—Estoy seguro que eso no era la guardia de su capital —aseguré—. Era algo para nosotros.

—Eran magos peligrosos... y Aldara mató a varios sin esforzarse demasiado. —Ahora todo rastro de sonrisa en su cara había desaparecido.

Nos quedamos en silencio por un segundo, hasta que Cregh pareció recordar algo.

—Ítalo, ¿podes pasarme el libro que le robaste a tu hermano? —Cregh trataba de parecer menos ansioso de lo que estaba. Llevé mi mano al bolso y noté que había terminado en un río durante la batalla.

—Oh, mierda —dije—. Está empapado.

—Sos muy inteligente, tirándote en un río con libros legendarios. —Cregh se llevó una palma a su rostro.

—Callate. Todavía está legible —afirmé, y comencé a buscar un claro.

—Imaginé que vas a dejarlo un rato al sol—dijo el hechicero.

—¿Qué pasa con el libro, de todas formas?

—Los dibujos eran interesantes, como mínimo. Pensé que podría ser alguna mierda supersticiosa. Aunque empecé a sentir que no era

coincidencia. No sólo esto, sino todo... —Entonces decidí interrumpirlo.

—Somos los cinco con los que los oráculos soñaron por siglos; hay pocas casualidades en todo éste viaje.

—Sí, algo así —asintió—. El libro no es otra coincidencia. Quiero saber qué nos espera en sus páginas.

Encontramos un pequeño claro entre la flora occidental, no muy lejos de donde estaba Lang. Dejamos el libro, que llevaba el símbolo de la bebida Vera en su tapa, a secarse al sol. Mientras esperábamos, noté cómo las luces resplandecían en el colgante rojo que llevaba Cregh. Nunca me había quedado claro cómo lo había conseguido.

Esperamos en silencio hasta que llegó el pistolero con la mirada perdida. Llevó sus manos detrás de la nunca y tomó aire.

—Esa cosa no quiere largar nada —dijo, soltando el aire—. Ya lo intenté todo.

—¿Entiende nuestra lengua? —pregunté.

—Sí, definitivamente entiende. De hecho, habló algunas palabras.

—¿Y qué dijo? —preguntó Cregh.

—Nada —dijo Lang, desviando la mirada—... Nada importante.

—Necesitamos algo; cualquier dato —dije.

—No hay manera. Es la cuarta vez que se desmaya por el dolor y sigue sin abrir la boca. —Lang escupió al suelo.

—Podríamos dejar que despierte y se transporte a su guarida —propuso Cregh—. Podría seguir su rastro y transportarnos con el anillo.

—Eso solo es meterse en la boca del lobo —dijo Lang.

—Creo que es una buena idea —susurré—. De alguna manera retorcida.

—Podemos tomarlos por sorpresa y matarlos. O espíarlos y sacar información. —Cregh intentaba darle forma a la idea antes de que Lang hablase.

—Cregh, ni siquiera entendemos bien el idioma —rió Lang. Se veía cansado, pero estaba en todos los detalles. Entonces se me ocurrió otra cosa.

—Deberíamos terminar con su dolor; tenerlo ahí es un riesgo.

—Ahora me encargo —El pistolero levantó su mano, cómo disculpándose por haber dejado viva a una criatura del Oeste por tanto tiempo.

De pronto, un haz de luz nació cerca de nosotros y se proyectó en el cielo con forma de esfera. Otra señal de luz había sido encendida.

Corrimos hasta donde se encontraba el búho y, sin pensarlo dos veces, el pistolero desenfundó. Me apuré para tomarle la mano. Le dije que era un desperdicio de balas para un bicho que ya tenía un pie en el otro mundo.

Dando tres pasos adelante, me encontré con los restos del mago del Oeste. Al ver su cara me pregunté cómo es que Lang no tenía los nudillos destrozados. La sangre se coagulaba en cada poro de su pellejo. Pellejo... ya no había plumas en su rostro. El ojo izquierdo estaba salido de su cuenca y ya parecía no ser útil. Sus alas habían sido rotas en batalla. Había recibido una golpiza brutal y no había podido defenderse; sentía que el interrogatorio se había convertido en un desahogo para Lang. Por la manera en que el pico estaba torcido y cortado me garanticé que los primeros cuarenta y cinco minutos sólo habían sido para que Lang se sintiera un poco mejor. Y no lo culpaba en absoluto; yo hubiera hecho exactamente lo mismo.

Pero la escena grotesca me dio una sensación diferente. No era necesariamente mala o importante, pero ver al búho no parecía desahogarme.

El sabor metálico en mi lengua dijo presente de inmediato. Empecé a cargar energía en mi brazo para darle fin a su sufrimiento. Para terminar con su dolor. Sentía un poco de empatía; lo percibía como estar matando a un inocente o a un civil. Alguien que había quedado en el medio de todo ese asunto. Pensé de nuevo en la estela de sangre que habíamos dejado, nosotros y ellos.

Llevaba quince segundos cargando la energía de la piedra cuando Aldara llegó al lugar, poniéndose a la derecha de Creggh. Ahora todos estaban mirando.

Eso no se establecía en ninguna escritura. Matar. Se designaban cinco elegidos de Alles y cinco del Oeste. Pero no estaba escrito que no podíamos sentarnos a aclarar las diferencias y llegar a un acuerdo.

Sin embargo, solo pensábamos en la guerra. Eso es lo que hacía el cerebro humano. Y el de ellos había hecho lo mismo. No éramos tan diferentes, a final de cuentas. Mientras pasaban treinta segundos, me convencí de que todo se había resuelto mal por dos siglos enteros. Cada decisión había sido tomada mirando desde el ángulo equivocado. No duró demasiado. Tan pronto volvió Dalia a mi cabeza, entendí que ningún miembro de mi grupo iba a poder perdonar al cuervo que lo había hecho. No iba a negociarse nada; ese cuervo iba a ser ejecutado. Y a su vez, su grupo no iba a soportar ese accionar. Era un ciclo de odio que no íbamos a romper en ese momento.

Llevando un minuto de carga en la mano izquierda, decidí que ya era suficiente para matar al mago. No lo sabía a ciencia cierta, por lo que era un buen momento para corroborar la letalidad de mi piedra.

Con los sentimientos de empatía desvaneciéndose, toqué al mago en el pecho.

Su cuerpo empezó a agitarse de pies a cabeza. Un pequeño grito ahogado marcó el fin de sus días.

Cregh miraba hacia el cielo.

—Otra señal de luz... —dijo.

—Sí, necesitamos movernos ya —dijo Lang.

—¿Por qué? —pregunté—. La burbuja de Verin absorbe toda su luz. Además, estamos a una buena distancia de la ciudad.

—Imagino que sos consciente de que tienen anillos que los transportan a cualquier lugar con solo desearlo —dijo Lang.

—No hablo de distancias; la señal es un mensaje y creo que nadie lo va a recibir.

Pero Cregh ya se había decidido a sacarnos de ahí. El hechicero se puso a mi lado y llamó al resto con un gesto. Malo fue el último en acercarse y, como siempre, el anillo fue impecable.

Nos había movido hacia el pie de otra de las pequeñas montañas que rodeaban la capital. En esa área particular había mucha más vegetación y el sol parecía ir a acompañarnos por un buen rato.

Todo el grupo se dispersó rápidamente en todas las direcciones. A excepción de Cregh, que llevó su mano a mi hombro.

—No te vayas a ningún lado; el libro es prioridad —dijo, formando una gran sonrisa en su rostro. Me quedé congelado, mirando a Aldara sentada en una piedra, jugando con un charco de agua.

—Sí... —dije, soltando un suspiro.

—No me digas que vas a enojarte por lo de recién —dijo Cregh, poniéndose frente a mí para tapar mi visión.

—No, no es eso —negué—. Es que nos sentí sin rumbo de repente. Y estamos corriendo contrarreloj.

—Es así; no hay otra cosa que hacer más que esperar.

—Eso es lo que digo. Quizás no estemos forzando las cosas lo suficiente para que pasen.

—No —dijo Cregh, soltando una pequeña risa—, ¿por qué decís eso? Ahora sonas como Aldara, pidiendo acción.

—¿Aldara? —pregunté, confundido.

—¿Usar la piedra te produce algo... raro? —dijo Cregh, llevándose la mano al mentón, buscando la palabra justa—. ¿Cómo ansiedad?

—¿Qué? No, no. Creo que sólo dije en voz alta lo primero que se cruzó por la mente —me disculpé.

Cregh se limitó a mirarme fijo y encogerse de hombros. Buscó uno de los rayos de sol que se filtraban por la montaña y se sentó en el pasto, con el libro frente a él. El aire se había vuelto más cargado y fresco, presagiando la tormenta que se venía en el horizonte, desde el Este. Las nubes nos venían pisando los talones desde Aqlatan. Llevaban impregnado un gris demasiado oscuro en sus curvas esponjosas. No hacía falta concentrarse para escuchar los rayos rugiendo en la lejanía.

Temía que las nubes taparan la luna esa noche.

El libro carecía de sentido, según Cregh. Primero recorrimos sus hojas, enfocándonos en los dibujos ahora distorsionados por el agua. Una figura humana, ya sea de cuerpo completo o de alguna parte en especial, acompañaba cada hoja escrita en Lengua Alta. Era algo antiguo que solo había aprendido gracias a la posición de mi familia y la educación que podía obtener.

El mago, impaciente, me quitaba el libro de mis manos y ojeaba cada centímetro. Se tomaba la cabeza, abría la boca para decir algo y

la volvía a cerrar. En la quinta vez que repitió el proceso terminó formulando su pregunta.

—¿Alguna idea? Pensé que iba a ser más fácil.

—La verdad que no —dije—. Parece una guía de baile para una especie de ritual.

—¡Mirá esa página! —Cregg la señaló enérgicamente ni bien terminé de voltearla—. Está llena de texto. ¿Qué dice?

Pasé una hoja más para encontrarme con que eran las últimas del libro. Esa sección era una especie de introducción, o al menos eso fue lo primero que se me vino a la cabeza después de leer los primeros párrafos. Estaban escritos en Lengua Alta, al igual que el resto del contenido. Presentaba al libro como una investigación sobre algo llamado el “arte alternativo”.

La sección definía a ese arte: empezaba haciendo hincapié en la idea de que no éramos sus dueños. Debíamos tomar elementos de otro plano, llamado Limbo, y ponerlos a nuestra disposición. Excluía también la posibilidad de crear; los humanos no éramos capaces de tal cosa. Se basaba en el ejemplo de la magia, dónde el usuario solo transformaba las energías que ya estaban ahí. No usaba algún nombre para referirse a aquel arte pero era fácil hacerse una imagen. Además, no era la primera vez que leía sobre la idea de que los humanos no eran autores propios, sino más bien sutiles ladrones de ideas divinas.

Continuaba diciendo que había otras fuentes de energía que no solían hacerse conocer; fuentes provenientes debajo de nuestros pies. Y, otra vez, los humanos no eran sus legítimos dueños. Esta energía, éste arte alternativo en sí, venía de seres llamados los Dioses Humildes. Se suponía que habitaban miles de kilómetros bajo tierra; vivían entre fuegos eternos ardiendo con un calor miles de veces mayor al de cualquier flama que pudiésemos ver en la superficie. Se suponía que, a pesar de la distancia, escuchaban nuestras plegarias. No sólo las escuchaban, las esperaban con ansias para seguir a aquellos que los venerasen. Imaginé que los escritores buscaban usar muchos recursos literarios para enfundar a ese arte en un manto de misterio y espiritualidad.

Paré al llegar a la última página, incapaz de traducir o poner en contexto las primeras oraciones. Parecía importante, de alguna manera... Mencionaba “Djucu” varias veces. ¿Acaso ahí estaba la respuesta? Había estado leyendo en voz alta hasta entonces. Al levantar la vista me encontré con que el mago estaba prácticamente encima de mí, con los ojos como platos.

Estiró las manos varias veces, exigiendo que siguiera.

—Ya sé que debo estar en la mejor parte, pero no entiendo esto — dije, riendo.

—¿Cómo qué no? —preguntó Creggh, indignado, cambiando su actitud de niño ansioso a una expresión severa.

—¿Yo era el que tenía problemas con las ansias? —Respondí con una pregunta, pero Creggh mantuvo esa expresión por un rato. Luego sacudió la cabeza y tomó distancia. No habló más, dándome lugar para que me concentrara en el libro.

Desconocía la mayoría de las palabras de esa página. Sólo podía traducir algunas pocas oraciones que no guiaban a mucho. Entendía muchas palabras sueltas, pero el sentido de la oración escapaba a mis conocimientos. Era como si la página tuviera menos Lengua Alta que las otras; casi todas las oraciones se veían interrumpida por un término que no podía reconocer. Hasta que, con el último párrafo, volvía a ser legible. El libro cerraba hablando de los límites de ese arte, y me daba la sensación de que todavía no sabíamos a qué iba el libro.

—Aclara que los límites de éste arte están delimitados por la voluntad de los Humildes y no mucho más —dije.

—Mierda... Nunca fumé cigarros, pero creo que éste sería el momento ideal —dijo el mago, adoptando ahora una expresión cercana a la angustia.

—No deberías intentar cosas raras ahora, podrías ofender a los Humildes —bromeé.

—¿Y eso qué carajo importa?

—Los límites de esta magia están ligados a su voluntad y dice, textualmente, que en caso de ofenderlos podrían negarte sus poderes.

—¿Y cómo se supone que ofendemos a un Dios Humilde? —bufó Creggh, decidiendo seguirme la corriente.

—No sé, no da detalle alguno... esperá. Ya sé, ¡son formas de rendirle tributo! Como una oración, un rezo —dije.

Ambos reímos y nos abrazamos, desgarrando de a poco la densidad del ambiente que se había formado desde que habíamos abierto el libro.

Cerré el libro y se lo extendí con la idea de que buscara el dibujo que más le llamara la atención. El mago recorrió las páginas con mucha más atención que antes, a pesar de no entender una sola palabra. Yo me mantenía un poco escéptico respecto al poder del libro. La exageración en los detalles históricos me había dado la sensación de que todo era muy poco fidedigno. Mientras Cregh volteaba las hojas, más me convencía de que era falso.

Me señaló con el dedo a una de las figuras que mostraban manos moviéndose. En la parte superior decía *J'va-Gangshi*. La palabra era casi idéntica al nombre de la ciudad-puerto del Oeste, pero desconocía qué podía significar. Ni siquiera parecía una palabra de la Lengua Alta; se asemejaba más a las lenguas de los bichos. La mayoría de los títulos resaltados daban la impresión de venir de tierras diferentes a las nuestras.

Cregh empezó a agitar las manos según los dibujos. La idea, en teoría, era que ese pequeño ritual correspondería de alguna manera a las divinidades que habitaban a nuestros pies. Las secuencias no parecían difíciles de seguir, pero no lograba conseguir nada. Le sugerí que se pusiera de pie y que lo imaginara como a un ritual lo más formal posible. Gruñó y se puso de pie, repitiendo el proceso solo para llegar al mismo resultado de antes.

La temperatura había bajado todavía más; el viento se había vuelto más violento. Me pregunté si no sería que la tormenta estaba por alcanzarnos. Iba a ser mejor que yo ayudase para acelerar los hallazgos. Memorice las tres figuras de las manos y me puse de pie. Quizás Cregh no era el elegido para el arte alternativo. Después de todo, la obra aclaraba la importancia de la voluntad de los Humildes. Además, yo había encontrado el libro. Sin perder más tiempo, comencé a agitar las manos según los tres pasos que se indicaban... aunque no logré mejores resultados.

Entendí que faltaba algo. El movimiento de las manos parecía algo demasiado genérico. Miré a Cregh y creí que él también había entendido lo impráctico de poder estar lavando las vajillas e invocar al poder del inframundo por accidente. Una idea tomó fuerza en ese momento, haciéndose casi obvia. Acompañé cada movimiento de manos con una sílaba de la palabra titular. Estaba seguro que iba a funcionar. Un silencio absoluto me demostró lo contrario.

A pesar de mi fracaso, los ojos de Cregh se encendieron.

—Interesante —dijo—. La magia normal no usa palabras, pero quizá...

Parándose derecho, intentó realizar el conjuro usando mi nuevo método. Acompañó los movimientos de manos con las sílabas, al igual que yo... e, inmediatamente, una luz amarilla rodeó su mano izquierda.

No lograba entender que es lo que Cregh había hecho de forma diferente, pero habíamos venerado a los humildes y ellos correspondían compartiendo su poder. Cregh frunció el ceño, intentando comprender la energía en su puño. Su mano se sentía pesada, dijo. No cargada de poder, sino que como si estuviera hecha de acero. No podía abrir su puño. Pasado un minuto, la luz se evaporó, dejando libres los dedos del mago. Podían ser llamados Humildes, pero tranquilamente podían ser los Tacaños con la duración de sus bendiciones.

Cregh volvió a tomar la iniciativa, repitió el conjuro y consiguió resultados otra vez. Eligió un árbol que estaba a unos pocos pasos para probar su teoría. Golpeó al tronco con su mano bendecida, y la fuerza fue tal que sacudió cada hoja. Sin embargo, una vez más, no habíamos terminado de festejar esas habilidades antes de que se desvanecieran.

—No estabas equivocado —afirmé, mientras me sentaba en el piso—. Encontrar el libro no fue una coincidencia.

—Sentí una corazonada muy fuerte, estaba demasiado seguro —dijo Cregh. Su tono era bastante más serio de lo que acostumbraba.

—Yo también percibí algo así con otras que pasaron en el viaje; es algo que me hace sentir menos solo.

—¿Solo?

—Sí —aseguré, volcando mi cabeza hacia atrás, contemplando el cielo gris—. Me siento bastante menos solo cuándo noto señales de ese tipo.

—¿Consideras que son señales? —volvió a inquirir Cregh.

—No, pero no son casualidades. Hasta ahora no se me ocurrió alguna otra palabra.

—Parece que hoy no van verse las estrellas—dijo Cregh, despreocupado, sumándose a la contemplación de las nubes.

—Y dudo que eso sea una casualidad.

Los últimos rayos de sol pintaban al Oeste de tintes naranjas, pero las nubes no tardaron en envolvernos. La temperatura bajó todavía más. La oscuridad se empezó a agudizar.

Revolviendo las hojas del libro, Cregh se lamentó pensando cuántos hechizos se habían perdido por mi chapuzón. Le dije que si no quería perder más hojas que nos encontrará algún tipo de refugio para la lluvia. Se rehusó y tomó del brazo para que le enseñara.

—Tengo que aprender Ítalo, un solo hechizo no es suficiente —dijo Cregh.

—La pronunciación del idioma no es demasiado distinta a nuestro idioma. ¿Por qué no probás vos? —le dije.

—¿Estás loco? No sé leer esto.

—No es necesario entender lo que dice, solo tenés que decirlo en voz alta, ¿no? —dije.

Cregh tomó el libro de nuevo, y eligió una de las páginas que todavía estaban sanas. Realizó los movimientos, hablando las sílabas en el momento correcto. Una pelota de luz violenta surgió. Se suspendió en el aire hasta que se desapareció.

—¿Ves? Si tenés algún problema, pronuncialo con acento del puerto. Voy a ver qué puedo conseguir para el resto —dije, aunque Cregh no me dio mayor atención al ver que podía traducir. Se quedó pegado leyendo las palabras del libro mojado.

Empecé a recorrer el lugar tras algo para cenar esa noche. La tierra del Oeste nunca mejoraba en cuanto a la fertilidad de sus frutos salvajes. Solo había frutas diminutas y plantas cuyo verde profundo nunca cambiaba. Me limité a buscar una buena cantidad de bayas y

no pensar por un rato. Sabía que el robo al restaurante de la capital iba ser nuestra última cena significativa.

Al volver, encontré a los chicos en una pequeña cueva al pie de la montaña. Creggh practicaba movimientos de manos, sin percatarse de mi presencia, con Malo observando. Aldara estaba sentada adentro. Solo la pude ver por la manera en que sus ojos reflejaban la poca luz que había.

—Esas hierbas se ven deliciosas —dijo Lang, con una gran sonrisa en su rostro. Era poco característico de él, pero el hambre hacía esas cosas.

—No se ilusionen mucho, no parece que vayan a ser más placenteras que comer tierra. Con un poco de suerte nos van a mantener con vida un buen rato más —dije.

El flujo de la conversación se extinguió enseguida y comimos en silencio, apenas coordinando algún vago contacto visual. Confundí las expresiones que vi con miedo, pero entendí que mis compañeros estaban totalmente agotados. Yo era el único que había dormido algo desde la madrugada pasada. Luego de comer aquella cena poco placentera pero abundante, la lluvia comenzó a caer con elegancia. Actuando como un potente somnífero, el resto no tardó en dormirse. Incluso Lang, de quien había esperado que se mantuviera en guardia para siempre. El cansancio había sido tal que ni siquiera habíamos prendido una fogata.

Sin sueño, me acerqué afuera para mirar la lluvia de cerca. Pasó un rato y el caudal no hizo más que aumentar. Aunque todavía era una lluvia tranquila, y estaba sola; los rayos parecían lejanos, visibles en la dirección de Aqlatan.

Malo notó que yo no estaba dormido y se acomodó a mi lado a contemplar la noche. Aunque no tenía manera de hablar con él, sentí que tenía compañía en esa noche sin luna.

Las horas se habían apreciado de manera distinta. Todavía no era medianoche; en menos de un día todo había tomado el camino menos esperado. No era posible procesar una muerte en veinticuatro horas, y creo que todos éramos conscientes de eso. Era imposible no lamentarse, no pensar en lo que podría haber pasado. Era imposible no querer volver el tiempo atrás y arreglar todo. Si uno de nosotros hubiera

tenido insomnio, Dalia estaría viva. Si uno se hubiera levantado a mear, Dalia estaría viva. No era difícil, era tan simple como estar despierto. Esa idea agobiaba la mente, haciéndote sentir pequeño, impotente, sin escapatoria. Sin embargo, notaba que estábamos mirando en otra dirección. Antes podíamos tener nuestra visión puesta en Alles, pero eso había cambiado. Pensé en las palabras de Lang: *La derrota va a significar nuestra muerte y la de todo lo que está detrás de nosotros.*

El Este estaba en nuestras espaldas; estábamos defendiendo todo lo que habíamos dejado atrás. El cuerpo de Dalia no era una carga, sino una razón para seguir mirando hacia adelante. Hacia la única dirección que importaba: el Oeste.

El tiempo se distorsionó, pareciendo volar mientras miraba las gotas cayendo. Creía que ya había pasado la medianoche y Malo se había acurrucado y dormido contra mi pierna. Gentilmente, dejé que mis sentidos se apaguen lentamente, mezclándose con el ruido de la lluvia.

El reposo se volvió tan profundo que cuando desperté estaba seguro de que estaba siendo resucitados de entre los muertos. El extraño sueño de un corazón latiendo despacio me había tenido como hipnotizado. Amanecí ante los dulces ojos de Aldara, abiertos de par en par en una expresión extraña. Estaba sacudiéndome el brazo para que me despertara. El resto estaba alrededor, guardando una expresión idéntica en sus rostros.

Amagué a abrir la boca cuando sentí el primero latido, dando sentido a todo. Pum... Pum... Primero imaginé que podía ser algo como el hechizo que nos habían lanzado en el río de Verin, pero no tardé en darme cuenta que no era así. Estaban latiendo. Las tierras de Verin estaban latiendo.

IV — HANZEL

El cielo se rompió de repente y una lluvia gentil mojó las calles de Verin. Mis ojos humanos no podían ver más allá de la oscuridad de la ventana, dándome la impresión de que no estaba pasando nada. El té de menta se enfriaba en el escritorio cuándo alguien golpeó la puerta. Ni siquiera había considerado que pudiera ser algún peligro hasta que ya había girado el picaporte. Mi mente estaba en una especie de laguna complaciente, donde había navegado toda la tarde. Todo estaba resuelto; era como estar en las nubes.

La mirada de Isaac había perdido rastros de vida después de la reanimación, lo que me hizo imposible distinguir algo en los segundos que se quedó en la puerta sin decir nada. Terminó dando un paso al frente y cerrando la puerta él mismo.

—¿Qué pasa? —dije.

—La ceremonia está lista. Considero que es lo menos que podíamos hacer —respondió el Pistolero, sin demostrar ningún tipo de emoción. Ni siquiera hablaba con el acento tan típico de Havenstad.

—¿Ceremonia? —pregunté, incrédulo—. ¿El Deus ya está completo? —Era difícil estimar que el cerebro de mi viejo amigo estuviera funcionando correctamente. No lo culpaba; había pasado de ser un títere que solo estaba vivo por la mano de Karus a ser reanimado por el arte alternativo. Karus solo controlaba su cadáver, pero yo lo había revivido del todo. Había tenido una semana dura.

—No —negó, con total firmeza—. La guardia que preparaste para el Deus fue aniquilada.

Isaac Robler habló sin ningún tipo de escrúpulo. Me limité a reír.

—¿Qué? ¿El koyeg?

—Immo —afirmo—. Los ocho magos.

—Nueve —corregí, todavía intentando procesar la información. Mi mirada se clavó en la boca del pistolero, mientras el resto de mis

sentidos parecía apagarse. Mi vista se enfocaba más y más en sus labios, que habían tomado tintes azulados, y en su piel grisácea. Y luego mi vista perdió sentido también. En el mismo momento en que los sonidos perdieron claridad comencé a sentir a los latidos de mi corazón ganando velocidad. Mis latidos tomaron todo mi pecho y toda mi cabeza.

Necesité una bocanada de aire frío para estabilizar mi cuerpo. El pistolero había seguido disparando información sin entender lo que me pasaba. Los textos no mentían cuando decían que los Humildes exigían el alma como precio para la reanimación.

—...Krieg Waltz se encargó de la veneración de los cuerpos de los cuervos, puntualmente. Esperamos que te sientas a gusto —terminó.

Sólo asentí a lo que decía y le pedí que me llevara hasta el lugar. Aparecimos en un templo luego de un parpadeo, gracias al anillo de Isaac.

Envuelta en la incandescencia tenue de las velas, la sala tomaba un aspecto lúgubre. La ausencia de iluminación en Verin lo hizo todavía más impactante. La luz dibujaba sombras inquietas en el piso y en las paredes dónde se veían los grabados sagrados. El silencio era meritorio de la situación. Estaba en frente de la masacre de mis propios alumnos.

Todavía no había dolor, lágrimas, arrepentimiento. Un vacío perfecto habitaba en mí.

La escena carecía de sentido, por lo que me convencí de que era un sueño. Sentía que estaba en Alles, dado que las velas y los ataúdes habían sido dispuestos de manera prácticamente idéntica a la tradición de mi familia. Había vuelto a ver a Ítalo... Isaac estaba detrás de mí... la lluvia. Solo podía cuadrar si había viajado siete años al pasado.

Siete años atrás. Cuando me había levantado por la mañana y emprendí camino a Havenstad para competir en la final de las cruzadas de magos. Si papá hubiese logrado despertar a tiempo hubiésemos desayunado juntos. Antes de partir, hubiese podido decirle que el accionar de los señores de tierras se estaba volviendo inaceptable.

Sentándome en la punta de la mesa, le hubiera pedido que me alcanzase la manteca para el pan. Hubiéramos hablado de los nuevos calibres que estaban llegando desde el puerto... Entonces sacaría el

tema. Le comentaría que un amigo se había infiltrado en una reunión de peces gordos donde habían salido a flote cabos sueltos. Cómo los cadáveres que habían aparecido flotando de esos primos de mamá. O planes para hacer desaparecer del mapa a familias enteras sólo para conseguir posicionamiento. Habían mencionado, sin ir más lejos, la idea de que en la final de las cruzadas el ganador ejecutara al perdedor frente a la multitud. Pero papá no se despertó temprano, y partí con un sabor amargo. Lo volvería a ver alentando desde las gradas. Pero no me afectó, porque las cruzadas de magos me importaban demasiado.

Estaba decidido a ganar.

Cualquier fantasía a la que me aferrara se desmoronó cuando escuché la armadura de Karus detrás de mí. Sí él estaba ahí, las palabras de pistolero habían sido ciertas y no era ningún sueño.

No quise girarme hacia el mago. Respiré hondo y me decidí por aceptar lo que tenía enfrente. Los ataúdes estaban dispuestos en dos semicírculos con un pasillo entre medio que llevaba a un altar. Deslicé mi mano por la madera de los cajones, uno por uno. Caminaba lentamente, recordando memorias de los últimos dos años. Iba a recitar un viejo poema de batalla de la familia que me agradaba bastante, pero mi respiración cargada derivó en un nudo en la garganta que me lo impidió. El nudo se tornó incontenible cuando no pude distinguir la identidad de un alumno por la manera en que una bala había hecho estallar su cabeza. Las lágrimas salían a pesar de lo fuerte que apretaba los ojos; mi cabeza se llenó de una culpa que jamás había sentido. Era cómo una soga en mi cuello que me estrangulaba.

Los pasos metálicos de Karus se pusieron justo detrás de mí. Si algo no necesitaba en ese momento era el tono soberbio de su voz. Llevé mi mano al revólver, quizás no tan inconscientemente.

—Es una tragedia para el reino que vendrá. Eran buenos soldados —dijo, en un tono tan sincero cómo las llamas con las que había incinerado a la Nereida. A pesar de nuestro conflicto, no percibí otra cosa que dolor en su voz—. Y lograron hacer éste desastre sin su Caballero... los subestimamos otra vez. —Había abandonado su “yo” por un humilde “nosotros”. No podía comprender que fuera Karus.

—No necesito tus falsas condolencias —dije, con voz ronca, insistiendo con que debían haber malas intenciones. Karus odiaba a los humanos, y tener al humano más poderoso de su lado destrozaba su mente.

—¿Falsas condolencias? —Su tono inocente no parecía venir de alguien que había derramado tanta sangre—. Acabamos de perder la élite de la defensa del Deus. Detrás de nosotros solo estaban sus almas para sostener la oscuridad. Las situaciones límites nos demuestran lo poco que importa qué calculemos las variables; la sangre del Caballero no nos significó ventaja alguna. —Karus hablaba fuerte y claro. Terminé creyendo en su piedad por las vidas que se habían perdido, entendiendo que entre los nueve no había un solo humano.

El hechicero extendió su mano hasta encontrarse con mi hombro. La escena no podía ser más irreal. Deteniendo su papel paternal, hizo contacto con mi mirada y luego de eso decidió desaparecer. Una vez que se había ido, dejé salir más lágrimas. Mis piernas me llevaron hasta los primeros escalones del altar, donde me senté y pude desplomar el peso de mi cabeza en mis manos. Finalmente recité el poema.

*De sangre beligerante,
Los ancestros de la guerra.
La muerte llega a la tierra,
Viste su traje elegante,
Mirádonos, hesitante.
Somos ésta sola vida,
De subsistencia trépida
Despidamos los difuntos,
Lloremos pegados, juntos,
Sin ceremonias sórdidas.*

Unos momentos después, Isaac se acercó y se sentó a mí lado, dándome a entender que todavía tenía algo de alma.

—Quizás deberías salir afuera de Verin. La oscuridad causa síntomas particulares en nosotros.

—No —dije, secándome los ojos, intentando dejar el luto atrás—. Voy a estar bien. Es solo que... compartí mucho tiempo con ellos. La

gran mayoría estaba plenamente convencidos de lo que hacían, quiero decir, estaban entregados en un nivel más profundo que el de nosotros. No merecían esto; morir por una mala decisión. Y peor aún, ni siquiera murieron defendiendo al Deus, cómo les había prometido. —Hablé como en un largo suspiro, sacando aire desde el punto más profundo de mi pecho.

—Discípulos del mejor mago... El Hechicero realmente falló en sus cálculos.

—No —volví a negar—, yo también me equivoqué. Ni siquiera les concedí los amuletos djucu del arte de tu familia antes de la cacería. Se suponía que eran el diploma para pasado mañana —dije. Debía aceptar la culpa que me correspondía.

—No hubiera supuesto diferencia; no hubo ni una gota de sangre humana en la batalla —dijo el Pistolero, manteniendo el tono neutro. Sacudí la cabeza, buscando olvidar lo que me decía Isaac.

—Me hubiera gustado que vean al Deus despierto. Creo que podría resumirlo en eso; no me gusta faltar a mis promesas —aseguré, clavando mi mirada en el piso. Suspiré, esperando largar la bola de sentimientos que se acumulaba en mi pecho. El pistolero rompió el silencio, empezando a hablar sobre la manera en que la sangre humana se reflejaba en la luz de una manera en que ninguna otra lo hacía, sin darse cuenta de que el silencio me ayudaba mucho. Pero su voz no era molesta para nada; llena de imparcialidad y neutralidad, era un zumbido que regulaba el ritmo de mis latidos.

Miraba mis manos con temor, dándome cuenta que no había rumbo aparente. Las velas consumiéndose en las esquinas daban una sensación de final. De cierre amargo, de impotencia. De una oración definitiva.

Pero la oración no se había completado del todo. Un par de pasos avivaron mis oídos, al tiempo que volvía a procesar las palabras del pistolero.

—...Y la fui a buscar a ella. Creí que necesitabas esto, porque tal vez mañana el sol ya no salga. —Isaac dibujó una pequeña sonrisa con el resto de alma que le quedaba. Me giré hacia la mujer detrás de nosotros.

Su piel retumbaba la luz en todas las direcciones, haciendo que la capital pareciera un festival de Craster. Se paró en los semicírculos, como un ángel a punto de sembrar las almas y llevarlas a la tierra prometida. Sus ojos estaban clavados en los míos, aunque su expresión no era benevolente.

No hubo palabras de mí lado; ella se limitó a brindarme un abrazo vacío y me permitió sentir el tacto casi frío de sus labios. Movié la mirada para entender que la totalidad de los alumnos habían muerto, y notar que había un mago ausente. Quiso mostrar algún sentimiento parecido a la empatía, pero ese día no había nada de eso dentro de ella.

Tomé su mano, acariciándola. Aclaró su garganta y habló.

—Deberíamos irnos —dijo, devolviendo las caricias con su dedo pulgar.

Althea movió la cabeza en dirección a Isaac, delegándole el cierre de la ceremonia. Levantó su mano para envolvernos en un manto de luz blanca y transportarnos a casa.

Todo estaba quieto, y el té ya se había enfriado. La lluvia perdía protagonismo sin el eco del templo. Y sin ninguna luz, lo único que tenía enfrente era su suave respiración. Encendió un cigarrillo sacando una pequeña flama de su mano. Lo puso en mis labios y se dirigió a la cocina. Di la calada más profunda de toda mi vida. Dejé que el humo se escapara de mi boca, sin prisas.

—Tomá —dijo, apareciéndose con una botella y dos vasos.

—No sé si quiero —afirmé, con voz débil.

—No es una sugerencia —replicó, dejando el vaso lleno al borde de la mesa y tomando asiento.

Me privé de tomar asiento frente a ella, pero tomé el vaso y vacié el interior de un solo trago. Dejé el vaso encima del mueble, mientras ella bebía de a sorbos pequeños. Todavía de pie, seguí dándole caladas profundas al cigarro. Mis ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad y noté que ella parecía ignorar mi presencia por completo. Althea tenía su vista clavada en la insignia de la puerta de entrada. De sus prendas sacó otro cigarrillo en un movimiento tan lento que me resultó absurdo. Para ese momento el contenido de su vaso era historia, por lo que volvió a llenar los vasos hasta el tope. Me pidió que

dejara de mover la pierna, cosa que ni me había percatado que estaba haciendo. Dijo que me hacía ver intranquilo. Reí irónicamente, pensando que tenía más de una buena razón para verme así. Althea permanecía con una neutralidad tan perfecta que era imposible determinar qué quería lograr. No era mi mejor día para leer expresiones en la cara en las personas. Pero tampoco le pregunté, optando por quedarme con el débil sonido de la lluvia.

Reemprendí la tarea de terminar mi vaso de un solo trago. Ella renovó su ritmo, manteniendo elegancia. Rellenó los dos recipientes y me pidió que me sentara. La escena se repitió.

Ahora solo había suficiente bebida para llenar nuestros vasos hasta la mitad. Ella me pidió que me acercase un poco más y me uní a su ritmo, tratando de disfrutar esos últimos sorbos que no eran nada baratos. Althea dejó su fascinación con la puerta de entrada y se giró hacia mí, atravesando mi ser con sus ojos inmensos. Bajo la mesa, advertí la presencia de sus pequeños pies chocando contra los míos. Sus pies estaban desnudos y no tenía la menor idea de cuándo se había quitado el calzado. Apoyó su cabeza en la palma de su mano, sin dejar de mirarme o jugar con mis piernas. La quietud se empezó a corromper con la distorsión que fabricaba el alcohol en sangre. Las sensaciones de mi cuerpo se difuminaron más rápido de lo que esperaba. Me deslicé sobre la silla, perdiendo la buena postura hasta encontrar un punto donde no creía poder estar más cómodo. Todo parecía lo suficientemente distante para lastimarme. Distante y estático. La lluvia me incitaba a desplomarme en el suelo y desmayarme, pero algo permanecía sin encajar. Había una expresión oscura en la mirada de Althea que no encajaba con las caricias en mis pies. Las palabras se atondraron en mi garganta, pero ella se adelantó a hablar.

—¿Sabés qué poco falta? Quiero que imagines la oscuridad —dijo, sin abandonar su voz opaca y su extraña presencia.

—Sin la bebida sería más fácil crear imágenes en mi cabeza —respondí, con una pequeña risa.

—No, no, no estoy hablando de eso —dijo, sacudiendo torpemente la cabeza—. Es algo más grande que tu mente; imaginálo con tu ser. Contemplá las sombras llegando a cada esquina, a cada ciudad, a cada mar, para nunca irse —dijo, abriendo más los ojos y pegando

su espalda a la silla. Su figura se mezclaba con la oscuridad, convirtiéndose en un torbellino negro. Respiré, buscando concentrarme. Cerré los ojos y pensé en las tierras infinitas del Oeste, el Este, el cielo y el océano. Cada rincón siendo negado de luz, revolucionado por la presencia del Deus. Subordinando la voluntad de todos, el Deus que defendía nuestro imperio se convertía en el líder ideal. No había egos ni política. Su nobleza no daba lugar a la subjetividad. Porque el castigo que repartía era justo y necesario, nunca estaba equivocado. Porque la oscuridad era también nuestra imparcialidad, haciendo que la igualdad entre los seres prime. Era el equilibrio. Era la paz eterna.

Abrí los ojos, encontrándome con que Althea estaba subida a la mesa. Acercó su boca a la mía hasta que respiramos el mismo aire.

—Lo imaginaste, ¿no? —me preguntó, mientras sentía el suave y frío tacto de su lengua en la comisura de los labios.

—Cada detalle —respondí.

—Tan cerca... —suspiró—. Va a ser un nuevo comienzo, pero hoy todo va a ser igual. Bajo de las sábanas va a pasar lo mismo que siempre —dijo, ensanchando su sonrisa frente a mí.

—¿Ese fue el plan todo el tiempo? —dije—. ¿Qué fue toda esa actuación?

—No —contestó, terminando de sacarse esa extraña esencia—. Tenía que hacerte entender qué es lo que querías en verdad. Ojalá hubieras podido ver tu sonrisa cuando cerraste los ojos y te concentraste sólo en eso. No tiene caso el llorar a los mártires, Hanzel —explicó Althea, al tiempo que se bajaba de la mesa para sentarse sobre mí.

—¿Mi cara realmente cambió? —inquirí, incrédulo a las habladurías de la de piel escamosa.

—Se llenó de paz en un pestañeo —dijo, chasqueando los dedos para envolvernos en un manto blanco, tomando la picardía de transportarnos a la habitación.

Cumpliendo con su palabra, bajo las sabanas pasó lo mismo que siempre.

Desde los besos hasta la caricia más ínfima, todo se sintió perfecto. Ella cayó en un sueño pesado después de terminar, acurrucándose sobre mi pecho. Quise aprovechar los destellos del alcohol en mi cabeza

para apagarme y dormirme. Pero mis ojos abiertos de par en par y las vueltas que daba en la cama me daban indicios de que no iba a ser fácil.

A pesar de que Althea había sanado muchas heridas, me encontraba mirando el techo. Esperaba algo más, sin saber qué era. Decidí buscar calma en el calor de ella, acomodándome bajo su cuello, donde escuchaba sus latidos. Bajando un poco más, eran todavía más claros. Se escuchaban dulces y tranquilos. Me sentía más que afortunado por estar cerca de ella. Ningún otro trato con otro ser había llegado a ser tan profundo y sincero. Esos pensamientos hicieron que mi cabeza bajara la guardia, comenzando a ceder contra el sueño.

Ni despierto ni dormido, el tiempo se vuelve imposible de contar. Pareció que solo hubo un instante de descanso antes de que mis los latidos perdieran coordinación, exaltándose para terminar separándose por completo. Ella abrió los ojos sin entender qué era todo eso. La casa entera vibraba. Temblaba a intervalos regulares. Latidos.

El cielo se llenó de una luz incandescente que entraba por la ventana. La luz blanca me hizo pensar en un nuevo sol. Pero fue uno breve y efímero; solo era una señal de luz que me recordaba que esa luz se iba a ausentar por mil años.

Althea sonrió, media tapada con las sábanas, y me miró mientras me vestía.

—Es él deus, lo sé —juró.

—No —afirmé—, todavía hay una guerra por ganar.

Me acerqué hasta el armario para tomar uno de los amuletos del arte alternativo. Sentí que era importante que defendiera la capital usándolos. Esperaba que los humildes redimieran las almas de mis alumnos. Subí a la cama y besé a Althea. Ella quiso decir algo, pero sólo llegó a abrazarme antes de que la despidiera. Dando un paso atrás, un halo blanco me cubrió. Y como siempre, el aterrizaje fue ideal.

En la terraza de la torre uno, dónde se había activado la bengala, Karus y el resto ya se habían reunido. Ellos podían llegar más rápido gracias al poder de sus anillos. Karus, Isaac y los cuervos estaba ahí.

—Mis cálculos fueron erróneos; esto debía pasar dentro de cuatro días —dijo Karus—. Pero es para mejor. Sus latidos ya están coordinados con la tierra que le pertenece —exclamó, sacándose el casco de la armadura—. El esfuerzo de miles... en ambos bandos... llevo a que sucediera en éste momento. En esta ciudad, en éste presente. Los oráculos podían ser fieles o podían ser traidores, pero todos profetizaban sobre un día así.

Karus tomó un respiro, volviendo a ponerse el casco y observando su anillo de cerca antes de colocarlo en su dedo anular.

—Pasaron dos siglos... Dos largos siglos llenos de luz del Este. Hoy... el Deus va a reanimarse.

Un silencio sepulcral se apodero del lugar, interrumpido solo por la fina lluvia.

V — ÍTALO

No habían voces ni suspiros, solo los latidos de la tierra.

Creía poder sentir sangre fluyendo por debajo del suelo. Por cada centímetro, pasando por cada rincón. Ansioso, comencé a cavar en el suelo, esperando que mis manos encontrasen sangre. Aldara estaba sentada a un lado; sus ojos no se despegaban de los míos y su expresión parecía cada vez más consternada. Hesitando, detuvo mis manos, y por fin largué el aire contenido en mi pecho.

—¿Qué es esto? —pregunté, con un hilo de voz. Giré la cabeza, buscando las miradas del resto del grupo. Un escalofrío me recorrió la nuca cuando pensé que quizás había comenzado otro ataque mientras dormíamos. En la oscuridad reconocí a Lang y a Cregh, que se había arrimado al fin de la cueva, tomándose la cabeza. La tensión extrema terminó dejando un silencio que era mucho más manejable. Lang soltó un suspiro muy corto.

—Ciertamente, no es un buen augurio —dijo. Se agachó y puso su mano en el hombro de Aldara. Ella cerró sus ojos, aceptando la invitación de ponerse de pie. Cregh se mantenía con las manos en la cabeza. Los latidos no parecían ganar más potencia; eran tan regulares como un reloj.

—¿Estas tierras están vivas? —pregunté, sin moverme de mi posición en el suelo.

—No es esta cueva, afuera se escuchan los mismos latidos —aseguró Lang.

—Llegamos tarde, es él —dijo Cregh, dejando caer las manos—. Fin del juego.

—¿Fin del juego? —repitió Aldara, inocente.

—¿Hay algo que respalde lo que pensás? —pregunté.

—Em, la verdad que no... Quizá el hecho que todo el puto continuamente se puso a latir —exclamó Cregh, en un tono sarcástico que se

mezclaba con un nudo en la garganta. Aclaró su garganta y tragó saliva—. Mierda.

—No es la primera vez que pensamos que era demasiado tarde —dije, pensando que esa vez la luna no estaba ahí afuera. Estábamos realmente solos.

—El Deus ya despertó. Estos latidos pueden ser otra etapa de su despertar —dijo Lang.

—Digan lo que quieran, pero no se me ocurre un escenario peor —dijo Cregh.

—Seguimos vivos, así que podría ser peor —respondí.

—Kilómetros de tierra están latiendo al unísono. ¿Qué vamos a hacer nosotros cinco? Ni siquiera sabemos a dónde ir —dijo Cregh, en un tono irreconocible de desconfianza.

—Tenemos la espada que encontró Dalia —recordó el pistolero—. Desconocemos lo que es capaz de hacer.

—Creo que podemos matarlo todavía. Esa espada no fue una casualidad —acordé.

—Lo único que hizo esa espada fue matar a Dalia —dijo el mago—. Ella era la clave, y no fui capaz de defenderla.

—Cregh, no cargues con eso —dije—. Qué su sangre no se haya derramado en vano. No entiendo qué te pasa.

—Wendagon me había advertido que la protegiera, que esa era mi misión. Y en vez de velar por su bienestar, me quedé soñando con historias de sirenas —Cregh parecía a punto de quebrarse por completo. Su imagen era lo opuesto al día anterior—. Ella debía estar soñando con la localización del Deus y la manera de matarlo esa misma noche. —Ahora balbuceaba, al borde del llanto, dándonos la espalda—. Ellos debían saberlo, que Dalia era nuestra llave. Y yo la dejé morir.

—Cregh, pero... —intentó hablar Lang.

—No, sin ella no tenemos chances —sentenció Cregh, dando pie a un silencio tajante.

Desconocía la faceta que el mago estaba mostrando. Su buen humor y su risa solían ser lo único que conseguía alejarse de la crudeza del viaje. Los latidos habían derrumbado su persona. No sabía si al

dormir se había encontrado con Dalia frente a frente, porque su certeza de nuestra muerte era total. Lang me miró, y Aldara parecía no entender.

Mientras la tierra latía, sin darse cuenta de nuestra presencia, el tiempo se escurría delante de nuestros ojos.

El malestar del mago resonó en todos, en cabezas bajas con las bocas cerradas. Para mí, la luna escondida seguía siendo el peor augurio de todos. No podía mentir ni endulzar nuestros pensamientos. Sabíamos que lo que seguía podía ser la muerte.

El pistolero se dedicó a encender una fogata con la yesca que encontró dentro de la caverna. La chispa se convirtió en una flama y la flama se convirtió en fuego.

El calor y la luz sentaban bien, y los crujidos de la fogata opacaban un poco el corazón de Verin. Nos acomodamos rodeando el fuego y clavando nuestros ojos en él.

—¿Se arrepienten de esto? —inquirió Aldara, rompiendo el hielo.

—No —respondió Lang, mucho antes de que yo alcanzara a procesar la pregunta.

—¿Y vos? —dijo Aldara, sacando su vista de la luz para mirarme.

—Creo... que no —dije. Creggh permaneció al margen, cerca de la salida con Malo a su lado.

—Supongo que no se vale la duda, solo hay sí o no —dijo Lang, con una extraña sonrisa en su boca. Me mantuve pensativo por un momento antes de empezar a hablar.

—Quizás imaginan que por ser un del Valle mi vida fue un círculo sin irregularidades y vine acá a sufrir. Pero el dinero y el estatus no tuvieron importancia. Siento que estuve corriendo toda mi vida. —Hablabla sin sacar la vista de la fogata.

—¿De qué corrés? —preguntó Lang.

—De lo que soy, supongo. Jamás me sentí parte de mi familia —dije, aclarando mi garganta—. Mi hermano y su sangre de mago. Un gran responsable de todo éste desastre que soy yo. Las familias nobles suelen tener una sangre demasiado densa para hacer magia, pero el resultado es especial. Jamás me perdoné el hecho de no haber nacido a su altura. —Levanté la cabeza—. ¿Qué hay de vos?

—Ya dije que no me arrepentía. Soy un trotamundos, y todo éste asunto es lo más trascendente que me tocó vivir.

—Nacimos para hacer esto, para éste día. Yo no estoy arrepentida —afirmó Aldara.

—¿Nacimos para esto? —dijo Lang, soltando una pequeña risa—. Habrás nacido con poderes, pero yo nunca me sentí bendecido en lo más mínimo.

—Los dioses habrán tomado al hijo equivocado —dije, dibujando una sonrisa sarcástica y sacudiendo mi cabeza.

—Entonces, ¿tu hermano fue el campeón de las cruzadas? —volvió a indagar Lang.

—Sí, lo fue hace muchos años. Fue una final muy popular; le terminó cortando la cabeza a su rival. Debí imaginar que estaba loco desde ese entonces.

—Mierda, ¿ese fue tu hermano? Lo recuerdo, los árbitros habían hecho que el perdedor fuese ejecutado.

—¿Qué? —pregunté—. De ninguna manera. Imagino lo hizo porque le gusta matar.

Lang nos contó cómo había presenciado la final en Havenstad ese año. Mi hermano peleaba contra un bicho del Oeste; un reptil único, muy por encima de cualquier otro de su especie. La predominancia humana en las cruzadas era tal que los registros de un bicho clasificando se remontaban a tres décadas atrás. Era un mensaje al Oeste; Hanzel debía matar al bicho si realmente quería ser proclamado como ganador. Y lo hizo.

En ese entonces me encontraba en Craster con mi primo, tocando un pergamino de transportación por primera vez. Esforzándome por hacer magia por el medio que me fuera disponible.

—Sabía que no era la primera vez que veía alguien con esa insignia en el ojo... —dijo Lang—. Entonces, ¿venir al Oeste no fue tan malo?

—Clavarme piedras sagradas en el pecho no es algo muy agradable, sobre todo si te consume sangre cada vez que usas su energía. Y mucho menos saber que puedo estar por morir. Pero, como les dije, siento que corrí toda mi vida. Sigo corriendo ahora, pero lo hago con

una dirección. Llevo dos meses corriendo hacia el Oeste y no me arrepiento.

Mientras hablaba, noté cuán raro era la idea de estar vivo y ser el elegido de los dioses.

—Morir convencido es un primer paso —dijo Lang—. Espero poder matar a ese cuervo maldito por lo menos.

—Hale, Lang —dijo Aldara—. Que los dioses te escuchen.

—No... Lang no. —El pistolero sacudió la cabeza, todavía con la vista en su fogata—. Me llamo Li. Me gustaría que alguien lo supiera antes del final.

Me quedé mirándolo. El pistolero había cambiado de nombre muchas veces, pero esa vez parecía distinto. Genuino.

—Un gusto conocerte, Li —dijo la nereida, con una voz tan dulce que nos olvidamos de todo por un momento. Li estiró su mano para saludarla.

Unos rápidos pasos se escucharon por detrás y Malo saltó sobre la cabeza de Li. Lo arañaba y maullaba, como protestando.

—Perdón, Malo, sé que te lo tuve que haber contado antes —dijo el pistolero, pero el quitnar siguió maullando, indignado.

—¿Ni siquiera lo sabía Malo? —dijo Aldara.

—No... era mi pequeño secreto. Pensaba llevármelo a la tumba. Ya me sentía incómodo habiéndoles dicho un nombre tan cercano al verdadero.

—Dicen que las fogatas limpian el alma —murmuré.

Desde las sombras, apareció Creggh, acercándose al fuego. Se me hizo imposible no pensar que había soñado con algo para estallar en la manera que lo había hecho. El mago había hecho el luto de Dalia un día tarde, pero más distracciones no eran viables para lo que venía.

—Los latidos se vuelven más fuertes en dirección a Verin —sentenció, de repente—. Sé dónde está el deus.

—Hacia el Oeste... —dije, y recordé que Dalia había muerto con los ojos abiertos mirando en esa dirección.

—Más allá de Verin —dijo Creggh, y sacó a relucir el anillo del espacio de la Nereida del Oeste.

VI — LI

Luego de despertar, hablamos apenas lo suficiente para aprender algo sobre el pasado de Ítalo. Y por supuesto, para dar el pequeño detalle de mí nombre. El secreto era una sola silaba de dos letras, pero aun así parecía importante. Había estado solo mucho tiempo. Mi único acompañante había sido Malo pero, curiosamente, nunca me había preguntado mi nombre.

Aldara me estrechó la mano, mientras que Ítalo pareció simplemente aceptarlo en silencio. Luego de todo lo vivido, otro nombre no tenía importancia. En lo personal, Li no era un nombre que me agradase.

Cregh volvió a unírse nos luego de un tiempo, ahora un tanto más calmado, y nos mostró de dónde venían los latidos. Más allá de Verin, en una cadena montañosa cerca de lo que sería el final del continente. Allí es donde se encontraría el Deus.

Yo no era el tipo de personas que sentía nostalgia. Al contrario, no me había asentado porque ningún lugar se sentía como un hogar. Pero en ese momento de verdad deseaba estar de vuelta en el Este. En el Oeste no pertenecíamos. Ahí éramos indeseados. Mientras más nos adentrábamos, más difícil se hacía llegar al final de cada día.

Desganado, desenfundé mi revolver pequeño y me puse a contar las balas. Las ordené en el suelo, separadas según el tamaño. Podía ver al resto del grupo por mi periferia; Ítalo y Aldara conversaban juntos, y Cregh estaba quieto, paralizado. Solo faltaba Dalia, aunque juraba en cualquier momento iba a aparecerse detrás mío con su voz aguda. Pasé al barril del revolver grande. Recé por que las balas bastaran.

Cuando era pequeño mis tíos me contaban la historia de una princesa que vivía solitaria en la luna; cuando estaba totalmente a oscuras ella bajaba a caminar por sobre un lago. Yo no creía en lo que no podía ver, pero esa historia siempre me gustó más que todo aquello de los etéreos.

Había empezado a llover. Un viento helado me hizo cerrarme más el abrigo, y Malo se me acurrucó entre los pies. Había pasado más de un mes desde mi accidente en Havenstad, pero encontraba que los huesos aún me dolían cuando hacía frío. Probablemente seguirían así por un largo tiempo.

—Aun no veo como esto pueda salir bien —dijo Cregh.

—Bueno, es eso o acomodarnos con el resto de la humanidad en la bodega de Azus —dije, tratando de alivianar la situación. Cregh sonrió por medio segundo, y quedamos solo con el ruido del viento y los latidos—. Pero creo que no podremos movernos hasta que podamos ver bien el lugar. Deberíamos tratar de comer antes de partir, por poco que sea —agregué, en parte para estar lo mejor que pudiéramos, y en parte para retrasar lo inevitable. No parecía estaba solo en ese deseo; Ítalo suspiró con un cierto alivio, y se giró hacia nosotros.

—Voy a tratar de buscar algo, pero no prometo nada. ¿Me acompañas, Cregh?

Sin decir nada, el mago lo siguió, y ambos desaparecieron entre las penumbras con solo una pequeña llama para iluminarse. Yo por mi parte volví a la entrada de la cueva a sentarme. Las manos me temblaban y el corazón me latía con fuerza. Con el anillo estábamos a solo un paso, a un pensamiento de enfrentar lo que había allá esperando. Era tan fácil que si me ponía el anillo hasta podría ir por accidente.

Nunca pensé mucho en la muerte, a pesar de rozar con ella en más de una ocasión. Siempre algo me salvaba, y podía superar el susto. A veces ya podía reírme al día siguiente y seguir andando ante las quejas de Malo. En cierta forma, pensé que caminaríamos de un lado a otro por siempre, sin un final claro a la vista.

Pero ahora no me podía sentir tan optimista. No solo porque Dalia también murió, sino porque, ¿que quedaba por hacer?

No lo sabía. Malo se me unió, sentándose a centímetros de mí.

—Sabés, podes volver si querés —dije—. No tenés que hacer esto.

Malo solo maulló insultos en respuesta.

—Tenés razón, tenés razón —reí—. Cómo voy a decir eso después de hacerte caminar por dos continentes...

Aldara se sentó en frente mío, calentándose las manos entre las piernas, y me miró durante unos segundos, como sin saber que decir. Afuera el viento parecía calmarse.

—¿Nervioso? —dijo Aldara, luego de unos momentos. Malo maulló como si le hubieran hecho a él la pregunta. Aldara rió y le extendió los brazos, y Malo saltó a su regazo.

—Sí, supongo —dije— ¿Y vos?

—También —respondió, rascándole la panza a Malo. Ese gato siempre hablaba de lo mucho que detestaba a cualquier criatura que no fuera él, pero en cuanto alguien lo acariciaba se volvía manso y no tardaba en exigir más. Era mejor de esa forma, en todo caso. Según él, el resto de la especie era tan agresiva como decían los libros. Solo era cosa de perderse en los bosques del norte para comprobarlo, y si tenías suerte y un arma de fuego, quizás salieras con tu vida.

Ítalo y Cregh volvieron luego de unos minutos, cuando ya había amanecido un poco. Solo traían lo que parecían moros verdes, y nos dieron un puñado a cada uno. Con eso, era fácil ver porque los bichos de éste continente nos guardaban tanto rencor. Una vez oí a un tipo en un bar diciendo que deberían dejar de venderles comida a los bichos, a ver qué hacían sin los humanos que tanto detestaban.

—¿Saben? Ayer vi a Malo tratando de cazar un ave —dije, antes de echarme a la boca la mitad de mi porción—. Si hubiéramos tenido más tiempo, podríamos haber buscado unos huevos para el desayuno.

Ítalo sonrió, mirando las moras que le quedaban, y se echó unas pocas a la boca.

—Quizás para la tarde, antes de emprender el viaje a casa.

Terminamos nuestro desayuno, y salimos de la cueva con nuestras cosas para ver nuestro destino. A pesar de las espesas nubes, el lugar que nos había señalado Cregh, un bosque frondoso entre las montañas, estaba completamente despejado, dejando entrar la luz casi como si hubiera sido marcado para nosotros. Era hora de partir.

—¿Quién tiene el anillo? ¿Ítalo? —preguntó Cregh.

—Yo. Yo los llevo —dije, colocándome el anillo.

—¿Seguro? —dijo el mago—. ¿Sabés cómo usarlo?

—Ayer estuve practicando. Confía en mí.

Aldara puso su mano en mi hombro, seguido de Creggh con algo de desconfianza, y de Malo que se me apego a los pies. Ítalo se aferró de Aldara, y espero a que estuviera listo para movernos. Respiré hondo, y apunte más allá del bosque, tan lejos como pude. Me imaginé caminando toda esa distancia en un segundo, y nos transportamos. Esperábamos encontrar lo peor del otro lado, pero creo que ninguno esperó un aterrizaje tan violento.

VII — ÍTALO

El cielo de la madrugada lloraba sobre nosotros; lloraba cómo nunca lo había hecho. Quizá las lágrimas que caían eran de júbilo, pero era imposible saberlo.

Completamente solos, en la oscuridad y desparramados por en el barro. Así fue como aterrizamos.

Sentí un nudo en el estómago al notar cuán potentes eran los latidos en aquel lugar. Parecían tambores lejanos que empezaban a darle ritmo a mi propio corazón.

Al levantar la vista me encontré con un bosque inmenso. Los grandes troncos que se retorcían entre sí me recordaron a las Tierras Sagradas.

En silencio, Cregh dio un paso al frente y chasqueó los dedos. Apareció una pequeña llama, y se acercó hasta la primera línea de árboles. En un parpadeo, la llama se apagó.

—No hay magia en éste lugar —dijo Cregh, apenas audible por la fuerte lluvia—. Eso explica que el anillo no nos haya transportado bien. Es la misma fuerza de las Tierras Sagradas... es él.

La expresión en la cara de Cregh era cruda, pero compartí su malestar. Magia era todo lo que podía hacer, y ahora se la habían quitado.

—Mantené la cabeza en alto —dije—. Quizá la magia vuelva dentro del bosque.

De pronto, Malo soltó un maullido, y Li se giró a mirarlo.

—Tenemos compañía —dijo. Sobre el barro se divisaban huellas.

—Son ellos cinco, ¿no? —preguntó Aldara, sin emociones.

—Deberían ser seis —dije.

—¿Por tu hermano? —dijo Li.

—Está acá; estoy completamente seguro.

Las huellas en el barro correspondían a tres pares de botas y dos pares de patas que debían ser los cuervos.

—Solo hay cinco —dijo Li.

—Mejor así, supongo —dije, clavando la mirada en el bosque.

Aldara mostró una pequeña sonrisa turbia. Recordé el cuadro de la casa de Wendagon; la tormenta en él y la profundidad de sus grises. Esos mismos colores habitaban los ojos de Aldara, estallando en energía pura.

Pude ver a Cregh susurrando los conjuros del arte alternativo, sin lograr contacto alguno con los dioses humildes. Li se le acercó y lo tomó por el hombro. Le entregó el anillo y la espada que Dalia había encontrado. No hubo palabras, pero el mago terminó por tomar los objetos y agitar la cabeza, espabilándose.

Sin perder más tiempo, nos acercamos la entrada del bosque. Respiré muy profundo y dejé salir el aire. Junto con la bocanada, empecé a juntar la energía de la piedra. Desconocía a ciencia cierta cómo funcionaba la piedra del rayo, dándome energía de esa manera, tomando mi sangre sin matarme. Me sentí afortunado de haber sobrevivido al contacto con una piedra con tanta historia. Rápidamente noté que la palabra no era afortunado; yo era uno de los elegidos; el Cazador del Este. Y cada uno de mis pasos había sido guiado por los dioses.

Malo tomó la delantera gracias a su ágil cuerpo de gato. Aldara iba atrás, con un ritmo infernal a través del laberinto de ramas y árboles. La densidad del bosque, la oscuridad de la madrugada y la lluvia hacían que ver más allá de unos pocos metros fuera un reto. La sensación de claustrofobia era la misma que en Verin; la sensación de estar en tierras ajenas era idéntica. La misma tierra que latía parecía querer expulsarnos de ese lugar.

Los minutos pasaron en un ambiente tan tenso que casi era posible agarrarlo con las manos y ahorcarlo. El pistolero pegó un grito para que bajase el ritmo de la caminata y no nos separemos tanto. Aldara se tomó un par de metros antes de reaccionar, pero todos nos detuvimos.

El sonido de la lluvia era apenas un susurro contra los tambores latientes, reverberando a lo largo de todo el bosque. Eso daba dimensión del tamaño de ese lugar.

—No esperaba caminar tanto —dijo Li, poniéndose las manos en la cadera y suspirando.

—¿Malo no puede rastrearlos? —pregunté, y el pistolero negó con la cabeza. Dijo que podía olerlos, pero no precisar dónde estaban.

Retomamos la marcha, y debió pasar otra media hora. Aldara eventualmente bajó el ritmo de la caminata, dejándolo a Malo a la delantera. Yo pronto lo alcancé. Con la energía de la piedra recorriéndome, mis sentidos se agudizaban más y más. El resto de las cosas parecían moverse más lento. Luego de un tiempo, tuve que parar de juntar fuerzas porque estaba usando demasiada concentración solo para evitar los árboles y las dianas. Le di la espalda al grupo y descargué la energía de la única manera que conocía; con un rayo. Sonó como un silbido potente, más similar al ruido de una flecha que a los truenos de las tormentas. El resto apenas se volteó y les indiqué que siguiéramos con un movimiento de la mano.

El terreno era difícil de recorrer, pero manteníamos un buen ritmo. No había signos de querer parar. El tiempo se escurría bajo nuestros pies. Poco a poco, la tensión se empezó a diluir. Mientras mi cabeza intentaba no divagar, cediendo a la monotonía del paisaje, cayó en mi mente un recuerdo particular.

Me mordí la lengua, intentando no reírme, pero no pude evitar dejar salir unos pequeños gemidos. Li se giró a verme.

—¿Qué pasa?

—Es que... —Y al abrir la boca las carcajadas salieron solas. Recupere el aliento—. No sé por qué, pero me acordé de Cregh después del festival de Craster. Cuando se emborracho y se despertó con un vestido floreado.

Estallé de risa al terminar la oración. El resto mostró resistencia, con pequeñas sonrisas que se fueron expandiendo por sus rostros; y en unos pocos segundos todos rompieron a reír.

Me quedé con esa imagen de nosotros; me daba más seguridad que ninguna otra cosa para dar cada paso siguiendo a los latidos.

Unos metros más adelante, cuándo las risas se disolvieron, Malo tomó su forma canina. Todos supimos lo que significaba. Ellos estaban al frente. Los elegidos del Oeste. Y estarían con mi hermano mayor, Hanzel.

VIII — HANZEL

Suspiré y dejé que mi cara se empapara del agua que caía del cielo. Karus había empezado a caminar de un lado a otro, impaciente. El anillo había dejado de funcionar.

Frente a nosotros se expandía un bosque surgido del mismo aire. Era denso y de origen divino, creado por el mismísimo Deus.

—Esto es malo —sentenció el Hechicero.

—Este lugar... es como las Tierras Sagradas —dijo Heir, el Caballero.

—¿Qué tan malo es eso? —quise saber, mirando al Hechicero.

Karus no respondió de inmediato. Bajó la mirada al piso lleno de barro y hacia adelante. Hacia el bosque, hacia el Oeste.

—Si es como las Tierras Sagradas e inhibe la magia... puede que vayamos perder la ventaja sobre ellos —dijo, dejándonos helados a los cinco.

Karus no quiso perder ni un segundo más y nos indicó que teníamos seguir las palpitations de la tierra. Dentro del bosque avistamos un río, y solo quedaba seguir su corriente hasta la fuente.

Un silencio sepulcral se introdujo entre los elegidos. Nuestro último recluta, aquel cuervo pequeño llamado Heir, se limitaba a avanzar detrás de su hermano huginn, Krieg. Isaac, el Pistolero, apenas tenía consciencia. Mientras avanzábamos por el bosque algo detrás de mis ojos empezó a palpar. Me sentía tan muerto como nuestra Ne-reida: el alcohol de Althea todavía daba vueltas dentro de mí y no había podido dormir ni un poco. El dolor se expandió hasta llegar a mis oídos. Mis pasos eran torpes y lentos, como mi capacidad de entender lo que estaba pasando.

Cuando dejé de perderme en mis pensamientos noté que Karus había decidido romper el silencio. Hablando lentamente, empezó a explicar su suposición; propuso que el bosque era una especie de ca-

parazón para el Deus. Las palpitaciones indicaban que estaba por levantarse, pero si necesitaba que la tierra lo protegiera de esa manera es que todavía era vulnerable.

El hechicero paró un segundo la caminata, se sacó el casco y tomó un respiro.

—No puedo creer lo herido que resulto... doscientos años atrás —dijo—. Todo debería ser oscuridad para esta altura.

Nunca había escuchado al Hechicero mostrando tanta inquietud respecto a su dios, pero agradecí que hubiese abandonado su tono arrogante. De hecho, su voz parecía confundida.

—Él ya despertó, pero aún no se recuperó. Con esto me refiero a que sus habilidades aun no le llegan con plenitud. Su tierra no lo termina de reconocer, su conexión aún no está completa.

Karus creía que el Deus debería encontrarse al final del río, en el lago donde desembocase. Aunque hubiese pasado tantos años, el Deus todavía podía sentir cuáles eran sus tierras y debía haber avanzado hacia agua que pudiera reanimarlo. Entonces fue cuando su corazón empezó a emparejarse con las tierras.

Continuamos avanzando a través de las ramas que habían nacido ese mismo día; bajo la lluvia que apenas se filtraba entre las hojas. Mi cabeza no dejaba de arderme, y el cuervo mayor pareció notarlo.

—Te ves mal, humano —dijo Krieg.

—¿Alguna solución, grandote? —solté, sin ánimos de ser amable.

El huginn desenvainó y empezó a cortar las ramas por sobre su cabeza; su brazo era tan largo que podía alcanzarlas sin esfuerzo. Hizo aparecer un pequeño claro y me indicó que me acercara. La lluvia había conseguido espacio para caer libremente, y pude llenarme las manos en unos segundos.

No esperaba que una bocanada de agua pudiese aliviar tanto. Fui cordial y agradecí al cuervo, intentando mejorar el tono con el que le había hablado. Krieg bufó satisfecho.

Me había puesto a pensar en el tacto casi helado de los labios de Althea cuando los charcos sobre los que pisábamos se volvieron sólidos. Congelados alrededor de nuestros pies. Un perro enorme surgió desde los árboles; el quitnar de mi hermano. No podía huir; no había llegado a sacar mi revólver cuando el animal saltó encima de mí.

El quitnar abrió sus fauces alrededor de mi brazo, pero Isaac disparó sobre la bestia. Él siempre había sido el pistolero más rápido. El animal gimió y huyó entre las hierbas, perdiéndose. Habíamos conseguido derramar la primera sangre.

Los dos cuervos se libraron del hielo en sus pies sin esfuerzo mientras que Isaac y yo, los humanos, peleamos un poco más para salir. Karus era el último, teniendo que esforzarse para mover ese cuerpo que no era suyo. Ahora era claro que la magia no funcionaba en ese bosque. El agua congelada tenía que haber sucedido por otros medios; la Nereida del Este. Ya no había dudas de que finalmente nos habíamos cruzado. Estos pensamientos cruzaban mi mente cuando sonaron explosiones desde adelante; era el retumbar de revólveres, y fue seguido por el zumbido de disparos en nuestra dirección.

Todo el mundo se cubrió detrás de un árbol, pero Karus no podía moverse; Isaac tuvo que empezar a devolver el fuego, aunque las balas no hacían más que perderse entre las hojas. No había nadie a la vista, por lo que era imposible precisar nada. Mi mano buscó mi arma y no encontró nada ahí. Ese maldito perro...

Se hizo una tregua mientras los cargadores volvían a llenarse. Mis palpitations se habían sincronizado con los latidos del suelo, siguiendo su ritmo frenético que nos mantenía a todos alerta. De pronto, el grito de Karus se alzó por sobre el resto de los sonidos, incluso por sobre los latidos: “¡Sigan avanzando!” Una orden en el idioma del Oeste, manteniendo la información entre nosotros.

Isaac continuó disparando; su puntería parecía intencional, concreta a pesar de lo frondoso del bosque. Un grito femenino entró en escena. Sonreí mientras observaba que nuestro hechicero ya era libre y se movía hacia adelante por sobre el hielo inestable. Los cuervos avanzaban con cautela, protegiendo a nuestra mejor carta, el pistolero, el único que podía atacar a distancia en ese bosque sagrado.

Una flecha cruzó el aire y aterrizó en el hombro de Isaac. Mi primera reacción fue una mueca; el silbido de un arquero... mi hermano seguía con vida. Mi segunda reacción fue estirar mi mano y tomar a Isaac, quitándolo del camino. Luego de éste instante siguió una oleada de balas, y los cuervos no pudieron evitar recibir parte de ella.

Isaac se quedó mirándome. Saqué la flecha de su hombro y la rompí. Desde que había renacido mi compañero ya no parecía preocuparse por su vida.

Noté que Heir seguía de pie, a pesar de ser el más pequeño de los cuervos. Debía portar armadura. Krieg, nuestro Cazador, estaba sangrando por el costado del pico; su punta estaba arruinada. Si había roto el pico de un huginn la bala debía tener más impacto que las que habían dado a Heir; ese pistolero estaba disparando a dos calibres. Hasta que siguiera en pie no podíamos hacer demasiado.

—¡Su pistolero! —grité—. ¡Mátenlo!

Los cuervos no se giraron a verme, como si no me hubieran escuchado, pero sus cuerpos se pusieron en guardia. Se hizo un silencio perfecto entre los latidos del bosque... y sonó el pequeño chasquido de un revolver sin balas. Ese era el momento para atacar.

Nos lanzamos hacía adelante, pasamos la hilera de árboles frente a nosotros e intenté registrar todo el escenario frente a mí de un solo vistazo. Primero busqué a mi hermano, pero no estaba ahí. Mi golpe de vista solo me mostró a un humano recargando su revólver frente a un horizonte de vegetación.

Krieg fue el más rápido y saltó hacia el pistolero como el Cazador descrito en las escrituras. Pero el quitnar mostró sus fauces, apareciendo entre la maleza. Heir empezó a avanzar e Isaac salió de cubierto para apuntar al perro... En ese momento, a lo distancia, noté que el verde que nos rodeaba tenía una mota blanca. El rostro de su nereida. En ese bosque hechizado, sentí una enorme impotencia al no poder hacer nada más que observar. La lluvia que se filtraba entre los árboles se detuvo en el aire, se juntó en un solo círculo y tomó la forma de una lanza. Su punta cruzó el aire con puntería infernal, aplastando el brazo de Isaac y derribándolo.

El resto se movió como el rayo. Heir sacó al quitnar encima de Krieg, y éste empezó a ponerse de pie. Antes de que el humano pudiese cargar sus armas Krieg lo pateó en el estómago, dándonos varios segundos. Pero no duraron. Otro miembro del Este salió de su escondite: un hombre moreno que apuñaló a nuestro Cazador con una espada enorme. Heir se abalanzó sobre éste humano, pero al mismo tiempo una flecha voló en su dirección. Heir se cubrió con un

ala, pero llegó otra flecha y otra más. Su avance estaba detenido. Ítalo se dejó ver en el campo de batalla, mostrándose por fin, corriendo hasta Heir. Su brazo izquierdo pareció resplandecer, y el cuervo salió despedido por los aires.

—¿Qué carajo fue eso? —dije.

Por primera vez en mi vida me sentí intimidado por lo que mi hermano menor pudiera hacerme. Perdí el hilo de la batalla. Ese brillo no había sido magia... Ítalo no tenía la sangre de un mago.

Tanteé mi cadera para buscar el revólver, olvidando que lo había perdido. Y no podía usar mi magia o al arte alternativo. Toda la escena pareció desvanecerse cuando Ítalo empezó a avanzar hacia mi dirección, y no podía ver nada más que a él. En ese momento las palabras de nuestro hechicero resonaron en mí. *Sigan avanzando*. Entendí a que se había referido Karus con que no debíamos perder nuestra ventaja; nosotros sabíamos adónde avanzar. Y cuando llegáramos estaríamos fuera del bosque y sus limitaciones. Ítalo, Cazador, se encontraba a dos metros de mí. Supe que había algo esperándonos más adelante. No sabía si iba a ser el despertar del Deus, pero algo iba a inclinar el terreno para nosotros.

Mientras evitaba el primer golpe de mi hermano noté que ni siquiera habían pasado dos minutos antes de que todo se convirtiese en un desastre. Deseé haber abrazado a Althea un poco más antes de partir.

Ítalo se había vuelto mucho más rápido. Verlo de semejante forma me era doloroso; él siempre había sido una variable pequeña, alguien predecible. Alguien destinado a una vida tan mediocre que cualquiera la hubiera podido presagiar. No se suponía que los oráculos más importantes realmente profetizaran sobre él.

No iba a darle el gusto de ponerme una mano encima. Observé sus golpes mientras esperaba que apareciera aquel brillo una vez más, pero no sucedía nada. Me negaba a considerar que Ítalo se estuviera regulando, conteniendo contra mí. Bajó sus manos para sacar una daga dorada atada a la altura de sus tobillos. Ese segundo me permitió patearlo en el hombro y tumbarlo. Tenía que recordar a Karus: el bosque no era el lugar para pelear, había que seguir hacia el río.

—¡El terreno es desfavorable! —grité, con todo el aire que tenía en el pecho—. ¡Hay que salir ahora!

Ítalo estaba de pie en un instante y ahora podía ver pequeños destellos en su mano libre. Pero apareció un disparo desde mi derecha, que rozó la cabeza de Ítalo. Mi hermano retrocedió y volvió sobre sus pasos para buscar refugio. Había sido tan cerca; si la bala había fallado fue solo por los dioses a los que Ítalo rezase. Ya no era el mocosito impulsivo, el Ítalo que dejé en Alles tantos años atrás.

Isaac había decidido hacer caso a la retirada, sosteniendo ambos revólveres a pesar de la sangre corriendo por su brazo izquierdo. Krieg avanzaba detrás de él. Heir se encontraba abatido, con aquel humano hundiéndose su espada en una de sus alas. Ese no podía ser otro que el Hechicero del Este. La noción de nuestro Caballero derrotado hizo que dejara a un lado todo cálculo de ventajas o desventajas, y mi objetivo no fue otro que solo moverme hacia adelante.

Me junté con el resto justo cuando empezaron a abrir fuego contra nosotros. Choque miradas con Krieg, que asintió como para hacerme entender algo. Quizá quería que dejásemos atrás al Caballero. Sus ojos reflejaban un remolino de sentimientos. El Hechicero negro no me había hablado mucho de Krieg... nuestro Cazador parecía seguir las escrituras al pie de la letra; incluso les había perdonado la vida a los del Este. El mismo grupo que nos estaba persiguiendo ahora.

Habíamos sido demasiado confiados. Porque todo parecía ir de acuerdo al plan del Deus. Porque las supersticiones y los augurios estaban de nuestro lado. El Deus era perfecto; la negligencia había sido solamente nuestra. Y eso quizá iba a evitar que nuestro dios respirase otra vez.

Corrí hacia el río a toda velocidad. Isaac había cortado partes de sus prendas para cubrir su herida, y nos dio la espalda. Le solté un grito, pero pareció no escuchar. Isaac empezó a recargar sus armas. El movimiento de las balas pareció cubrir mis oídos. Los tambores se llenaron con la rapidez de años de práctica y luego giraron para meterse en su lugar.

—Isaac, ¿qué carajo estás haciendo? —dije.

—No puedo correr más. Si me sigo moviendo me voy a desangrar.

—Pero tenemos que salir del bosque. ¡Más adelante está el Deus!

—Yo no tengo un adelante. Hasta acá llegué.

Su voz era tan metálica y fría que no pude responder nada más. Isaac levantó sus armas y se dispuso a esperar a lo que viniera desde el Este. Supuse que ya había dado su alma por la misión; solo estaba terminando de pagar la cuota que faltaba.

Krieg siguió hacia adelante sin más. Lo seguí sin pensar; le di la espalda a Isaac Robler, mi más viejo amigo, y no fui capaz de girarme para verlo una última vez. No podía enfrentármelo, temía que se diera vuelta y me dedicara un último gesto de humanidad.

Los latidos del Deus parecían haberse acelerado, incrementando el frenesí de la situación. Alcancé al huginn unos metros más adelante. A pesar de su gran plumaje, se podía ver sangre negra saliendo por un hueco en su pecho. Ni siquiera recordaba cuando le habían dado ese disparo.

—Apenas puedo respirar —jadeó, mientras avanzábamos. Había escondido bien su miedo, pero pude escuchar que su voz fue ambigua. Mascullé un insulto.

El final del bosque debía estar cada vez más cerca, pero pasaron diez minutos y solo aparecían árboles. Esa no dirección no podía serla correcta. No había habido más disparos, pero los del Este debían estar sobre nuestros talones. Por un segundo creí que había escuchado la armadura de Karus, pero solo fue mi imaginación.

—¿Hasta dónde tenemos que llegar? —preguntó Krieg, limpiando la sangre en su rostro.

—Hay que seguir el río —dije.

—¿Para qué? ¿Si el Deus despertó por qué carajo no nos está ayudando? —exclamó, ansioso.

—Creo que no despertó. De lo contrario, lo sabríamos.

—Entonces, ¿qué buscamos?

—El final de éste caparazón de plantas.

El huginn bufó. Estaba seguro de que lamentaba haber perdonado a los del Este ahora. Seguí caminando, pero noté que Krieg se había detenido y estaba escuchando con atención. Luego empezó a revolver entre sus prendas y sacó unas hojas curativas.

—Eso no va a funcionar acá —dije—. Hay que seguir caminando.

—Los del Este no están detrás de nosotros. Necesito parar un minuto, sabés —imploró. Se desplomó sobre las hojas.

Decidí tomar la oportunidad de respirar hondo y despabilarme. Tanteé mis bolsillos y encontré un cigarro por esas coincidencias de la vida. Intenté encender una llama con las manos antes de recordar que no era posible. El huginn lo notó y se rió. Volvió a buscar en sus prendas y sacó unos fósforos.

—Estos todavía funcionan acá, ¿eh? —dijo, ofreciéndome su ala.

—Con un poco de suerte sí —tomé los fósforos—. Son de tabaco mentolado... ¿fumas?

—Nunca fumé, ¿sabés? Solo espero que el humo no salga por los agujeros de mi pecho.

Quise mantener ese cigarrillo vivo por el mayor tiempo posible y disfruté cuando el humo quemó mi garganta. Le pasé el cigarro al cuervo, que sintió su olor y lo miró extrañado.

—Me hubiera gustado conocer estos antes, humano —dijo, tras saborearlo por primera vez y empezar a tocar.

—Esto no es el final, huginn —dije. Krieg rió y siguió fumando.

—Nos perdimos. Es como si éste bosque hubiese destruido los puntos cardinales, ¿sabés?

—No creo, lo confuso son estos latidos tan intensos —respondí, antes de entender que Krieg había hecho una especie de metáfora.

—Quiero saber algo —dijo, cambiando de tema—. Quiero saber cuál Testamento hablaba de esto. Porque el que conozco nunca lo mencionaba, ¿sabés?

—¿Qué el Deus iba a involucrarse en esta mierda de bosque cuando despertara? —suspiré—. No, no estaba escrito en ningún lado.

—Me preguntó si hice lo correcto cuando tuve a esos cinco frente a mí por primera vez.

Creí entender que las dudas empezaban a acecharlo.

—Quizá —dije—. Pero fuiste fiel; se suponía que los cinco eran necesarios para que el Deus despertara.

—Me pregunto si realmente era así.

—Immo —asentí, pero lo miré a los ojos con seriedad—. Qué tu consciencia permanezca en paz, Krieg.

—Al menos hoy despertará —dijo—. El resto va a ser oscuridad.

—Y seguimos vivos para escoltar su retorno a sus tierras.

El cuervo acabó el cigarro, tosió y se incorporó. Su sangrado parecía haberse detenido. Krieg se veía entero. Reanudamos la marcha, apuntando hacia nuestra derecha. El huginn estaba convencido que los latidos venían en esa dirección. A esa altura eran como explosiones en el piso, así que yo era incapaz de percibir ninguna sutileza.

—Con esas hojas de Valma puedo curarte un poco cuándo salgamos de acá —dije.

—Se supone que son mejores que las corrientes. Heir solo me dio tres de las tuyas, pero debería ser suficiente, ¿sabés?

Con el pasar de los minutos mi cabeza empezó a tambalear; trastabillaba con ramas que no llegaba a ver. Noté que apenas pardeaba, y cuándo lo hacía cerraba los ojos por varios segundos. Muy despacio, pero más con cada paso, me convencía a mí mismo de que necesitaba dormir un rato. Solo necesitaba quince minutos, no más que eso. Suspiré y paré la marcha. Krieg mantenía buen ritmo a pesar de que su respiración sonaba dolorosa. Él también estaba abstraído; no se dio cuenta que había parado. Siempre me había sorprendido la habilidad de la mente para convencerse a sí misma cuando necesitaba descanso: En ese punto ya me parecía lógico que los del Este no nos iban a encontrar, así que podíamos dormirnos por un par horas.

Sacudí la cabeza para sacarme esas ideas, pero eran como garrapatas aferradas a mi cerebro. Al menos agradecía a mi cansancio por mantener a mis pensamientos alejados de todo lo que había perdido... mis alumnos, Isaac... Incluso uno de los cuervos había caído ya.

Le pedí a Krieg que parara, pero éste no pareció escuchar. Volví a suspirar y sentí el tope de mi cansancio. Era como si sintiera toda la extensión del bosque en mí, haciendo que mis pensamientos se disipasen, se perdiesen. La ausencia de mi magia, que me dejaba indefenso; la monotonía de los latidos y del verde de las hojas me estaban haciendo perder la sensatez.

En esa pelota gris de sensaciones me encontré pensando de nuevo en Althea. Podía recordar cada beso, cada encuentro con esos labios que por poco llegaban a ser cálidos pero no lo eran. Sí, esa era la única

forma en que podía describirla. A esa mujer de piel seca y labios húmedos.

Empecé a pensar que tenía que hacer algo para cambiar la situación. La inercia no iba a ganar la guerra. Fue como despertar de un sueño. Pensar en Althea me había ayudado a centrarme; ella era mi ángel guardián.

Encontré nuevas energías de alguna manera; quizás de los latidos de la tierra, rápidos y fuertes. Me refregué los ojos con fuerza para aclarar mi vista, troté hasta el Huginn y lo tomé por el hombro. Éste tardó en reaccionar; y mientras se demoraba en girarse a verme noté que el aire había cambiado.

—Me estoy desangrando —dijo al fin—. No es que me falte ímpetu, Hanzel.

—No te estoy acusando de nada. Es que había parado la marcha un segundo, y no me escuchaste —dije. El cuervo movió la cabeza en una suerte de asentimiento débil.

—¿Cuánto falta? —preguntó.

—Creí que estábamos siguiendo tu oído.

—Ya no estoy seguro ni de mi nombre, ¿sabés?

—No estamos lejos —dije, tratando de sonar conciliador. Por un segundo pensé en papá cuando calmaba a Ítalo—... No estamos lejos.

IX — ÍTALO

Aldara iba a detener el avance del grupo del Oeste y Li y Malo iban a usar eso para atacarlos. No era un plan perfecto y, de hecho, no lo fue. Se liberaron del hielo con más facilidad de lo que esperábamos y los disparos no acertaron. Malo recibió una herida en el pecho. A pesar de que esto motivó a nuestro pistolero a disparar aún más en pos de defender a su más viejo amigo. Sus balas parecieron gastarse en esos árboles inacabables. Yo me encontraba junto a él, observando. Cuando tuvo que recargar se metió a resguardo y cerró los ojos, moviendo los labios como si estuviera contando. Debía ser algún truco de pistolero.

Al final los cuervos avanzaron hasta nosotros y todo el mundo tuvo que actuar a la vez. Llené mi puño con el poder de mi piedra y golpeé al cuervo más pequeño; mi puño generó un resplandor y casi pude sentir como la energía recorría el cuerpo del bicho.

Pero perdí la noción de todo lo demás cuándo vi a Hanzel a mi derecha. Fue una doble sacudida: la piedra cobró su precio por ser usada, devorando mi energía en ese mismo instante en que los recuerdos de todo mi pasado golpearon mi cabeza. No dudé en ir hacia adelante, pero fue como si hubiese olvidado porqué lo hacía. De pronto no sabía si era capaz de matar a mi hermano. Aun así, mi cuerpo empezó a cargarse con energía mientras me acercaba. Si de algo no tenía dudas es que quería golpear su rostro por primera vez. Lo estaba deseando más que todo, y cuando lancé mi puño fue cargado de emociones. Pero no golpeó nada. Hanzel podía evadirme; era demasiado lento, me encontraba demasiado afectado. Levanté mis puños varias veces, pero no podía dar en el objetivo. Pensé en sacar la daga de Marco, y ese movimiento fue todo lo que Hanzel necesito para derribarme al suelo. De nuevo. La historia se repetía... Yo siempre debía verlo elevándose sobre mí.

Hanzel gritó algo en lo que ahora era su idioma y pareció perder interés en mí. Di un salto hacia atrás y me refugié en un tronco, pero entonces noté que todo movimiento se había detenido. El diálogo de pistolas se había callado; no podía encontrar a nadie.

Mi hermano no podía haber usado su anillo mágico para irse; su grupo tenía que haberse escabullido entre la vegetación. Creí poder ver sus siluetas adentrándose en el bosque cuando Li me llamó con un grito.

Volví con el resto y vi a Creggh sacando la espalda del cuervo pequeño. No logré entender la expresión en el mago, o la poca sangre que caía de la espada.

Aldara se nos acercó. Un escudo de agua, que la recubría la zona donde recibió un disparo, se había teñido de rojo y terminó por dejarlo caer al piso. Le pregunté si estaba bien y asintió sin darme mayor importancia. Los ojos de todos estaban clavados en Malo. El quitnar sangraba mucho y apenas podía estar erguido.

Li se encontraba en cuchillas con una expresión que jamás había visto en él. Malo se tumbó en el barro y volvió a su forma de gato. Esto alarmó a todos y nos reunimos a su alrededor, salvo el Pistolero. Malo maulló.

—Dice que así va a sangrar menos —nos comunicó el pistolero, en un hilo de voz.

—¿Va a sobrevivir? —preguntó Aldara. Li guardó silencio y el gato también.

—Encontré estas hojas en ese cuervo —dijo Creggh—. Puedo curar a Malo... en cuanto recupere mi magia.

Me acerqué hasta el quitnar y lo levanté del suelo, llevándolo a mi pecho.

—Hay que avanzar —declaré, sin lugar a discusiones. Todos asintieron en silencio y mire al cuervo inmóvil—. Al menos lo hiciste, ¿no? Cobraste venganza por Dalia.

—No... no es él —dijo Creggh—. No encontré un anillo en él. Por eso es que no...

—¿Por eso qué, Creggh? —exclamó Li, severo.

—Nada. Me quedé pensando en el anillo —Creggh desvió la mirada hacia el cuervo.

Me puse en marcha con Malo en brazos y el resto no tardó en sumarse. Aldara se tomó su tiempo; parecía haberle encontrado un gusto a ser desafiante. Antes de alcanzar al resto se tomó otra pausa y pateó la cabeza del cuervo como alguien patearía una piedra a un lago. Intenté mirarla sin mostrar mi impaciencia; ella entendió y se nos acercó.

Creí haber visto que el cuervo se había movido luego de la patada, pero no sucedió nada cuándo le dimos la espalda. Lo había golpeado con la energía de mi piedra; era imposible que se pudiera mover.

Aunque los árboles y las nubes de lluvia no dejaban pasar mucha luz, podía verse que el sol del alba empezaba a dar la bienvenida al nuevo día. A esa altura los latidos se habían vuelto algo insoportable; parecían meterse en tu cabeza y palpitar desde dentro. Parecían estar acelerando, y eso no podía ser bueno.

No habíamos caminado mucho cuando Malo volvió a maullar, desde mi pecho. Y Li tradujo.

—Están cerca.

Había un pequeño rastro de sangre en el suelo. No era demasiado evidente, pero el rojo se distinguía entre la hierba. Nos acercamos con cautela. A la distancia pude ver a un hombre portando revólveres, y pensé que debía ser mi hermano. Pero él también nos vio. Empezó a abrir fuego sin contenerse. Los cargadores se volvían a llenar tan pronto se vaciaban. Reconocí que era su Pistolero, al que había dado con una flecha. Le había dado en un brazo junto con un ataque de la Nereida; no entendía cómo podía disparar así. Nos mantuvimos a cubierto mientras gastaba las balas. Aldara empezó a juntar agua y Li volvió a cerrar los ojos como si estuviera contando. Li salió de su cobertura y tiró tres disparos. Acertó.

Pero su Pistolero siguió de pie, en la misma posición, mostrándole el pecho a las balas, con ambos brazos extendidos. El asombro de Li le dio un instante precioso al Pistolero del Oeste, y su tiro rozó el cuello de Li.

Pasaron unos minutos más en los que el Pistolero se negaba a detener su descarga. Pero sus tambores se terminaron vaciando; ya no tenía más munición. No podía entender por qué había gastado sus

balas así, pero agudicé la vista y vi cuánta sangre estaba perdiendo. Su piel ya era blanca como el papel, su expresión parecía muerta.

Le di Malo a Aldara y me dirigí hacia el enemigo. Sentí que no tenía nada que temer.

Mientras me acercaba el Pistolero me miró a los ojos e insistió en disparar. Sus dedos no paraban de gatillar las armas, produciendo el mismo sonido seco una y otra vez. Chasquido, chasquido, chasquido.

—¿Qué es todo esto? —dije. Ahora estaba tan cerca que él pudo apoyar los revólveres en mí y siguió gatillando—. ¿Dónde está el Deus?

El Pistolero se mojó los labios y tragó saliva; o sangre, o quizá ambas.

—No sé, Ítalo —susurró. Su voz no parecía venir de él—. Sé poco del Deus y no me importa demasiado.

—¿Cómo qué no? —pregunté. Parecía saber mi nombre—. ¿Te conozco?

—Las familias nobles en Alles se conocen entre sí. Mi hogar está allá, con los Robler. A veces la guerra solo sucede por dinero. Mi familia hizo un trato con el Oeste antes de que yo naciera. Yo solo soy otra parte de ese contrato. —Miré al hombre frente a mí y vi a alguien resignado. Alguien que ya ni siquiera intentaba cerrar sus heridas. Ya no tenía nada que perder al responder mis preguntas—. No creo que el Deus sea más divino que cualquier hombre.

—Tu escepticismo me sorprende —dije, intentando ver más adentro de esa persona que podía actuar contra su propia tierra—. El Deus está provocando toda una revolución.

—Pero puede sangrar como todos. Todos sangramos.

Li apareció por detrás de mí, sin más tiempo para hablar. Puso su calibre más grande en la frente del Robler y apretó el gatillo.

—Hay que seguir avanzando —masculló.

Se acercó al cuerpo del Pistolero y sacó el anillo de sus dedos; su mente parecía estar más concentrada en nuestra misión que la mía, incluso con su viejo amigo estando herido. Me indicó que me lo pusiera.

Miré al resto y moví la cabeza hacia adelante. Era hora de avanzar.

—“Todos sangramos”, ¿eh? —dijo Creggh, mirando la espada que encontró Dalia—. ¿Esta cosa lo hará sangrar?

—Sería conveniente. Una gran coincidencia —dije—. Pero a esta altura dejé de creer en las coincidencias.

—Ese hombre... su voz era demasiado extraña —dijo la Nereida, titubeando—. Quizá mentía con eso de que el Deus puede sangrar.

—¿Sí? —levanté las cejas—. Su voz es lo que me hizo confiar. Quizá no creía en el Deus como nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó Li, molesto.

—No lo reconocemos como nuestro dueño —dije—. Pero yo reconozco su poder.

Durante un buen rato no sé habló más, mientras avanzábamos por el bosque. Malo había permanecido alerta desde que habíamos visto al Pistolero, pero al final se desplomó en Aldara. Su respiración era dificultosa, aunque las caricias de Aldara lograban hacerlo ronronear. La espera para salir del bosque y curarlo se hacía eterna, justo como los latidos. Li no dejaba de girarse hacia Creggh, como queriendo que nos transportase como había hecho tantas veces antes.

El silencio era demasiado pesado. Estaba a punto de hablar... justo cuando el bosque se abrió de par en par. Un claro enorme se hacía paso. Creggh fue el primero en reaccionar, con una sonrisa. Tomó a Malo descuidadamente y empezó a correr hacia adelante: había suficiente espacio sin árboles como para que la magia volviera a actuar.

—Puedo sentir un río muy cerca —dijo Aldara.

—Un río. Agua. Dalia soñó con esto en su última noche; ahí va a estar el Deus —dijo Li, atando los cabos.

—Estamos en buen camino —sonrió Aldara.

—¿Nada? —pregunté en voz alta una vez que llegamos al claro. La lluvia era lo suficientemente copiosa para igualar a los latidos.

—El río está hacia el norte —dijo Aldara.

Detrás de nosotros, Creggh ya estaba con las manos a la obra en Malo mientras Li lo miraba muy de cerca. Nunca me habían curado con esas hojas mágicas, pero no recordaba que tomara tiempo. No podíamos seguir avanzando sin nuestro amigo peludo y el hechicero, por lo que Aldara y yo nos volvimos en nuestros pasos.

Estaba empezando a agitarme. En verdad empezaba a sentir que la eternidad podía estar a la vuelta de la esquina. Y no ayudaba que nuestra muerte no sería solo nuestra, sino de todo lo que conocíamos en Alles. Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero, y empecé a intentar distraerme con cualquier cosa. El sudor frío se confundió con la lluvia, y me perdí en los ojos de Aldara. Ella jugaba con la enorme cantidad de agua que tenía a su disposición. Sin distraerse más, formó una pared de agua que protegía a Cregh y a Malo de la lluvia.

—¿Cuánta magia hay acá, Cregh? —pregunté.

—¿Cómo que cuánta magia? —dijo, girándose—. No hay una medida. O la energía está presente o no.

—¿Es ilimitada, entonces?

—Sí, algo así. Por ahora pensá que es ilimitada, es lo más práctico.

Hubo un pequeño silencio entre nosotros. Respiré hondo, llenando mis pulmones del aire helado de la tormenta.

Al abrir los ojos volví a girarme hacia el norte. En ese preciso momento, cuándo divisé una sombra en el horizonte, ya era demasiado tarde. El anillo lo transportó a mi derecha. Fue tan rápido que tuve la sensación de seguir viendo la silueta del hechicero en la lejanía.

El mago fue instantáneo; una membrana rojiza se extendió alrededor de nosotros. Parecía una carne sedosa. Antes de que pudiera hacer algo las reacciones de Li volvieron a sorprenderme. Un disparo traspasó la barrera roja, dando en el hombro del mago. Este gritó con rabia y cerró su puño. La membrana se contrajo, envolviéndonos y atrapándonos. Solo necesitamos un segundo: usé mi anillo para liberarme, Li hizo lo mismo y Cregh se transportó con un hechizo.

Saqué una flecha y tensé el arco. Apunté entre los ojos del mago. La flecha silbó y la trayectoria fue perfecta... Pero el hechicero del Oeste levantó su mano y el disparo falló. La confusión me hizo perder el hilo de la pelea.

De pronto, apareció un destello blanco a espaldas del mago. Era Cregh, su puño brillando con una luz amarilla, y no perdonó. El arte alternativo fue certero. Golpeado en la espalda, el hechicero negro salió despedido un par de metros. Pedazos de metal cayeron al suelo.

Eso me dio tiempo para fijarme en que la membrana estaba asfixiando a Aldara. Saqué mi daga para liberarla cuando surgieron varias estacas de hielo desde dentro. Se empezaron a mover, y el propio filo del hielo abrió una salida para la Nereida.

—Sigue vivo —dijo Cregh, de pronto. Me giré para encontrármelo—. Necesito tiempo para curar a Malo —nuestro mago fue conciso; confiaba ciegamente. Se agachó y volvió a curar al quitnar.

—¿De dónde carajo salió? —preguntó Aldara, llena de ira, sacándose restos de fluido viscoso.

—Usó el anillo —dije—. Puede estar en cualquier lugar.

De un vistazo no divisé rastro del mago.

—Revisen sus espaldas y sobre sus cabezas. Son los flancos favoritos de uno que puede transportarse —dije, mientras guardaba el arco. Debía concentrarme al ciento por ciento en mi piedra.

—Muchos consejos para ser alguien que no puede usar magia —dijo Li, con una pequeña sonrisa.

—No seas insolente, Pistolero —dije, sonriendo—. Solo créeme.

Formamos un triángulo alrededor de Cregh. Saqué el pergamino violeta, para repeler magia. La última vez que había intentado usar sus sellos no había opuesto resistencia, así que usaría dos. El hechicero no era ningún dios... un tajo en la garganta bastaría. Solo necesitábamos un error.

A pesar de mis precauciones, el hechicero utilizó otra estrategia y entendí cuánto conocía aquel anillo.

Apareció frente a Aldara y ella se puso en acción. De pronto, el mago se movió frente a mí. Levanté mi daga, pero el hechicero ya no estaba. Apareció en la espalda del Li y con una ráfaga de viento lo sacó de escena para hacerse paso al verdadero objetivo. Había logrado engañar a los tres en un instante... y ahora una llama de fuego salió de su mano, apuntando a Cregh y Malo.

Pero no estaban indefensos. El quitnar se escapó de las manos de Cregh, saltando en su forma canina. Inmune contra el fuego, se lanzó sobre el hombro del mago... pero eligió el hombro que no había sido disparado. Intentó hincar sus dientes en el metal, y el hechicero usó algo que sí afectaba al quitnar: una ráfaga de viento. Malo salió disparado con violencia.

Li se revolvió en el piso y apuntó al enemigo. El hechicero, como si fuera capaz de ver en todos lados, movió su mano hacia Li... y el disparo falló. Aldara lanzó agua hacia él, y yo me transporté detrás. El mago tuvo tiempo de encontrarse con mi mirada y dedicarme una risotada antes de desaparecer. El ataque de Aldara terminó impactando en mí.

Me retorcí en el piso por unos momentos. Todos recuperamos el aliento. Cuando levanté la cabeza, el hechicero estaba en medio del claro. Creó una esfera de luz en su mano y esta se puso a levitar. Todo empezó a volverse oscuro, y pensé que el golpe de Aldara realmente me había lastimado. Pero Creggh soltó un insulto y entendí que no era el único que lo veía. Esa esfera estaba chupando la luz y nuestra visibilidad.

—Igual que en Verin —susurré—. Peleamos sin ojos.

En meros instantes la escena se había vuelto negra; solo podía escuchar los latidos y la lluvia. Creggh reaccionó con una bola de fuego. Rodeamos la pelota para no perder nuestra vista por completo. Ahora nuestras sombras se reflejaban danzantes en el suelo rebalsado de lluvia. El orbe del hechicero parecía succionar toda la luz que estuviera cerca; se podía ver como la luz de la flama se veía arrastrada allí.

A esa altura, el hechicero era uno con la oscuridad. Aldara formuló una idea y nos la dijo. Me puse delante de ella, cubriéndola.

—Li, por todos los dioses, usa tu anillo —dije—. Solo necesitamos una fracción de segundo para que te transportes detrás de él y llenes su cráneo de plomo.

Li se me quedó mirando. No le saqué la mirada de encima hasta que asintió.

—Y sí es necesario, yo voy a ser la carnada. —Señalé mi marca de la corona.

De pronto, la flama pareció volverse más intensa. Una estructura de hielo había sido erguida, recubriendo al hechizo y protegiéndolo. La perfección cristalina del agua congelada aumentaba la luz. Se iba a derretir en unos minutos, pero eso se iba a solucionar en un instante, para bien o para mal.

Aquel hechicero se tomaba su tiempo; yo hubiera aprovechado la ventaja de la oscuridad impulsivamente. Más allá de su habilidad, debía estar sufriendo sus heridas.

—Está ahí, quieto —dijo Aldara, señalando—. A unos cuantos metros.

—¿Cómo sabés? —preguntó Cregh.

—Siento las gotas rebotando sobre sus hombros. Está quieto, no sé qué hace.

Escuché a Malo gruñir.

—Ahora se está acercando —dijo Aldara.

A pesar de lo que nos decía, yo no tenía indicio alguno. Apenas podía mantenerme tranquilo. De pronto, una luz nueva nos rodeó; era un puto anillo de fuego.

—¡Aldara! —alcanzó a gritar Cregh. Pero la nereida ya estaba en ello.

El charco que pisoteábamos se elevó, formando un domo de hielo.

—¡No se transporten ni salgan de acá! —siguió diciendo Cregh—. Es lo que él quiere.

El fuego se contrajo hasta que tocó las paredes de hielo. Mientras las dos fuerzas luchaban, la luz que se emitía era un espectáculo. La tierra se sacudió, abriéndose por la mitad. La grieta se tragó el faro y separó al grupo en dos. Entonces el anillo de fuego se apagó, dejándonos a oscuras. Nos la había jugado.

Asustado, empecé a soltar energía por la mano, dejando que unos pequeños rayos me alumbraran. Entonces oí una voz. Alguien me estaba chistando.

—Baja eso —dijo el susurro, Cregh—. Creo que no sabe dónde estamos.

—¡El resto no se puede alumbrar! —dije—. ¡Están indefensos!

—Estoy seguro que Aldara ya los cubrió —sentenció Cregh. Tenía razón; la oscuridad me volvía impulsivo.

Me quedé agazapado, mirando en la dirección en la que se suponía que estaba Cregh. Sonó un trueno y la tormenta empeoró; las gotas casi dolían.

—Si todavía no nos mató, creo que hay una chance —masculló Cregh—. Vamos a volvernos señuelos al iluminarnos. Vos corré en dirección opuesta a la mía. El que sea atacado tiene que gritar. ¿Listo?

—¿En qué dirección? —dije.

—¡Ya!

Una llamarada se desplegó frente a mí, iluminando a Cregh. Mientras él salía corriendo, empujé la energía de la piedra como nunca antes; mi mano parecía una antorcha de luz. Sonreí y empecé a correr.

Corrí como si no hubiera mañana. En una sola dirección, incansable. Inmerso en esa oscuridad infinita, noté que el agua me llegaba hasta las rodillas. Entonces escuche un grito.

—¡Li, dispará hacia el orbe de luz! —era Cregh.

Escuché el disparo; seco y certero. Cuando pestañé, la oscuridad se había ido. Le habían dado. Casi disfruté el ardor en mis ojos.

El claro del bosque era una pileta de agua que fluía hasta la grieta en el suelo. ¿De dónde había salido toda esa agua? Podía verla llegando desde afuera del claro. El mago negro estaba quieto en la lejanía, mirándonos. Algo me decía que estaba de mal humor, además de la sangre rojo brillante corriendo por su hombro. Nos respetaba por primera vez.

Esperaba que lo reconociese; que viese que el Este revivía de las cenizas.

La tormenta se apaciguó por primera vez, dejando una lluvia elegante. Me transporté con el resto. Miré al grupo cara por cara. Pasando por Malo, Aldara, Li y Cregh. Ya no había miedo. Especialmente en nuestro mago.

Nadie habló. Los dos bandos se mantuvieron expectantes.

Los segundos se hicieron eternos. Ninguno movió un músculo. Entonces, junté energía y usé mi anillo; me transporté frente a él. El mago volvió a escapar, pero tras él apareció Li. El Pistolero y el Hechicero levantaron las manos a la vez. Esa vez no pudo desaparecer, y la pistola rugió.

Miré el yelmo, esperando ver sangre. Pero entonces sentí la bala cruzando el aire junto a mí. Li tenía los ojos bien abiertos. Había fallado.

Li cayó bajo una llamarada, incapaz de hacer nada. El Hechicero pareció hartarse y se elevó por el aire. La tierra volvió a temblar y a separarse.

La hierba empezó a crujiir, ensordecedora. Colosales pedazos de tierra se desprendían del suelo, elevándose hasta la altura del mago. El agua de Aldara caía en las grietas enormes que se formaban. Era difícil mantenerse parado. Tuve que saltar porque la tierra bajo mí fue volando hasta el mago, que había formado una especie de barrera de rocas. Ningún lugar parecía seguro. El suelo se abría, flotaba y también caía. Como si nunca hubiera estado unido. Perdí de vista al resto.

Las piedras junto al mago empezaron a girar más rápidamente. Al mismo tiempo, los brazos de agua de Aldara empezaron a azotar el cinturón. Las piedras giraban e impedían que el agua se filtre dentro, pero la cantidad era titánica, incluso para él.

Entonces apareció Malo corriendo a toda velocidad, saltando por las rocas voladoras; adentrándose en la boca del lobo sin ningún temor. No pidió ayuda, y no creí que la necesitara. El hechicero respondió aumentando su altura en el aire.

Me junté con Cregh y Aldara en una plataforma de hielo. Cregh se encontraba en cuchillas y Aldara se mantenía en total concentración.

—Debería haber muerto, pero sigue vivo y coleando. ¿Cómo es posible que Li no le haya dado? ¿Desvió el tiro?

—Fue Destino —susurré.

—¿Suerte?

—No era el momento ni la manera, parece. Si de algo estoy seguro es que el hechicero no desvió ese tiro.

Cregh se puso a mirar la manera en que Aldara chocaba contra el hechicero. Suspiró mirando el cielo.

—Estaba asustado... cuando entramos acá. Cuando no había magia. Ahí adentro... no pude rematar al cuervo —su mirada había vuelto a ser fría—. Junté todo el odio que pude, pero clavé la espada justo a un costado.

Pensé en quejarme por su falta de compromiso, pero era irrelevante.

—Cada vez que algo dependió de mí todo se hundió. Y con todo quiero decir todo. Cargo con los cumplidos de tantas personas por mis poderes mágicos, pero nunca pude llegar a nada. Prendí fuego un pueblo y ahora soy conocido por eso. Wendagon me encargó defender a Dalia, y ella murió justo delante de mis narices. Cuando entré al bosque pensé que todo esto iba a terminar de la manera que solía hacerlo. Pero... cuando tuve a Malo en mis manos, deseé crecer con todas mis fuerzas. Ítalo, no me dejes fallar otra vez. Quiero que ustedes sean testigos. Quiero matar al Deus.

Cregh bajó la cabeza, y soltó un rugido desde su pecho. Quise decirle que me había salvado la vida en Havenstad; que lo de Dalia fue culpa de todos. Quise.

—Vas a hacerlo, Cregh. Destino ya escribió lo que va a pasar hoy.

Mis palabras eran secas; era una sensación parecida a la que no me dejaba hablarle a mi primo. Cregh no demostró aprobación o decepción. Había hablado para sí mismo.

—¿De dónde salió tanta agua? —pregunté, girándome hacia Aldara.

—Del río —respondió ella, en un hilo de voz.

—Estuvo juntando agua del río desde el primer momento —dijo Cregh.

—¿Desde tan lejos? —dije.

—Sí —Cregh levantó los hombros—; es increíble.

Ambos nos giramos hacia la batalla que se estaba dando en el aire. Cual directores de orquesta, Aldara y el hechicero sostenían un encuentro en el que no éramos más que meros espectadores. Más y más pedazos de tierra se unían a la única defensa del mago, cuyas rocas ganaban incluso más velocidad al buscar repeler el ataque de la Nereida. El agua que azotaba el escudo de tierra era bestial; los brazos líquidos se arrastraban y trataban de adherirse a la superficie para llegar al mago del Oeste.

Entre el suelo que se partía y flotaba apareció Malo, cargando en su lomo al Pistolero. Cuando el quitnar llegó hasta nosotros, Li cayó sin delicadeza y quedó tirado por largos segundos, pegado al hielo. Cuando terminó por ponerse de pie, su aspecto no era nada bueno; tenía el lado derecho de su cara a un rojo vivo, su barba chamuscada,

un brazo tomado por el fuego y un agujero en sus prendas. Nos miró sin una expresión clara. No había dolor, pero estaba confundido. Su resistencia siempre había sido inhumana.

—Jamás había fallado un tiro así... —balbuceó—. No sé qué pasó...

—Li, ya le diste en un hombro —lo animé—. Solo va a dar pelea un rato más.

—El libro del hermano de Ítalo, ¿no hay nada allí? —recordó Li.

—Sí, sí hay algo —dijo Cregh—. No es un arte con el que me sienta seguro. Aprendí varios hechizos ayer, pero no siento adecuado improvisar, el hechicero es demasiado impredecible. Hay algo que quiero probar en Malo, pero no ahora.

—¿En Malo? La magia no lo afecta directamente.

—Esto no es magia, es otra cosa. Si la traducción de Ítalo fue correcta, estoy bastante convencido de que debería funcionar. No sé por qué más incluirían el dibujo de un quitnar.

—Dependerá de la voluntad de los Humildes —dije—. No sabemos cuánto podemos exigirles. Ni por qué solo te responden a vos, Cregh.

Aldara ya había cubierto todo el domo de rocas con una burbuja de agua. De pronto, de su interior surgió una luz. El escudo de tierra se cubrió de fuego, y el agua empezó a evaporarse. Escuché a Aldara mascullar un insulto entre los dientes, y se impulsó un nivel más allá. Las gotas de lluvia, el océano de agua, todo se detuvo en el aire, comprimiendo al hechicero. Entonces, los mismos brazos empezaron a congelarse, buscando calmar a la masa ardiente.

El hielo llegó hasta dónde estábamos parados. El vapor no hacía más que incrementarse; todo era cada vez más intenso.

Cuando apenas podía mirar, el despliegue de poder pareció llegar a un clímax. El brazo de hielo se rasgó y quebró. Todas las rocas empezaron a caer a donde habían pertenecido. Todo se desmoronó en segundo. Las piedras, al rojo vivo, se enfriaban al llenar las grietas barrosas. Toda la escena estaba inmersa en una nube de vapor.

Aldara cedió al esfuerzo y empezó a temblar. Me apuré a atajarla justo cuando se desplomó. Respiraba agitada, sin sacarle la vista al punto negro que descendía lentamente. Flotaba sin ningún apuro, como si solo hubiera estado jugando. Cayó un trueno y el viento de

tormenta arrastró el vapor, disipando la vista. Adelante se hallaba el hechicero.

El pistolero no pudo contenerse y disparó tres veces, a pesar de la distancia. Las balas cortaron la neblina, pero la respuesta fue la de siempre; la mano levantada que hacía desviar cualquier cosa.

Una vez que tocó el suelo, Aldara movió el cuello hacía adelante, desde mis brazos. Un brazo de agua surgió detrás del mago y lo golpeo. Su yelmo terminó de romperse. ¿Estaba viendo bien? Bajo su armadura parecía haber un cráneo, un esqueleto, como el del Oráculo que habíamos visto.

Otra vez, los dos bandos nos mantuvimos en silencio, expectantes. El hechicero bajó la cabeza y pareció suspirar.

Mientras el vapor se terminaba de escapar entre las gotas de lluvia, por la derecha del mago se hizo presente una silueta. Mi hermano, mirando hacia mí.

X — HANZEL

Desarmando la marcha taciturna, me dejé caer en el suelo. Respiré tan profundo como pude y traté de relajarme. El bosque engañaba mis sentidos. Ya no sabíamos dónde estábamos parados.

Había aventajado a Krieg unos cuantos metros y, al verme desplomado en el suelo, se recostó contra un árbol.

—Estoy empezando a desear que su pistolero me hubiera dado — jadeó Krieg.

—Adelante... hay vida —dije.

—¿Dónde es adelante? —rió el cuervo, triste.

Lo miré profundamente.

—¿Estás asustado de morir?

Krieg no se inmutó.

—No. En estos últimos minutos estuve reflexionando seriamente sobre que no iba a salir vivo de acá, ¿sabés? Repasé mi vida, desde el principio hasta hoy, ahora. Éste ardor en el pecho me saca el miedo a lo desconocido. Creo que muero con... dignidad. Si pudiera volver atrás, lo haría todo de la misma manera.

—Ambos sabemos que no podemos volver el tiempo atrás —dije.

—¿Y vos, humano? ¿Estás arrepentido de todo esto?

—Para nada.

—¿Ni siquiera de traicionar tu sangre?

—No considero que la haya traicionado. Nunca lastimé a mi familia ni busqué el mal para ellos. Además, nací con una sangre distinta; especial, mágica. Una vez que contemplé al Oeste, supe que era una señal. No podía ser azar. Algún rol debía cumplir en éste mundo.

—¿Sabés? Me siento bastante estúpido no pudiendo encontrar una salida de acá —dijo Krieg.

—El bosque no es eterno —dije—. Pero la oscuridad lo va a ser.

Krieg gimió de dolor y se puso de pie.

—Sabés que una vez que el Deus renazca, va a matar a todos los de tu raza, ¿no?

—Si... —asentí—. Quizá mi rol sea evitar eso justamente.

—No entiendo. Si esto va a matar a tus pares, ¿por qué estás acá?

—Quizás no viviste lo suficiente entre humanos para entenderlo. Pero la manera en la que los dos reinos están viviendo... Eso es lo que nos hace incompatibles. Pero va a cambiar.

—Dudo que el Deus les muestre clemencia.

—Él es justo. Él sabrá quién es digno de vivir y quién no —dije.

—¿Un mundo donde el Oeste y el Este convivan? ¿Realmente pensás que somos compatibles? —preguntó Krieg.

—Nos enseñaron a odiarnos. Ahí está la respuesta. Creo que vamos a ser iguales ante el ojo del Deus.

—Tantas escrituras... pero sabemos muy poco sobre lo que va a hacer realmente —suspiró Krieg.

—¿No sería reconfortante si toda esta guerra terminara acá y ahora? Si todos compartiéramos la hegemonía del Deus y viviéramos en paz. Estudié las escrituras y creo que daban el pie para eso. Después de todo, todos nacemos, respiramos y morimos. No podemos ser tan distintos.

Krieg empezó a alejarse con una marcha lenta y me puse de pie.

—Todo lo que decís me parece bonito, pero puede que sea porque me esté desangrando. Bonito pero improbable. ¿No tenés otro de esos cigarros?

—No, ese era el último —me sentía destrozado y cansado. Caminábamos por mera inercia.

Entre la lluvia y los latidos se hizo un pequeño silencio, pero Krieg volvió a hablar.

—Cuando pensé en que iba a morir, recordé mucha gente que no veo hace tiempo. Los huginn somos muy longevos y muy solitarios. Pero eso no signifique que no amemos —Hablando de la manera en

que hablaba, Krieg Waltz parecía haber olvidado que yo pertenecía a otra especie.

Se tomó unos segundos, respirando mal y tosiendo. Probablemente ya tuviese los pulmones llenos de sangre. El paisaje insistía en ser monótono. El verde profundo y las plantas eran idénticos hasta el hartazgo. Empecé a entrecerrar los ojos para evitar marearme.

—Hay muchas personas con la que me gustaría hablar solo una última vez —retomó el cuervo—. Quisiera ver si tienen hijos. Si viven bien. Confío en que todo este asunto les traiga paz y bienestar. A esta altura no pido nada más.

Sonreí. Realmente éramos compatibles. Era fácil sentir empatía porque... los dos éramos mortales. Quizás Este y Oeste arrancaron con el pie izquierdo. La falta de comunicación, el miedo, las inseguridades. Había miles de detonantes, pero las distancias podían cruzarse. El Deus podía.

—Dejé Alles con un sabor agridulce —dije—. Habiendo conocido gente maravillosa y gente detestable. Pero pasó algo que me aclaró la vista. Las cosas no funcionaban como yo creía, seguían un camino oscuro y retorcido. Nunca me había enfrentado a egos tan grandes como lo de Alles. Jamás comprendí a esas personas que pueden olvidar que sin el prójimo nuestras vidas son vacías.

Manteníamos un ritmo lento que se me hacía melancólico. No me hacía mal recordar, aunque doliera. Era una llaga que nunca iba a cerrarse.

—Maté por ellos. Pensaba que me proponían la aspiración máxima. Sucedió en las cruzadas de magos; tuve que ejecutar a mi oponente. No hubo razón, fue un capricho de los poderosos. En ese momento dudé. Ya había ganado, no podían privarme de lo que era; el mejor mago. Me lanzaron un cuchillo mientras mi adversario se revolvía en el piso. No hubo palabras, pero los gestos eran más que claros; tenía que degollarlo y exhibir su cabeza a toda la tribuna. Como te digo, dudé. Pero me convencí de que era lo mejor. Que era lo que había perseguido toda mi vida.

Tragué saliva antes de continuar; todavía me causaba escalofríos.

—Cuando empecé a cortar su cabeza, apenas podía dar pelea. Estiraba sus brazos y gemía de dolor... hasta que paró. La sangre salía a

borbotones y manchaba mis prendas. Corté el hueso y la cabeza cedió. Exhibí la cabeza a quién sabe cuántos miles de personas que festejaban como locas. Era el mejor momento de mi vida, supuestamente. Y nunca en mi vida me sentí tan vacío.

Miré a los ojos a Krieg. Su vista estaba perdida en la nada. Quería decirle que ya estábamos cerca y que no iba a morir. Pero tampoco quería mentirle, como a mis alumnos.

—La euforia de las gradas me descomponía. Solté la cabeza y... rodó. Recuerdo verla rodar y que los globos oculares se desorbitaron. Mi garganta estaba seca, tenía mucha sed. Luego vino la premiación y los festejos. La sensación de vacío se fue paulatinamente a lo largo del día. Aunque tenía una sensación muy extraña en las manos, casi como trémulas. La gente venía y me felicitaba. Niños pequeños decían que era un héroe, qué querían ser como yo. Intentaba sonreír, pensando que nada había sido real.

La monotonía del verde ya había adormecido todos los sentidos de mi cabeza. El bosque había sido capaz de desorientarnos por completo.

—Recién al día siguiente pude verme en un espejo. Estaba en Havenstad, solo. Pasé una semana encerrado, leyendo las cartas que me llegaban. Intentaba convencerme de que ese día había sido la mejor cosa que me había pasado. Pero volvía a ver la cabeza rodando, y mis tripas se revolvían. Habían sido años desarrollando un poder que no solo no quería, sino que terminaba matando. ¿Todo el continente quería ser como yo? No había manera que eso tuviera sentido. Si llegar a la meta se sentía así, la carrera en sí no tenía sentido. Algo en mí empezó a crecer, que me dijo que no podíamos vivir así.

Toda mi vida detrás de un espejo, abrazando cosas que no eran.

Noté que el piso estaba lleno de agua. Primero era una ola que apenas pasaba los tobillos, pero después fue una ráfaga que rozaba las rodillas, creando una corriente poderosísima.

—¡Krieg! —exclamé.

El cuervo se sostenía de un árbol sin firmeza, apenas notando lo que había pasado. La densidad de plantas se convirtió en una ventaja, y aferrándome a todo lo que veía busqué avanzar en dirección del cazador. Vi un foco de luz; había un claro justo adelante nuestro. La

fuerza del agua no menguó, pero arrastré al cuervo hacia el claro, con energías milagrosas. Krieg parecía caminar hacia adelante, pero no respondía a mis llamados.

Ni siquiera había pensado en el origen del agua, solo pensaba en la magia que estaba por recuperar. Pocas veces había podido sentir el aroma de la magia en el aire, pero era muy intenso. El bosque parecía concentrar todo en ese claro. Tan así que solo necesité un paso luego del último árbol para empezar a levitar y sacar a Krieg del río. Todo adelante era agua. Detuve el vuelo y antes de caer en la corriente, levanté un pedazo de tierra sobre el agua.

Solté con delicadeza al Huginn e inmediatamente busqué las hojas para curarlo. En su rostro había una confusa mezcla de cosas, pero había un rasgo inconfundible. Rendición. No quise verlo.

Me arrodillé junto a él para empezar a aplicar la magia en su pecho, en las heridas, su sangre ya seca. No tardé en notar que no había efecto.

Su cabeza se había recostado a su izquierda, y sus ojos miraban en dirección inequívoca: el Oeste.

El huginn se había rendido. La lluvia lavaba inútilmente sus heridas.

No entendía lo que sentía. Escapaba de mi entendimiento. Miraba el cuerpo del Huginn y sentía que mi pecho iba a explotar. No podía entender que alguien fuese llevado a ese extremo.

En mi intento por parar las muertes entre los reinos, solo había logrado causar más. ¿Qué más se necesitaba para arreglar eso?

El malestar fue tal que mi hechizo se deshizo y caímos al agua. Contemplé dejar de luchar, que la corriente me alejara del claro otra vez. Sentía asco, decepción, miedo. Solo Althea logró sacarme del agua. Me arrepentía de no haberla besado una vez más. Quería compartir mucho más tiempo con ella. Mucho.

Por reflejo, miré hacia atrás y vi flotar el bulto oscuro que era el cuerpo de Krieg. Me hizo volver a mí mismo.

Tenía que hacer un último esfuerzo, sin más tragos amargos.

Entendí que el agua del río debía haber sido invocada por aquella Nereida y que podía abastecerse indefinidamente. Toqué el talismán del arte alternativo y lo guardé detrás de mis prendas.

Levitando, recorrí un poco más de la escena y no dudé en detener el agua abriendo un hueco en la tierra, Sin demasiado esfuerzo, justo donde terminaba el bosque, una grieta de unos cuatros metros logró comenzar a tragarse los recursos de la nereida.

En la lejanía vi la espalda de Karus. En un instante aparecí junto a él.

Los representantes del Este se mantenían expectantes y cautos. Nadie hacía ningún movimiento.

—Somos la última defensa del Deus, humano —dijo mi Hechicero.

—Eso es justo lo que no quería escuchar —sonreí sacudiendo la cabeza.

—¿Lo de defensa o lo de humano? —dijo Karus, como sonriendo, impropio de él.

—Ambos, espíritu desertor.

—Qué bien que al fin nos llevemos mejor, Hanzel. Pero las malas noticias no terminan acá.

—¿Ahora qué?

—Uno de los dos tiene que seguir los latidos. Llegar al lago, y proteger al Deus hasta que despierte. Me preocupa que puedan atacarlo mientras peleamos acá.

—Divide y reinarás.

—Voy por el Deus —me dijo—. Matá a quienes no me sigan.

—Bien, perfecto.

—Qué la próxima vez que nos veamos reine la paz y la oscuridad, Hanzel.

Asentí despacio... Karus hizo dos pasos y se transportó.

Sin esperar, dos de los hombres del Este fueron tras Karus, junto con su quitnar. La mujer pareció querer ir en esa dirección, pero notó que mi hermano no se movía. Tenía la cara al descubierto y la insignia de la familia parecía ganar cierto brillo con en su cara empapada.

—Quiero saber algo —dijo, haciendo sonar su voz.

—¿Qué deseás, hermano? —respondí.

—¿Cómo pudiste dejar todo atrás por... esto? Eras una leyenda viviente. Más importante que eso, eras mi hermano. Viví mi vida detrás de tu sombra, detrás de tus poderes, creyendo que nunca iba a ser lo

suficiente para valer. No entiendo como terminaste buscando la muerte para tu propia tierra que te dio tanto.

—Ítalo, elegí todo lo contrario. Elegí vida. Siempre pensé que un día iba a encontrarte buscando la manera de revivir al Deus. Pensé que ibas a entender la mierda en que se ahoga Alles.

—¿Entender cómo? ¿Abandonando a la familia? No finjas que alguna vez te importe.

—Siempre me importaste —dije, sin saber cómo sonar sincero—. Extraño a mamá y a papá.

—Es muy tarde para que cambies mi opinión. No creo ni una sola palabra. Querés revivir a un ser que va a exterminarnos, pero me decís que extrañas a papá y a mamá. ¡Qué te importo!

—No... no. No. —Me apreté los ojos con la punta de los dedos—. Esto no va a traer muerte a Alles. Entiendo que sientas eso, pero no es así. Yo nunca quise ir en contra de la familia. Incluso en el Oeste mantuve la Corona de la Gloria en mí hasta que me forzaron a borrarla.

—¿Qué no es así? Desapareciste por años.

—Es que... esto... —Suspiré—. Perdón.

Se instaló un pequeño silencio, haciendo parecer que la lluvia se ralentizaba hasta parar. Ítalo soltó una risa amarga.

—¿Ese es el veredicto? —dijo, gruñendo.

No podía ponerlo en palabras. No era capaz de explicarle lo que quería. En ese punto dudaba de todo. Entre el aguacero vi su rostro con claridad y vi al niño que dejé hace tantos años ya. Recordé su voz aguda. Jamás había buscado el mal para mi familia. Quería mucho a mi padre. Pero con el paso del tiempo, volver se hacía más complicado.

Había conseguido uno de los anillos con ese objetivo, volver a ver a la familia. Sentía que me iban a entender y unirse a lo que yo veía. Era tan claro y sencillo de entender. Pero era tan difícil decir “hola” después de dejar pasar tantos años. Me encapuchaba y viajaba a Alles. Buscaba información sobre sus rutinas. Me limitaba a verlos desde lejos. Verlos me llenaba de felicidad, pero también hería mi alma.

Me había equivocado. Pasé mucho tiempo equivocándome. Tenía miedo. Sentía que todo lo que tocaba se arruinaba. Desde las cruzadas, mis alumnos, hasta Krieg.

Era preso de un poder que no había pedido. Jamás quise traer muerte. Pero mi naturaleza me hacía dudar. Ver a Ítalo me hacía dudar. ¿Y si el Deus no mostraba piedad?

Yo solo quería que todos viviéramos mejor.

Comprendí que él era la última ofrenda al Deus. Mi propia sangre, mi hermano menor. Debía encomendar mi alma, mi cuerpo y mente al Deus. No estaba seguro de nada, pero sí de él.

—Trajiste dolor, Hanzel. Y tu camino va a traer más muerte. Me gustaría tanto que hubiera otra manera... pero soy el Cazador del Este —tras decir eso, luces empezaron a salir de su mano—. Tu silencio se siente tan raro. Tu mirada se ve tan vacía.

“Traé la paz que deseo”, pensé. “Y una buena cacería para los que merecen morir.”

XI — ÍTALO

Entre la tormenta, reconocí una lágrima. En el medio del caos, encontré tranquilidad, la sensación de que la lluvia se detenía en el tiempo. Las variables desaparecían y dejaban ver solo a mi hermano de pie, estático.

Cerré los parpados y en mi cabeza visualicé la última vez que había llorado en el Este. Fue casi una década atrás, y me lo había prohibido desde entonces. Y Hanzel había estado ahí.

Mi brazo dolía. Apretaba con fuerzas las vendas. El Oráculo había cortado profundo antes de la muñeca y la sangre fluía a ritmo lento. Como un río, recorría el antebrazo hasta el codo, dónde la juntaba en un recipiente. La sangre era mucho más oscura de lo que pensaba.

Revolvió el contenido y ni siquiera tuvo que usar sus poderes; a simple vista el resultado era obvio. Mi padre miraba apoyado contra la pared que daba a un ventanal, expectante.

—No tiene la sangre de su hermano —dijo.

Hanzel estaba sentado en una silla alejada de la mesa. Apoyaba sus brazos en el respaldo y me miraba con ojos indescifrables. Los míos no eran capaces de contener el llanto. El Oráculo volvió a mirar la sangre cayendo y quiso llenar el silencio incómodo.

—De hecho, creo que nunca vi sangre tan espesa. Podría ser útil...

—Si no voy a poder ser mago entonces es inútil —dije, seco y cortante, tomándome la herida y presionándola todavía más.

Miré hacia mi hermano y su pose me dejó ver el revólver plateado pendiendo de su cintura. Me levanté y encaré hacia la puerta que llevaba a la calle. Escuché en simultáneo el suspiro de papá y las gotas pesadas que caían en eco con mis pasos.

Ni mago... ni tampoco sería pistolero.

¿Qué sería? ¿Quién era?

Arropado en mis brazos, me manchaba las prendas con la herida que todavía no amagaba a cicatrizar. Hacía el frío propio de un otoño cruento. El viento de la tarde ya había secado mis ojos.

—Hijo de puta, cortó demasiado profundo. Quizás lo único bueno de mi sangre sea que coagula más rápido.

Sin magia, sin armas. A contramano de mi propia familia. Me sentía insignificante por no ser como él. No me importaban los retos; podía recorrer cualquier distancia, cruzar cualquier montaña. Pero lo que me impedía llegar a ser como Hanzel era la propia carne de la que estaba hecho. Mi destino había impuesto desde mi parto.

¿Cómo iba a volver a casa? No me sentía digno.

Esa fue la primera vez que sentí ese sabor metálico detrás la lengua, esa inconsciencia que en ese momento atribuí a la adolescencia. Ese día se formó el voto de silencio sobre mis emociones; para sellar el dolor en la profundidad de mi cuerpo. Para que fuera impugnable.

La última vez que lloré fue la vez que conocí a la sombra.



Una sola flecha, una sola tajada en el cuello sería suficientes. Un solo toque para descargar el poder la piedra. Había muchas maneras de matarlo. Por primera vez tenía herramientas para enfrentarlo. Pero, por sobre todas las cosas, lo que más me daba confianza era tener a la Nereida a mis espaldas.

Hanzel llevó sus manos hacia su rostro, concentrándose para un hechizo. La tierra se estremeció y, de la misma manera que el hechicero negro, empezó a abrir el suelo en múltiples grietas.

Aldara ya tenía listo un tentáculo de agua que se abalanzó contra él. Hanzel se movió del camino con facilidad, y la tierra no parecía dejar de abrirse, tragándose el recurso de Aldara. Por suerte, la lluvia era tal que el agua no llegaba a drenarse por las grietas como mi hermano esperaba. Por detrás de Hanzel, Aldara creó otro látigo y empezó a atacarlo. Le sumó uno más por delante, haciendo que necesite usar su magia para poder esquivarlos, saltando y elevándose por el aire. Surgió otro látigo y lo tomó por los tobillos antes de que pudiera ascender más alto. Lanzó a Hanzel contra el suelo, y los tres tentáculos

se solidificaron, convirtiéndose en estacas de hielo listas para atacar. Aldara no fue lenta, sino que Hanzel fue demasiado rápido con su transportación. Apenas había reaccionado cuando se sucedió un destello blanco, y las garras de hielo se clavaron en el barro.

Era el destello blanco que habíamos visto tantas veces usar a Cregh. Parecía que Hanzel no tenía uno de los anillos de transportación. Me giré hacia Aldara.

—Ítalo... No dudes. Él no va a dudar en matarnos.

Entonces volvimos a avistarlo. Apareció unos metros atrás y empezó a avanzar despacio, con los brazos levantados. Decidí terminar con la pasividad, levantando el arco y apuntando a su pecho. Todo perdió foco excepto él. Veinticinco metros no eran nada. Matar a mi propio hermano no era nada. El silbido de la flecha se alzó sobre el diluvio... y dio en el blanco.

Justo en ese instante, una ola de tierra se levantó justo frente a nosotros. La piedra del trueno incrustada en mí le daba velocidad a mi cerebro, velocidad tal que pude ver cada instante de la trayectoria de mi flecha. Solo podía pensar en eso. Mientras el ataque de tierra se abalanzaba sobre nosotros, no recordé mi anillo, ni procesé la información. No entendí el peligro. Creí haber soltado el arco. Creí haber cubierto mi rostro. De cualquier manera, recibí el golpe. No sentí dolor, solo la conmoción.

Oscuridad.

Pero no fue eterna. Tras un parpadeo demasiado largo, volví a encontrarme. El sabor de la sangre llegó a mi labio. Sangre, sí. La raíz de los problemas.

Sostenía un pedazo de madera que solía ser mi arco, pero al menos estaba más roto que yo. Entonces, el agua se retiró de mi cuerpo. O sea que Aldara también debía estar bien; realmente era mi ángel de la guarda.

Pero entonces miré a Hanzel, triunfante. No tenía la flecha clavada. Ileso. Estaba seguro que le había dado.

Una masa de agua me rodeó y me levantó, llevándome hacia atrás hasta ponerme junto a Aldara. Entonces nos rodeó a los dos, cubriéndonos. Retomó el ataque de los brazos de agua; mi hermano se despegó del suelo y empezó a maniobrar en el aire. No iba muy alto, pero

se movía como si fuera su segunda naturaleza. Los látigos de agua y el mago bailaban en el aire, pero se veía que las masas de agua nunca lo iban a alcanzar. Sin embargo, Aldara tenía otra cosa en mente.

Extendió las manos, muy despacio, y cerró los puños. El agua que nos rodeaba se convirtió en hielo cristalino. Y la lluvia perdió su paz. Las gotas eran pequeñas estacas de hielo. Hanzel tardó en reconocer el peligro, todavía distraído por los tentáculos. Las gotas eran cada vez más voluminosas y golpeaban con violencia el escudo que la nereida me había proporcionado. Perdí de vista al mago por un momento.

Cuando volví a encontrarlo, Hanzel estaba recubierto por un pedazo gigantesco de tierra que estaba levantando por el aire. Los brazos de Aldara fueron tras él, pero Hanzel levantó su palma y el agua se paró. Escuché un gemido de la nereida. Bufó varias veces y empezó a agitarse. Los tentáculos perdieron su forma, desmoronándose en el barro. La nereida había tocado su límite.

Aldara soltó sus puños y la lluvia volvió a la normalidad. Entonces Hanzel también fue capaz de bajar su brazo, y parecía estar tan exhausto que el pedazo de tierra con el que se cubría cayó al suelo. Sin embargo, ninguno de los dos gastó un momento y retomaron el baile aéreo. La danza se repitió, con los tentáculos de agua persiguiendo a mi hermano. Aldara mostraba tanta concentración que el hielo que nos cubría empezó a derretirse; y lo toqué, y estaba caliente. Me sentía insignificante, inútil. Mientras tocaba la escarcha, llamé a la energía de mi piedra. Noté como los rayos parecían reproducirse en el agua, como ramificándose.

Hanzel aterrizó y se rodeó de un torbellino de fuego que no paraba de crecer. El ataque de Aldara ya parecía soso al ritmo de mi hermano. El tornado de fuego vaporizaba toda nuestra ofensiva; el siseo del agua cambiando de estado me dio escalofríos. El fuego empezó a elevarse, ganando tanta altura que daba la impresión de que quería ahuyentar a las nubes. Pero ni el mismo poder del sol parecía poder con la oscuridad de la tormenta ese día.

Pero nada con semejante intensidad podría durar. La cortina de fuego se desveló y, ante nuestros ojos atónitos, vimos que no había podido bloquear toda el agua. Una de las estacas se había clavado en

su pecho. Hanzel la tomó, y llenó su mano de calor hasta hacerla de-retir. Sus prendas estaban llenas de cortes y la sangre caía por su cuerpo.

De pronto, extendió sus pies y empezó a hacer un movimiento con las manos; casi parecía un baile. Tocó su pecho y, dónde había sangre, ahora volvía a haber piel inmaculada.

—¿Qué?! —exclamó Aldara.

—Eso... eso no puede ser magia —susurré.

La magia no podía curar por si sola; necesitaba de hojas de Valma o algo de soporte... eso es lo que había entendido de Cregh.

Arte alternativo, me dije. La práctica del libro que habíamos encontrado, lo que Cregh nunca tuvo tiempo de perfeccionar. Ahora entendía que ese libro estuviera en casa de mi hermano.

Miré a Aldara, y la tormenta en sus ojos había perdido determinación. Vi el reflejo de sus pensamientos: Hanzel no podía morir.

Mi corazón latía agitado y la energía de la piedra fluía por todo mi cuerpo a la vez; me daba la claridad en los detalles y con solo mirar creía entender todo. Como si un sexto sentido se desarrollará. Percibía los sentimientos de la nereida. Dónde otros veían solo una mujer yo veía una historia interminable de fragmentos que hacían al momento.

Mirando a los ojos de Aldara, sentí que siempre la había entendido. Desde la primera vez que la había visto, con su tormenta. Indomable y libre. Impulsiva y valiente. Pero ahora sus pupilas también tenían terror, incertidumbre.

El miedo puede ser un fuego que nos mantiene tibios y en guardia, pero finalmente había pasado a quemar. Aldara estaba igualada. Hanzel podía curarse instantáneamente.

Tan rápido como estos pensamientos llegaron a mí entendí otra cosa. Entendí mi lugar; no podía permitir que su moral se desmoronara.

A pesar de todo esto, no podía distinguir nada proveniente de mi hermano. Su entidad era como una niebla en una noche sin luna. Se me ocurrió que no había un solo recuerdo de Hanzel que me trajera

felicidad. Entonces, ¿mi temor era realidad...? ¿Se había convertido en eso, en esa cosa que solo buscaba matar?

Incluso así, incluso a pesar de todos los años de la sombra, una idea cruzó mi cabeza como un balazo. La idea de que esas tinieblas que lo rodeaban no eran del todo suyas. La descarté en el mismo instante y me preparé para tomar la ofensiva. Mientras le decía a Aldara que lo atacara con una ola, o lo que fuera necesario para mantenerlo bajo el agua, la idea me carcomía. Quizá Hanzel solo estaba un poco confundido. No quedaba cariño en mí; esta idea solo era motivada por una corazonada. Nada más que eso.

No podía arriesgarlo todo por él.

Recordé a Dalia y pensé que quizás ella hubiera podido tener uno de sus sueños proféticos, hubiera podido dar con la respuesta que necesitaba. Pero ella terminó bajo tierra, como todo.

Tenía que asegurarme que nosotros no terminaríamos así. Necesitaba darle energía a Aldara. Era mi turno de salir y arriesgarme. Mi arco estaba roto, pero tenía la daga que me había dado mi primo.

Adelante, el enemigo. Y en ese instante aclaré mi mente. Y me paré ahí, donde la línea de estar vivo o muerto se difuminaba.

Le di la señal a Aldara y mi anillo hizo su trabajo. Aparecí en la espalda de Hanzel y lo apuñalé. La daga eran veinte centímetros de metal frío y se hundió en la carne. Pero Hanzel no mostró mueca de dolor. Intenté volver a atacar, pero él se dio vuelta con la mano envuelta en fuego. Salté para atrás y blandí mi daga. Logré un corte en su pecho y volví a retroceder. Pero cuando me alejé lo suficiente se hizo claro que nunca había sido el objetivo. Un pedazo de tierra enorme se levantó del suelo, empezando a flotar. Sin querer darle un centímetro para que ataque a Aldara, volví a transportarme a su espalda. Como si leyera mi mente, ya estaba lanzando un zarpazo de fuego a dónde iba a estar. Volví a usar el anillo para escapar.

Esto le dio tiempo para volver a curarse. Esta vez miré sus labios y el ademán de sus manos. Definitivamente era arte alternativo.

Se pasó la mano por la espalda, curándose, y despegó sus pies del suelo. Ya no podía alcanzarlo. Aldara se vio obligada a volver a usar sus brazos de agua, pero no llegaban a ser lo suficientemente rápidos. Hanzel danzó en el aire y esquivó cada intento. Pensé en reprocharle

a Aldara; si yo iba a ayudar necesitaba que hiciera lo que le había pedido. Entonces noté una corriente en mis pies; se estaba formando una piscina. Entendí que debía cerrar la boca y estar listo; ella iba a cumplir.

No creía que Hanzel pudiera ver lo que estaba pasando, ocupado en el aire. La nereida me miró con sus ojos enormes y asintió. Miró los movimientos de mi hermano, esperando el momento justo, hasta que cerró sus ojos y levantó las manos. El agua se elevó como una red sobre Hanzel. No tardé ni un segundo. El anillo me acercó a donde deseaba y, abajo del cuerpo de agua, desaté toda la energía de la piedra. Se sintió como un vómito, vaciando absolutamente todo lo que tenía dentro. Y fue igual de doloroso. Era como si mi vida se fuera a través de mi mano. Mi conciencia derrapó y sentí que mi cuerpo no tenía peso.

Vi como el rayo se abría lugar en el diluvio, como tocaba la tumba de agua de Hanzel y se propagaba como una peste. Entonces me desplomé en el suelo.

Quise sentir paz. Mi cuerpo quería darse por vencido. Pero cuando busqué en lo más profundo de mi pecho, encontré los latidos de la tierra, que se sentían como los míos en el negro perfecto de mis párpados cerrados. Y pronto encontré mis propios latidos. Los destellos de la piedra volvían a trabajar en mi sangre, levantándome casi por inercia. Me rodeaba un malestar general. Mi estómago gritaba y mis músculos sufrían en silencio. Quise mantener la compostura, pero me arqueé y devolví mi última cena a mis pies. Intenté controlar la respiración agitada y domar los vuelcos que daba mi estómago. Cuando volví a vomitar, ya no había rastro de comida. Solo fluidos de bien adentro de mis intestinos.

Al levantar la vista, entendí como es que había tenido tanto tiempo para recuperarme; los otros no estaban mucho mejor. Tanto Aldara como Hanzel se sostenían sobre la rodilla para no caer desplomados. La mano de mi hermano destilaba el color verde; había vuelto a curarse. Fue el primero en ponerse de pie.

El arte alternativo era un sufrimiento.

Una estaca de hielo salió disparada y sin pedir permiso dio de lleno en el hígado de Hanzel. Esta vez sí pude ver una mueca de disgusto

en la cara de mi hermano. Apreté la daga de Marco y me transporté con el anillo.

Hanzel tenía la mano envuelta en fuego, buscando derretir y extirpar el proyectil. Sentí pesadez en cuanto cruzamos la mirada, pero éste sentimiento no se reflejó en su accionar. Con el vientre herido y todo, se movía como una puta gacela. Apunté a su cuello, pero fallé. Apunté a su pierna y en el impulso patiné en el suelo lleno de lodo. Gracias a esto, Hanzel retrocedió y pudo terminar de sacar la estaca.

Salté sobre él, buscando no darle respiro. Tomó la estaca helada, empapada por su sangre, y rechazó mi ataque. Su palma seguía incendiada. Quise tener la energía de la piedra lista, pero era demasiado pronto; tuve que ceder la iniciativa.

Durante todo esto, Hanzel no hacía más que mirar sobre mi hombro. Estaba esperando que me equivocara para poder ir por Aldara. Traté de dar un paso hacia adelante, y volvió a blandir el pedazo de hielo. Usé el anillo para aparecer detrás de él. Fui demasiado obvio. Hanzel solo necesitó un error.

Hanzel extendió su mano para encontrarse con mi hombro, e hizo explotar una bola de fuego. Fue como si pudiera leer con precisión mis pensamientos; tocó el lugar exacto donde yacía la piedra. En medio de la lluvia, los latidos y el crepitar del fuego sentí un ruido punzante y fino. De cristal rompiéndose. Un pequeño rayo salió de mí y llegó a él. En ese instante, llegué a rasgar su pecho, profundizando la herida anterior. Hanzel bufó de dolor, y el ataque mágico con el que respondió me despidió por el aire. No necesitaba tocar el suelo para darme cuenta: sentí y entendí lo que había pasado. La energía me había abandonado; no fluía.

No había sido exactamente doloroso. Si bien no tardé en sentir el olor a carne quemada, el dolor en mi brazo era aguantable. La ráfaga que me aventó al suelo parecía un ataque de viento. Mi hermano usaba la magia normal tan bien como la alternativa.

Busqué algún indicio, algún rastro de la piedra del Trueno. Encontré otro tipo de energía recorriendo mi cuerpo: miedo abismal. Mi corazón dobló su velocidad y mi estómago quiso volver a vomitar.

La sensación de desnudez y vulnerabilidad me caló hasta los huesos. Busqué los pergaminos púrpuras y empecé a pegarlos en la piel

del brazo que tenía al descubierto. Pegué todos los que tenía; en conjunto podrían resistir un poco más. Corrí la ropa quemada para ver qué era de mi hombro. Los pedazos de la piedra caían y se deshacían en fragmentos diminutos.

Mientras tanto, Hanzel volvió a conjurar un halo verde. Su carne volvía a curarse. Y ahora estaba limitado a mí propia humanidad. Me aferré a la daga de Marco como nunca me había aferrado a algo. ¿Qué podía hacer frente a alguien que no podía morir, al que no le podía traer el último sueño? ¿De qué eternidad le iba a hablar?

Se decía que los dioses morían si perdían la cabeza. Quizá debía hacer eso. Hanzel podía no ser un dios, pero si estaba venerado por ellos. Cregh y yo nunca habíamos entendido cómo funcionaba el arte alternativo; por qué esos dioses no me aceptaban a mí. ¿Qué lo decidía? ¿Acaso era otra marca de nacimiento en la que había fallado?

De entre los huecos de su ropa rasgada, un tenue brillo rojo se encontró con la intemperie. Y fue tan repentino como eso. Una luz. Una luz que pude ver entre la lluvia, los latidos, la sangre. En ese instante descubrí que los Humildes no tenían preferencias.

Me transporté detrás de Aldara y la ayudé a levantarse. Ella se volteó sin fuerzas. Aunque sus ojos brillaban, vi que estaba vencida.

—Sé cómo matarlo —dije. Aldara soltó una mezcla de dolor, cansancio y sorpresa—. Su cuello... de él cuelga un amuleto. Eso es lo que lo está curando. Así funciona el arte alternativo.

—¿Estás seguro? —dijo ella, mirando en dirección de Hanzel.

—Si... Creo.

—¿Cómo que creo?!

—Tranquila... —dije, muy despacio, y abrazándola por la espalda—no hay otra respuesta. Tenemos que apurarnos y definir esto. Sino estamos...

—No lo digas. Por favor, no lo digas. —Sin mirarme, Aldara me tomó la mano. Apoyé mi frente en su nuca y cerré los ojos. El calor de su cuerpo y el movimiento de su torso inflando y desinflándose me hicieron olvidar la vulnerabilidad que sentía por la falta de energía de la piedra.

—Voy a cortar el cordón que lo sostiene. Cuando lo haga, necesito que robes el amuleto. Si me mata, atácalo. Ya no va poder curarse.

Me separé de ella y me aferré a la daga de Marco. Divisé a Hanzel caminando hacia nosotros. Rodeando su cuello un hilo negro sostenía el amuleto del arte alternativo.

—Por ahora distráelo. Vas a saber cuándo sea el momento.

Hanzel no esperó. Una tormenta de fuego se dirigió a nosotros. Aldara se cubrió con lo que pudo, formando una pared de hielo... mucho menos consistente que momentos atrás. Yo extendí el brazo y enfrenté el fuego con los pergaminos.

Mi hermano formó un haz de luz en su mano derecha y lo lanzó como una jabalina. El objetivo era Aldara y traspasó su hielo de lado a lado. La nereida seguía viva simplemente porque el tiro no le había dado. Hanzel repitió el proceso y apuntó a mí. Esto no iba a poder absorberlo como una llamarada. Reaccioné desapareciendo con el anillo, y volví a convertir a Aldara en un blanco.

Parecía el fin; la jabalina atravesaría cualquier defensa y Aldara no era tan rápida. No pude pensar en algo a tiempo y el mago disparó. Sentí que el tiempo se paraba. La trayectoria era letalmente certera. Pero ella tenía otros planes. Atacándose a sí misma con agua, se dio un empujón y se corrió del camino. Hanzel disparó otro haz y el brazo de agua volvió a desplazar a Aldara por el aire.

Reaccioné por fin. Usé el anillo para aparecer enfrente de mi hermano, pero de manera incansable volvía a leer mis intenciones. Siempre un escalón arriba mío. Su mano volvió al fuego y disparó a quemarropa a mi posición. Extendí el brazo y sentí que era demasiado potente para poder apaciguarlo. Vi como los pergaminos espiraban uno a uno. Tortuosamente, intenté avanzar contra la potencia del ataque. Ese fuego parecía llevar en sí la fuerza del sol. Mi escudo mágico perdía su fuerza y tenía que tomar una decisión. Pero la retirada se sentía como una muerte de todas maneras, solo más lenta.

El último pergamino se extinguió y toda la parte izquierda de mi cuerpo recibió de lleno el calor demoledor. A pesar de la llamarada, di un paso firme hacia adelante. Lo alcancé, tomé su muñeca y la torcí. El hechizo se detuvo casi de inmediato. Me aferré a él y di otro paso. Estiré mi brazo con el arma de Marco. Di con su torso y lo hundí tanto como la daga me permitió. Rasgué el pecho hacia arriba. Gritó de dolor. Era la primera vez que lo escuchaba gritar de esa manera. Saqué

la daga e intenté volver a clavarla, y Hanzel me empujó con otra ráfaga de viento.

Vi su pecho y comprendí el error fatal. No había cortado el hilo; el corte llegó justo debajo. Entonces, Aldara encontró fuerzas en algún lugar de su alma para atacar. Mientras una ola lo aplastaba, vi el hilo negro y aposté todo lo que teníamos, todo lo que quedaba. Un tiro. En el mismo movimiento de taparme la cara por el ataque de Hanzel, lancé la daga.

Había sabido que era una carrera contrarreloj desde el principio. Sin la piedra, sin energías y sin ideas. Había tirado mi última arma.

Pensé que no había dado, pero la sangre empezó a brotar de su cuello y vi como el hilo negro se vencía. El amuleto rozó el cuello de mi hermano, dándole una última caricia antes de caer, resbalando finalmente entre sus prendas roídas. Nunca tocó el suelo; salió un filamento de un charco de agua y en un movimiento de látigo me lanzó el diminuto amuleto rojo.

Clavé mi mirada en los ojos de Hanzel, que todavía no se había percatado, tirado en el suelo. Usando magia convencional, neutralizó el ataque de la nereida, se sacó la daga del cuello y volteó hacia mí. Vio el brillo rojo debajo de mi suela y bajé el pie. El ruido de cristal roto cambió su cara por completo. Todos los sonidos se detuvieron. Olvidé la lluvia, los latidos. Todo parecía haber desaparecido excepto Hanzel. Petrificado, mirándome a mis pies por primera vez. Pasaron largos segundos.

Cuando se dispuso a crear un destello en sus manos, usé el anillo y no pudo reaccionar; su guardia había caído. Pateé su cabeza desde atrás. Tambaleó y su cara se estrelló contra el suelo. Me abalancé sobre él y lo golpeé con todo el odio que me entraba. Tomé una piedra afilada del suelo y apunté arriba de su ojo derecho. Entonces, los sonidos del ambiente volvieron cuando mis sentidos se recuperaron con el crujido del cráneo de mi hermano. Opuso resistencia durante los tres primeros golpes, pero luego el sonido pasó de ser seco a ser explosivo. La dureza del hueso derivó al blando interior.

Lo golpeé recordando cada año y cada día. No dejé nada. La sombra, el gusto metálico que me traía. La soledad y la frustración. Todos llegaban juntos.

El ojo derecho se balanceaba en el aire. Su frente estaba hundida hacia adentro. Solo paré cuando mi cuerpo ya no tuvo razones. Me eché hacia atrás y miré al cielo. Dejé que la piedra empapada en sangre se deslice por mi mano y se lavara con la lluvia. De pronto, me tomó la mano con firmeza y me miró con su único ojo.

—Recordá mis palabras... Ítalo. Vas a habitar entre malditos.

Su boca, la única parte reconocible de su rostro, permaneció en un rictus de asco. Me desparramé en el suelo, a su lado. Sentí como su cuerpo perdía calor y la sangre se iba deteniendo para siempre; no podía contener las lágrimas. Dejé caer mi cabeza en el barro y lo miré, y su ojo se detuvo en el mío.

—Tenías razón en algo —le susurré—. Las cosas pudieron haber sido muy distintas.

Él no parpadeo. Nunca más movió un músculo.

Después de un rato entendí que no me estaba mirando. Más bien imitaba la última mirada de Dalia, señalando a la dirección inequívoca: el Oeste.

XII — FINAL

El llanto de Ítalo revivió una vez que se puso de pie. Vio como la sangre que salía de la cabeza de su hermano se mezclaba con el barro y formaba una especie de pasta roja espantosa. Se tomó el rostro y lo apretó. Sintió el olor de la carne de su brazo calcinado y sintió también el ardor. Tenía la piel al rojo vivo; las gotas que caían allí le producían una sensación de quemadura insoportable.

Lloraba con ganas; gemía y el aire apenas pasaba por su garganta. Caminaba de un lado al otro, buscando arrojarse de la lluvia y sentir algo sólido donde apoyar la espalda. La llanura del claro lo hizo sentir sin esperanzas. Giraba la cabeza buscando algo, pero no lo encontraba. Volvía al mismo lugar, volviendo a ver el cadáver. Lloraba y no era capaz de detenerlo o hacer algo apaciguarlo. Se desplomó de rodillas frente a Hanzel, dejando caer el peso de sus hombros hacia atrás. Agarró el lodo del suelo y lo arañó ansioso, desesperado. Con la mano que no estaba quemada tomó la del difunto. La acarició y sintió como el calor se iba disipando. El agua helada borraba los vestigios de la vida de su hermano. Frotó con su pulgar la palma de la mano con delicadeza y luego la apretó fuerte.

—Hanzel... No quiero sufrir más —dijo con un hilo de voz, en medio de los sollozos.

Todavía aferrado a la humanidad del mago, cerró los ojos y pasaron algunos minutos hasta que su cuerpo compungido empezó a dar indicios de querer parar de llorar finalmente.

El corazón del bosque latía cada vez más rápido y fuerte. Ahora la lluvia menguaba, convirtiéndose en una llovizna que se deslizaba en la brisa. Ítalo se movió hasta donde estaba Aldara, que muy despacio se intentaba poner de pie. Agitada y agotada lo miró a los ojos, pero no abrió la boca.

—El resto —dijo Ítalo—. Hay que movernos.

Aldara asintió, llenó su pecho de aire y estiró el brazo hasta tocar al cazador. Había una extensión del bosque que rodeaba el río más adelante y e imposibilitaba ver más allá, como la figura de un seis invertido. Usando el anillo recorrieron la distancia en un segundo. Dónde terminaba esa pequeña extensión de árboles, fluía el río y desembocaba en un enorme lago. Tanto Ítalo como la nereida divisaron las figuras del hechicero oscuro, Cregh, Li y Malo. El hechicero estaba flotando en el aire, a punto de atacar, pero de pronto se detuvo y cayó al piso. La imagen se mantuvo estática por varios segundos. No entendían que pasaba; ninguno de los cuatro se movía.

—¿Karus... está arrodillado? —preguntó Ítalo para saber si sus ojos lo engañaban—. ¿Qué es ese brillo que le sale de la armadura?

Aparecieron en la escena y sus compañeros se giraron para encontrarse. Los miraron severos y, casi de inmediato, su atención volvió al hechicero oscuro.

—Yo también estoy contento de que estén bien —dijo Ítalo, sarcástico.

El pistolero lo silenció mientras mantenía sus dos calibres apuntando desde la cadera. Cregh estabas en cuclillas, con las manos brillando con un amarillo pálido: arte alternativo. Pero Malo abandonó su forma canina y dispersó el ambiente tenso.

—Creo que realmente está muerto —dijo Cregh, todavía con las manos brillando.

—Si... —contestó Li, enfundando uno de sus revólveres, cauteloso— eso parece. —Malo maulló de acuerdo.

—¿Qué paso? No entiendo —dijo Aldara.

—No sabemos... simplemente cayó así al suelo y dejó de moverse —dijo Li, mientras lo señalaba con el revólver que le quedaba.

—Y empezó a destilar esa cosa brillante —acotó Cregh.

—¿No te recuerda a la luz de las plantas de los Robler? — preguntó Ítalo, y el mago afirmó en silencio.

El espectro que era Karus había terminado su ciclo en ese cuerpo. No era de su propiedad. En realidad, Karus era un vestigio de la guerra de hace doscientos años; y había vagado hasta que pudo encontrar un nuevo cuerpo que habitar. Pero por más que no fueran más que un títere, los cuerpos en los que reencarnaba tenían la posibilidad de

dejar de responderle una vez que les fuese imposible seguir moviéndose. El cuerpo se revelaba y el vínculo se rompía. Ahora el espíritu volvería a desertar.

Los residuos de la ceremonia inicial en la que reencarnó, los residuos de la planta milagrosa del Oeste se purgaban por los poros del pobre cascarón que había utilizado. Un cuerpo rendido y humillado por el abuso al que Karus lo había sometido, el cadáver encontraba la eternidad con las rodillas clavadas en el piso y una espalda vencida hacia atrás. El propio peso del cuerpo hizo que se patinara hasta que cayó al piso.

—Está muerto —sentenció Li, y guardó el otro revólver.

Se mantuvo un silencio por unos instantes más, hasta que Aldara dio un paso hacia Ítalo y le rodeó el brazo con una fina capa de agua. El Cazador chilló de dolor.

—No hace falta —dijo Cregh—. Todavía me quedan hojas de Valma como para curarlo.

—No, déjala —dijo Ítalo, quejándose por el dolor—. Sanala, revisa su herida de bala.

Cregh se acercó y sacó las hojas curativas. Le pidió a la nereida que se sentara. Ella no mostraba expresiones de nada más que cansancio. Moviéndole el brazo libre y el agua en el brazo de Ítalo se convirtió en una especie de escarcha. Cregh se enfocó en curar hasta que vio la mirada perdida de Ítalo.

—¿Tu hermano... murió? —preguntó el mago.

—Sí, lo maté —dijo Ítalo, sin más lágrimas para llorar. Quiso tomar la responsabilidad, no el mérito. Sabía muy bien que sin la Nereida nada hubiera sido posible—. Aldara estuvo increíble —comentó.

—No lo dudo —dijo Cregh.

—El amuleto era la clave.

—¿Qué cosa?

—Tu amuleto es lo que te permite utilizar el arte alternativo. Mi hermano tenía uno idéntico —dijo Ítalo.

Cregh revisó entre sus prendas y sacó su amuleto. Lo miró con detenimiento y asintió. Nunca se le había cruzado por la cabeza.

Ítalo pensó en contarle acerca de los hechizos de Hanzel, pero no sabían cuánto tiempo les quedaba. Confiaba en que Cregh hubiera aprendido lo suficiente el día anterior. El lago daba hacia el Oeste. Eso implicaba que volverían a casa, o morirían con los ojos mirando a sus espaldas, su tierra, su patria.

—Ya no podés titubear, Cregh —se dijo el mago, apretando los puños.

—El lago es nuestro destino. El destino de todos —susurró Aldara.

—¿A qué te referís? —preguntó Li.

—De todos los seres, literalmente. Siento algo debajo del agua —Aldara puso una mueca de asco.

—¿Sentís al Deus? —preguntó Ítalo, ansioso.

—No —negó—... no creo que eso sea él.

—¿Qué es? ¿Qué sentís? —dijo Li.

Aldara cerró los ojos y perdió cuidado sobre el brazo de Ítalo. El agua cayó al suelo. Ella se tocó sus brazos y los frotó como si tuviera frío. Miró al grupo confundida y meneó la cabeza en un movimiento apenas perceptible.

—Almas —dijo.

—Tiene sentido —dijo Li.

—¿En serio? —dijo Cregh.

—No es la primera vez que relacionan el agua con las almas. Hay historias tanto del Este como del Oeste de que a los espíritus se los lleva un río —dijo el Pistolero, tocándose la punta de la nariz.

—Están... tibias... Dioses, Dioses —gimió Aldara—. Puedo sentir como nadan. —Y empezó a toser.

—¿Estás bien? —preguntó Ítalo.

—Es... demasiado desagradable —dijo, apoyándose en el piso y escupiendo—. Son como peces pensantes —sacudió la cabeza, tratando de sacar esa cosa de su cabeza.

—Aldara manipuló el agua de ríos sin ningún tipo de problemas; ríos con peces y vida —dijo Ítalo.

—No es lo mismo —dijo Li, con toda certeza—. Acá es donde terminan esas vidas, donde se conglomeran. Y casualmente donde está el Deus.

Ítalo se lo quedó mirando. Incluso entonces Li lograba tener los pensamientos más fríos y calculadores; el arquero no podía dejar de pensar en su hermano, no podía concentrarse. Se acercó al Pistolero.

—¿Qué hacemos ¿Cómo matamos al Deus? —susurró, restringiendo la charla a ellos dos. El pistolero suspiró.

—¿La espada? —dijo, sin certeza, mirando sus revólveres.

—La espada —repitió Ítalo, y extendió las manos—. ¿Puedo?

Li no entendía por qué, pero le dio la espada. Sin dar explicaciones, Ítalo tomó la iniciativa y puso un pie dentro del lago. Se quedó perplejo al sentir la temperatura del agua. Tibia. Fluía con rareza, y se convenció de que Aldara realmente sentía almas.

Ítalo dejó caer la punta de la espada en el agua y miró como esta se volvía turbia. Una estela negra como el carbón rodeaba el arma brillante. El agua empezó a perder calor. Se aferró la espada y siguió adentrándose en el agua. Llegó hasta las rodillas, llegó hasta la cintura, llegó hasta el pecho. Y sintió un tirón en el pie que lo hundió de un instante. Desesperado, no lograba ver nada más que oscuridad.

Pero aquella fuerza no intentaba ahogarlo. Ítalo sintió los latidos haciendo vibrar el agua. Escuchó algo más, algo que no provenía del agua. El ruido era como mil voces hablando una encima de la otra, pero todas diciendo lo mismo. Tuvo un escalofrío que se sintió como una cuchilla bajando por su espalda. Descubrió que sus movimientos no eran fluidos, que no podía controlar su cuerpo. Él quería apretar la espada, pero la mano empezaba a dejarla resbalar de sus dedos. Tuvo que concentrarse para recuperar la calma, que todo volviese a estar bajo control. Entonces, ese sonido plural se hizo más claro. Por encima de esas palabras incomprensibles, una voz salió en su cabeza, hablando en el idioma del Este.

—¿Cazador? —preguntó la voz.

Al mismo tiempo, los latidos dejaron de sonar.

Los kilómetros de flora que habían crecido en pos de defender la cuna del Deus se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos. Como si al bosque se lo hubiera tragado la tierra. Solo quedaba una planicie hasta las montañas que rodeaban Verin, el río y el lago.

El Deus regresaba al lago para reclamar su trono de su sueño eterno. Revitalizado, se alzó sobre el lecho del lago, mostrando la ornamenta de su cráneo. Era tan alto que solo necesitó dos pasos en dirección a la orilla para desvelar todo su cuerpo del agua. Desde su cuello rodeado de hojas y ramificaciones, a su manto negro que lo cubría hasta las rodillas.

Sin piel, su carne estaba a la intemperie. Su esqueleto, hecho tanto de hueso como madera era su única armadura aparente. De su cráneo, dos huecos negros hacían de ojos y de su boca, con unos dientes de corte carnívoro, caía de manera grotesca una baba negra.

Sus tres metros de altura eran suficientes para entenderlo todo. La envergadura de sus hombros pasaba el metro y medio. El cuervo más grande llegaba siquiera a su pecho. A su alrededor, pedazos de piedras de todos los tamaños se desprendían del suelo y flotaban con su mera presencia.

La revolución había comenzado.

A miles de kilómetros, también era tiempo de desatar el caos. Con el despertar del Deus también despertaron los bichos, y comenzaron su ataque. Sus cuerpos les pedían con desesperación matar al enemigo. El sosiego del Este fue corto. Un cuarto de hora; eso fue todo lo que necesitaron.

El calor del sol entibiaba los corazones de Veringrad. Esa sensación de paz, fraternidad. De vivir sin un infierno a los pies.

La mansión de Wendagon se había vuelto una caja de eco. Los pasos de su sirviente, Evelio, retumbaban entre las paredes de piedra. Hacía ya tiempo que solo recorría los pasillos buscando nada, solo matar el tiempo.

La luz se filtraba por algunos huecos, y se podía ver como partículas de polvo danzaban al ritmo de la promesa del verano. Le gustaba el sol, su presencia siempre era bienvenida. Pero desde el asesinato de su amo, su misión se había reducido a una: esperar.

Su conexión con el Oráculo era completamente nula. Su conocimiento de la magia era pobre y vago. Su mayor virtud la llevaba pegada en su pecho: la lealtad. Su capacidad de dejar todo atrás y velar por quienes confiaron en él hacían obvias las razones por las que

Wendagon lo había elegido. Era de cara juvenil y enérgica, sin un solo vestigio de una arruga. El rostro pálido brillaba cuando caminaba a través de esos haces de luz que se metían pidiendo permiso por alguna ventana, o incluso algún agujero de la pared.

La mansión era tan grande que era difícil hartarse de recorrerla. No era para nada monótona; cada cuarto tenía su propia esencia. Cada cuarto te daba una sensación especial que duraba unos instantes antes de irse con el viento. Todas las habitaciones tenían como mínimo un cuadro. Evelio se perdía imaginando historias con solo mirar los colores. No tenía que esforzarse; las imágenes lo esperaban para contarle sus historias.

Más allá de la lealtad, más allá la belleza de la mansión, lo perseguía la sombra del asesinato de Wendagon y la sangre coagulada en el suelo, que Evelio nunca se animó a limpiar. No había habido rastro del asesino. No tenía idea de si podía volver por él para cortar todo vínculo cercano del señor de tierras. Aun así, las horas de vigilia eran porque sabía que podía haber hecho algo al respecto. Quizás siendo haciendo de carnada, dando su vida para que su señor siguiera vivo.

El funeral había sido multitudinario. Había pocos llantos reales, pero había predominado una tristeza rayada de genuino respeto. No era menor el hecho que no había más lágrimas para llorar. Muchos señores de tierra habían muerto en muy poco tiempo. La gente se acercaba a despedirlo como dándole gracias por su ayuda en algún momento de la vida, tal vez con dinero, con su poderes premonitorios o simple sabiduría.

Una vez que el cuerpo empezó a apestar la gente se disipó. Nadie se quedó para el entierro más que el siervo y el hombre enorme encargado de levantar el ataúd. Tal era la lealtad de Evelio que pidió ser él el que tapara con tierra el lecho. A pesar de sus brazos escualidos y su endeble torso, terminó la tarea. Wendagon estaba enterrado en el jardín de la mansión. No tenía ningún mausoleo ostentoso, solo una lápida y un cajón de madera con quince clavos.

Esa tranquilidad: la impunidad y la manera de derrochar el tiempo que tenía el Este. Alles estaba condenada por sus propios pecados. Los bichos solo necesitaron su instinto para destruirla.

Gritos. Primero en la lejanía, como una tormenta regurgitando y después tan cerca como un susurro. Se acoplaban, uno encima del otro hasta volverse ensordecedor.

El sol miraba, impune también.

Evelio corrió hasta la puerta principal. Imprudente, la abrió sin más. Bajando por la calle había gente corriendo, perseguida por seres espantosos que él nunca había visto. No eran bichos comunes. Las arañas del bosque habían esperado demasiado tiempo ese momento. Envueltas en un odio sin remedio, sus ojos se habían vuelto rojos por la influencia del Deus.

En el corto intervalo en el que Evelio salió afuera a mirar, presencié cómo acababan con tres personas. Antes de que pudiera cerrar la puerta, un lagarto lo divisó y se abalanzó de un salto sobre la entrada de la mansión. Evelio notó que era imposible cerrar a tiempo el portón, y empezó a correr despavorido. El lagarto casi llegaba a los dos metros de altura, y era mucho más rápido que el joven. También tenía los ojos rojos. Evelio podía correr, pero no tenía ningún margen para escaparse. Subió unas escaleras a una velocidad que desconocía. Recorrió unos metros y se metió en una habitación a la izquierda.

Apenas llegó a poner el pestillo. De inmediato se hicieron sentir los golpes desde el otro lado, queriendo tirar la puerta abajo. Evelio se apresuró a encarar la ventana, pero con solo ver la altura sus piernas se aflojaron. Era demasiado alto para saltar. La madera empezó a crujirse. El hierro que sostenía la posición de la puerta también cedía.

A pesar de recorrer las habitaciones prácticamente todos los días, ahora todo parecía diferente. Los objetos adquirían nuevos significados. Y la espada colgando del cuadro, refulgiendo bajo el sol, parecía un regalo.

Con una seguridad impropia tomó el arma y se paró frente a la puerta. El lagarto había roto la madera, creando un hueco. Metió su cabeza por ahí, intentando hacer pasar el resto de su cuerpo, actuando sin cerebro. Miró a Evelio con aquellos ojos rojos y una ira rabiosa, desesperada. No tuvo ninguna reacción al ver la espada. El siervo se acercó hasta el bicho y bajó el arma cuatro veces, dándole muerte. Intentó abrir la puerta, pero todo el mecanismo estaba demasiado

torcido. Tuvo que abrirla con la espada, y todo se desmoronó. No sintió ningún tipo de lástima por matar a la bestia.

Evelio corrió hacia algo que conocía muy bien; el altillo. Era la posición más segura de toda la mansión. A toda carrera, y sin querer mirar atrás, recorrió los dos pisos faltantes. Abrió el portal de firme metal y se encerró. Era un lugar enorme, con algunas reservas de comida y agua y su correspondiente cuadro. La esencia del lugar lo hizo tranquilizarse en un momento que parecía imposible hacerlo. El celeste claro que pintaba el cuarto le recordaban a la infancia.

No quiso ni asomarse al pequeño hueco en la piedra que funcionaba como ventana. Tenía miedo de lo que había en Veringrad. La altura no era ningún atenuante para el mar de gritos que recorrían la ciudad. Sentado y paciente, se dejó envolver en ese sufrimiento hecho sonido. Los minutos pasaron y finalmente no se resistió más. Desde lo alto, pudo ver como los humanos eran diezmados, sin ningún tipo de piedad. Aunque no pudiera asegurarlo por la distancia, estaba seguro que todos tenían ese carmesí profundo en los ojos. No entendía qué carajo sucedía, y decidió cumplir con lo que Wendagon le había encargado. Esperar la vuelta de los elegidos. Sentado y callado. Cerraría los ojos y trataría de ignorar los cristales rotos, los llantos, y los pedidos de auxilio. Esta vez, no podía hacer nada.



Ítalo, el Cazador. Aldara, la Nereida. Cregh, el Hechicero. Li, el Pistolero. Los cuatro se paralizaron ante el Dios. Solo la espada hizo la diferencia; aferrarla le dio coraje a Ítalo. Dalia le dio coraje. Avanzó e intentó cortar la pierna derecha del Deus, que todavía estaba parado en el lago. De pronto, Malo se abalanzó sobre el Cazador. El quitnar alcanzó el hombro de Ítalo con sus fauces caninas y lo tumbó antes de que pudiera lastimar al Deus.

Cregh fue el segundo en reaccionar. Se transportó hasta ellos con un hechizo y, tomando a Malo por el vientre, lo sacó de encima de Ítalo y lo alejó de una patada.

En la mirada del quitnar había un carmesí profundo que borraba todo rastro del pasado. Cregh vio esa mirada asesina, pero quiso intentar razonar.

—¡Malo! ¿Qué estás haciendo?

El animal se recuperó y volvió a atacar. Ítalo tomó a Cregh y los sacó de ahí con el anillo. Aparecieron a unos metros.

—¿Estas bien? —dijo Cregh, mirando la sangre que empezaba a teñir las prendas del Cazador.

—¿Qué carajo, Malo? —gritó Ítalo, enojado.

—No sé qué le pasó.

—Es por él, ¿no? —dijo Ítalo, recapacitando.

Ahora le era difícil sostener la espada, pero no la dejó caer. Ítalo miró concentrado al enemigo.

El Deus mantuvo su postura firme. Su apariencia era aterradora, más que cualquier bicho. Pero no había atacado. Los humanos habían dado el primer golpe. El Deus solo se defendió.

Malo siguió su búsqueda frenética y corrió hacia Ítalo y Cregh. Ítalo levantó la espada frente a su pecho para defenderse del ataque. Escuchó ese millar de voces hablando, superponiéndose entre sí hasta que una voz dentro de su cabeza las organizaba, traduciéndolas en palabras del Este.

“Nacer... Barro... ¿Por qué...? Cazador”, balbuceaban. Ítalo sintió como su cuerpo empezaba a responder a órdenes que no eran las suyas. Sus pies se cruzaron y lo hicieron resbalarse justo antes que llegué el ataque del Quitnar. El anillo volvió a ser el as bajo la manga que lo salvó.

—¡Malo! —gritó Aldara.

—¿Qué carajo pasa? —dijo Ítalo, mirando como sus manos temblaban y se movían de un lado al otro.

Pero para salvarse, se había movido muy cerca del Deus. La calavera se movió; levantó la mano y, desde el suelo, raíces tomaron los tobillos de Ítalo. Malo se dirigió hacia el cuello del cazador. Esta vez Ítalo se perdió en las cuencas oculares del Deus, y no tuvo reacción útil contra el ataque del Quitnar. En el mismo instante que notó el peligro inminente, el estruendo del calibre pesado sonó.

Malo recibió la bala y cayó contra el suelo, inmóvil. Ítalo usó el anillo para zafar de las ramificaciones y se transportó hasta Li. En su rostro se afirmaba aquella mirada que había nacido cuando mató a unos civiles para tomar sus túnicas blancas. Esa misma mirada que tuvo Aldara en la plaza de Aqlatan, e Ítalo cuando tomó la piedra para destruir el cráneo de su hermano. Ese rictus de decisión absoluta, un ceño fruncido y unos ojos muertos. No había lazo o relación que se privara de ser sacrificado por el continente; Alles debía sobrevivir.

Aquel que todavía debía cumplir con su parte, Cregh, ya se había puesto en posición. Empezó a flotar en el aire. Con sus manos envueltas en luces, miraba sin miedo al ser definitivo. Se abalanzó contra él, lanzando una llamarada tan concentrada que parecía un haz de luz. El Deus recibió el impacto de lleno en el pecho, pero ni siquiera se inmutó. Lanzó un manotazo que lanzó al mago en el lago.

Cregh se incorporó en un instante y dando los pasos y diciendo las palabras que aprendió del libro, su mano se volvió de un amarillo pálido. El enemigo se volteó y atacó con una velocidad impropia a su enorme tamaño. El Hechicero recibió el golpe, confiado, con la palma extendida. El enorme brazo del Deus se detuvo en seco ante la aparente fragilidad de Cregh. Aprovechando el desconcierto, se deslizó debajo y golpeó el vientre de la bestia con esos puños que habían quebrado árboles. El Deus retrocedió, pero no hubo ningún gemido o queja. El mago intentó volver a atacar, pero del tórax de la bestia salieron disparadas unas raíces de madera. El ataque atravesó completamente el muslo del mago. Mientras éste gritaba, las raíces enredaron la pierna y empezaron a traerlo hacia él.

Con los dos calibres en la mano, Li empezó a disparar. Al instante notó que no le hacía nada al Deus, por lo que apuntó a la raíz y la cortó. Mientras Cregh escapaba, Aldara puso sus manos a la altura del pecho y se concentró para dejar atrás el asco que le producía manipular aquel caldo de almas del que el Deus había sido ungido. Lanzó las palmas hacia el cielo e hizo que una enorme pared de agua se levantara justo debajo del titán. El Deus era un sólido cuerpo de tres metros y más de trescientos kilos, pero el brusco choque del agua logró despegarlo del suelo y hacerlo caer.

Aldara formó estacas de hielo de la lluvia y luego bajó sus brazos con violencia, haciendo que se hundiesen en el pecho de la bestia. De nuevo, no hubo ninguna expresión de dolor. El Deus se incorporó despacio, como si nada hubiera pasado.

Por un momento los cuatro quedaron en silencio. Ítalo apretó la espada; ya sabía que era la única manera de herirlo realmente. Sin embargo, era el mago el que no dejaba de insistir. Moviendo las manos con una luz verde, se curó el muslo atravesado por las raíces. Estrenando uno de sus nuevos hechizos, del pecho del Deus empezó a salir una luz violeta muy brillante. El Deus parecía no advertirla, hasta que la luz creó una explosión devastadora que encegució a todos. El titán cayó más adentro del lago. La luz violeta no tardó en volver a aparecer. Cregh no paró de mover sus manos, haciendo que su hechizo lo atacara una y otra vez sin descanso. Destellos blancos cubrían la escena cada vez que explotaba. Mucho ruido y pocas nueces; el Deus se volvía levantar, y si bien la túnica se había reducido a un trapo negro, la carne y la estructura de su pecho se reconstruían con una velocidad asombrosa. Se estaba sanando. Raíces surgían del suelo y subían hasta las heridas, donde se entrelazaban para cerrarla.

Las voces se volvieron más densas. Más preocupadas, empezaban a gritar murmullos. Li sintió como su pulso se desviaba de a momentos, con movimientos involuntarios. No debía pensar. No debía pensar en lo que le había hecho a Malo. Aldara sacudió la cabeza y cerró los ojos. Esas voces... esas almas de los muertos... le recordaban a los inocentes que había matado en la plaza de Aqlatan. Esos cuerpos en los que había evitado pensar. El cazador distinguió palabras en la Alta Lengua. La lengua de su hogar. Las voces los afectaban a todos.

El único que no demostraba mayor reacción a la influencia del Deus era Cregh, que volvió a estrenar otro hechizo del arte alternativo. Éste último requirió un poco más de ademanes y palabras que se llevaba el viento de tormenta. Creó diez bolas de luz que empezaron a girar frente al enemigo. El Deus empezó a caminar hacia Verin. Las luces empezaban a girar más rápido y acercarse más a él, pero se mostró indiferente.

—Es ciego —susurró Li, mientras se concentraba para que las voces no interfirieran en sus pensamientos. Volteó y miró a Ítalo con los ojos abiertos de par en par—. ¡Es ciego!

Cregh cerró sus puños y las diez piezas se afianzaron con violencia sobre el cuerpo del Deus. Un hilo de magia naranja ataba con seguridad sus brazos. El rey de los bichos inflaba su pecho y extendía los brazos, pero sin ningún tipo de efecto.

—¡Ítalo, ahora! —gritó el mago, con el alma.

El Cazador se transportó detrás del Deus, quién había hincado una rodilla en el suelo y buscaba la fuerza para romper el hechizo. Cuando Ítalo blandió la espada, cortando de lado a lado la espalda del titán, se le cruzó la mirada de Dalia. Ítalo esperaba un ruido seco, como cortando madera, o la delicadeza de cortar carne, pero se escuchó y se sintió como si estuviera chocando contra un pedazo de metal. Sin embargo, pudo penetrar. La espada dejaba un haz de fuego negro a su paso, dándole a la piel de madera un aspecto carbonizado. La bestia gritó por primera vez, seguido por todas y cada una de las voces que acompañaron su dolor en una cacofonía espantosa. A pesar de la fuerza del arquero y el peso del arma, el daño fue irrisorio. Un corte débil y poco profundo. Arremetió tres veces más. Los cortes de la espada no parecían poder sanarse. Temiendo a las raíces, terminó con su ofensiva, transportándose con el anillo a su posición anterior. Segundos después, el Deus lanzó sus prolongaciones desde el pecho, tal como Ítalo predijo.

Cregh, Li y Aldara se acercaron corriendo hasta Ítalo, quien miraba la espada.

—Funciona, como dijo Li —dijo—. Su piel es resistente y mide lo mismo que la puerta de un templo, pero funciona. No pareció si quiera amagar a sanarse solo.

—Perfecto, solo queda ser precavidos —dijo Li con una solidez pura.

—Golpe a golpe, hasta deshacer el filo de la espada, vamos a cortarle el corazón a éste hijo de puta —dijo Ítalo.

Todos asintieron y se miraron antes de separarse. Cregh y Aldara se fueron juntos, coordinando el próximo ataque. Li e Ítalo miraron al Deus mientras retorció y forzaba las hebras que lo ataban. Reinó el

chapoteo del diluvio por unos largos segundos. Sabían que era demasiado peligroso acercarse con esas extremidades viscosas extendidas.

Por el otro lado, Cregh y Aldara se entendieron con susurros y gestos. El plan no era demasiado elaborado: simplemente liberar el camino para que Ítalo cortara. Tan rápido como se separaron, la Nereida pegó un alarido desgarrador. Una llamarada había golpeado su hombro, tomándola desprevenida. Al caer al suelo su codo se salió para afuera en un ángulo que era doloroso de ver. Li desenfundó un cañón al mismo tiempo que levantaba la vista. Visualizó al enemigo, un búho hechicero a unos veinte metros, quién disponía a volver atacar de inmediato. Li vio los mismos ojos rojos que se había llevado a su más viejo amigo. El calibre pesado hizo estallar la cabeza del bicho.

Aldara apenas tenía fuerzas para gritar y aun menos para levantarse. Había caído boca abajo y por un momento pensó que se iba a ahogar en un charco del piso. Ítalo la tomó por la cintura y la paró en un solo movimiento. Ver el rostro afligido del Cazador la confortó y alivió el dolor, de alguna manera.

—¿Estás bien? —preguntó Ítalo, acercándose mucho a la cara de la Nereida, obviando el brazo.

—Si... —dijo Aldara, cerrando los ojos y apoyando su frente con la del arquero—. ¿Estoy bien?

Ítalo se separó, tomándola por los hombros y mirándola de pies a cabeza. Ella le devolvió la mirada. A pesar de estar completamente desgastada, empapada y agotada, Ítalo vio que sus ojos seguían relampagueando.

—Nunca estuviste mejor —dijo, sonriendo.

No hubo tiempo para dejar que el cañón del revólver se enfriara: desde donde solía estar el bosque, Li pudo ver los destellos blancos que causaban los hechizos de transportación. Venían magos del Oeste junto con bichos que corrían cegados hacia su posición. No podía verlos con claridad por la distancia, pero no lo necesitaba; ya sabía de qué color eran los ojos de cada uno.

—¡Estos son míos! ¡Ustedes maten al grandote! —gritó Li, mientras recargaba sus armas a una velocidad que ninguno de los tres había creído posible. El pistolero les dio la espalda y se puso los revólveres a la altura de la cadera. Li no tenía más de cuarenta balas entre los

dos calibres y la multitud que se acercaba desde Verin parecían cuarenta veces cuarenta.

Ítalo no sintió nada cuando las pistolas empezaron a disparar. Le resultaba tan extraño haber terminado con la purga. Adelante solo había una bestia de tres metros y la promesa de no volver a sufrir. Apretó las manos hasta que sus propias uñas empezaban a lastimar la mano. Miró a Cregh, que meditaba sobre el próximo hechizo. En el momento en el que el mago empezó a mover las manos, fue cuando el Deus se liberó de sus ataduras y volvió a caminar. Las voces retornaron su tono impaciente y denso. Ahora no solo había matarlo rápido, sino que impedir que avance y acorte la distancia entre él y su séquito. Aldara estaba agotada por las dos peleas y tenía un brazo roto. Ítalo no tenía ya el poder de la piedra. Dependían de cuánto tiempo podía ganar Li antes que la horda los matara a todos. Ni la muerte de Hanzel, ni la de Karus, parecía ser suficiente para impedir lo que decían los escritos del Oeste. El Deus gobernaría, para el sol nunca llegar.

Cregh volvió a invocar la luz violeta y atacó al Deus. Una y otra vez, explotando y volviendo a generarse de las mismas partículas, mientras apuntaba a las piernas y a detener el paso. El Hechicero le gritó a Ítalo para que atacara. El Cazador usó el anillo y esta vez buscó el pecho y las heridas, causadas por el encantamiento, que estaban intentando curarse. Ahora el grito fue mucho más intenso. Cortó tanto como pudo, deseando que cada corte fuera el final. Pero otra vez, al retroceder para esquivar los tentáculos de madera, el ataque era simplemente muy poco efectivo. Miró a Cregh, que parecía abstraído de la situación. Luego volteó a ver a Li, que con sus revólveres había ya dejado una estela de sangre y muerte. Pero en el horizonte se podían observar las siluetas de los bichos tanto en el piso como en el aire.

—¡De nuevo! —gritó Ítalo.

El mago volvió a invocar el hechizo violeta y volvió a embestir al Deus explosión tras explosión. Pero el titán no cedía. Parecía empezar a acostumbrarse al daño y mostrarse cada vez más indiferente. De todas maneras, el embrujo cumplió con su cometido otra vez e Ítalo pudo volver a transportarse de manera segura.

—¡La cabeza! ¡Apunta a la cabeza! —gritó Li, quién parecía tener otro par de ojos en la espalda. Ya había gastado diez balas.

Ítalo reaccionó de inmediato. La cabeza de ese blanco tan pulcro y brillante, dando la impresión que aquellos huesos eran de mármol. Se transportó a los hombros de la bestia. Empezó a cortar de lado a lado, con toda la energía que le quedaba adentro. La bestia gritaba con alaridos salvajes, demostrando la efectividad del ataque. Ese color perfecto se corrompía de un gris ceniza, y de todos lados parecía empezar a agrietarse. Con cada corte se imaginaba que cortaba un pedazo del domo de Varoa, de la oscuridad de Verin, desnudándolas a la intemperie.

—Luz, paz, tranquilidad —se repetía cada vez que movía la espalda de lado a lado. Cuando sintió que el Deus iba a atacar, ejecutó un último espadazo, de punta en la nuca—. Muerte —susurró.

Usó el anillo para alejarse. Apareció de espalda al Deus con los ojos iluminados, esperado el ruido seco del cuerpo cayendo contra el suelo. En cambio, solo se oían los revólveres de Li, haciéndole eco a la lluvia. La bestia gritó de rabia, y las voces llegaron a un clímax de degeneración. Parecían discutir entre ellas. Ítalo trastabilló y soltó la espada. Aldara cayó de rodillas al suelo, y Cregh se llevó las manos a la cabeza y empezó a sacudirlas. Solo el Pistolero resistió y siguió matando. Cuando disparaba podía aislarse de todo lo demás. Ya había gastado la mitad de sus balas.

El Deus sacó muchas raíces a la vez y las dejó ergidas, apuntando en todas direcciones, listas para atacar. Como consecuencia su paso se aminoró, y se volvió muy lento. Cada vez que apoyaba sus pies en el suelo lo hacía con tanta fuerza como para quebrar la tierra. Estiró su cuello y miró hacia arriba, reluciendo tanto su cornamenta como la ornamente que le rodeaba el cuello. Era imponente. Ítalo permaneció el suelo, absorto con la bestia que tenía en frente. Sintió que los Dioses lo habían abandonado. Había olvidado todo mirándolo; en su pecho solo tenía lugar para el terror. Cregh se acercó hasta Ítalo, levantó la espada del piso y se la extendió.

—Vamos, levántate —dijo, con seriedad total. Ítalo miró a Cregh. No sabía cómo decirle que tenía miedo. Del alma del cazador no había más fuerza de nada. Agotado mental, física y emocionalmente, el

Deus parecía invencible. No concebía como iban a lograr matarlo lo suficientemente rápido. Él vio algo en los ojos del mago era distinto. Por mera inercia se paró y tomó la espada.

Cregh asintió y preparó otro hechizo distinto. Con los ademanes y las palabras, una especie de halo dorado se formó sobre la cabeza del Deus. A pesar de su apariencia inocente, empezó a escupir haces de luz devastadores. El Deus gritó como si lo tuvieran cortando con la espada brillante. Pero el hechizo parecía de naturaleza bastante imprecisa: cuando el Deus siguió con su paso, el hechizo comenzó a errar sus disparos. A Cregh le costaba horrores manejar la pequeña luz amarilla; se contraía y movía las manos, el torso y hasta el cuello tratando de poder expresar su voluntad al hechizo. La lentitud del Deus facilitó el asunto, y el mago pudo arreglarlo en tiempo y forma. Los haces dieron en el blanco esta vez, cortando muchísimos de los tentáculos que impedían la ofensiva del cazador. Tan rápido como Cregh frenó su ataque, Ítalo atacó. Sin embargo, los tentáculos volvieron a crecer a una velocidad anormal. Para ese momento a Li le quedaban menos de doce balas. La mayoría de los magos capaces de transportarse a la escena ya habían sido asesinados. Ahora, ya estaba cerca la multitud que se acercaba corriendo a pie. El ejército de ojos rojos estaba llegando.

Ítalo apenas alcanzó a blandir la espada y un tentáculo salió disparado en su dirección, pasando a centímetros de su cuello. Forzó sus piernas tanto como el físico le permitía y saltó hasta la boca de la bestia. Exhausto de la pelea contra su hermano, no sabía cuánto más podía seguir. Si no lo mataba en ese preciso momento... Descargó todo lo que sus músculos permitieron y con un enorme grito de guerra cortó la trompa del Deus, destruyendo la parte superior de la boca, deshaciendo la encía y cortando varios de sus colmillos. Esta vez Ítalo disfrutó del clamor del Deus. Escuchar ese millar de voces esa vez fue como escuchar una orquesta perfectamente calibrada. No podía faltar demasiado. Pero un tentáculo lo interceptó; ni siquiera había aterrizado del salto. Golpeó su pierna derecha y perforó la piel y el músculo hasta atravesar al otro lado. Se enredó alrededor de la pierna, y puso a Ítalo de cabeza, tendido en el aire. El Cazador había perdido el hilo de la pelea mientras miraba como su espada se había untado de esa

espesa baba negra que caía de la boca del Deus. Apenas sintió una molestia en la pierna, y atinó a lanzar un espadazo al tentáculo que lo sostenía. Una vez libre, se transportó de inmediato hasta donde estaba el mago. Terminó de entender la situación cuando se le hizo imposible ponerse de pie. Entró en pánico cuando vio la sangre. Revoleó la espada a un costado. El tiempo estaba demasiado cerca a agotarse. Ítalo sabía que Li no podía tener demasiadas balas más. Él era el recuerdo viviente de la sangre del Valle. Él había recibido la piedra del rayo en su pecho. Había leído el Thi-yit durante semanas. Había matado a su propio hermano. Le había jurado cambiarle la vida a su reina. ¿Acaso no había nacido para ese preciso momento? Alles y toda la humanidad dependía de que él se pudiera hacer lugar entre los hechizos de Cregh y así matar de una vez al Deus. Era así de sencillo; para Ítalo, estaban muertos. Esa horda enfurecida de huginns, ibines, tilisios y tantas más especies los iban a pasar por encima e iban a comerle las entrañas como hicieron con Dalia.

—No, no, no. No, no. No puede ser... vamos a morir —dijo, sintiéndose al borde del abismo.

—¿Ítalo? —preguntó Cregh, desconociendo la mirada de desesperación del Cazador. Ítalo quiso manotear el amuleto de Cregh y exigirle que le enseñara a curarse, pero entendió que era ridículo en esa situación.

En cambio, se quedó callado. Se mecía de un lado a otro mientras apretaba el hueco de la herida y se le empapaban de sangre las manos. Tenía el corazón comprimido, latiendo a una velocidad descomunal que le impedía abrir la boca. Sabía que el poder de la piedra consumía su propia sangre y desconocía cuanto había gastado en pelear contra su hermano.

—Tenemos que irnos, Cregh... no tenemos chance si seguimos acá —gritó Ítalo, pero el mago no dijo nada y tomó la espada.

Ítalo gritó e insistió en que tenían que irse, hasta que la garganta empezó a desgarrar sus palabras. Cregh lo ignoraba y miraba al Deus. El Cazador insistía en que debían volver, curarse e intentar de nuevo. Gritó hasta el hartazgo que tenían la espada y mientras tenían la espada había chance, pero si todos morían, el Este moría. Ítalo cerró los ojos y llenó sus pulmones de aire. Escuchó los revólveres retumbar.

Quedaban solo cuatro balas en la recámara del revólver más pesado de Li.

Cregh volteó, e Ítalo entendió. Vio la misma mirada que tenía Li. La misma tormenta que tenía Aldara.

—No vamos a morir acá —dijo Cregh—. Siempre pensé que iba a terminar de alguna manera diferente. Voy a morir cayéndome por unas escaleras, o apuñalado por la espalda; no asesinado por un dios. Eso es demasiado grande para mí. Por eso sé que voy a vivir. —Ítalo se quedó sin habla.

El cazador se apretó la herida y la misma sangre densa con la que había nacido hacía que la hemorragia fuera mucho más lenta. Algo le dio la seguridad de que no iba a morir desangrado. Con muchísimo esfuerzo, se paró; apenas podía apoyar el pie derecho. Tomó la daga dorada, de su primo Marco, y se transportó a un costado de Li. Con un poco de suerte podría cortar el cuello de algún bicho. El rol más realista que podía cumplir era simplemente ser un cebo y distraer al ejército utilizando el anillo.

—Te dije que te cuidaras —dijo Li, preocupado, sin mirarlo.

—Vengo a hacerte compañía —dijo Ítalo. El pistolero siguió con la matanza indiscriminada de todo lo que se movía. Por la cantidad de cadáveres que yacían enfrente, y las pocas balas que tenía, parecía que no había errado un solo tiro. Un cuerpo detrás de otro, amontonados, sin mover un solo músculo. El pistolero enfundó las armas en un solo movimiento.

—Ese fue mi última bala —dijo, y miró hacia abajo. Ambos vieron como el agua de sus pies se levantaba y empezaba a formar una pared.

—Parece que tenemos un último as bajo la manga —dijo el arquero, sonriendo.

Li volteó para ver a Cregh, avanzando hacia el Deus.

—Solo queda confiar y rezar que cada segundo que gane Aldara sea suficiente —dijo. La pared creció hasta cubrirles también la cabeza, y del cielo empezaron a llover estacas de hielo contra los bichos que estaban siendo manipulados por la inapelable voluntad del Dios.

Cegados por el despertar de su líder, en pleno fulgor carmesí, corrían hacia el Oeste solo para encontrar su muerte siendo atravesados por el arte de Aldara. Ella orquestaba su última función en el Oeste

sentada en el piso, levantando su mano buena. Su brazo le temblaba y los ojos casi se le ponían blancos. Pero tenía una mueca que simulaba una sonrisa. Ella había visto la mirada de Cregh.

Li había escuchado que Destino tenía una manera de obrar muy particular. Él había elegido ser tan ignorante como cualquier mortal. Inventaba en su cabeza las historias para cada uno, pero jamás decidía por nosotros. Creaba un entramado, tendencias, un contexto. Él no tenía idea de qué podía pasar al día siguiente, a pesar de ser el arquitecto y sentar las bases de todo lo que conocemos. Su goce era despertar cada mañana y sorprenderse por cuál camino se decantarían los sucesos. No conocía moral o justicia. De todos los dioses, prefirió ser el escritor y el lector a la vez de lo que llamamos realidad.

Cuando Li vio a Cregh con la espada en la mano, recordó esto. No creía en los Dioses, pero sintió una presencia que atribuyó a Destino, mirando desde algún lugar; siendo un mero espectador del fruto de los dados que había tirado. Y el pistolero no podía hacer otra cosa que lo mismo que Destino: observar. Se sintió desamparado, sabiendo que cualquier error del mago significaba la derrota. Nadie los iba a salvar a último momento. Todos miraban: una joven que asesinó a su prometido, un cazarrecompensas que no encontraba un hogar, un renegado que había asesinado a su hermano, Destino y los Eféreos.

El mago se quedó quieto, respiró hondo y trató de no pensar en nada más que cortar. Quiso olvidar las vidas que pendían de sus hombros. Quiso evitar recordar cada error en su vida. Intentó sacar de su cabeza el incendio del pueblo, los hechizos que había fallado en hacer, la manera en que falló en proteger a Dalia; cuando no pudo vengarla y matar al cuervo en el bosque. Cregh se había hartado de su imagen. Ser el mago inepto que ni siquiera había podido probarse contra el mago del Oeste, porque Karus había caído de rodillas sin decir mucho más.

Pensó en cuánto miedo tenía a morir. Pensó en cuán egoísta era anteponer un deseo personal a la vida de un continente entero. Pero no era así. Por primera vez en su vida confiaba en sí mismo. El plan era suicida, pero eligió confiar en el arte alternativo. Iba a encarar al titán, sin más que el arma y un hechizo de luz verde que lo sanaba. Desconocía cuáles eran los límites. Se aferró la espada. El Deus no lo

intimidaba. Era un metro más alto y más ancho que su hermano Cresso, pero por alguna razón lo veía tan endeble como cualquier otro mortal. Sabía muy bien que podía morir, y que su carne y sus gritos eran tan reales como el diluvio que asestaba Verin. Más allá de sus poderes, Cregh no veía más que un caparazón duro. Y en su mano llevaba el material que cortaba ese caparazón.

—El cráneo —se dijo a sí mismo.

Su último pensamiento fue el deseo de que las voces no interfieran en sus movimientos. Despegó sus pies del suelo y, volando a toda velocidad, atacó al Deus. Cortó los tentáculos que se le venían encima y se hizo camino hasta el pecho de la bestia, que fue lo primero que se topó. Con dos ataques pesados, recorrió hombro a hombro con el filo del arma. Las ascuas negras que se formaron cubrieron casi todo su pecho. Cregh pecó de impaciente, y recibió de lleno dos tentáculos que le atravesaron el abdomen. Una sensación gélida le recorrió el estómago. Sintió que se le habían congelado los jugos gástricos y que su sangre era de escarcha. El dolor era como un pequeño ruido, imperceptible al principio, que luego entraba en una espiral incontrolable. Apretó las muelas y por instinto despedazo los tentáculos; apenas mostraban resistencia a la espada. Se transportó chasqueando los dedos y luego comenzó a mover las manos hasta que se llenaron de luz verde. Las pasó por su vientre, sin confiar en que funcionaría del todo bien. Pudo sentir como el arte alternativo hacia que la piel se volviera a unir. Respiró profundo varias veces, tratando de olvidar el frío que lo recorría hasta la planta de sus pies, empapados. Increíblemente, llevó un dedo hasta la herida e hizo presión. El frío de su vientre se fue, espantado por un repentino calor en su pecho que le hizo sonreír de oreja a oreja. El hechizo de curación era increíble.

En ese momento perdió el miedo por completo. Se abalanzó contra el Deus, sabiendo que desde ese momento todo había quedado atrás. Una hoja en blanco, un trozo de mármol virgen, el frío de la lluvia de otoño y el sueño un techo propio.

Los tentáculos volvieron a crecer y se incrustaron en Cregh tan pronto como volvió a atacar, pero se los sacaba de encima como si fueran sábanas. El mago no escuchó nada más. Ni las voces, ni la lluvia. Era uno con la espada. Voló hasta la cabeza del Deus, cortando

del otro lado que faltaba; borrando por completo lo que era la boca y la nariz de la calavera. Pero el Deus seguía vivo. Seguía de pie y avanzando. Cregh repitió el hechizo de curación, y volvió a la carga.

Aldara estaba en el suelo, convulsionando por el esfuerzo. La barrera que protegía a Ítalo y a Li se deshizo. Saltando cadáveres, con sus pies bañados en sangre fresca, la estampida del Oeste estaba a menos de cien metros. Ítalo usó el anillo para transportarse hasta Aldara y la pegó a su pecho. Li se transportó hasta donde yacía Malo y lo cargó.

Cregh cambió de conjuro y se transportó, apareciendo por la espalda del Deus. De un salto, ahora con su mano brillando de ese amarillo pálido, clavó la espada en una cuenca ocular. Más de cuatro tentáculos le atravesaron el cuerpo, pero la adrenalina le hacía obviar cualquier herida. La bestia se encogió sobre su vientre y luego, en un movimiento de látigo, tiró la cabeza hacia atrás. Cregh logró domarlo incluso con los tentáculos tironeando dentro de su cuerpo. Aferró la espada en el cráneo, y con la mano envuelta en arte alternativo, golpeó el mango, como si se tratara de un martillo. La espada se hundió entera en el Deus, despedazando el cráneo y cortando el cuello en dos. Cregh tironeó del mango para sacarlo del bicho y se deshizo de los tentáculos que lo había atrapado. Cregh cayó desmayado a un lado.

El titán dio dos pasos lentos y pesados... para luego desmoronarse en el piso. La tierra se estremeció. Raíces, plantas y enredaderas surgieron del suelo para cubrir al Deus, y empezaron a empujarlo hacia adentro. En cuestión de segundos fue engullido, pero la flora no parecía dejar de crecer.

—¿De verdad está... muerto? —preguntó Ítalo para luego transportarse para buscar al mago.

Ítalo miró la congregación de bichos que se avecinaba y sintió lastima. Del otro lado, vio como las plantas empezaban a tomar todo, peligrosamente. No tardó ni un segundo en reconocer aquel patrón. Era idéntico a las Tierras Sagradas, lo que le dio un sabor amargo. Cerró los ojos y pensó en el lugar más lejano y seguro que se le ocurrió.

Cuando estuvieron todos juntos, Ítalo se aseguró de tocarlos a todos y usó el anillo. La horda de bichos desapareció. Se transportaron a las afueras de Verin, cerca de la tumba de Dalia.

El cazador se abalanzó sobre Cregh, quién estaba herido de muerto e inconsciente.

—¡Despertá! —gritó mientras le golpeaba la cara.

El mago abrió los ojos y entendió enseguida todo. Movi6 las manos de la manera correcta, pero de su boca una catarata de sangre le impedía modular. No hubo ninguna luz.

Ítalo se apuró a sentarlo y golpeó su espalda intentaba que escupiera toda la sangre. Cregh estaba muy pálido y sus ojos ahora estaban perdidos.

—¡Cregh! ¡Reacciona! —le gritó.

El mago, casi de manera automática, volvió a hacer los ademanes y ahora habló. El conjuro de luz verde, ahora si surgió efecto. Recorrió sus heridas con la mano y de nuevo, estas sanaron. Suspiró y dejó caer la cabeza hacia atrás. Estaba muy débil. Apenas podía creer que siguiera vivo. Pero todavía quedaba algo por hacer.

Sin perder tiempo, sin descansar, Cregh puso las manos sobre el cadáver de Malo. Cerró los ojos, intentando recordar algo. Movía las manos de la manera requerida, pero se le hacía imposible recordar las palabras. Li dejó a Aldara en el piso, desmayada. No se despegó de ella y se quedó acariciándole las manos.

—La puta madre —dijo Cregh.

—¿Qué intentás hacer? —preguntó Ítalo, extrañado.

—El dibujo... Malo... en el libro —dijo el mago con un hilo de voz.

—Dejalo, Cregh... Los quitnar no reaccionan a la magia —dijo Li.

—¡Quitnar! ¡Eso era! —gritó Cregh— ¡*Kav-Quitnar-Jennar!*

Cregh conjuró el arte alternativo sobre el perro, inmóvil y cubierto de sangre. La vida de Malo pendía de un hilo que se deshacía. Inmediatamente, el animal empezó a tener espasmos. Estaba vivo. El mago se desplomó en el piso por el cansancio.

De pronto, el cuerpo de Malo empezó a cambiar de pelaje. Su blanco pulcro se convirtió en un marrón muy claro. Tanto su cabeza

como sus piernas empezaron a crecer. Su rostro también se deformaba y tomaba una expresión mucho más severa. Los músculos de su rostro se estiraban y dejaban ver una fila de colmillos nuevos. Ya no era un perro; era otra bestia. Su nuevo cuerpo empezó a cerrar sus heridas, a sanarlo. Malo abrió los ojos. No reaccionó por unos largos segundos. En su mirada ya no había rabia, ya no estaba ese control rojo. Aun así, mientras su herida sanaba tardó largos segundos antes de hacer algo. Gruñó de repente, asustando a todos con su nueva voz, más grave y poderosa. Se puso de pie y miró para ambos lados, buscando al enemigo.

—¿Malo? —dijo Li, con voz fina y un nudo en la garganta imposible de disimular—. Volviste, amigo. Vas a tener que perdonarme por el balazo.

El quitnar lo lamió y todos lanzaron un grito de felicidad. Esa fue la primera señal de distensión de la matanza que había acabado de pasar. Pero el animal seguía en alerta, moviendo la cabeza de un lado al otro. Depositó su mirada en Aldara, que seguía desplomada.

—Creo que no recuerda nada —dijo Ítalo.

—Quizá ninguno de los bichos controlados recuerde lo que hacen —dijo Cregh.

—Por la puta madre de todo —exclamó Li—. ¿Acabamos de matar al Deus? ¿Ganamos?

—¿Ganamos? —repitió la pregunta Cregh.

—¿No reconocieron las enredaderas? —dijo Ítalo, sin ánimo. No podía dejar de pensar que no habían ganado sin bajas. Faltaba Dalia.

—Las Tierras Sagradas —susurró Li—. Su cama para descansar y volver a levantarse.

—Sera otro capítulo —dijo Cregh, con una sonrisa luminosa—. Un nuevo comienzo que nuestra gente va a escribir. Ganamos.

Ítalo notó que la tormenta había parado y algunas nubes empezaban a darle paso a efímeros haces de luz. Recordó todo el viaje en un segundo y meneó la cabeza. Se le contagió la sonrisa de Cregh.

—Sí, ganamos —dijo, empezando a entenderlo—. ¡Dioses! Somos el grupo de las profecías. ¡Salvamos a Alles! —gritó, abalanzándose sobre Cregh para abrazarlo.

En ese momento, Malo terminó de curarse. Su hechizo se esfumó, y los dos miraron como volvía a ser un perro de pelaje blanco. Ambos rompieron a reír.

Li no se despegó de Aldara hasta que despertó. Se encontró pérdida y cuando reaccionó, abrió los ojos como platos mirando para todos lados. Vio a Li, Cregh, Ítalo y Malo y se río.

—¿Ganamos? —gritó.

Pero tuvo una reacción muy parecida a la de Ítalo. Al ver a todo el equipo notó y recordó a Dalia; y rompió en llanto. Abrazó a Li y apoyó su cabeza en el hombro del pistolero. El llanto fue tan largo y profundo que desapareció el ambiente festivo. Nadie tenía que decir nada para entenderlo. Pasaron un rato largo callados hasta que los rugidos de sus estómagos rompieron el silencio. Las ganas de algo consistente se hicieron sentir de inmediato. La última cena que preparó Ítalo había sido básicamente una formalidad. Le dieron unos minutos más al mago para que sus heridas se terminaran de coagular.

Se juntaron; habían recuperado a un aliado al borde de la muerte, y ahora podían estar todos juntos de nuevo. Se juntaron y empezaron a avanzar en una dirección que habían postergado por más de un mes. El poder del anillo los hizo aparecer en un instante en las afueras de Aqlatan: más precisamente en el pequeño lago donde Li e Ítalo habían visto a un oso. Bebieron el agua cristalina y rellenaron las bolsas de Aldara. En esos páramos no había ni una sola nube. Todavía no era mediodía y hacía un día excepcionalmente bello. La oscuridad eterna de Verin parecía muy lejana.

La temperatura subió unos cuantos grados y todos empezaron a secarse después de estar horas bajo un diluvio. Malo volvió a su forma felina.

Una vez que sintieron que el hambre fue más que las ganas de sentirse secos, se prepararon para partir. Sin embargo, el anillo no respondía.

—Sabía que estas cosas tenían que tener un límite —dijo Cregh, con un tono jovial.

—¿Qué pasa ahora? ¿No sirven más? —preguntó Li.

—No... No creo —dijo Cregh—. ¿Se recargarán? Estos artefactos son únicos.

—Bueno, todavía nos queda el mío —dijo el Pistolero.

Ahora sabían que los anillos tenían un límite, así que decidieron hacer saltos pequeños. Cambiaron los anillos para transportarse hasta Varoa. En un segundo, aparecieron junto al domo de Varoa, bastante lejos de la entrada. Había un par de nubes y soplaban un frío viento del sur. Se sentaron en el pasto por unos minutos. Aún herida por una bola de fuego, Aldara se tomaba el brazo a cada rato y gemía en silencio. Ninguno era lo suficientemente confiado para poner el brazo en su lugar. Estaba el arte alternativo, pero Aldara era incapaz de mover los brazos como el hechizo requería.

—Quizá Azus esté en Varoa —dijo Li—. Ese gurag era uno de los pocos que respetaba a los humanos.

—Hasta que lo obligamos a huir, ¿recordás? —dijo Ítalo—. Por nuestra culpa terminó matando unos bichos e intentaron atacarlo en su casa.

—Le dijimos que se encontrara con nosotros en el mar, ¿no? —dijo Li.

—¿Nos esperará Dalir? En esa... "Posada del Mar"—dijo Aldara.

—Refugio del Mar —corrigió Li—. Estoy seguro que sí.

—¿Sí? —dudó Ítalo—. Es un bicho; no sé hasta donde llegó la influencia del Deus. Mirá a Malo; sigue fuera de sí.

—Es verdad —dijo Cregh, llevándose la mano a la barbilla—. Quizá no nos reconozca.

—Gangshi está a cientos de kilómetros; el Deus no puede haber llegado hasta ahí —aseguró Li.

—Bueno, lo único que importa es que Ernesto siga queriendo llevarnos por el mar. Estoy extrañando hasta el limón de sus comidas —dijo Ítalo.

Usando el anillo de Li, se transportaron a Gangshi sin problemas. Aparecieron sobre el muelle. Estaba desierto, sin ningún rastro de vida cerca. No había ni un solo barco llegando o buscando partir; solo embarcaciones abandonadas. El viento de mar soplaban fuerte y gélido. La temperatura era muy baja e Ítalo empezó a tiritar; todavía estaba en cuero.

Sabían a donde ir. Recorrieron la orilla, buscando hacer el mismo camino que cuando llegaron al continente, para llegar a la posada de

la bola de pelos. La ciudad estaba lejos de aquel lugar. Se encontraron con manchas de sangre y una túnica de los Iluminados enganchada en un palo, con el viento haciéndola sacudir como un trapo viejo. Ítalo tomó la túnica y la vistió. Todos lo miraron con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué pasa? Tengo frío —se excusó.

Sin decir nada, continuaron camino. El viento batió todavía más el mar, creando unas olas enormes. Las ráfagas de aire se llevaban las palabras, y el pistolero temió que eso estuviera tapando gritos. Pero, ¿por qué pasaría algo? Gangshi estaba demasiado lejos de Verin.

Encontraron la hoguera donde había conocido a Dalir. El fuego estaba extinto, pero quedaba alguna brasa rebelde. Aldara fue quién guió el recorrido, mientras se tomaba su codo dislocado. Subieron a la acera, y los patrones no tardaron en repetirse: ropa humana rasgada, sangre. No eran las calles más transitadas, pero era inconcebible no ver a nadie en ninguna dirección. El ambiente se volvió denso y cargoso. Caminaban lento y preparados para cualquier cosa. Sentían la misma sensación a muerte de Laertes; pero en lugar de ceniza olían la sal del mar. Cregh se puso al frente del grupo para prevenir cualquier cosa.

La nereida señaló con su brazo bueno el lugar. Cregh aceleró el paso a un trote y golpeó la puerta varias veces, hasta que directamente empezó a dar manotazos.

—Putra madre —dijo—. Está cerrado.

La situación se volvió incómoda. No era un buen momento para sorpresas.

—Hay una puerta detrás —dijo Aldara, señalando la derecha del local.

Por el costado de la casa, un pequeño pasillo llevaba a un jardín muy descuidado. Había una puerta de madera blanca, sostenida por una sola bisagra oxidada. Cregh abrió la puerta muy despacio para no romperla. Todos avanzaron con cautela. No había más que silencio; entre los rayos de sol que filtraban por las cortinas solo se movían partículas de polvo.

—¿Hola? —dijo el mago.

Se escuchó un crujido de madera de la cocina. Al avanzar se encontraron con una bola de pelos negra, sentada en una silla, con la espada mal recostada y los brazos colgando. Sabían que vivía porque parpadeaba. No le sacaba los ojos a una vela derretida.

—¿Dalir? —preguntó Li. El bicho giró la cabeza, y no respondió nada. Llevaba una camisa parecida a la vez anterior, pero no tenía su gorra.

—¿Ustedes? —dijo, muy lento, casi como si estuviera sedado.

—¿Qué paso? —dijo Cregh.

—¿Tenés comida? —dijo Ítalo.

Dalir se quedó en silencio y puso su mirada en la ventana que daba a la ciudad.

—Ustedes... hicieron esto... ¿no? —habló el bicho, muy despacio.

—¿Qué cosa? —dijo Li, acercándose a la ventana.

—Todo —dijo Dalir, levantando lentamente el brazo, y señalando de nuevo la ventana.

—¿Qué? —preguntó Cregh.

—Ellos... Algo pasó. Desperté a un kilómetro de casa.

—¿Alguien te atacó? —inquirió Li.

—No... No me atacaron. Todos atacamos... a ustedes. A los humanos —dijo, mirando al grupo. Parecía tener el ceño fruncido. No estaba para nada contento con la visita —. Me duele la cabeza.

Dalir se paró y apoyó sus brazos en la mesa para no caerse.

—Ernesto llegará hoy por la tarde —dijo, mientras caminaba pasito a pasito para dirigirse a su cuarto —. Imagino que se va a hacer cargos de los gastos suyos y del gurag.

Tras eso, desapareció de la escena.

—¿Gurag? —dijo Ítalo —¿Azus está acá?

—Eso parece —dijo Li.

—No nos echó, ¿no? —dijo Aldara.

—Estaba tan raro. Totalmente distinto de la última vez —dijo Li.

—¿A quiénes atacaron? ¿A los iluminados? Nosotros no somos iluminados —dijo Cregh.

—Fue el Deus, estoy segura —dijo Aldara, mientras Ítalo se esca-bullía hasta la alacena y los cajones de la cocina para buscar comida.

—Imagino que tenemos que esperar a Ernesto y partir —dijo Li, y se retiró al baño.

—¿Qué le pasa? —dijo Cregh.

—No tengo idea —dijo Aldara.

Pasos pesados se hicieron lugar hasta la cocina. El gurag se agachó para no golpearse la cabeza con el borde de la puerta. Abrió los ojos y se quedó callado.

—¿Son... ustedes? —dijo Azus.

Ítalo buscó su daga sin demasiado disimulo. El gurag era enorme. Cregh también tanteó la espada brillante.

—Azus, venimos desde Verin —dijo Aldara, confiada.

—Son...difíciles de... matar —dijo Azus tomándose la cabeza.

Ni el Deus le podía sacar las ganas de hablar. Sus movimientos eran un poco lentos, y su aspecto un sombrío. Se acercó a la mesa y se sentó.

—¿Qué pasó?—preguntó Cregh

—Nunca sentí... algo parecido —contestó Azus, sin mirarlos, con la mano llena de sangre seca posada en su frente—. No fueron más de unos minutos. Estaba en el mercado, buscando comida. Fue como un rayo, un corte en mi mente. Dónde antes habitaba solo la voz de mi cabeza, aparecieron intrusos. Durante unos segundos, no fueron algo más que una molestia, pero ese enjambre de voces me empezó a volver loco.

—¿Qué hiciste? —inquirió de nuevo Cregh.

—Las voces me hablaban en mil lenguajes, pero la orden era clara: tenía que matar. Matar humanos —dijo Azus, empezando a modular mejor—. Mi voz solo era un susurro en aquel tifón. No existía mi voluntad, solo una voluntad mayor, compartida entre todos mis hermanos. Nunca estuve tan seguro de algo como mientras duró aquello. Mi visión se tiño de rojo y cumplí sin hesitar. Sabía que estaba mal. Sabía que no quería hacerlo, pero mi cuerpo no se correspondía con mis pensamientos ni mi moral. Después de unos cuántos minutos, mi mente se apagó. Y me desperté en el puerto, con las manos llenas de sangre —completó su historia, todavía con la mirada en la mesa.

—Nosotros lo matamos. Al Deus. Eso rompió el vínculo —dijo Ítalo.

—Me duele mucho la cabeza —dijo Azus.

—Dalir dijo que hoy llega Ernesto para volver al Este —dijo Cregh.

—No, no puedo volver. No puedo mirarlos a los ojos, menos servirles comida. Necesito tiempo para entender lo que sentí y lo que hice —sentenció el gurag. Se levantó de la silla y encaró para la cama.

—¿Azus...? —dijo Aldara. El del Valle levantó los hombros y se lanzó sobre la comida.

Se quedaron en silencio hasta que se pararon para acompañar a Ítalo con la tragantera. Frutas, verduras y pescado. Tan rápido como Ítalo terminaba de asar el pescado o una ensalada, se lo devoraban al instante. Li tardó casi un cuarto de hora en volver, pero se sumó a la comida sin más. Más allá de las dudas, fue una tarde fraternal, donde se miraron los rostros por primera vez en mucho tiempo. Ya no estaban atados a ninguna historia prefabricada. Ya no había escritos sobre ellos. Sobre qué harían, como vivirían, a quién amarían, cómo morirían. Ya no eran el Cazador, la Nereida, el Hechicero ni el Pistolero.

Detrás de los raspones, las quemaduras, los brazos quebrados, los huesos astillados, las armas, los anillos y los amuletos, solo había ojos cansados que se alegraban de tener una comida caliente en la mesa. Tenían una sensación de vértigo por las posibilidades que tenían ahora; parecían inmensas. Después de salvar a todo el reino, había vida. Ese había sido premio después de todo. Un camino sin intervenciones divinas. ¿Felicidad?

Se comunicaban con solo mirarse. Mientras sacaban las espinas de los pescados, o mientras tomaban un vaso de agua. Los cuatro estaban en sintonía. Los cuatro lo sintieron. Y cada uno sacó sus propias conclusiones. Sonrieron todos, en parte por la comida tan ansiada y por otra parte por la sensación de levitar que les daba la falta de carga en sus espaldas. Incluso Li, que estaba asustado por lo que podría estar pasando allá afuera, entendió que no era su problema. Ya no podían hacer nada en su estado. Hasta Malo empezó a recuperar el ánimo sobre el final de la tarde, por lo que Li disfrutó sin culpas.

El ruido de los cubiertos tintineando, los dientes masticando y el viento marino golpeando las paredes de la posada. Ítalo se sintió como cuando era un niño y su familia todavía se parecía a una familia. Aldara pensó en su familia y el pecho se le llenó de recuerdos de su

padre. Li recordó a los suyos, y pensó en hacía cuanto no tenía una comida como aquella. Recordó entonces los bares, y los carteles de recompensa. Los viajes y la incertidumbre del mañana. Cregh no pensó en nada más que el futuro. Recordaba el momento en que clavaba la espada en la cabeza del Deus y se le estremecían las piernas. No tenía idea de cómo lo había hecho y estaba feliz de saber que de alguna manera podía repetirlo en cualquier momento.

Antes del atardecer, Ernesto Alibar entró por la misma puerta trasera que habían utilizado.

—Sabía que esto era obra suya —dijo sombrío—. ¿Dónde está Dahir?

—Está en su cuarto, durmiendo —dijo Ítalo—. ¿Qué hicimos exactamente?

—La gente del Oeste... enloqueció. Pero ustedes están acá... entonces, ¿lo derrotaron?

—Ganamos —dijo Cregh, agrandado, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero... los bichos siguen asesinando humanos a diestra y siniestra —dijo Ernesto, con un hilo de voz.

—El Deus está muerto —garantizó Ítalo.

—Ellos enloquecieron cuando él despertó, pero eso ya pasó —dijo Li.

—No... —aseguró Ernesto—. Escuchen.

Ernesto contó que esa misma mañana paró en un muelle al sur al dejar la carga. Los bichos enloquecieron de inmediato. Pero su relato duraba más que la batalla con el Deus. A diferencia de sus otras historias, ninguno pensó que estuviera mintiendo. Su cara estaba contraída y asustada.

—No paraban de matar humanos, ni siquiera a los Iluminados. Estaban completamente cegados. Desde el muelle pude ver todo. Zarpé de inmediato para alejarme del horror. Por suerte, no me vieron, pero yo sí podía verlos desde mi embarcación. Sentí que se me congelaban las manos del terror. Jamás pensé que podían usar ese tipo de violencia entre los suyos. No veían que compartían su religión... ya no eran hermanos, eran enemigos —concluyó el marino.

—A nuestro Quitnar lo poseyó el Deus. Intentó matarnos —dijo Ítalo, cruzado de brazos y apoyando la cadera contra la mesada—. Ahora está bien. Igual que Dalir y Azus.

—Tal vez son lo suficientemente fuertes para soportar el residuo de las órdenes de su Deus —dijo Ernesto, que parecía mucho más sabio cuando no estaba contando sus historias. Se quedó pensativo.

—En los textos sagrados se habla de una posesión total —dijo Ítalo—. Entendí al instante que Malo estaba siendo controlado. Él es su dueño. Le pertenece todo lo proveniente del Oeste —dijo Ítalo.

—Pero su gato vivía entre ustedes —dijo Ernesto—. Quizá esa fue la diferencia. Conozco muy bien a los bichos. La gran mayoría nos odia; hablo de un desprecio arraigado en sus corazones.

—Lo sabemos —dijo Creggh, irónico.

—Su Dios podría haberlos controlado, dado órdenes en contra de su voluntad. Pero a otros... tal vez la mayoría, simplemente lo acataron. Porque ese estado es lo que siempre esperaron, lo que siempre desearon. La semilla germinó.

Era un concepto espeluznante, pero tenía sentido. Los humanos solo necesitaban una borrachera para sacar su peor faceta contra algún bicho. A veces ni siquiera era necesaria.

—Vamos a zarpar. Ahora mismo. Éste continente es demasiado peligroso —dijo Ernesto—. Voy a saludar a Dalir.

—¿No hay que buscar nada? ¿Provisiones? —dijo Creggh.

—No, tengo todo listo para el viaje. Ah, lo único es que no conseguí limones.

Todos intentaron contener la risa, infructuosamente.

Una vez que el marino saludó a la bola de pelos, Creggh los transportó hasta el bote. Salieron antes de que el sol se ocultara. La sensación de hostilidad, a la cual se habían acostumbrado a lo largo del mes que pasaron allí, se diluyó cuando en el horizonte ya no se veía la costa de Gangshi. Ese lugar no era para humanos. Nunca fueron ni serían bienvenidos.

Al mismo tiempo en que partían, Heir despertó en las calles oscuras de Verin. El pequeño cuervo había logrado matar al Caballero, pero ese había sido el final de sus logros. No había podido ayudar a sus compañeros en la batalla final. Había sido vencido, e incluso llegó

a hacerse el muerto y esconder su anillo entre la maleza. Cuando más recapitulaba, más sabía que fue un cobarde. Había comenzado ese viaje para probarse que existía una mejor calidad de vida, una dignidad que desconocía entre los cuervos domesticados de la capital. Había conocido a personas impresionantes... Seres de los que otros escribían en leyendas y poemas. Y no había logrado estar a la altura.

Casi había sido una bendición que perdiera la mente cuando el Deus despertó. Controlado, no tenía que enfrentarse a su vergüenza, a su cobardía. No tenía que pensar en nada más que la orden primitiva que el Deus gritaba en su corazón: odio. Muerte a los humanos.

Pero ahora que la locura había terminado, todo le llegaba a la vez. Heir no sabía esto, pero el control del Deus no hacía más que despertar los deseos internos de los bichos. El odio que los humanos habían plantado a lo largo de los años. Si Heir había resistido éste instinto, ¿qué quería decir?

Siempre creyó que odiaba a los humanos. Siempre había sentido que los huginn y todos los bichos eran superiores. Es lo que se había dicho a si mismo desde que tenía memoria, al punto en que ya no lo cuestionaba. No sabía si era verdad.

Había visto muchas cosas en sus viajes. Había visto el potencial de la maldad de los humanos, pero también de los bichos. Había visto bichos tratados como ganado y lugares donde los humanos estaban prohibidos. Había visto bichos oprimidos que no podían conseguir trabajo, y humanos oprimidos trabajando los campos sin pausa para su rey. El Caballero había matado y el Cazador había matado y el Pistolero había matado pero también Krieg, Karus, Isaac. Una vez había entrado en la casa de unos humanos que habían sido arrasados por las arañas, y había encontrado un trozo de ropa de niño pequeño. Tan pequeño que no cubría todas sus manos. Tal era la fragilidad de los humanos.

Heir levantó la cabeza, apoyado contra un callejón de Verin, y suspiró. Había despertado ahí con todo su cuerpo herido, y necesitaba descansar. Iba a necesitar mucho descanso. Pero iba a volver a Alles. Iba a volver a ver a Sil y a Dip, sí... ya había visto tantas cosas. No podía no atestiguar el nuevo mundo.

El viaje de Ernesto duró diez días y no hubo tormentas. La integridad como grupo no hizo más que aumentar. En cada almuerzo y cada cena; mientras el sol del mediodía doraba la tez de los elegidos. Fue una travesía de tranquilidad y paz. Pudieron dejar de ver el rostro de Dalia en sus mentes.

Ernesto resultó saber —o decir que sabía— algo sobre medicina y se sintió lo suficientemente confiado para acomodar el brazo de Aldara. Con un pedazo de la túnica de Ítalo le vendaron el brazo. El marino volvió a contarles más historias, convergentes, divergentes y paralelas a las que les contó en el primer viaje. Las incongruencias eran obvias, pero ninguno se quejaba. De hecho, escuchaban con atención.

Al décimo día, por la mañana, llegaron a Havenstad. Saludaron al marino. No disponían ni de un solo rorintio entre los cuatro, así que Ítalo se encargó de escribirle a una carta para que la familia del Valle le facilitara un pago generoso.

No hubo celebraciones ni bienvenidas. Ellos no eran nadie para el continente.

Caminaron por el muelle hasta la ciudad. El viento soplaba despacio en la ciudad puerto. El ambiente era tenso y pesado, como si nunca hubieran abandonado el Oeste. La gente hablaba en voz baja y caminaba rápido. No tardaron en ver a gente uniformada, con una especie de capa naranja. En las capas, la insignia de los Robler, ahora bien conocida por Ítalo.

Los cuatro elegidos, junto con su fiel compañero quitnar, vagaron por Havenstad. La ciudad estaba repleta. Los designados por Wendagon no hablaban, solo caminaban juntos, queriendo evitar el destino inexorable. Arriba del barco fue la última vez que iban a ser un grupo.

Caminaron y llegaron hasta la entrada de Havenstad, dónde hacía no tanto habían combatido al bravo Karus. Ítalo ya había probado el anillo; funcionaba perfectamente después de no usarlo por varios días. Era simplemente una formalidad ir hasta la entrada. Ya habían hablado sobre qué iban a hacer, pero volvieron a intentarlo, como queriendo retener lo que se había formado. Impregnar en la memoria lo mejor del viaje.

—Entonces... vuelven a Veringrad —dijo Cregh.

—Sí, tengo que volver —dijo Ítalo.

—Yo soy una fugitiva de la ley —dijo Aldara—. Espero que los del Valle puedan hacer cambiar la opinión de la justicia.

—Los caminos se bifurcan —dijo Li.

—Es inevitable —dijo Ítalo—. ¿No nos van a acompañar? ¿No confían en la recompensa de Wendagon?

Li puso sus manos en el cinturón y miró el piso. El mago miró para un costado.

—No —dijeron al unísono.

—Creo que era simplemente una excusa —dijo Li.

—Ese viejo nos usó... por el bien de todos. Qué en paz descanse —dijo Cregh.

—Pueden volver en cualquier momento...—dijo Aldara, tímida, invitándolos.

—Mi casa es su casa, señores —dijo Ítalo—. Mi familia sacó su prestigio por vencer al Deus, doscientos años atrás. En medio de esta muchedumbre, que nos mira como meros extraños, puedo ofrecerles que todos sean del Valle. Hay un procedimiento para que se puedan acoplar y gozar de los beneficios de... —Pero Cregh lo tomó por el hombro.

—No es necesario. Está bien así. Voy a buscar a mi hermano por Havenstad, en estos días. Él también debió haber sido afectado por el Deus, y quiero revisar si está bien. Tal vez vuelva a casa. Li y Malo van a quedarse conmigo. Podemos vender el anillo si pasamos demasiada hambre —rió.

—Yo creo... que la recompensa de Wendagon es cierta —dijo Ítalo, tomándose el codo—. La merecen mucho más que yo. Solo van a tener la indiferencia de todos nuestros hermanos. Mi familia está acomodada, en cambio... ustedes lo necesitan.

Li ríó.

—Vamos a estar bien; hay un goce en sobrevivir el día a día que los chicos ricos no entienden.

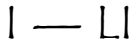
Ítalo se acercó a Li, dubitativo. Él lo tomó con firmeza y lo abrazó fuerte, mientras sonreía. Cregh casi se tira encima de Aldara, pero tuvo cuidado por su brazo vendado. Luego Aldara besó el rostro de Li y él le acarició la espalda. Ella se sentó en el piso para saludar al

Quitnar y Malo se subió a su regazo, que pareció ser siempre su lugar favorito. Malo maulló y le lamió la mano.

Ítalo pidió el libro del arte alternativo, ya que era la única cosa que le quedaba de Hanzel. Cregh había grabado a fuego los hechizos, porque lo que aceptó sin más. Tras eso, se abrazaron en un abrazo que Ítalo sintió muy parecido a los que daba Marco. Y antes de que las lágrimas se hicieran presentes y la despedida fuera más triste, Ítalo y Aldara desaparecieron en camino a la capital.

Pero no hay despedidas definitivas, porque las historias nunca terminan.

APÉNDICES



Deus, Deus, Deus.

Las estrellas tintineaban por entre las hojas de los árboles. Hacía frío aunque estuviera entrando el verano. Yo dormía entre las raíces de un árbol lejos del camino, protegido del viento por mi buen abrigo. Me encontraba solo con Malo por primera vez en meses.

El viaje de regreso había sido bastante corto. Fueron diez días que se pasaron volando, mirando el mar, escuchando fantasías y épicas de dudosa veracidad. No fueron aburridos. A pesar de la falta de actividad, por primera vez no me sentía con ganas de salir a caminar y perderme por caminos. Podría decir que hasta lo disfruté... A pesar de los mareos y el dolor de huesos.

Llegamos entonces una mañana soleada a Havenstad, y cuando pusimos los pies en la tierra fue como si hubiéramos dejado salir el aire que traíamos del Oeste. Estábamos en casa. A cualquier lugar que miráramos había gente humana, con ropas de todos los colores; nada de túnicas blancas por acá, no señor. Las casas, el muelle y las embarcaciones que aquel mago había destruido ahora estaban todas reparadas.

La despedida fue corta. Ítalo y Aldara se fueron juntos de regreso a Veringrad, dejándonos la espada y el anillo como única reserva monetaria. Miramos a aquellos dos tortolos alejarse hasta que desaparecieron entre la vegetación, y Cregh soltó un suspiro.

—Qué cosas —dijo—. Que eso haya sido todo. Casi me siento mal.

—Sí, supongo... —dije, y me acomodé hombro derecho. Aquel dolor de la pelea en el muelle aún seguía—. Aunque voy a pasar por Veringrad eventualmente.

—¿No sabes por qué fue que Aldara escapaba de la ley? Nunca lo entendí.

—Eh, tuvo problemas con unos guardias.

Cregh miró el camino un tiempo más, hasta que su sonrisa desapareció. Dio media vuelta.

—Bueno... voy a buscar a Cresso. Por primera vez creo que voy a tener una historia para contar más grande que las suyas.

—¿Necesitas ayuda? —dije—. Para encontrarlo, quiero decir... Por lo que pasó.

Cregh se quedó mirándome, entendiendo, y partimos de regreso a la ciudad. No apuramos el paso, pero noté como la expresión de Cregh cambiaba de a poco. Se le veía tenso.

—No quería hablarles de esto para no arruinar el viaje... —habló—. Pero no hay más bichos en las calles.

—Te entiendo —dije—. Temía esto del momento que llegamos a Gangshi.

Anduvimos acercándonos al centro, preguntando de bar en bar y posada en posada sobre el hermano de Cregh, o por cualquier lagarto. De inmediato se nos hizo clara la magnitud de la situación. La distancia no había sido impedimento. El poder del Deus fue absoluto; se notaba en la expresión de la gente cuando preguntábamos. Los bichos también habían perdido el control en el Este.

Por lo menos las muertes no habían sido tantas. La gente de puerto era fuerte, y los bichos no venían para quedarse; o porque se iban hacia el Oeste, o porque querían probar suerte en la capital, donde tendrían algo más de libertad.

Llegamos hasta el centro y nos separamos para seguir preguntando. No conseguí nada. Las respuestas que recibía eran una variación de “¿Qué me importa un bicho? Ojala haya muerto.” Terminé resignándome, volviendo a la plaza, aquella donde había vendido la carreta hace más de un mes. Pasé por el templo de la ciudad, con esculturas de los etéreos puestas en lo alto en las esquinas. En una se podía ver sentado al tal Destino, inclinado hacia adelante con una mano en la barbilla, mirando a los que pasaban con una sonrisa burlesca.

Encontré el lugar donde me había puesto a vender la carreta, y había una planta que acababa de brotar. Me pregunté si había salido de las manzanas que había tirado, y si iba a tener la suerte de un buen

manzanal. Pasé por la guardia de la ciudad, donde el solo ver los carteles de recompensas hizo que me gruñera el estómago. Pensé de inmediato en comida. Era la rutina de siempre; sin ni una moneda, iba a tener que ingeniármelas pronto si quería algo de almuerzo. Seguí mirando carteles hasta que me detuve frente a uno.

ALERTA DE FUGITIVOS – Escapados del Calabozo
Aldara Ríos - 1 rorintio

Oh, mi dulce Aldara, ¿qué hiciste? pensé.

Era una mugre lo que ofrecían, para ser sincero. Junto a ella había otro cartel mucho más caro. Su compañero de escape.

Dodger Blue – 5 rorintios

Era un hombre con prominente mostacho y expresión amenazante, con las cejas levantadas y los ojos bien abiertos. Tomé nota de su aspecto por si acaso. No sabía que Aldara había escapado con alguien más.

Luego volví a ver a Aldara. Pensé en si nos hubiéramos conocido de no ser por Wendagon. Que cosas las de la vida, pensé. Fui a sentarme a descansar, y jugué con el anillo. Ya parecía haber recargado, pero no sentía deseos de usarlo. Lo mío era caminar.

Cregh llegó una media hora después, sin éxito. Se sentó a mi lado y soltó un suspiro, aunque parecía mantener la calma.

—De todas formas hubiera sido raro que se hubiera quedado tanto tiempo acá —dijo—. Esperaba que me invitase a comer, porque no tengo nada. ¿Te queda algo?

—Lo gasté todo en un arma y balas —dije, mirando a otro lado. Cregh simplemente se echó hacia atrás, refregándose la cara.

—Ya, que importa. A final de cuentas fue mejor así. De haber salido con menos... no sé dónde estaríamos. Cielos, todavía no entiendo como lo hicimos.

Cregh miró hacia el templo con la mirada perdida.

—Sí, y mirá como de pobres estamos ahora —dije, riendo—. Esto nunca lo contaban en las leyendas.

—Por eso que nunca creí en ellas —dijo el mago—. Nunca creí en nada... Y ahora, en cuanto se me apareció una deidad real la apuñalé hasta matarla.

—Suele pasar.

—Sí, pero no me va a servir cuando busque trabajo. Mi reputación estuvo destruida desde que causé aquel incendio, y nadie se enteró de lo del Deus.

Cregh desenfundó la espada para verla; aquella por la que vencimos, aquella por la que murió Dalia. La hoja que siempre era brillante aún estaba manchada con sangre negra. La sangre de un dios.

—Así que, ¿eras un mercenario antes del viaje? —pregunté.

—Mirá quien se pone a recordar ahora —dijo, riendo—. Trabajaba de lo que fuese. Nunca duraba en nada.

—Oh.

—¿Y vos? ¿Solo eras un cazarrecompensas? Suena difícil vivir de eso.

—Lo es si no estás en un grupo. Ya viste como andaba el día que nos conocimos.

—Sí, no es que yo haya estado mejor. Tengo ropas decentes, pero eso sería todo. Supongo que no somos tan diferentes... Aparte de la estatura, la habilidad mágica, y casi todo lo demás, claro.

—Claro —reí.

Cregh siguió mirando la espada, tratando de limpiar la sangre. Malo también había salido a buscar algún olor, y todavía no había vuelto. Cregh finalmente se cansó.

—Debí habérsela dejado a Ítalo —dijo—. Algún día alguien la va a necesitar, y lo más probable es que otro del Valle se vea involucrado.

—No sé —dije—. Mirá como nos reunimos cinco desconocidos. Si una profecía lo dice, se van a topar con la espada de una u otra forma... A estas alturas, hasta empiezo a creer en esos Eetéros.

Cregh me miró extrañado y guardó la espada.

—¿De dónde sos, por cierto? —preguntó.

—Es un poco tarde para esas cosas, pero bueno, soy del norte —dije.

—¿De Venia?

—No... De más allá de las montañas.

—Oh. Guau. Qué camino. ¿A qué demonios viniste?

—Em... Quería caminar un poco —dije, no muy convincente. Cregh pareció notarlo, pero decidió no presionar más.

—Qué se le va a hacer. En un principio pensé que eras del sur, por el acento.

—Pasé tiempo ahí, por el clima. ¿Y vos de dónde sos? —dije.

—Silis —respondió—. Me crié y estudié ahí. Una vez que me echaron de la universidad, nunca volví.

—¿Por qué te echaron? ¿Por lo del incendio?

—Sorprendentemente... no. Algunas cosas es mejor olvidarlas.

—¿No podés volver?

—Sería demasiado esfuerzo. Quizás cuando todos los involucrados hayan muerto...

—¿Q-Qué?

—Mierda, quizás sí debí haber aceptado la oferta de Ítalo. Como sea, lo hecho, hecho está —dijo, reacomodándose.

Y yo que pensaba que solo Aldara la tenía difícil.

—Bueno, quizás sea un buen momento para volver si encuentro a Cresso. No puedo evitar pensar que podría ocurrir una nueva crisis por estos días, y que no tengamos tanta suerte... Dalia no la tuvo.

Dalia... ¿Qué hubiera dicho al volver? Se hubiera ido con Ítalo y Aldara, para volver rápido a Lignus... Su hogar. Ese pueblo estaba al sur de Veringrad, ¿no?

—¿Nos ira a llamar otro Oráculo? —dije, pensativo.

—Deus, ojalá que no —dijo Cregh, blasfemando contra quien derrotó—. Mirá, ahí viene tu gato.

Malo se acercaba a paso lento, con un enorme pescado en la boca. Levanté una ceja. Cregh suspiró.

—Él tampoco debe haber tenido suerte —dijo. Pero cuando Malo llega exhibiendo comida luego de una búsqueda es porque se recompensó por un buen trabajo.

—¿Que encontraste, amigo? —dije. Malo maulló una respuesta.

—¿Que? —dijo Cregh.

—Dice que encontró un rastro de hace unos días. Vamos.

Agarramos nuestras cosas y empezamos a correr tras él.

—Mierda, Li —bufó Cregh—. ¿En serio le hablás a los animales? Espero que no sea otra farsa tuya.

—¿Yo, farsa? —pregunté.

Malo nos llevó a dar vueltas por varias calles, algunos callejones, y hasta un puesto de pescados, siguiendo un camino muy rebuscado. Cuando Cregh ya estaba pensando que Malo nos estaba haciendo una broma, éste se detuvo, olfateó, maulló en una dirección.

—¿Está por allá? —preguntó Cregh. Malo maulló.

—Tiene tu olor, dice. O más bien, vos tenés el olor de Cresso.

—Me lo imagino. Eso explicaría porque las mujeres no me hablan.

Malo tomó un momento para comer de su pez, y luego empezó a guiarnos más lento. Se tomaba su tiempo.

—¿Tenias familia, Li? —preguntó Cregh, de súbito—. Allá donde vivías.

—Eh, sí, como cualquier ser vivo —dije, algo incómodo—. ¿Por qué?

—Pensé que era raro que alguien viniera solo de tan lejos a cazar criminales.

—Bueno, solo es un trabajo. Cualquier cosa me serviría mientras pueda andar.

—¿Escapás de algo? —preguntó entonces—. ¿De alguien?

—¿Lo dices por lo de esconder mi nombre? ¿O por lo de andar? —Cregh simplemente asintió—. La verdad que no... Sencillamente, no me podía quedar. —Tuve un deja vu, extrañamente. Cregh metió sus manos a los bolsillos.

—Bueno, para alguien que busca quedarse acá, de verdad te esmerás en no acercarte a nadie.

—No es que no quiera, es solo que yo digo, ¿para qué hablar de mí...? No le veo la importancia.

—Lo normal es que la gente hable de sí misma... Que hable de lo bueno, claro.

—Oh, ¿cómo si fueras a hablar de lo del Deus? —dije. Cregh rió.

—Por supuesto que voy a hablar. Que nadie me crea es otro cuento.

—Ese serás vos. Por mi parte, no tengo mucho bueno que contar.

—¿Y qué sería el resto que no es tan bueno? —preguntó. Yo simplemente reí; parecía que de verdad quería sacarme eso.

—Si me decís por qué te echaron del colegio quizá te cuente —Creggh desvió la mirada.

—Buen punto.

Pronto se nos hizo claro a donde nos llevaba Malo: la salida norte de Havenstad.

—Se fue —dije, apenas nos detuvimos.

—Efectivamente se fue —dijo Creggh, rascándose la barbilla.

—Podemos acompañarte, si querés. No tengo prisa.

—No, no te preocupes. Éste camino pasa por Silis, cerca de donde vive la familia. Me parece lógico que haya vuelto con ellos en esta situación.

—Vas a matar dos pájaros de un tiro —dije.

—Así parece. Con magia no me va a costar mucho llegar... Y con el arte alternativo no me va a costar pedir comida prestada, si entiendes a lo que me refiero.

—Claro. En ese caso... creo que aquí nos separamos. Voy a ir a Lignus ahora.

—¿El pueblo de Dalia? —dijo Creggh.

—Ese mismo. Le ofrecí llevarla de regreso en carreta. Ella siempre pensaba mucho en su familia... Alguien tiene que contarles. —Creggh miró hacia el camino con tristeza.

—Tenes razón. ¿Vas a usar el anillo para llegar?

—No, necesito estirar las piernas —dije—. ¿Seguro que no lo querés?

—No, yo ya puedo transportarme con magia.

—Bueno, podría venderlo, pero se me hace demasiado peligroso. Es mucho poder. Supongo que será un recuerdo. Estaba pensando en vender un revolver, en realidad. Pero voy a tener que tomar comida prestada por hoy —dije, sonriendo. Creggh miró al suelo por unos segundos, y luego me extendió la mano.

—Bueno. Nos vemos, vagabundo.

—Nos vemos, desempleado —dije, estrechándosela. Malo maulló y Creggh se agachó a acariciarle la cabeza. Por primera vez oí a Malo darle las gracias a alguien, aunque Creggh no le entendió.

Cregh se alejó unos pasos, nos miró por última vez, y desapareció con un fuerte resplandor. El silencio se hizo notar de inmediato. Las aves de la zona aún no habían vuelto.

—¿Vamos?

Con mi compañero de tantos años, nos pusimos a buscar comida una vez más.

Partimos hacia el Este aquella misma tarde, a terminar de deshacer todo el camino que habíamos andado. Me pregunté cómo sería la familia de Dalia. Sabía que su padre había muerto, y tenía a su madre. Pero me preguntaba si tenía hermanos, primos o amigos.

¿Había elegido bien Dalia? Decidió seguir a Destino, y por eso dejó todo atrás. En el camino perdió la enciclopedia de su madre y la espada de su padre. Cuando nada la ataba al pasado, perdió la vida. Alguien tenía que volver y rehacer su lazo a aquella ciudad. La habíamos dejado durmiendo en el Oeste, mirando la ciudad negra de Verin, como aquel caballero sin nombre que encontró Dalia. Me pregunté si ese tenía familia aun viviendo, y si sabían de su legado. En las profecías parecía solo haber títulos.

Después de que cayera la noche nos detuvimos lejos del camino. Malo se tiró a dormir casi de inmediato. Yo di algunas vueltas tratando de buscar algo para comer entre los árboles. La fruta del Este era una maravilla, un gusto para la vida. Vivir ahí era mucho mejor, *¿te non credis?*

Me quedé mirando al cielo, sin poder dormir. La conversación con Cregh sobre mi pasado parecía haberme afectado. Quizás tenía la guardia baja por haber terminado el viaje, por haber regresado vivo de donde no debería. Había vuelto de conocer que había en el mundo como Wendagon me prometió, solo para pensar que éste era mi hogar. Ansioso, me levanté una vez más.

Malo se despertó y me empezó a seguir de inmediato, preguntando cual era el problema. Le dije que simplemente no tenía sueño y quería adelantar camino para llegar pronto. Malo maulló exasperado. De todas formas, me siguió de vuelta al camino principal. ¿Qué me pasaba?

Estaba ansioso. Pensar en la familia me ponía ansioso; se me aceleraba el corazón de solo recordar, ni hablar de pensar en la idea de... volver.

Pero ahí estaba, haciendo el camino que Dalia debió tomar. Iba a tomarme semanas, y aun así ahí me encontraba.

Supuse que todos volvíamos a casa eventualmente. Estuvimos un mes en el Oeste, a pasos de morir en cada día. ¿Y si me llegaba a pasar algo como a Dalia? ¿Habría alguien que deshiciera mi camino por mí?

Me detuve en mitad del camino, y solté un largo suspiro. Malo me alcanzó de inmediato, y se sentó a mirarme. “¿Estás bien?”

—Sí, no fue nada —dije por decir, y me quedé pensando un momento.

La ansiedad no parecía querer irse. Me sentí estúpido por seguir creyendo que algún día se iba a ir la vergüenza solo con andar más. Malo maulló.

—No, no. Es solo que... Qué bueno... —dije, tratando de ordenar mis ideas.

Malo se giró para irse a dormir a un árbol. Gato maldito. De todas formas, tenía razón. ¿Para qué tratar de explicarle, si a un gato no le interesan los problemas de los humanos? O es que quizás los problemas de humano simplemente nunca tienen sentido.

Me rasqué un poco la cabeza y decidí hacer como Malo y dormir cuando uno debe dormir. Me dispuse a buscar un buen lugar, cuando vi una figura acercándose.

Andaba por la mitad del camino, a paso lento y seguro. Era un hombre con un largo abrigo y un sombrero, apenas distinguible por la poca luz de la luna. Una vez se acercó, logre distinguir un mostacho y una mirada amenazante. Me miró e inclinó el sombrero.

—Buenas noches.

Apenas se alejó unos centímetros yo cargué mi revolver. Aun me quedaba una bala.

—¿Dodger Blue? —dije, haciendo sonar el martillo y apuntándole. El sujeto se detuvo de inmediato—. Arriba las manos. Estás bajo arresto.

Dodger Blue levanto las manos y se dio vuelta lentamente. Malo apareció entre los árboles, impresionado por ese trabajo tan fácil. Dodger Blue me miró con su mirada característica. Cuando quise

darme cuenta, ya había desenfundado su arma. Hice lo mismo y devolví el fuego. No fui lo suficientemente rápido. Mierda... no lo fui. No quería ver la expresión de Malo. Había estado impresionado hace un momento, la situación parecía demasiado fácil para ser verdad... y lo era. Ahora había decepcionado a mi gato.

¿Le había dado al villano? No podía saberlo. Mi cabeza daba vueltas y noté que estaba tumbado contra el suelo. Podía mirar el cielo. Era tan amplio como todo el camino que recorrí.

Digno de perderse en él.



Al día siguiente, entre Havenstad y Craster un mercader encontró el cuerpo de un vagabundo a un lado del camino. Los guardias que fueron a retirar el cuerpo solo encontraron entre sus pertenencias un anillo de cobre, frío al tacto, y una vieja carta en la que lo único que se leía era “Una última captura tras la cual no va a necesitar trabajar nunca más.” El cuerpo fue tirado a un canal y todo volvió a la normalidad.

II — MALO

—Viví —dijo la bruja. Y llegué a la vida.

Dioses, qué vida. Creo que nunca me sentí tan bien como en ese primer entonces. La cueva era fresca, oscura excepto por la fogata de la bruja. No había preocupaciones ni fuentes de estrés. Estaba lleno de vitalidad. Me estiré con mis cortas patitas, y un cadáver de ratón casi tan grande como yo cayó frente a mí.

—Protegé mis secretos, gato, y siempre vas a tener comida.

Quién era yo para rechazar ese trato. Salté sobre el cuerpo del ratón y me puse a merendar. No estábamos solos en esa cueva oculta del mundo, en la que el ruido de las brasas era lo único que recordaba la existencia del mundo exterior. Entre las rocas y las grietas, escondiéndose en las sombras, había docenas de ojos observando. Felinos negros, mirando silenciosamente a la bruja. A su alrededor había cuerpos. Cuerpos de gatos, claro. Todos pequeños, todos de menos de un mes. Tomo uno para ponerlo junto al fuego, y le echó unas gotas de un frasco naranja en las orejas. Juro que escuché un aullido de perro en el aire. La bruja empezó a recitar palabras macabras, y a golpear rocas contra el suelo en ritmos complejos. Al cabo de unos minutos dejó las rocas a un lado, puso sus manos sobre el gato muerto e hizo salir una magia intensa, un pulso que si pestañeabas te lo perdías. Finalmente dijo: “Viví.” El gato cobró vida.

Guau, pensé. *A esta vieja le debe hacer falta mucha compañía si anda reviviendo gatos.* Y no me equivocaba. Pasarían años antes que viera a otra especie por esa cueva.

En fin, la bruja sostuvo un ratón muerto sobre el pequeño gato, y exigió su adoración. El gato saltó varias veces, pero viendo que le era imposible alcanzar el ratón juró lealtad a regañadientes y la bruja dejó caer el cuerpo. *Qué bruja*, pensé.

Terminé por comerme mi cena mientras la vieja trabajaba incesantemente, uno por uno. Como se come uno un ratón de su tamaño lo dejo a la imaginación, pero basta decir que siempre supe que yo era dos cuerpos. No me pregunten cómo, la vieja lo había hecho y yo silenciosamente lo aceptaba. En esa noche de primavera las montañas habían visto una nueva especie nacer.

Un gato cojo se me empezó a acercar. Era de pelaje gris como ceniza. Recé porque pasara de largo, pero el imbécil se detuvo a hablarme.

—¿Cómo te llamas? —dijo—. Yo soy Carinus.

Bien por vos, amigo, pensé, y me enrollé para ignorarlo. ¿Quién se creía que era? Asumí que ese salió defectuoso. El idiota trató de hablar con otros gatos, pero como todos lo ignoraron se fue a descansar al lado de la bruja y se quedó dormido. La bruja siguió reviviendo muertos, hasta que la llama se apagó, y disfruté de mi primer sueño en ese mundo.

La vida con la bruja era sencilla. Había que proteger sus secretos, claro, pero vivía sola así que no había ningún peligro. Así que podía salir cuanto quisiera y al volver la bruja me esperaba con comida y caricias. Estas últimas eran agradables, supongo, aunque a veces te abrazaba fuerte y no te dejaba ir, y a nadie le gustaba eso. Excepto a Carinus. Ese idiota siempre andaba pegado a los pies de la bruja, pero era la excepción. Nuestra especie no requería realmente de compañía.

Ni siquiera nos buscábamos entre nosotros; era muy difícil captar nuestra atención. Si alguno cazaba un ave, yo solo juzgaba su desempeño para mis adentros. Solo Carinus se maravillaba por el espectáculo. A veces parecía humano; la única otra persona que hablaba tanto era la bruja. Y cielos, cómo hablaba.

Para ser alguien con secretos, la vieja no tenía problema en caminar de un lado a otro contándolos y repitiéndolos incesantemente. La vieja loca hablaba sola. “Tengo que preparar el estofado de primavera, necesito otro año más.” “Nitrato, carbón, y azufre. Nitrato, carbón, y azufre. Esta vez sí me voy a quitar las arrugas.” “Debo juntar canela mañana para hacer el mejor té del mundo. Esta vez va a ser el mejor.” Y ni hablar de cuando se ponía paranoica.

—Debo juntar comida. Necesito comida antes que lleguen los humanos. Los humanos van a matar a Dios. Lo van a matar, sí.

Cuando lograba perfeccionar algo, escribía sus métodos en un pergamino que luego tiraba al fondo de la caverna. Luego dejaba de hablar de eso, como si nada hubiera pasado.

Así pasó un largo tiempo, porque la vieja no moría. Ni siquiera adquiriría más arrugas, aunque no sé si era porque a esas alturas no tenían donde más aparecerle. Afortunadamente para nosotros, también llegó un punto en que dejamos de envejecer.

Un gato normal con suerte vive diez años, pero pasamos ese tiempo diez veces en la cueva. Así que teníamos que ocupar nuestro abundante tiempo. Carinus se dedicaba a ver cuántas caricias podía recibir en un mismo día, pero yo me dedicaba a cazar aves. Muchos cazaban aves para comer algo que no fueran ratones, pero yo lo hacía por deporte, y no exagero ni presumo al decir que fui el mejor que haya habido.

A los pájaros les gustaba buscar gusanos por el suelo. Yo me acercaba con cuidado, pero el ave huía demasiado pronto. Así fue como aprendí a transformarme. Si me volvía perro y corría hasta el ave podía alcanzarla; ese cuerpo era más rápido y más fuerte. Carinus, por supuesto, siempre quería que le enseñara a cazar. Era desesperante; para empezar, era cojo.

No pudimos permanecer aislados para siempre. Un día aparecieron tres personas; dos cuervos y un lagarto que estaban cruzando las montañas tirando una carreta. Era la primera vez que veía gente así. Tuve una sensación extraña al verlos, como si me estuviera olvidando de algo. *Tenía que hacer algo con la gente que se acercaba, ¿no?* pensé en lo alto de un árbol. No tuve mucho tiempo para meditarlo, porque la bruja los vio y pegó un grito. Tiró un hechizo... y los pulverizó a los tres. Los transformó en un fino polvo que se fue con la brisa. Por primera vez sentí miedo; más me valía aprenderme mis órdenes al pie de la letra.

Luego de aquella cálida bienvenida al mundo exterior empecé a notar viajeros que pasaban seguido, aunque estos mantenían su distancia. Debían querer evitar el destino de sus predecesores. La vieja empezó a hablar aún más; empezó a hablar sobre los humanos.

—Los humanos se están reuniendo —decía—. Los humanos van a arruinar mi trabajo. —Una noche despertó gritando—: ¡La forjaron! ¡Forjaron la espada!

Sus exclamaciones nos despertaron a todos. Esa fue la única vez que la vi usar uno de sus pergaminos. La bruja empezó a recitar el pergamino frenéticamente, apretando una piedra mágica; emitía un brillo azul y daba calor propio. La puso en la entrada de la cueva. A partir de entonces ninguno pudo salir afuera durante una semana. Acercarse a la piedra causaba un ardor, una sensación de que estabas muriendo.

Durante esa semana, la vieja cayó enferma. Supimos que estaba mal porque un día dejó de hablar por completo. Ni siquiera acariciaba a Carinus, que tanto amaba. La palma con la que aferró la piedra se puso roja y se le llenó de quemaduras. Tenía fiebre; escupía sangre. Deliraba, y pronto empezó a hablar más que nunca. Hablaba de humanos; repetía unos nombres que a veces variaban. Una vez pregunto por un hijo. Estuvo así cinco días en los que no comió nada. En el día final el sol simplemente no salió. *Supongo que hoy se acaba el mundo*, pensé, cerca de la entrada.

Tras unas horas tensas en que se me erizaba el pelo, la piedra se cayó sola de su lugar y fuimos libres de salir. De pronto había un bello sol afuera. Las aves cantaban alegres como en primavera, a pesar de que era invierno. Las flores brotaron de inmediato. Y la bruja se recuperó.

Nunca nos explicó que fue lo que paso, pero cuando salimos creo haber sentido algo en el aire, como cuando no notás un olor hasta que desaparece.

Tras eso volvieron los años de paz. Por más larga que fue nuestra estadía, nada dura para siempre. La enfermedad de la bruja fue dramática, pero su muerte fue todo lo contrario. Un día volví a la cueva para encontrarme con su cadáver. Los demás gatos estaban reunidos en un círculo.

—Una pareja. Una pareja la mató —dijo uno, sin despegar la vista. Habíamos necesitado un evento así para hablarnos entre nosotros.

—¡No! ¡Faustiana! —exclamo Carinus, desde atrás. Corrió corriendo entre los gatos para ver a su dueña, y empezó a moverla, intentando despertarla mientras lloraba. En ese momento vimos a tres personas saliendo de la cueva.

—Mierda, ¿para qué tenía tantos gatos esta vieja? —dijo una mujer.

—¿A quién le importa? Ni siquiera tenía monedas —dijo el hombre que la acompañaba. Vi que cargaba varios de los pergaminos—. A ver si por lo menos acá hay algo bueno.

El sujeto fue a abrir uno de los pergaminos, y nosotros retrocedimos. Apenas lo desenrolló, éste estalló en sus manos, cubriéndolo en llamas y humo.

—¿Antonio? ¡Antonio! —gritó la mujer. Empezó a sacarle las llamas de encima, de alguna forma moviéndolas sin tener que usar magia.

—Vieja puta —gimió el hombre. Sus manos sangraban; un dedo parecía colgarle.

—¡Idiota! ¡Vámonos de acá!

Se alejaron rápidamente, dejando los otros pergaminos en el suelo. El tercero los siguió con calma, jugando con un péndulo. Noté que sus pies no tocaban el suelo. La vieja había ganado al final: les había echado una Maldición.

Los pasos alejándose dieron lugar al llanto de Carinus. La bruja siempre había evitado el sol; cuando salía se cubría con mantas. Ahora que no podía cubrirse, el sol deshacía su cuerpo, volviéndola polvo poco a poco. Carinus repetía su nombre una y otra vez, llorando.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó uno de los gatos.

—Hay que proteger sus secretos —respondió otro. Sin hablarlo más, nos dividimos en dos grupos.

Lo destrozamos todo para que nadie pudiera usarlo. Hicimos caer una piedra enorme por la montaña, sellando la entrada para siempre. Aquello fue todo.

Carinus se encontraba acurrucado sobre el cuerpo de la bruja y seguía ronroneándole penosamente. Habiendo cumplido con nuestra

misión de forma definitiva, ya no había nada que nos atara a éste lugar. Nos miramos una última vez y nos fuimos cada uno por su lado.

Decidí que de algún lado debían venir todas esas criaturas que pasaban, y pensé que si había especies nuevas debía haber también aves nuevas que cazar, unas que representaran un desafío. Partí sin rumbo a un viaje que tomó años.

Como sea. Dormí por muchos lados, marqué muchos territorios, y se podría decir que era el rey de mi pedazo de montaña donde habitaba. En ocasiones me encontraba con alguno de mis hermanos, caso en el cual simplemente cambiábamos de dirección por respeto. Siguiendo caminos que seguro debieron ser rebuscados y llenos de vueltas, terminé a los pies de la montaña, en un hermoso claro para mí solo.

El lugar era bellísimo. Habían arboles por todos lados, un pequeño lago cristalino en el medio y las aves abundaban así que había comida de sobra. Empecé a marcar cada uno de los arboles rodeando el claro con el objetivo de algún día dar la vuelta al lugar. Sin embargo, un día escuché una conmoción. Levanté las orejas para oír algo familiar. Carretas. Abrí los ojos para encontrarme a una caravana de humanos deteniéndose.

Mirá qué bien, pensé. Qué suerte la mía. Los miré como se asentaban en el lugar. Los hombres construían un campamento, las mujeres cocinaban algo con buen olor y los niños jugaban cerca del río. Traían animales, entre ellos aves inútiles que no volaban y a las que les cortaban la cabeza para comer. Entonces note a los hombres trabajando cerca de un roble, y como lo hicieron caer de pronto.

¡Ey! ¡No había dormido ahí aun! Me bajé furioso de un cerezo y me acerqué al campamento para darles su merecido. Los primeros que me vieron fueron los niños.

—¡Mirá! ¡Un gatito! —dijo una nena, agarrándome desprevenido. De pronto todos esos nenes se me tiraron encima; ¿querían atacarme? Tenía ganas de pelear, así que acepté, salté sobre la nena y le arañé la cara. Todos los chicos empezaron a gritar y se alejaron.

La nena logró escaparse, y la seguí hasta donde los humanos construían su hogar a base de mis árboles. Desgraciados. Entendí por qué la bruja los odiaba. Las mujeres me vieron atacando a sus niños y agarraron palos para espantarme. Me transformé en perro y me lancé contra ellas.

Los hombres llegaron cuando recién comenzaba. Llevaba apenas dos mujeres cuando saltaron sobre mí con sus hachas. Evitarlos era muy fácil, hasta que una flecha paso a centímetros de mi cabeza. Un arquero. Lo encontré mientras buscaba otra flecha y lo maté antes que diera problemas. Al fin y al cabo, los humanos eran igual que los demás animales: un corte en el cuello y estaban listos.

La gente corría y gritaba. Entre la multitud se hizo un espacio, y un anciano con un anillo resplandeciente se paró frente a mí. Se me erizó el pelo. Corrí hacia él, y éste convocó todo su poder y su magia y lanzó un hechizo contra mí.

Hubieran visto su mirada; se le pusieron los ojos como plato cuando le alcance el cuello. Su gran hechizo apenas me había movido el pelo. Ahí descubrí que mi especie era inmune a la magia. Lo maté mientras el resto de la caravana corría de vuelta a las carretas, dejando atrás sus posesiones y sus animales. Corrí tras ellos y conseguí bajar a una docena, pero el resto escapó. De todos modos, no estuvo mal para alguien fuera de práctica, ¿eh?

Entre los escombros sentí un olor fuerte que me hizo ponerme alerta. Un olor exquisito y ardiente. Siempre me atraía lo ardiente; el fuego no me quemaba, así que era poco lo que podía provocarme ese efecto. Encontré entre las cosas tiradas una botella rota y un líquido espumoso. El olor me golpeó de inmediato, y fue como estar en el cielo. Bebí aquella novedosa delicia humana, y era como encenderse por dentro. Siendo tan pequeño el efecto me duró días.

Un par de días después volví a escuchar una carreta. Seguí el sonido hasta el borde de mi bosque. Habían entendido el mensaje: ahora los humanos temían pasar adentro. La gente de la carreta me miraba con temor y me señalaban, gritando un nombre nuevo: Quitnar. Me impresioné. Sin saberlo había asegurado mi legado y el de mis hermanos. Me pregunté si ellos estarían haciendo lo mismo en otros lados.

Me dediqué a no dejar que nadie pase por mi bosque, además de marcar cada uno de los árboles. Los humanos mantenían su distancia; sus pueblitos estaban lejos. Irónicamente, de vez en cuando bajaba a uno de ellos a conocer a alguna gata. Descubrí que los quitnar no se reproducen; quién lo hubiera pensado. Como siempre, la bruja había sido sabia: una especie tan longeva hubiera sido un problema si podía multiplicarse. Por mí estaba bien; me hacía sentir especial que nunca fuera a haber nadie como yo.

A veces me preguntaba qué sería de la cueva donde nacimos. Ya habían pasado cuanto, ¿cien, doscientos años? Me preguntaba qué fue de nosotros antes de que la bruja nos encontrara. ¿Quién habrá sido mi madre? Me preguntaba si ella murió conmigo, o si habrá llevado una buena vida. Si hubiera estado orgullosa de las aves que cacé y del territorio que marqué. Una vez incluso me pregunté qué habrá sido del idiota de Carinus.

En fin; los gatos no nos quedamos mucho en el pasado. Nuestra vida siempre cambia, y la mía iba a volver a cambiar. Durante un otoño me encontré a un humano.

¿Y esto? pensé. *¿Tan pronto olvidaron nuestras advertencias?* Quizá ese humano era tonto. Parecía un hombre flacucho; más bien un chico, apenas con una marañita de pelos por barba. Eso no iba a tomar mucho. Maullé al aire, buscando llamar su atención.

—¿Eh? —dijo, girándose, y sonrió—. Hola, gatito. ¿Qué decís?

—Corré —respondí, y la sonrisa se le borró de la cara. Salté a por su cuello, pero el chico logró interponer su brazo.

—Carajo.

Empezó a moverse. Salté sobre su espalda, pero me sacó de encima y encontró una rama de roble en el suelo. Se dio vuelta con la rama en alto y me enfurecí. Salté y me pegó en el estómago con la rama. Intenté de nuevo y me golpeó en la cara. Caí a dos metros, rodando por el suelo.

—¿Querés morir, humano tonto? —dije, sacudiéndome el polvo.

—¿Y que si quiero? —respondió, desafiante. Eso no me lo esperaba.

—¿Podés entenderme?

—Claro, gato, ¿creés que soy idiota?

—¡Soy un quitnar, idiota!

Me transformé en perro y su cara de confianza se desvaneció. Me tiró su palo y empezó a correr. Lo alcancé en segundos, y salté buscando su cuello.

—¡Estás acabado! —alcancé a decir. Pero desapareció frente a mí.

Miré confundido a todos lados, y vi que iba en otra dirección. ¡Se había agarrado de un árbol para girar!

Se movía animado, casi invitándome a continuar el juego. Bien; quizá en los arboles me costara, pero existían lugares abiertos. Empecé a guiarlo hacia donde brillaba el sol y pronto salimos a una pendiente. El humano aumentó la velocidad y empezó a correr al borde de la bajada; pero el muy idiota miró atrás y tropezó con una roca. Se golpeó de hocico en el suelo y cayó. Rodó cuesta abajo, exclamando de dolor. Me detuve a observar. Empecé a reír cuando vi que no paraba. ¡Seguía ocurriendo! Rodó hasta llegar al suelo, estrellándose contra un árbol. Entonces cayó una fruta que lo golpeó en la cabeza. Bajé con cuidado mientras se recuperaba. De alguna forma pudo ponerse de pie; estaba impresionado.

—Tiempo fuera, gatito. Tengo que descansar —dijo, jadeante, acariciándose la mandíbula.

—¿Sabés? De todos los humanos, sos el que más problemas me dio —dije.

—No hay forma de pararte, ¿no? —dijo, resignado. Se sentó en el suelo y corrí hacia el—. Otra bala más que pierdo.

Reveló un artefacto de metal de su bolsillo, y ocurrió una explosión que me ensordeció. Algo me golpeó de frente y caí al suelo, incapaz de moverme. Un pitido en las orejas me impedía oír. Cuando abrí los ojos vi sangre debajo de mí.

Intenté levantarme y un terrible dolor me estremeció el cuerpo. Mi pecho me estaba matando, me ardía como nunca. Me sentí tonto por desear cosas que me hicieran sentir en llamas todos estos años.

Atiné a volverme gato antes de perder la consciencia. Ese cuerpo estaba bien, pero aún no recuperaba los sentidos. Apenas pude girarme.

El chico se levantó para limpiarse el polvo y empezó a alejarse con paso agotado. Mi audición volvía de poco.

—Vení acá, todavía no... —pude decir.

—No, olvidate —dijo—. Ya perdí una bala, y me van a hacer falta si hay más como vos en estas montañas. Nos vemos, gato malo.

El humano empezó a irse. Logré ponerme de pie, y alcancé a dar dos pasos antes de que el humano se detuviera. ¿Me había sentido? Empezó a mirar a todos lados, y pensé que quizás había oído algo. Pude captar un olor; aquella característica pestilencia. Parecía un oso, y me pareció estúpido no haberme percatado del olor apenas llegué a ese lugar. Ya veía cómo iba a terminar eso en mi estado. Traté de alejarme mientras podía, pero el dolor me hizo caer. Sentí desde el suelo los pasos de la bestia; el humano se alejaba mirando hacia atrás. Levanté la cabeza y ahí pude ver a aquella montaña de pelos. Parecía venir por mí.

En todos esos años creo que nunca había tomado en serio el poder morir. La idea parecía demasiado lejana para que la tomara en serio. Pero había sido un tonto. Éramos lo único que quedo de la bruja en esa tierra; no podíamos ir por ahí muriendo.

Esperé a que el oso se acercara, cauteloso, mientras el humano le cedía territorio. El oso finalmente se puso a mi lado y acercó la nariz para olerme. Lo maldecí a él y a su madre y lo arañé.

Mejores ideas he tenido.

No sé cuándo recuperé la consciencia. Parecía que había descansado por un largo tiempo. Me retorcí del dolor. Apenas logré acomodarme un poco las patas cuando escuche un clic. Abrí bien los ojos y vi al humano apuntándome con su artefacto, sentado a unos metros de un fuego. Estaba anocheciendo.

—Ah, me asustaste —dijo—.

Noté que estaba con los pies dentro de un río. Podía oír el agua claramente. Sentí un olor extraño, delicioso. Vi que tenía algo junto al fuego.

—¿Qué... es eso? —pregunté.

—Después de tu gran idea de atacar al oso, tuve que...

—¿Qué es eso? ¿Comida? —pregunte de nuevo.

—Oh. Pescado asado. Recién sacado.

El humano fue a agarrar un palo con pescado atravesado y me lo trajo. Aquel era el olor. Me estiré un poco y me quemé la lengua. Diablos. Por instinto intenté transformarme, pero desistí a medio camino apenas sentí el dolor.

—Ah... ¿Qué me hiciste, humano?

—Te salvé la vida —dijo, dejando el pescado en el suelo.

—No, quiero decir con tu arma... Dejá.

El humano volvió a poner los pies dentro del agua.

—¿Por qué me trajiste? —dije.

—¿Eh?

—¿S-Sos sordo o qué?

—¿Pensás que entiendo tus balbuceos? Pareciera que estás delirante —dijo. Delirante. Pensé en la bruja. Como deseaba estar de vuelta en la cueva—. ¿Por qué te traje? Me dio pena verte tirado mientras un oso venía a comerte.

Ah, claro. Qué patético.

—Aparte, matar un animal si no es por comida o protección trae mal karma —agregó, dándole una mordida al pescado—. Mejor no arriesgarse.

¿Karma? No entendía.

—¿No me vas a matar?

—¿Qué, estas sordo? Como sea, ya tuve suficiente con pelear con un oso, así que hasta acá llega mi solidaridad. Me voy mañana, antes de que seas capaz de volver a darme problemas. Si es que no intentás nada gracioso esta noche —dijo. Y salió del río—. Aunque viendo tu estado, dudo que puedas cruzar éste riachuelo.

Desgraciado, pensé, mientras el humano se iba a secar los pies. Esa situación era un chiste; los roles debían ser los opuestos. ¿Y lo peor? Mi parte canina consideraba que le debía un favor. Que le debía la vida. Qué espanto. Entendí que la bruja probablemente nos había hecho así a propósito, para ser leales a ella.

Me empujé con mis patas traseras hasta alcanzar el pescado que había dejado frente a mí, y probando que ya estaba frío, empecé a comer.

—Eh... para allá está el sur —dijo el humano, mirando al cielo—. Hacia allá voy mañana.

—Decime, ¿por qué cruzabas mis montañas? —pregunté.

—¿Tus montañas? Mierda. Buen camino el que elegí. “Andá por las montañas”, me dijeron. “¡Es el camino más corto!” Zorro estúpido.

—Estúpido es el que le pide direcciones a un zorro. ¿No conocías a los quitnar? ¿Es que no habías oído de nuestras hazañas?

—Eh, no, vengo de bien lejos, así que nunca oí hablar de ningún gatito.

—Esto es increíble —bufé—. Tus compañeros están muy lejos. —Saqué otra mordida de mi pescado, mientras el chico empezaba a separar las brasas para apagar el fuego—. Ya que te debo la vida, dejame llevarte hasta fuera del bosque.

—¿Qué?

—Escuchá humano, soy un gato odioso, pero también soy un can de principios. Ya que me salvaste tenés que dejar que te devuelva el favor —El chico no se convenció.

—Sí, claro. Y una vez haya “salido” del bosque vas a saltarme encima. Me conozco todas las fabulas, gato malo, no vas a engañarme.

—¿Engañarte? ¿Qué te creés que soy?

—Ya que te transformaste en perro, no me sorprendería que tuvieras algo de comadreja.

El humano terminó de deshacer su fuego. Saqué otra mordida del pescado.

—Nosotros los quitnar no mentimos. Hay más hermanos míos allá adentro, y no tienes buenos pronósticos si insistís en ir solo.

—Bueno, si pude con vos, voy a poder con tus hermanos.

—No entendés —dije. El simplemente rió y cruzo el riachuelo de un salto.

—Entiendo perfectamente. Necesitas hacer tiempo, es así de simple —dijo, y se fue a poner cómodo bajo un árbol.

Infeliz. Los quitnar no éramos como los osos.

—Mirá, gato malo, no tengo ganas de cargar a nadie —dijo, de pronto, mientras se cubría con su abrigo—. El invierno se acerca y no

pretendo pasarlo a la intemperie. Si podes ponerte de pie en la mañana podes seguirme, si tanto insistís.

—Bien —respondí sin titubear—. Así será.

El humano cerró los ojos y se quedó dormido casi de inmediato, y reinó el silencio de la noche.

No solo por deber, si no por orgullo, y quizás un poco por obra del destino, fui capaz de ponerme de pie al despertar. El humano en ese momento ni se inmuto, pero ya le demostraría hasta donde sería capaz de seguirlo. Y ya vería yo hasta donde me iba a arrastrar ese chiquillo.

III — VERINGRAD

De Havenstad a Craster en no más que un parpadeo.

El calor del verano y el sol de mediodía caían directamente sobre Aldara e Ítalo. Un vendaval tibio los despeinaba. Fragmentos de memorias los asaltaban. Un intento de sosiego, que se rompió en un instante con un gruñido y unas garras arrastrándose en la tierra.

En las afueras de la ciudad se les presentó una araña. Al inicio del viaje habían visto una adulta; esta era incluso más grande. Su rostro de humano mostraba un anciano. Ítalo trastabilló; había perdido su arco. No tenían las balas de Li como la última vez. Aldara abrió una de sus cantimploras, incluso con un solo brazo sano. Lanzó una estaca de hielo, pero la araña la quebró en el aire con una de sus enormes patas. Entonces la dirigió hacia ellos, y tuvieron que saltar a un lado para quitarse del camino. La araña no esperó y pisoteó de nuevo contra Ítalo, haciendo que éste tuviera que girar en el suelo para evitarla. Aldara usó el momento para lanzar otra estaca; esta dio en el blanco, pero simplemente se quebró contra la piel de la araña.

Ítalo no conseguía calmarse y pensar; su mente estaba ocupada por el Deus y el hecho de que una araña estuviese tan lejos de la capital. Aldara tuvo que ser la que actuase, corriendo hasta Ítalo y sacándole el anillo.

Aldara hizo magia por primera vez, y aparecieron en el otro extremo de Craster. Los dos recuperaron el aliento.

—¿Qué hacía una araña tan lejos? —preguntó Ítalo.

—El Deus volvió locos a todos los bichos —dijo Aldara. Entonces se llevó la mano a la boca—. Cregh...

Ítalo tuvo que sacudir la cabeza para unir los puntos. El hermano de Cregh era un bicho... Cresso. Miró la sangre que había en el camino de polvo que transitaban.

—No hay mucho que podamos hacer por él.

—Quiero caminar —dijo Aldara, mirando el anillo. Ítalo abrió la boca para nombrar el posible peligro. También entendió que la mujer que tenía enfrente se había llevado puesto medio continente ella sola.

—Bien —dijo Ítalo, con una sonrisa a medias—. Tenía ganas de caminar un poco más. No sé si quiero llegar a Veringrad todavía.

Caminaron en silencio por un cuarto de hora. El viento les invitaba a respirar libertad, pero en sus cabezas —sobre todo en la de Ítalo— los pensamientos empezaban a echar raíces negras. Cada vez que miraban el horizonte se volvía una escena más y más intranquila e incómoda.

—¿Sabés? Nunca pensé que esto iba a llegar —dijo Ítalo.

—¿Qué cosa?

—Esto. Hoy, ahora. No imaginaba que éste día iba a existir.

—¿Pensabas que íbamos a morir? —preguntó Aldara.

—No, no es eso. Jamás pensé que el volver a casa se sentiría así.

—¿Cómo así?

—Cómo... cualquier otro día.

Se hizo un silencio. Aldara agachó la cabeza.

—Esperaba que después de entregarnos en cuerpo y alma por la misión, todo estaría resuelto —dijo Ítalo, enojado—. No esperaba ninguna recibida espectacular, ni siquiera sé si espero encontrar los ocatos que prometió Wendagon. Pero parece que volvemos con más preguntas que respuestas.

—Ítalo...

—No solo eso. Los bichos parecen haberse vuelto dementes —Ítalo señaló atrás—. Esa araña no es casualidad.

—Ítalo...

—¡Maté a mi hermano! ¿Y qué ganamos? ¿Un hogar revuelto?

Ítalo contaba verdades a medias. El problema no era Alles, ni las arañas, ni el hermano de Cregh. Una vez que se bajó del barco y pisó el continente, no se sintió tranquilo. No encontraba calma. Le había confesado a su hermano que no quería sufrir más. Nada parecía ir en la dirección correcta. ¿Los dioses los habían abandonado? ¿No eran más que títeres, un entretenimiento para fuerzas que estaban sobre sus cabezas? No se sentía realizado de haber realizado la misma

proeza que alguna vez Ansala del Valle y su grupo habían llevado a cabo.

—La vida sigue —dijo Aldara, apacible. Pero sus ojos eran severos, diciéndole a Ítalo que ella no entendía.

El Cazador corrió los ojos y miró a un lado del camino. Aldara se irritó.

—¿No te acordás de la oscuridad de Verin? Todo el continente podría ser así si no fuera por nosotros. No ganamos gloria ni fama. Ganamos una chance para nuestro pueblo.

Quizás Ítalo fue demasiado cómodo en pensar que las cosas funcionaban como en las leyendas. Redimirse no era tan sencillo. Después de la hazaña había un día tan corriente como cualquier otro. Ítalo se mordía la lengua, rezando no volver a sentir el metal que raspó tanto tiempo su garganta. Le dio la espalda a la Nereida y cerró los ojos.

Abstrayéndose de sus propios problemas, entendió qué decía Aldara. Ella no tenía patria, familia o riqueza a la cual volver. No tenía siquiera una cama donde apoyar la cabeza. Había matado a su prometido, abandonado a su familia. Era una prófuga de la ley. Él no podía quejarse demasiado. Sin embargo, no entendía cómo la nereida había encontrado esa fortaleza para tomarse las cosas así.

Quizá porque la única dirección que Aldara conocía era adelante.

El cazador se alejó un par de pasos del camino y se apretó el entrecejo con los dedos. La presión no era suficiente para contener las lágrimas, por lo que directamente empezó a meterse los dedos en los ojos.

—Tengo que mear —dijo, con un nudo en la garganta.

Aceleró el paso hasta unos árboles alejados del camino. Se sacó el cinturón y suspiró. Las manos le temblaban. El Cazador tenía dos ideas en la cabeza para la vuelta a casa: encontrar certezas y nunca más ser lastimado por nada. Las posibilidades, que habían parecido tan controlables y acotadas, ahora se abrían, fluían y se desparramaban por cada pensamiento que su mente imaginaba.

Ahora parecía que el camino que había elegido era mucho más difuso y empinado de lo que había pensado en primer lugar. Deseaba un sendero recto y sin obstáculos, porque consideraba que ya había

sorteado demasiados. Deseaba subir a una carreta y que el resto del viaje fuera un paseo ameno y manso. Se dio cuenta en ese momento que todavía le quedaban muchas madrugadas de insomnio galopante. Ítalo, que fue el Cazador, había cumplido con la misión que se le había encargado; un evento previsto por los oráculos a lo largo y ancho del mundo desde hacía doscientos años. Y ni siquiera para él había garantías del mañana.

Se subió el pantalón y respiró profundo. Le dolía empezar aceptar que así eran las cosas. Había perdido cualquier rastro de inocencia que quedara dando vueltas en su pecho.

Cuando volvió, la mirada de Aldara había perdido intensidad. Ahora sus ojos se desviaban. Ítalo pensó por un segundo en volver a Craster, comer algo y saludar a su primo. Pero de su boca salieron otras palabras.

—Vamos a casa.

Aldara, que todavía tenía el anillo, no dijo nada. Se tocaron y estuvieron en la entrada de Veringrad.

No tuvieron que adentrarse en la muralla para ver la ciudad. Las casas, las construcciones; todo parecía reducido a escombros. Columnas de humo se erguían en incendios incontrolables alrededor de la muralla. El olor a sangre mezclado con la ceniza los invadía. El suelo estaba repleto de extremidades cercenadas y desparramadas en una laguna roja que no discriminaba entre humano, bicho y araña. El panorama era la expresión del horror. Ítalo se llevó las manos a la cabeza y se quedó helado. Aldara trastabilló y cayó al suelo.

La capital había sido tomada.

—Dioses —susurró Ítalo.

De entre los pedazos de piedra, la madera quemada y el humo, empezaron a haber movimientos. La nereida los notó y se paró tan rápido como pudo. Empezó a sacudir a Ítalo, que todavía estaba aturdido.

—¡Ítalo, vamos!

Lo zamarreaba sin ninguna respuesta. Aparecieron varias arañas en la escena, con rostros de bebé humano coronando sus cuerpos repulsivos. Sus intenciones violentas eran claras. Aldara volvió a gritarle en el oído a su compañero. Pero Ítalo no reaccionaba, así que tocó el

anillo y cerró los ojos. Deseó estar en otro lugar con toda su alma. El primer recuerdo concreto que le llegó fue el comedor de la casa de Wendagon.

El aterrizaje fue especialmente duro. Aldara cayó sobre una mesa e Ítalo cayó de cabeza contra las piedras del piso. Todo era oscuro. Las persianas y ventanas estaban selladas.

—¿Ítalo? ¿Estás bien? —preguntó Aldara, mientras se intentaba levantar. Él no respondió.

Mientras se incorporaba, aparecieron un par de pasos tímidos. Aldara llevó su mano a su alforja.

—¡Quieto! —gritó.

—¿Son humanos? —preguntó la voz—. ¿Cómo entraron?

La voz parecía alegre de encontrar personas. Aldara no sabía usar el anillo, pero debían seguir en Veringrad.

Una luz iluminó el lugar. Un joven apareció llevando un farol. Aldara relajó las manos, y el joven la ayudó a bajar de la mesa. Con la luz pudo reconocer el lugar; era la casa de Wendagon.

—Ítalo.

Rodeó la mesa corriendo y trató de sentar al Cazador. Tenía un corte enorme en la ceja, sangrante. El joven se acercó y alumbró, y la luz pareció despertar a Ítalo. Quitó las manos de Aldara y se tomó la cabeza; la sangre se le metía en el ojo.

—Son ustedes —dijo el joven, esbozando una sonrisa y haciendo una reverencia—. Volvieron.

—¿Nosotros? —preguntó Aldara.

—Los de la profecía; los elegidos.

Aldara lo miró extrañada.

—Vos... ¿cómo sabés eso?

—Él es el que nos alcanzó los caballos —dijo Ítalo, con una voz neutra. No se podía saber qué sentía.

—¿Está bien, señor? —dijo el siervo, acercándose para ver la herida—. Soy Evelio, el ayudante de Wendagon. Los estaba esperando... aunque no hayan triunfado.

Eso creó un silencio punzante. Aldara no podía abrir la boca; sentía la garganta seca. Ítalo se tomaba la cara, lamentándose. Evelio no

entendió lo que les había causado. Se fue del cuarto, dejándolos a oscuras. Ninguno de los dos hizo sonido alguno. El siervo volvió diez minutos después, con dos pequeños cofres bajo el brazo y una toalla que extendió a Ítalo. Puso los cofres en el piso y se arrodilló. Con mucho cuidado, quitó sus candados y los volteó en dirección a los elegidos. El brillo de las monedas entró de lleno en los ojos de Aldara. El oro negro de los ocatos tocó su alma. Era incalculable. Era real, y era suyo.

Ítalo se asombró y se sintió un poco menos solo. El metal negro le daba lo mismo, pero representaba una caricia de Wendagon desde el más allá. El cazador posó el trapo en su cabeza y miró como la sangre lo empapaba.

—¿Hay tres cofres más? —preguntó.

—Sí —dijo el siervo, titubeando.

Aldara se acercó, incrédula, y tomó un puñado de ocatos, escuchando el tintineo.

—Nunca... vi tantas monedas juntas —dijo Aldara, con una risa fría. La realidad de que estaban rodeados de ruinas empañaba el momento.

Mientras Aldara apegaba a su cuerpo el cofre, Ítalo miraba el candel que daba luz. Su toalla se teñía de rojo y el sangrado empezaba a menguar. Su párpado se había inflado hasta tapar su visión. Deseaba tener la energía de la piedra para poner su cuerpo en orden. Una vez juntó fuerzas, pudo hablar.

—¿Qué pasó? ¿Qué es todo éste desastre?

Evelio corrió la mirada y buscó ayuda en la oscuridad del cuarto. Jugó con sus manos y suspiró.

—¿Ustedes no saben...? No... No sé qué pasó exactamente.

—¿Cuándo paso? —preguntó Ítalo.

—Hace casi dos semanas. No vi lo que pasaba en la ciudad; me quedé en el altillo hasta que me quedé sin comida. Parecería que la situación se tranquilizó por acá.

—¿Acá? ¿Qué es acá? ¿No ves todo en ruinas?

—En el barrio privado... —aclaró Evelio, tímido—. Hay magos y soldados combatiendo y patrullando. Es el sitio mejor ubicado y con

las mejores construcciones. Pero no me animé a salir. Y... tenía la misión de quedarme acá, esperándolos.

Ítalo se preguntó si ese hombre fue un cobarde, pero pronto ignoró la idea. Evelio se había atendido a sus propias convicciones. Quizá eso es lo que todos habían hecho durante esa crisis.

Evelio los guio hasta la cocina para ofrecerles agua y humildes pedazos de pan duro. Comieron sin decir más. Evelio apareció con medicina casera para la herida de Ítalo. Con la misma delicadeza con la que manejaba todo, vendó la cabeza de Ítalo.

—¿No vas a venir, no? —preguntó Ítalo.

—¿A dónde? —preguntó Evelio, inocente.

—Con nosotros, a un lugar seguro.

—No, señor. Tengo una misión. Y voy a esperar acá el tiempo que sea necesario.

—Veo que Wendagon no dejó muchas cosas al azar —rió Ítalo.

—Vamos a venir a visitarte y dejarte comida —dijo Aldara, apoyando su mano en el hombro del siervo.

—¿Ya se van?—preguntó Evelio, con tristeza.

—Tengo que volver a casa de una vez de por todas —dijo Ítalo, extendiendo la mano para saludar a Evelio—. Esperemos que los próximos días sean más brillantes.

Aldara besó en la mejilla al joven y se acercó a Ítalo. Desaparecieron de la cocina de Wendagon sin decir más. Evelio sonrió amargamente mientras miraba la toalla llena de sangre.



Las calles del barrio alto estaban irreconocibles. Parecían Laertes. Sin embargo, Evelio no mentía; era la zona que había tenido más suerte. El viento traía el humo y el olor a descomposición del resto de la capital. Aunque no traía nada más: no había señales de peligro.

Ítalo podía usar en anillo para entrar a la casa sin pedir permiso, pero prefirió tocar la puerta y esperar. Aldara se veía intranquila, abrazada a su cofre. La espera le empezó a formar un nudo en la garganta. Sus padres podían estar refugiados en cualquier parte... Ítalo

se dio vuelta y en ese momento se levantó una voz masculina del otro lado.

—¿Quién es? —Ítalo reconoció la voz al instante.

—Soy yo, papá.

Se escuchó el metal de los cerrojos corriéndose, y el gran portón del caserón del Valle se abrió. Adán los miró estupefacto. Ítalo se abalanzó sobre su padre antes de que pudiera entender. Tras un instante, los brazos de su padre lo envolvieron.

—Hijo mío —rió.

Ítalo había empezado a llorar y no podía modular las palabras.

—Ha... Han... Hanzel está...

Pero entendió que esa no era la verdad. Esa no era la noticia.

—Yo... maté a Hanzel.

Adán no dejó de abrazarlo, pero no lograba entender. Ítalo esperaba que su padre lo ahorcara, que lo matara ahí mismo. Quizá hasta lo quería. Los segundos pasaron y no se animó a abrir los ojos. Cuando pasó un minuto entendió que su padre no iba a reaccionar así. Cuando quiso darse cuenta, Adán lo había soltado y había entrado a la casa.

Su madre apareció corriendo y cubrió a Ítalo en afecto.

—¡Hijo, por fin volviste! —dijo Catarina.

El cazador secó sus lágrimas y se quitó a su madre de encima. Ya había dicho lo que quería decir. Desde adentro su padre lo miraba, e Ítalo buscó algo en su mirada que lo guiara. Quería una respuesta, pero en el rostro de Adán no encontró nada. Se volteó para buscar entre sus cosas. Tomó una caja de madera y, sin sacarle la vista a su padre, mostró la piedra del rayo. Su madre gritó de la emoción y aplaudió. Adán empalideció. La piedra lo traía a la realidad. Las palabras de Ítalo ganaban valor; eran ciertas. Su esposa saltaba y exclamaba, ignorando por un rato el desastre que era el mundo: de Verin a Veringrad, un mundo movido por la sangre derramada.

A Ítalo no le interesaba si el resto de su familia lo consideraba un traidor. Necesitaba la respuesta de su padre, el que enseñó a Hanzel a manejar los revólveres desde los trece años. El que lo instruyó en combate y lo preparó para las cruzadas de magos. El que había olvidado a su otro hijo en pos de que el primogénito fuera una leyenda.

—¿Y esta muchacha? —dijo Catarina—. ¿Está con vos?

—Sí, está con él —dijo Adán—. Todavía debe quedar algo dulce para ofrecerles, ¿no? ¿Por qué no la acompañas mientras yo le reviso las vendas a Ítalo?

El cazador entendió y se metió en el pasillo. Entró al primer cuarto que vio, seguido por su padre. Adán cerró la puerta con delicadeza. Su postura encorvada parecía decir que su enorme contextura solo era la carcasa que ocultaba un ser diminuto.

—Hanzel... ¿murió? —dijo Adán, en un hilo de voz.

—Sí, papá. Yo lo maté —Ítalo miraba el piso. Adán parecía estar concentrándose para no colapsar; su respiración se entrecortaba con un llanto prematuro. Ítalo continuó—. Servía a los bichos del otro continente. Nos dejó porque se había convertido.

—¿En qué? ¿Hanzel... estaba en el Oeste? ¿Qué...?

—Se convirtió a la iglesia del Oeste... —Ítalo señaló la túnica blanca que todavía llevaba—. Desde hace muchos años. Colaboró con todo éste desastre. Las arañas y los bichos se revelaron una razón, papá; la leyenda de nuestra familia. Hanzel buscó revivir a la misma criatura que Ansala mató hace doscientos años. Y lo hizo.

—Ítalo —susurró Adán—... Dejé de mentir.

—Papá, pasó eso.

—¡Dejá de mentir! ¡Qué derecho pensás que tenés para aparecerte y empezar a escupir una mentira detrás de la otra!

—No miento.

Ítalo sacó de su bolso el libro del Arte Alternativo y se lo extendió a su padre.

—Esto es de él. Un libro de hechizos más allá de la magia corriente.

—Ítalo, no sé cómo conseguiste la piedra... pero Hanzel no haría eso.

—Papá, al igual que Ansala, yo fui uno de los elegidos para parar a la bestia del Oeste.

—Hijo, ¿vos? ¿Por qué serías vos?

—¿Qué? ¿Mi palabra no es suficiente? ¿Ni la piedra, ni el libro? Soy el Cazador del Este. Wendagon me vio en sus visiones. Tengo un cofre con los ocatos que nos prometió.

—¿El Cazador? Te pido que no blasfemes —Adán tenía la voz ronca.

—¿Quién pensás que es la mujer de allá afuera?

—De ninguna manera. —Se dio vuelta y salió del cuarto. Temblando, Ítalo salió a la cocina, donde Catarina servía un vaso de agua de Aldara. Adán la miraba sin decir nada. Ítalo respiró profundo y se tomó el rostro.

—Aldara, ¿me harías el favor de darme hielo?

La nereida asintió con la boca llena de masas. El agua de su vaso empezó a cruzar el aire, congelándose. Ítalo lo tomó y se lo apoyó sobre la frente, para ayudar con su dolor de cabeza.

—¡Guau! ¡Una maga! —dijo Catarina. Adán los miraba con una mirada grave.

Ítalo puso una mano sobre el hombro de su padre. Aldara entendió y le pidió a Catarina si podía acompañarla fuera del cuarto. Ítalo empezó a hablar.

—Entiendo que no quieras aceptarlo. Es mejor seguir preguntándose dónde está. Yo quisiera seguir preguntándomelo... Un día una carta pone a todo el continente sobre mi espalda. Tenía que parar a la bestia, pero Hanzel quería ayudarla. Traté de entenderlo, tratamos de hablar. Deseaba qué hubiera una razón, un motivo para que quisiera lastimarnos. Pero... no pude entenderlo. Había demasiada distancia entre nosotros —Ítalo dejaba caer unas lágrimas lentas y amargas—. Ninguno podía... aceptar la visión del otro. Era como si fuera un bicho... Y los bichos y las personas solo sabemos hacernos entender con sangre.

Su padre estaba inmóvil, pero empezaba a mover la boca.

—La leyenda era real. El Deus despertó. Lo cazamos con la misma espada del Caballero de hace doscientos años... La sacamos de entre sus dedos.

La mirada de su padre no parecía ser la misma. Abrió la boca, y la respuesta que dio no era la que esperaba Ítalo.

—Destino obra de maneras misteriosas —dijo, con la voz recuperada—. Eso fue lo que me dijo el Oráculo que estudió tu sangre. Podría no haber dicho nada. Pero se refería a esto.

Adán abrazó tímidamente a su hijo, todavía con algún recelo. Ítalo también lo abrazó y notó esa inseguridad. Entendió que eran demasiadas cosas juntas para un viejo acostumbrado al remanso de una vida solucionada.

—No es momento para que lo sepa tu madre. Ni la familia. No sé cómo se lo tomarían —dijo Adán.

Ítalo sonrió y asintió. Tomó el hielo y lo derritió en su puño. Olvidó el corte en su rostro, las arañas, y que su amiga era una fugitiva en un mundo sin ley. Sus inseguridades se disiparon cuando supo que sus pecados tenían perdón. Ahora, con los pies sobre lo que quedaba de su patria, encontraba un norte. Una razón, un nombre que sobresalía sobre el resto.

Isolda.

Ella sería la primera certeza. Salió de la casa sin siquiera cambiarse la túnica blanca.



Las luces del burdel estaban más bajas que de costumbre. Ubicado en el barrio rico, los efectos de las arañas se disimulaban. Sin embargo, esa noche no había música ni movimiento. Ítalo tocó la puerta y esperó. Alguien abrió la mirilla y abrió de inmediato. Era un rostro nuevo, no era la recepcionista de siempre.

—Señor del Valle, pase.

Ítalo se dio cuenta que todavía no se había sacado la insignia del ojo. El lugar estaba desierto, pero sintió una tranquilidad particular. El perfume le entró de lleno, sin las impurezas del tabaco de los consumidores. Un aroma fresco y frutal, que le recordaba cuanto hacía que no tomaba Crystalina.

—Buenas noches, señor —dijo—. Estaba buscando... a Isolda.

El joven asintió y pasó por detrás del escenario y las mesas vacantes. A Ítalo no se le hizo tan raro que ese sistema siguiera funcionando de alguna manera. Había algo sensual en ver a la muerte cara a cara, rompiendo con la tranquilidad de la rutina. Corriendo una cortina, salió Isolda, con pasos cortos y tímidos. Ítalo creyó que era la primera vez que la veía completamente vestida. Incluso vestida le generaba lo

mismo que entre las sábanas. Estaba seguro de que no había otra mujer.

Ella se acercó despacio, cabizbaja.

—Isolda, ¿no me vas a saludar? —dijo Ítalo. Ella lo miró extrañada. Estiró su mano hasta la capucha y la corrió. Los ojos de Isolda se expandieron, recalcando la forma de almendra que tenían.

—¿Ítalo?

—¿Quién más sino?

Isolda le tomó la cara y lo besó con pasión. Cuando se despegaron, ella suspiró.

—¿Qué pasa? —preguntó Ítalo—¿No te dijeron que era yo?

—Es que... Pensé que eras otro. Te dejaste crecer la barba, tus vendas y el... Pensé que no ibas a volver —soltó una risa triste.

—Pensaste mal, querida —dijo Ítalo—. Tenía que decirte algo, ¿te acordás lo que te prometí?

—Sí.

—¿Entonces qué estás esperando para agarrar tus cosas? —Ítalo mostraba una sonrisa pícaro.

—¿En serio? —Isolda se apretaba las manos.

El Cazador asintió y ella lo abrazó. Se pegó a su pecho por un rato largo. Ítalo sintió como las pulsaciones de Isolda latían muy rápido. El abrazo duró hasta que los latidos bajaron y se estabilizaron. Conocía muy bien como latía el corazón de Isolda. Estaba actuando extraño.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No, no —se apresuró a negar ella—. Es que... pensé que habías muerto.

Ella sonrió sin mover los ojos. Él le indico con la cabeza e Isolda fue de inmediato a buscar sus cosas. Ítalo se acercó hasta el recepcionista, que estaba revisando un cuaderno de contabilidad.

—¿Cómo va el negocio?

—Bien —dijo el joven, confundido, mientras cerraba el cuaderno—. ¿Hay algún problema?

—No, para nada. No tengo ningún problema. Solo quería avisar algo. Isolda jamás va a volver a pisar éste lugar —y le deslizó dos oca-

—Señor, no puede comprarlas. No están a la venta.

—No, no —rio Ítalo—. No la estoy comprando. Ella está viniendo por voluntad propia. Estoy pagando por tu discreción.

—Las cosas no funcionan así, señor.

—Rige la ley de la jungla desde hace unos cuántos días. Creo que estás subestimando mi buena voluntad.

—Señor, tenemos un negocio y tanto Isolda como el resto de las chicas son indispensables.

—Me parece que no estás entendiendo que ella va a salir por esa puerta. Solamente estás decidiendo si hoy volvéis a casa con dos ocatos o con un tajo en la garganta.

Isolda corrió la cortina y apareció con una valija grande y pesada, y el recepcionista suspiró. Estiró su mano hasta los ocatos y los sacó de la mesa. Isolda miró a Ítalo con una sonrisa que no había visto nunca en ella. Se acomodó el pelo y abrió la puerta, sin esperarlo. Ítalo le dedicó una última vista a aquél lugar. Nunca lo había visto así, sin el calor humano, el ruido y el alcohol. Se le hizo mundano y mediocre. Pensó que era un fiel reflejo de lo que él había sido. No se le hizo extraño haber frecuentado esos antros. Cerró una puerta que no iba a volver a abrir.

Ella insistió en llevar su maleta.

—¿Hay que buscar algo más a tu casa? —preguntó Ítalo.

—Dudo que quede algo intacto —dijo Isolda. Ítalo se dio cuenta que ella no vivía en el barrio alto. Nunca había pensado en eso.

—¿Tenías toda esta valija en el burdel?

—Sí, agarré todo lo que pude y volví para acá. El área del burdel era muchísimo mejor que mi vecindario. La mayoría de las chicas estábamos en la misma situación. Pero llegaste vos —Isolda se apegó a su brazo.

—No vas a tener que preocuparte más. De ahora en adelante vas a ser mi concubina.

—Esperá, ¿cómo pasé de reina a concubina?

—Cambiaron el libreto; hay un par de líneas distintas a como estaban antes.

—Qué mal.

—Pero vamos a hacer que las cosas funcionen —dijo Ítalo, y la besó. Ella aceptó sin quitar la sonrisa de su rostro.

Ítalo sacó el anillo de entre sus prendas y se lo puso.

—Voy a mostrarte algo que aprendí durante el viaje —le dijo Ítalo.

—¿Dónde estuviste todo éste tiempo? —inquirió Isolda.

—Uf, dónde no estuve, querida.

—Contame, quiero saber.

A pesar de la seguridad relativa que había en el sector, prefirió no correr riesgos. Ítalo le tomó la mano y le dijo que cerrara los ojos. En un parpadeo aparecieron en el cuarto del Cazador.

—¿Qué hiciste? ¿Desde cuándo sos mago? —dijo Isolda, algo molesta. Estaba demasiado acostumbrada a que la quisieran seducir usando magia.

—No soy mago. Es cosa de éste anillo que conseguí en el viaje.

—Puedo creerte cualquier cosa.

Él se rió, tomó la maleta de Isolda y la puso contra un costado de la habitación. Le ofreció que se acostara en su cama y ella se desplomó como si viviera ahí desde siempre. Ítalo se acostó a su lado y la miró. Se sostenía su cabeza con la mano.

—En serio, no me vas a creer —dijo Ítalo.

—¿Vamos a empezar con el suspenso? —preguntó Isolda.

—¿Por qué no me contás sobre estos días caóticos? No estuve por acá.

—Sí, mis días fueron lo interesante —dijo Isolda, sarcástica.

—¿Cómo qué no? La capital fue sitiada por los bichos.

—Sí, y yo lo pasé encerrada.

—¿Ningún cliente? ¿Algo?

—Pocos, casi ninguno. Entraban a buscar refugio y solo miraban.

—Qué raro.

—No es tan raro —rió Isolda—. Las tarifas subieron tanto que mataron el deseo sexual de más de uno. El dueño no quería demasiado movimiento. Aparte de eso, solo vi soldados y magos dando vueltas por las calles.

—Escuché eso, pero no vi a nadie en las calles.

—Son gente común que se puso a disposición de la ciudad. Y además llegaron unos tipos con unas capas naranjas.

—¿Capas naranjas? —preguntó Ítalo.

—Sí, creo que son todos magos. Vienen de otro lado, tienen un acento raro.

—De Havenstad. Son los Robler —dijo Ítalo, algo preocupado.

—No sé quiénes son —dijo Isolda.

La chica se quitó el abrigo y el pantalón. Miró a Ítalo y también se quitó la blusa. Él posó su mano en sus caderas y recorrió la piel tersa de la figura de Isolda. Ni los encajes blancos, que hacían juego con lo pulcro de su cuerpo, le despertaron algo al del Valle. Su cama se le tornó extremadamente cómoda; la posibilidad de dormir pegado a ella se le hizo demasiado tentadora. Se quitó la ropa, corrió las frazadas y se metieron en las sábanas. Ella no sé quejo de la falta de acción; se acopló a la humanidad de su pareja y se olvidó de que estaban en Veringrad. Ya pensaba en su próxima vida. Concubina o reina; daba lo mismo. A pesar de su vida revuelta, no había nada que la hiciera sentir más a gusto que la manera en que el celeste de los ojos de Ítalo se difuminaba en la oscuridad de las pupilas. Con los ojos bien cerrados, la invitada se durmió al instante.

Ítalo tardó un poco en encontrar una posición agradable. Había notado como el abdomen de Isolda estaba raro, como hinchado. Le restó importancia y se dirigió a su armario, donde se cambió la ropa. Al colgar la túnica blanca de los Iluminados vio la mancha de sangre con la que la había encontrado. Al parecer, siempre tenía que morir alguien. Los seres vivos no eran civilizados. Ni los bichos ni los humanos; y ninguno iba a dar el brazo a torcer. Ítalo no podía romper el círculo vicioso; necesitaba recuperar la ciudad. Defender a los suyos venía a costa de sacarle al otro.

Volvió a la cama y miró a Isolda. Se quedó pensando esa primera reacción que ella tuvo al verlo. Fue como si se hubiera confundido de persona.

Esos pensamientos no tuvieron más cabida. Cuando la vio acurrucada entre sus sábanas y tomó consciencia de lo que estaba pasando, siguió adelante. Con Isolda ya subida a bordo, su segunda preocupación se tiñó de naranja: reconstruir Veringrad. Todas las posibilidades que lo habían abrumado ahora parecían manejables. Pero eso no

era suficiente; quería controlarlas. Él había tocado a Destino; no podía dejar ningún cabo suelto. Ese era el verdadero rito de madurez: el peso de la responsabilidad. No había finales felices.

La vida sigue, le había dicho Aldara.

—Y nosotros tratamos de alcanzarla —susurró Ítalo, en medio de la noche, antes de quedar dormido.

Descansar en el barco había sido complicado, inconsistente. Ítalo dormía de corrido y sin sentirse perseguido por primera vez en muchísimo tiempo.



De la pieza de Hanzel salía una luz. Ítalo se acercó hasta la puerta para encontrarse con su padre, estático, sosteniendo un revólver enfundado. Todo el armario estaba revuelto. Adán se acercó el arma al pecho y cerró los ojos.

—¿Sos vos, Catarina? —dijo, habiendo escuchado los pasos.

—¿Pudiste conseguir lo que te pedí? —dijo Ítalo.

—Sí... aunque no estoy de acuerdo.

—Aldara lo merece, papá. Ese es el primer revólver de Hanzel, ¿no? —Tenía impresa la imagen del arma.

—Sí —le contestó.

Ítalo extendió la mano. Adán miró el revólver por unos segundos mientras se desprendía de él.

—¿Está cargado? —Ítalo nunca había tenido un arma de fuego en la mano. El metal frío y rasposo sobre el tambor le recordó a la sombra. Apuntó el arma a enemigos invisibles. La sensación de la sombra desapareció; el arma tenía un peso y maniobrabilidad que se le hicieron adecuadas. Le gustó.

—Pagamos un precio por tu hermano —dijo Adán, de pronto—. Ese precio fuiste vos, Ítalo. No dábamos abasto para entender las nuevas necesidades de tu hermano. No sabíamos nada de magia o cómo manejar una novedad como tal.

Ítalo lo miraba serio, sin decir nada. No podía evitar pensar que solo lo recibía bien porque había resultado ser parte de una leyenda.

—Nunca lo decidimos en voz alta, pero con las obligaciones y las presiones externas de Hanzel, empezamos a desplazarte. Casualmente, empezamos a dejarte ir a Craster, dónde la magia importaba poco y nada. Al principio un verano, después los fines de semana. Hasta que un día no vivías más con nosotros.

Adán irguió la cabeza para poder cruzar miradas.

—No significa nada, y es lo mejor que te puedo dar, pero... perdón, hijo.

El Cazador aún no se había perdonado por su crimen, y de pronto le pedían perdón a él. Quiso enojarse, pero de su boca no salió más que un suspiro.

—No fue tu culpa. Ni lo que me pasó a mí, ni a Hanzel.

Su padre le tomó la mano y le sonrió. Ítalo lo miró mejor y vio cuan más anciano parecía tras una noche de enterarse de la verdad. Ítalo no tenía la fuerza para sentir rencor por sus cicatrices. Su odio se había drenado, parte en el Oeste y parte en la cama con Isolda. Había hilos que Destino movía y no se podía hacer demasiado sobre eso. Ahora, con un revólver en la mano, sentía ansias de aprender a empuñarlo correctamente. Se le hacía cómodo. Quizá podía aprender a disparar con su padre... recuperar el tiempo perdido.

—La vida sigue —dijo Adán.

Ítalo vio un poncho negro sobre la cama de su hermano. Una manta para disparar. Se probó la ropa. Al verse en el espejo con la ropa y el revólver quiso saber más sobre su hermano. Quiso recorrer su camino y entender dónde se perdió. Pero había prioridades primero. Había otras urgencias.

Aldara no estaba en la casa. Salió a la calle para buscarla. Afuera, el sol quemaba la ciudad a través de un manto de cenizas que creaban niebla. El Cazador caminó por la calle y vio lo que le habían advertido: las capas naranjas. Un grupo de tres Robler patrullaban y reían por lo bajo. Se llevó la mano hacia su cara, intentando tapar la insignia. Él les había robado la piedra, después de todo. La casa de Hanzel en el Oeste también tenía su símbolo... esa dinastía de magos debía conocer el Arte Alternativo. Las posibilidades le dieron un escalofrío. Esa gente había hecho negocios con el Oeste, habían vendido a los suyos

cuando les convino. Si enviaban ayuda a Veringrad no podía ser desinteresada. Los caballeros siguieron adelante.

Encontró a Aldara, quieta y con los ojos cerrados, sentada en un banco, tomando sol.

—¿Cómo estás? —preguntó Ítalo—. ¿El cuarto de huéspedes fue de tu agrado?

—Sí, claro —rió Aldara—. Tu familia me trató muy bien.

—Me parece que quieres decir "nuestra" —dijo Ítalo, sonriendo.

—¿Qué?

Ítalo le puso una carta en las manos. El papel era fino y sedoso, una calidad que Aldara jamás había tocado. Comenzó a leer.

—No sé si sabías, pero los del Valle tenemos algunos beneficios frente a la ley. No enfrentamos la justicia popular, sino que tenemos juicios internos—dijo Ítalo.

Aldara leía con los ojos bien abiertos, sin entender. Ítalo sacó de sus prendas un pequeño pincel y un frasco.

—Cerraré tu ojo derecho.

—Ítalo, ¿qué hacés?

—Esta pintura no se borra con agua, así que quedate quieta, tiene que salir bien. Es Corona de la Gloria.

En trazos rápidos pero delicados terminó el dibujo. La pintura negra resaltaba los ojos grises de Aldara. No había más tormentas.

—No sé si vas a volver a tu pueblo o si vas a dedicarte a gastar tu nueva fortuna, pero no mereces que nadie te persiga por tu pasado. Esto te libera de cualquier problema legal, Aldara del Valle.

—Ítalo... ¿cómo hiciste esto?

—No fue complicado, tenemos escribanos.

—¿Cómo saben mi edad? ¿Y quiénes son mis padres?

—No lo saben. Todos los datos de ahí están inventados. Dejame ver qué pusieron —dijo Ítalo, pidiéndole el pedazo de papel—. Ahora sos Aldara del Valle, nacida en Veringrad hace veintitrés años. Tus padres son Abel del Valle y Elena del Valle.

—Me hicieron más vieja... —rió Aldara—. Supongo que el viaje me cambió la cara.

—Hay una copia de esto en los archivos de la familia. No los pierdas y cuida que la Corona no se borre.

Aldara se paró y rodeó a Ítalo con su brazo bueno. Empezó a reír, pero entre la risa empezaron a caer lágrimas. Ítalo se quedó junto a ella hasta que se pudo controlar.

—Hay algo que quiero pedirte —dijo el Cazador—. Esto es independiente de tu nueva identidad; es tuya y nadie puede sacártela. Aldara, quiero que te quedes en Veringrad. Quiero reconstruir la capital. Hay que eliminar a las arañas y no hay nadie que confié a mi lado más que vos.

Aldara no tuvo que responder. Solo permaneció junto a Ítalo, sin irse a ningún lado.

IV — ÍTALO

Cuando lo tuve entre mis brazos fue la primera vez que me sentí bien en mucho tiempo. No paraba de llorar y no importaba cuanto meciera, el llanto solo se hacía más fuerte. La madre lo reclamó con los brazos extendidos. Se prendió de su pecho y empezó a conocer su entorno en los primeros minutos de su vida.

Cuando abrió los ojos, Isolda habló con un tono afligido.

—Qué mal padre, ¡se quedó con los ojos azules para él solo!

Giró la cabeza y me miró. Tampoco tenía los ojos de su madre. Sabía a quién pertenecían esos ojos.

—¡Mirá esos piecitos! Son idénticos a los tuyos —dijo Isolda, haciéndome reír. El segundo dedo del pie se torcía hacia adentro, como cubriendo el resto de los dedos.

—Es toda una tradición de la familia. Está en la sangre —dije. Ella se quedó en silencio contemplando al niño.

Sentí que recibir al niño era mi primera decisión independiente. Qué había dejado de ser un simple esclavo del destino. Que por primera vez me saqué el peso del continente. Quizás ese sentimiento en la boca del estómago era lo que la mayoría de gente llamaba felicidad. Había sentido destellos de él durante la infancia y la adolescencia, pero se habían teñido del negro de una noche sin luna. Ahora era tan fuerte que amortiguaba la pena, la gloria, el desahogo, la ansiedad y el vacío de todo el viaje al Oeste. Volvió a mi memoria la cabeza de Dalia mirando en esa dirección; el cuerpo del hechicero del Oeste arrodillado en el lodo; las noticias de la muerte de mi primo. Pero en ese momento toda mi vida se redujo a mujer con una vida en su seno.

—Quizás sea el momento de no sufrir más —susurré, ignorando el sabor metálico que acababa de sentir detrás del paladar.

Febrero del 2014 a Agosto del 2018

“Gracias por simplemente ser. Y perdón por tardar tanto.”

-Bake

El desarrollo de Madera y Hueso estuvo plagado de dificultades. Partiendo del concepto inicial de “Un grupo en marcha para cazar a una bruja” la idea pasó a “cazar a un monstruo sin descripción” y de ahí lo llamamos Deus. Tomó mucho tiempo hasta que esta criatura tuvo forma en nuestras imaginaciones. Originalmente el grupo viajaba a un continente en el Este, pero fue cambiado al Oeste por el significado negativo del Oeste en la cultura popular.

Con la publicación del último capítulo de Dalia, el grupo fue un caos. Nadie sabía cómo podían continuar de algo así, de la pérdida de la brújula de la historia, del *deus ex machina* que nos permitía saber por dónde continuar. Abrumados, todos parecieron bajarse del carro, excepto Bake. Él se tomó el trabajo de continuar la historia por sí solo, poco a poco, por lento que pudiera ir. En 2014, el primer año de escritura, se escribió la mitad de la obra final. En marzo de 2015 sucedió el capítulo final de Dalia, y ahí la historia se ralentizó; ese año solo se escribió un 21% del total. Sin embargo, Bake continuaba a su ritmo. En 2016 se escribió un 10%, y en 2017 solo un 7%. Y en 2018 el 12% faltante. Pero no importaba. A medida que se subían los capítulos de Hanzel e Ítalo, los otros miembros del foro, en su nuevo papel de lector, podían darse cuenta que eran de lo mejor que había producido el foro. Madera & Hueso era una historia que merecía terminarse. Y tras mucha sangre y sudor así fue.

SOBRE LOS AUTORES

Croft (Miguel, 1995) vive en Venezuela, donde estudia Ingeniería en informática y sueña con algún día crear un videojuego.

Fabián (1996) vive en Chile, donde ayuda a su padre en el trabajo tras descubrir que la facultad no era para él. En su tiempo libre toca el piano y compone música.

Bake (Agustín, 1997) vive en Argentina, donde estudia Economía. En su tiempo libre se dedica a escribir.

Zeh Roh (Martín, 1997) vive en Argentina, escribiendo y dibujando comics.

Me Veras Volver (Ana, 1997) vive en Argentina, donde estudia Ingeniería.